Florent Brayard

Auschwitz: Investigación sobre un complot nazi

«Todavía es posible arrojar
nueva luz sobre el Holocausto».
ROBERT PAXTON



arpa

AUSCHWITZ: INVESTIGACIÓN SOBRE UN COMPLOT NAZI

FLORENT BRAYARD

Traducción de Javier García Soberón

arpa

«Florent Brayard ha llevado a cabo una investigación sólida, precisa, minuciosa y persuasiva de un aspecto decisivo de la llamada "solución final": el exterminio de los judíos europeos por parte del régimen nazi. El resultado es un libro absorbente, que arroja una luz nueva y perturbadora no solo sobre el Holocausto, sino sobre la naturaleza criminal del nazismo».

javier cercas, escritor

«Florent Brayard se pregunta hasta qué punto el conocimiento del asesinato de los judíos europeos estaba extendido entre la élite nazi. Sus conclusiones son sorprendentes y generarán controversia, pero es un libro importante que debería leer cualquier persona que quiera profundizar en la comprensión de la implementación de la "solución final"».

ian kershaw, autor de *Hitler*

«Todavía es posible arrojar luz nueva sobre el Holocausto. Analizando de cerca textos contemporáneos, Florent Brayard distingue tres fases, cada cual con sus propias reglas sobre el secretismo: masacre de los judíos del este en territorios polacos y rusos; deportación de judíos del oeste hacia el este presumiblemente para trabajos forzados; después de la primavera de 1942, matanza sistemática de todos los judíos europeos, incluidos los deportados al este. Esta última fase fue totalmente ocultada incluso para algunos líderes nazis

como Joseph Goebbels hasta que fue realizada por completo».

robert paxton, Universidad de Columbia

«Pocas personas tienen la paciencia para explorar el Holocausto como un proceso complejo y evolutivo. Florent Brayard, sin embargo, ha tenido la paciencia, la fortaleza y la habilidad para revisar cuidadosamente los vastos estudios sobre esta cuestión y llegar a una hipótesis importante y original: la masacre de seis millones de judíos se realizó por etapas, con gran secretismo y con una clara distinción entre los judíos del este y del oeste. Este libro, altamente recomendable, no subestima nuestro horror y nuestra repulsión ante la "solución final" de los nazis, pero propone una explicación plausible y nada convencional sobre cómo llegó a suceder».

michael marrus, Universidad de Toronto

«El Holocausto se ha convertido en "pasado fundacional" de la historia de Europa y del mundo. A pesar del tiempo transcurrido, aún hay cuestiones elementales por investigar. En este estudio que estimula nuevas reflexiones, Florent Brayard aborda el problema del conocimiento sobre el proyecto genocida nazi llevado a cabo gradualmente en tiempo real —conocimiento completo, parcial, vago e ignorancia— no entre los judíos perseguidos, sino en la órbita de la más alta burocracia alemana y sus aliados no germanos más íntimos. Brayard lidia con la historiografía y la interpretación e insta tanto a académicos como a legos a repensar la imagen que tienen del Holocausto».

dan michman, director de Yad Vashem

«El estudio del nazismo y del Holocausto todavía puede reservar descubrimientos inesperados. El trabajo de Florent Brayard, fruto de una investigación meticulosa, es una prueba de ello. Nos muestra que no se puede dar por sentado que todo sobre la "solución final" se hubiera conocido con precisión en Alemania. Según él, una de las componentes del asesinato, la de los judíos de Occidente, fue en 1942-1943 un secreto bien guardado, incluso dentro de una parte de la élite nazi. Esta hipótesis sorprendente supone un enriquecimiento de nuestra comprensión del Holocausto».

andreas wirsching,
director del Instituto de Historia Contemporánea de Múnich

«Debido a sus dimensiones y a las consecuencias que conllevó, y sobre todo por lo que significa, nos sigue siendo difícil pensar en el genocidio de los judíos europeos. En este libro, Florent Brayard sugiere que esto ya era así para parte del *establishment* nazi y que el proyecto de la "solución final" fue definido e impuesto por una minoría de autores. Brayard abre un debate muy útil tanto sobre las formas de toma de decisiones como sobre la gestión real de un poder totalitario».

jacques revel, expresidente del EHESS



FLORENT BRAYARD

Florent Brayard es historiador, profesor en la École des Hautes Études en Sciences Sociales y director de investigación en el Centre National de la Recherche Scientifique. Desde 2009 es miembro del Centre de Recherches Historiques de Francia, del que fue director entre 2013 y 2016.

Es uno de los mayores expertos en el estudio del Holocausto y sus investigaciones versan sobre la política nazi de persecución y exterminio de los judíos. Además de *Auschwitz: investigación sobre un complot nazi*, es autor de *La «solution finale de la question juive». La technique, le temps et les catégories de la décision*. También ha dirigido el volumen colectivo *Le génocide des juifs entre*

procès et histoire y es miembro del comité de lectura de la revista *History and Memory*. Desde 2011 está habilitado como director de tesis y dirige un seminario mensualsobre la «solución final» con su equipo de Historia e Historiografía del Holocausto.

Título original: *Auschwitz, enquête sur un complot nazi*

© del texto: Editions du Seuil, 2012

© de la traducción: Javier García Soberón, 2018

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Esta edición ha contado con el soporte de LabEx Tepsis
y Centre de Recherches Historiques y no hubiera sido posible
llevarla a cabo sin la ayuda de Alexandre Jaunait, amigo y maestro.
Manila, 65 — 08034 Barcelona
arpaeditores.com

Primera edición: enero de 2019

ISBN: 978-84-17623-09-8

Diseño de colección: Enric Jardí
Imagen de cubierta: Alexander Vorontsov, Auschwitz, 1945
Fotografía del autor: Hermance Triay
Maquetación: Àngel Daniel

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta
publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por
ningún medio sin permiso del editor

INTRODUCCIÓN

Tengo cuarenta y un años. Dentro de uno o dos, el tiempo de escribir este libro, ya no me quedará otra que constatarlo: habré pasado más de la mitad de mi vida estudiando directa o indirectamente la política nazi de persecución y de exterminio de los judíos. Extraña y amarga constatación, en verdad. No será difícil de comprender (es decir, se sentirá de forma confusa sin querer entrar en detalles): no siempre es fácil trabajar un tema como este. Una compañera utilizó una vez una expresión magnífica para describir la influencia de estas investigaciones sobre quien las lleva a cabo: todo sucede como si «el objeto contaminase al historiador, haciendo de él un ser lúgubre que vive en el mal y en la muerte, impedido para disfrutar los placeres de la vida, tanto los grandes como los pequeños»[1]. Sin duda algunos de nosotros son la excepción, pero me parece que es la regla o, si se prefiere, el precio que hay que pagar. Uno se dice que es demasiado alto, que el día menos pensado cambiará de tema. Y, a pesar de todo, seguimos. Pero, a lo largo de esta carrera de fondo (en la que no obstante se encuentran satisfacciones de diversa índole), a menudo uno consigue reacomodar la perspectiva. Recurres a la astucia o, sin darte cuenta, te engañas a ti mismo.

Yo trabajaba en un «ensayo sobre el testimonio de los verdugos». Mi proyecto era proponer al mismo tiempo un método de análisis de esas fuentes demasiado importantes como para que sigamos usándolas como solemos —sin cuidado— y volver sobre algunos temas históricos o epistemológicos que me interesan y que considero, con razón o sin ella, centrales. Pero la siguiente cuestión

se repetía de forma acuciante: ¿por qué Eichmann, durante una misión en Minsk en marzo de 1942[2], se acercó a la fosa en la que unas unidades de policía estaban asesinando judíos por millares, y se acercó tanto que su abrigo de cuero se manchó de sangre y de fragmentos de cerebro? ¿Por qué relató ese episodio que lo incriminaba si ningún testigo lo había comentado, si no figuraba en ningún archivo? ¿Por qué contar esa historia, que lo situaba en el corazón del acto del asesinato, cuando, preguntado sobre el resto de campos de exterminio que había inspeccionado, siempre respondía que se había mantenido tan lejos como había podido del lugar en el que sucedían los hechos? El campo de Belzec estaba desierto cuando él lo visitó; en Chelmno se había negado a mirar por una mirilla al interior del camión de gas; había visto las instalaciones de Auschwitz desde el exterior, cuando aún no estaban en funcionamiento[3]. ¿Qué quería decir Eichmann o qué estaba diciendo sin querer al contar aquella masacre con tanta insistencia? A menudo tratamos sin mucho miramento la complejidad de una cuestión como esta y el desafío que supondría alcanzar una respuesta contrastada, o al menos aceptable, en un universo documental irremediablemente marcado por la pérdida, por las lagunas.

En su última autobiografía, *Mi verdad*, Eichmann, casi transfigurado en salvador de la estirpe judía, decía: «Fue en esa misma época, hacia enero de 1942 [*sic*], cuando recibí la orden [por parte de Müller, mi superior] de redactar un informe sobre la manera en que todo aquello estaba pasando en la ciudad [Minsk]. Hacía mucho frío y yo llevaba un abrigo de cuero largo, llevaba conmigo una reserva de alcohol, porque, sin eso, sin estar en un estado de ensoñación permanente [*sic*], yo no podía acatar esa orden. Pero el alcohol produce cierta insensibilidad. Está claro que la gradación nunca se debe dejar ir hasta la ebriedad, porque viajaba en uniforme, con chófer, en un coche de policía. Pero es realmente sorprendente la cantidad de alcohol que necesita un hombre para mantenerse más o menos en su sitio cuando tiene los nervios excitados. Claro está que el aguardiente habría sido mejor que el

vino, pero yo solo bebo aguardiente cuando no tengo vino a mi alcance. Llegué un día por la tarde. Y al día siguiente me puse en marcha con retraso. Hacía mucho que había pasado la hora que me habían indicado, por lo que llegué al lugar cuando ya iban a fusilar al último grupo. Cuando llegué, los tiradores disparaban una ráfaga continua e ininterrumpida a una fosa del tamaño de varias habitaciones grandes. Disparaban con pistolas automáticas. Al llegar, vi a una mujer judía con un niño en brazos abajo, en la fosa. Quería quitarle al niño, pero entonces una bala hizo trizas la cabeza del pequeño. Mi chófer limpió los pequeños trozos de cerebro de mi abrigo. Subí al coche. "A Berlín", le dije a mi chófer. Pero seguía bebiendo aguardiente como si fuera agua. Tenía que beber. Tenía que anestesiarme. Y pensaba en mis hijos, tenía dos por aquel entonces. Y pensaba en el sinsentido de la vida»[4].

Intentar responder a esas preguntas, y de una manera distinta de como Eichmann lo habría hecho, suponía, en cierta manera, bajar con él a la fosa, patalear con él en la sangre, sondear su espíritu, el de un hombre a la vez mediocre, eficaz y fanático, cuya única preocupación durante muchos años fue llevar a cabo el exterminio del mayor número de judíos posible. Y a veces uno duda, da un paso atrás ante tanta sangre, ante un número tan grande de asesinatos y también de mentiras. Al mismo tiempo, se dio la casualidad de que me pidieron una introducción al primer volumen en francés del diario de Joseph Goebbels, que versaba sobre el periodo 1939-1942[5]. Así tenía la oportunidad de volcarme de nuevo en esa fuente de importancia mayor que ya había utilizado con frecuencia en mis anteriores trabajos sin llegar, no obstante, a estudiarla de forma sistemática. Al final de mi escrutinio, disponía por primera vez del conjunto de pasajes en los que el ministro de Propaganda del Reich y *Gauleiter* de Berlín había hablado de los judíos durante la guerra[6].

En concreto, quería volver sobre un conocido pasaje que ya había comentado por extenso[7] y que planteaba problemas. El 28 de marzo de 1942, Goebbels transcribió que acababa de ser informado sobre el asesinato de los judíos en el Gobierno General, el territorio polaco bajo yugo alemán pero no integrado en el Reich. Pero una de las

frases era ambigua. No se podía decidir, solo con leer el texto, si los judíos alemanes deportados a ese territorio y confinados en guetos tenían que conocer o no el mismo destino que los judíos locales, deportados y exterminados en el campo de Belzec. A diferencia de mis predecesores, respondí implícitamente con la negativa. Mi criterio, sin embargo, se basaba únicamente en diversos elementos contextuales relativos al estado de avance, por aquel entonces, de la concepción y de la ejecución de la «solución final de la cuestión judía». Me faltaba una confirmación interna extraída del propio Diario: la encontré finalmente gracias a esta investigación sistemática. Goebbels no dejaba entender que los judíos alemanes deportados a los territorios polacos también fueran a ser exterminados, porque tres meses más tarde, como veremos, supuso que aún estaban vivos. Los seguía considerando una amenaza real cuyo confinamiento en los guetos permitía subyugar de manera solo provisional.

La cuestión, desde entonces, fue la siguiente: ¿en qué momento supo Goebbels que los judíos alemanes deportados al Este estaban corriendo la misma suerte que sus congéneres locales, que los estaban asesinando en cámaras de gas como los otros habían sido gaseados o asesinados por los *Einsatzgruppen*? La investigación me condujo a un resultado muy alejado del que me esperaba: habían hecho falta bastantes meses para que Goebbels supiera o, en el peor de los casos, fuera informado, de que la deportación era sinónimo de asesinato inmediato e indiscriminado. De acuerdo con mi reconstrucción, hasta octubre de 1943, con ocasión del discurso pronunciado por Himmler en Posen ante los más altos responsables del partido, Goebbels no fue informado ni comprendió que la «solución final», por aquel entonces ya prácticamente terminada, era de hecho un asesinato sistemático que se aplicaba sin distinción a todos los judíos europeos bajo dominación alemana.

Una cosa llevó a la otra y me pregunté después si el resultado de mi investigación, que se oponía a la historiografía sobre la difusión de la información sobre el genocidio en Alemania[8], constituía una excepción explicable de muchas maneras o bien si, por el contrario,

no urgía revisar todo el asunto. De hecho, desde el proceso de Núremberg, se ha adquirido la costumbre de suponer que se informó rápidamente a las más altas instancias del régimen del asesinato planificado de judíos. Se suponía que las administraciones competentes, policiales o civiles, habían participado con total conocimiento de causa en la ejecución de esa política criminal que sin embargo permanecía oculta para la población. Por estar tan ampliamente admitidos —y desde hace tanto tiempo—, esos esquemas de análisis heredados de una tradición judicial quizás estaban mostrando sus limitaciones, en la medida en que, siendo incapaces de integrarla de forma armónica, solo podían descalificar el caso de Goebbels planteándolo como una excepción. El presente libro pretende ser la revisión de esas categorías de análisis, y por tanto una historia de este fenómeno único que ha sido el secreto en torno a la «solución final de la cuestión judía».

De entrada, es fácil entender que seamos algo precavidos ante este nuevo proyecto. Al situar la investigación a otro nivel de observación de la realidad, menos traumático, supero a Eichmann. Por un año o dos, todo lo más, el tiempo de escribir este libro, no bajaré con él a la fosa.



Con estas pocas reflexiones me parece haber derogado ya, y pido disculpas por ello, los aseptizados cánones de la escritura histórica que hacen del redactor un elemento presupuesto y a la vez ausente en la narración. La desaparición del autor que Michel Foucault celebrara en su momento como un avance de la literatura contemporánea[9] y que, en historia, no es sino un reflejo, algo inconcebible, puede explicarse de diversas maneras. En parte, podría ser resultado de la lejanía temporal entre los actores y el observador, que, por ser muy grande, provocaría que las dos generaciones no

pudieran mezclarse en un mismo discurso. Sin embargo, también podríamos decir que, al ausentarse de su propia escritura, el historiador del mundo contemporáneo desea demostrar de forma clara esa objetividad sacrosanta que tiene por meta y que le es dada como una virtud insuperable de la disciplina cuando esta reflexiona sobre sí misma.

Ya lo decía Marc Bloch: «Hasta en la acción juzgamos demasiado. Es cómodo gritar: "¡Al paredón!". Nunca comprenderemos lo suficiente». O también: «Robespierristas, antirrobespierristas, por piedad, dígannos simplemente quién fue Robespierre»[10]. Algo que Lucien Febvre repetiría para ridiculizar a «los jueces suplentes del valle de Josafat»[11]. Puedo comprender sus razones. Pero Robespierre no es Eichmann. La caída de la Alemania nazi marcó una revolución que fue, en primer lugar, ética, y que vuelve inimaginable, lejos del marco judicial, la defensa de Eichmann. Si la palabra «comprender», por seguir aún con Bloch, está «cargada de amistad», está claro que esta no puede aplicarse a los asesinos del Tercer Reich.

Claro que intentamos «comprender», pero no podemos hacer otra cosa que condenar, porque esta reprobación de principio constituye el propio fundamento de la civilización occidental de posguerra. Esperar comprender al verdugo hasta el punto de entrar en su mente es un proyecto novelesco, casi romántico. Desde una perspectiva intelectual, se trata de una aporía. El deseo de experimentar tal cosa por parte del escritor (en el que la sed de conocimiento debe desempeñar también un papel) entra en una contradicción tan violenta con su repulsa que se pierde: cree que el verdugo no dijo nada. Pero sí que dijo, solo que el oyente ya no puede comprender lo que dijo. Intentar reconstruir las razones por las que los protagonistas actuaron como actuaron sin tener la certeza de alcanzar una verdad última, es decir, preguntándose con estupefacción si estas eran de verdad suficientes para pasar a la acción, es una vía más segura para la intelección del pasado.

Si se va más lejos, resulta evidente que, en líneas generales, la práctica histórica consiste asimismo en pronunciarse, en proceder a

un arbitraje: entre dos versiones posibles del mismo hecho, dos interpretaciones distintas de un documento, todas igual de probables, hay que escoger. Sin embargo, habría que ser arrogante o ingenuo para pretender que estas elecciones y estos arbitrajes tienen lugar en un universo estéril en el que la objetividad es la reina. No, en el movimiento de escribir la historia, el historiador está mucho más presente de lo que desearía hacer creer su estilo impersonal. Cuando decide, tiene sus razones, y algunas sin duda tienen más que ver consigo mismo, sus creencias y presupuestos, que con los hechos en bruto. No cabe, por un lado, indignarse, y por el otro, esconderse. Más bien todo lo contrario: la historia es una práctica sublunar y, como tal, ignora la perfección. Tener esto en mente es lo mejor que podría pasarnos.

Si, rompiendo por un instante el orden de este discurso, he querido incidir sobre la dimensión personal de la escritura histórica, es a la vez por advertir al autor y al lector contra mí mismo y porque me parece que los estudios históricos que buscan establecer el «quién sabía qué»[12] del exterminio de los judíos se sostienen en gran medida sobre presupuestos, sean historiográficos, políticos o morales. Así como el genocidio nos repugna, preferimos no creer que las élites del Reich, los alemanes y en definitiva todos los demás pueblos europeos no sabían lo que era «la solución final de la cuestión judía» tal y como la conocemos hoy, es decir, como un asesinato sistemático a escala europea.

Este postulado, del que intentaré explicar los fundamentos psicológicos más tarde, es un producto de la época, y tiene su propia historicidad aunque su existencia sea dura. Explica probablemente por qué no se han extraído todas las consecuencias de la increíble evolución reciente de la historiografía de la «solución final». Porque, después de quince años, en definitiva, todo ha cambiado: la masa de conocimientos ha crecido a un nivel formidable; las viejas oposiciones de intencionalistas contra funcionalistas parecen hoy demasiado simples; la cronología de la evolución de la «solución final» ha sido revisada con seriedad, etc. Pero algunos esquemas —sobre el secreto, por ejemplo— siguen tan

anclados que ni nos damos cuenta de que también son constructos intelectuales que podemos y debemos cuestionar de nuevo.



Se trata de una investigación, y no de un estudio propiamente dicho. Por ello, no he emprendido una campaña archivística de gran alcance ni he aportado documentos inéditos o pocos. Me parecía, de hecho, que las fuentes archivísticas no publicadas que podría llegar a consultar ya habían sido ampliamente exploradas y explotadas por mis predecesores y que su intención había sido extraer de ellas los elementos más característicos. Por ello aposté a que sus libros podrían darme a conocer todos los documentos pertinentes sobre la difusión de información sobre la política sistemática de exterminio de los judíos en el aparato del Estado, en la población alemana y, más allá, entre los gobernantes extranjeros, los pueblos europeos y los otros beligerantes.

Es probable que un método como este no hubiera sido posible en un campo de estudios trabajado de forma menos continuada y profunda que el mío. La bibliografía, como es sabido, es inmensa, y ha adoptado formas varias: monografías nacionales o regionales, biografías, historias de las instituciones, estudios de conjunto, recopilaciones de documentos, etc. En parte debido a esta inversión masiva, estas obras publicadas alcanzan tales niveles de detalle que hacen que estos documentos sean equivalentes a archivos. Esta opción descriptiva tiene sus virtudes, en particular la de integrar en el relato incluso los elementos que pueden ser interpretados como anomalías que van en contra de la tesis defendida por el autor. Una parte de mi trabajo consistió, por tanto, en localizar estas anomalías para proceder después, si fuera el caso, a examinar los documentos. Este recurso restringido y orientado a los archivos no es tanto el resultado de un desinterés de principio, sino más bien de una

elección: he preferido extender la investigación tanto como fuera posible. Y supuse que esta tarea, que consistía en ordenar esta documentación, de por sí enorme, someterla a un repertorio renovado de preguntas y de proponer con ello nuevos esquemas de análisis, tal vez fuera, en definitiva, suficiente por sí sola.

Se trata por tanto de una *propuesta* que he intentado demostrar con tanto desarrollo como ha sido necesario y con tanta síntesis como ha sido posible. Si, llegado el caso, pareciera satisfactoria a ojos del lector, no dejaría de ser una propuesta. No será difícil entender mis reservas: demostrar la ignorancia es, por naturaleza, más difícil que lo contrario. Un testigo de la época podía decir o escribir, llegado el caso: «Sé que las cámaras de gas existen». Pero ningún testigo ha podido escribir nunca en tiempo presente «no sé si las cámaras de gas existen», por la simple razón de que la proposición carece de sentido: lo que se ignora, se ignora, y no podríamos hablar de ello. Como veremos, en algunos casos he podido superar la aporía estableciendo que la ignorancia no está hecha de vacío, sino que, por el contrario, está repleta de diferentes representaciones, de otros imaginarios. Sin embargo, la argumentación sigue siendo frágil, en particular porque las más de las veces es imposible sacar conclusiones sólidamente asentadas, hacer afirmaciones de otra manera que no sea reconduciendo las ideas preconcebidas, de forma sistemática. Es más, y esto es una objeción de otra naturaleza: reconozco igualmente que no lo he leído todo, lo que me desolaba por un instante para recordar al momento siguiente que leer todo lo escrito sobre la política de persecución y exterminio de los judíos se ha convertido en algo materialmente imposible y que muchos autores, entre los cuales figuran los más importantes, no han procedido de maneras distintas a la mía. En definitiva, es posible, si no probable, que como reacción a esta propuesta otros historiadores se informen o descubran otras fuentes que lleven a corregirla. Y está bien que así sea. La historia progresa de forma dialéctica, por aproximación progresiva: se corrige a varias manos.

Pero no solo se trata de una cuestión de fuentes. Una investigación (al igual que un estudio) es también una manera de organizar los datos propios, de construir un relato propio. La experiencia de la microhistoria ha mostrado las virtudes heurísticas del género de la investigación, que, poniendo de una u otra manera al lector en el lugar privilegiado de John H. Watson, detrás de Sherlock Holmes, lo invita a asistir a la vez al cuestionamiento y a la elaboración de las respuestas. Claro está que se trata de una imagen y no de una identificación heroica, faltaría más: a diferencia de Holmes, yo estoy convencido de no tener razón en todos los puntos, y sobre todo no para siempre. Pero esta imagen basta para ilustrar la diferencia intrínseca entre la investigación y el estudio. Lo que está en juego es la posibilidad que se le ofrece al lector-acompañante de probar, mientras recorre el camino, la validez de las respuestas que se proponen, de aportar la contradicción, de constatar los eventuales errores de razonamiento o los puntos ciegos, de aprobar o, según el caso, de rechazar las conclusiones[13].

Mi relato seguirá por tanto su propio recorrido, lo que podríamos llamar el hilo de la investigación. Se hará uso a menudo de un número de herramientas que también he tomado prestadas de la microhistoria. Lo haremos en particular en lo referente a lo que llamaré aquí el paradigma Settis-Ginzburg, extraído de la *Pesquisa sobre Piero della Francesca* de Carlo Ginzburg. Este había traído a colación, con la intención de respetarlas, las dos reglas promulgadas por el historiador del arte Salvatore Settis para escoger entre las diferentes interpretaciones de un mismo cuadro: «a) Todas las piezas del rompecabezas deben tener su lugar; b) las piezas deben componer un dibujo coherente». Después, Ginzburg continuó: «Yo añadiría una tercera: c) en condiciones idénticas, la interpretación que conlleve menos hipótesis debe considerarse, por regla general, como la más probable (pero la verdad, no lo olvidemos, es a veces improbable)»[14]. Lo que designo como paradigma comprende, de esta manera, tres reglas —exhaustividad, coherencia y principio de moderación— y por mi parte, es decir, a mi nivel y en mi campo, intentaré cumplirlas y declinarlas.

El lector que bien quiera acompañarme en mi procedimiento puede empezar desde ya a plantear su primera objeción: ¡esto servirá para *La flagelación* de Urbino o para *La tempestad* de Giorgione[15], pero la historia solo es un cuadro en sentido metafórico! Y su objeción será pertinente. No desestimo, en primer lugar, el peligro que supone importar a la práctica histórica las herramientas creadas para el análisis iconológico: el «cuadro histórico» es una convención del lenguaje, una simplificación. La historia sobre la que trabaja el historiador se puede asimilar, de forma más prosaica, a un conjunto de datos, articulados entre sí y susceptibles de componer un relato histórico. Por tanto nunca habrá que esperar disponer de todas las piezas, ni mucho menos, como en un cuadro en el que todo está presente.

Esta diferencia de naturaleza es aún más marcada en mi tema. Los verdugos, a partir de un momento concreto, mataron en lugares apartados. Destruyeron a los judíos y también sus cuerpos. No contentos con quemar sus cadáveres, arrojaron los archivos al fuego con una ambición sistemática. Lo veremos constantemente: la investigación consiste en unir pedazos dispersos de documentación que la suerte nos ha legado, piezas salvadas. Apenas en el caso del Diario de Goebbels tenemos la certeza de estar ante la totalidad del corpus, salvo por las últimas semanas. Los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán son otro yacimiento importante que, por un azar inexplicable, parecen haber escapado por poco a la destrucción.

Respecto al resto, se trabaja con lo poco que se tiene, y las lagunas en la documentación se presentan como una razón de más para no desdeñar ninguno de esos pedazos. La exhaustividad es la regla, aunque se ejerza sobre un conjunto plagado de lagunas.

Al mismo tiempo —y esta es otra diferencia respecto al análisis iconológico—, no cabe integrar en el relato, salvo para aumentar su longitud, la totalidad de la información disponible. ¿Citar todos los discursos de Hitler, Himmler, Goebbels, los miembros del partido y los responsables locales? ¿Recuperar todos los artículos de prensa? ¿Mencionar todos los diarios íntimos o cada una de las

correspondencias administrativas? Eso no es posible, ni tampoco deseable. Para interpretar o, si se quiere, para recoger un «dibujo coherente», como decía Settis, todas las piezas no poseen el mismo valor. Algunas, en función de su pertinencia, son indispensables. Otras no lo son porque su eventual inclusión no alteraría en nada el dibujo. Pero, después de todo, se trata de un arbitraje, de una selección que es la base de la práctica cotidiana de cualquier historiador. Colocar las piezas en su sitio equivale a establecer sin lugar a error la datación de este o aquel documento y no omitir una sola de las características que le dan todo el sentido. Los discursos, los informes y las cartas son, en la mayoría de los casos, demasiado largos para citarlos íntegramente: algunos pasajes son irrelevantes y se pueden pasar por alto, mientras que otros determinan si podemos colocar la pieza aquí o allá.

El método adoptado a veces dará como resultado un relato sinuoso: es porque hay que integrar, y cuelo una vez más la metáfora, todas las piezas pertinentes del rompecabezas y, lo que es más, hacerlo de forma armoniosa y sin demasiado artificio. Es decir, que será conveniente prestarle atención a la cuestión de las anomalías, intentando encontrarles una explicación simple o demostrando que justamente no son anomalías. En el caso que nos ocupa, la anomalía de partida, el *caso*[16], es el Diario de Joseph Goebbels.

Como decía, se trata de una propuesta. La siguiente: la «solución final de la cuestión judía», ese asesinato sistemático del conjunto de judíos europeos, fue concebida en el más absoluto de los secretos, o al menos en el mayor secreto posible.

Quizás esta afirmación pueda parecer trivial en la medida en que cada uno es susceptible de retocarla a su manera. No obstante, es

más que probable que ningún historiador se ponga de acuerdo en el momento de delimitar el círculo en el que esta política ya no era un secreto o, si se quiere, constituía un secreto autorizado, un secreto compartido. Por razones que explicaré más adelante, la historiografía siempre ha supuesto, desde el proceso de Núremberg, que el aparato del Estado, en sus instancias más elevadas, había sido informado de que la «solución final» conllevaría el asesinato inmediato y sistemático de los judíos: ¿no se había dado una conferencia en Wannsee sobre el tema? Desde la posguerra, esta reunión interministerial se sigue considerando, salvo raras excepciones, como un giro radical en la política antijudía alemana: en Wannsee como muy tarde se tomó la decisión de matar a todos los judíos; la misma política de asesinato sistemático que había presentado Heydrich el 20 de enero de 1942.

Me parece que las cosas fueron mucho más complejas en realidad, como ya intenté demostrar hace unos años en mi libro *La «solution finale de la question juive»*[17]. Lo que intentaré demostrar aquí es que, más allá de Wannsee, el círculo de conocedores del secreto era mucho más restringido de lo que se suele pensar. Y veremos que hubo, en ese secreto más estricto, muchas razones que los principales actores, Himmler o Hitler, nunca ocultaron.

Pero hablar de secreto equivale a trazar el esbozo de una política de comunicación que intentaré localizar en el seno del aparato del Estado. Y es necesario constatar que en un momento dado, en octubre de 1943, esta política de comunicación experimentó una inflexión fundamental: en Posen, ante las más altas autoridades políticas, de seguridad y militares, Himmler explicó por primera vez lo que había sido la «solución final». Goebbels, ante aquellas crudas palabras, supo a la fuerza que los judíos alemanes deportados al Este también habían sido gaseados. Pero el *Reichsführer* había dicho otra cosa: esta «solución final» estaba terminada o casi.

Este estado de cosas —una revelación que interviene al final del proceso— permite, en mi opinión, hablar de «complot» respecto a ese periodo de tiempo concreto. La palabra, no lo niego, es insatisfactoria. Ya de por sí sospechosa en las ciencias humanas,

esta palabra se aplica en este libro, además, a una configuración probablemente inédita en la que el jefe del Estado formaba parte del complot. De hecho, Himmler y Hitler escogieron perpetrar el asesinato rápido e indiscriminado de los judíos de Europa a través del aparato policial, unido por el secreto; y ellos, en el mismo movimiento, decidieron *no* informar al resto del aparato del Estado, salvo excepciones, de todas las vertientes de esta política transgresora, aunque algunas se conocían por otros medios.

Creadores y directores a la vez, estos dos hombres compartían una aguda conciencia de lo radical de su proyecto. Claramente existía una justificación política para este asesinato, lo bastante potente como para permitir el paso a la acción. Y tanto Hitler como Himmler, cada uno a su manera, no dejaron de exponerla en sus discursos públicos o privados, en órdenes o en correspondencias. Pero, por fundado que fuera desde el punto de vista ideológico, dar muerte a los judíos de forma sistemática podía causar la impresión de ir a la contra de lo que quedaba de moral judeocristiana en la Alemania nazificada, por decirlo en pocas palabras y mal, sin duda. Los más altos responsables de la política antijudía podían enfurecerse contra este remanente desplazado de «sentimentalismo»: pero debían tenerlo en cuenta. El simple traslado de los judíos al Este, el proyecto político original del nazismo en materia de «cuestión judía», se había vuelto una ficción. El complot consistió por tanto, para los responsables y los ejecutores de la «solución final» entendida como un asesinato, en dejar que el resto del aparato del Estado creyera que no pasaba nada.

Pero hay que aclarar, no obstante, las palabras y el contenido del complot. Antes de nada, alejemos la idea de que nadie sabía nada: simplemente no tiene sentido. La cuestión del conocimiento es, para

mi propósito, a la vez accesoria e instrumental. Lo que me interesa es, en primer lugar, lo que se comunicó oficialmente a este o a aquel protagonista administrativo o político nazi. Medir el conocimiento de estos puede resultar indispensable para determinar lo que comunicó la instancia agente: de hecho, ¿cómo imaginar que, puesto al corriente de la muerte sistemática de los judíos deportados, es decir, a pesar de conocer esa información, un responsable hubiera podido actuar exactamente igual que lo habría hecho si no supiese nada? Por decirlo de otro modo, si el historiador consiguiera mostrar de manera fiable que ese actor aún creía, en un momento dado, que los judíos deportados solo estaban siendo trasladados, también estaría aportando la prueba de que hasta entonces esa persona no había recibido información del asesinato por medios oficiales.

Mi segunda reserva tiene que ver con la duración —limitada— de la vida del complot. Los dos discursos que Himmler pronunció en Posen en octubre de 1943 ante los más altos responsables de la SS, además de los más altos dignatarios del partido, constituyeron el inicio de una serie de alocuciones similares por las que el *Reichsführer* —o Hitler en su caso— informó a las autoridades políticas y militares de la política criminal que hasta ese momento se había llevado a cabo contra los judíos. Desde entonces se recae, aunque con un retraso de dieciocho meses, en la configuración clásica de la política secreta, en el sentido en que la historiografía lo entendía respecto a la «solución final». El programa de asesinato era secreto; las élites nazis, debidamente informadas, compartían la responsabilidad por entero, porque estaban directamente implicadas o, como mínimo, porque consentían la masacre y contribuían, al no denunciarla, a llevarla a cabo. No obstante, Himmler, al anunciar el fin próximo de la «solución final», hablaba explícitamente del Reich y de los territorios ocupados por Alemania, cuyas fronteras, hasta el final de la guerra, no dejaron de ampliarse, con la ocupación de Hungría y Eslovaquia. Centenares de miles de judíos todavía iban a ser asesinados antes del final de la guerra.

En definitiva, y esta es la limitación más importante, el complot solo afectó a un aspecto de la «solución final», pero a un aspecto

crucial: el asesinato de los judíos alemanes y de los países aliados de Alemania, lo que en sí era, por naturaleza, más transgresor y diferente que matar a los *Ostjuden*. La masacre de millones de judíos del Este, soviéticos o polacos, se había perpetrado a través de diferentes modalidades, había obedecido a un calendario pospuesto, y era a la vez concebida y comprendida a través de categorías específicas. Los *Ostjuden* eran los que más contrastaban con los arios, por su apariencia, su modo de vida y el poder de los fantasmas que se proyectaban sobre ellos: eran la encarnación de las peores concepciones racistas nazis. Además, al vivir en territorios conquistados, a veces justo detrás de las fronteras, los judíos del Este eran percibidos a través de esquemas de seguridad, como partisanos en potencia, si no como los más peligrosos enemigos del Reich hitleriano. Su muerte no solo era conocida por las élites, sino también por buena parte del pueblo alemán, y sin duda tampoco adelantaríamos muchas cosas diciendo que además era muy ampliamente aceptada.

En cambio, el asesinato de los judíos alemanes, y más concretamente de los que vivían en el oeste, el sur y el norte de Europa, tenía una carga transgresora mucho mayor, por el propio hecho de su proximidad con los miembros de las sociedades en las que vivían. Esta diferencia sustancial, que era vivida como una evidencia por los contemporáneos pero que, subyugados por nociones como la «Shoah» o el «Holocausto», ya no alcanzamos a comprender, se puede sentir a muchos niveles, como podremos observar. El asesinato de los judíos occidentales se decidió más tarde y fue objeto de procedimientos específicos, y justamente para ocultarlo se llevó a cabo un secreto reforzado, superlativo, que asimilo por ello a un complot.

La propia estructura de mi propuesta conllevará, por la fuerza de las cosas, una focalización en torno a ese asesinato, del que podríamos destacar, con toda la razón, que solo atañe a una minoría de los casi seis millones de víctimas del genocidio, de los cuales dos tercios eran *Ostjuden*. Aunque sin duda debamos lamentarlo en términos absolutos, la historia no está graduada como una regla. En este ámbito, como en otros, no todas las víctimas, como es sabido, tienen el mismo valor, es decir que no les prestamos la misma atención. Aquí deben tenerse en cuenta dos elementos complementarios.

El lugar relativamente menos importante que ocupó durante largo tiempo el asesinato de los judíos del Este en las memorias nacionales y en la visión de conjunto del genocidio se explica de diversas maneras. En primer lugar, el carácter sistemático de la masacre, no planificado sino efectivamente ejecutado en esas regiones, ha privado de posteridad, en el sentido biológico del término, a las víctimas polacas, rusas, ucranianas o lituanas. Nadie o casi nadie sobrevivió, lo que quiere decir que la memoria del asesinato cometido contra ellos no pudo ser conservada por una comunidad comparable a la que existía en Francia o Bélgica. Además, el reparto geopolítico de posguerra conllevó políticas de memoria específicas: el «bloque» soviético y aliado administró su pasado siguiendo modos e imperativos distintos de los que prevalecieron en Europa Occidental. En definitiva, y esto es sin duda lo más penoso de decir, esta percepción diferenciada de los *Ostjuden* no estaba reservada únicamente a los nazis, ni mucho menos. Constituía una categoría compartida de entendimiento que podía verse, por aquel entonces, incluso entre los intelectuales judíos en Francia y en el extranjero. También para ellos, por razones evidentemente diferentes, los judíos del Este eran «los otros». Creo que durante largo tiempo, sin ser realmente conscientes, hemos sido herederos de estos prejuicios.

El segundo factor explicativo es más fundamental. La particularidad de la «solución final de la cuestión judía», el punto cardinal que ocupa en la conciencia occidental, se debe en gran

parte al carácter sistemático —y, en este sentido, completamente novedoso— del proyecto criminal nazi. Todos los judíos, fuera cual fuera su edad, sexo o condición, o su país europeo de origen, debían morir. Algo en este radicalismo desafía al sentido común. Y el pavor que nos hace sentir tiene un peso acrecentado por la enormidad del balance, en una guerra de una brutalidad inusitada en la que no faltaron muertos de todo tipo.

Esta manera de pensar, que, en suma, nos hace conceder más importancia al carácter sistemático de la empresa criminal que a su balance variable en función de la región, también tiene su propia historicidad, es decir que, después de todo, habría podido suceder de otra manera. Desde los juicios de Núremberg, como veremos, se viene suponiendo que Hitler decidió matar a todos los judíos demasiado pronto. Por consiguiente, el carácter total de la masacre se mostraba desde ese momento como un elemento estructural y central, y dominaba más aún el conjunto de sus componentes. Así, el asesinato de los judíos soviéticos no habría sido más que una declinación de ese objetivo afirmado desde hacía mucho, al igual que el más tardío asesinato de los judíos polacos, alemanes, eslovacos o franceses.

Hace treinta años que esta visión simplificada no tiene cabida en la historiografía. Todos los investigadores conceden desde entonces que las primeras masacres de judíos en territorio soviético ocupado se perpetraron antes, o incluso antes de que surgiera un proyecto de asesinato generalizado. Solo a partir del momento en que, durante el primer semestre de 1942, la «solución final» da el paso al exterminio indiscriminado, estas masacres se pudieron percibir *a posteriori* como una primera etapa, la primera etapa de un proyecto de escala europea que aún no tenía esa forma en el momento en que se cometieron. Si esta cronología se hubiera percibido con claridad desde el final de la guerra, habría podido suceder que el carácter sistemático apareciese no tanto como el atributo constitutivo de la «solución final», sino en cierta medida como un factor agravante, que vendría a sumarse a su monstruoso balance. Sin embargo, este no fue el caso y, en la construcción historiográfica y memorialística,

aún hoy el carácter sistemático del asesinato es lo que determina su terrible singularidad.

En la presente obra, el lugar comparativamente reducido que se le concede al asesinato de los judíos del Este no es tanto la consecuencia lejana de esas lógicas memorialísticas como el resultado mecánico de la atención concedida a las categorías de actores. El asesinato de los *Ostjuden*, repitámoslo, era objeto de un flujo de información en el seno del aparato del Estado, era ampliamente conocido entre el resto de la población y en todas partes era ampliamente aceptado. Sin embargo, lo que me ocupa aquí es el secreto. El lector deberá conservar esta perspectiva en la memoria a lo largo de estas páginas.



La disociación de orden analítico entre el asesinato de los judíos del Este y el de los otros judíos se revela fundamental en la presente investigación. Se encuentra combinada con una revisión de la conferencia de Wannsee. El 20 de enero de 1942, Reinhard Heydrich fue claro: llegado el momento, todos los judíos debían morir. ¿Explicó igual de bien que había que matarlos a todos? El dispositivo descrito por el jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA) era, según los informes de que disponemos, más heterogéneo: los judíos alemanes y occidentales, que constituían el objeto de la reunión, serían deportados al Este o morirían de maneras sofisticadas, entre las que estarían la deportación a tierras inhóspitas o los trabajos forzados. Como complemento a esa «disminución natural»[18] que se extendería durante un periodo indeterminado, Heydrich indicaba que los que sobrevivieran serían tratados «de manera apropiada»; y yo también creo que se refería a matarlos, algo cuya importancia era sin embargo marginal en la economía general del proyecto. No obstante, ver en esta

descripción, como suele hacerse, una especie de anunciación de las cámaras de gas de Auschwitz es una simplificación, o peor: un anacronismo. Porque la construcción de los cuatro complejos de gasificación y de cremación que dieron al campo su dimensión industrial se decidió medio año más tarde. Pero un semestre es un periodo más que largo en el corto tiempo de la guerra, y aún más en esa ventana tan pequeña en la que se inscribe el paso al asesinato, para el que la unidad de tiempo utilizada son los meses o los días.

Pero aún hay más. La interpretación tradicional, en mi opinión, no cuadra con los datos disponibles, que permiten observar el problema desde todos los ángulos. De hecho, el proyecto descrito por Heydrich, según los informes, no puede ser asimilado a un proyecto de asesinato inmediato; es probable que en Wannsee, en el curso de las conversaciones, se mencionase la perspectiva de una supervivencia a medio plazo de los judíos deportados; los participantes de la conferencia siguieron pensando, durante el año 1942, en esa deportación al Este como en un simple traslado. En definitiva, y puede que sobre todo, los nuevos documentos lo muestran sin lugar a equívocos: en la época de la conferencia interministerial, la Oficina Central de Seguridad del Reich preveía aún, en el ámbito interno, que los judíos alemanes deportados fueran trasladados de nuevo al final del verano más «al este»: por tanto no se tomaba en consideración matarlos inmediatamente.

La reordenación que propongo aquí —poco ambiciosa en verdad — se inscribe en la recta línea de mis trabajos precedentes. Consiste en tomarse en serio este dispositivo de múltiples disparadores que, si bien estuvo presente en Wannsee, se ejecutó de forma efectiva en los meses que siguieron: un estado de cosas que constituye una última objeción a la lectura consagrada de Wannsee. En otras palabras, es conveniente, creo, retrasar unos meses respecto al relato tradicional el paso definitivo al asesinato indiscriminado y sin esperas. De hecho, entre abril y junio de 1942, el esquema original de desaparición a corto o medio plazo de todos los judíos dio lugar a una deportación rápida a las cámaras de gas de Auschwitz, de Sobibor o de Treblinka. De un proyecto político de extinción, como el

que se expuso en Wannsee, se pasó entonces a una política de exterminio.

Auschwitz se ha erigido en símbolo de esa política genocida en la conciencia colectiva. Y con razón, porque Auschwitz fue efectivamente el lugar en el que se concretó el carácter sistemático del asesinato. Desde sus inicios, la vocación del campo era plenamente europea. Los convoyes tenían que llegar de todo el continente para «tratar» a un número tan enorme de víctimas que se planificaron y construyeron instalaciones de gasificación y de cremación de dimensiones industriales. Auschwitz era la herramienta de la «solución final». Su balance —más de un millón de muertos— superó por poco al de Treblinka. Pero Treblinka era un campo regional y se cerró porque ya no tenía razón de ser: todos los judíos polacos habían sido asesinados. La tarea de Auschwitz, por el contrario, y por suerte, no se terminó nunca: cientos y cientos de miles de judíos franceses, búlgaros, rumanos y húngaros deberían haber sido deportados y asesinados allí de acuerdo con los planes nazis, pero eso no sucedió. Por ello, Auschwitz no es necesariamente un buen símbolo en la medida en que, siendo un lugar asociado a la muerte de los judíos occidentales, no da cuenta de la masacre de los *Ostjuden*, porque no da la medida completa. En cierto sentido, cuando se habla del genocidio de los judíos, siempre habría que decir Babi Yar y Auschwitz, o incluso Babi Yar, Treblinka y Auschwitz. Pero dejemos ahora lo simbólico para pasar a la enumeración.

El sentido que yo le otorgo a Auschwitz en el presente libro es aún más restringido: no pretendo designar con este nombre el conjunto del genocidio, sino la última configuración de la política antijudía, por la que todos los judíos, y ya no solo los judíos del Este, debían ser asesinados. Auschwitz remite por tanto a la vez a un dispositivo y a una temporalidad que son indisociables. Porque el campo fue transformado progresivamente en un sitio industrial de exterminio a partir de la primavera de 1942, en el momento en que la política nazi dio el paso al asesinato total y se volcó en su ejecución.

No obstante, es este paso el que me retiene, porque no se hizo público, desde mi punto de vista, en el seno del aparato del Estado. Esta retención, este silencio paradójico, en un primer momento no resulta llamativa en absoluto: la divulgación, al menos inicialmente, no era ni necesaria ni deseable. Podría incluso haber sido contraproducente hablar de Auschwitz, o hablar de ello demasiado pronto.

La ausencia de comunicación oficial interna sobre esta política criminal sistemática constituye sin duda el punto central de mi demostración. Por la misma razón, no agota ni mucho menos la cuestión de quién sabía qué. Porque si bien los miembros de los ministerios de Asuntos Exteriores, de Interior o de Propaganda, los altos responsables del partido, los jefes de gobierno extranjeros o el propio papa; si bien los pueblos europeos no habían sido oficialmente informados de este paso al asesinato, esto no impide que, por otras vías, todos se hubieran encontrado en un momento u otro, y posteriormente de una manera más o menos regular, con información que hablaba de una política de masacre a gran escala de los judíos deportados. La cuestión que se les planteaba a estas personas que he mencionado, cada una a su nivel, era la siguiente: ¿había que dar crédito a esas informaciones procedentes, para algunos de ellos, de la propaganda enemiga, la propaganda judía? ¿O había que descalificarlas como rumores y aferrarse a la línea oficial de que en realidad no era nada más que una ficción? Podemos imaginar que se trató de una ardua cuestión, y que, a falta de documentos que lo prueben, deja a menudo al historiador en la incertidumbre. Sin embargo, en cierto número de casos será posible determinar de qué manera los miembros del aparato del Estado bloquearon esa información.

Proyecto de extinción o política de exterminio, la «solución final de la cuestión judía» coincidió, en un momento dado, con la desaparición física de los judíos de Europa. Se podría considerar indiferente la distinción entre esas dos posibles vías de ejecución de un objetivo único y monstruoso. Pero sería una equivocación. Hoy, como ayer, para ellos y para nosotros, la diferencia entre dejar morir

y asesinar es radical y constituye una especie de invariante antropológica que ni siquiera las teorías raciales nazis consiguieron borrar por completo. Puesta a prueba en diversas ocasiones en el curso de la investigación, esta distinción permite reconstituir de una manera más satisfactoria las categorías mentales movilizadas por los actores y completa, por ello, una comprensión más profunda y precisa de sus elecciones en lo referente a las modalidades de ejecución del asesinato. Mi propuesta de reconstitución podrá parecer, en un primer momento, compleja, o incluso inútilmente compleja, pero creo que responde a lo que se le requiere a un historiador, sea cual sea su época de trabajo: dilucidar mejor cómo sucedieron los hechos. En el caso que nos ocupa, reconstruir «cómo ocurrió» es otra manera de preguntarse, con una inquietud tan viva como el primer día, a pesar de las décadas transcurridas: «¿Cómo fue aquello posible?».

La investigación histórica que procedemos a leer autoriza probablemente una doble constatación profundamente equívoca: la permanencia relativamente tardía del asesinato como límite transgresor en la sociedad alemana nazificada, al menos en lo que respecta a algunas categorías de víctimas como los judíos alemanes; el consenso casi unánime de esa misma sociedad en torno a un objetivo confeso de extinguir al pueblo judío sin distinción de ningún tipo.



Se podrá insistir sobre uno u otro de los dos términos de esta afirmación. Por mi parte, me parece del todo irrefutable. Sin embargo, quizá sea chocante. Se podrá creer que, modificando los esquemas explicativos de Núremberg, mi investigación es susceptible de fragilizar las bases de nuestra condena moral del fenómeno nazi. Yo no lo creo. En primer lugar, porque esa condena

moral es un hecho de civilización que, totalmente aceptado o casi, no podría dar lugar a ningún tipo de discusión. Por otra parte, porque el carácter limitado de mi investigación, que solo pretende describir las modalidades de ejecución de una parte de la política de asesinato de los judíos, no autoriza ningún tipo de revisión. Para la mayor parte de las víctimas, es decir, los judíos del Este, su asesinato era fácticamente conocido y aceptado, aprobado. Por tanto, el proyecto de extinción había alcanzado rápidamente a los judíos occidentales, un proyecto cuya caracterización moral tampoco podría ser objeto de debate. Pero aún hay más, y con esto termino. Si el asesinato no se hubiera considerado como transgresor, no se habría ocultado con tanto celo. Y si no hubiera habido consenso en torno a un proyecto de exterminio ampliamente definido, el asesinato habría sido simplemente inimaginable, pues ya no era posible ocultarlo. Se percibe con claridad que las cosas se encuentran indisociablemente vinculadas.

La turbación que algunos podrán experimentar al leerme, de manera espero que pasajera, hay que alejarla, e intentar comprender los mecanismos. Razonamos lo relacionado con el nazismo siguiendo dos modalidades que compiten y se contradicen. Somos capaces de identificarlas con nitidez, pero no necesariamente de articularlas de forma consciente. Un antiguo debate historiográfico que tuvo una repercusión considerable en Alemania y en el extranjero —el relativo al batallón 101 de policía y su participación en el asesinato de los judíos— tuvo la virtud de polarizar la oposición entre esos dos modos de intelección. ¿Quiénes eran los verdugos nazis? ¿«*Hombrescorrientes*», como decía Christopher Browning en 1992, o «*alemanes* corrientes», según la expresión acuñada cuatro años después por Daniel Goldhagen[19]? Los dos autores habían dedicado la totalidad o buena parte de su obra a una misma unidad de seguridad, responsable de numerosas masacres en Polonia a partir del verano de 1942, con la diferencia de que habían extraído conclusiones distintas de una misma documentación.

Uno de los méritos de la obra de Browning, unánimemente reconocida y celebrada, era desde mi punto de vista poner el acento en dos elementos. En primer lugar, que matar no era fácil, y seguía siendo, al menos al principio, un acto transgresor. En ese paso a la acción, además, se observaban otras motivaciones aparte del deseo de matar judíos, unas aún más decisivas: existían mecanismos de grupo, solidaridades y coacciones que llevaban a los agentes a ejecutar una tarea de la que algunos habrían preferido a veces dispersarse. En reacción a esta interpretación que minimizaba, para algunas categorías de ejecutores sobre el terreno, la importancia del impulso antisemita, Goldhagen consideraba en cambio que esos mismos subalternos del exterminio habían matado judíos porque lo habían querido, y que el paso a la acción apenas había planteado dificultades. En el relato de uno, por tanto, el asesinato podría haber conllevado cierta repulsión, mientras que, según el otro, había sido una fuente de profunda satisfacción.

Una dicotomía como esta no se aplica solo a los verdugos sobre el terreno, como los estudiados por Browning y Goldhagen. Es igualmente válida para los más altos responsables del régimen, como muestran en mi opinión los debates historiográficos amortiguados en torno al comportamiento de Himmler durante la ejecución de un centenar de partisanos y de judíos en los alrededores de Minsk el 15 de agosto de 1941. Según algunos testimonios, Himmler resultó profundamente turbado por esa ejecución, quizá porque había dos mujeres entre las víctimas. Uno de ellos contaba: «Himmler estaba extremadamente nervioso, no estuvo tranquilo ni un solo instante, y estaba blanco como la leche»[20]. Otras personas presentes dieron una versión diferente de la ejecución y aseguraron que Himmler no se encontró mal. En cualquier caso, la historiografía ha considerado durante largo tiempo el 15 de agosto de 1941 como el momento en que, debido a las dificultades que experimentaban los verdugos durante los fusilamientos de ese tipo, se hizo meridiana la necesidad de otro método de ejecución: entonces hablaríamos de camiones, y después de cámaras de gas[21]. Según los historiadores, el relato escogido es

el primero o el segundo[22]. No cabe ninguna duda de que, en esta elección, entra en juego de forma más o menos articulada la cuestión de la normalidad o de la anormalidad del asesinato y, por consiguiente, de los verdugos.

Cuando reflexionamos en frío, cuando intervenimos en un debate académico, en todas las circunstancias en las que de lo que se trata es de ser inteligentes, es decir, cuando intentamos comprender el mundo sabiendo bien que hay que observar con un mínimo de distancia, siempre damos preferencia a Browning y comprendemos bien que convertir al pueblo alemán en «verdugos voluntarios» resulta una simplificación ultrajante de la historia, un sometimiento de la misma, no sin peligro, a imperativos memorialísticos o políticos. Sin embargo, me parece que en nuestro fuero interno, allí donde la repulsa hacia el nazismo se elabora y se perpetúa, en ese entorno oscuro y mal identificado en el que pensamos sin pensar en ello, en el que *sentimos* de manera confusa, predomina el esquema de Goldhagen. Sin ser capaces de formularlo, sin darnos siquiera cuenta, desearíamos profundamente que él tuviera razón, que el mal que se encarnó durante la Segunda Guerra Mundial siguiera modos no reproducibles que pusieran en valor todo lo que nos distingue de aquellos verdugos. Esos verdugos no tienen nada que ver con nosotros, nosotros somos su reverso exacto porque nosotros nos hemos construido contra ellos.

Para volver sobre lo que constituye el objeto de esta investigación, todas estas razones explican que preferiríamos sin duda que los responsables nazis hubieran estado al tanto del asesinato de todos los judíos, que lo hubieran aceptado e incluso que se hubieran alegrado por ello. La presente obra, como iremos viendo, va en ocasiones a la contra de estas expectativas: no permite, por hablar de forma gráfica, marcar sistemáticamente estos tres casos en cada uno de los momentos. Pero, ¿qué cambiaría en realidad en lo que tiene que ver con el horror del crimen?

CAPÍTULO I

GOEBBELS Y LA PERSECUCIÓN DE LOS JUDÍOS 1939-1942

Tuvieron que pasar tres semanas desde de la invasión de Polonia por parte del ejército alemán para que Joseph Goebbels, ministro de Propaganda, *Gauleiter* de Berlín y amigo íntimo de Hitler, anotase su primera reflexión en tiempo de guerra sobre los judíos. En ese periodo grandioso en el que, con pocos costes, el Reich consiguió por fin desplazar muy al este la frontera de su «espacio vital», la «cuestión judía»pasó, de manera provisional, a un segundo plano. En periodos favorables, la presión de la obsesión antisemita flaqueaba. Porque si bien los judíos eran, por principio, culpables, aunque se llegase a declarar que eran simple y llanamente «culpables de todo»[23], no se les podía reprochar nada en aquellos tiempos de victoria. Por ello, el 23 de septiembre de 1939, un interlocutor de Goebbels le contó a este su periplo por los territorios recién conquistados y la hostilidad, el «odio» incluso, de la población local respecto a los invasores. El ministro resumió el intercambio al día siguiente en su Diario: «Entonces aún habrá mucho trabajo que hacer. Lo que más nos desgasta son los judíos». Y concluyó: «Por tanto solo hay una manera de alcanzar la paz: ¡la fuerza bruta!»[24]. Esta consigna se aplicaría mucho más allá de lo que se podría haber imaginado entonces. Pero, a pesar de un uso monstruoso de la «fuerza bruta», nunca hubo una *pax* nazi.



Unos días más tarde, el 29 de septiembre, Hitler explicó con satisfacción a su ministro y confidente que la guerra había acabado. Polonia, desmantelada entre la URSS y Alemania en virtud de un pacto germano-soviético, había dejado de existir. Se podía empezar a pensar en el futuro. Hitler expuso ante Goebbels su intención de repartir los territorios conquistados en tres zonas. La parte antiguamente alemana tenía que ser germanizada de nuevo (sería rápidamente anexionada al Reich). Al este se extendería un protectorado compuesto de dos entidades: la primera sería devuelta a la «Polonia buena», en palabras de Hitler, y supondría una separación definitiva de Rusia; más allá, en el territorio entre el Vístula y la línea fronteriza, se vertirían todos los «malos polacos y los judíos, incluidos los del Reich. Allí deberán demostrar lo que son capaces de construir»[25].

La información le fue transmitida a Goebbels en tiempo real o casi. Antes de mediados de septiembre, Himmler le había enviado a Hitler propuestas que solo él podía avalar, teniendo en cuenta, contaba Heydrich, su potencial repercusión internacional[26]. La aprobación de Hitler llegó varios días más tarde debido a que, el 21 de septiembre, Heydrich, jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich, presentó el proyecto a sus cuerpos. Los «malos polacos» se repartían en tres categorías: la capa dirigente, estimada en un 3 % de la población total, tenía que ser «neutralizada» y enviada a campos de concentración, mientras que las capas intermedias, entre las que figuraban todas las élites (políticas, religiosas, militares o educativas), serían enviadas al «territorio residual» al este del Vístula. Los judíos polacos, finalmente, serían concentrados inmediatamente en las ciudades y después expulsados al territorio oriental, con los judíos y los cíngaros alemanes. La operación debía completarse en un año[27]. Varios elementos dejan pensar que la «reserva» polaca no era el destino último de los judíos y que el «objetivo final»[28] perseguido y totalmente secreto consistía en transferirlos después, al menos de forma parcial, más allá de la línea

fronteriza, a la URSS[29]. En cualquier caso, la guerra había abierto para el victorioso Reich una nueva posibilidad en su política antijudía: el traslado forzado más allá de sus fronteras, a los territorios bajo control o aún más lejos.

Este modelo, que debía seguir siendo válido en parte hasta la primavera de 1942, conoció un principio de ejecución en octubre con la operación Nisko: se preveía crear en el extrarradio de esta pequeña ciudad sobre el San una reserva para los judíos deportados. Algunos convoyes salieron antes de que la operación fuese anulada por sorpresa, unos días más tarde[30]. Probablemente no se informó a Goebbels de este experimento, que no aparece mencionado en su Diario. Es cierto que ningún convoy salió de de Berlín. No por ello el ministro permanecería inactivo: a principios de ese mismo mes, justo después de su encuentro con Hitler, empezó a preparar el acompañamiento por parte de la Propaganda de la próxima expulsión de los judíos, ordenando la producción de una película para el gran público sobre los guetos polacos titulada *El judío errante*[31]. Quería respaldar con imágenes el carácter supuestamente repulsivo de los judíos y hacer deseable para la población alemana u occidental la expulsión de los mismos de la esfera alemana[32]. Conocía el poder de esa repulsa hacia los judíos, sobre todo hacia los judíos del Este, porque él mismo la experimentaba. Cuando visitó el gueto de Lodz el 31 de octubre, hizo la siguiente reflexión: «Ya no son hombres, son animales. Por eso no se trata de una tarea humanitaria sino quirúrgica. Debemos practicar aquí una incisión, y una absolutamente radical. Si no, Europa morirá por la enfermedad judía»[33].

Durante algunos meses, el proyecto de una reserva judía en los territorios polacos conquistados siguió siendo de actualidad. Himmler ordenó otras operaciones de expulsión en otoño y a lo largo del invierno, pero los planes eran demasiado ambiciosos como para conocer algo más que un inicio de realización. Se perdían invariablemente en arenas movedizas[34]. La idea de una «reserva judía» en Polonia fue finalmente descartada en marzo de 1940, por

razones complejas[35]. La política nazi se encontraba en un callejón sin salida sin que sus principios se viesen por ello modificados.

El 8 de mayo de 1940, Himmler habló con Goebbels de la situación en el Gobierno General, «y sobre todo del judío. Solo es un desecho. Se les debe tratar con una disciplina de hierro […]. Solo pueden existir encerrados, si no, empuercan por completo la moralidad»[36]. Pero el objetivo último seguía siendo el de una expulsión total, como atestigua el proyecto de reordenación étnica hacia el este que estaba redactando el *Reichsführer* en ese mismo momento y que terminaría a mediados de mayo de 1940. Con Hitler como único destinatario, este esbozo es un documento particularmente importante para evaluar los proyectos nazis: afirmaba con rotundidad su «convicción interna» de que era conveniente «rechazar como contrario al espíritu germánico y como imposible el método bolchevique de exterminación física de un pueblo». Por tanto, aún no había una perspectiva genocida asentada y faltarían aún muchos meses antes de que esa idea comenzase a germinar. En aquel momento Himmler solo se proponía «borrar por completo el concepto de judío» procediendo, en un plazo indeterminado, a «una gran emigración de conjunto de los judíos a África o, si no, a una colonia». Como prueba de su total aprobación de las ideas prospectivas del *Reichsführer*, que le parecían «muy buenas y acertadas», Hitler ordenó que fueran transmitidas a un pequeño número de responsables directamente interesados, bajo el sello del «más alto secreto». Goebbels no figuraba en la breve lista de destinatarios[37]. En cambio, en el mismo periodo, supo de una política que la Cancillería del *Führer* llevaba dirigiendo en secreto desde hacía unos meses: dar muerte a miles de enfermos mentales en instituciones alemanas de asilo. Fue el jefe de la institución,

Philipp Bouhler, quien lo informó del «procedimiento de liquidación de los locos», sin que sepamos si llegó a describirle las cámaras de gas en que se daba muerte a las víctimas. Goebbels permaneció imperturbable. Esto «es muy necesario» escribió. «Aún secreto». Su único miedo, y tenía razones para sentirlo, tenía que ver con la posible repercusión: «Esto promete grandes dificultades»[38].

Enviar a los judíos a África: la idea estaba lejos de ser novedosa u original, ni siquiera específicamente nazi[39]. Había regresado con particular insistencia en 1938[40], cuando la cuestión de los refugiados judíos alemanes y austríacos se convirtió en un problema internacional que pronto se abordó en la conferencia de Evian, sin demasiado éxito. Pero el sometimiento de Holanda y Bélgica y la derrota segura de Francia a corto plazo inscribieron las visiones de Himmler en el ámbito de lo posible. A principios del verano, la RSHA, el Ministerio de Asuntos Exteriores e incluso la Oficina de Ordenación del Territorio del Reich, dirigida por Göring, trabajaron de forma conjunta en la elaboración de un plan de traslado a la isla de Madagascar: el armisticio permitía de hecho contemplar el traslado bajo control alemán de la colonia francesa. Sus proyectos confirmaban sin lugar a dudas el carácter no genocida del programa, que no solo afectaba a los judíos alemanes o polacos bajo dominación alemana, sino a la mayor parte de los judíos europeos, Europa Central y URSS aparte. El objetivo era aislar a los judíos de forma definitiva —Madagascar se convertiría en una «reserva»— pero tomando precauciones para asegurar su supervivencia a largo plazo. Se estudiaba el clima, bastante insalubre, la cuestión de los recursos alimentarios, las posibilidades de desarrollo, las relaciones de esa futura entidad con el mundo exterior, etc. La operación, sin duda, habría conllevado una mortalidad importante, aunque solo fuera por el hecho del transporte, a ritmo de un millón de personas al año, pero todo indica que esta mortalidad no era en ningún caso el objetivo primero.

No se informó a Goebbels de estos planes hasta varias semanas después. Es más, incluso antes de que acabase la campaña del oeste, Hitler le había vuelto a transmitir su voluntad de resolver el

«problema judío». El 5 de junio de 1940 le había dicho en esencia a su ministro: «Después de la guerra acabaremos pronto con los judíos»[41]. Tomando nota de estas intenciones, tan pronto como se firmó el armisticio con Francia Goebbels pidió a sus servicios que trabajaran, junto con la RSHA, en el desarrollo de un plan de evacuación total de los sesenta mil judíos de Berlín: esta deportación, cuyo destino eran los antiguos territorios polacos, debía ponerse en marcha «inmediatamente después de la guerra» y estar terminada como mucho en ocho semanas[42]. El 24 de julio, tuvo la ocasión de recordarle a Hitler la importancia que concedía a la expulsión de los judíos de Berlín: esto debería permitir vencer las últimas resistencias al régimen apartando a los instigadores de los disturbios[43]. Desde el día siguiente, su «gran plan de evacuación de los judíos de Berlín» estuvo aprobado, probablemente por Heydrich, y se preocupó de anotar esta buena noticia. Además se le informó entonces del cariz de la operación: «En última instancia, la totalidad de los judíos de Europa deben ser deportados a Madagascar después de la guerra. Este será un protectorado alemán bajo el control de un gobernador de la policía alemana»[44]. Durante una larga conversación cara a cara, como las que estos dos hombres mantenían regularmente, Goebbels tuvo, el 16 de agosto, el placer de hablar del plan con Hitler, quien le confirmó los rasgos principales: «Enviaremos más tarde a los judíos a Madagascar. Allí podrán construir su propio Estado»[45]. Irónica reflexión, pues Hitler no creía en absoluto en la capacidad de los judíos, parásitos en esencia, para construir un Estado.

«Más tarde», «después de la guerra»: la ejecución del «plan Madagascar» suponía de hecho disponer del dominio de los mares, algo que solo una derrota inglesa podría garantizar. Desde el mes de mayo, se planteaba seriamente un ataque por el canal de la Mancha; en julio, se dio la orden a la Wehrmacht de prepararlo; en septiembre resultó obvio que un desembarco en Inglaterra tenía pocas oportunidades de éxito. El proyecto de traslado total de los judíos europeos, nacido de la euforia de las victorias militares en el oeste, se abandonó, aunque se diese a entender que solo había sido

suspendido. A principios del mes de noviembre de 1940, Goebbels se entrevistó con Hitler, y al día siguiente anotó en su Diario esta entrevista, mezclando sin duda las frases del *Führer* con comentarios personales. Hitler hablaba de la política que querían poner en marcha los *Gauleiter* de los territorios polacos anexionados: «Todos quieren descargar sus basuras en el Gobierno General. Los judíos, los enfermos, los vagos, etc. Y Frank se muestra en contra. No se equivoca del todo. A él le gustaría hacer de Polonia un país modelo. Eso es ir demasiado lejos. No puede, no debe ser así. Polonia debe ser para nosotros un gran almacén de trabajadores, así lo ha decidido el *Führer*… Y más tarde los echaremos de esa región[46]». Así fue que, desde otoño de 1940, el Gobierno General se convirtió de nuevo en un territorio de acogida transitoria para los judíos y los polacos expulsados. Himmler preparaba nuevos programas de transferencia de población y Hitler anunciaba sus decisiones: ciento cincuenta o ciento sesenta mil judíos y polacos serían transferidos a la antigua Polonia[47]. Pero, como Hitler le recordó a Goebbels, solo se trataba de una medida intermedia, anterior a un traslado definitivo de los judíos a un territorio aún por concretar.

Este giro radical, en mi opinión, solo se explica por la opción estratégica que Hitler había empezado a plantearse en julio de 1940 y que iba cobrando verosimilitud tras la renuncia a una invasión de Inglaterra: un ataque contra la potencia con la que la alianza solo había sido oportunista, la Unión Soviética. Es posible que, a partir del mes de septiembre, Heydrich hubiera podido imaginarse enviando a los judíos a territorios soviéticos conquistados[48]. La recuperación, a principios de noviembre, de las deportaciones rumbo al Gobierno General constituye otra indicación: este territorio sería por tanto una etapa en un desplazamiento que continuaría hacia el este. Como elemento suplementario, Hitler autorizó a finales de mes un programa cuyo objetivo era deportar a los sesenta mil judíos vieneses a la antigua Polonia[49]. El 18 de diciembre dio finalmente la orden a la Wehrmacht de preparar un ataque contra la URSS. Y Himmler ordenó sobre la marcha el inicio de un nuevo plan de traslado de los judíos y polacos al Gobierno General, no menos

colosal que el anterior, y asimismo abortado en menos de un año, por razones bastante similares[50].

No obstante, la inflexión más importante tenía menos que ver con el desarrollo de medidas a corto plazo que con la evolución de la política antijudía a nivel central. En enero de 1941, de hecho, Heydrich presentó las grandes líneas de su «proyecto de solución final» a Hitler y a Göring.



Conocemos este proyecto de enero de 1941 de manera muy imperfecta y solo a través de documentos secundarios[51]. Algunos historiadores, aún de forma reciente, han estimado que implicaba desde entonces la muerte o el asesinato de todos los judíos de Europa, pero su metodología es demasiado insatisfactoria como para que consideremos sus hipótesis[52]. En realidad, es en marzo de 1941 cuando encontramos la primera huella archivística disponible que da testimonio de un proyecto que podríamos calificar como genocida, pues concluiría, sin recurrir siquiera al asesinato, con la desaparición total del pueblo judío. Se trata de un informe de Viktor Brack, responsable de la Cancillería del *Führer* y organizador del asesinato de los enfermos mentales alemanes: setenta mil víctimas solo en el territorio del Reich hasta verano de 1941. Este informe, expresamente ordenado por Himmler el mes de enero anterior, estudiaba la factibilidad de una campaña de esterilización en masa. Si bien la población aludida no se explicita en el documento, era sin embargo claro que se trataba de los judíos: el dispositivo propuesto por Brack seguía la forma y el ritmo de su futuro traslado, tal como podemos reconstruirlo a través de elementos dispersos. Brack había indicado que era posible realizar una esterilización rápida por irradiación de rayos X[53]: una afirmación que se desmentiría más tarde.

Uno de los más altos responsables nazis estaba, por tanto, investigando un dispositivo cuyo fin, a largo plazo, implicaría la desaparición total de los judíos, la extinción de su pueblo. Sin embargo, Himmler, que continuaba informándose sobre otras técnicas de esterilización, no dio ningún uso al informe de Brack. Por tanto podemos preguntarnos en qué medida no se trataba tan solo de un procedimiento de carácter puramente exploratorio por parte de Himmler, llevado a cabo a título personal: no existe ninguna indicación que demuestre que le hablase a Hitler de ello o que se integrase en la versión desarrollada del «proyecto de solución final» en la que los servicios de Heydrich debían de estar trabajando en ese mismo periodo.

Por muy bien que podamos reconstruirlo, el proyecto seguía la misma línea del plan Madagascar, con la diferencia de que este preveía enviar a los judíos a regiones aún más inhóspitas en la URSS. En las regiones conquistadas a través de una «guerra de aniquilación», se proyectaba ejecutar en última instancia una política de pillaje que conllevase el desplazamiento o la muerte de hambre de «varias decenas de millones de personas», como se escribía sin tapujos en los documentos internos del momento[54]. Con el fin de organizar el efecto sorpresa con el que contaba Hitler para vencer a la URSS, este cambio de destino debía permanecer totalmente secreto: por aquel entonces se hablaba de «territorios aún por determinar»[55]. Además, el programa de traslado total de los judíos europeos debía extenderse durante varios años. Esta «solución definitiva» de la «cuestión judía» aún se asimilaba a una «empresa de colonización» que había que planificar «al más mínimo detalle»[56]. No se llevaría a cabo hasta haber ganado la guerra.

No se informó a Goebbels de estas reflexiones, sin que debamos sorprendernos por ello. De hecho él no tenía ninguna responsabilidad específica en el futuro programa. Tampoco se le informó en su momento del proyecto de invasión de la Unión Soviética (la información le llegaría en el mes de marzo[57]). Este secreto era, en suma, más decisivo y estaba mejor guardado que todo lo relacionado con la «solución final», o incluso con la

operación T4 de exterminio de los enfermos mentales. El 30 de enero de 1941, el superior de Viktor Brack, Philipp Bouhler, habló con Goebbels en estos términos y de nuevo por libre a propósito del programa que estaba supervisando. El ministro lo anotaría al día siguiente en su Diario: «Conversación con Bouhler sobre la liquidación silenciosa de los enfermos mentales. Cuarenta mil han desaparecido, aún deben desaparecer otros sesenta mil. Es un trabajo duro, pero también necesario. Y hay que hacerlo ahora. Bouhler es el hombre adecuado para esta tarea»[58].

Ignorando los proyectos a medio plazo para los judíos, el *Gauleiter* de Berlín se enteró sin embargo de que unos convoyes salían de Viena hacia el Gobierno General, y esto despertó la competencia entre las dos capitales. El 17 de marzo, durante una conversación con Hitler en Viena, la cuestión de los convoyes fue abordada de forma incidental: «Pronto Viena estará libre de judíos». Y Goebbels prosiguió en su Diario: «Entonces llegará el turno de Berlín. Ya he hablado de ello con el *Führer* y con el Dr. Franck [*sic*]. Pone a los judíos a trabajar y se muestran dóciles. Después, todos tendrán que marcharse de Europa»[59]. El futuro de los judíos, en definitiva, interesaba poco al *Gauleiter* de Berlín. Lo que quería era echar a los judíos lo más pronto posible de la ciudad de la que era responsable. Tres días más tarde, el colaborador más cercano de Goebbels, Leopold Gutterer, aprovechó esta conversación de alto nivel para intentar acelerar el proceso durante una reunión en el Ministerio de Interior. Explicó a los participantes, entre los que figuraba Eichmann, que el tono del intercambio «dejaba entender que ya no era tolerable que todavía hoy la capital del imperio nacionalsocialista acogiese a un número tan elevado de judíos… Es cierto que el *Führer* no ha tomado personalmente la decisión de que Berlín quede libre de judíos, pero el Dr. Goebbels se ha convencido por ello de que una propuesta apropiada en este sentido se ganaría la aprobación del *Führer*»[60]. Eichmann dirigía el servicio IBV4 de la RSHA, encargado de la «cuestión judía» y de las transferencias de población. Señaló que el Gobierno General no estaba en condición de acoger nuevos contingentes, y después intentó elaborar

rápidamente una solución por iniciativa propia: existía una «orden escrita del *Führer*» sobre la deportación de sesenta mil judíos vieneses; aunque no había más de cuarenta y cinco mil judíos en Viena; se podría intentar utilizar, en el mejor de los casos, el contingente restante para los judíos de Berlín. Eichmann fue el encargado de elaborar una propuesta en ese sentido[61]. Goebbels no recogió en su Diario la maniobra que él mismo había iniciado pero lamentó por escrito que este astuto esquema fuera rechazado al día siguiente de la reunión: «No se puede evacuar a los judíos de Berlín porque treinta mil de ellos trabajan en las empresas de armamento. ¿Quién habría podido creerlo?»[62]. La situación estaba bloqueada. Habría que esperar al final de la guerra.

La única consecuencia de esta peripecia se mostró más tarde. El 21 de abril de 1941, Goebbels ordenó que los judíos de Berlín llevasen una señal distintiva, siguiendo una lógica que desarrolló en su Diario: «Si no, como quien no quiere la cosa, siguen mezclándose con nuestro pueblo y este protesta»[63]. Era una medida tomada por despecho, consecuencia directa, tal y como explicó a uno de sus subordinados, de la «desafortunada» imposibilidad de proceder «por el momento» a la «evacuación de los judíos de Berlín en las condiciones deseadas»[64]. Pero Goebbels, aún estando a cargo de modular la opinión pública a través de la propaganda, no podía instaurar por sí solo una medida tan importante y su medida no se ejecutó, mientras que al mismo tiempo Göring se tomó su tiempo para aprobar una medida similar propuesta por Heydrich al considerar que el propio Hitler debía ser quien dirimiese la cuestión[65]. Decididamente, había que esperar.

La paciencia nunca fue una virtud nazi. Durante los dos años precedentes, Himmler, oficialmente encargado de la recomposición

étnica de los territorios orientales conquistados, había imaginado y ordenado varias veces el traslado a corto plazo de centenas de miles de personas al Gobierno General, con el éxito que ya conocemos. En julio de 1940, poco después de que se aclarase la situación en el frente occidental, Goebbels había solicitado a sus servicios que trabajasen en un plan de expulsión de los judíos berlineses que debía ponerse en marcha al final de la guerra. En el mismo momento, Hans Frank actuaba de forma aún más precipitada. Tan pronto como consiguió la inclusión de los judíos polacos en el plan Madagascar, el responsable civil del Gobierno General ordenó suspender la construcción de guetos. En la medida en que estos habían sido concebidos como una solución transitoria a medio plazo, perdieron su razón de ser cuando se fue perfilando la evacuación de los judíos en un plazo más o menos corto[66]. Un año más tarde, después de haber tenido que relanzar la política de aislamiento de los judíos, Frank reaccionó de la misma manera al anuncio de nuevos planes de desplazamiento. El 19 de junio de 1941, tres días antes del inicio de la operación Barbarroja, no ocultó su alegría ante Goebbels, quien anotó al día siguiente que «allí se alegraban de poder expulsar a los judíos»[67]. Después, sin esperar un mes, anticipando la victoria y el traslado de población que conllevaría, el gobernador general ordenó de nuevo detener la guetificación[68].

Hitler tampoco era muy partidario de dejar que las cosas se extendiesen en lo que a los conflictos se refería: la ofensiva del oeste había sido una guerra relámpago, y además victoriosa, y contaba con desarticular la URSS en pocos meses, antes del otoño, acercando mucho el radiante futuro de la victoria y, con ello, la ejecución del traslado de los judíos. No obstante, tras varias semanas de progreso ininterrumpido, hubo que reconocer que se había subestimado la resistencia del Ejército Rojo y que la victoria no llegaría antes del invierno. El 18 de agosto, Goebbels se encontró finalmente con Hitler, confinado en su cuartel general, y lo encontró cansado y envejecido. Consciente de la peligrosa situación en que se encontraba el Reich, Hitler se aferraba a las más locas esperanzas: quizá Stalin aceptase la paz, o quizá Churchill cayese; así las cosas,

todo podría cambiar por completo en pocas semanas[69]. A esos momentos de abatimiento se sucedieron momentos de euforia, seguidos de nuevas crisis. Pero el tiempo seguía pasando. El horizonte de expectativas se parecía a la línea del horizonte: se alejaba a medida que parecía que uno se estaba acercando a ella.

En lo relacionado con la «cuestión judía», el verano de 1941 estuvo marcado para Goebbels por dos experiencias fundamentales y, en cierta medida, complementarias. En primer lugar, que el conflicto parecía haberle aportado la confirmación de la naturaleza intrínsecamente maléfica de los judíos, que podía, llegado el caso, adoptar nuevas y más radicales formas que hasta entonces. Para él, los judíos seguían siendo seres que actuaban en la sombra, esos instigadores de la guerra que movían hilos a distancia, a cobijo; fomentaban en el extranjero la hostilidad hacia Alemania y trabajaban dentro de ella para minar la moral de la población[70]. Pero también eran enemigos activos: había judíos que disparaban contra soldados alemanes en las fronteras moldavas[71], había otros que el avance del ejército alemán permitía descubrir en las supuestas «atrocidades» en las que él creía[72], etc. Y Goebbels se vería pronto complacido con esta idea gracias a la lectura de los informes de actividad de los *Einsatzgruppen*[73] que un miembro del Ministerio de Asuntos Exteriores resumía de forma emblemática: «En el curso de la campaña del Este, los judíos se han comportado […] como saboteadores, saqueadores, espías, terroristas, francotiradores, han promovido la agitación comunista, han resistido pasivamente y mantenido a batallones de aniquilación soviéticos y a comandos paracaidistas[74]».

Lo que quizá fue aún más importante es el descubrimiento, en julio, de un panfleto antialemán publicado algunos meses antes por cuenta propia de un judío americano, Theodore N. Kaufman[75]. El 24 de julio, Goebbels escribió en su diario: «Se publica ahora en Estados Unidos un libro del judío Kaufman en el que, bajo el título de "¡Alemania debe ser aniquilada!", se nos profetiza con claridad lo que nos amenaza si no mantuviésemos nuestra postura y dejásemos escapar la victoria. En él se propone, de manera muy seria,

exterminar, y en concreto esterilizar, a toda la población alemana. Por estúpido y absurdo que parezca este proyecto, nos muestra, no obstante, en qué estado mental se encuentra el enemigo»[76]. ¿Estúpida, absurda? ¿Habría empleado Goebbels los mismos adjetivos si hubiera sabido que Himmler reflexionaba unos meses antes sobre un proyecto similar? Pero de quien el *Reichsführer* proyectaba la extinción era del pueblo judío.

Para Goebbels, el enemigo estaba cambiando de naturaleza. Los judíos querían no solo derrocar a un gobierno odiado, abatir el Reich nazi, acabar con la germanía del pueblo alemán que el nazismo pretendía avalar: los judíos planeaban emprenderla contra los cuerpos de cada uno de los alemanes, fuera cual fuera su sexo o su edad, con un dispositivo que equivalía a «condenar a muerte»[77] a todo el pueblo. Es posible que Goebbels sintiera, por un breve instante, algo de miedo: veía en el pequeño libro de Kaufman una «profecía» que revelaba lo que «nos» amenazaba en caso de derrota. Pero, rápidamente, pasado ese momento, el ministro vio el beneficio que podía extraer de ello difundiendo el «plan de aniquilación» en tiradas de millones de ejemplares. Escribió unos días más tarde —y el abandono de la primera persona del plural muestra con claridad que había superado sus emociones—: «Resultará extraordinariamente edificante para todos los hombres y mujeres de Alemania aprender lo que se le hará al pueblo alemán si mostrase una vez más, como en noviembre de 1918, signos de debilidad»[78].

La segunda experiencia no era menos capital. Al mismo tiempo que Goebbels quería confirmar la malicia extrema de los judíos, constataba con satisfacción manifiesta que estos empezaban a sufrir las consecuencias: eran golpeados en un territorio cada vez mayor y

los golpes eran cada vez más fuertes. Está claro que, desde hacía años, el antisemitismo constituía uno de los elementos centrales de la política europea del Reich. Podríamos incluso decir que Hitler también quería que Europa se realizase a través del antisemitismo, lo que no solo era un fin en sí mismo, sino también un medio: la idea general era que, apartados los judíos de todos los lugares en los que se encontraban, se disminuía su nocividad y se facilitaban mecánicamente las relaciones de los países que los acogían con Alemania. Esta política de largo recorrido de exportación de la causa antisemita conoció un éxito evidente —al menos hasta cierto punto — y creó un fenómeno de arrastre que se retroalimentaba. Esto es en resumen lo que Goebbels quería decir en diciembre de 1940 cuando anotó en su Diario: «En la Sobranje [parlamento legislativo búlgaro] se ha adoptado una ley sobre los judíos. No es radical, pero ya es algo. Nuestra idea avanza, incluso sin dirigirla, por toda Europa»[79]. En septiembre de 1941, Goebbels pudo alegrarse como entonces por la instauración, en Eslovaquia, de una nueva legislación antisemita, que iba «en parte más lejos que la nuestra»[80]. A mediados de agosto anotó una reflexión similar sobre otro gran aliado de Alemania, Rumanía: «Y en lo relativo a la cuestión judía, hoy podemos decir en cualquier caso que un hombre como Antonescu actúa de manera mucho más radical de lo que lo hemos hecho nosotros hasta ahora»[81]. La competición estimulaba a Goebbels: continuó la nota sobre Eslovaquia indicando que iba a hacer pública la obligación de portar la estrella amarilla en Alemania; después de hablar de Rumanía, añadió: «Pero no descansaré ni me detendré hasta que no hayamos llegado a las últimas consecuencias para con los judíos». En definitiva, a Goebbels le costaba aceptar la idea de que alguien fuera más radical que él en materia de antisemitismo y quería reconquistar ese primer puesto que, a sus ojos, era envidiable.

Las persecuciones no solo progresaban al sudoeste de Europa, en los países aliados de Alemania, sino también al este, en los territorios conquistados por la Wehrmacht; la propaganda decía: «liberados del yugo judeo-bolchevique». Pero en este caso no se

trataba de legislación, sino de asesinatos: así lo informó, el 10 de agosto, un interlocutor habitual del ministro, Gunter d'Alquen. Redactor jefe de la revista de la SS, *Das Schwarze Korps*, y destinado en el frente Oriental[82], D'Alquen aprovechó una breve estancia en Berlín para darle a Goebbels un «informe circunstanciado» sobre la situación en la URSS, que era «aún más catastrófica» de lo previsto. Se trataron muchos temas y después se habló de los pogromos contra los judíos. Goebbels anotó: «En las grandes ciudades, se les inflige un castigo a los judíos. Las organizaciones de defensa de los pueblos bálticos los apalean a muerte, en masa, en las calles»[83].

Era la primera vez, al menos según su diario, que Goebbels disponía de información «circunstanciada» sobre la suerte de los judíos soviéticos. Como a otros, en los días que siguieron a la invasión, se le informó de uno u otro pogromo o linchamiento de judíos, en Lemberg o Riga, de los que hablaba la prensa. El 7 de julio hizo alusión, incluso, a un artículo de *Das Reich* que evocaba «el fin terrorífico para la clase dirigente y judeoterrorista del bolchevismo»[84]. Pero esta información era a la vez demasiado precoz y parcelaria como para reflejar lo que estaba sucediendo en esas primeras semanas de invasión. La toma de conciencia llegó por tanto con D'Alquen, y Goebbels lo transcribió en su Diario con una fórmula solemne: «[…] *Ein Strafgeright [wird] an den Juden vollzogen*». Difícil de traducir en español («un castigo ha sido infligido a los judíos»), esta expresión era utilizada por Goebbels en momentos escogidos en los que la acompañaba de adjetivos superlativos: el castigo era divino, histórico, draconiano, terrible, bárbaro, terrorífico, etc[85]. Es cierto, en este caso, que el suceso era impactante, aunque solo fuera por la brutalidad de los medios empleados.

Evidentemente no es posible saber qué sucesos había presenciado D'Alquen, ni apreciar el realismo de su descripción. Quizás había sido capaz, como ese oficial, dieciocho años más tarde, de transmitir a su auditor el horror de lo que había ocurrido en las calles de Kaunas, como en aquel final de junio de 1941: «Cruzando la ciudad, pasé por delante de una estación de servicio, alrededor de

la cual se agolpaba una densa multitud. En ella había también muchas mujeres que aupaban a sus hijos o que se subían a sillas o cajas para ver mejor. El clamor que se levantaba de continuo —bravos, aplausos y risas— me dejó suponer de entrada que se trataba de una fiesta o bien de una especie de manifestación deportiva. No obstante. Cuando pregunté qué estaba ocurriendo, me respondieron que el "asesino de Kaunas" estaba en acción. ¡Los colaboradores y traidores iban a recibir finalmente su justo castigo! No obstante, al acercarme, presencié el suceso más terrorífico que he visto en dos guerras mundiales». El militar prosigue: «Sobre la explanada de hormigón de la estación de servicio había un hombre de alrededor de veinticinco años, de mediana estatura y rubio, apoyado para descansar en un garrote de madera del grosor de un brazo y que le llegaba hasta el tórax. A sus pies había entre quince y veinte muertos y moribundos. Un flujo continuo de agua salía de una manguera de regar y llevaba la sangre a un desagüe. Unos metros detrás de él, veinte hombres custodiados por civiles armados esperaban su cruel ejecución con una resignación muda. Con una pequeña señal, el siguiente se adelantó y fue golpeado hasta la muerte de la manera más bestial, a garrotazos, y cada golpe iba acompañado de aclamaciones entusiastas por parte de los espectadores»[86].

Esto había sucedido en Kaunas, donde, en unas horas, el pogromo había dejado más de tres mil ochocientas víctimas, pero esto ya había sucedido en otros lugares, en Riga[87] o en otras ciudades de los países bálticos, de Ucrania o de la Galitzia Oriental, siguiendo un esquema más o menos similar: lo que cambiaba era el número de víctimas y la crudeza de su asesinato. Fuera cual fuera el pogromo en cuestión, el relato de Gunter d'Alquen había dejado una fuerte impronta en Goebbels, una tan profunda que su Diario contaba, al día siguiente, una inquietud inaudita: que tales accesos de violencia no surgiesen por contagio en la capital del Reich. Aludiendo a la «Noche de los Cristales Rotos», que sin embargo no fue para nada espontánea, escribió: «No quisiera revivir lo que sucedió en 1938, cuando el populacho resolvió la cuestión judía.

Pero no podemos impedirlo a largo plazo salvo cuando se toman decisiones enérgicas y apropiadas en el momento adecuado. Sobre todo, nuestros soldados, al volver del frente, no entenderán que aún sea posible que en Berlín siga habiendo judíos con personal ario a su servicio, viviendo en apartamentos de seis u ocho habitaciones cuando las familias alemanas, las mujeres y los hijos de los soldados del frente siguen en sótanos húmedos o en buhardillas exigüas»[88]. Menos de una semana más tarde, el *Gauleiter* de Berlín expresaba el mismo miedo después de haber conocido que solo un tercio de los setenta y cinco mil judíos de Berlín había sido integrado en el proceso productivo: «Bajo ninguna circunstancia se le debe decir esto al pueblo alemán, porque si no, con toda seguridad, se organizarían pogromos. Nosotros, los alemanes, tenemos el honor de hacer esta guerra y, entretanto, [están] los parásitos judíos esperando nuestra derrota para explotarla en su beneficio y alimentarse gracias a la fuerza de nuestro pueblo. Esta situación es simplemente escandalosa. Pero yo voy a velar por ponerle fin en breve»[89].

De hecho, a partir del día siguiente, el 18 de agosto de 1941, Goebbels intentó que se tomasen medidas; como veremos, no sin éxito. Sin duda su resolución se había afianzado esa misma mañana con la lectura de los «informes circunstanciados» que la Gestapo le había hecho llegar acerca de la situación policial en las regiones ocupadas. De hecho, estos resúmenes establecidos a partir de los informes de los *Einsatzgruppen* insistían a la vez en la peligrosidad de los judíos soviéticos («mucho más insolentes y provocadores» que los judíos polacos, señalaba Goebbels), sobre las represalias que había suscitado su comportamiento y sobre los pogromos cometidos por las poblaciones locales en numerosos lugares[90].

No resulta en absoluto sorprendente entonces que, durante el cara a cara que siguió con Hitler, ambos hombres se maravillaran por el hecho de que «en el Este son los judíos quienes pagan los platos rotos». Y eso no estaba limitado ni al Este ni a Alemania. Europa, en un «frente casi unido», se levantaba contra los judíos, que pronto solo tendrían refugio en Norteamérica. Todo aquello era lógico: «Los judíos son un cuerpo extranjero en las naciones basadas en la cultura, y su acción a lo largo de las tres últimas décadas ha sido tan devastadora que la reacción de los pueblos es totalmente comprensible, ineluctable y está, querría uno decir, en la propia naturaleza de las cosas». Y Goebbels concluía: «En cualquier caso, los judíos no tendrán muchos motivos para reír en el mundo que se avecina»[91]. Al menos, quizás, estarían aún vivos en el mundo del nazismo triunfante que se avecinaba.

En ese contexto y debido a la multiplicación de los ataques contra los judíos, los dos hombres regresaron por primera vez a la «profecía» que Hitler había pronunciado el 30 de enero de 1939. Goebbels anotó: «Hablamos del problema de los judíos. El *Führer* está convencido de que su profecía de entonces en el Reichstag, por la que si los judíos conseguían provocar de nuevo una guerra esta terminaría con su aniquilación, está en camino de cumplirse. Será una realidad en estas semanas y meses por venir, con un nivel de certeza siniestro»[92]. Quizá fuera él, Goebbels, quien preguntó al «profeta» sobre la exactitud de su «profecía». Una semana antes, de hecho, después de escuchar cómo D'Alquen le describía las masacres de los judíos que habían tenido lugar en los países bálticos a manos de los habitantes locales, ya se acordó del discurso anunciador de Hitler, constatando que encontraba su traducción en los hechos: «En las grandes ciudades se inflige un castigo contra los judíos. […] Se cumple lo profetizado por el *Führer*: que, si los judíos conseguían provocar una guerra de nuevo, el judaísmo dejaría de existir por ello»[93]. Y unas semanas atrás, antes incluso de que se iniciase la operación Barbarroja, había asociado por primera vez la degradación de la situación de los judíos con las palabras de su jefe: «El Dr. Frank me habla del Gobierno General. Allí se alegran ya de

poder expulsar a los judíos. El judaísmo en Polonia se va destruyendo poco a poco. Un castigo justo por haber excitado a los pueblos y por haber maquinado esta guerra. El *Führer* ya les había profetizado esto»[94].

En esos tres casos, lo que probaba la eficacia de la «profecía», lo que certificaba su naturaleza, era la intervención de agentes no alemanes: los judíos morían por la miseria en Polonia, eran asesinados por las milicias bálticas, toda Europa se alineaba contra ellos. El profeta y su discípulo podían adoptar la postura de simples observadores, que constataban la llegada de fenómenos en los cuales no tomaban parte. Si bien la palabra «profecía» se utilizaba siempre a propósito en el Diario de Goebbels, respetando esa lógica intrínseca que diferenciaba aquella cosa de una amenaza, de un anuncio o de un diagnóstico, esto no quita que la palabra, escrita con sinceridad, resultase en el fondo estar mal escogida; pero el diarista aún no lo sabía. Porque los «pogromos», en la inmensa mayoría de los casos, eran en realidad de todo salvo espontáneos. Una de las tareas de los *Einsatzgruppen* dirigidos por Heydrich en la retaguardia de las tropas de la Wehrmacht era precisamente iniciar este tipo de violencia en secreto, como precisó el jefe de la RSHA en una instrucción a los comandantes de las cuatro unidades el 29 de junio: «No hay que poner trabas a las aspiraciones de autopurificación de los círculos anticomunistas o antijudíos en las regiones recién ocupadas. Por el contrario, debemos desencadenarlas, claro está, sin dejar huella, intensificarlas si es necesario y guiarlas en la buena dirección, sin que los "círculos de autodefensa" puedan referirse a algún tipo de planificación o seguridades políticas que hubieran recibido por nuestra parte». Y también: «Es deseable desencadenar pogromos populares locales»[95].

Goebbels no conocía estas instrucciones secretas, y los resúmenes de los informes de los *Einsatzgruppen* reproducían, en una frase casi torpe, la versión oficial de masacres espontáneas[96]. Del mismo modo, estos documentos no permitían medir la dinámica asesina que se había apoderado de esas unidades sobre el terreno.

En ellos se escribía, por ejemplo: «En represalias de incendios, de saqueos y de asesinatos alrededor de ocho mil personas han sido liquidadas en el radio de acción del *Einsatzgruppe B.*Gran parte de ellas pertenecían a la *intelligentsia* judía»[97]. El número de víctimas solo en el mes de julio, solo en la Rutenia Blanca, era ciertamente elevado, pero, más allá de que no se tratase únicamente de judíos, a Goebbels podía parecerle proporcionado respecto a la resistencia que se oponía al ocupante. Pero las cifras a menudo se subestimaban y la descripción de las acciones no se correspondía con la realidad del lugar. ¿«Represalias»? No, se trataba más bien de otra cosa.

Hitler prefirió no sacar del engaño a su ministro y confidente. Porque él conocía, sin lugar a dudas, el contenido exacto de esas órdenes dadas por Heydrich a los *Einsatzgruppen*. A principios del mes de agosto, de hecho, pidió expresamente que le enviasen a él los informes de esta unidad especial[98]. Y Himmler lo mantenía regularmente informado de lo que ocurría sobre el terreno. Durante los dos días anteriores a su encuentro con Goebbels, Hitler había desayunado con el *Reichsführer*, quien había podido relatarle la misión que acababa de ser ejecutada en Minsk el 15 de agosto[99]. No es seguro, como se ha supuesto a menudo, que Himmler hubiera dado ese día la orden a las unidades especiales de exterminar también a mujeres y niños judíos[100]. Pero solemos estar de acuerdo al pensar que dio la orden a sus subordinados de encontrar otra manera de proceder con las ejecuciones masivas que amenazaban la salud mental de los verdugos: de este impulso nacerían, unas semanas más tarde, los camiones de gas itinerantes, supuestamente menos duros que los fusilamientos con arma automática[101]. Igualmente, en lo relativo a los métodos, Goebbels iba a ser apartado, como todos los miembros del aparato del Estado que no estuvieran directamente implicados en estas medidas. Y faltarían aún largos meses antes de que lo descubriera.

Aquel 18 de agosto, el tema que ocupó a los dos hombres no fue solo la reacción europea al mal encarnado que eran, desde su punto de vista, los judíos. Hitler y Goebbels también hablaron de las medidas que había que implantar de inmediato contra los judíos alemanes. El *Gauleiter* de Berlín había ido puliendo su argumentario durante las semanas precedentes: los judíos constituían un peligro real, aunque solo fuera para la moral de la población; dejándolos en Berlín se corría el riesgo de que el pueblo se manifestase, etc. Tenía una determinación y supo ser convincente. Al día siguiente, no dudó en escribir en su Diario: «Sobre la cuestión judía, puedo imponerme por completo ante el *Führer*». De hecho, Hitler dio ese mismo día su aprobación a las dos propuestas de Goebbels. Se suprimirían las raciones de alimentos para los judíos que no trabajasen (esto era eco de la estadística sobre el empleo de los judíos que había leído unos días antes), y se instauraría la obligación de portar la estrella amarilla, siendo esta una evolución aún más notable teniendo en cuenta que Hitler llevaba meses posponiéndolo. A la inversa, en lo referente a la suerte de los judíos a más largo plazo, Hitler rechazaba comprometerse seriamente y se mantenía impreciso: «Además, el *Führer* me ha prometido expulsar de Berlín hacia el Este a los judíos berlineses tan pronto como se presente la primera posibilidad de transporte». Al Este, en ese mundo por venir del nazismo triunfante, los judíos, efectivamente, no tendrían muchos «motivos para reír», ya que Hitler había precisado: «Estarán abrumados por la cantidad de trabajo en el intempestivo clima que hay allí»[102].

La medida de la estrella amarilla fue instituida con rapidez por medio de un decreto con fecha de 1 de septiembre[103]. Esta medida se inscribía en un periodo de refuerzo de la propaganda antisemita. Se imprimían millones de ejemplares de panfletos, los artículos de la gran prensa daban una publicidad máxima al panfleto de Theodore

Kaufman, *Germany Must Perish!*[104]. Al mismo tiempo, la «profecía» de Hitler se convirtió en un enunciado recurrente de la propaganda: el 7 de septiembre, el cartel semanal *Parole der Woche*, que publicaba el NSDAP, reproducía el texto de aquel discurso de Hitler del 30 de enero de 1939[105]. De esta manera se encontraban afirmadas de manera conjunta y en el espacio público la supuesta peligrosidad extrema de los judíos, las medidas tomadas por Alemania para limitar su influencia y la amenaza contra ellos de un castigo inminente, de otra naturaleza. El propio Goebbels se aseguró de que esos tres temas fueran difundidos simultáneamente en un editorial de *Das Reich* del 16 de noviembre titulado: «Los judíos tienen la culpa». En él justificaba que los judíos del Reich portasen la estrella amarilla e, implícitamente, que fueran deportados.

Porque Hitler, después de haber aplazado durante varias semanas las propuestas para reanudar la deportación de los judíos alemanes, cambió súbitamente de idea a mediados de septiembre. Las razones de ese cambio no están del todo claras. ¿Se trataba acaso de una medida de represalia después de que Stalin anunciase la deportación de la minoría alemana que vivía en la cuenca del Volga? ¿O bien Hitler había cedido a las presiones del *Gauleiter* de Hamburgo, que reclamaba la capacidad de instalar en los apartamentos de los judíos a las víctimas alemanas del bombardeo de su ciudad[106]? Ya hemos adelantado que el momento escogido por Hitler para iniciar las deportaciones podía ser un eco del calendario inicialmente previsto[107]. A mi modo de ver, lo más verosímil es que Hitler reaccionase ante la evolución de las relaciones entre Alemania y Estados Unidos. De hecho, el 5 de septiembre había tenido lugar la primera escaramuza entre un navío estadounidense y un submarino alemán. La tan temida entrada de Estados Unidos en el conflicto y la transformación de este en una guerra mundial ya solo eran, por tanto, cuestión de semanas o meses[108]. Por ser responsables del belicismo estadounidense, los judíos, en la lógica alemana, deberían pagar.

El 18 de septiembre, Hitler anunció al *Gauleiter* de la ciudad polaca de Lodz —rebautizada Litzmannstadt— que «deseaba que el

viejo Reich y el Protectorado quedasen libres de judíos al este y al oeste lo más pronto posible», y en consecuencia se planteaba enviar a sesenta mil judíos alemanes al gueto «para el invierno»[109]. Es necesario, para nuestro propósito, hacer hincapié en la precocidad y en la calidad de la información transmitida a Goebbels, informado a partir del 23 de septiembre y desde entonces al corriente de forma regular. Así, su Diario constituye, para el periodo de otoño de 1941, una de las fuentes más importantes en lo relacionado con la evolución de la «solución final de la cuestión judía», a la vez por su contenido y por el ritmo al que esta evolucionó.

El 23 de septiembre, Goebbels estaba en el cuartel general de Hitler cuando se encontró con Heydrich, con el que tenía «cosas importantes que debatir en lo referente al tratamiento de la cuestión judía». Sacó a relucir el tema de la estrella amarilla, pero también tuvo que destacar que esta medida era solo un último recurso, ya que añadió, imitando a Catón el Viejo: «En última instancia, soy de la opinión de que debemos evacuar a los judíos de Berlín a la mayor brevedad posible». La respuesta de Heydrich no fue distinta de la vaga promesa de Hitler del mes anterior de deportar a los judíos de Berlín tan pronto como se presentase la primera oportunidad en términos de transporte: «Podría ocurrir tan pronto como solucionemos la cuestión militar en el Este»[110]. Pero esto le bastaba a Goebbels para sentir que la victoria esperada estaba cerca: Hitler era por aquel entonces muy optimista y esperaba asestar un golpe decisivo a los soviéticos en las semanas que seguirían[111]. Por si fuera poco, había situado a Berlín como la primera en la lista de ciudades de las que se debía «evacuar» a los judíos, de tal manera que el *Gauleiter* de Berlín ya imaginaba poder «transportar antes de fin de año a gran parte de los judíos de Berlín al Este»[112]. Con la decisión de deportar un primer contingente de judíos a Lodz se había iniciado un movimiento que la victoria no haría más que acelerar.

La conversación con Heydrich le había permitido a Goebbels hacerse una idea un poco más precisa de la suerte de los judíos desplazados. «El jefe de la RSHA me ha explicado que finalmente deben ser transportados a campos instalados por los bolcheviques

[…]. Los judíos han erigido estos campos; qué más evidente que poblarlos ahora con judíos»[113]. Los campos de los que hablaba Heydrich eran los del gulag soviético. El propósito final era siniestro y corresponde a las escasas alusiones que se pueden encontrar aquí o en otro lugar de los archivos. El propio Hitler, en julio, había hablado de la posibilidad de enviar a los judíos a Siberia[114]. Un responsable del Ministerio de los Territorios Ocupados del Este supo en noviembre que los servicios de Heydrich planeaban el envío de judíos a «la parte septentrional o siberiana de Rusia», donde serían encerrados «en campos de trabajo»[115]. Porque los campos del gulag debían ser utilizados como campos de trabajo, y no como campos de exterminio, aunque muriesen muchos judíos debido al sometimiento a trabajos forzados en el «duro clima de allí». No tendrían muchos motivos para «reír», como había dicho Hitler un mes antes.

El primer convoy de deportación salió de Viena el 15 de octubre de 1941. El 18 de octubre, les tocó a un millar de judíos berlineses unirse al gueto de Lodz, y otros tres mil los seguirían antes del 1 de noviembre. Goebbels dispuso de las primeras informaciones al respecto el 23 de octubre: las deportaciones habían sumido a los judíos en una gran conmoción: gritaban pidiendo ayuda a los diarios extranjeros presentes en Berlín; el asunto ocuparía los titulares de la prensa internacional y Alemania sufriría una nueva campaña de condena. Pero lo importante era librar a la capital de los judíos que vivían en ella[116]. Ese mismo día, en un intento, a pesar de todo, de prevenir estos inconvenientes, ordenó que no se hablase en los periódicos de estas deportaciones al Este, pero también que se engañase a los corresponsales extranjeros: se trataba solamente de una cuestión de economía de guerra. «Los judíos no están siendo enviados a campos»[117].

Cuatro días más tarde, Goebbels anotaba una reacción mucho más inquietante: la de la población alemana que, confrontada a las medidas impuestas contra los judíos, encontraba cierta capacidad de compasión y se olvidaba de «todo lo que los judíos nos han hecho en los últimos años y en las últimas décadas»[118]. Quería creer que esta desaprobación se limitaba a las capas superiores de la sociedad, siguiendo una escalada a la que ya había cedido hacía un mes, cuando se implantó la estrella amarilla, y que le había hecho decir: «El pequeño burgués culto alemán no es más que un montón de mierda»[119]. Si bien no permiten cuantificar las reacciones del pueblo alemán, negativas a escala global, los diarios íntimos dan una imagen más popular de estas manifestaciones que a menudo eran discretas: se tenían gestos de compasión, se decían palabras benevolentes, pero era en los tranvías, en la calle, en las tiendas[120]; las manifestaciones más elaboradas —críticas públicas o panfletos— parecen haber provenido, por el contrario, según los informes del SD, de grupos más estructurados, como las Iglesias.

Goebbels disponía por aquel entonces de un documento provisional que hablaba de la deportación de los judíos en el año 1941. Sin duda provenía de la RSHA, la única instancia que planificaba incluso el número de convoyes —se preveía deportar a 17.500 judíos berlineses— y que daba una estimación del número de judíos presentes —fuera de guetos— en Alemania o en el Gobierno General[121]. Leyendo el Diario del *Gauleiter* de Berlín, uno se da cuenta de las esperanzas que este albergaba en septiembre. De hecho era fulminante contra la debilidad del contingente de deportación, que dejaría aún a cinco mil judíos en la capital. «Esto no funciona. Insisto en que, cuando se evacúa a los judíos, el proceso debe concluir lo antes posible. No se debe evacuar a una parte de los judíos de cada ciudad, porque entonces el problema se vuelve más duradero y pernicioso. Por el contrario, se debe evacuar una ciudad y después otra»[122]. Goebbels le encargó a su secretario de Estado, Leopold Gutterer, que defendiera sus puntos de vista ante las autoridades competentes: quería doblar el número de vagones y

obtener la deportación de todos los judíos de Berlín en los dos meses siguientes.

El 17 de noviembre, Goebbels pudo constatar durante una conversación con Heydrich que uno de sus deseos, como mínimo, había sido considerado: «Heydrich me hace saber sus intenciones en lo relativo a la expulsión de los judíos del territorio del Reich. La cuestión se presenta más difícil de lo que nos esperábamos en un principio. Quince mil se tienen que quedar en Berlín de todos modos, porque se les emplea en trabajos estratégicos y vitales. Tampoco podemos expulsar al Este a un conjunto de judíos ancianos; se debe establecer un gueto para ellos en una ciudad del Protectorado. El tercer traslado terminará a principios del próximo año, y entonces habrá que proceder del modo que yo he propuesto, es decir, evacuando una ciudad tras otra, de manera que, cuando se da comienzo a la evacuación de una ciudad, esta debe terminar lo antes posible, con el objetivo de que el hándicap resultante no tenga un efecto demasiado largo ni demasiado perjudicial en la opinión pública»[123].

Este pasaje es muy importante porque permite precisar la evolución de la concepción de la «solución final» desde el último encuentro entre estos dos hombres, el 23 de septiembre. Heydrich encontró cierta oposición inesperada en el seno del aparato del Estado contrario a crear dos categorías de exención. Los judíos integrados en el proceso productivo se quedarían donde estaban, al menos de forma provisional, para evitar una desorganización de la producción. Los judíos mayores, así como los antiguos combatientes condecorados y otras personalidades, no correrían la misma suerte que el resto: serían enviados a un gueto modelo, en el protectorado de Bohemia-Moravia, cuyo nombre se daría a conocer pronto: Theresienstadt. Dos de las medidas que se anunciarían oficialmente en Wannsee ya se habían comunicado a Goebbels. Este último, por otra parte, tendría la oportunidad de hablar, dos semanas más tarde, con Hitler del que sería uno de los temas principales de la conferencia: la delimitación del grupo de personas que serían deportadas, a través de la cuestión de las eventuales exenciones que

se les concederían a ciertas categorías, en particular a los judíos casados en parejas mestizas[124]. Conceder exenciones a grupos restringidos de judíos era trabajar con realismo: una «política enérgica contra los judíos, pero que, de todos modos, no nos genere dificultades inútiles»[125], según la expresión del propio Hitler.

Además, Heyrdrich había dado diferentes indicaciones en lo relativo al desarrollo de la operación. Nada cambió hasta finales de año, pero la proposición de Goebbels de proceder ciudad por ciudad para limitar el impacto sobre la población local se pondría en marcha en adelante. Hitler confirmó el proceso sin poder prometerle a Goebbels que Berlín fuera a ser la primera ciudad «liberada». En cualquier caso, ya se había negociado con las autoridades competentes el número de judíos (quince mil) que se quedarían en Berlín de forma provisional[126]. Todos los demás serían deportados en un plazo lo bastante breve para suscitar en Goebbels un respeto inesperado por su inferior, su subalterno: «Heydrich actúa a este respecto de manera muy consecuente. Es, ante todo, una mente política prudente, algo en lo que aún no había reparado». Las deportaciones debían reanudarse a toda velocidad a principios del año 1942, cuando «expiraría» «el plazo de la tercera cuenta», es decir, la tercera oleada de alejamiento de los judíos tras las deportaciones decididas por Hitler en septiembre y la rápida guetificación de los judíos del protectorado de Bohemia-Moravia, de los que Heydrich era responsable[127].

Por aquel entonces, el jefe de la RSHA tenía una visión mucho más clara de la manera en que se debía llevar a cabo la «solución final de la cuestión judía». Su proyecto había integrado las exenciones y se reservaba la posibilidad de instaurar otras. Se disponía de un esbozo de calendario para la reanudación de las deportaciones en 1942, y un método para limitar sus efectos psicológicos sobre la población alemana. Hitler, que confirmó todas las informaciones que Goebbels poseía, había aprobado el nuevo proyecto de Heydrich. Era el momento de informar al aparato del Estado. El 29 de noviembre, Heydrich envió a los ministerios pertinentes una invitación a una gran conferencia interministerial

sobre la «solución general de la cuestión judía en Europa»[128], que debía tener lugar el 9 de diciembre en el extrarradio de Berlín, en Wannsee. El Ministerio de Propaganda estaría representado por el adjunto de Goebbels, Leopold Gutterer.



«La culpabilidad histórica de los judíos del mundo en el desencadenamiento y la extensión de esta guerra viene demostrada de manera más que suficiente, tanto que no es necesario repetirlo. Los judíos querían una guerra y finalmente la han conseguido. Pero aquí también otra cosa se está haciendo realidad, la profecía que pronunció el *Führerel* 30 de enero de 1939 en la tribuna del Reichstag alemán, según la cual, si el judaísmo financiero mundial conseguía precipitar de nuevo una guerra mundial, el resultado no sería la bolchevización de la Tierra y, con ello, la victoria del judaísmo, sino la aniquilación de la raza judía en Europa. Estamos viviendo justamente el cumplimiento de esta profecía, y con ella los judíos conocerán el destino que, aunque riguroso, se han merecido»[129].

¿De qué hablaba Goebbels cuando recordaba en su artículo del 16 de noviembre de 1941, «Los judíos tienen la culpa», el cumplimiento de la «profecía» hitleriana? Esta afirmación no era puramente retórica, ya que la encontramos en su Diario, en el que Goebbels venía reuniendo el conjunto de la información que le llegaba de todas partes en el curso de los seis meses precedentes sobre la suerte presente y futura de los judíos. El hecho de que creyese sinceramente en el cumplimiento de la «profecía» suponía concederle un lugar preponderante a los agentes no alemanes en la persecución de los judíos. Y el artículo conserva esas huellas. Ciertamente respondía a una necesidad objetiva, la de justificar la política antijudía a ojos de una población más bien hostil a la idea.

No es menos importante el hecho de que el autor hubiese escrito aún bajo el influjo de la impresión que le había causado, dos días antes, su visita a la capital lituana.

Allí, el 1 de noviembre, Goebbels vio la confirmación de la importancia de las violencias locales contra los judíos: «La ciudad de Vilna tiene doscientos cincuenta mil habitantes, de los que casi un cuarto son judíos. No obstante, las filas de los judíos han sido fuertemente despejadas por parte de los lituanos desde la llegada de las tropas alemanas. Los judíos habían trabajado principalmente como informadores y defensores del GPU [...]. El juicio de venganza que los lituanos y también los polacos [...] han infligido contra ellos ha sido terrorífico. Han sido golpeados hasta la muerte por miles, y aún los fusilan por centenares»[130]. A esto siguió una visita del gueto, en la que Goebbels se maravilló de ver a los judíos encerrados bajo la autoridad de una policía judía: diez años antes habría sido incapaz de soñarlo. Pero la experiencia era la prueba: «Aquí, los judíos están hacinados unos sobre otros, como criaturas horripilantes a las que no hay que mirar ni mucho menos tocar [...]. Por las calles se arrastran criaturas espantosas que no me gustaría encontrar de noche»[131]. Estas dos observaciones eran el eco de dos situaciones a las que ya se había visto confrontado durante el verano: la crudeza de los pogromistas bálticos de la que le había hablado D'Alquen y la desintegración del judaísmo polaco descrita por Frank. El reflejo de Goebbels fue ver en estos relatos una confirmación de la «profecía» hitleriana. Confrontado a la propia realidad, no tenía que ir a buscar demasiado lejos la entrada en materia de su artículo: hablaría de la «profecía».

Y la profecía parecía cumplirse en todo el continente, como mostraba el caso de Rumanía, al que Goebbels hizo referencia en su diario el 18 de agosto y el 5 de septiembre[132]. En los dos casos, sus observaciones sobre el radicalismo de las actuaciones de este régimen fascista remitían de forma más o menos explícita a los asesinatos perpetrados a gran escala por las fuerzas de seguridad en los territorios soviéticos ocupados por el ejército rumano. Quizás hubiera hablado de ello con Hitler, quien habría podido completar las

informaciones dadas por los informes resumidos de los *Einsatzgruppen*. El primero, que cubría el mes de julio, ya precisaba: «Los rumanos proceden contra los judíos sin seguir un plan. No habría nada que objetar ante los muy numerosos fusilamientos de judíos si la preparación técnica y la ejecución no fueran tan insuficientes. Los rumanos, en la mayoría de los casos, dejan a los ejecutados en el sitio sin enterrarlos»[133]. El segundo, que solo hablaba de la primera quincena del mes de agosto, detallaba los balances locales de ejecuciones cometidas por los rumanos en los territorios que ocupaban —682 víctimas judías en Chernivitsi, 551 en Chisináu, 155 en Tighina, etc.— antes de constatar: «En algunos lugares la policía rumana procede contra los judíos de manera encarnizada. No es posible evaluar el número de liquidaciones que ha cometido»[134].

Pero pronto las fuentes de información de Goebbels comenzaron a ocuparse de otra violencia, la específicamente alemana. Los cuatro primeros resúmenes sobre la actividad de los *Einsatzgruppen* en los territorios soviéticos ocupados por la Wehrmacht habían informado, sin demasiado orden, de las «represalias» que habían dejado centenares de víctimas por aquí o algunos miles por allá. En cada ocasión las operaciones iban sobre todo por los judíos, pero los judíos eran presentados como los enemigos más temibles. Y después, repentinamente, con el quinto informe sobre la segunda quincena de septiembre, se pasó a otra escala: «En los entornos en los que se ha constatado un refuerzo de la actividad de la propaganda, los habitantes judíos han sido fusilados. Por estas medidas, el número de personas liquidadas por un comando especial se eleva, por ejemplo, a setenta y cinco personas. El *Einsatzkommando* activo en los cantones de Rokiskis, Zarasai, Birzai y Prienai ha alcanzado, por la misma razón, un balance de ochenta y cinco mil ejecutados. Ya no quedan judíos en los cantones citados»[135]. Cada *Einsatzgruppe* tenía varios *Einsatzkommandos* y las dos cifras de las que aquí se habla solo representaban la región de Ostland. Resumiendo estos informes, un miembro del Ministerio de Asuntos Exteriores afirmaba con razón: «No se puede formar una

visión de conjunto precisa en torno al número de judíos liquidados en los tres comisariados del Reich a partir de los informes»[136].

El informe que siguió, a principios del mes de noviembre, relataba otro hecho que iba más allá de confirmar el alcance de las ejecuciones: «La encarnización de la población ucraniana contra los judíos es extraordinaria, pues se les atribuye la responsabilidad de las dinamitaciones de Kiev. [...] Como medida de represalia por los incendios de Kiev, todos los judíos han sido arrestados, y los días 29 y 30 de septiembre 33.771 judíos fueron ejecutados»[137]. De manera sintomática, la masacre de Babi Yar se presentaba como el justo castigo por un crimen del que los judíos evidentemente no eran responsables; y la manera de contarlo dejaba pensar que se trataba de una medida decidida por la población local y, por qué no, ejecutada por ella misma, ya que no se abstenían de nombrar a los ejecutores. Goebbels, por su parte, no necesitó leer este informe para conocer la verdad. Desde el 18 de octubre, uno de sus informadores le avisaba de «gigantescos fusilamientos de judíos de Ucrania» mientras pedía material de propaganda para explicar a la población local aquellas medidas cuya dureza no alcanzaban a comprender. En contradicción con lo que le habían inspirado hasta entonces los nuevos pogromos, Goebbels concluía: «El bolchevismo ha ido atenuando poco a poco el instinto antisemita de los pueblos de la Unión Soviética; debemos empezar todo de nuevo, en cierta manera»[138].

Continuando la lectura del Diario de Goebbels, la «profecía» podía llevarse a cabo, por tanto, de múltiples maneras: la radicalización de las persecuciones, el marcaje, la guetificación, el traslado, la muerte, el asesinato… Una sucesión de desgracias recaía sobre los judíos de Europa. Algo como un «exterminio», pero en otro sentido distinto del que habíamos oído hablar hasta entonces. Volveremos sobre esto en otros capítulos[139].

Por tanto, todo parecía estar en su sitio a finales de noviembre de 1941 para lanzar la «solución final», pero nada sucedió. El contraataque soviético desde Moscú del 5 de diciembre cogió por sorpresa al ejército alemán y desvaneció toda esperanza de victoria rápida. Dos días más tarde, el bombardeo de Pearl Harbor por parte de la aviación japonesa daba al conflicto una dimensión verdaderamente mundial y precipitaba la tan temida entrada de Estados Unidos en la guerra. Alemania tendría que esperar, en un plazo más bien corto, una multiplicación de los frentes. Era esta una configuración extremadamente peligrosa que reavivaba en Hitler el recuerdo de la Gran Guerra y atizaba el miedo de conocer el mismo desenlace, la derrota. Todo quedó en suspenso. La reunión de Wannsee convocada para el 9 de diciembre fue aplazada *sine die*. No se pudo proceder a todas las deportaciones previstas: a finales de 1941, siete mil judíos habían sido deportados de Berlín en lugar de los 17.500 anunciados.

El 12 de diciembre, al día siguiente de un gran discurso para la nación en el que declaró la guerra oficialmente a Estados Unidos, Hitler reunió en su cancillería privada a los más altos dignatarios del partido, los que ejercían la mayoría de las más altas responsabilidades en el seno del Estado. Les dio un discurso secreto, como hacía habitualmente, cuyo contenido conocemos por el resumen de varias páginas que hizo Goebbels al día siguiente en su Diario. Como tenía costumbre de hacer, Hitler habló durante largo rato: recordó la actualidad reciente que cambiaba la propia naturaleza del conflicto, describió sus vacilaciones estratégicas de los últimos meses y pasó revista, con confianza, de todos los frentes militares, desde el Este hasta el norte de África, e intentó, con prudencia, predecir, si no el final del conflicto, su estabilización en el curso del año siguiente. Después habló del futuro. Hitler preveía emplear después de la guerra las indemnizaciones que pagarían las naciones derrotadas para financiar un gigantesco programa social, en diez o quince años, que debería a la vez recompensar al pueblo alemán por su conducta y asegurar la mayor estabilidad para el régimen. También después de la guerra se deberían transformar las

regiones conquistadas al Este en colonias alemanas cuya población, al cabo de dos o tres generaciones, debería estar totalmente germanizada.

Si nos guiamos por el relato de Goebbels, extrañamente, Hitler escogió hablar de la «cuestión judía» en medio de la descripción de estos dos proyectos a largo plazo, la parte más prospectiva de su discurso, la menos anclada en el presente: «En lo que respecta a la cuestión judía, el *Führer* está dispuesto a hacer tabla rasa. Profetizó que los judíos sufrirían la destrucción si provocaban otra guerra mundial. La guerra mundial ha llegado. Esto no era solo una frase. La guerra mundial ha llegado y, por tanto, la aniquilación de los judíos del mundo es necesaria. Es una cuestión que debemos afrontar sin accesos de sentimentalismo. No estamos aquí para tener piedad de los judíos, sino del pueblo alemán. Pues el pueblo alemán ya ha sacrificado a ciento sesenta mil muertos en el frente del este, por lo que los verdaderos responsables de esta guerra sangrienta deben pagar con sus vidas»[140].

El ministro de Propaganda había anotado fielmente estas frases, sin prestarles mayor atención. Más allá del hecho de que Hitler repitiera en parte lo que ya había dicho el día anterior, pero de otra manera[141], Goebbels sabía bien que la profecía no era una «frase», sino un enunciado cuya validez estaba probada de múltiples maneras y en múltiples entornos, en el tiempo presente; en cuanto a hacer pagar a los judíos, él estaba de acuerdo. Lo que le preocupaba, como dejaría ver en su encuentro con Hitler cinco días más tarde, el 17 de diciembre, era que, respecto a los judíos de Berlín, aún no se había preparado nada a corto plazo. Durante este careo fue el ministro quien abordó el asunto: «Hablo con el *Führer* de la cuestión judía. El *Führer* está decidido a llevarlo adelante de forma consecuente y no dejar que el sentimentalismo burgués lo detenga. Los judíos, ante todo, deben irse del territorio del Reich». Conseguido este punto de alcance muy general, Goebbels pasó a la primera persona del plural: «Debatimos las posibilidades de evacuar ante todo Berlín tan pronto como sea posible».

Probablemente ese día Hitler no le concedía mayor importancia a la capital del Reich de lo que le había concedido en años anteriores, pero Goebbels quería creer que no era así. Los trabajadores judíos constituían uno de los problemas: ¿quizá pudieran ser reemplazados, «con un poco de buena voluntad», por prisioneros de guerra soviéticos? Y además estaba la cuestión del transporte, que parecía interesar a los dos hombres lo mismo que la temperatura exterior o la amplitud de las mareas. Goebbels vituperó después a todos los que no mostraban un antisemitismo visceral —administraciones económicas, intelectuales, sociedad alemana—, y aquello solo fue a más. El «problema» tenían que resolverlo ellos, Hitler, Goebbels, su generación. Solo había una solución: «Todos los judíos han de ser expulsados al Este. Lo que les sucederá allí no puede interesarnos mucho. Ellos se han buscado este destino, por eso han empezado la guerra, y por eso deben pagar ahora la factura»[142].

Esta resolución de «ir un paso por delante» seguía siendo un deseo inútil: no pasaba nada. El 19 de enero, Goebbels ni siquiera se atrevió a abordar de nuevo ante Hitler la cuestión del destino específico de los judíos berlineses: no obstante, durante el desayuno, habían hablado de los judíos, y Hitler había mantenido «sin restricciones su antiguo punto de vista, duro y justo a la par»[143]. Al día siguiente finalmente tuvo lugar la conferencia de Wannsee en la que, sin que sepamos por qué, no estuvo nadie del Ministerio de Propaganda, a pesar de la invitación de Heydrich[144]. Ese 20 de enero, el jefe de la RSHA indicó a sus interlocutores entre otras cosas que no podía especificar cuándo se reanudaría la deportación de los judíos alemanes. El 14 de febrero, Hitler demostró de nuevo ante Goebbels su determinación de «acabar con los judíos de Europa». Y proseguía repitiendo siempre las mismas frases: «No debemos tener aquí ningún acceso de sentimentalismo. Los judíos se han merecido la catástrofe que están viviendo. Conocerán su aniquilación con la aniquilación de nuestro enemigo. Debemos acelerar este proceso con frialdad, sin miramientos. Haciendo esto prestamos un servicio inestimable a una humanidad sufriente que, desde hace milenios, es torturada por los judíos»[145].

A finales de febrero, la RSHA encontró un astuto artificio para relanzar a un ritmo moderado las deportaciones, a pesar de las penurias en materia de transportes y el carácter no prioritario de estos convoyes[146]. Heydrich hizo llegar en esta ocasión a los responsables pertinentes una minuta de la conferencia de Wannsee que Goebbels solo leyó por encima: después de todo era uno de los pocos jerarcas nazis que se encontraba cara a cara con Hitler de forma regular, con lo que se aseguraba en cada encuentro de su resolución, y había tenido, en diversas ocasiones, la oportunidad de hablar directamente con Heydrich de todos estos temas en otoño. Había leído las primeras páginas sin extraer nada nuevo de ellas: «La cuestión judía debe resolverse ahora en el marco de toda Europa. Aún hay en Europa más de un millón de judíos. Deberán concentrarse primero en el Este». Tuvo que saltarse varias páginas para concentrarse mejor en el final de la minuta, que hablaba de cuestiones sensibles como el destino de los mestizos o las parejas mixtas. Él creía saber ya el contenido de esas páginas que no había leído: «Eventualmente, se les podría atribuir una isla como Madagascar después de la guerra». Pero el proyecto estaba claro: «Sea como sea, no habrá tranquilidad en Europa mientras no se haya alejado al último judío del continente»[147]. Hitler, por su parte, le comunicaría a su ministro el 19 de marzo: «Los judíos deben irse de Europa, y emplearemos los medios más brutales si es necesario»[148].

Todo el mundo estaba de acuerdo con el objetivo. La verdadera cuestión eran los medios.

CAPÍTULO II

GOEBBELS Y EL ASESINATO DE LOS JUDÍOS 1942-1945

A principios del mes de marzo de 1942, el ministro de Propaganda del Reich y otros altos responsables nazis recibieron el informe mensual resumido de la actividad de los *Einsatzgruppen*. A Goebbles la situación en los territorios del Este le parecía «más precaria de lo que se suele admitir» por el peligro que constituían los partisanos que, según escribía, aterrorizaban a regiones enteras. «Los judíos», explicaba después Goebbels, «se comportan en todas partes como agitadores e instigadores»[149]. Esta frase es un calco del principio de la sección que se les dedicaba en el documento: «La actitud de los judíos es siempre antialemana y criminal. Nuestra ambición es limpiar Ostland de judíos, si es posible por completo»[150]. No obstante, no retomó las siguientes líneas del texto: «Los fusilamientos se realizan por todas partes de manera que el público apenas se da cuenta. La convicción de que los judíos están siendo simplemente trasladados está muy extendida entre la población, e incluso entre los judíos restantes». De la misma manera, Goebbels procuraba no precisar que, según este documento, Estonia ya estaba «libre de judíos», que quedaban menos de 3.500 judíos en Letonia, que en Lituania «el campo y las ciudades pequeñas estaban completamente limpias de judíos», estando los 34.500 restantes concentrados en tres ciudades, mientras que en la Rutenia Blanca la población judía se elevaba aún a 139.000 personas[151].

Otro informe, que Goebbels no tuvo entre manos, presentaba las cosas de manera más gráfica, añadiendo sobre el mapa de la región un ataúd para cada entidad territorial, con mención al número de víctimas de los *Einsatzgruppen A* hasta el 31 de enero de 1942: Estonia: 965, Letonia: 35.235, Lituania: 136.421; Rutenia Blanca: 41.828[152]. En total hubo más de doscientas mil víctimas solo en el Comisariado del Reich Ostland que unía esos cuatro territorios. Pero los judíos eran los enemigos, estaban pagando el precio y Goebbels estaba de acuerdo con ello: «En general, creo que cuantos más judíos mueran en esta guerra, más se consolidará la situación en Europa después de ella. No debemos permitir que impere aquí ninguna falsa sentimentalidad. Los judíos son la desgracia de Europa; deben ser eliminados de una u otra manera, o correremos el riesgo de que ellos nos eliminen»[153].

Diez días más tarde, leyendo el siguiente resumen, Goebbels repetía lo mismo: que, ante todo, los judíos eran los responsables de la resistencia partisana en el Este ocupado y que, en consecuencia, resultaba «necesario fusilarlos de nuevo a mayor escala. No habrá calma en estas regiones mientras los judíos sigan activos en ellas. No hay un solo lugar aquí para la sentimentalidad. O nos resignamos a que nuestros propios soldados pierdan la vida o, cueste lo que cueste, ponemos fin a la degradación que azuzan en la retaguardia los elementos criminales y portadores del caos»[154]. La diferencia entre estas sentencias y el décimo informe de los *Einsatzgruppen* es particularmente impactante. En ningún sitio se hablaba de la participación de los judíos en la amenaza partisana —y con razón—, ya fuera en la parte consagrada a la seguridad de esos territorios o en el corto párrafo que hablaba de la «cuestión judía». Este último estipulaba: «Después de que haya sido posible considerar la cuestión judía en Ostland resuelta y arreglada, la depuración del problema continúa en otros territorios ocupados del Este. La guetificación se lleva a cabo en todas partes. Los judíos que no acatan las órdenes oficiales son detenidos y fusilados. Para evitar la propagación de los peligros de epidemia, ha resultado necesario proceder con fusilamientos en varias ocasiones»[155]. Por tanto no era

del informe en sí de donde Goebbels había extraído la justificación de la seguridad[156], la cual traducía tan solo la fuerza de sus propias representaciones. Hacer pasar los fusilamientos masivos del Este por operaciones de seguridad y, al mismo tiempo, sobrestimar el peligro que se abatiría sobre estas regiones eran más bien artificios —conscientes o no— necesarios para que el ideólogo nazi pudiera expresar sin ambages su deseo de asesinar judíos.



No obstante, diez días más tarde, el 26 de mazo de 1942, Goebbels tuvo noticia de una información que sobrepasaba con mucho sus deseos de asesinar. Lo anotó al día siguiente en su Diario sin incluir la menor transición respecto a lo precedente: «Ahora se está expulsando a los judíos al Este desde el Gobierno General, empezando por Lublin. Aquí se emplea un método pasablemente bárbaro y que no se debe describir en detalle, uno que no deja gran cosa de los propios judíos. En líneas generales, no es difícil determinar que el 60 % deben ser liquidados, mientras que solo un 40 % podrán ser empleados todavía. El antiguo *Gauleiter* de Viena, quien dirige esta acción, ha procedido con mucha prudencia, y también con un método que funciona de manera no demasiado aparente. De un juicio contra los judíos se ha pasado a una ejecución que es bárbara en verdad, pero que realmente se merecen»[157].

Lo que, entre otras cosas, daba testimonio en el fuero interno de Goebbels de la transgresión constante de las normas morales en vigor, de las leyes de la guerra e incluso del honor alemán, es el empleo atípico del adjetivo «bárbaro». A mi modo de ver, esta palabra tan expresiva reflejaba un malestar, puede que hasta un momento de horror, ante medidas tan radicales. De hecho, «Bárbaro», no es una palabra cualquiera en la escritura de

Goebbels. Regresaba de forma más o menos regular a sus escritos —43 veces entre 1939 y 1945— para calificar a partes iguales dos tipos de realidad: los excesos climáticos, cuando de verdad hacía demasiado frío en invierno o demasiado calor en verano; y los comportamientos excesivos del enemigo. El enemigo trataba a sus prisioneros de forma bárbara, tenía una política de colonización bárbara, sus ejércitos cometían actos bárbaros, empleaban armas bárbaras, y así una veintena de veces. Los bárbaros, por principio, eran los otros.

El 26 de marzo de 1942, sin embargo, la barbarie estaba, de forma excepcional, del lado alemán[158]. Para llegar a aceptar esta idea, Goebbels debía apelar a todas las justificaciones ideológicas, apilarlas. Proseguía, como para sí mismo: «La profecía que pronunció el *Führer* sobre lo que les sucedería en caso de que provocasen una nueva guerra mundial empieza a ocurrir de la manera más atroz. No debemos dejar que impere en estos asuntos la más mínima sentimentalidad. Los judíos nos aniquilarían si no nos defendiésemos de ellos. Es un combate a vida o muerte entre la raza aria y el bacilo judío. Ningún otro gobierno ni ningún otro régimen podrá encontrar la fuerza para solucionar esta cuestión de una vez por todas. También en esto el *Führer* es el inquebrantable pionero y portavoz de una solución radical que resulta necesaria dado el estado de las cosas y que, por ello, es ineludible. Gracias a Dios tenemos ahora, durante la guerra, todo un conjunto de posibilidades que no estarían a nuestro alcance en tiempos de paz. Debemos utilizarlas […]. El judaísmo no tiene motivos para reír, y ya que sus representantes de hoy en Inglaterra y en Estados Unidos organizan y propagan la guerra contra Alemania, sus representantes europeos deben pagarlo muy caro, lo que está completamente conforme a derecho»[159].

De esta manera, había hecho falta un párrafo desacostumbradamente largo para pasar de la barbarie a lo que podría ser considerado su antónimo, la legalidad. La barbarie del umbral que se acababa de cruzar había perturbado a Goebbels por un instante, y necesitó de todos los recursos de su fraseología para

convencerse del buen fondo de este arte nazi de la guerra. Cuando, a principios del mes de marzo, abogaba por la liquidación del mayor número posible de judíos por el bien de Europa, sabía que a quien se estaba matando era a los judíos soviéticos, los mismos que encarnaban el «judeo-bolchevismo», y de los que podía preferir creer que representaban un peligro real para la seguridad en la retaguardia. Con el anuncio de la masacre de los judíos del Gobierno General, incluidos mujeres y niños, ya no podía alegar cuestiones de seguridad, dar el pretexto de la guerra, en la medida en que estos llevaban viviendo dos años y medio bajo el yugo alemán. Los judíos polacos no serían asesinados por sus fechorías, aunque fantasmáticas. Pagarían por otros judíos, malhechores pero inalcanzables, esos judíos ingleses o estadounidenses que habían fomentado la guerra. La ideología era, en suma, lo que le permitía a Goebbels justificar lo injustificable.

Su malestar se acrecentó cuando fue consciente de ser depositario de un secreto que no tendría que saber. Tenía todas las razones para pensar, en efecto, que no había sido informado de manera oficial: en este caso no citaba un informe de la Gestapo y tampoco recogía encuentros con Hitler, Himmler o Heydrich, ni siquiera con Ernst Zörner, su antiguo camarada que ejercía ahora responsabilidades en la administración civil del Gobierno General: todos ellos personas de las cuales se ha dicho, como veremos, que podrían haber sido sus informadores, aunque Goebbels no habría tenido razones para no citar[160]. Simplemente se había beneficiado de una filtración del entorno directo de Himmler. El secreto que se había violado era doble: revelaba por un lado el hecho de que los judíos eran asesinados de forma «bárbara» en el Gobierno General, siguiendo un dispositivo descrito con suficiente precisión, y por otro los planes de conjunto para la población judía de ese territorio.

Resumiendo las informaciones de las que disponía, Goebbels recordaba el rol que había desempeñado el «antiguo *Gauleiter* de Viena», con el que se había encontrado varias veces, pero del que prefería ocultar el nombre, sin duda por discreción. Odilo Globocnik[161], que por aquel entonces no contaba cuarenta años, se

había incorporado muy pronto a las filas del Partido Nacional Socialista, en Austria, cuando era ilegal. Se había convertido en *Gauleiter* de Viena después del Anschluss, un cargo del que fue rápidamente depuesto por varias irregularidades financieras. Su nominación por parte de Himmler en noviembre de 1939 como responsable de las SS y de la policía para el distrito de Lublin no era, con toda seguridad, un ascenso, aunque el rol histórico que desempeñó ahí le valiera la consideración de ser uno de los mayores criminales de todos los tiempos.

Durante dos años, hubo una vacilación respecto al porvenir a largo plazo del Gobierno General: se habría preferido seguir un modelo de germanización, pero era del todo necesario encontrar un lugar al que relegar a todas las poblaciones consideradas indeseables —judíos, polacos, etc.— muy a pesar de Hans Frank. Hitler, en cierta medida, estaba atascado en sus sueños de un imperio continental de fronteras «raciales» bien marcadas, bajo la estrechez del *Lebensraum* alemán. El ataque contra la URSS cambió una vez más la situación. No solo reanudó los proyectos de traslado de los judíos fuera de Europa, sino que también abrió una vía para la completa remodelación étnica de las marcas orientales, a la vez que ofrecía una salida para las poblaciones locales. Nombrado en 1939 comisario del Reich para reforzar la Germanía, Himmler estaba a cargo de concebir y ejecutar esta política. En julio de 1941, dio la orden a Globocnik de planificar, entre otros, la germanización del distrito de Lublin, lo que suponía como mínimo la expulsión de todos los judíos de la región.

En pocas semanas se había diseñado un primer borrador que suponía la implantación rápida de alemanes de pura cepa en la ciudad de Zamosc y sus alrededores y el traslado «radical»[162] de las poblaciones locales, parcialmente justificado por motivos de seguridad. Globocnik lo presentó el 13 de octubre de 1941 ante Himmler en Berlín: habitualmente se fecha la orden de construcción del campo de Belzec en este día. Sin embargo, muchas cuestiones siguen abiertas. A mi modo de ver, es igualmente posible que Globocnik siguiera cavilando durante algunas semanas los términos

del traslado de los judíos[163], a la vez que supervisaba la construcción del campo cuyas obras comenzarían a principios del mes de noviembre. Se trataba de estar listo en caso de que finalmente la opción del asesinato fuera considerada.

Ya a mediados de diciembre se daba por concluida la idea del traslado, como Hans Frank anunció a sus subordinados el 16 de diciembre en un discurso tristemente famoso. Les contó la acogida que se le había dado en Berlín cuando había intentado iniciar «conversaciones con vistas a expulsarlos [a los judíos] al Este»: «Pero, ¿qué hacer con los judíos? ¿Podéis creer que serán enviados a ciudades de colonización en Ostland? Se nos ha dicho en Berlín: por qué tanta complicación; no podemos hacer nada con ellos en Ostland o en el *Reichskommissariat*; liquidadlos vosotros mismos. Debo pediros que os deshagáis de todo sentimiento de piedad. Tenemos que exterminar a los judíos en todos los lugares en que los encontremos y donde podamos, y todo ello para mantener el edificio del Reich en su conjunto»[164]. Tres meses más tarde, el 13 de marzo de 1942, Himmler se presentó en Lublin, donde ordenó que se iniciase la evacuación de los judíos: a partir del día siguiente se arrestaría a miles de judíos en Lviv y se formarían los primeros convoyes. Himmler partió el día 16: la misma tarde en que dio comienzo la deportación de los judíos de Lublin[165]. En las dos ciudades, la policía explicaba a las víctimas, y, según el caso, a la administración civil alemana, que se trataba de una deportación «al Este». Goebbels tardaría diez días en enterarse de que esa deportación concluía abruptamente en Belzec.

«Un método pasablemente bárbaro» escribió Goebbels: el adjetivo no se había utilizado en vano. Y ese «no gran cosa» que quedaba de judíos eran los cadáveres que eran arrojados a fosas inmensas, como contó después de la guerra un miembro de la dirección del campo: «Cuando [los judíos] entraban en las cámaras, Hackenholt o los [auxiliares] ucranianos que tenía asignados cerraban las puertas. Al poco, Hackenholt ponía en marcha el motor. Entre cinco y siete minutos después, al menos según yo lo percibía, se miraba al interior a través de una mirilla para comprobar que

todos estaban muertos. Entonces se abría la puerta exterior y se aireaba. […] Después de ventilar la cámara de gas llegaba un grupo de trabajadores judíos, a menudo a órdenes de un kapo. Se llevaban los cuerpos. En su día aseguré la supervisión de ese servicio. Puedo describir el proceso con exactitud, porque lo he visto con mis propios ojos, he sido testigo. Se amontonaba a los judíos muy juntos en las cámaras. Tanto que los cuerpos no yacían en el suelo, estaban unos encima de los otros, algunos inclinados hacia atrás, otros hacia delante, otros hacia un lado, otros de rodillas, según el sitio en que se encontrasen. Algunos cadáveres estaban manchados de excrementos y de orina, y otros de babas. Pude observar que los labios y la punta de la nariz tenían una coloración como azulada. Algunos tenían los ojos cerrados, y otros entornados. Una vez retirados de las cámaras, un dentista los examinaba. Les quitaba los anillos y les arrancaba los dientes de oro. Lanzaba los objetos de valor sobre un cartón que tenía al lado. Después de esta operación, se arrojaba los cadáveres a grandes fosas preparadas a tal efecto»[166].



De esta manera supo Goebbels que los judíos del Gobierno General empezaban a ser exterminados. Pero también había tenido conocimiento de información aún más sensible sobre los planes de conjunto a los que Himmler estaba dando forma junto a Globocnik. «*Grosso modo* podemos concebir que el 60 % debe ser eliminado, mientras que solo el 40 % podrá ser incorporado al trabajo». Una de las cuestiones que se plantean tiene que ver con la naturaleza de los planes presentados por Himmler, que abordó durante esa misma visita la cuestión de la germanización del Gobierno General después de la guerra. ¿Se trataba de una orden, en cuyo caso esta debía recibir el aval de Hitler, o más bien de una indicación prospectiva a la

espera de una decisión definitiva? A mi entender solo podemos contemplar la segunda hipótesis, por varias razones. Eichmann, después de la guerra, confesó haber sido el encargado de transmitirle a Globocnik la autorización para asesinar contingentes limitados de judíos. Si bien no disponemos de esos documentos, la manera en que se desarrolló, hasta julio de 1942, el exterminio en Belzec y después en Sobibor es coherente con un proceso controlado similar al que tenía lugar por aquel entonces en Warthegau. Lo que es más, parece que algunos altos responsables civiles del Gobierno General no tuvieron una visión clara de la evolución de la cuestión a corto plazo hasta el mes de mayo. Joseph Bühler, adjunto de Hans Frank, anotó el 11 de mayo: «Según las ultimísimas informaciones, habría que desmantelar los guetos, conservar a los judíos aptos para el trabajo y deportar a los otros al Este. Los judíos aptos para trabajar serán reunidos en vastos campos de concentración que se encuentran actualmente en construcción»[167]. Cuando hablaba de deportar «al Este» a los judíos que no pudieran trabajar (una categoría que englobaba a la mayoría de los judíos, según había precisado meses antes en Wannsee[168]), el responsable civil sabía con toda seguridad que simple y llanamente serían asesinados. Si bien es destacable que Bühler calificase de «novedosas» las informaciones que Himmler había transmitido dos meses antes a su superior, lo es más aún que las describiese como pertenecientes a un nivel hipotético.

La expresión que utilizó Goebbels para recoger lo que acababa de llegar a su conocimiento —«*Grosso modo*, podemos entender con facilidad…»— deja entender también que los planes no estaban establecidos de forma definitiva. Pero otro pasaje merece nuestra atención: «Gracias a Dios tenemos ahora, durante la guerra, todo un conjunto de posibilidades que no estarían a nuestro alcance en tiempos de paz. Debemos utilizarlas. Los guetos vaciados en las ciudades del Gobierno General se llenan ahora con los judíos expulsados del Reich, y este procedimiento se ha de repetir después de un tiempo». De hecho, el principio por el que los judíos locales eran deportados para «dejar sitio» a los judíos alemanes fue

recogido por numerosos documentos de la época[169]. Pero la segunda parte de la frase es ambigua y puede dar pie a varias interpretaciones. Podríamos imaginar que «después de un tiempo» llegaría el momento de que los judíos alemanes «dejasen sitio» a un nuevo contingente de judíos deportados del Reich. O bien sostener que Goebbels habla de repetir la operación de la misma manera, con la deportación de nuevos judíos polacos para dejar espacio para una nueva oleada de judíos alemanes que habrían de llegar.

La primera hipótesis es intrínsecamente ilógica. Expulsar —se entienda lo que se entienda por ello— a un grupo para «dejar sitio» a otro era ciertamente una componente mayor de la política nazi de remodelación étnica. Se expulsaba a judíos y polacos para dejar sitio a los alemanes de pura cepa[170]; se planteaba expulsar a los judíos para dejar «más espacio para los polacos»[171]; en los territorios polacos conquistados, se asesinaba a enfermos mentales para convertir sus asilos en hospitales militares[172]; como en aquel campo en este gueto, se liquidaba a los judíos «no aptos para el trabajo» para dejar sitio a los judíos evacuados de guetos vecinos[173] o a trabajadores judíos; o se exterminaba, como en Auschwitz, a internos enfermos para compensar las llegadas; también en Auschwitz, se liquidaba el campo cíngaro para acoger a judíos húngaros; para ello se exterminaba, en el Gobierno General, a los judíos polacos para acoger judíos alemanes. En cualquier caso, la sustitución tenía que ver con las categorías y no se ha encontrado, salvo error por mi parte, que se evacuase nunca a una fracción de una población dada para reemplazarla por otra fracción de la misma población. En resumen, no se habría ejecutado a judíos alemanes para reemplazarlos por otros judíos alemanes. El argumento quizá parezca débil. Pero está plenamente corroborado, como pronto veremos, por una lectura atenta del Diario de Goebbels.

Pero hay un último elemento a tener en cuenta. En la hipótesis que privilegiamos aquí, según la cual Goebbels hablaba solamente del remplazo de judíos polacos por judíos alemanes, el dispositivo descrito es el que se ejecutó de manera efectiva en el curso de la primavera. Simplemente se encerraba a los judíos del Reich, como

también a los de Eslovaquia en ese mismo periodo, en guetos, en los que la mayoría de ellos «vegetaban»[174], sin trabajo (más allá de los trabajos forzados) y sin recursos aparte de los paquetes que les podían enviar sus padres. Compartían la miseria de los judíos locales, con los que la convivencia no tenía lugar sin altercados, pero podían pensar que su situación, comparada con la de ellos, era privilegiada: los alemanes estaban evacuando a los judíos polacos, no a ellos. A mediados de mayo, la RSHA prohibió toda correspondencia con los judíos deportados al Gobierno General. Fue más o menos en este periodo cuando los judíos alemanes empezaron a conocer la misma suerte que los judíos locales: no quedaban excluidos del sistema de redadas, sino que se les deportaba con los otros a los campos de exterminio. El 1 de junio, un primer convoy de judíos alemanes, capturados en Kassel, Halle y Chemnitz, fue enviado directamente a Sobibor, después de seleccionar en Lublin a un centenar de judíos «capaces de trabajar» para ser internados en Majdanek[175]. Lo mismo ocurrió con todos los convoyes del mes de junio. Aquello no tenía nada de ideológico, ni siquiera de organizativo: a partir del momento en que se tomó la decisión de matar igualmente a los judíos alemanes, ¿por qué meterlos en los guetos? Lo más simple era enviarlos directamente a la muerte.

Dos días después de haber conocido el destino «bárbaro» de los judíos polacos, el 28 de marzo de 1942, el *Gauleiter* de Berlín recogió por escrito la reanudación de las deportaciones que salían de Berlín, interrumpidas desde hacía dos meses: un convoy de 985 judíos salió ese día en dirección a Piaski, en el Gobierno General[176]. Goebbels anotaba al día siguiente en su Diario: «Los judíos vuelven a ser evacuados de Berlín en gran número. Son aproximadamente

mil por semana los que salen con dirección al Este»[177]. Ese mismo día, durante la conferencia de propaganda, dio una orden impactante: eliminar a los judíos del anuario telefónico de Berlín[178]. La medida se inscribía en una larga lista de decretos y órdenes que tenían por objetivo sacar progresivamente a los judíos de la sociedad. Pero también es necesario anotar lo siguiente: la estrella amarilla había sido una medida concebida para que los judíos fueran visibles; ahora que habían sido evacuados «en gran número», parecía necesario hacerlos lo menos visibles posible. No cabe duda de que este propósito está vinculado en cierta manera con las informaciones que recibiría dos días más tarde, pero no creo que se deba ver en la medida defendida por el *Gauleiter* un asesinato «de papel» que imitase la política asesina que acababa de conocer.

Porque, después de haber notado con satisfacción la reanudación de las deportaciones, Goebbels prosiguió: «La tasa de suicidios entre los judíos que han de ser deportados es extraordinariamente elevada. Pero no me molesta. El destino que han merecido es el que empiezan a conocer ahora. Hemos estado tanto tiempo disuadiéndolos de seguir por la misma senda; no han entendido nuestras advertencias y ahora tienen que sufrir las consecuencias»[179]. Al decir que esta epidemia de suicidios no le molestaba, Goebbels reconocía exactamente lo contrario: que lo turbaba que lo obligasen a recurrir a la ideología para superar ese malestar. Pero aún hay más: al tomarse la molestia de anotar este aumento de la prevalencia del suicidio para contener mejor los efectos culpabilizadores, Goebbels dejaba entrever, sin ser consciente, que no imaginaba que la deportación pudiera ser el paso automáticamente anterior al asesinato. De hecho, no habría ninguna lógica en detenerse en esos suicidios ocurridos con el único objetivo de escapar a la deportación si la deportación les reservase un destino aún más bárbaro: la gasificación.

Quince días más tarde, Goebbels se hacía eco de los debates que agitaban el aparato del Estado sobre el destino de los mestizos y de las parejas mixtas[180]. Se había organizado una reunión para principios del mes de marzo con el objetivo de hallar un consenso

sobre el tratamiento de esos grupos particularmente sensibles a los que se había dedicado buena parte de la conferencia de Wannsee. La posición de la RSHA era asimilar esa mitad o un cuarto de judíos a los judíos y olvidar la mitad de las exenciones para proceder a deportaciones más amplias. Otros, como Stuckart y Schlegelberger, secretarios de Estado en Interior y Justicia, abogaban, por el contrario, por mantener a esos grupos en suelo alemán, después de esterilizarlos. Se explicaron a propósito de esto en correos que no iban dirigidos a Goebbels[181], pero de los que este tenía conocimiento de una u otra manera. Algunos de los argumentos que adelantaba Stuckart habían podido reconfortarlo en la idea de que los judíos alemanes no estaban siendo asesinados a su llegada. Como veremos, de hecho, este alto responsable del Ministerio de Interior se oponía a la deportación al Este de los mestizos porque temía que la mitad de sangre alemana que había en sus venas no los transformase en «*Führer* natos» para sus congéneres judíos, viniendo a reforzar la peligrosidad de sus enemigos[182]. Este miedo fantasmático se ve demasiado a menudo y suponía la supervivencia a medio o largo plazo de estos mestizos y judíos.

La manera en que el Ministerio de Propaganda recordó, una semana más tarde, los planes de Himmler, iba aún en esta dirección. Durante una nueva entrevista, Hitler se había mostrado una vez más «despiadado»: «Quiere echar a absolutamente todos los judíos fuera de Europa». Como era habitual, Goebbels añadió en su Diario comentarios de cuño propio: «Está bien así. Los judíos han causado tanto sufrimiento en nuestro continente que la pena más dura que se les pueda imponer será demasiado blanda». Y después añadía: «Himmler efectúa en estos momentos el gran traslado de judíos desde las ciudades alemanas en dirección a los guetos orientales»[183]. Si el asesinato estuviera al final de la deportación, la simple alusión a un «gran traslado» habría bastado[184]. Lo que es más, recordó unas líneas más tarde su deseo de documentar el proceso con un gran número de tomas: «Necesitaremos ese material de manera apremiante para la futura educación de nuestro pueblo». El rodaje comenzó varios días más tarde[185]. Esto es muestra suficiente, a mi

entender, de que Goebbels seguía sin pensar que se asesinaba a los judíos a su llegada: un documental como ese suponía de hecho que a los judíos alemanes efectivamente se les concentraba en guetos, donde podrían ser filmados.

A finales del mes de abril, Goebbels recibió un nuevo informe sobre las actividades de los *Einsatzgruppen* del mes de marzo[186]. «En los territorios orientales ocupados no nos andamos con rodeos con los judíos» anotó. «Decenas de miles deben de creer que se está cumpliendo la profecía del *Führer*, que dice que el judaísmo pagará con la extinción de su raza la nueva guerra mundial que ha provocado»[187]. ¿Decenas de miles? Las tropas de seguridad ya habían asesinado a más de medio millón de judíos. A mediados de mayo, el ministro conoció otro informe que hablaba de la situación al otro extremo de Europa, en la Francia ocupada. Los responsables de diversos atentados habían sido detenidos; eran judíos, o más concretamente *Ostjuden*, judíos del Este. Lo mejor, desde el punto de vista de Goebbels, era deportar al Este a todos los *Ostjuden* que vivían en París o bien «liquidarlos»[188]. Algo lo llevaba a la geografía: el origen. Los judíos del Este diseminados por Europa eran igual de peligrosos que sus congéneres que, habiendo permanecido en el mismo lugar, contribuían a la inestabilidad de los territorios orientales ocupados. Al igual que ellos, estuvieran donde estuvieran, se podían, se debían eliminar.

El ministro de Propaganda había entrado en una especie de rutina. Se mataba a los judíos del Este bajo el pretexto de la seguridad de los territorios conquistados, y Goebbels aprobaba esta medida. Los convoyes salían regularmente de la capital en dirección a «guetos del Este», pero el *Gauleiter* siempre recriminaba el número demasiado elevado de judíos que seguían viviendo en su

ciudad, y le desolaba que su integración en el proceso productivo pudiera otorgarles protección[189]. De vez en cuando se veía con Hitler, quien se mostraba siempre inflexible en lo referente a la «cuestión judía». Goebbels publicaba regularmente ordenanzas que hacían cada vez más difícil la vida de los judíos de Berlín: prohibición de utilizar los transportes públicos, de recibir periódicos, de tener animales de compañía, de comprar tabaco, etc[190]. Después, de pronto, dos sucesos ocurrieron uno tras otro y transformaron radicalmente a la vez la percepción de los judíos y la sensación de peligro.

El 18 de mayo de 1942, por la tarde, el *Gauleiter* supo que se había cometido un atentado en la ciudad de la que era responsable. Una bomba incendiaria había tenido por objetivo la exposición de propaganda titulada «El paraíso soviético»[191]. Teniendo en cuenta el contenido de la exposición, el ministro atribuyó el atentado a la «oposición comunista», la que, desde su punto de vista, no representaba aún un peligro real pero había que vigilarla como se vigila una enfermedad[192]. El incidente, en suma, era benigno, y Goebbels no volvería a hablar de ello en su Diario hasta el 23 de mayo, cuando se le informó del arresto de los culpables: «Resulta destacable que entre los detenidos haya cinco judíos, tres medio judíos y cuatro arios […]. En esta lista vemos hasta qué punto nuestra política judía es consecuente y juiciosa, y en qué medida es necesario proceder de la manera más radical en la misma dirección, y para eso debemos centrarnos en evacuar o deportar a los cuarenta mil judíos que aún están en Berlín y que son, en su mayoría, grandes criminales en libertad sin nada que perder. Lo mejor, naturalemente, sería liquidarlos»[193].

Por deseable que fuera, la liquidación permanecía de esta manera para Goebbels como un destino distinto a la deportación o a la guetificación. Y aún no le parecía factible. Goebbels se equivocaba en la medida en que, en el mismo periodo, los judíos alemanes, como veremos, empezaban a ser asesinados en los territorios a los que habían sido deportados. Este error, que no le era imputable en la medida en que no había sido informado de esta evolución, viene

confirmado por la conversación que tuvo ese mismo día con el oficial de enlace con la Cancillería del *Führer*: Goebbels comparó a los judíos con condenados a muerte que se abandonaban en la naturaleza mientras se esperaba para ejecutarlos; no tenían nada que perder y podían cometer nuevos crímenes. La comparación, no obstante, era imperfecta: de lo que escapaban los judíos no era de la condena a muerte, sino de una deportación. Que la deportación no significase sistemáticamente el asesinato lo indica bien el hecho de que los judíos podían «*llegar a* dejarse la piel en ello»[194], según las palabras del mismo ministro.

De acuerdo con su relato, fue Goebbels quien anunció la noticia de los arrestos a Hitler, que se «indignó hasta el extremo». Dio entonces a su confidente la orden que este llevaba largo tiempo esperando: la de «velar por que los judíos de Berlín sean evacuados lo más rápido posible». Si trabajaban en la industria, habría que encontrar un reemplazo. De manera complementaria, Goebbels le propuso a Hitler constituir, como en Francia y otros lugares, un grupo de quinientos rehenes judíos que pagarían las consecuencias en caso de un nuevo atentado[195].

El arrebato de Hitler se tradujo indirectamente en el discurso que pronunció esa tarde ante los más altos responsables del partido, tal y como anotó Goebbels en su Diario: «Nunca habrá revolución si no nos ponemos a la defensiva con esos elementos rebeldes. El *Führer* ha ordenado formalmente a Himmler que, si un día se desarrollase una situación muy preocupante para nosotros sin previo aviso y el Reich corriera el riesgo de sumirse en el caos, su tarea consistirá en fusilar a todos los criminales de todos los campos de concentración, en lugar de soltarlos sobre el pueblo alemán». No se menciona a los judíos, pero podemos afirmar sin duda que se encontraban subsumidos en la categoría más amplia de los enemigos internos que Hitler había pedido liquidar ese mismo día en caso de peligro. En eso seguía los preceptos políticos forjados como reacción al hundimiento de Alemania durante el conflicto mundial anterior y ya expresados en *Mein Kampf*. Toda la «solución final de la cuestión judía» puede ser releída a la luz de esa doctrina rudimentaria[196].

Hans Frank había venido a Berlín para asistir a ese discurso, y allí se había encontrado con Goebbels. Ese 23 de mayo de 1942, el responsable del Gobierno General habló con el ministro de su política antijudía. «No es de cartón piedra», anotó al día siguiente el diarista. La nota es expresiva, pero no nos permite saber lo que los dos hombres trataron con exactitud. Sin embargo, se puede suponer que hablaron encubiertamente del destino diferenciado de los judíos: los judíos alemanes eran acogidos en el territorio mientras que los judíos locales eran «expulsados». Este es, por otra parte, el esquema del que hablaría Goebbels de forma espontánea, un año más tarde, reflexionando sobre el carácter contradictorio de las tareas de las que Frank estaba a cargo y que cumplía con tantas dificultades[197]; sin embargo, si nos fiamos del Diario, no se hablaron entretanto. ¿Habló Frank de los centros de ejecución? Es posible, pero, ¿cómo saberlo? En cualquier caso, Goebbels ya no necesitaba ningún informador sobre el destino de los judíos polacos. Desde finales del mes de marzo, lo *sabía*.

Se detuvo a cientos de rehenes, ante la instigación de Himmler y Heydrich. Estos arrestos no sirvieron para prevenir nuevos atentados, sino para vengar los cometidos contra el «Paraíso soviético»: doscientos cincuenta de ellos fueron fusilados el 28 de mayo en Sachsenhausen, el campo de concentración más próximo a Berlín. Los más altos responsables de la seguridad habían arreglado el 26 de mayo los detalles de las represalias por teléfono. El día 27, el jefe de la RSHA, que ejercía el cargo de protector de Bohemia-Moravia, fue víctima de un atentado al salir de Praga. Si el atentado berlinés le había revelado a Goebbels que los judíos eran claramente los enemigos internos que venía denunciando desde hacía décadas, si los había hecho coincidir en cierta manera con la representación que tenía de ellos, el ataque contra Heydrich tuvo otra consecuencia: hizo comprender a los altos responsables nazis que ellos también eran mortales.

Informado del atentado la misma tarde en que se produjo, Goebbels temía sobre todo que no le llegase su turno el día menos pensado: «Debemos ser claros con nosotros mismos: un atentado

como este creará escuela si no tomamos la delantera con los medios más brutales. Pero este peligro no existe, no; seguiremos dominando esta tentativa de transformar el Protectorado, y sobre todo las regiones ocupadas, en un caos. De la misma manera, voy a combatir ahora a los judíos de Berlín. Desde ahora, estableceré una lista de rehenes judíos y organizaré arrestos de gran alcance. No me apetece nada, llegado el caso, que me dé un balazo en el vientre un judío del Este de veintidós años: así eran quienes estaban detrás del atentado contra la exposición antisoviética. Prefiero a diez judíos en un campo de concentración o bajo tierra que uno solo en libertad. Debemos adelantarnos aquí de manera absolutamente no sentimental. Estamos en un combate a vida o muerte, que ganará quien defienda su existencia personal y política con mayor energía. Sin duda seremos nosotros»[198].

Dos días más tarde, el 29 de mayo de 1942, Goebbels se lanzaba a una parrafada similar ante Hitler, que no temía menos por su vida: «He sacado de nuevo a colación a la atención del *Führer* mi plan para evacuar a todos los judíos de Berlín. Comparte mi opinión y le ordena a Speer que vele por que los judíos que estén trabajando en las industrias alemanas de armamento sean reemplazados por trabajadores extranjeros. Me parece muy peligroso que cuarenta mil judíos sin nada que perder estén en total libertad en la capital del Reich. Ya es en sí una provocación, además de una llamada a cometer atentados. Si esto explota, no podremos estar seguros de nuestra propia vida. El propio hecho de que incluso judíos del Este de veintidós años estén implicados entre los responsables del atentado con bomba incendiaria ya dice mucho. Abogo una vez más por una política antijudía más radical y en esto solo digo lo que ya es obvio para el *Führer*. El *Führer* opina que el peligro personal para nosotros aumentará tanto como se complique la situación militar»[199].

No había ningún subtexto. Al pedir una «política más radical», Goebbels esperaba obtener la deportación completa de los judíos berlineses, tan retardada. Y se mantenía en esas. Lo que les sucediera a esos judíos le importaba poco: «En un campo de concentración o bajo tierra». Pero estaba lejos de imaginar, no

obstante, que la deportación pudiera preceder al asesinato, como atestigua otro pasaje del Diario del día anterior: «Se observan por todas partes en el Reich los primeros signos de una propaganda hostil hacia el Estado más fuerte. Sin lugar a dudas, proviene de los judíos. Los judíos que aún viven en el Reich representan naturalmente un contingente de contemporáneos extraordinariamente peligroso. De hecho, *deberían estar en prisión*. Que los dejemos circular libremente supone un peligro constante y en crecimiento para la vida pública en una crisis cada vez más marcada. Me esfuerzo constantemente en enviar al Este a la mayor cantidad de judíos que me es posible; si están fuera del territorio del Reich no pueden herirnos, *al menos por ahora*»[200]. Este pasaje es interesante por partida doble. Por un lado, da testimonio de la persistencia de lo que podríamos llamar un imaginario penitenciario que venía imponiéndose desde hacía mucho tiempo en el aparato del Estado y que, una vez instituidos los proyectos de reserva en guetos en el Este, había adoptado múltiples formas. Goebbels, en efecto, no dijo que los judíos fueran presas potenciales. Los asimilaba a un grupo peligroso al que quería neutralizar enviándolos «a prisión». Cuando llegaba más lejos y quería «liquidarlos» o mandarlos «bajo tierra» es porque estaban mezclados con ellos, como en Francia o cuando el atentado de Berlín, los *Ostjuden*, esos criminales por naturaleza que merecerían la muerte y a los que unía a los otros judíos en sus accesos de cólera. Porque si bien estaba claro que los judíos deportados habían perdido su capacidad dañina solo *temporalmente*, Goebbels no imaginaba que, de todas formas, iban a ser asesinados. Si lo hubiera sabido, habría dicho que los judíos deportados no podían perjudicar a Alemania, ni ahora ni luego. No, por el contrario Goebbels suponía que, como llevamos diciendo todo este tiempo, estaban retenidos en guetos vaciados según los designios del Gobierno General, a la espera de una reinstalación definitiva. Se equivocaba y, durante largo tiempo, nadie lo sacó de su engaño.

Pero sin duda aún hay más. Porque el 29 de mayo, después de que Goebbels hubiera abogado por la deportación de todos los

judíos berlineses, no haciendo otra cosa que «decir algo que ya era obvio para Hitler», este dijo otra cosa: «El *Führer* no quiere evacuar a los judíos a Siberia. Allí, sometidos a las condiciones de vida más extremas, serían, sin lugar a dudas, un nuevo elemento de vitalidad. Preferiría enviarlos a África Central. Allí vivirían en un clima que seguramente no los fortalecería ni aumentaría su capacidad de resistencia. En cualquier caso, el objetivo de Hitler es liberar toda Europa Occidental de judíos. No volverán a encontrar asilo en ella»[201]. Aunque Hitler presentaba la deportación a África como algo más radical y mortífero que el traslado a Siberia, permanecía fiel a la línea de deportar a los judíos del oeste y que estos fueran desapareciendo a un ritmo más o menos rápido. No obstante, unas semanas más tarde se hizo evidente que este esquema no era solo una forma vacía: los judíos eran deportados e, inmediatamente, exterminados[202].

Por tanto, Goebbels se engañaba: también se podría decir que lo habían engañado.



Evidentemente las cosas no son tan simples, ya que resulta imposible determinar de manera definitiva el estatus de las proposiciones de Hitler. ¿Se trataba puramente de una mentira como cebo para atraer a Goebbels y los otros invitados al desayuno? ¿O bien estamos, como Goebbels habría pillado al vuelo, en lo que podríamos llamar un «movimiento de conciencia», como cuando alguien reflexiona en voz alta sobre un problema que aún no ha conseguido resolver?

El largo monólogo de Hitler describía la situación de peligro mortal en la que Alemania corría el riesgo de encontrarse a corto plazo, y esta descripción era tan dramática que incluso su ministro de Propaganda expresó su desacuerdo: después de todo, no

estábamos en 1917. El análisis de Hitler, en efecto, se basó completamente en la comparación con el periodo 1918-1919: no expresaba ninguna duda con respecto a la victoria, pero no podía evitar decir que se aproximaba una «situación muy peligrosa en el desarrollo de la guerra». Por tanto haría falta liquidar, como ya había anunciado el 27 de mayo, a los internos en campos de concentración, esa escoria que desde su punto de vista corría el riesgo de fomentar revueltas y de apuñalar a la nación alemana por la espalda, como un cuarto de siglo antes. El atentado contra Heydrich hizo presagiar en cierta manera un peligro aún mayor y posiblemente amenazador. El destino de los judíos, la mayor componente de la figura del enemigo interno, aún era demasiado blando: la deportación al Este, en lugar de concluir con la extinción de los judíos, podría llegar a revitalizarlos, a ellos y a su capacidad para perjudicar.

«En caso de que corramos el riesgo de perder la guerra, el trabajador alemán tendrá que soportar lo más duro y se verá seguramente muy afligido. Los alemanes no participan en movimientos subversivos si los judíos no los corrompen. Por esto hay que liquidar el problema judío, cueste lo que cueste». Esa había sido la conclusión provisional del monólogo, y sería legítimo ver en ella el anuncio de una exterminación total e inmediata. La manera en que asimilaría al poco tiempo al resto de los judíos en el grupo de los *Ostjuden* parecía seguir el mismo camino: «Podemos medir hasta qué punto son los judíos en realidad poco capaces de asimilar la vida europea occidental porque, cuando se les reconduce a los guetos, se guetifican de manera apremiante. La civilización europea occidental no representa para ellos más que una capa de pintura»[203]. Ya fuera porque se diese cuenta de que había hablado de manera demasiado explícita o porque vacilase una última vez antes de dar el paso al asesinato generalizado, Hitler lo había encadenado con la deportación a África, lo cual, al no dominar los mares, era totalmente irreal. Finalmente, cortando con todas las fantasmagorías y las mentiras, concluyó, según Goebbels: «En cualquier caso, el objetivo del *Führer* es liberar Europa de judíos».

Para esta demostración no es crucial saber a ciencia cierta lo que Hitler quiso decir aquel 29 de mayo. Porque si bien el ministro de Propaganda no fue engañado de forma voluntaria aquel día, lo sería poco después. De hecho, la «solución final de la cuestión judía», como veremos más adelante, estaba a punto de convertirse en un asesinato generalizado e inmediato. Y se procuró no informar a Goebbels: era un engaño por omisión. El 9 de junio tuvieron lugar los funerales de Heydrich, que había muerto cinco días antes. Al margen de la ceremonia, Goebbels habló dos veces con Hitler. De forma excepcional, en ninguno de los casos se habló de los judíos explícitamente, y Hitler se bastaba con frases bastante generales: «En líneas generales, el *Führer* insiste en que, en la situación militar en que nos encontramos, se trata de un combate a vida o muerte que debemos ganar cueste lo que cueste. También es la razón por la que no lo retendrán las objeciones jurídicas para ordenar las medidas necesarias. No tenemos nada que perder. Cuando hayamos ganado esta partida, no nos preguntarán cómo la hemos ganado, y los métodos serán indiferentes. Por esto nuestro deber es seguir el camino recto, actuar sin reparos, ver las cosas como son y lograr la seguridad y la intangibilidad del Reich»[204].

A toro pasado, sabiendo lo que sabemos, es difícil leer en esas frases algo distinto de un comentario implícito sobre el asesinato sistemático de los judíos. Porque, esa misma tarde, mientras Goebbels hablaba de todo y de nada con Hitler, Himmler anunció algo de importancia capital en un discurso ante los más altos responsables de las SS. Dijo: «La tercera tarea será el poblamiento y la migración de los pueblos europeos, que ya estamos haciendo cumplir. Debemos concluir sin falta la migración del pueblo judío en un año; después, ya nadie podrá fallar. Por tanto, ahora es necesario hacer tabla rasa por completo»[205]. ¿Qué era entonces la migración si no se había precisado ningún territorio de acogida y si terminaba con el final definitivo de la errancia? Se estaba hablando de asesinato a corto plazo de forma encubierta; sin duda, algunos de sus auditores, los más implicados en la ejecución de aquella política, lo comprendieron. En los días que siguieron, Himmler formalizó, de

acuerdo con Hitler, un plan secreto, según el cual todos los judíos de Europa debían ser exterminados en el plazo de un año, antes del verano de 1943[206].

Goebbels, como, en mi opinión, la mayoría de responsables del aparato del Estado, no fue informado de este plan en esta última radicalización de la política antijudía nazi. No fue conocedor de la sentencia de muerte. El discurso que pronunció unos días después, el 15 de junio, no era más que una sempiterna declinación de la «profecía» hitleriana de «exterminio» del pueblo judío: «Los judíos desempeñan un papel ignominioso en esta guerra, y tendrán que pagarlo con el exterminio de su raza en Europa, y puede que más allá»[207].

Durante el año siguiente, no obstante, el *Gauleiter* de Berlín pudo verificar el efecto más destacable de aquella «decisión final en torno a la solución final», por retomar la expresión de Christopher Browning[208]. Un año después, de hecho, a finales de la primavera de 1943, todos los judíos de la capital alemana, salvo caras excepciones, habían sido deportados a Theresienstadt o al Este, es decir, a guetos, campos de concentración o de exterminio. La aceleración de las deportaciones no había sucedido sin dificultad: si a finales del mes de mayo Hitler había dejado entrever que la cuestión del trabajo de los judíos ya no era prioritaria, solo a partir de otoño se transformó en realidad esta doctrina.

Entretanto Goebbels veía la malicia judía por todas partes. Los judíos de Berlín se habían vuelto «un poco imprudentes»[209]. Si había una serie de incendios en los graneros, Goebbels ya imaginaba a los judíos manos a la obra, aunque después lo sacasen de su engaño[210]. El enemigo interno y el externo eran solo uno: para acompañar las deportaciones que salían de Berlín en agosto, el ministro de

Propaganda exigió que los diarios «burgueses» publicasen una serie de artículos sobre la manera en que los judíos alentaban, en los países enemigos, sentimientos antialemanes[211]. En septiembre, el ministro de Justicia, Otto Thierack, informó a su colega de propaganda acerca de su proyecto de apartar a los «elementos asociales» de su responsabilidad enviándolos «al Este», a «compañías disciplinarias»[212], es decir, dejarlos sin recursos y en manos del aparato policial. Goebbels aprobó esto fervorosamente: «La idea de aniquilación por trabajo es la mejor»[213]. Entre estos asociales figuraban evidentemente los judíos condenados o sospechosos desde el punto de vista de la justicia, pero no solo ellos. Goebbels englobaba con este término a los cíngaros, los polacos condenados a más de tres o cuatro años de prisión y a los alemanes condenados a muerte o a cadena perpetua; en suma, aquellos a quienes Hitler había ordenado a Himmler que fusilase en varias ocasiones en caso de que el Reich se sumiera «en el caos»[214].

Por lo demás, después del agitado periodo de mayo de 1942, todo siguió como de costumbre. Los judíos seguían siendo asesinados en el Este, para la más alta satisfacción de Goebbels, que visitó Varsovia en agosto: «El más alto responsale de las SS [Friedrich Wilhelm Krüger] me informa de la situación en el gueto. Ahora los judíos están siendo evacuados y trasladados al Este en masa. Esto sucede realmente a gran escala. Aquí se afronta la cuestión judía sin miramientos, sin sentimentalismo y sin demasiados remilgos. Solo de esta manera se resolverá el problema judío»[215]. Cuando se encontraba con Hitler, Goebbels le seguía preguntando por la «cuestión judía», y recibía, como siempre, la misma respuesta, como la del 1 de octubre: «En esto, el *Führer* defiende el mismo punto de vista radical que yo. También es de la opinión de que debemos echar a la totalidad de los judíos fuera del Reich y ante todo fuera de Berlín»[216].

Con la aceleración de las deportaciones, la cuestión de los mestizos judeo-arios, los *Mischlinge*, y los judíos que vivían en pareja con un ario, volvió a ser de actualidad. En septiembre, Goebbels se alegró porque el jefe de la Cancillería del partido, Martin

Bormann, se mostraba favorable a la imposición de la estrella a los judíos casados con arias, como él mismo venía proponiendo desde hacía mucho tiempo[217]. De esta manera los dos hombres se mostraban más radicales que Hitler, quien, el 3 de octubre, rechazó de forma categórica la adopción de una medida como esta, al menos antes de la deportación total de todos los demás judíos[218]. También en septiembre, Stuckart había enviado de forma espontánea a Himmler una carta personal en la que de nuevo abogaba contra cualquier tipo de deportación de los *Mischlinge* al Este, alegando, como un mes antes, su miedo de que esos no reforzasen las filas enemigas imponiéndose como «*Führer* natos»[219]. Por su parte, el Ministerio de Asuntos Exteriores abogaba por la deportación, pero por razones supuestamente humanitarias: parecía más «clemente» que la esterilización[220]. Goebbels, por su parte, aprendida sin duda la lección de la oposición de Hitler, sugirió que se esperase al final de la guerra antes de ir a por los mestizos[221]. El 27 de octubre de 1942, una nueva reunión interministerial fue convocada bajo el auspicio de la RSHA para encontrar una solución de consenso al problema que suponían aquellos grupos en concreto. Asistió un representante del Ministerio de Propaganda. Sin entrar en detalles, conviene destacar que entonces se consideraba dejar a decisión de los afectados la elección entre la esterilización y la «expulsión», entendiendo esta última como la «medida más dura». No obstante, se precisó que, en caso de que los *Mischlinge* escogiesen a pesar de todo la expulsión, se intentaría separarlos por sexo para evitar cualquier posible reproducción[222]; es decir, que el dispositivo dejaba presuponer la supervivencia a medio o corto plazo de los deportados. Goebbels no comentó los resultados de esta reunión que no tuvo mayores consecuencias ni volvió a interesarse por la cuestión durante meses. A pesar de la información, cada vez más voluminosa, de la propaganda enemiga, como veremos ahora, seguía añadiendo fe a lo que ya se había convertido en una ficción: el simple «traslado» de los judíos europeos al Este.

De hecho, otro asunto había tardado poco en acaparar su atención: los diferentes anuncios por parte de Estados Unidos e Inglaterra en lo referente al exterminio de los judíos. El 24 de noviembre de 1942, el rabino Stephen Wise, presidente del Congreso Judío Mundial, dio una conferencia de prensa en Washington y describió la catástrofe que estaba viviendo el judaísmo europeo. El estado de conocimiento, en aquel momento en concreto, se basaba en tres elementos añadidos los unos a los otros. En primer lugar, había mucha información en lo referente al asesinato de judíos que estaba teniendo lugar en el Gobierno General. Además, Wise y las instituciones judías estadounidenses estaban «convencidas de lo auténtico del rumor de que Hitler habría dado la orden de exterminar de forma inmediata a todos los judíos en los territorios bajo control alemán»[223]: a pesar de que la base documental era frágil, la información era exacta y hablaba directamente, como veremos, del plan secreto elaborado por Himmler en junio de 1942[224]. En definitiva, se confirmaba el inicio de las deportaciones que salían desde Europa Occidental y se temían más deportaciones procedentes de Europa Central. Las instituciones judías organizaron el 2 de diciembre una jornada de duelo y de rezo que fue secundada en veintinueve países y en todo Estados Unidos[225].

Tres días más tarde, el 5 de diciembre, Goebbels descargó su furia en el Diario: «Los judíos acuden a nuevas reuniones [*sic*] en todo el mundo para protestar contra las supuestas atrocidades del Gobierno alemán contra los judíos europeos. Ya se exige la venganza contra los ciudadanos del Eje que se encuentran en manos de las potencias anglosajonas»[226]. Y volvió a hablar del asunto el 9 de diciembre: «Los judíos se movilizan contra nosotros en todo el mundo. Hablan de las supuestas atrocidades contra la raza judía en Polonia que se nos deberían reprochar y ahora amenazan, desde

Londres o Washington, con dar un terrible castigo a todos los responsables. Por lo demás, la amenaza no pasará de ahí. Probablemente los judíos de Europa ya no tengan nada que anunciar»[227]. Esta entrada hablaba de lo sucedido el día anterior, cuando el Ministerio de Propaganda emitió su primera directiva sobre cómo tratar la cuestión. Se resumía en una consigna, el silencio: «Sin querer saber en qué medida estos comunicados se corresponden con los hechos, no debemos enzarzarnos en un tema tan espinoso, porque con el tiempo esta polémica instigada por el enemigo terminará cayendo»[228].

No querer saber era reconocerlo. Porque Goebbels sabía, y con razón, que las atrocidades que denunciaban Estados Unidos e Inglaterra no eran rumores de guerra, sino hechos. Lo asumió en varias ocasiones, a lo largo de reuniones en el Ministerio de Propaganda. El 12 de diciembre lamentaba: «No tenemos suficientes pruebas en contra». De hecho las únicas pruebas que circulaban documentaban la realidad de los crímenes alemanes, como destacó un poco más tarde su secretario de Estado, Gutterer, hablando de las fotografías de «judíos colgados de horcas, etc.». Para el ministro, el problema de las fotografías no era que dieran testimonio de la masacre de los judíos, sino más bien que eran mudas sobre las razones que les habían llevado a ello: «El público no puede saber que un judío al que ahora vemos ahorcado se escondía detrás de un árbol y disparaba a un soldado alemán, o que había empujado a polacas con enfermedades venéreas a acercarse a los soldados alemanes. El público no sabe nada de esto, solo ven a un judío colgado»[229]. La fotografía es un medio incapaz de asir el mal: solo sabe mostrar personas.

El 14 de diciembre, Goebbels volvió «con insistencia» sobre el tema de la estrategia a seguir. Si bien la propaganda podía, llegado el caso, convencer al pueblo alemán del buen fondo de la política antijudía, era impotente ante «la opinión pública mundial, que no se ha pronunciado aún sobre la cuestión judía». No se podía decir simplemente, en palabras del ministro: «De acuerdo, lo hemos hecho, y por estas razones»[230]. El silencio constituía por tanto la

mejor opción, como explicaba Goebbels: «Si los judíos dicen que hemos fusilado a 2,5 millones de ellos en Polonia o que los hemos deportado al Este, evidentemente solo podemos responder que solo había 2,3 millones»[231].

Se podrían multiplicar las citas tanto como uno quisiera, las que muestran la adhesión de Goebbels a la política de exterminio de los judíos y el aprieto en que lo ponía su revelación pública. No obstante, este pasaje evidencia la ambivalencia de las informaciones sobre la suerte que corrían los judíos, y que se hacía eco de la distinción entre los judíos del Este asesinados y la deportación de los otros. Esta distinción se correspondía con las informaciones difundidas por el mundo anglosajón. El 17 de diciembre, trece países aliados contra Alemania publicaron una declaración común en la que condenaban la política antisemita nazi: una vez más, las tres componentes que aparecían en la conferencia de prensa de Wise un mes antes estaban presentes, pero ahora en un orden distinto. Los aliados concluían, basándose en numerosos informes provenientes de Europa, que «las autoridades alemanas llevan a la práctica la intención a menudo reiterada por Hitler de exterminar al pueblo judío en Europa». Ya había habido muchas deportaciones de los territorios ocupados al Este. En Polonia, convertida en el «principal matadero nazi», los guetos estaban vacíos y no se tenía ninguna noticia de las personas desplazadas. Allí, los judíos capaces de trabajar conocían la muerte mediante trabajos forzados; los enfermos eran abandonados a la hambruna o asesinados en ejecuciones masivas. Pero la declaración no mencionaba las cámaras de gas, aunque empezaban a ser conocidas en Occidente. La «bestial política de exterminio»[232], según la expresión de Radio Moscú, aún no había sido del todo asimilada a un asesinato sistemático y directo.

Esta imagen de conglomerado se encontraba en el propio Diario de Goebbels. La deportación, en aquel atormentado periodo, no era un tema del que se hablase de forma explícita. Pero cuando se hablaba de asesinato, se hablaba de la masacre de los judíos polacos, con abundancia de circunloquios: «Las supuestas

atrocidades contra la raza judía en Polonia que se nos deberían reprochar», «la campaña de denigración sobre las atrocidades en Polonia y sobre la cuestión judía», «las supuestas atrocidades en Polonia», «las supuestas atrocidades contra los judíos de Polonia de las que seríamos culpables», «las supuestas atrocidades de los judíos polacos», «el destino de los judíos polacos»[233]. En definitiva, también en el Diario había una idea de esbozo general. Este no remitía, en el caso de Goebbels, a un orden formal o a un plan, sino a la «profecía» de Hitler, con el margen que esto dejaba a la interpretación. «Probablemente los judíos en Europa ya no tengan nada especial que anunciar», había escrito el 5 de diciembre para añadir, diez días más tarde: «El judaísmo debe pagar por sus crímenes, como profetizó el *Führer* en su momento en su discurso ante el Reichstag: con la eliminación de la raza judía en Europa y quizás en todo el mundo»[234].

Podemos formular la hipótesis de que estos pasajes, por sanguinarios que sean, en realidad solo dan testimonio de una conciencia articulada sobre la política de asesinato rápido y sistemático que entonces estaba en curso. Porque el 17 de diciembre, por ejemplo, Goebbels escribió: «Hemos superado tantos estadios difíciles en la resolución del problema judío que no necesitamos preocuparnos en exceso por la situación actual. En cualquier caso, tenemos tantos judíos entre manos como pruebas de que el judaísmo mundial procurará no emprender nada contra nosotros, porque sabe que perderemos los estribos»[235]. Una proposición como esta contradecía la manera en que se venía ejecutando la «solución final»: en la medida en que Hitler había decidido matar a todos los judíos en un plazo corto de tiempo, no podían servir como moneda de cambio; y en la medida en que en poco tiempo todos estarían muertos, la propia idea de demostrarlo habría desaparecido.

El Diario cuenta con otro pasaje incoherente que data de unos días después, del 2 de diciembre. Goebbels ilustraba los peligros que acarreaba la presencia en su ciudad de cuarenta mil judíos mediante una comparación que ya había empleado seis meses antes[236]:

«Dejarlos ir en libertad entre la gente sería lo mismo, a ojos de nuestra política hasta la fecha, que si condenásemos a muerte por ejemplo a cuarenta mil grandes criminales en Berlín pero los soltásemos durante la guerra con la promesa de que, si los nazis la ganan, se les decapitará, y si la pierden, recuperarán sus puestos civiles»[237]. En estas pocas líneas Goebbels desvelaba de nuevo su apetencia por la muerte de los judíos. Pero, una vez más, su horizonte sufría un pequeño retraso respecto a la política que se estaba aplicando en ese momento, que tenía por objetivo matar a todos los judíos lo antes posible, es decir, mucho antes del final de la guerra o del momento crítico que podría suscitar un conflicto prolongado. De hecho, como sabemos, la exterminación de los judíos llegó mucho antes que la derrota.

Con el año nuevo, la cuestión de la publicidad del exterminio de los judíos pasó a un segundo plano. A finales de enero de 1943 cayó Stalingrado, lo que hizo patente el peligro al que se enfrentaba Alemania. En un discurso secreto para los más altos responsables del partido, Hitler se mostraba, no obstante, más convencido que nunca de la victoria. Una de las condiciones de esa victoria era la desaparición de los judíos, como señaló Goebbels en su Diario al día siguiente, el 8 de febrero: «El judaísmo actúa en todos los Estados enemigos como un elemento motor y dinámico que no podemos comparar con nada. Debemos extraer la conclusión de que debemos eliminar a los judíos no solo del territorio del Reich, sino de toda Europa»[238].

El 17 de febrero, Goebbels se enteró de que estaba prevista una gigantesca operación de deportación de los judíos de Berlín para diez días más tarde. Se marcó el objetivo de alcanzar la «liberación» total de Berlín de manos de los judíos antes de finales de marzo[239].

De hecho, da la impresión de que los planes de la RSHA fueran más realistas y de que el objetivo establecido en junio de 1942 de deportar a todos los judíos de Alemania en un año, es decir, antes de que empezase el verano de 1943, seguía vigente[240]. Al día siguiente, de todas formas, Goebbels dio su discurso tristemente famoso sobre la «guerra total», durante el que tuvo una especie de lapsus. Habló de la cuestión judía: «Aunque los países extranjeros protesten con tanta hipocresía contra nuestra política antijudía [...], esto no debe impedirnos hacer lo que es necesario. En cualquier caso, Alemania no tiene intención de inclinarse ante esta amenaza judía, sino más bien de hacerle frente a su debido tiempo, si es necesario recurriendo de manera total y radical al exter... a la eliminación del judaísmo»[241].

Dos días más tarde, la RSHA emitió nuevas y secretas directivas internas a propósito de la deportación de los judíos a dos destinos previstos: Theresienstadt y Auschwitz[242]. Se trataba, para el servicio de policía, de una operación en varias ciudades del Reich. La redada de Berlín tuvo lugar el 27 de febrero. Los diez o quince mil judíos que se preveía arrestar debían ser repartidos entre diferentes campos de tránsito en el propio Berlín. La operación se produjo de la manera más caótica. El 1 de marzo, Goebbels fue consciente de los resultados: el éxito había sido mitigado en la medida en que gran número de trabajadores judíos estaban al tanto de la redada. Pero Goebbels se alegró aquel día de que el primer convoy, lleno gracias a la redada, saliera de Berlín[243], de que los judíos fueran «expulsados al Este en el plazo más breve», y se prometía no «descansar mientras la capital del Reich no esté libre de judíos»[244]. Más de siete mil judíos berlineses llegaron a Auschwitz en pocos días.

El 5 de marzo Goebbels vaciló por un instante. La redada de los judíos y su detención habían dado lugar a algunas «escenas desagradables» y se preguntaba si la operación no afectaría aún más a una población fragilizada por los bombardeos recientes. Finalmente, decidió «dar al SD la orden de no continuar evacuando judíos en un periodo tan crítico»[245]. Su intención solo era esperar un tiempo —hablaba de semanas— antes de retomar la operación en

un momento más propicio[246]. Se desconoce cuál fue la efectividad real de su orden. Efectivamente, pasaron algunas semanas[247] hasta que otras operaciones intervinieron, pero es posible que fuera simplemente el resultado de la planificación de la RSHA, sobre la que, por muy *Gauleiter* que fuera, no tenía ninguna influencia[248]. Porque él había cambiado rápidamente de opinión sin que ello significase la reanudación de las detenciones.

El 8 de marzo, Goebbels cenaba con Speer, ministro de Armamento, y con Hitler, cuando este último evocó de pasada, durante la conversación, el hipotético riesgo de un levantamiento de obreros extranjeros en Berlín. No sin oportunismo, Goebbels aprovechó la ocasión para afirmar que, ante este riesgo, los inconvenientes que se desprendieran del arresto tenían poca importancia: «El peligro sigue existiendo, naturalmente, sobre todo en la medida en que aún hay judíos en Berlín y que la inteligencia judía se alía con los trabajadores extranjeros. Es la razón por la que debo sacar a los judíos de Berlín tan pronto como sea posible, aunque esto provoque algunas dificultades psicológicas»[249]. Un poco más tarde, aquella misma noche, pudo alegrarse de recibir «la orden explícita de liberar totalmente Berlín de sus judíos».

La secuencia, para Goebbels, concluía en el momento que él había previsto: «Antes de que acabase marzo», aunque el objetivo inicial, la evacuación total de los judíos de Berlín, no se había conseguido. El día 19 se encontró con Hitler y elogió su propia acción: «Informo al *Führer*, que se alegra de que los judíos de Berlín hayan sido evacuados en gran medida. Dice, y lleva razón, que la guerra ha hecho posible la resolución de una serie de problemas que no se podrían haber solucionado en un periodo normal. En cualquier caso, los judíos serán los perdedores en esta guerra, de una u otra manera»[250]. ¿De una u otra manera?

El descubrimiento de las fosas de Katyn en abril de 1943 fue la ocasión de una «intensificación colosal» de la propaganda antisemita, en palabras del propio ministro de Propaganda, cuando ya apenas quedaban judíos en Alemania. Porque la finalidad de la gigantesca campaña lanzada por Goebbels no era solo apartar el foco de atención del exterminio de los judíos para ponerlo sobre los crímenes cometidos por los aliados[251], como ya se había intentado hacer en diciembre de 1942 al denunciar la política colonial inglesa[252]. De manera aún más fundamental, a mi entender, servía para probar de nuevo y a una escala aumentada la malicia de los judíos: la masacre de miles de oficiales judíos a manos del régimen soviético en 1940 se presentaba, de hecho, como un crimen judío. A Goebbels le resultaba particularmente difícil subtitular todas las fotos que habían circulado sobre los pogromos o la masacre de los judíos, en las que se veía a simples víctimas y no a criminales debidamente castigados[253]. Con Katyn, al menos podía esperar influenciar la lectura de estas imágenes o los rumores que circulaban en el Reich. En definitiva, esta campaña también tenía el extranjero por objetivo, y se esperaba que el aumento del antisemitismo en los países vecinos los debilitase. Por ello, Goebbels escrutaba el menor signo precursor de una intensificación del sentimiento antisemita en Inglaterra[254]. Para los nazis, el antisemitismo podía constituir un arma preferente para unir Europa.

Durante este tiempo, el gueto de Varsovia estaba en ascuas. Goebbels recibía informes regulares sobre los alzamientos y la manera en que las tropas alemanas conseguían sofocarlos con dificultad[255], pero la información seguía confinada en el aparato del Estado y no se hablaba de ello en la prensa. En su visión paranoica, el propagandista llegaba a imaginar que los insurgentes judíos habían escogido desencadenar su revuelta en ese momento preciso para apartar la atención de la población polaca del crimen de Katyn[256]. El levantamiento era de hecho una respuesta al lanzamiento del 19 de abril de una gran «operación» en la que, a órdenes de Himmler, las fuerzas alemanas deberían liquidar el gueto

y transferir a una parte de sus trabajadores a Lublin, mientras que se exterminaría al resto de judíos en Treblinka o en otro lugar. Goebbels no parecía haber comprendido la lógica ni la violencia de los hechos. En su Diario, no dejaba de anunciar el final de los combates en los próximos días, pero hizo falta esperar casi un mes antes de que toda resistencia fuera aplacada. Esta carnicería, que se saldó con más de veinte mil muertos judíos contra un muerto alemán y otro polaco[257], le inspiraba la idea de una carnicería aún mayor: «Ya no cabe la menor duda de que es el momento de expulsar a todos los judíos del Gobierno General tan rápido como sea posible»[258]. Hablar de expulsión o de evacuación era, en este caso concreto, una convención lingüística. Desde hacía más de un año sabía pertinentemente lo que esto significaba en realidad: «Los judíos [de Varsovia] saben perfectamente lo que les espera si resultan vencidos. No tendrán posibilidad de capitulación»[259].

Goebbels escribió estas palabras el 4 de mayo de 1943. El día 12 mantuvo una larga conversación con Hitler a propósito del antisemitismo. Pudieron hablar a placer de los «Protocolos de los Sabios de Sion», en los que Hitler creía completamente. Se detuvieron sobre la cuestión del «instinto judío» y sobre la imperfección de la humanidad: «En la naturaleza, la vida actúa siempre de la misma manera contra los parásitos; no es así en la existencia de los pueblos. De esto se desprende, propiamente hablando, el peligro judío. Por tanto, no queda otra alternativa para los pueblos modernos que exterminar a los judíos»[260]. No se trata aquí de un comentario sobre la actualidad del asesinato, sino más bien de una frase general que atenuaba por otra parte la alusión, aún en aquella primavera de 1943, a un «proceso de exterminio progresivo».

El 19 de mayo, el ministro de Propaganda inició el relato del día anterior examinando la prensa anglosajona y los grandes titulares que celebraban el éxito de los bombardeos aliados contra las barricadas alemanas. Reproducía después una noticia que había acaparado su atención: «El antiguo corresponsal en Berlín de Reuters Bettany explica que el plan de este ataque proviene de un

judío emigrado de Berlín. Resumo esta explicación en un pequeño comunicado para el Reich, en particular, para las regiones afectadas por este mal». No hay nada de anormal o de sorprendente en esto, más allá de la moraleja que Goebbels había escogido darle a la historia: «Vemos en esto lo peligrosos que son los judíos y lo bien que hacemos al tenerlos detenidos y bajo supervisión»[261]. Una vez más, para hablar del destino reservado a los judíos, el *Gauleiter* de Berlín se situaba en un campo semántico en el que no cabía el asesinato. Pero no hablaba, cierto es, de todos los judíos: el culpable citado como Bettany, «judío emigrado de Berlín» tenía un valor proyectivo, le permitía a Goebbels condensar de forma fantasmagórica a todos los judíos de Berlín, aquellos para los que pedía vehementemente la deportación, la neutralización provisoria, en guetos polacos. Dos días más tarde, el jefe de la RHSA Ernst Kaltenbrunner transmitía a todas las oficinas de la Stapo una orden de Himmler según la cual, «hasta el *30 de junio de 1943*, como muy tarde, los judíos debían ser transportados fuera del territorio del Reich, incluida Bohemia-Moravia, en dirección al Este o, llegado el caso, a Theresienstadt»[262]. A juzgar por la lectura del Diario, Goebbels tampoco fue informado del plan inicial de Himmler en junio de 1942, ni del recordatorio de carácter imperativo del plazo que se había fijado entonces, junio de 1943.

El 5 de junio de 1943, Goebbels pronunció un gran discurso en el Sportpalast de Berlín. En él volvió con particular brutalidad sobre la cuestión judía: «La eliminación total del judaísmo en Europa no es una cuestión de moral, sino una cuestión de seguridad del Estado. […] De la misma manera que la cucaracha que destruye los campos de patatas ha de ser destruida, el judío destruye los Estados y los pueblos. Contra esto, solo existe un medio: liquidar el peligro por completo»[263]. Podríamos, siguiendo una lectura retroactiva, leer este pasaje como una alusión apenas velada a una política de masacre sistemática e indiscriminada: al fin y al cabo no se clasifica a las cucarachas cuando los cultivos están infectados. Esto no fue así, como podemos ver al examinar lo que escribió en su Diario en los días y semanas que siguieron.

Goebbels había visto sin comprender. El 10 de junio, la asociación representativa de los judíos de Alemania, la Reichsvereinigung der Juden in Deutschland, se disolvió y se detuvo y sus miembros fueron deportados en los días siguientes[264]: de todas formas, aparte de las parejas mixtas y los mestizos, ya no quedaban judíos en Alemania. Esta disolución podría ser analizada de forma simbólica como el final de la «solución final de la cuestión judía» en el territorio del Reich, dentro de sus antiguas fronteras. Pero Goebbels no apreció el alcance del símbolo. No recogió ni el cierre de la Reichsvereinigung ni de la última gran deportación del 28 de junio que había llevado a trescientos judíos a Auschwitz. Todos los convoyes que siguieron, cuyo destino eran tanto el campo de exterminio como el gueto «modelo» de Theresienstadt, serían muy inferiores al centenar de deportados[265].

Pero Goebbels también había escuchado sin entender. El siguiente 24 de junio se había visto de nuevo con Hitler. En un momento dado, el monólogo de Hitler se desvió hacia la situación incierta de Italia: mientras que el desembarco parecía inminente, el Duce ya no era, evidentemente, un joven, y las intenciones del rey de Italia en cuanto a una paz separada permanecían oscuras. Lo único que era seguro, respecto a los países cuya resistencia era determinante para la victoria de la Europa nazi, era que los judíos italianos no habían sido «eliminados», que esperaban a que «llegase su hora»; y ni Goebbels ni Hitler pensaban en la hora de la deportación, sino en la que los judíos demostrarían hasta qué punto ellos dos tenían razón al considerarlos peligrosos. Según las palabras de Goebbels, Hitler prosiguió: «Podemos alegrarnos de haber practicado una política radical en lo relativo a la cuestión judía.Ya no quedan judíos detrás de nosotros para aprovecharse de nuestra herencia»[266]. Quería decir, a mi entender, dos cosas: los judíos estaban muertos y por ello eran incapaces de beneficiarse de una eventual derrota alemana; mejor aún, eran los alemanes quienes, en el presente, se adueñaban de su propia herencia. Un proyecto de ordenanza sobre el derecho de nacionalidad se terminó de hecho en ese mismo periodo y se firmó el 1 de julio. En él se estipulaba que

los bienes de los judíos recaerían sobre el Estado con la muerte de estos[267]. Goebbels, el escriba, había anotado las intenciones de Hitler sin querer (ni intentar) en realidad descifrarlas, como muestra un pasaje después de la conversación.

Después de hablar de la situación en el frente y en diferentes países, los dos pasaron revista a cierto número de responsables. Hitler mencionó a Hans Frank, responsable civil del Gobierno General, y se quejó de su «insuficiencia», antes de anotar, de manera pragmática, la ausencia de posible remplazo. Goebbels encadenaba después, mezclando de manera evidente las palabras de Hitler con sus propias reflexiones ulteriores: «Además, ningún sucesor podría hacerlo mejor que él. La situación en el Gobierno General es tan mala que, por el momento, solo podríamos llegar a algo enviando una fuerza militar importante. La tarea que se le ha confiado a Frank es prácticamente imposibe. Debe sacar productos alimentarios [para transferirlos al Reich], impedir que la población se una, sacar a los judíos, acoger al mismo tiempo judíos alemanes; tiene que aumentar la producción de armamento, pero no reconstruir las ciudades, etc; en resumen, es una misión que se presenta como irrealizable»[268]. De esta manera Goebbels construía el carácter estructuralmente irrealizable de la lista de tareas del gobernador civil enumerando las incoherencias de la misma: si se crea una escasez de alimentos enviando las cosechas a Alemania no se puede esperar que mejoren las relaciones ocupante-ocupado; poner todos los recursos al servicio de la producción armamentística es igual a sacarlos de la reconstrucción, etc. Entre los pares antitéticos coló uno sobre la política judía: se le había encargado al gobernador «sacar a los judíos», es decir, matar a los judíos polacos, y al mismo tiempo «recoger los judíos alemanes»; y, como debemos entender, instalarlos en un gueto a la espera de su deportación última al Este. En resumen, se mataba a unos judíos con una mano y con la otra se aseguraba la supervivencia de otros.

El 5 de junio de 1943, argumentando para sí mismo en el secreto de su Diario, Goebbels razonó siguiendo, como siempre, el esquema que había sido válido hasta la primavera de 1942, el de una

deportación simple, no seguida de un asesinato inmediato. De manera significativa, la última vez que, a juzgar por su Diario, el ministro había hablado con Hans Frank sobre la política judía en el Gobierno General, había sido justo a finales del mes de abril de 1942, en un momento en que los dos movimientos contrarios se daban de forma efectiva en su territorio[269]. No se le informó de las mayores inflexiones criminales que intervinieron durante ese año fatal que tuvo lugar entre el final de la primavera de 1942 y el principio del verano de 1943 y, en mi opinión, ni siquiera lo sospechó.

Después, durante varios meses, no ocurrió nada destacable. Goebbels seguía desolándose por la probable presencia ilegal en Berlín de dos mil judíos que habrían escapado a las redadas, a los que se añadían algunos otros miles que se estarían beneficiando de las exenciones, sobre todo por matrimonio: él tenía la esperanza de que finalmente se detuviese a esos fugitivos[270]. Mussolini fue derrotado: es necesario decir, comentaba Goebbels en agosto, que el Duce había «atacado la cuestión judía demasiado tarde, lo que naturalmente terminó por corromper mucho el fascismo»[271]. En septiembre le preocupaba ver que Hungría seguía el «ejemplo italiano»: «Budapest es una ciudad judía hasta el último grado, y los que crean la opinión pública son judíos o trasuntos de judíos»[272]. Pero se felicitó a principios del mes de octubre de que finalmente se tratase la «cuestión judía» en Dinamarca: «Es necesario porque los judíos, con sus denigraciones, son responsables en gran medida de los desagradables incidentes que han tenido lugar últimamente en Dinamarca»[273]. Al día siguiente, teniendo en cuenta las reacciones de protesta en Suecia, Goebbels añadía, para sí mismo, a propósito de la culpabilidad de los judíos daneses: «En Dinamarca los judíos se

revelan como los inspiradores de todos los actos de sabotaje y ahora deben ser arrestados»[274]. Dos días más tarde, el 6 de octubre, Goebbels escribía que la acción antijudía había sido orquestada por el propio Hitler «porque los judíos daneses han tomado parte en los actos de sabotaje y de terror contra el poder de la ocupación alemana y en gran medida los han inspirado»[275].

En realidad, como indicaba Werner Best, el ministro plenipotenciario alemán en ese territorio y encargado de la política antijudía, en una correspondencia datada el 18 de octubre, no existía ninguna prueba concreta que relacionase a los judíos daneses con los sabotajes o los atentados: hacerlos oficialmente responsables era solo una manera de justificar su deportación[276]. Sin duda Best retomaba la versión oficial en otro de sus informes que Goebbels leería una semana antes, el 12 de octubre, ya que anotó en su Diario que «las medidas contra los judíos no eran evitables porque los judíos habían instigado los sabotajes y el odio contra el Reich»[277]. En ese momento preciso, es difícil determinar si la caracterización de las medidas antijudías como inevitables era la expresión de un lamento sobre su existencia o si el lamento pertenecía a la llana constatación, establecida poco después, de su fracaso en lo relacionado con las fugas de las que se había beneficiado una comunidad judía nacional aún fuerte, que contaba con seis mil quinientas personas, y de la ayuda aportada por la población local.

Porque, unos días antes, el 6 de octubre de 1943, en Posen, Goebbels supo que la deportación al Este había sido otra cosa muy distinta de lo que había querido creer. Esta información se la dio Himmler en un gran discurso ante los más altos responsables del partido. Como Hitler solía hacer ante esa misma asamblea, el *Reichsführer* pasó revista a la situación en que se encontraba Alemania al término de ese cuarto año de guerra, y después habló de la «cuestión judía». Cada asistente debía alegrarse, explicaba, de que ya no hubiera judíos en su provincia, y cada uno comprendía en qué medida la situación, con la multiplicación de los bombardeos, se habría complicado si los judíos, diseminados entre la población,

hubieran continuado socavando el impulso de la victoria. En suma, se podían medir los beneficios de la «solución final de la cuestión judía» y alegrarse. Lo que Himmler reveló, no obstante, al pedir un secreto absoluto, es que esta «solución final» no era otra cosa que un asesinato sistemático. Lo hizo de manera que no hubiese ninguna escapatoria para sus oyentes, ninguna posibilidad de estar oportunamente distraído en ese momento. Estrechaba su discurso. Explicó: «La frase "Los judíos deben ser exterminados" tiene pocas palabras, se dice rápido, señores». La verdad es que aún quedaba menos tiempo para dejar de oírla.

«Los judíos deben ser exterminados»: Goebbels había escuchado esta frase cientos de veces de la boca de Hitler cuando hablaba ante los responsables del partido o en público, o cuando daba sus grandes monólogos a la vez íntimos y alucinatorios a solas con Goebbels. El ministro de Propaganda la había utilizado también en numerosas ocasiones, tragándose a veces el verbo «exterminar» para reemplazarlo por el menos sanguinario «expulsar». Era un motivo recurrente de la propaganda. Himmler, por tanto, no estaba diciendo nada nuevo, salvo por el hecho —y esto es lo importante— de que había escogido darle un sentido preciso a una palabra tan vaga que a menudo había sido utilizada para designar acciones de diferentes naturalezas. Explicó: «No me sentía autorizado para exterminar hombres —decid, si queréis, matarlos o mandarlos matar — y dejar crecer en la forma de sus hijos a justicieros contra nuestros hijos y descendientes». El inciso por el que Himmler precisaba la acepción con la que estaba empleando el verbo «exterminar» constituía por tanto el anuncio de que la «solución final» había sido un asesinato, el asesinato de todo un pueblo, incluidas mujeres y niños.

Como atestigua, a mi modo de ver, la manera de transcribir al día siguiente esta parte del discurso, a Goebbels esto lo cogió por sorpresa. Escribió: «En lo relativo a la cuestión judía, [Himmler] da un giro franco y sin tapujos. Está convencido de que podemos resolver la cuestión judía en toda Europa de aquí a final de año. Aboga por la solución más radical y más dura, es decir, exterminar al

judaísmo y toda su estirpe. Seguramente esta sea una solución que, siendo igualmente brutal, es sin embargo coherente. Porque debemos asumir la responsabilidad de haber solucionado este asunto en nuestro tiempo. Las generaciones futuras no se atreverán a hablar de este problema con la misma valentía y la misma convicción con la que nosotros podemos hacerlo hoy»[278].

Al describir a Himmler como partidario de la «solución más radical y más dura», como partidario del asesinato, el *Gauleiter* de Berlín dejaba entrever que había creído hasta entonces que existía otra solución menos radical, menos dura; también podría haber dicho menos «bárbara». Porque, al contrario de lo que pensaba Goebbels, el asesinato sistemático de los judíos no era ni más duro ni más radical: era simplemente *la* política ejecutada sistemáticamente por el aparato policial desde hacía más de un año. Al enterarse hubo un momento de sorpresa y de turbación bastante similar al que había tenido lugar cuando, un año y medio antes, le habían informado del asesinato de los judíos polacos en cámaras de gas[279]. Una vez más había tenido que poner en marcha justificaciones ideológicas que Himmler se había preocupado de añadir a su anuncio para superar la noticia. Eran las que finalmente le permitían consentir aquello. «Todo esto se sostiene. En cualquier caso, no podemos sino estar completamente de acuerdo con la visión de Himmler», escribió un poco después, al terminar su minuta.

Al día siguiente del discurso de Himmler, el mismo auditorio de los más altos responsables del Reich fue convocado a la «Guarida del Lobo», el cuartel general de Hitler. Como pertinentemente señala Ian Kershaw, Goebbels se abstuvo de anotar ese día el discurso de Hitler, a pesar de que hasta entonces lo había hecho de forma sistemática. Pero el comunicado oficial deja intuir que Hitler pudo, de forma directa o indirecta, hablar del asesinato de los judíos. En sustancia, dijo: «Todos los alemanes saben que su existencia depende de ello. Los puentes tras ellos han sido quemados»[280]. Haber quemado los puentes tras de sí significaba haber cometido crímenes tales que ninguna marcha atrás era posible. Por tanto se

trataba de vencer o morir. Esta afirmación, estas expresiones eran exactamente las que Goebbels había empleado seis meses antes al hablar con Göring de la situación en que se encontraba Alemania: «Göring es plenamente consciente del riesgo que correríamos si mostrásemos debilidad en el curso de la guerra. No se hace ilusiones a este respecto. Estamos comprometidos a tal punto, sobre todo en la cuestión judía, que ya no es posible dar marcha atrás. Y es mejor así. Un movimiento y un pueblo que han quemado los puentes tras de sí combaten —la experiencia lo demuestra— con mayor resolución que los que aún tienen una posibilidad de retirada»[281]. Fuera como fuese, Hitler aprovechó la ocasión para rendir homenaje a Himmler el día de su cumpleaños: apenas cuarenta y tres años y la responsabilidad histórica de asesinar a millones de judíos.

Al día siguiente, el 8 de octubre de 1943, Goebbels recibió un informe sobre lo que quedaba de la comunidad judía berlinesa: 6.840 personas que «por el momento» no se podían «sacar»; el diarista empleó aquí el mismo verbo que cuando explicó, seis meses antes, que Frank, en el Gobierno General, debía al mismo tiempo «sacar» a los judíos polacos y acoger a los judíos alemanes. El *Gauleiter* de Berlín se guardó de protestar clamorosamente contra las exenciones de las que se beneficiaban los judíos por su matrimonio o por su trabajo vital para continuar la guerra. Se contentó con imaginar unirlos «en campos, de manera que no puedan causar ningún desgaste»[282]. Es aquí, en su Diario, donde encontramos la última huella del imaginario carcelario que había utilizado en los meses precedentes, pero es cierto que concebía el encarcelamiento como una medida transitoria. Reimportaba en cierta medida al territorio del Reich un modelo que equivocadamente creyó que se estaba ejecutando en el Gobierno General. Esta moderación

relativa no duraría mucho. A mediados de marzo de 1944, al recibir un nuevo informe sobre los judíos que aún vivían en Berlín, seis mil, escribió: «Voy a estar pendiente de ellos y después seguiré intentando expulsarlos a la primera ocasión»[283]. Unos días antes, ante la perspectiva inminente de la invasión de Hungría, había anotado: «En Hungría hay setenta mil judíos; procuraremos que no se nos escapen»[284]. En los dos casos, no cabe duda de que Goebbels hablaba de asesinato de forma encubierta.

Porque, si bien antes de octubre de 1943 el Diario de Goebbels incluye ciertos pasajes que hablan de la permanencia de un imaginario carcelario en torno a los judíos alemanes, traicionando así su desconocimiento del paso al asesinato sistemático, ya no se encuentra ninguno después de esa fecha. Y esto resulta fundamental para nuestra investigación. En febrero de 1944, el ministro estaba presente en un discurso de Himmler en el que este habló principalmente de la «verdadera situación de seguridad, con la cuestión de los campos de concentración, de la cuestión judía, del derrotismo y de la Waffen-SS». Goebbels ya lo sabía todo, estaba aburrido: «No dice nada que sea nuevo para mí»[285]. Unos días antes, ante los más altos responsables del partido, Hitler había exigido perseguir el camino de la victoria «sin concesiones»: «Y, de la misma manera que los judíos han sido abatidos, serán abatidos en todo el mundo»[286]. Después de Posen, todos sabían pertinentemente que los judíos habían sido «abatidos».

A principios del mes de marzo de 1944, Goebbels mantuvo una larga conversación con Hitler. Este se quejaba de las dificultades que le planteaba el Estado Mayor. Stalin había resuelto el problema con mayor rigor: había ordenado fusilar a los generales desobedientes. Saltaba de un tema a otro: «Solo en la cuestión judía hemos llevado a cabo una política tan radical. Era justa, y hoy somos beneficiarios de ella. Los judíos ya no pueden dañarnos»[287]. Estas palabras son en cierta manera la réplica de las notas que Goebbels tomara casi dos años antes, a finales del mes de mayo de 1942: «Me esfuerzo constantemente en enviar a cuantos judíos puedo al Este; si están fuera del territorio del Reich, no pueden dañarnos, al menos por el

momento»[288]. Entre una cita y otra, solo algunas palabras desaparecieron. Esta desaparición marcaba la consciencia del crimen. Los judíos ya no habían sido neutralizados «por el momento», sino de forma definitiva.

Después, Hitler añadió: «Sin embargo, siempre hemos repetido, y aún lo hacemos, antes de emprenderla contra la cuestión judía, que era imposible resolverla. Ahora se ve con claridad que es posible si se quiere».



A mediados de marzo de 1945, algunas semanas antes del hundimiento final del Reich y de su suicidio en familia, Goebbels habló aún de la «cuestión judía»: «Cuando se tiene el poder, a los judíos hay que molerlos a palos como si fuesen ratas. En Alemania ya nos hemos ocupado bien de ello, gracias a Dios. Espero que el mundo tome nota»[289]. Y al día siguiente: «Aún no podemos decir qué naciones estarán del lado de los vencedores y cuáles del de los vencidos cuando acabe la guerra. Pero los judíos estarán en el de los vencidos, de eso no cabe duda»[290].

Tal fue la última frase sobre los judíos en la copia del Diario que ha llegado a nosotros, en la que faltan las últimas semanas. El día de su suicidio seguía escribiéndolo, lamentándose, hasta donde sabemos, del infortunio de las armas y prediciendo la victoria del bolchevismo[291]. Es poco probable que no hablase una última vez de los judíos, a los que atribuía la responsabilidad de la guerra y la voluntad de conquistar el mundo.

CAPÍTULO III

EL DIARIO DE GOEBBELS COMO FUENTE HISTÓRICA

Puede parecer paradójico el hecho de haber concedido, en las páginas anteriores, tanta importancia a una parte de una frase perdida en medio de un largo párrafo: «Los guetos vaciados en las ciudades del Gobierno General se llenan ahora con los judíos expulsados del Reich, *y este procedimiento se ha de repetir después de un tiempo*»[292]. Tanto más paradójico cuanto que el «procedimiento» descrito —matar a judíos polacos en Belzec para «dejar sitio» para los judíos alemanes deportados— duró solo algunos meses, después de los cuales todos fueron exterminados sin distinción.

En realidad, se podría sostener que esta frase constituye una de las principales claves de interpretación del Diario de Goebbels. De hecho, una de dos. Primera hipótesis: el ministro de Propaganda supo aquel 26 de marzo de 1942 que se estaba y se seguiría matando de forma indistinta a los judíos polacos y a los judíos alemanes en las cámaras de gas; en la medida en que, según el Diario, estaba perfectamente informado de la liquidación de los judíos rusos, Goebbels lo sabía todo. Segunda hipótesis: supo que se estaba exterminando a los judíos polacos, así como a los rusos, pero de una manera aún más «bárbara»; en lo relativo a los judíos alemanes, por el contrario, se reconfortaba en la idea de que recibían un tratamiento diferenciado y se les había reinstalado en guetos en el Este.

Solo la segunda hipótesis, como he dicho más arriba[293], me parece factible, por diferentes razones de las cuales no todas poseen el mismo valor probatorio. En primer lugar, se trata de un problema de lógica: de hecho no hay ninguna en reemplazar judíos alemanes por otros judíos alemanes. Hay, además, un problema de adecuación para con los datos contextuales. Se podría decir, a modo de esquema —pero volveremos sobre ello— que, hasta el periodo de mayo-junio de 1942, los judíos alemanes deportados al Gobierno General no eran asesinados. Lo que es más, en el siguiente periodo, a partir de junio de 1942, este hipotético dispositivo complejo de reemplazo de los judíos alemanes por otros judíos alemanes no prevaleció: los convoyes se enviaron directamente a campos de exterminio, al mismo tiempo que no se hacían distinciones entre judíos alemanes y locales, sino que en los guetos que se iban liquidando uno tras otro. Estos dos argumentos son relativamente débiles. Los planes de Himmler podían, por ejemplo, haberse apartado de manera excepcional de la lógica habitual. El argumento determinante es, por tanto, el de la coherencia interna del Diario: Goebbels no podía haber dicho el 27 de marzo de 1942 que los judíos alemanes deportados serían igualmente asesinados porque creyó durante mucho tiempo que seguían vivos, reinstalados en guetos.

La información de la que Goebbels disponía en ese momento preciso era exacta. Algunas semanas más tarde ya no lo era: el traslado transitorio de judíos alemanes al Este se había abandonado en beneficio del asesinato inmediato. Sin embargo, durante más de un año, el *Gauleiter* de Berlín seguiría razonando en función de un esquema que ya estaba obsoleto. Esto es, a mi entender, un estado de las cosas. Es cierto que se sostiene sobre bases documentales relativamente frágiles, pero quizá menos de lo que haya podido parecer hasta ahora. De hecho, mi relato ha entremezclado varias tramas. La primera y la más importante ha consistido en seguir tan de cerca como fuera posible las diversas informaciones sobre el destino de los judíos en el Diario del ministro de Propaganda. En paralelo, he reconstruido las grandes etapas de la evolución de la

concepción y de la ejecución de la «solución final de la cuestión judía»: esto me ha permitido determinar la diferencia, a veces importante y a veces nula, entre la información de la que disponía el *Gauleiter* de Berlín, por uno u otro medio, y la realidad del programa. Estas dos cronologías eran maneras de poner los hechos de nuevo en perspectiva, a través de la aportación de información contextual sobre la evolución de la guerra y de la situación interna del Reich: eran necesarias para comprender por qué tal decisión intervino en tal momento o qué sentido debería dársele.

En definitiva, he integrado en mi reconstrucción todo lo que se sabe por otros medios, es decir sin basarse en el Diario, de los esquemas de acción y de pensamiento de Goebbels. Si retomo esta trama en último lugar es porque en mi relato ha ocupado un lugar relativamente menor: el Diario, otra vez más, es la principal fuente histórica sobre Goebbels, sin que esto deba sorprendernos. Unas semanas antes de la derrota, el *Gauleiter* de Berlín había hecho destruir todos los archivos sensibles de sus servicios, es decir «1) Los documentos cifrados y clasificados como Asunto Secreto del Reich; 2) los otros documentos importantes que en ningún caso deben caer en manos del enemigo (por ejemplo, los procesos de desjudaización); 3) los archivos; 4) los datos personales»[294]. A todas luces, falta gran parte de la documentación. Por ello, la lectura interna del Diario que propongo no entra en contradicción con lo que llega a ser reconstituido partiendo de fuentes supervivientes. Digámoslo de otra manera, de una manera más gráfica: por ejemplo, Goebbels no habló del asesinato de los judíos alemanes deportados en sus conferencias ministeriales, de las que se conservan gran cantidad de minutas, pero tomó la precaución, al mismo tiempo, de diseminar en su Diario indicios que dejan suponer que creía que los judíos estaban siendo simplemente reinstalados en guetos polacos.

Todo esto no resta que me haya basado en un conjunto relativamente restringido de citas. La estrechez de mis fuentes no debe ser juzgada solamente en sí misma, sino de forma relativa. Porque tampoco podemos contestar a este corpus restringido con

otros pasajes que atestigüen que, al contario, Goebbels ya había sido informado antes del otoño de 1943 del asesinato de los judíos alemanes deportados en Sobibor o Auschwitz. En cambio, las citas utilizadas en mi demostración contradicen la concepción dominante según la cual el *Gauleiter* de Berlín estaba al corriente desde esa época del exterminio, incluido el de los judíos alemanes. Por otra parte, los pasajes en cuestión nunca han sido citados. Hay lugar para muchas explicaciones.

Tradicionalmente, se presenta a Goebbels como un actor menor, un testigo accesorio[295], una caracterización que ha desmentido varias veces el descubrimiento de nuevos fragmentos del Diario. Lo que es más, los historiadores han sufrido durante largo tiempo la influencia de una poderosa tradición historiográfica que, centrada en los documentos o testimonios que parecen atestiguar la precocidad de la decisión del asesinato total, abandonaba en consecuencia, como mostraré más adelante[296], los elementos probatorios que habrían podido debilitar este acercamiento. En definitiva y sobre todo, los historiadores que trabajan sobre el ministro de Propaganda se han basado durante décadas en un conjunto de documentos muy fragmentario. Las sucesivas ediciones del Diario, hasta hace poco, tenían muchas lagunas[297], y sobre esta base incompleta se elaboró y se fijó, posteriormente, la interpretación del Diario de Goebbels. De manera significativa, los pasajes que menciono no estuvieron disponibles hasta finales de los años setenta en forma de archivo y hasta mediados de los noventa en formato impreso. La publicación íntegra del Diario ha facilitado desde entonces la tarea de los historiadores, una tarea que sigue siendo particularmente ardua[298]: ¿cómo llegar a dominar esas decenas de miles de páginas? Cada uno de los puntos podría ser objeto de un desarrollo más o menos extenso: la recepción de Goebbels por parte de los historiadores constituye, en suma, una historia en sí misma. No entraremos aquí en este tema.

Me parece más pertinente poner a prueba las interpretaciones más elaboradas que han propuesto otros historiadores para algunos de los pasajes clave[299] y observar en cierta manera la fuente en

acción. Estos pasajes cuyo análisis retomo aquí ya han sido citados, en su mayor parte, en los dos capítulos anteriores. El lector, no obstante, verá claramente que esta recuperación no es tanto una repetición como una profundización. Porque, con el deseo primero de conservar el carácter narrativo del relato, he preferido hacer como si algunas de mis elecciones interpretativas cayeran por su propio peso, cuando en realidad no es así. En este retorno a la narración justificaré estas elecciones, a la vez de forma interna y por comparación con las propuestas de otros historiadores que me han precedido: en ello reside, en suma, el juicio doble sobre la calidad de la prueba.



Los pasajes clave datan del primer semestre de 1942, el momento en que tuvo lugar el vuelco al asesinato generalizado y que constituye, por ello, la secuencia más decisiva y compleja. Estos meses permiten por tanto hacer repertorio de casi todas las posturas que han ido adoptando los historiadores respecto al Diario de Goebbels como fuente. Pero este periodo tiene otra ventaja: como veremos, la práctica del diarista Goebbels era en ese momento estable, tanto que el corpus es coherente y homogéneo. Recordemos aquí, siguiendo a Eberhard Jäckel, que «Joseph Goebbels es un diarista fanático»[300]. Aspirante a escritor, inició su diario íntimo a la edad de veinticinco años, el 17 de octubre de 1923. El 1 de mayo de 1945, el día de su suicidio, siguió escribiendo, como hemos visto, una última carta que ha desaparecido: los últimos libretos se quemaron[301].

¡Entre esas dos fechas hay cuarenta y dos mil páginas! Por tanto, deducir de ello que lo sabemos todo sobre Goebbels sería una ilusión. Porque un Diario, por largas que sean las entradas diarias, no es el informe mecánico de cada día. Es un relato, y por tanto es

una elección. Al acumular tantas funciones, al ser destinatario de tan innúmeros informes provenientes de instancias tan diversas, al verse con tanta gente, Goebbels tenía sin duda los días más ajetreados de lo que describía a lo largo de las páginas: en definitiva, debía recibir más información de la que era capaz de retranscribir. Como todo diarista, anotaba lo que sobrevivía del día anterior, lo que le parecía digno de ser recogido. Tanto es así que, también respecto al destino de los judíos, no podemos estar seguros de que el *Gauleiter* de Berlín haya anotado escrupulosamente todos los hechos que llegó a conocer. Recogió aquellos que lo marcaron y que, llegado el caso, pueden presentarse ante nosotros como menores en vista del contexto general: la multiplicación de los suicidios de los judíos alemanes que se enfrentaban a la deportación en mayo de 1942 le afectó lo suficiente como para sentir la necesidad de comentarla, de justificarla, al día siguiente; al mismo tiempo, sin embargo, decenas de miles de judíos eran asesinados cada semana sin que esto suscitase en él otra cosa que satisfacción.

Es probable que el diario no nos proporcione, por tanto, nada más que un panorama de lo que Goebbels sabía. Este panorama es, en mi opinión, muy fiel en su cohesión a nivel general. Esto es válido en particular en lo que respecta a la distinción decisiva, y conservada hasta etapas tardías, entre el destino de los judíos del Este y el de los judíos alemanes. Porque en el caso de los segundos, la persistencia de lo que he dado en llamar una imagen carcelaria, es decir, la creencia de que, una vez deportados, quedarían relegados en guetos, es, a mi modo de ver, destacable de todo punto. Volveré varias veces sobre esta representación inexacta en las próximas páginas, pero quisiera insistir en algo que me parece determinante para evaluar mi demostración. Las diferentes ocurrencias de este imaginario carcelario, como habremos notado, intervienen en el Diario en momentos inopinados. No es porque Goebbels haya decidido hablar de la «cuestión judía» y haya construido su discurso a partir de ello, es porque actúa como por reacción a un suceso u otro y revela, por casualidad, una reflexión que a menudo nos

parece incongruente, lo que él cree, lo que quiere creer. A menudo Goebbels no dice cosas: se le escapan.

En mi opinión, la persistencia de estas creencias erróneas en Goebbels debería o debe detenernos a la hora de glosar en términos absolutos sobre de lo que, por fuerza, no sabemos de las cosas que el ministro sabía. En el hipotético caso de que hubiera sabido una cosa u otra, es necesario constatar que la percepción global que tenía de la deportación de los judíos alemanes no había cambiado. De esta manera podemos excluir la posibilidad, en términos absolutos, de que se enterase de la masacre de uno u otro convoy. Pero, incluso en este caso muy hipotético, Goebbels no extrajo la conclusión de que todos los deportados serían asesinados al llegar, porque siguió hablando de la deportación como de un traslado[302]. Este razonamiento me parece particularmente pertinente para rechazar la eventualidad de una fuente de información oficial: si Hitler, Himmler, Heydrich o Göring hubieran informado a Goebbels de una orden de asesinato generalizado, este no habría podido dejar crecer en su imaginario la simple deportación que asociaba a los judíos alemanes. Además, después de Posen, en octubre de 1943, Goebbels abandonó por completo y de forma inmediata una imaginería profundamente asentada.

Estas observaciones de carácter general son más necesarias en la medida en que el Diario de Goebbels no es, como se imagina, un diario como cualquier otro. Quizá lo hubiera empezado siendo aún bastante joven, como un literato sin manera de desahogarse, pero pronto se convertiría en un político de primer nivel. Esta evolución se tradujo en dos grandes cesuras en su práctica de la escritura.

En primer lugar, Goebbels había vendido los derechos de su Diario a las imprentas oficiales del NSDAP en octubre de 1934, y la edición debía ver la luz veinte años después de la muerte del autor. Este horizonte de publicación no cambió, en lo fundamental, la práctica del diarista. Por una parte, Goebbels ya había sacado dos libros de su manuscrito, uno de los cuales, *Desde el Kaiserhof a la Cancillería del Reich*[303], publicado en 1934, llevaba por subtítulo: «Una descripción histórica en forma de páginas de un Diario». Sin

embargo no se trataba, ni mucho menos, de una reproducción idéntica. Goebbels había reescrito su texto línea por línea. Trabajó la forma, transformando en frases construidas las anotaciones cursivas, y seleccionó la información. Suprimió todo lo relacionado con sus esferas íntimas: vida de pareja y familia, opiniones abruptas sobre sus colegas, momentos de duda[304]. También desaparecieron los compañeros de ruta que habían caído en desgracia entretanto[305]. Goebbels construyó su leyenda seleccionando y trabajando una y otra vez el material.

Su intención era seguir haciendo lo mismo y no dejar a la posteridad nada más que una versión completamente manipulada de su Diario. El 28 de marzo de 1941, Hitler le anunció que había decidido atacar la URSS. Esta sería una «guerra de exterminio», que debería saldarse con la derrota total de uno de los beligerantes y la muerte de sus responsables. Lo primero que hizo Goebbels fue asegurarse de la conservación de su obra: «Dejo mis diarios íntimos, veinte volúmenes, en las cajas fuertes subterráneas del Reichsbank. Son demasiado valiosas como para sucumbir a un posible ataque aéreo. En ellas está toda mi vida y toda mi época»[306]. La derrota del Tercer Reich decidió que las cosas fueran de otra manera. Por tanto, disponemos del Diario —y este es un punto absolutamente fundamental— en una forma que no era la prevista por Goebbels: una publicación *in extenso*.

La segunda cesura intervino unos meses más tarde, tras la invasión de la URSS. Goebbels estaba desbordado, no conseguía «pilotarse a sí mismo»[307] el tiempo necesario para poner por escrito los sucesos del día anterior. El 9 de julio de 1941 pasó a un diario oral, dictado a su estenógrafo, Richard Otte. Esta mediación tuvo varias consecuencias. Las frases se alargaron, los párrafos se hicieron más estructurados y las entradas mucho más largas: Goebbels, con las manos descansadas, podía explayarse[308]. También evitaba expresar juicios sobre sus colegas en la forma lapidaria y en ocasiones grosera que acostumbraba hasta entonces, y procuraba no hacer observaciones demasiado críticas sobre el entorno de Hitler[309].

La cuestión central es la siguiente: ¿se alteró la sinceridad del diarista por estos cambios? ¿Acaso incitaba la presencia de Otte, por ejemplo, a que Goebbels ocultase parte de la información? No lo creo: ¿qué había más secreto que los discursos de Hitler ante los más altos responsables del partido o las confidencias con su amigo Goebbels? ¿Qué más secreto que las armas secretas que debían cambiar el curso de la guerra[310], que los sórdidos secretos de los héroes nacionales[311] o que las conversaciones, evidentemente ultrasecretas, con los soviéticos[312]? Y, no obstante, todo esto figura en el Diario. Es de lamentar que no dispongamos de una edición crítica y anotada que nos permita establecer la credibilidad de este conjunto documental. El único estudio de gran alcance sobre la fiabilidad de la fuente trata, desafortunadamente, el periodo 1938-1939[313]. Es cierto que establece que Goebbels no concebía su Diario como una herramienta de propaganda, que describía los sucesos tal y como los percibía, día tras día, sin mentir ni velar nada de lo que sabía, pero este juicio no podría extenderse automáticamente a todo el periodo, aunque el autor, como otros[314], extendiese su análisis al periodo de guerra. Por otra parte, veremos en las páginas siguientes que el Diario ha sido considerado, salvo raras excepciones, como una fuente sólida y sincera en lo relacionado con la persecución de los judíos en todas sus fases. Una lectura atenta muestra incluso que, en lo referente a la «solución final de la cuestión judía», el historiador reproduce momentos clave de la toma de conciencia progresiva de lo que significaba ese programa.

Sería perfectamente legítimo concebir algunas dudas en lo relativo a la sinceridad del Diario si Goebbels hubiera profesado de principio a fin de la guerra su ignorancia de la política criminal que se estaba llevando a cabo. Sin embargo no hay nada de eso. El diarista recogió el momento en que se le informó de la masacre de los judíos soviéticos. Transcribió, a pesar del carácter extraoficial de la información, los planes para los judíos polacos. Y anotó el momento en que supo que los judíos alemanes y occidentales también habían sido asesinados. El momento en que Goebbels fue plenamente consciente de la «solución final» entendida como

asesinato generalizado también figura en el Diario. Su único defecto es que no contextualiza de la manera que concebimos tradicionalmente el caso Goebbels y la política de destrucción de los judíos en su conjunto: el discurso de Posen, en octubre de 1943, nos parece demasiado tardío.

Esta falta es perfectamente insuficiente, a mi modo de ver, como para cuestionar de nuevo la pertinencia de la fuente. Resumamos los argumentos que acabo de exponer. El Diario ofrece un relato completo de la toma de conciencia de Goebbels de los diferentes aspectos de la «solución final». Este relato entra en clara discordancia con nuestra tradición interpretativa, pero no en contradicción con lo que otras fuentes nos permiten saber. En definitiva, el imaginario carcelario, que refuerza la credibilidad de este relato, es perceptible a través de las huellas que el diarista, sin darse cuenta, diseminó a lo largo de un periodo bastante largo. Al final, nada indica que Goebbels haya mentido en un momento o en otro, o que haya procurado no recoger esta o aquella información capital.

La razón es sencilla: este Diario pretendía ser fiel a lo vivido, porque quería retenerlo aunque fuera solo para sí mismo. Pensaba que tendría todo el tiempo necesario para suprimir lo que le pareciera que no debía ser publicado. Con lo que Goebbels podía jugar, sin embargo, era con la enunciación. Tendremos la oportunidad de volver sobre estos dos puntos —la elección de Goebbels de hablar de informaciones secretas en su Diario y la manera en que lo hizo— cuando tratemos la entrada del 27 de marzo de 1942, fecha en que Goebbels conoció el asesinato planificado de la mitad de la población judía de Polonia.

Pero la mejor prueba de la sinceridad de esta fuente testimonial creo que es el tratamiento por parte del autor del discurso de Himmler en Posen, en octubre de 1943. Reflexionando sobre ello, resulta desconcertante que el ministro de Propaganda escogiera hablar de ello en su Diario, pues Himmler había decidido rodear su anuncio de la mayor solemnidad, tomando las mayores precauciones. Había insistido en su introducción al tema en que no

se autorizaba a hablar de la «cuestión judía» fuera «del contexto [de esa reunión] y dentro de un círculo extremadamente reducido». Unos minutos más tarde, cuando se preparaba para hablar explícitamente de asesinato, llegó a añadir: «Les pido con insistencia que no hagan más que escuchar esto que les digo en este círculo y nunca hablar de ello». ¿Qué podía significar ese no hacer más que escuchar aparte de *no* tomar notas? Y esa orden se repetía aún con más fuerza al final de la secuencia: «A partir de ahora quedan al corriente y lo guardarán para ustedes. Más adelante quizá podremos reflexionar si un día hay que decirle más sobre esto al pueblo alemán. Yo creo que es mejor que nosotros […] llevemos en lo sucesivo el secreto a la tumba»[315].

De esta manera, la prohibición formulada por Himmler era total y su valor aún más absoluto en la medida en que todos sabían que hablaba en completo acuerdo con Hitler. El orador prohibió a sus oyentes tomar cualquier tipo de nota o siquiera repetir su discurso. La gestión futura de ese suceso que había sido el asesinato de los judíos se decidiría más tarde y políticamente. Nadie tenía derecho a retractarse de la memoria del crimen, de escribir la historia alemana a su manera. Sin embargo, Goebbels desafió sin cortapisas la prohibición: *no* optó por *no* hablar en su Diario al anuncio del asesinato concluido de los judíos. ¿Por qué? Porque creía tener derecho a anotarlo todo, a dictarlo todo en ese Diario que no era más que un material en bruto que reescribiría en profundidad antes de publicarlo.

Estábamos en octubre de 1943. Aún faltaría un año entero para que Goebbels aceptase el hecho de que esa reescritura quizá no llegase nunca. En otoño de 1944 ordenó, de pronto, microfichar la totalidad del Diario[316]. Goebbels admitía así, por primera vez, la probabilidad de su muerte, y aseguraba su supervivencia haciendo que su Diario, sin corregir, no pudiera ser destruido.



Hasta 1977, el Diario de Goebbels, por lo que se sabía de él, se consideraba una fuente no problemática. Se citaban algunos pasajes relevantes, extraídos de un compendio muy incompleto publicado en 1948[317]. Todo cambió con *La guerra de Hitler*, de David Irving[318]. El *enfant terrible*[319] de la historia contemporánea había emitido la inepta hipótesis de que el exterminio de los judíos se había llevado a cabo a espaldas de Hitler y en contradicción con sus órdenes[320]. La demostración concedía una gran importancia al Diario de Goebbels, y en particular a algunos pasajes inéditos. El 23 de septiembre de 1941, por ejemplo, Hitler declaraba que «todos los judíos deben ser expulsados de Alemania poco a poco». Y el publicista inglés destacaba: «De esta manera, incluso a Goebbels, su ministro más fiel y más antisemita, Hitler no le había mencionado de forma explícita un exterminio de ningún tipo de judíos alemanes o rusos»[321]. Si no lo hizo, de acuerdo con la demostración de Irving, era porque ese no era su proyecto: en julio de 1942, Hitler seguía hablando a sus huéspedes de trasladar a los judíos a Madagascar, lo que mostraba con creces cuál era la línea oficial de la que él era partidario[322]. Al mismo tiempo, las masacres se habían producido sin que él estuviera al tanto: cuando lo supo, aproximadamente a finales de noviembre de 1941, las prohibió sin que nadie le obedeciese[323]. Pero la mayoría del tiempo, concluía Irving, Hitler no sabía nada. El título de la obra describía el tema de forma imperfecta: más que *La guerra de Hitlerdebería* haberse llamado *Por una rehabilitación del Führer*.

Una de las dificultades a las que se enfrentaba Irving era que la política oficial antijudía, descrita a los más altos responsables administrativos alemanes en la conferencia de Wannsee, era completamente distinta. Heydrich había indicado de forma explícita que los judíos, en adelante, serían enviados al Este: ya nadie hablaba de Madagascar. Lo que es más, y lo más importante, había

dejado entender que esa deportación conllevaba la muerte de todos los judíos, o más bien de su asesinato. El trabajo forzado implicaría, en efecto, una gran mortalidad. «Finalmente, explicó el jefe de la RSHA, será necesario aplicar un tratamiento apropiado para la totalidad de los que se queden»[324]. Para Irving, que no le prestaba mucha atención al método, el carácter no genocida de la conferencia de Wannsee se debía al simple hecho de que no citaba esta última frase. Escribió: «En el Este, [los judíos] construirán carreteras hasta que no puedan más»[325]; y eso es todo. El relato podía proseguir con tranquilidad: «En un documento que circuló a principios de marzo de 1942, el servicio de Heydrich informó a los ministerios de que los once millones de judíos debían ser concentrados "en el Este" por el momento; después de la guerra, quizá se les pudiera atribuir un territorio aislado, como Madagascar, como hogar nacional. En resumidas cuentas, la versión oficial»[326]. Solo una fuente era susceptible de respaldar este pasaje, pero el autor no la citó. Para esta etapa, crucial para su demostración, Irving se basaba en la entrada del Diario de Goebbels del 7 de marzo de 1942.

Ese día, el ministro había resumido un «informe detallado del SD y de la Policía» según el cual los judíos, en un principio, debían ser enviados «al Este». Añadió: «Quizá se les pueda llegar a atribuir una isla después de la guerra, como Madagascar»[327]. Irving suponía que este documento que describía la versión «oficial» respaldada por Hitler no era la minuta de la conferencia de Wannsee, a pesar de que fuera enviado a diferentes administraciones en la misma época. Una hipótesis como esta no era nueva. Uwe Dietrich Adam, algunos años antes, había hablado del informe que leyó Goebbels para subrayar que en la RSHA se mantenían los proyectos de traslado a Madagascar; pero no explicaba la contradicción entre estos proyectos y la línea defendida en Wannsee por Heydrich[328]. Otros historiadores retomaron más tarde la teoría de los dos informes, principalmente Christopher Browning, en un artículo fundamental de 1981, pero con un argumento muy diferente. Para Irving, el documento que Goebbels había leído era la «versión oficial», siempre sostenida con sinceridad por Hitler; por el contrario, el

historiador estadounidense consideraba que se trataba de un documento «adulterado» intencionadamente para ocultarle al ministro de Propaganda el carácter genocida de la política antijudía del Estado[329].

También para Götz Aly y Susanne Heim el documento de Goebbels era distinto de la minuta de la conferencia interministerial. Pero seguían otra pista en su obra pionera, *Vordenker der Vernichtung*. Como ya sabemos, Göring había encargado a Heydrich, a finales del mes de julio de 1941, un «esbozo global» sobre la «solución global de la cuestión judía en Europa». Este esbozo, como recordaban los dos autores, no estaba en ningún caso terminado cuando tuvo lugar la conferencia de Wannsee. «Es verosímil que Heydrich entregase el proyecto general en febrero. Hasta la fecha no se ha encontrado, aunque su presencia esté documentada por una entrada del Diario de Goebbels del 7 de marzo de 1942».

En otras palabras, el informe leído por Goebbels habría sido la propuesta detallada, enviada oficialmente por Heydrich a Hitler para su aprobación. Habría constituido un «plan homicida de conjunto»[330], por retomar la expresión de los dos historiadores. En realidad, el plan no se podía calificar de homicida sin omitir la referencia de Goebbels a Madagascar, como hiciera en su día Raul Hilberg[331]. De acuerdo con el historiador estadounidense, el ministro de Propaganda habría recibido, simplemente, la minuta de Wannsee, la que conocemos. Por servirnos de una metáfora, podríamos decir que estos tres historiadores, sin darse cuenta, habían escatimado la irregularidad característica de esta pieza del puzzle incluso cuando esta determinaba el lugar que debía ocupar. Al menos tuvieron en cuenta este elemento, lo que no sucede en el caso de la mayoría de los historiadores, que se contentan con no citar la entrada del 7 de marzo de 1942[332].

Concederemos sin dificultad que ningún relato sería capaz de integrar la totalidad de los hechos, y la lectura de estos informes puede ser considerada, después de todo, como relativamente menor. Desde otro punto de vista, está claro que estas narraciones no cumplen la primera condición del paradigma Settis-Ginzburg del que

se hablaba en la introducción: no todas las piezas están en su sitio, porque falta una. Hilberg, Aly y Heim tampoco cayeron en la cuenta: ciertamente colocaron todas las piezas, pero no en el lugar correcto, en la medida en que modificaron la forma de una de ellas. Yendo más lejos, me parece que, entre las cinco interpretaciones de las que hablábamos antes, solo la de Browning cumple la segunda regla, la del «dibujo coherente». De hecho, Adam e Irving no consiguieron hacer emerger un dibujo así: no consiguieron superar la contradicción entre el resumen de Goebbels y la otra minuta de Wannsee. ¿Por qué habría dos documentos diferentes? ¿Y cuál era el bueno? Por tanto, Browning no alcanzaba a cumplir la tercera condición: implicar el menor número de hipótesis posible, es decir, respetar el principio de economía. ¿Heydrich pidiéndole a Eichmann que hiciera una minuta falsa de Wannsee solo para Goebbels? Sin duda este era un escenario extraordinariamente complicado[333].

La alusión de Goebbels a Madagascar constituye, respecto al relato tradicional, una anomalía que se puede explicar por otras vías: la mentira o el error. En esta línea, Jeffrey Herf ha propuesto ver en la entrada del 7 de marzo un ejemplo de disimulo: «Su referencia», escribió, «al periodo "después de la guerra" y a Madagascar es una mentira destinada a engañar a la posteridad»[334]. Pero, ¿por qué iba a mentir solo ese día y no cuando retranscribió, en octubre de 1943, el anuncio de Himmler en Posen del asesinato de todos los judíos? Tampoco había disimulado mucho al contar que se había enterado, a finales de marzo de 1942, del asesinato de los judíos polacos. Además había dejado entrever aquel día tal estado de impresión que resulta muy improbable que hubiera sabido, del 6 de marzo en adelante, que todos los judíos iban a ser exterminados. Bien considerada, la hipótesis de un error es probablemente menos

peligrosa que la de la mentira. Ya la había avanzado Philippe Burrin respecto a otro pasaje del Diario[335], antes de que la reformulase Magnus Brechtken, quien calificó esta referencia a Madagascar de «asociación espontánea»[336].

De hecho, Goebbels se había equivocado con creces, desde mi punto de vista. Su error, a principios de marzo de 1942, consistió, de manera muy probable, en leer de forma rápida y superficial el informe de la RSHA, en mirarlo por encima. Para llegar a lo que le parecía el núcleo del problema, es decir, el tratamiento de los *Mischlinge* y de las parejas mixtas, Goebbels podía haberse saltado algunas páginas y compensar esta laguna con lo que él creía que aún era la «solución final»; y de aquí la «asociación espontánea» de Brechtken. De hecho, con una longitud de quince páginas, la minuta de Heydrich estaba dividida en varias secciones[337]. En la primera se había redactado la lista de participantes de la conferencia, mientras que en la segunda se resumía la política de emigración llevada a cabo hasta entonces. La siguiente sección abría, en la página 5, con el anuncio de una evolución reciente: la emigración había concluido. La «posibilidad de solución» que se consideraba ahora, con el consentimiento del *Führer*, era la «evacuación de los judíos al Este». Esta solución «de sustitución» se inscribía, en un nuevo párrafo pasablemente embrollado, en la evolución de la «solución futura de la cuestión judía», y hablaba de los once millones de judíos de Europa. Goebbels recogió toda la información que figuraba en la página en pocas frases: «Ahora debemos resolver la cuestión judía en toda Europa. Aún quedan once millones de judíos en Europa. Antes de nada habrá que concentrarlos primero en el Este». La siguiente página estaba dedicada por entero a un recuadro estadístico sobre el reparto geográfico de dicha población, y la siguiente detallaba la composición sociológica de los judíos soviéticos.

Goebbels habría tenido que leer atentamente para conocer el destino último que Heydrich había reservado para los judíos. En efecto se trataba de dos breves párrafos repartidos en esa página y la siguiente y de los que nada señalaba la importancia. Heydrich

explicaba que los judíos deportados al Este serían sometidos, en el caso de que fueran aptos, a trabajos forzados; gran parte de ellos sucumbiría de manera natural; los supervivientes serían «tratados de forma apropiada» para evitar un renacimiento judío. Nada de todo esto figuraba en el resumen de Goebbels, quien se contentó con fantasear a partir de lo que ya sabía; es decir, «eventualmente» Madagascar. Y concluía: «Sea como sea, Europa no podrá estar tranquila mientras el último judío no esté lejos de ella».

Teniendo esto en cuenta, es probable que Goebbels fuera directamente a la cuarta y última parte del documento, la que hablaba de las cuestiones «extraordinariamente delicadas» de los mestizos y las parejas mixtas. Lo había leído con una atención impertérrita, porque lo concernía como ministro de Propaganda y *Gauleiter* de Berlín. Fue la que comentó en su Diario, previendo en concreto que «en el marco de la solución del problema, hay gran cantidad de tragedias personales». Pero eran «inevitables» y eso había que asumirlo. ¿De qué tragedias hablaba? Seguramente de la ruptura de familias de las que un miembro sería «evacuado» o trasladado a Theresienstadt y de la esterilización forzada de algunos mestizos. Y Goebbels concluía: «La situación ha madurado lo suficiente como para dar una solución definitiva a la cuestión judía»[338].

La inconsecuencia del ministro y *Gauleiter* le parecerá totalmente sorprendente a quien piense, por un lado, que los nazis eran personas distintas a nosotros, que leían con seriedad y presencia de ánimo los documentos administrativos de todo tipo que pasaban entre sus manos; y, por otro lado, que Goebbels tenía razones particulares para leer el informe con atención. Sin embargo no hay nada de eso. El ministro estaba lejos de esperarse encontrar algo fundamental en aquella minuta. Se veía a menudo con Hitler y hablaba siempre con él de la política antijudía. Siendo un personaje central del Estado, tampoco podía concebir que un giro tan radical en la «solución final» tuviera lugar sin que nadie se tomase la molestia de avisarle personalmente.

Goebbels, desbordado, tenía tantas razones como cualquier otra persona para cometer errores de falta de atención. El 6 de marzo se había pasado toda la mañana escribiendo su Diario del día anterior y leyendo informes apilados sin orden en su despacho. Empezó por una revisión de la prensa inglesa, después un informe sobre el estado de la opinión en Francia, un informe de Asuntos Exteriores sobre las relaciones entre el régimen de Vichy y el Reich, uno o dos informes de Inteligencia sobre el atentado contra el embajador alemán en Turquía y sobre un proyecto de atentado contra Salazar, el informe del SD sobre la «cuestión judía», un informe del Ministerio de Justicia y finalmente un informe interno que resumía el tono de las cartas que estaba recibiendo el Ministerio de Propaganda. Después se había ido en coche a Brandenburgo a pronunciar un discurso ante militares, la nieve alargó el trayecto, habló dos horas y media, el doble de tiempo que tenía previsto, y no volvió a casa hasta medianoche, donde le esperaba una montaña de trabajo. «Cuando termina la semana, uno siempre está muerto de cansancio […]. La guerra nos mina a todos […]. Pero lo importante es que la ganemos»[339].

Esta demostración puede parecerle un poco compleja al lector: en realidad lo es menos de lo que parece. De hecho, hemos tenido la suerte de disponer del documento en que se basó Goebbels para escribir en su Diario. Y este hecho es aún más destacable en la medida en que fue la primera y última vez que el ministro de Propaganda dispondría de un documento escrito que hablase de la «solución final de la cuestión judía» en su conjunto. Los otros informes que le llegaban solo trataban de los territorios soviéticos ocupados —en los que no se maquillaba el asesinato de los *Ostjuden* — o el *Gau* de Berlín, del que era responsable. El resto del tiempo

extraía la información sobre la «solución final» de encuentros con los más altos responsables, sobre todo con Hitler.

La investigación se torna más complicada a partir de ahora, porque él recogió algo que solo existió por un instante: palabras. Es cierto que en algunos casos, como, en concreto, el del discurso de Posen, es posible comparar la minuta del diarista con la transcripción que tenemos. Pero las conversaciones entre Hitler y Goebbels, que son determinantes, tenían lugar, casi siempre, cara a cara. Ninguno de los dos sobrevivió para contar el contenido real de las mismas, más allá del resumen parcial y estilizado que dejó el ministro. Por tanto, como veremos, todo queda a la interpretación.

Sobre su encuentro del 14 de febrero de 1942, Goebbels escribió: «El *Führer* sigue expresando una vez más su opinión de que está decidido a terminar sin piedad con los judíos de Europa. No debemos tener aquí ningún acceso de sentimentalismo. Los judíos se han merecido la catástrofe que están viviendo. Conocerán su aniquilación con la aniquilación de nuestro enemigo. Debemos acelerar este proceso con frialdad, sin miramientos. Haciendo esto prestamos un servicio inestimable a una humanidad sufriente que, desde hace milenios, es torturada por los judíos»[340]. Al comentar este pasaje en 1990, el historiador polaco Czeslaw Madajczyk creyó percibir una ruptura en el registro de enunciación de Hitler. Hasta entonces, este último había hablado de «la evacuación de los judíos a campos en los territorios soviéticos ocupados, pero no de su exterminio». A partir de febrero de 1942, por el contrario, Goebbels empezó a hablar claramente de exterminio en su Diario: «Muchos elementos de esta declaración son de un interés muy particular en este contexto: Hitler habla de saldar las cuentas con los judíos en Europa, de acelerar su proceso de destrucción, de actuar sin inhibiciones sentimentales y con dureza y frialdad, y de la necesidad de superar las resistencias de algunos alemanes, incluidos algunos oficiales»[341]. La paráfrasis de Madajczyk es exacta: no incluye ninguna referencia al asesinato, que no figura en el pasaje aunque es supuestamente destacable por su franqueza. Lo vemos demasiado a menudo, no es el texto en sí lo que autoriza el análisis

de Madajczyk, sino el «contexto», es decir, el hecho de que se escribió «veinticinco días después de la conferencia de Wannsee»[342].

Sin decirlo, Madajczyk encontraba el punto flaco del análisis que Hans Mommsen había propuesto siete años antes para el mismo pasaje. En un artículo famoso, el historiador alemán lo había resumido en términos rigurosamente opuestos: «Amenazas masivas contra los judíos, respaldo basado en el programa de deportación, pero ningún reconocimiento de una intención efectiva de exterminio»[343]. ¿Cómo elegir entre uno de los dos análisis? La atención al contexto es evidentemente fundamental y es cierto que Mommsen, uno de los cabezas de fila de la corriente «funcionalista», le concedía menos importancia a Wannsee de lo que solían hacer el resto de historiadores. Sin embargo, me parece que es más bien a través de la coherencia interna del Diario por donde se puede resolver el problema. Porque, si Hitler y Goebbels ya habían hablado del asesinato generalizado de los judíos a mediados de febrero, ¿por qué el segundo se sorprendió tanto el 26 de marzo cuando supo de la apertura de Belzec? Sin embargo todo el mundo considera que esta información es capital para Goebbels. El otro gran representante de la corriente «funcionalista», Martin Broszat, ya lo había señalado en 1979: «En ese documento [del 27 de marzo] se percibe que Goebbels, quien, aparentemente, acaba de enterarse de la nueva práctica de asesinato por gasificación, intenta convencerse a sí mismo de lo ilegítimo de su sentimiento de horror»[344].

Dar prioridad a la coherencia interna de la fuente en lugar de al contexto, sin dejar de prestarle atención a este, me parece ser la única vía metodológica con fundamento. Y esto aún más en la medida en que al recontextualizar un suceso el historiador a menudo añade al relato de los hechos cosas que ni los propios contemporáneos sabían. Tomemos el resumen de Goebbels de su nuevo encuentro con Hitler del 19 de marzo de 1942. Como solían hacer, hablaron de los judíos: «Seguimos hablando de la conclusión del problema judío. El *Führer* permanece implacable en esto. Los judíos deben irse de Europa, y emplearemos los medios más brutales si es necesario»[345].

Situadas de nuevo en el conjunto de su Diario, estas frases no tienen nada de extraño. Desde según qué puntos de vista, son incluso menos violentas que la diatriba de Hitler en el encuentro anterior, el 14 de febrero. Sin embargo, inscrita de nuevo en una cronología breve, la posibilidad que Hitler expresó ese día de utilizar «los medios más brutales» adquiere una connotación particularmente siniestra. El 13 de marzo de 1942, Himmler aterrizó en Cracovia para una visita dedicada principalmente a cuestiones de seguridad en el Gobierno General, entre las que figuraba, en primer lugar, la «cuestión judía». En Lublin, al día siguiente, encontró a sus delegados Friedrich-Wilhelm Krüger y Odilo Globocnik y dio la señal de salida al exterminio de los judíos polacos. Las redadas empezaron en Lemberg esa misma tarde y, dos días después, en Lublin[346]. Los judíos detenidos fueron deportados y gaseados en Lublin. Desde ese día y hasta el final del año 1942, cuando se cerró, 434.508 judíos fueron asesinados en ese campo de exterminio[347]. Himmler regresó a Berlín el 15 de marzo; pasó todo el día 17 en el cuartel general del *Führer*, desayunando y cenando largo rato con Hitler[348]. Al día siguiente, al fin, este último se encontró con Goebbels. Podemos deducir de este encadenamiento rápido que evocando los «medios más brutales» Hitler había hecho referencia implícitamente al asesinato de los judíos polacos en cámaras de gas.

Este contexto histórico sólidamente establecido no es, sin embargo, aquel en que Goebbels vivía. Por decirlo de otra manera, era contemporáneo de estos sucesos e ignoraba su existencia. Y como lo ignoraba, no le dio más importancia a la evocación de los «medios más brutales» de Hitler, y no le pidió que precisase nada. En pocas palabras: los dos hombres no hablaron de Belzec. Por tanto, Goebbels no había resumido en unas pocas palabras encriptadas una conversación más explícita y detallada, simplemente relataba lo que había entendido. Esto lo corroboramos en la medida en que solo ocho días después, el 26 de marzo de 1942, el ministro de Propaganda supo a la vez de la existencia del campo y de un proyecto de exterminio de gran alcance de los judíos polacos.

Podríamos formular la siguiente hipótesis: es este nuevo contexto el que permitió a Goebbels comprender, con una semana de retraso, lo que Hitler había querido decir en su anterior encuentro, cuando amenazaba con emplear, «si fuera necesario», «los métodos más brutales». Porque el 26 de marzo, sabiendo de la existencia de las cámaras de gas para los judíos polacos, atribuía sin discusión posible la responsabilidad de esta política radical a Hitler: «También en esto el *Führer* es el inquebrantable pionero y portavoz de una solución radical que resulta necesaria dado el estado de las cosas y que, por ello, es ineludible»[349].



Los dos artículos que acabo de proponer se escribieron en la misma estela del caso Irving. La contribución de Mommsen respaldaba el artículo de Broszat publicado en 1979 y subtitulado: «Una evaluación de las tesis de David Irving»[350]. El artículo de Madajczyk, por su parte, se titulaba: «La influencia directa de Hitler sobre las decisiones relacionadas con los judíos durante la Segunda Guerra Mundial»[351], y en él respondía vigorosamente a la tesis de Irving según la cual Hitler no habría desempeñado ningún papel en el asesinato de los judíos.

Una centralización como esta en torno al Diario de Goebbels en el curso del debate no tiene nada de extraño. En general, Hitler odiaba escribir, y los archivos más importantes fueron destruidos o no estuvieron disponibles durante mucho tiempo. Por ello, era lógico considerar las minutas de sus conversaciones como elementos probatorios y determinantes. La cuestión de saber cómo hablaba Hitler de la «solución final» con sus confidentes más cercanos se volvió, por ello, crucial, y se debatió en varias ocasiones en diferentes contextos cuyos ecos aún se perciben hoy en la historiografía. De manera sorprendente, una de las piezas centrales

de esta discusión es la entrada del 27 de marzo de 1942, en la que Goebbels cuenta que se le informó el día anterior de un proyecto de masacre de los judíos polacos en cámaras de gas.

De manera sorprendente, es muy verosímil que Hitler no tuviera nada que ver con esa revelación, al contrario de lo que supone Dieter Pohl, para quien la precisión de la información recibida por Goebbels y lo rápidamente que se le transmitió indica que Hitler o Himmler son los únicos informadores posibles[352]. Una conclusión como esta carece de sustento. Porque en el caso de que Hitler o Himmler fueran sus informadores, Goebbels no habría tenido motivos para ocultar su identidad: ¿por qué ocultarla justamente ese día, cuando recogía de forma fiel y regular las otras conversaciones, incluso a riesgo de no entender los sobreentendidos? Y, desde el punto de vista de la psicología del ministro de Propaganda, cuesta creer que se abstuviese de relatar una nueva conversación con su *Führer* en la medida en que estos encuentros eran la prueba tantas veces repetida del carácter histórico de su propio destino. Por su parte, Madajczyk había adelantado otra pista algunos años antes: el diarista habría podido recibir la información de Ernst Zörner, su antiguo compañero que se había convertido en 1940 en gobernador (civil) del distrito de Lublin[353]. Sin embargo, la relación con Goebbels era muy laxa: en todo el periodo de guerra solo se cita a Zörner una vez en el Diario, el 25 de mayo de 1943, cuando abandonó su cargo. La hipótesis, por tanto, es muy improbable.

La identidad del informador, a la que el interés ha llegado tan tarde y en tan pocas ocasiones[354], es un ejemplo que no debemos ignorar en la medida en que es susceptible de aportar indicaciones sobre el tipo de información transmitida. De hecho, si Hitler o Himmler le hubiera contado a Goebbels, entrando en detalles, el futuro del judaísmo polaco, se habría tratado de una información oficial, compartida de forma oral. Una hipótesis como esta, cuando disponemos, como ahora, de la totalidad del Diario, me parece que debe ser descartada. De hecho, este vasto corpus pone en evidencia, por contraste, la verdadera singularidad de esa entrada. En lo relativo a la «cuestión judía», como en otros asuntos,

Goebbels cuidaba que la veracidad de su Diario estuviera probada, y para ello citaba sus fuentes con frecuencia: una conversación con Hitler o Heydrich o un informe de la RSHA. No obstante, de manera totalmente inusual, Goebbels se abstuvo el 27 de marzo de 1942 de indicar quién le había dado esa información extraordinaria en el sentido primero del término. Todo había ocurrido como si hubiera ocultado la identidad de su informador de forma voluntaria porque era depositario de hechos que no debería conocer, o al menos no entonces. Porque se había beneficiado de una filtración.

El secreto que Goebbels elaboró en torno a la fuente no tiene, por consiguiente, nada de extraño. Como veremos más adelante[355], la práctica del secreto estaba muy asentada en el seno del aparato del Estado nazi y Goebbels conocía tan bien como cualquiera la eficacia de este principio. Era él quien construía cada día, con sus instrucciones a la prensa, aquello que se creía haber hecho el día anterior: se relataban algunos sucesos y algunos no se mencionaban. Y no había dudado en engañar a sus colaboradores más próximos en la primavera de 1941, cuando habló en una reunión del posible ataque contra Inglaterra cuando sabía que la Wehrmacht se preparaba para un ataque sobre el territorio soviético[356]. Sabía mejor que nadie la relación de Hitler con el secreto, esa verdadera arma de guerra. El 10 de junio de 1941, por ejemplo, le pareció útil hacer alusión en su diario a un nuevo decreto de Hitler «sobre la conservación del secreto. El simple hecho de comunicar las conclusiones que uno cree poder extraer de ciertos signos se considera una violación del secreto»[357].

Intentemos ir más lejos, a pesar de la precaución del diarista. El razonamiento de Pohl era el bueno, aunque condujese a una conclusión errónea a mi modo de ver. De hecho, no solo las informaciones del Diario eran precisas, sino que le habían llegado en apenas unos días: Himmler estuvo en Lublin del 13 al 15 de marzo para dar comienzo a una primera oleada de masacres en el Gobierno General; informó a Hitler de su misión el 17 de marzo; el ministro de Propaganda supo de este programa criminal el 26. El informador tenía que ser alguien, por tanto, cercano a la vez a Goebbels y a

Himmler. Propongo aquí identificar a Gunter d'Alquen, uno de los contactos habituales del ministro de Propaganda[358]. Director de la revista de la Waffen-SS, *Der schwarze Korps*, fue él, como recordamos, quien le hizo un «informe circunstanciado» al ministro de Propaganda en agosto de 1941 sobre la situación en los territorios soviéticos ocupados y le describió los pogromos antijudíos que allí tenían lugar[359]. Sin embargo, D'Alquen era también cercano a Himmler. Había cenado con él el 16 de marzo de 1942, al día siguiente, por tanto, del retorno del *Reichsführer* del Gobierno General y la misma tarde en que, en Lublin, las fuerzas de policía llevaron a cabo las primeras redadas. Y también lo acompañó a Tallin tres días más tarde[360].

Si bien está lejos de estar completamente demostrada, esta propuesta de identificación me parece respaldada por el hecho de que a este pasaje sobre el exterminio de los judíos en el Gobierno General se sucede un breve párrafo sobre un «informe sobre los territorios ocupados», es decir, la región en la que estaba destinado D'Alquen de forma ordinaria y donde acababa de estar con Himmler. Tampoco cita fuentes en este pasaje, pero la brevedad del «informe» sin duda no los necesitaba: «En esencia, la situación no ha cambiado. Todo espera en un suspenso casi desesperado la llegada de la primavera que empieza a despuntar»[361]. Seguramente, aunque no podamos llevarlo más lejos, el diarista no transcribió en un estilo que le pareciera poético las secas informaciones de un informe administrativo, pero sí las impresiones sensibles de las que le había informado un testigo.

La entrada del 27 de marzo recogía una información recibida por Goebbels, y constituye uno de los documentos más importantes de la historiografía de la «solución final», uno de esos que ningún relato

puede evitar. A su manera, y porque ya figuraba en el compendio de 1948[362], modeló profundamente la imagen que tenemos de la masacre.

Raul Hilberg, en su monumental *Destrucción de los judíos europeos*, le concedía, de hecho, una importancia particular. La tomaba como ejemplo, junto a otros documentos, para ilustrar las diferencias de formulación en lo que respecta al asesinato de los judíos entre los más altos responsables y los subalternos. Hilberg explicaba que en las correspondencias o informes burocráticos pocas eran las alusiones al asesinato. Se hablaba de «migración», de «evacuación», de «reinstalación», etc. «Estos términos no eran fruto de la inocencia, sino de instrumentos que permitían la reformulación psicológica». Después, construyendo su oposición, decía: «Al más alto nivel, el peso de saber esto se revelaba con claridad en las palabras. Hitler, Göring, Himmler y Goebbels veían el proceso de destrucción en su conjunto. Conocían en detalle las operaciones móviles de asesinato en Rusia y tenían una visión global del proyecto de deportación para el resto de Europa. Para estos hombres fingir resultaba difícil»[363]. Y Hilberg reprodujo también, resumiéndola, la entrada del 27 de marzo de 1942: «No quedará mucho de los judíos […]. Un juicio [que es] bárbaro está a punto de abatirse sobre los judíos […]. La profecía que el *Führer* pronunció sobre ellos por haber suscitado una nueva guerra mundial comienza a cumplirse de la manera más terrible».

Este lúgubre pasaje constituye, efectivamente, un ejemplo de sinceridad sin parangón. Considerado en su totalidad, no obstante, podría ser utilizado para justificar la conservación, al más alto nivel, del secreto en torno al crimen. De hecho, Goebbels escribió: «Ahora se está expulsando a los judíos al Este desde el Gobierno General, empezando por Lublin. Aquí se emplea un método pasablemente bárbaro y que no se debe describir en detalle, uno que no deja gran cosa de los propios judíos»[364]. *A posteriori*, conociendo la imagen de conjunto, sabemos sin ningún viso de duda que los circunloquios evocaban la apertura del campo de Belzec y la gasificación de los deportados. Pero es justamente eso lo que Goebbels se negaba a

describir de manera más explícita. También él, en su Diario, empleaba lo que ya se había convertido en metáfora: «la expulsión». En cierto sentido, Horst Möller y Pierre Ayçoberry no se equivocaban cuando afirmaban que Goebbels fue «el primero en disfrazar el crimen»[365]. Pero este análisis es insuficiente. Goebbels lo que hacía, en realidad, era dos operaciones a la vez, revelaba y ocultaba.

Se pueden adelantar varias hipótesis para explicar la estrategia discursiva de Goebbels. Quizás estaba molesto por la presencia de un entrometido entre su Diario y él, su secretario Richard Otte. Entonces habría escogido emplear estas expresiones que nos parecen tan precisas, y que lo son a su manera, pero de las que se puede suponer que conseguían, hasta cierto punto, velar la realidad a ojos de su subordinado. Si hubiera estado solo en su taller de escritura, la entrada quizá se pareciese más a esto: «Los judíos están siendo expulsados al Este desde el Gobierno General, empezando por Lublin. Se emplea un método pasablemente bárbaro: en el campo de Belzec se les hace creer que se les va a instalar un poco más lejos en campos de trabajo: se les conduce a un local cerrado camuflado como si fueran unas duchas; se les mata utilizando gas de combustión. Lo único que queda de ellos es la fosa en la que se entierran los cadáveres».

Pero la contención de Goebbels quizá se debiera también al carácter transgresor del crimen, ese mismo del que habla todo el texto de esta entrada: puede que simplemente no pudiera lograr, para sí mismo, describir de forma más explícita un crimen tan grande. Lo que debemos destacar en cualquier caso, lo que es fundamental, es lo siguiente: Goebbels podía utilizar varios registros de enunciación pero, en cualquier caso, *no había escogido no hablar* en su Diario de esta información sensible; de la misma manera había transcrito, a pesar de la prohibición de Himmler, el discurso de Posen.

Dicho esto, se podrá anotar otra singularidad de la cita muy resumida por parte de Hilberg. Liberada de toda alusión al contexto local, adquiere un significado más amplio: no solo habría hablado del asesinato de los judíos en el Gobierno General, sino del asesinato de

todos los judíos. Es como si, al leer el Diario, el historiador hubiera comprendido la segunda parte de la frase que recordábamos al principio de este capítulo de la siguiente manera: el diarista habría querido decir que después de cierto tiempo se mataría igualmente a los judíos alemanes para dejar sitio a los nuevos deportados. El 26 de marzo de 1942, el ministro fue informado, por tanto, del asesinato de todos los judíos.

Casi todos los historiadores, sea cual sea su orientación, comparten esta interpretación implícita. También David Irving en su *La guerra de Hitler*, en 1977. Escribió: «Los siniestros secretos de Auschwitz y Treblinka estaban a buen recaudo. Goebbels escribió una descripción sincera en su diario del 27 de marzo de 1942»[366]. Se verá, evidentemente, que Treblinka ni siquiera era un proyecto aún, en aquel momento: el campo no se abriría hasta julio. Y también que Goebbels no hacía ninguna alusión a Auschwitz. De lo que hablaba Irving era, en una mezcla de torpeza y de errores, del sistema de cámaras de gas desarrollado en diferentes campos en las que todos los judíos debían morir, fuera cual fuera su nacionalidad. Más de un cuarto de siglo después, el más puntilloso contradictor de Irving, Richard Evans, no desarrolló, respecto a la entrada del 27 de marzo de 1942, ningún análisis distinto: también para él Goebbels supo entonces que «el "traslado" significaba que los judíos eran exterminados en el Este»[367]. Por tanto, todos los judíos.

¿En qué elementos reposa esta unanimidad? Por un lado, solamente sobre el contexto inmediato. De hecho, la liquidación de los judíos polacos acababa de empezar en el campo de Belzec. Pero, desde octubre de 1941, los judíos alemanes deportados al Este no eran asesinados allí salvo algunas excepciones[368]. Y, hasta junio de 1942, los siguientes convoyes que llegaron al Gobierno General, al territorio en el que se había construido Belzec, no conocieron tampoco la muerte al llegar. Además, el primer convoy de judíos franceses enviado a Auschwitz transportaba judíos aptos para el trabajo forzado, a los que se integró en el campo. Y lo mismo ocurrió con los quince mil judíos eslovacos deportados en el mismo periodo al campo de Majdanek. En definitiva, en abril y en mayo, las

familias judías eslovacas transferidas al Gobierno General conocieron la misma suerte que los judíos alemanes: fueron simplemente reinstaladas en guetos vaciados de judíos autóctonos[369]. La única indicación que habla del asesinato de los judíos deportados era la supuesta existencia, a mediados de febrero, de un convoy que salía de Beuthen en dirección a Auschwitz, donde habrían sido exterminados. En realidad, como veremos más adelante, este convoy no puede ser datado a mediados de febrero, sino a mediados de mayo[370]. En resumen, en ese momento, los «traslados» que salían de Europa Occidental no eran asimilables a un exterminio. Este contexto particular constituye una de las razones por las que me ha parecido imposible que Goebbels imaginase entonces el asesinato, aunque distanciado en el tiempo, de los judíos alemanes deportados: su informador no había podido presentarle un dispositivo como ese, porque en aquel momento no era de actualidad en la RSHA.

Mi lectura entra en clara contradicción con la interpretación tradicional de Wannsee, según la cual Heydrich habría presentado un plan de asesinato sistemático e indiscriminado. Es esa conferencia interministerial la que, como era de suponer, constituye el contexto ampliado, y a mi entender erróneo, de la entrada del 27 de marzo de 1942; de la misma manera, si se quiere, que Madajczyk creía percibir un cambio determinante en esa conversación con Hitler y Goebbels de mediados de febrero de 1942, simplemente porque había intervenido unas semanas antes de la conferencia. Se podría incluso ir más lejos y afirmar que, en su inmensa mayoría, los historiadores no creían en los años ochenta en la realidad, ni nucho menos en la sinceridad, de los proyectos de simple traslado de los judíos alemanes al Este. Sin embargo, Irving y Broszat habían puesto en circulación cierto número de entradas inéditas del Diario de Goebbels en las que Hitler o Heydrich, a lo largo del otoño de 1941, hablaban del proyecto en detalle[371].

No obstante, de entre los distintos pasajes, el que hablaba de manera más explícita de la reinstalación de los judíos «en campos erigidos por bolcheviques», según la expresión de Heydrich, era del

23 de septiembre, es decir, justo antes de la decisión de iniciar las deportaciones, pero varias semanas antes de su ejecución. Enviar a judíos alemanes a los territorios del Este en los que se masacraba a los judíos del Este con otro fin distinto del de matarlos les parecía a los historiadores que no tenía ningún sentido. Es cierto que hubo, por reforzar ese razonamiento, algunas escasas masacres, a finales de noviembre, en Riga y en Kaunas. Se interpretaron durante mucho tiempo como la regla para los judíos deportados, cuando en realidad eran la excepción: habían sido perpetradas en contradicción con las órdenes de Himmler, quien no dejó de reprender al responsable[372]. Publicados en los años ochenta, los trabajos de Christopher Browning y de Philippe Burrin[373], que han dominado durante mucho tiempo el debate sobre la cronología de la «solución final», se basaban fundamentalmente en un concepto: la aberración que habría supuesto el hecho de trasladar, sin matarlos, a los judíos a territorios en los que se mataba a los judíos autóctonos. Y vemos bien que siguiendo esta misma lógica nos hemos acostumbrado a creer que el 26 de marzo Goebbels no solo supo del asesinato de los judíos polacos, sino también del de los judíos alemanes deportados al antiguo territorio polaco.

Sin embargo, una vez más, me parece que la coherencia de la fuente debe tener que ver con la focalización contextual, tanto más en la medida en que esto comporta debilidades. Por decir las cosas de otra manera, Goebbels no pudo querer decir que los judíos alemanes deportados serían asesinados también porque no era lo que había entendido. Durante un año y medio siguió creyendo que se hacinaba a los judíos deportados en guetos en el Este: una creencia falsa que atestiguan varios extractos del Diario de los que nunca se habla en el análisis del 27 de marzo de 1942. Un mes más tarde, el 27 de abril de 1942, anotó lo siguiente: «Himmler efectúa en este momento el gran traslado de los judíos de las ciudades alemanas *en dirección a los guetos orientales*». El 29 de mayo se alegraba de que este alejamiento permitiese la neutralización de la peligrosidad «*al menos por el momento*» de aquellos judíos que debían estar «*en prisión*». Todavía un año más tarde tenía en mente

las órdenes contradictorias dadas a Hans Frank de «sacar a los judíos, y al mismo tiempo *acoger* a los judíos alemanes»[374], y conjugó esas órdenes en presente.

Goebbels se planteaba por tanto la «solución final de la cuestión judía» de manera diferenciada: estaban los judíos soviéticos, de cuya muerte se alegraba porque le parecía un imperativo para garantizar la seguridad en los territorios conquistados; luego estaban los judíos polacos, de los que supo, no sin sentir cierta turbación, que se les hacía pasar por el tratamiento más radical, el asesinato; y finalmente estaban los judíos alemanes (y probablemente los del oeste y el sur de Europa), de los que el *Gauleiter* de Berlín pensaba que simplemente estaban siendo desplazados. Él no veía contradicción alguna entre la masacre de unos y la supervivencia de los otros en un mismo territorio por una razón muy simple: para él, y su Diario lo muestra muy bien, los *Ostjuden* eran una categoría aparte, diferente de los judíos occidentalizados de la Europa Occidental o del Sur.



Entiendo que la importancia que le concedo a esta entrada pueda parecer desproporcionada. Pero está estrechamente vinculada con la cuestión fundamental de la manera en que Hitler hablaba de la «solución final» con sus interlocutores más cercanos. Porque Irving, después de haber establecido que Goebbels tenía un conocimiento completo del asesinato de los judíos el 26 de marzo de 1942, afirmó también que se había abstenido de contarlo después de su encuentro entre los dos hombres: se habría «mordido la lengua», se habría privado de «aclararlo»[375]. De esta manera, Hitler habría seguido hablando de una simple política de traslado de los judíos mientras que Himmler, sin darse cuenta de ello y con la complicidad objetiva de Goebbels, llevaba a cabo su ejecución. Esta propuesta,

como hemos visto, provocó un intenso debate historiográfico entre 1979 y 1990 en el que participaron los historiadores más importantes de la época.

En 1996 el caso Irving tuvo una nueva sacudida sin que nadie lo esperase. Hasta entonces, Irving, historiador no profesional pero buen conocedor de los archivos y autor de éxito, había sido considerado como el «*enfant terrible* de la historia contemporánea» o el «terrible simplificador»[376], según palabras de Broszat. Pero la legitimidad de sus intervenciones en la discusión académica aún no se había puesto en cuestión de nuevo. Sin embargo, la ruda discusión de sus tesis condujo a Irving a endurecerlas, acercándose irremediablemente al simple y llano negacionismo. De entrada había pensado que el genocidio se había cometido a espaldas de Hitler. Y después se puso a creer que no había habido genocidio en absoluto[377]. A creerlo y a escribirlo.

Deborah Lipstadt, en un estudio de 1993 sobre el negacionismo, presentó al literato inglés, no sin razón, como «uno de los más peligrosos portavoces del negacionismo»[378], e Irving la llevó ante la justicia por difamación. El proceso tuvo lugar en Londres en el año 2000 y tuvo una gran repercusión pública[379], y movilizó de nuevo a los mejores especialistas del campo. Pero ni Christopher Browning[380], ni Peter Longerich[381], ni Robert Jan van Pelt[382] discutían con Irving; como expertos solicitados para el apoyo de la defensa, discutían *sobre* él, por retomar la distinción de Vidal-Naquet[383]. Fue el eminente historiador Richard Evans el encargado de examinar de forma crítica la producción del historiador, incluida *La guerra de Hitler*. Demostró, sin dificultad y con brío, que las tesis del historiador inglés eran partidarias y acientíficas[384]. El Diario constituía un elemento central de la demostración, de la que una de la secciones se titulaba: «La entrada del diario de Goebbels del 27 de marzo de 1942»[385].

Evans, en un primer momento, mostró que Irving había omitido intencionadamente la cita de una parte de la entrada en cuestión porque mostraba que Goebbels no se reservaba ninguna duda respecto a la responsabilidad de Hitler en el asesinato de los judíos,

y por tanto tampoco del conocimiento que este tenía del mismo. ¿El diarista no había escrito acaso: «También en esto el *Führer* es el inquebrantable pionero y portavoz de una solución radical que resulta necesaria dado el estado de las cosas y que, por ello, es ineludible»? Sin embargo, destacaba el experto, no sin lógica, «si Hitler lo ignoraba [los campos de exterminio en el Este], ¿cómo podía ser el "pionero y portavoz de una solución radical"»[386]?

Hecho esto, Evans pasó a examinar la entrada del 27 de abril de 1942. Goebbels, que no se había visto con Hitler desde el 27 de marzo, escribió: «De nuevo debato a fondo con el *Führer* sobre la cuestión judía. Su punto de vista respecto a esto es inflexible. Quiere echar a absolutamente todos los judíos de Europa. Y está bien así. Los judíos han causado tantos males a nuestro continente que la condena más dura que podamos imponerles seguirá siendo demasiado clemente. Himmler lleva a cabo en este momento un gran traslado de judíos de las ciudades alemanas con dirección a los guetos orientales»[387]. La cuestión era saber lo que decían esos dos hombres a partir de esas frases formuladas, a menudo, según la expresión del historiador, «en términos bastante generales». El razonamiento de Evans era ligeramente el mismo que antes. En la medida en que Goebbels estaba al tanto de la existencia del campo de exterminio de Belzec, no podía calificar a Hitler de «inflexible» si no suponía que, también para este, «"echar a los judíos de Europa" suponía matarlos cuando llegasen al Este»[388]. El Diario de Goebbels era convocado una vez más como elemento probatorio en lo relativo al conocimiento de Hitler del asesinato de los judíos. Pero también le permitía a Evans afirmar que los dos hombres conocían ambos hechos, habían hablado de ellos, pero de manera general.

La demostración pareció convincente al juez que, en su veredicto, llevó la afirmación aún más lejos: «La aplastante probabilidad es que los dos hubieran hablado con entusiasmo del trato que se les estaba infligiendo a los judíos en el Gobierno General»[389]. Una conclusión como esta no es, evidentemente, conforme al relato de Goebbels. Todo ocurrió como si el juez hubiera querido simplemente atacar el punto débil de la falsa tesis de Irving.

Sin embargo, el contrario exacto de una proposición falsa no siempre es una proposición verdadera. O, de manera más exacta, desde el momento en que se trata de una propuesta compleja, cada uno de los elementos que la componen puede ser objeto de contestación sin que necesariamente todos los elementos de la misma queden en entredicho. Este es el caso aquí.

Habría sido mejor, a riesgo de obtener un contraste de menor respaldo, desplazar el debate y ser franco con los términos iniciales, que estaban viciados. Justamente porque se trataba de oponer a un enunciado falso un enunciado verdadero, habría sido preferible emitir una de las siguientes proposiciones: Goebbels había preferido no decirle a Hitler que sabía lo que ocurría en el campo de Belzec (en la medida en que no debería conocer el contenido de aquella filtración); Hitler no especificó a Goebbels la realidad de lo que ocurría en los campos de la muerte (porque nada en la entrada lo indica); Hitler y Goebbels no hablaron de Belzec ni de otros campos de la muerte (simplemente hablaron «en términos generales», y cada uno de los dos interlocutores podía poner lo que quería bajo la apariencia de este contenido confuso).

Aquí es donde aparece el segundo error. El Diario, de hecho, muestra claramente que al hablar de «el gran traslado de los judíos de las ciudades alemanas en dirección a los guetos orientales», puesto en marcha por Himmler, Goebbels pensaba aún en un traslado simple, sin asesinato al llegar. De esta manera, calificar a Hitler de «inflexible» no quería decir que él supusiera que este había ordenado el asesinato de todos los judíos. La «solución final» podía tener varios componentes, de los que algunos, los más radicales, se resumían en el asesinato sistemático y otros en la expulsión fuera de Europa, al Este. Tomemos otro ejemplo para explicar este punto importante. A principios del mes de marzo de 1943, Goebbels le explicó a Göring que el Reich estaba «comprometido a tal punto, sobre todo en lo relativo a la cuestión judía, que ya no era posible dar marcha atrás»[390]. Que aquí se está hablando de un asesinato es indiscutible. Pero nada indica y tampoco implica que hayan hablado juntos y en detalle de la masacre de Babi Yar (más de treinta mil

víctimas en dos días), del campo de Belzec (casi cuatrocientas cincuenta mil víctimas en el año 1942) o de Auschwitz, es decir, respectivamente de los judíos rusos, polacos o alemanes. Goebbels y Göring sabían de las gigantescas masacres que se habían cometido en el Este, que superaban con mucho todas las normas morales en vigor en las sociedades europeas, aunque fueran en parte fascistas. Y esto, a mi modo de ver, bastaba.



Por tanto, nada conduce a pensar que el 27 de abril de 1942 Hitler le dijera a Goebbels nada más que lo que este relató en su Diario: Hitler «quiere echar a absolutamente todos los judíos de Europa. Y está bien así. Los judíos han causado tantos males a nuestro continente que la condena más dura que podamos imponerles seguirá siendo demasiado clemente». Sin embargo, lo que Hitler le decía a Goebbels no era necesariamente lo que estaba pensando; o, de manera más precisa, Hitler podía colar en el *leitmotiv* «echar a los judíos de Europa» un objetivo distinto, que se resumiría de la siguiente manera: matar a todos los judíos, sin distinguir su nacionalidad.

Los últimos días del mes de abril de 1942 son, en efecto, un momento de una importancia particular. El mismo día en que Goebbels escuchaba las confidencias de Hitler, a este el Reichstag le había concedido plenos poderes a petición suya. Desde mi punto de vista, estamos lejos de poder decir que esto no tuviera nada que ver con el exterminio de los judíos[391]. Estos plenos poderes, de hecho, solo se le habían concedido a alguien en una única ocasión: durante la «Noche de los cuchillos largos» de 1934, cuando el «enemigo interno» de entonces, principalmente la dirección del SA, fue liquidada. La justificación que adelantó Hitler en su discurso de ocho años antes para verse atribuido de estos plenos poderes —el reparto

de los días festivos, por ejemplo, o sobre si un tribunal había sido demasiado clemente[392]— se encontraba en completo desacuerdo con la importancia simbólica del acto y constituía, desde mi punto de vista, un cebo[393]. Todo ocurrió como si Hitler, de hecho, se hubiera procurado plenos poderes en el momento en que pensaba dar el último acelerón a la «solución final» para pasar al asesinato total e indiscriminado. Una vez más, la categoría pertinente, la que permite captar esta radicalización, es la de los judíos alemanes.

Hasta entonces, a los judíos alemanes simplemente se les deportaba —salvo excepciones— a guetos en los territorios orientales. A partir de mayo, todo empezó a cambiar. En pocas semanas se transfirió a los judíos alemanes deportados al Gobierno General a los guetos polacos. Pero, desde principios del mes de mayo de 1942, los judíos vieneses deportados en Minsk en el marco de una deportación adicional, al ritmo de mil personas por semana, fueron asesinados al llegar[394]. En Lodz, también fue en mayo cuando la administración pudo enviar a Chelmno a los judíos alemanes que habían llegado hacía casi ocho meses. Hasta entonces, habían quedado excluidos sistemáticamente de las redadas. Hay que destacar esta evolución a través de la autorización expresa de Heydrich vía Himmler para que el *Gauleiter* de Warthegau, Greiser, asesinase a los cien mil judíos del territorio —una autorización que sin duda el *Reichsführer* había entregado sin vacilar coincidiendo con la sesión del Reichstag[395]. A mediados de mayo, los primeros convoyes de judíos alemanes de las ciudades de Beuthen y de Gleiwitz, en la Alta Silesia, llegaron a Auschwitz[396]: para Rudolf Höss constituyeron una cesura indiscutible, que marcó la transformación del campo que dirigía en lugar de exterminio de los judíos[397]. Se dieron prisa para iniciar en el sitio de Birkenau los trabajos de construcción del gran complejo de gasificación y de cremación en proyecto desde hacía varios meses[398].

Finalmente, los archivos aluden a una «orden general» de Himmler, probablemente dada en la misma época, de que «los judíos y las judías de entre dieciséis y treinta y dos años capaces de trabajar quedasen excluidos, hasta próximo aviso, de las medidas

especiales[399]». Aquellos judíos, de esta manera, y solo ellos, debían ser desviados a campos de concentración o campos de trabajo. Los otros, los judíos no aptos para el trabajo, debían ser sometidos a medidas especiales: debían ser asesinados. Esta orden modificaba una vez más la configuración de la «solución final». Con el asesinato programado de los judíos «aptos para el trabajo» sin distinción de nacionalidad, se aproximaba al asesinato que se iba a llevar a cabo en los meses y los años siguientes, aunque aún fuera necesaria, desde mi punto de vista, una nueva instrucción de Himmler, en junio, para iniciar el programa en toda su extensión, a la vez en la dimensión europea y con la rapidez extrema que lo ha caracterizado[400].

Evidentemente, Himmler no pudo emitir una orden como esta sin el consentimiento de Hitler, aunque no se hable de él en la breve y concreta alusión de la que disponemos. Respecto al «plan del *Reichsführer*», en junio, algunos de lo documentos que tratan el tema hablan sin ambigüedades de «petición expresa» o de conversaciones «en el cuartel general del *Führer*»[401]. Y, en una correspondencia fechada el 19 de julio de 1942, Himmler indicó sin ambigüedad que la orden provenía directamente de Hitler: «Las regiones ocupadas del Este quedarán libres de judíos. El *Führer* me ha encargado ejecutar esta orden tan difícil»[402].

Estaba a punto de producirse una mutación fundamental. Pero Hitler no cambió su discurso. Antes de Wannsee, el 17 de diciembre de 1941, le dijo a Goebbels: «Antes de nada, los judíos deben abandonar el territorio del Reich». La víspera de Wannsee, el 19 de enero de 1942, Hitler defendió aún «sin restricciones su viejo punto de vista, a la vez duro y justo», ante su ministro. El 14 de febrero, como hemos visto, ante Goebbels, «el *Führer* insiste una vez más sobre el hecho de que está decidido a acabar con los judíos en Europa»[403]. El 19 de febrero, Hitler indicó a su ministro que «los judíos deben irse de Europa, y emplearemos los medios más brutales si es necesario». El 27 de abril, hablaba de «echar a los judíos de Europa». El 1 de octubre siguiente, se mostraba satisfecho al comprobar la convergencia de sus puntos de vista con los de

Hitler: «Por tanto debemos expulsar a todos los judíos del Reich y sobre todo de Berlín». Durante el discurso ante los más altos responsables del partido, el 7 de febrero de 1943, Hitler sostuvo que el objetivo era «eliminar a los judíos no solo del territorio del Reich, sino también de toda Europa», como Goebbels anotó al día siguiente en su Diario. El 7 de mayo siguiente, exclamó ante la misma asamblea: «Los judíos deben abandonar Europa». Hitler repetía por tanto el mismo refrán eternamente, con variaciones menores y a menudo significativas, pero que, en lo referente a la acción, solo los iniciados podían comprender.



Reconstruir la manera en que Hitler hablaba con sus confidentes de la política antijudía es particularmente complejo, porque no solo se plantea la cuestión de la emisión del mensaje —y acabamos de ver algunas modificaciones de sentido que podían afectarlo con el tiempo—, sino también la cuestión de la recepción. Este es el problema que analizaremos una última vez a través de la entrada del 30 de mayo de 1942 tan largamente estudiada por Evans. Es cierto que Irving utilizó este pasaje para pretender que Hitler aún perseguía una solución territorial en aquel momento y que ignoraba la matanza cometida por Himmler y sus hombres. De hecho, ese día parecía que, en efecto, Hitler razonaba en términos de un simple traslado, aunque no escondía que el objetivo final del traslado era la extinción de los judíos: «El *Führer* no quiere evacuar a los judíos a Siberia. Allí, sometidos a las condiciones de vida más extremas, serían, sin lugar a dudas, un nuevo elemento de vitalidad. Preferiría enviarlos a África Central. Allí vivirían en un clima que seguramente no los fortalecería ni aumentaría su capacidad de resistencia».

De manera excepcional, las frases de Hitler anotadas por Goebbels también fueron recogidas por un funcionario de la

Cancillería del partido, Henry Picker, quien, bajo las órdenes de Bormann, redactaba minutas de los asuntos tratados por el *Führer* en las reuniones[404]. Esta fuente complementaria nos permite confirmar, si fuera necesario, la fiabilidad del Diario. La alusión de Hitler a un traslado de los judíos a África, recogida por dos fuentes independientes, ha sido interpretada de manera casi sistemática como una estrategia de distracción por parte de los historiadores, desde Reitlinger[405] a Longerich, con ligeras variaciones[406]. Evans también pertenece a esta tradición: Hitler simplemente quería «engañar a sus oyentes»[407]. Retomando un consenso más que establecido, explica con precisión: «El uso del lenguaje codificado en la mesa de Hitler, durante el desayuno o la cena, evitaba discusiones incómodas y mantenía una armonía entre los invitados que se habría visto turbada de tratar abiertamente la configuración detallada del exterminio de los judíos». Así era.

Pero aún podríamos ir más lejos, como he intentado hacer anteriormente. Está claro que en aquel momento Hitler ocultaba la realidad de su política hablando de un proyecto de traslado a largo plazo. Pero, cuando decía preferir África a Siberia, Hitler sí que quería decir algo: que estaba mucho más claro que los judíos morirían antes bajo el sol ardiente de los trópicos que en el frío del gran Norte. No obstante, cada vez que evocó el traslado de los judíos en circunstancias similares a lo largo de los meses precedentes, no ocultó que conllevaría una enorme mortalidad. Se justificaba: la oleada de emigración alemana del siglo XIX había provocado la muerte de una proporción alta de los migrantes; ¿por qué los judíos, obligados a partir, debían conocer una suerte menos dura[408]? El 29 de mayo constituyó así una cesura: Hitler indicó metafóricamente, al hablar de África, que había decidido un medio más seguro para conseguir la muerte de los judíos. La imagen permitía ocultar eficazmente cierta realidad al tiempo que la explicaba oblicuamente: esa realidad era la puesta en marcha de la «solución final» como asesinato para el conjunto del continente europeo y a marchas forzadas. Si ese era el mensaje, nada indica que, por el contrario, nadie entre los presentes en la mesa del

desayuno lo haya desencriptado realmente, ni siquiera el ministro de Propaganda.

En cualquier caso, esta salida de Hitler venía precedida de una conversación con Goebbels sobre los judíos no recogida en los informes de Picker. Evans concluye, a partir de esta laguna —con habilidad y, en mi opinión, con precisión— que esta conversación se celebró en privado, mientras que el tema del traslado de los judíos a Siberia o a África se habría tratado en la mesa, en presencia del resto de asistentes. Sin embargo, no creo poder comulgar con la afirmación que se desprende de ello, según la cual los temas omitidos por Picker mostrarían que «los líderes nazis hablaban de manera más concreta de la verdadera suerte de los judíos cuando estaban a solas»[409], sin testigos. En el cara a cara, según Evans, los dos hombres habrían hablado nada menos que de un «plan aparente de exterminación de los judíos de Berlín»[410].

Goebbels habló de un plan y se lo presentó a Hitler: se trataba de «[su] plan de evacuación total de los judíos de Berlín». Para calificar un plan como este de «plan de exterminación», Evans procedió por silogismos. Unas líneas después, de hecho, Goebbels escribió: «Una vez más pido una política judía más radical, y en esto no hago sino decir algo que es obvio a ojos del *Führer*». Sin embargo, para el historiador inglés, fiel a su análisis de la entrada del 27 de marzo, resultaba «inconcebible» que Goebbels tildara a Hitler de «radical» si Hitler «hubiera tenido en realidad el objetivo de echar a los judíos de Europa». Y proseguía: «La caracterización de Hitler como radical no tiene sentido si Hitler no […] sabía que "echar a los judíos de Europa" significaba matarlos a su llegada al Este»[411]. En resumen, el «plan» de Goebbels era «más radical»; el empleo del adjetivo «radical» denotaba la intención asesina; por tanto, el plan de Goebbels era un «plan de exterminio de los judíos de Berlín»[412].

Como hemos visto antes, el empleo del adjetivo «radical» por parte de Goebbels no requería en absoluto que él supiera que *todos los judíos* fueran a ser exterminados, incluidos los judíos alemanes. Pero un segundo error se une al primero: Goebbels no hablaba de una política radical, sino de una política «más radical», y la

diferencia entre las dos es tan importante como la que separa al superlativo absoluto del superlativo relativo. Esto cambia mucho las cosas. Goebbels se contentaba con recomendar una política «más» estricta que la aplicada hasta entonces. Ya hacía años que pedía sin descanso que la ciudad de la que era responsable, Berlín, fuera «liberada» de sus judíos. No había un encuentro con Hitler en el que no tratase el tema, pidiendo una vez más una expulsión rápida y total. Pero en la mayoría de los casos Hitler daba respuestas dilatorias. Sin su apoyo político, Goebbels era incapaz de superar los obstáculos que se alzaban ante él. En Berlín se encontraba la mayor comunidad judía de Alemania y muchos de los judíos estaban en parejas mixtas o, sobre todo, integrados en la industria armamentística: por lo que, en los dos casos, quedaban exentos, al menos de manera provisional, de la deportación. Por tanto no podía hacer otra cosa que intentar encontrar expedientes. Dos semanas antes, el 16 de mayo, por ejemplo, solicitó la anulación de la ordenanza según la cual los miembros de la familia de un trabajador judío de la industria quedaban igualmente exentos: de ese modo, a pesar de no poder deportar a los trabajadores judíos, al menos podría expulsar a sus familias[413].

De esta manera, una vez más, en la continuidad del Diario, hay que leer el informe de Goebbels sobre su cara a cara con Hitler: «He vuelto a poner sobre la mesa mi plan de evacuación total de los judíos de Berlín. El *Führer* comparte mi opinión y da la orden a Speer [de expulsar a los trabajadores judíos]. Percibo como un gran peligro el hecho de que cuarenta mil judíos sin nada que perder estén en la capital del Reich en libertad. Ya es en sí una provocación, además de una incitación a cometer atentados. Si esto explotase, ni nuestras vidas estarían a salvo. El mismo hecho de que unos judíos del Este de veintidós años estén implicados entre los más jóvenes responsables del atentado con bomba incendiaria ya dice mucho. Por tanto, abogo una vez más por una política antijudía más radical y en esto solo repito lo que ya es obvio para el *Führer. El Führer* es de la opinión de que el peligro para nosotros se volverá particularmente elevado en función de lo crítica que esté la situación militar»[414].

Por tanto, Goebbels proponía una evacuación rápida de los judíos de Berlín. Ni reclamaba ni imaginaba siquiera que fueran a ser asesinados: un hecho atestado por las entradas precedentes del Diario. El 24 de mayo, después de saber de la participación de judíos, en concreto de *Ostjuden*, y de judíos mestizos en el atentado contra la exposición antisoviética berlinesa a mediados de mayo, escribió en su Diario que deseaba que los judíos, esos «grandes criminales en libertad», «fueran sobre todo concentrados, evacuados. Naturalmente, lo mejor sería la liquidación»[415]. Aunque llegaba a desearlo, la liquidación física de los judíos le parecía, por aquel entonces, absolutamente inaccesible, lo que confirma otra entrada, la del 29 de mayo, en el día de su encuentro con Hitler. Dando cuenta de un aumento de la hostilidad en el Reich, el ministro de Propaganda de Berlín atribuía la responsabilidad a los judíos, que representaban «un contingente de contemporáneos extraordinariamente peligroso». Como hemos visto, concluía, de manera provisional: «De hecho, deberían estar en la cárcel». Ni siquiera se molestó en señalar una posibilidad que creía impracticable: el asesinato. Seguía pensando en clave de ese imaginario carcelario, que por entonces dominaba en él. Y proseguía indicando que los judíos deportados a los guetos del Gobierno General dejaban de tener capacidad para dañar «al menos por el momento»[416]. Sin embargo, si era solo «por el momento» es porque imaginaba que los judíos deportados sobrevivirían lo suficiente como para dañar a Alemania de nuevo, llegado el caso.



«Los líderes nazis hablaban con mayor franqueza del verdadero destino de los judíos cuando estaban a solas», escribió Richard Evans, y en este punto estoy de acuerdo. Otros tienen opiniones diferentes. En su monumental biografía de Hitler, Ian Kershaw

también citó el famoso pasaje del Diario del 30 de mayo de 1942. También para él la alusión a un traslado a África era «una manera de correr un velo de pudor sobre la realidad de los hechos». Tras ello abre una digresión sobre el tema: «Hitler mantenía un gusto destacable por el secreto. Ya sea en sus conversaciones con sus ayudantes de campo o sus secretarios, no existe el menor signo explícito de que estuviera al tanto del exterminio de los judíos. Probablemente se hablaba del tema, si acaso, a solas con Himmler y en términos muy generales [...] o bajo la forma de alusiones siniestras, utilizando un lenguaje codificado, cuyo sentido estaba del todo claro para quienes conocían el secreto»[417].

Hemos hablado de varias de estas «alusiones siniestras, utilizando un lenguaje codificado» en las páginas anteriores, y pronto volveremos sobre ellas. Pero en ningún caso creo que podamos imaginar, teniendo en cuenta el estado de las fuentes, que Hitler, como sostiene Kershaw, se abstuviese de hablar en detalle del exterminio de los judíos con Himmler. Disponemos de algunas notas tomadas por Himmler durante esos encuentros[418], y si bien a menudo son lapidarias y crípticas, muestran sin lugar a dudas que los dos hombres abordaban uno tras otro todos los problemas que planteaba la ejecución del programa del que Hitler era el motor. El 22 de septiembre de 1942, previendo su encuentro, Himmler tomó las siguientes notas: «Emigración de los judíos: ¿cómo continuar[419]?». Una formulación como esta muestra con claridad que el responsable de la «solución final» consideraba a Hitler a la vez como una fuente y como una autoridad: había que tomar una serie de decisiones, para las cuales solo Hitler poseía la competencia.

Respecto al caso que nos ocupa, Hitler había tomado varias decisiones. La primera era perseverar en la destrucción de los judíos polacos sin tener en cuenta la dramática turbación que producía en el aparato productivo local y que haría decir a Hans Frank en diciembre de 1942: «Está claro que la situación de la mano de obra se vuelve más difícil cuando, en plena guerra, se da la orden de preparar a todos los judíos para la eliminación. La responsabilidad de esta orden no viene del Gobierno General. La directiva sobre la

eliminación de los judíos emana de instancias más elevadas»[420]. Por otra parte, Hitler había desestimado sin posibilidad de recurso el proyecto que Himmler venía desarrollando desde principios del verano, es decir, aprovechar la deportación de los judíos occidentales para instalar en suelo del Reich campos-fábricas que podrían emplear hasta cincuenta mil judíos[421]. Finalmente, Hitler convocó a Ribbentrop para instarle a poner fin a los retrasos de su servicio en materia de política antijudía.

Por tanto es falso, o al menos muy aventurado, afirmar, como hace Kershaw, que Hitler «solo necesitaba dar la autorización requerida en el momento adecuado a Himmler y a Heydrich para ir más allá en las diferentes etapas que culminaron con el asesinato de los judíos de Europa». Su rol no era «indirecto, aunque lo parezca, dando su aprobación en lugar de tomando la iniciativa»[422]. Hitler podía dar impulsos fundamentales. Ordenaba, decidía y a veces iba en el sentido de sus subordinados; otras, no. Y se detenía, si era necesario, en cierto nivel de detalle.

La propuesta de Kershaw constituye una declinación llevada al extremo y, desde mi punto de vista, desviada, de su modelo de «trabajo en dirección del *Führer*» que lo ha hecho famoso con tanta justicia[423]. También se basa en una ilusión que procedía, en mi opinión, de una frustración. La ilusión consiste, de manera sin duda inarticulada, en tomar las conversaciones con Goebbels como un ejemplo de la manera en que Hitler hablaba con otros «líderes nazis» más implicados aún, como Himmler o Heydrich. Y esta asunción precipitada viene seguramente de la frustración de no disponer de casi ningún indicio de los encuentros entre Hitler y los dos más altos responsables de la seguridad. Porque, aparte de las notas de Himmler, no se sabe nada del desarrollo efectivo de esos encuentros. Y no hay ningún testimonio: en la cadena jerárquica que gestionaba la «solución final» —Hitler, Himmler, Heydrich, Müller— todos estaban muertos.

Por ello, el Diario de Goebbels ha dado la impresión de ser lo más cercano a una minuta de las reuniones entre los más altos responsables de la política antijudía. Al entreabrir, por así decirlo, las

puertas del despacho en el que, reunidos, los tres hombres hablaban de ejecuciones, el historiador se aferraba a ello en cierta manera. Y probablemente esta es la razón por la que, más allá del objetivo imperioso y legítimo de desmontar las afirmaciones de Irving, Evans quería creer que Hitler y Goebbels, en el cara a cara, hablaban «con mayor franqueza sobre el destino real de los judíos». O que, a la inversa, Kershaw suponía que Hitler y Himmler solo hablaban «en términos generales» de la ejecución de los judíos: la pasividad que mostraba Hitler durante sus encuentros con el ministro de Propaganda —esas sempiternas diatribas antijudías que parecieron no concretarse en nada durante mucho tiempo— adquiría el valor de paradigma y desteñía su manera de construir el personaje de Hitler.

Así pues, podemos dudar legítimamente que el Diario de Goebbels pueda permitirnos aprehender la manera en que «hablaban los líderes nazis» «a solas». A pesar de todo, una hipótesis similar surgió de nuevo, en el vigésimo cuarto día del proceso Irving, cuando el historiador alemán Peter Longerich prestó declaración. Él también habló de la entrada del 30 de mayo de 1942, que ya había tratado en uno de sus informes[424]: ¿cómo interpretar la alusión a África? Longerich dudó: «Debo reconocer que me cuesta encontrar, saben, una respuesta fácil a este documento, porque, en fin, están en medio de un exterminio en masa y Goebbels está perfectamente al tanto de todo ello, y aún así siguen hablando de la idea de que podrían expulsar a los judíos de Europa. Esto me resulta difícil de explicar […]. La explicación posible sería que utilizaban entre ellos este tipo de lenguaje de evasión porque ellos no, no… quiero decir que no hay huellas, no hay indicios de que hayan hablado en realidad diciendo: "Vamos a matar, o estamos matando a seis millones de personas. Vamos a matar a los hombres, a las mujeres, a los niños, a todo el mundo", y por tanto que habrían utilizado esa especie de, esa especie de lenguaje entre ellos y, entonces, sí, es la explicación que me parece más plausible»[425].

Está claro que se podría objetar lo mismo a Longerich que a Kershaw o a Evans. Goebbels no puede servir de modelo para reconstituir la manera en que Hitler hablaba con sus cómplices

cuando estaban «a solas». Más allá de los argumentos de los que hemos hablado hasta ahora, la razón es simple, aunque vaya a la contra de la manera en que nos imaginamos a Goebbels: ese actor histórico no formaba parte del estrecho grupo de altos responsables nazis que hablaban «a solas», en total conocimiento de causa y de manera explícita, del asesinato de todos los judíos.

RECAPITULACIÓN I

Se dio por sentado que Goebbels era uno de esos que, parafraseando a Raul Hilberg, tenía una «visión de conjunto» del «proceso de destrucción». Sus múltiples responsabilidades, su estrecho vínculo con Hitler y sus encuentros habituales cara a cara hacían de él, con toda seguridad, una de las figuras centrales del régimen nazi. Es cierto que no se presentó ni tuvo representación en la conferencia de Wannsee, pero recibió una minuta. La entrada del 27 de marzo de 1942, tan impactante, tan singular entre la documentación disponible, parecía dar buena cuenta del hecho de que el ministro de Propaganda estaba informado al detalle del asesinato de los judíos.

Esta manera de entender a Goebbels se apoya en varios elementos. En primer lugar, se corresponde con la manera en que, desde el proceso de Núremberg en adelante, se imaginaba la circulación de la información relacionada con la «solución final» en las altas instancias del Estado: Goebbels era uno de los más altos responsables y, como ellos, lo supo. Pero el complejo testimonio del Diario de Goebbels, muy fragmentario durante medio siglo, desempeñó un papel determinante: la entrada del 27 de marzo de 1942 estaba disponible desde la posguerra, lo que no sucedió con otros pasajes que habrían podido equilibrar la lectura. Cuando finalmente estuvieron disponibles, estos pasajes problemáticos no fueron destacados debido a la enormidad de la fuente, o no se integraron en la narración porque contradecían una tradición interpretativa sólidamente asentada.

Un estudio sistemático del Diario de Goebbels muestra que la cuestión del conocimiento de la «solución final» en todas sus componentes por parte de este alto responsable nazi es en realidad mucho menos simple. El ministro de Propaganda y *Gauleiter* de Berlín había sido informado a través de múltiples medios, oficiales u oficiosos, escritos u orales, de las masacres perpetradas por los *Einsatzgruppen* en los territorios soviéticos ocupados. Esta política, presentada con vocación de seguridad, le convenía a la perfección: se hacía eco de la idea que él tenía de los *Ostjuden*, a la vez totalmente miserables y altamente peligrosos. A finales del mes de marzo de 1942, Goebbels fue informado, además, oficiosamente y al detalle de los planes de destrucción de los judíos polacos del Gobierno General, tal como Hitler los había expuesto en Lublin unos días antes. Y sabía que esta destrucción se llevaba a cabo «con un método que funciona de manera no demasiado aparente», un método «bárbaro» sin embargo: las cámaras de gas. Y aún en eso, pasado el efecto de sorpresa, manifestó su pleno acuerdo con la medida en su Diario.

Respecto a los judíos alemanes, y pronto los judíos de los países aliados de Europa, las cosas son más complejas. Desde el inicio de la guerra, Goebbels fue informado del proyecto de creación de una reserva judía, cuya localización cambió en varias ocasiones entre 1939 y 1941: los territorios polacos ocupados, la isla de Madagascar tras la derrota francesa y finalmente los territorios soviéticos a finales de 1940, la última, cuando Hitler decidió invadir la URSS. Recibía esta información casi en tiempo real de la propia boca de Hitler, o bien de la de Heydrich o Himmler, los tres responsables de la política antijudía. Su Diario, en otoño de 1941, proporciona elementos esenciales para la comprensión de la rápida evolución del proyecto de la «solución final». Los judíos alemanes debían ser deportados al final de la guerra e instalados en guetos, con un último traslado final aún más al Este, en gulags. No ignoraban en absoluto la fuerte mortalidad que acarrearía el proyecto de manera mecánica, y, una vez más, estaba de acuerdo con ello. Además, si hubiera leído con atención el protocolo de la conferencia de

Wannsee habría visto confirmada la información que Hitler o Heydrich le habían hecho llegar.

Sin embargo, como hemos visto, el dispositivo expuesto en Wannsee pronto quedó obsoleto: la «solución final» había dado un vuelco en pocos meses hacia el asesinato rápido de todos los judíos, incluidos los judíos alemanes. Goebbels, como he intentado demostrar, no fue informado de manera oficial de este vuelco antes del otoño de 1943 o del discurso de Himmler en Posen. Aunque el Diario no conserve las huellas, podemos imaginar en teoría que pudo haber recibido, de manera oficiosa, información sobre el destino de algún convoy. Pero, de todas formas, estas informaciones hipotéticas no modificaron su percepción global de la «solución final». Por el contrario, estamos seguros de que a partir de diciembre de 1942 el ministro de Propaganda estuvo expuesto, en repetidas ocasiones, a la información de lo que el llamaba la «propaganda judía» sobre los crímenes alemanes. Internamente, él no negaba, al menos, su veracidad en lo relacionado con el asesinato de los *Ostjuden*, sobre todo polacos, y se contentaba, a nivel oficial, con mantener el silencio. Pero no disponemos, salvo error por mi parte, de suficientes fuentes como para saber cómo reaccionaba a los rumores o a la información sobre el destino específico de los judíos deportados desde Europa Occidental. Tampoco en este caso el Diario permite documentar una eventual mutación de ese imaginario carcelario que Goebbels asociaba a la deportación de los judíos alemanes.

A fin de cuentas, esto complica aún más el problema porque, si bien Hitler rehusaba hablar de manera explícita a propósito del asesinato de los judíos fuera del estrecho círculo de sus cómplices, tampoco dejó pasar en sus conversaciones íntimas con Goebbels frases que, leídas décadas más tarde, a la luz de su contexto inmediato reconstruido con cuidado, me parezcan alusiones directas, sino cifradas, a la evolución criminal de su política antijudía. En el momento en que se abrió el campo de Belzec, a mediados de marzo de 1942, Hitler hablaba en estos términos a su ministro del posible recurso a los «medios más brutales» contra los judíos. A finales de

mayo, esbozó la posibilidad de trasladarlos en cierto tiempo a África, pero tal operación resultaba imposible y, lo que es más, Hitler necesitaba que se tratase de llegar con la mayor seguridad posible a la muerte de los judíos. En esa misma época también decía que había que «liquidar la amenaza judía, cueste lo que cueste»; una alusión que tiendo a leer, de manera unívoca, como un comentario al vuelco que estaba teniendo lugar hacia el asesinato sistemático. Un año más tarde, a finales de junio de 1943, Hitler le había dicho a su ministro que se alegraba «de haber llevado a cabo una política radical en lo relacionado con la cuestión judía. Ya no hay judíos detrás de nosotros que puedan apoderarse de nuestra herencia». Junio de 1943 era el término establecido un año antes para el fin de la «solución final» en los territorios ocupados por Alemania: ¿no era ese fin a lo que aludía Hitler en ese momento de forma implícita? Es más, ¿no eran solo los muertos los únicos absolutamente incapaces de heredar? Así, en 1942 y 1943, Hitler pudo enjaretar su conversación con sus habituales alusiones veladas al asesinato de los judíos. Pero Goebbels no supo, no pudo o no quiso comprender. Y, de hecho, no comprendió.

Estos diferentes elementos muestran con bastante claridad que la cuestión del conocimiento por parte de un individuo de un conjunto de hechos no se reduce necesariamente, en un último análisis, a saber o ignorar. Entre la ignorancia total y la información plena existe todo un conjunto de estados intermedios: por ejemplo, dudar de algo o no querer saber. En lo que respecta al periodo que va desde el principio del año 1942 al otoño de 1943 cada uno podrá, según crea conveniente, atribuirle a Goebbelscierto cociente de desconocimiento, o de ignorancia voluntaria, o de negación en lo relacionado con el asesinato de los judíos. Pero no veo, en el estado actual de la documentación, que se pueda hacer una demostración satisfactoria de lo que Goebbels, a lo largo de ese periodo crucial, sabía por medios oficiales del programa del asesinato de conjunto de los judíos europeos. Tuvo que llegar el discurso de Himmler en Posen, el 6 de octubre de 1943.

Sin embargo, sí que es información oficial lo que se encuentra en el núcleo de mi investigación. Pretender, como estoy haciendo, que Goebbels lo supo en esa fecha tardía es lo mismo que apartarse sensiblemente de los esquemas historiográficos en vigor. Desde ese momento, dos opciones son posibles: considerar el caso Goebbels como una anomalía y no darle mayor importancia o tomar esta singularidad en serio y preguntarse si no sería conveniente reexaminar por completo la cronología de la información oficial en el seno del aparato del Estado y, llegado el caso, la cuestión de las formas que hubiera podido adoptar. Procuraremos, por el momento, no hacer de Goebbels, al contrario del análisis clásico, el patrón de una cronología revisada. El valor heurístico del caso Goebbels, la posibilidad de que el ministro de Propaganda consituya un paradigma de pleno derecho, pero revertido respecto a la que vehicula la historiografía, deberá ser puesto a prueba de diferentes maneras en los próximos capítulos.

Sin embargo, desde ahora, surge una objeción. Pues si Goebbels no fue informado de manera oficial del paso al asesinato total, ¿por qué no había dejado de reclamar o de ver con buenos ojos, en artículos feroces o en discursos llenos de odio, el «exterminio», la «aniquilación» de los judíos? El 15 de junio de 1942, exclamó: «Los judíos desempeñan en esta guerra su papel ignominioso y tendrán que pagarlo con el exterminio de su raza en Europa, y quizá fuera de ella». ¿Cómo conciliar una frase como esta y la supuesta persistencia de un imaginario carcelario para los judíos alemanes? En resumen, y por decirlo de otra manera, ¿podía conducir el «exterminio» de los judíos a algo distinto del asesinato?

CAPÍTULO IV

EL CONCEPTO DE «EXTERMINIO» EN LA ESFERA PÚBLICA

Sin que debamos sorprendernos por ello verdaderamente, el discurso y los artículos del ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, un antisemita convencido, ocupan un buen lugar en la serie de indicios señalados por varios historiadores para atestiguar un conocimiento precoz y generalizado de la política genocida nazi por parte de las élites y de la población alemana. De esta manera, Hans-Heinrich Wilhelm intentó determinar en un artículo de 1980 «hasta qué punto la "solución final" había sido secreta»[426]. Oponiéndose al discurso de autodisculpa dominante en la posguerra, el historiador citaba largamente dos artículos de Goebbels publicados en *Das Reich*. El 16 de noviembre de 1941, el ministro de Propaganda escribió, después de recordar la «profecía» de Hitler: «Vivimos precisamente el cumplimiento de esa profecía y se cumple en el caso de los judíos a través de un destino que ciertamente es duro, pero que han merecido. Piedad o simpatía están completamente fuera de lugar. El judaísmo mundial, al fomentar esta guerra, ha sobreestimado totalmente las fuerzas de las que disponía y sufre ahora un proceso de exterminio progresivo, el que había reservado para nosotros y que habría ejecutado sin escrúpulos si estuviera en poder de hacerlo. Ahora se aplica su propia ley: "¡Ojo por ojo, diente por diente!"»[427]. El 9 de mayo de 1943, explicó esto mismo: los judíos «han escogido la guerra. Pero está a punto de volverse en su contra. Cuando concibieron su plan de aniquilación total del pueblo alemán, firmaron su propia sentencia de muerte.

También en esto la historia del mundo será el tribunal del mundo»[428]. Tras estas dos citas, más largas aún de lo que retenemos aquí, el historiador se preguntaba: «¿Era posible que los lectores y oyentes, que se contaban sin duda por millones, "no entendieran" o "no vieran" los pasajes decisivos en un artículo como este debido a una percepción selectiva? ¿O bien, después de 1945 y por otras razones, no podían "no acordarse ya" de esos dos artículos de Goebbels?»[429].

En pocas palabras, la referencia a la «profecía de Hitler y la alusión a su cumplimiento en curso equivaldrían, según Wilhelm, a un anuncio explícito del asesinato de los judíos. Un cuarto de siglo más tarde, Jeffrey Herf sostuvo una postura similar. Con el artículo de Goebbels de noviembre de 1941, «Los judíos tienen la culpa», era «la primera vez que un alto responsable del régimen nazi anunciaba públicamente que el "exterminio" del judaísmo europeo pasaba del estatus de simple idea o de amenaza, como la famosa profecía de Hitler, al de acción en curso»[430]. Desde su punto de vista, el anuncio era a la vez «directo y no eufemístico», aunque «voluntariamente ambiguo», en la medida en que Goebbels se abstenía de dar el mínimo «detalle que revelase dónde, cuándo y cómo se iba a producir esa ejecución en masa». Por tanto, no había lugar a dudas: «¿A qué, después de todo, podía hacer referencia al proceso "progresivo" de exterminio sino al asesinato en masa? En alemán existen palabras perfectamente adecuadas para decir empobrecimiento, discriminación, deportación o enfermedad. Sin embargo, Goebbels y Hitler hablaban repetidamente del "exterminio"»[431].

Adoptando un postulado como este —la adecuación perfecta y permanente entre la palabra «exterminio» y cierto tipo de acción, el asesinato en masa— el historiador corre el riesgo de entrar en contradicción con las huellas que dejaron los actores. No le queda entonces nada más que echarles la culpa a ellos. Volvamos al caso Goebbels. El 20 de junio de 1941, dos días antes de la invasión de la URSS, como hemos visto[432], el ministro de Propaganda habló por primera vez en su Diario de la «profecía» pronunciada por Hitler dos

años y medio antes. El día anterior se había visto con Hans Frank, con quien se había entrevistado a propósito de la situación de los judíos en el Gobierno General y de las perspectivas de expulsión a corto plazo que abría la invasión de la URSS: «El Dr. Frank me habla del Gobierno General. Allí ya se alegran de poder expulsar a los judíos. El judaísmo se deteriora poco a poco en Polonia. Un justo castigo por haber exaltado a los pueblos y maquinado la guerra. El *Führer* también les había profetizado esto a los judíos»[433].

Lo que es de destacar en este pasaje es que, para Goebbels, la profecía de Hitler empezaba a existir verdaderamente a partir del momento en que parecía empezar a tomar un inicio de realización. Por decirlo de otra manera, era su performatividad lo que transformaba la «profecía» de Hitler en una «verdadera» profecía. Porque es necesario constatar que el ministro de Propaganda no se había tomado la molestia, en 1939, y dos años más tarde, en enero de 1941, cuando Hitler pronunció y después repitió su «profecía», de reproducir el contenido de la misma en su Diario o de aprobarla. Hasta entonces, cuando hablaba de profecías en el Diario, era porque acababa de sumergirse en la lectura de Nostradamus, porque la evolución del conflicto o de los condicionamientos meteorológicos le parecían impredecibles, o aún porque las previsiones —las «profecías»— de los enemigos se habían revelado, como era de esperar, infundadas[434]. La «profecía» de Hitler era por tanto el inicio de un simple eslogan que se podía utilizar, por ejemplo integrándolo en la película de propaganda antisemita *Der ewige Jude*[435].

Al imaginar asistir al inicio del cumplimiento de la «profecía» hitleriana, Goebbels, según Philippe Burrin, se equivocaba: «Vemos bien que no había comprendido exactamente la profecía de su jefe y que la interpretaba de una manera relativamente poco radical. Se ve bien también que aunque no concebía aún un exterminio, aceptaba la idea de una decimación»[436]. Con una lógica como esta, se podría emitir un reproche similar contra Josef Grohé, *Gauleiter* de Colonia. El 30 de septiembre de 1941, dos semanas después de que Hitler decidiera finalmente proceder a la deportación de los judíos fuera de

Alemania sin esperar al fin de la guerra, reescribió a su manera, sin malicia, la «profecía» hitleriana: se suponía que Hitler había profetizado la expulsión total de los Judíos de Europa»[437] (y no que terminaría, como él había dicho en verdad, con la «aniquilación de la raza judía en Europa). Y qué decir del informe del SD que resumía las reacciones populares ante el nuevo discurso de Hitler del 30 de enero de 1942, donde recordó su «profecía»: «El hecho de que los judíos estén de nuevo en el patíbulo y la insistencia sobre la frase del Antiguo Testamento, "Ojo por ojo, diente por diente", se interpretan como el anuncio de que el combate del *Führer* contra los judíos será llevado a cabo con consecuencias despiadadas, y que, en poco tiempo, el último judío habrá sido expulsado del suelo europeo»[438].

Podríamos multiplicar las citas que permitirían, al menos, cuestionar de nuevo nuestras evidencias, siguiendo así la vía trazada por los historiadores que, como David Bankier, han tenido la prudencia de advertir al lector ante la tentación de asignar un sentido invariable a «*vernichten*» o a «*ausrotten*»[439]: dos términos que se traducen sistemáticamente por «aniquilar» y «exterminar». Estas citas y estas precauciones son, sin embargo, insuficientes porque sabemos demasiado bien lo que quiere decir aniquilar o exterminar. En las páginas anteriores, de esta manera, recordando el asesinato sistemático, a mí también me ha podido ocurrir que hablara de exterminio.

Hay en esto una paradoja historiográfica particularmente impactante: es la saturación de nuestro conocimiento —y no su insuficiencia— lo que nos impide reconstruir de manera satisfactoria lo que podía significar la «profecía» de Hitler en realidad para sus contemporáneos. No, a lo que habría que llegar es a desaprender esas palabras tan fuertemente cargadas y comportarnos como si siendo unos lexicógrafos que ignorasen todo de la historia, debiésemos descubrir el sentido a través de los usos de ese periodo en concreto.

La dificultad resulta evidente: se desprende del silencio que ha rodeado la persecución y la eliminación de los judíos. Goebbels se abstenía, como señaló Herf, de darle un contenido al «exterminio del judío» o al «exterminio del judaísmo»: por retomar aquí las expresiones habituales de Hitler, quien no habló nunca del «exterminio de los judíos». Trabajando sobre un corpus muy amplio de fuentes procedentes de diversos servicios de propaganda, el historiador llegaba incluso a una generalización que, para el periodo que transcurre hasta el final de 1943, solo podríamos oponernos con reservas ínfimas[440]: «En la prensa alemana no se dijo ni una palabra de los campos de la muerte ni de los fusilamientos en masa [...] durante todo el periodo. Esta ausencia total de información sobre un componente u otro de la "solución final" debe ser considerada como uno de los mayores "éxitos" del liderazgo nazi»[441]. Llegando aún más lejos, podríamos también destacar que el silencio del régimen no solo abarcaba el asesinato de los judíos deportados, a partir de la primavera de 1942, sino también la misma deportación.

De hecho, en octubre de 1941, Goebbels dio indicaciones a la prensa de no comunicar esta operación[442]. Era conveniente evitar cualquier reacción popular de reprobación, como la que suscitó la introducción de la estrella amarilla unas semanas antes. Esta política de lo no dicho continuó durante los años siguientes y tenía por objetivo engañar a la población alemana, pero también a las potencias extranjeras. En septiembre de 1942, Goebbels quería censurar de esta manera la publicación *in extenso* del discurso pronunciado por Baldur von Schirach durante un «congreso de la juventud europea». El *Gauleiter* de la antigua capital austríaca, anotaba el ministro de Propaganda, se había alegrado públicamente de la «evacuación de decenas de miles de judíos de Viena hacia los guetos del Este». Un anuncio como este llegaba en mal momento: «Solo esta frase bastaría para poner en contra a toda la prensa

internacional, no solo en el campo enemigo, sino también en los países neutrales»[443]. Este pasaje, sin embargo, se publicó sin modificaciones en el *Völkischer Beobachter*: «Cada judío que actúa en Europa es un peligro para la cultura europea. Si debieran reprocharme haber expulsado a decenas y decenas de miles de judíos de esta ciudad […] al gueto del Este, yo respondería: veo en ello una contribución activa a la cultura europea».

Al comentar, en contradicción con la política oficial de comunicación sobre el asunto, el traslado en masa de los judíos a los guetos del Este, Schirach había dejado ver la manera en que él mismo se imaginaba ese traslado. El contenido que le concedía era relativamente benévolo. De hecho, se justificaba: «Si alguien me dijera: cómo puedes encerrar a Israel Löwenstein en el gueto del Este, significa un castigo terrible para ese hombre que ha comprado más de cien libros alemanes y por tanto debe ser considerado como un portador de cultura, entonces yo respondería: para mí no sería un castigo ser expulsado de un país extranjero para ir a vivir con otros compatriotas alemanes a una comunidad puramente alemana»[444].

Al mismo tiempo que callaba, salvo accidentes, lo que ocurría en el Reich, la prensa alemana habló en su momento de las diferentes medidas antisemitas que se llevaban a cabo en los países aliados de Alemania, como han recogido importantes estudios de David Bankier, Bernward Dörner o Peter Longerich. Este tratamiento diferenciado, por paradójico que pueda parecer, es fácil de explicar. El régimen alemán no podía, de hecho, ser considerado responsable de las acciones antisemitas en el extranjero, siendo evidente su rol en la persecución de los judíos bajo dominación alemana. Entraba así en el terreno de lo opcional hablar o no de las persecuciones contra los judíos, en el Reich o en otros lugares de Europa, las consideraciones de la política interior o exterior. Pero otro elemento entraba en las cuentas, uno aún más importante: estas referencias a las maquinaciones antisemitas de los aliados de Alemania y este silencio sobre las medidas alemanas encajaban en la estructura interna de la «profecía» de Hitler, que parecía que entonces se estaba cumpliendo

en todo el continente. De hecho, la profecía es un concepto que no se puede emplear sin reglas. De esta manera, si existe la posibilidad de llevar a cabo con facilidad la acción que se anuncia, no se puede, de ninguna manera, calificar ese anuncio de profecía. En cambio, cuando esa acción es realizada por agentes exteriores que uno no controla y que son movidos por deseos propios, entonces sí que se puede calificar el anuncio de «profecía». Numerosos artículos jugaron de manera implícita con este argumento que asociaba la información proveniente del extranjero con la «profecía» hitleriana[445].

Desde el mes de agosto de 1941, el *Deutsche Allgemeine Zeitung* recordó el proyecto de deportación de varias decenas de miles de judíos húngaros a los territorios soviéticos ocupados[446]. Se le concedió un gran espacio a finales del mes de octubre de 1941 a la respuesta pública que dio el mariscal Ion Antonescu, jefe del Estado rumano, al representante de la minoría judía, Wilhelm Filderman[447]. Este le imploraba a Antonescu que cesase el traslado de los judíos de Rumanía «a guetos preparados para ellos sobre el Bug», según la expresión del propio mariscal: este traslado equivaldría, escribía Filderman indignado, a «la muerte, la muerte, la muerte, la muerte de personas inocentes que no son culpables de nada, salvo de ser judías»[448]. Antonescu le rebatió un punto: no el hecho de que el traslado a Transnistria pudiera llevar a la muerte, sino que los judíos deportados fuesen inocentes, quienes estaban acusados de traición durante el periodo de la ocupación soviética. Los órganos de prensa alemanes señalaron también el refuerzo de la legislación antijudía húngara, la instauración del trabajo forzado para los judíos rumanos, una u otra medida en Bulgaria, Noruega, Italia, Croacia o Bélgica[449]. En Bucarest, dos diarios locales de lengua alemana publicaron, en agosto de 1942, una descripción muy completa de los proyectos de «expatriación» de la totalidad de los judíos rumanos a partir de octubre «a cualquier región del Este»[450].

Pero fue Eslovaquia la que se siguió con mayor regularidad por parte de la prensa alemana: en octubre de 1941, un diario hablaba de la expulsión de los judíos eslovacos de las grandes ciudades y su

agrupamiento en campos, a la espera de su «reimplantación definitiva tras la guerra»[451]; el inicio de las deportaciones al Gobierno General, en abril de 1942, tuvo una gran repercusión en Alemania; en verano, ya se sabía que solo quedaban cuarenta mil judíos en el país; en octubre, un nuevo artículo indicaba que cuatro quintos de los judíos habían sido deportados, y el resto concentrados en campos de trabajo; en enero de 1943, se hablaba, con más precisión aún, del 78 %[452].

De hecho, el programa de deportación de los judíos eslovacos al Gobierno General se encontraba en un punto muerto desde el verano de 1942[453]. Confrontado a los rumores sobre el destino reservado a los deportados en el territorio bajo dominación alemana, el Gobierno eslovaco exigió el envío de una misión a los guetos en los que los judíos estaban relegados para asegurarse de cuáles eran sus condiciones de vida. A lo largo de la primavera, habían sido deplorables, lo que conllevó una gran mortalidad, pero el cambio más importante tuvo lugar a principios del mes de junio, cuando los convoyes provenientes de Eslovaquia fueron simplemente desviados a Sobibor, donde se gaseó a los judíos en cámaras de gas[454]. La idea de una misión fue rechazada sin miramientos por la RSHA, por razones evidentes.

En lugar de la misión eslovaca, se contrató a un periodista, Fritz Fiala, para un reportaje de propaganda sobre los guetos —Sosnowitz y Bendzin[455]— pretendidamente parecidos a aquellos en que los judíos eslovacos conocerían la «belleza del trabajo». Se suponía que estos judíos trasladados vivían en condiciones más que envidiables en tiempo de guerra, recibiendo, por ejemplo, la misma ración de comida que en Alemania: «Todos los judíos declaran que son tratados de manera correcta y humana en todos los aspectos, y si algo les parece injusto es que no se encuentren allí ya todos los judíos de Europa». Fiala tomó también una serie de fotografías en entornos con figurantes escogidos especialmente para la ocasión. El reportaje, que además contenía numerosas consideraciones antisemitas, fue publicado en media docena de diarios eslovacos, uno de ellos en lengua alemana, *Der Grenzbote*[456].

El reportaje de Fiala sobre las «colonias judías recientemente creadas en las regiones del Este de Europa» también se publicó en los Balcanes en las páginas del *Donau-zeitung*[457]. En Francia, en diciembre de 1942, también se publicó en el *Pariser Zeitung*. En este último caso, se trataba evidentemente de darle la vuelta a la mala voluntad del gobierno de Vichy en lo relativo a la reanudación de las deportaciones y de calmar las inquietudes que estas suscitaron en particular en las iglesias francesas. Una vez más, la descripción era idílica. Fiala se había encontrado con judíos franceses en un campo de trabajo de Auschwitz. El periodista hacía decir a uno de ellos: «Quisiéramos que todos los judíos sin excepción viniesen con nosotros. Cuando esto suceda, de verdad se podrá decir que en Francia no falta realmente de nada; porque realmente costará encontrar algo por lo que quejarse de la vida y del trato que nos dan aquí»[458]. Se dio que este reportaje, que solo se publicó fuera de las fronteras alemanas, volvió al territorio del Reich. El 12 de diciembre de 1942, cuando las radios aliadas denunciaban con virulencia la política de exterminio de los judíos, el más vulgar de los diarios antisemitas alemanes, *Der Stürmer*, publicó unas fotos de Fiala en las que se podía ver a judíos viviendo cómodamente en los guetos del Este[459]. Otra foto de la misma serie fue reproducida en el mismo diario un semestre más tarde, el 26 de agosto de 1943. Esta publicación retomaba, en cierta manera, un artículo del 29 de julio en el que se describían los guetos como la solución permanente al problema judío en Europa[460]. En ese momento, los responsables de la ejecución de la «solución final» en Alemania consideraban que esta había concluido.

Dar por terminada la investigación constatando la ausencia de ocurrencias significativas que permitan determinar qué sentido darle

a este «exterminio» contra el pueblo judío sería algo fácil y al mismo tiempo un grave error. Es cierto que prácticamente nunca se hablaba en público del destino de los judíos alemanes. Y del de los judíos de los países aliados de Alemania, a pesar de las páginas anteriores, tampoco: el relato que propongo es, en cierta manera, engañoso. Todo esto se dijo, pero a lo largo de varios años, en distintos órganos, y ninguna de estas informaciones alcanzó los titulares. A alguien de la época le habría hecho falta anotar todo al detalle hasta el hastío para reunir el conjunto documental que los historiadores han construido *a posteriori*. Lo importante, sea como sea, es lo siguiente: mientras que el destino de los judíos permanecía en el silencio, Hitler, Goebbels, Göring y todo el aparato de propaganda alemán no dejaban de hablar del «exterminio» de otro pueblo: el pueblo alemán.

En el conjunto de sus discursos y anuncios públicos a lo largo de la guerra, Hitler empleó sesenta y cuatro veces la palabra «exterminio» («*Ausrottung*») o el verbo del que deriva. En cincuenta y cuatro casos, este «exterminio» amenaza al pueblo alemán o a alguno de sus componentes, o aún, después de 1941, a los pueblos que se habían aliado a él en una guerra de dimensiones apocalípticas. Solo habló cuatro veces de «exterminio» del «judaísmo» o «del judío»[461]. Por tanto, el vocablo «exterminio» era relativamente poco frecuente en Hitler[462] y estaba estrictamente reservado[463] a la evocación del combate escatológico que debía librar el Reich por su supervivencia. Porque, en la locura antisemita hitleriana, el pueblo alemán vivía bajo la amenaza constante de un «exterminio» deseado y orquestado por los judíos, quienes también eran amenazados, por esa misma razón, con el «exterminio».

Fue exactamente este esquema —un exterminio en lugar del otro — lo que Hitler explicitó en su «profecía» el 30 de enero de 1939: «Hoy quiero ser profeta de nuevo: si el dinero judío internacional dentro y fuera de Europa es capaz de precipitar de nuevo a sus pueblos en una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización del mundo, y por él la victoria del judaísmo, sino, por el contrario, la aniquilación de la raza judía en Europa»[464]. Dos años

más tarde, el 30 de enero de 1941, Hitler recordaba este discurso añadiéndolo como posdata el día que estalló la guerra: «Y no quisiera olvidar lo que ya dije una vez, el 1 de septiembre de 1939, ante el Reichstag alemán, lo de que si el resto del mundo era conducido a una guerra generalizada por el judaísmo, el conjunto del judaísmo dejaría de desempeñar su papel en Europa. Podéis reíros hoy de esto como antes os habéis reído de mis profecías. Los meses y los años por venir demostrarán que también esto lo vi con precisión»[465]. También con ocasión del aniversario de la toma del poder, el 30 de enero de 1942, volvió a vestir el hábito de profeta: «Tenemos claro que la guerra no puede terminar sin que el pueblo ario sea exterminado o los judíos desaparezcan de Europa. Ya dije el 1 de septiembre de 1939, ante el Reichstag alemán —y procuraré no aventurar profecías prematuras— que esta guerra no terminaría como piensan los judíos, es decir, con la exterminación de los pueblos arios europeos, sino que su resultado será la aniquilación de los judíos. Por primera vez emplearemos la vieja ley judía: "¡Ojo por ojo, diente por diente!"»[466]. Hitler repetiría aún su profecía en varias ocasiones en 1942 y 1943. Transmitida con insistencia por la propaganda, llegó a convertirse, a partir de otoño de 1941, en uno de los motivos centrales del discurso público. Habiendo escuchado a Hitler repetirla el 21 de marzo de 1943, Viktor Klemperer, antiguo profesor de filología latina en la Universidad Técnica de Dresde, excluido de todo empleo público por las leyes raciales y reducido a una vida de miseria, comentó en su Diario dos días más tarde: «Ha sido la típica cantinela del exterminio y de las victorias»[467].

Por tanto, la profecía hitleriana se basaba en una disyuntiva: el «exterminio del pueblo alemán» o el «exterminio del pueblo judío». Pero era más que una disyuntiva: una equivalencia implícita, reforzada por el uso del mismo vocablo. Hitler amenazaba con hacer sufrir a los judíos lo que supuestamente ellos planeaban para los alemanes: «Ojo por ojo, diente por diente». Y cada vez que hablaba del «exterminio del judío», para justificarlo, hablaba del que se cernía sobre los alemanes como contrapunto. A la inversa, Hitler no solía creer necesario referirse a su «profecía» cuando denunciaba los

proyectos enemigos de «exterminio del pueblo alemán», como atestigua la clarísima diferencia de frecuencia del uso de la palabra «exterminio» en sus discursos públicos si se trataba del pueblo judío o del alemán. Después de todo, lo que había que hacer era motivar a la población convenciéndola de que debía luchar con todas sus fuerzas y hasta el final: es decir, la victoria o el «exterminio». Es probable que, si le hubiéramos preguntado a un alemán de a pie en 1942 o 1943 qué era un «exterminio», hubiera dicho: lo que le quieren hacer los judíos a nuestro pueblo. Y que no le hubiese costado nada decir en qué consistía ese exterminio.

Porque mientras que en la esfera pública el «exterminio del judío» era una amenaza, un proyecto sin contenido, Hitler, sus esbirros y el aparato de la propaganda nazi no dejaban de describirles justamente a los alemanes en qué consistiría su destino en caso de derrota del Reich. Hasta verano de 1941, el fantasma mortífero seguía siendo relativamente confuso. El 1 de enero de 1940, Hitler asimiló, por deslizamientos sucesivos, la «aniquilación» y el «exterminio» de Alemania y del pueblo alemán con el «exterminio» del nacionalsocialismo y la «eliminación de su persona»[468]. Un mes más tarde, Goebbels habló de la voluntad de los enemigos ingleses y franceses de «aniquilar al pueblo alemán» procediendo al desmembramiento de Alemania como en 1648, tras la paz de Westfalia[469]. Fue casi por accidente, en julio de 1941, cuando la pretendida voluntad del enemigo de destruir Alemania se vio dotada de un contenido sustancial.

A principos del mismo año, un pacifista judío estadounidense, Theodore N. Kaufman, publicó un panfleto titulado: *Germany Must Perish!*[470] Kaufman era un simple marginal sin mucho éxito que odiaba la guerra y estaba obsesionado con la idea de la

esterilización. En 1939, era miembro de la asociación títere American Federation for Peace, cuyo objetivo era mantener a Estados Unidos fuera del conflicto europeo y que proponía la esterilización de todos los estadounidenses para prevenir la aparición de una nueva generación de «monstruos homicidas», de potenciales soldados[471]. En 1941, propuso esterilizar a casi todos los alemanes en un opúsculo autopublicado. Algunos periódicos estadounidenses[472] se hicieron eco con ironía del panfleto, y tardó varios meses en cruzar el Atlántico. Goebbels lo leyó en julio de 1941 con una mezcla de incredulidad y quizá de inquietud, como hemos visto[473]. El 24 de julio, escribió: «[En este libro] se plantea con mucha seriedad el exterminio, o mejor dicho la esterilización de todo el pueblo alemán. Por estúpido o absurdo que parezca, muestra, sin embargo, cuál es la condición mental de nuestro enemigo»[474]. Pero el ministro vio rápidamente el beneficio que podía extraer de ello: «Con este panfleto, hasta el más idiota [de los alemanes] puede entender lo que nos amenaza si llegamos a mostrarnos débiles»[475].

Es evidente que Goebbels creía haber accedido a la auténtica expresión de las intenciones del enemigo judío, aunque la propaganda añadiese cosas haciendo de Kaufman un personaje oficial, próximo del presidente de los Estados Unidos. Se llegó a decir: «En los círculos literarios judíos de Nueva York, [...] se vanaglorian de que el propio Roosevelt inspiró la tesis principal del libro y dictó personalmente los pasajes más importantes de esa obra vergonzosa»[476]. Con la aprobación de Hitler, Goebbels publicó una versión alemana del panfleto, con muchos comentarios, y rebautizado como *El objetivo de guerra de la plutocracia mundial*[477]. Esta edición de gran tirada se benefició de una gigantesca campaña de prensa, en septiembre de 1941, justamente en el momento en que la «profecía» hitleriana hacía su aparición como motivo recurrente de la propaganda. La voluntad judía de «exterminar» a los alemanes estaba clara. No era concebible que saliese impune.

Kaufman quería hacer desaparecer al pueblo alemán, al que creía, por naturaleza, belicoso. Pero, ¿cómo? «Naturalmente», escribió, «la masacre y la ejecución sistemática deben ser excluidas.

Además de ser impracticables cuando se aplican a una población de setenta millones de personas, tales métodos son incompatibles con las obligaciones morales y las prácticas éticas de la civilización. Solo queda una opción para librarse de las fuerzas mundiales de la Germanía [...]. Este método moderno, conocido por la ciencia bajo el nombre de esterilización eugénica, es al mismo tiempo práctico, humano y absoluto»[478]. Este pasaje es particularmente interesante, porque, si bien promueve la extinción del pueblo alemán «en dos generaciones», Kaufman rechazaba explícitamente el asesinato. El publicista estadounidense condensó en cierta manera, en un solo párrafo, las dos etapas que Himmler parecía haber franqueado en un año: en mayo de 1940, señalando como objetivo «la eliminación total del concepto de judío», explicaba que debía rechazarse «como contrario al espíritu germánico y como imposible el método bolchevique de exterminio físico de un pueblo» y privilegiando la idea de un traslado total a África; un año más tarde, financió un estudio de factibilidad de un método que terminaría con la extinción definitiva del pueblo judío sin pasar por el asesinato: la esterilización[479].

La idea no era, en el fondo, tan original, como atestigua la convergencia de ideas de estos dos hombres: toda Europa estaba impregnada de una cultura eugenista, a la cabeza de la cual estaba, por sus prácticas, la Alemania nazi. Cuatrocientas mil personas —a las que se consideraba indignas de reproducirse por motivos sociales o médicos— fueron legalmente esterilizadas durante el Tercer Reich[480]. Pero el paralelismo se acaba ahí. No hay ninguna medida común entre lo propuesto por el excéntrico estadounidense que, para suscitar la curiosidad de los periodistas que podrían hablar de su obra, les enviaba miniaturas de ataúdes de cartón[481] y Himmler, cuyas prerrogativas durante la guerra no dejaron de acrecentarse hasta convertirse en uno de los hombres más poderosos del mundo. Por un lado, por tanto, solo un fantasma, y por el otro, un proyecto político susceptible de alcanzar, de un día para otro, su realización.

Señalemos para terminar que el desarrollo de Kaufman sobre la cuestión de los métodos que se podrían emplear fue traducido sin

alteraciones en la edición alemana[482]. En ese «exterminio», al menos, no había lugar para el asesinato. Pero es cierto que el autor lo complementaba con otras medidas: desarme, trabajos forzados, reparto del país y anexión por los países vecinos, desculturalización, pillaje de las riquezas nacionales, etc. Algunas de estas pronto se convertirían en ideas recurrentes de la propaganda alemana para hablar de los proyectos judíos de «exterminio del pueblo alemán». Todo ocurre, en definitiva, como si los propagandistas nazis hubieran encontrado, reunidas en un solo opúsculo, casi todas las formas de «exterminio» que, creían, los amenazaban. *Germany Must Perish* era un conglomerado fantasmático, que aglutinaba además las proyecciones nazis y su intensidad.



Indudablemente, el asesinato formaba parte del repertorio nazi de las formas de «exterminio» que amenazaban al pueblo alemán, como atestigua el paratexto de *El objetivo de guerra de la plutocracia mundial*. Porque, para persuadir al lector de la autenticidad del panfleto y de la realidad de los objetivos que en él se expresaban, el editor Wolfgang Diewerge había recordado los «asesinatos perpetrados por los judíos»: «No seríamos el primer pueblo asesinado por los judíos. Una simple mirada a la historia muestra que desde los tiempos bíblicos y hasta los modernos, numerosos pueblos han desaparecido de la historia por ganarse la hostilidad de los judíos». Estas monstruosas acciones eran presentadas como hechos consumados a un público modelado por años de propaganda antisemita. Los únicos ejemplos de esa supuesta «voluntad de exterminio» habían sido extraídos de la época contemporánea. Así, por ejemplo, Diewerge recordaba la frase atribuida de forma apócrifa[483] a Clemenceau, según la cual había «veinte millones de alemanes de más». «Esto no es una frase, esto

amenaza con convertirse en una realidad» explicaba el propagandista[484] mientras recordaba los «millones de alemanes desaparecidos en la posguerra», esos «millones» de niños que no llegaron a nacer, las epidemias de suicidio y la hambruna amenazante. Sin embargo, la URSS ofrecía un ejemplo aún más demostrativo de esa mortalidad en masa. También se recordaba allí la hambruna, «intencionada» en este caso. Pero Diewerge se extendía sobre todo al hablar de las purgas: «Millones de hombres que pertenecían a la *intelligentsia* fueron masacrados. Los comisarios judíos desempeñaron un papel determinante en este asunto». Estos mismos comisarios que, ahora, amenazaban con sus fusiles a los soldados que no querían ir al frente. Y el comentarista concluía: «La lista de los asesinatos judíos es lúgubremente larga y, desde los tiempos descritos en la Biblia y hasta la Europa moderna, sobre cada enemigo de los judíos —fueran individuos o pueblos— siempre se ha cernido el asesinato»[485]. El asesinato e incluso el asesinato en masa también formaban parte, por tanto, en las representaciones antisemitas, del arsenal judío. Pero sus objetivos eran grupos específicos. Una limitación como esta no carecía de coherencia interna, como veremos.

En los años siguientes se fueron añadiendo nuevos motivos a este repertorio. En el imaginario nazi, la violación de las mujeres era un componente complementario del «exterminio» que amenazaba al pueblo alemán, como explicó por ejemplo Göring en marzo de 1943: «Esta vez se trata de saber si el pueblo alemán será definitivamente aniquilado como tal, y las infernales ideas de exterminio están claras del lado del enemigo. Basta con conocer una sola vez el odio de un judío, que se remonta al Antiguo Testamento, para saber lo que nos amenaza: ¡ah, si el judío pudiera vengarse de nosotros, qué creéis que les ocurriría a vuestras esposas, a vuestras hijas y a vuestras nueras? ¿Cómo creéis que se liberaría ese odio diabólico sobre el pueblo alemán?»[486]. Goebbels ya esgrimía esa misma amenaza seis meses antes, el 5 de octubre de 1942, en un discurso radiado y ampliamente recogido en la prensa: «¿Cuál sería el destino del pueblo alemán si no venciésemos en esta guerra? […] Ya sabéis muy

bien lo que les sucedería a nuestros hijos, lo que harían con nuestros hombres. Nuestras mujeres serían la presa de los judíos hedonistas y llenos de odio. Pueblo alemán, debes saberlo: si se pierde la guerra, serás aniquilado»[487]. ¿Qué les sucedería a los niños? Goebbels volvió a expresarlo en otro discurso, el 17 de noviembre: se les deportaría[488]. Incluso un artículo llegó a hablar de un supuesto plan de Churchill para quitarles los hijos de dos a seis años a las madres alemanas[489]. Hitler también amenazó con este fantasma en enero de 1943: «Los aliados pretenden llevarse a los niños alemanes»[490]. En otra versión publicada en febrero de 1943 en el *Völkischer Beobachter*, los hijos no serían arrebatados, ya que se pretendía condicionarlos mentalmente: «exterminar cultural y físicamente al pueblo alemán» suponía, efectivamente, más allá de la ruina económica, la liquidación del cuerpo de enseñanza y su reemplazo por profesores judíos, al tiempo que se cerrarían las universidades[491].

Pero la mayor forma de «exterminio» era indudablemente la reducción a la esclavitud, asociada de manera irrecusable al fantasma de una ocupación soviética y a una «bolchevización» de la sociedad alemana. El 26 de abril de 1942, durante su último discurso ante el Reichstag, Hitler describió al detalle el método de los judíos para «infectar» las sociedades: un método que, en caso de derrota, se llevaría a cabo en Alemania. Primero se eliminaría a las élites: «Lo que se ejecutó en Rusia en proporciones tan horribles, el exterminio de incontables millones de líderes, se llevará a cabo también en Alemania». En una segunda fase, los judíos «privan de sus derechos a la masa de millones de hombres para reducirlos a esclavos sin defensa o bien —como ellos mismos dicen— a proletarios expropiados, de manera que los llevarían, como masa fanatizada, a alentar la aniquilación de los fundamentos del Estado». Entonces Hitler pasó a una forma más espiritual de «exterminio»: «Lo que sigue es el exterminio de la propia inteligencia nacional y finalmente la eliminación de cualquier fundamento cultural que, como patrimonio genético, concede un valor intrínseco a ese pueblo o puede servir de recordatorio en el futuro. Lo que queda entonces es

lo animal del hombre y una capa judía que, llevada al poder, termina por destruir, como parásito, el medio favorable sobre el que medró»[492].

La asimilación del pueblo judío a un parásito y su estigmatización como explotador de pueblos, ya presente en *Mein Kampf*[493], constituía un elemento central del antisemitismo hitleriano. Y es esta característica esencial la que volvía incompatibles la caricatura antisemita y la idea de asesinar a toda una población. Incluso se podría defender, aunque nos sorprenda, que el «exterminio» del pueblo alemán que los propagandistas atribuían a los judíos suponía la supervivencia de la mayor parte de los alemanes. Porque, ¿a quién habrían podido parasitar o explotar si ya no quedaba un solo representante de ese pueblo vencido que habrían podido simplemente esclavizar? Claro que, siguiendo la lógica de Hitler, ese pueblo desaparecería por completo de todas formas, pero no antes de que los judíos lo hubieran explotado hasta el último extremo[494]. Es la razón por la que —instrumentalización aparte— se había hecho tanta publicidad del plan de esterilización de Kaufman: entraba en resonancia natural con las representaciones antisemitas vehiculadas por la propaganda desde hacía años[495]. Goebbels lo admiraba: «Realmente [Kaufman] no nos podría haber ayudado más ni mejor aunque le hubiésemos encargado el libro»[496].

Ninguna de las formas de «exterminio» explicitadas en el discurso público era asimilable a un asesinato sistemático o indiscriminado. El «exterminio» del pueblo alemán a manos de los judíos, en las fantasmagorías nazis, sería el resultado de la combinación de ciertas formas. Hitler dijo el 30 de mayo de 1942: «Si este enemigo ganase, el pueblo alemán sería aniquilado. La barbarie asiática se implantaría en Europa. Las mujeres alemanas

serían la presa de esas bestias. La élite sería masacrada. Todo lo que porta en nosotros los rasgos de una humanidad superior sería exterminado y aniquilado. No podemos hacer otra cosa, debemos hacer esta guerra»[497]. Y el 21 de marzo de 1943: «Su objetivo […]: el exterminio de todos los pueblos conscientes de su ser nacional en el continente europeo y, el primero entre ellos, nuestro propio pueblo alemán. Que, con este objetivo, en Inglaterra y Estados Unidos los periódicos, los parlamentarios, los portavoces del pueblo y los literatos preconicen como principal objetivo de guerra la destrucción del Reich, el secuestro de los hijos de nuestro pueblo, la esterilización de la juventud masculina, etc., o bien que el bolchevismo lleve a la práctica sin más dilación la masacre de grupos enteros de hombres, mujeres y niños, todo ello es la misma cosa»[498].

Y podríamos seguir, ya entrada la guerra. Hitler, 26 de mayo de 1944: «Hemos entrado en un combate a muerte. Si nuestros adversarios salen victoriosos de este combate, el pueblo alemán será exterminado. El bolchevismo masacrará a millones, millones y millones de nuestros intelectuales. Quien se libre de una bala en la nuca será deportado. Los niños de las clases altas serán secuestrados y eliminados. Todo esto ha sido orquestado por los judíos»[499]. De nuevo, Hitler, 1 de enero de 1945: «Conocemos a través del pasado y de la situación presente los objetivos de nuestros enemigos. Lo que los hombres de estado angloamericanos prevén para el Reich alemán, lo que los dirigentes bolcheviques y, a fin de cuentas, los judíos internacionales que están detrás de todos ellos preparan como medidas contra el pueblo alemán, ya lo sabemos. La ejecución exitosa de este programa conllevaría no solo la destrucción total del Reich alemán, sino además el traslado de quince o veinte millones de alemanes al extranjero, la reducción a la esclavitud del resto de nuestro pueblo, la perversión de nuestra juventud alemana, y también la hambruna para todos nosotros»[500].

Sin que debamos sorprendernos por ello, la importancia del tema del «exterminio» del pueblo alemán en caso de derrota podría atestiguarse en gran número de citas de discursos públicos de altos

responsables nazis, en extractos de prensa[501]. Este tema, de acuerdo con sus promotores, debía garantizar la cohesión del pueblo, la adhesión al régimen y a sus objetivos y la persecución de la guerra hasta su fin último. A pesar de la cantidad de cosas que explicitaba, el supuesto proyecto judío de «exterminio» no se describía como un proyecto de asesinato sistemático e indiscriminado. Sin embargo, había algunas, muy raras, excepciones. Incluso en un Estado autoritario como el régimen nazi, la propaganda no estaba del todo unificada. Algunas voces podían distinguirse por su radicalismo.

De manera evidente, Robert Ley, jefe del Frente Alemán del Trabajo, era a menudo más brutal que Hitler o Goebbels en sus discursos o en sus escritos. En mayo de 1942, en un discurso en Holanda que se retransmitió en Alemania también, explicó que el traslado no constituía, a su modo de ver, una respuesta satisfactoria al «problema judío», ese «gran peligro de la humanidad»: «Si no llegamos a exterminarlos, perderemos la guerra. Llevarlos a otra parte no es suficiente. Es como si quisiéramos encerrar a un piojo en una caja. Encontraría el modo de salir y volvería para carcomernos de nuevo. Hay que aniquilarlos, hay que exterminarlos por lo que le han hecho a la humanidad»[502]. Un año más tarde, en mayo de 1943, reiteró sus convicciones en un discurso ante seis mil trabajadores, emitido por la radio y retomado en la prensa, en el que habló del «odio infernal» de los judíos respecto a Alemania y la necesidad imperiosa de enfrentarlo: «Debemos ganar porque queremos vivir. Nunca habrá un acuerdo para salir de la guerra. Una paz acordada sería peor que un hundimiento, porque las torturas del sádico judaísmo nos conducirían a la muerte»[503]. De manera similar, el ideólogo antisemita SS Johann von Leers podía escribir en ese mismo momento: «Entre los judíos y nosotros se trata de quién sobrevivirá. Si vencen los judíos, todo nuestro pueblo será masacrado como los agentes de la policía polaca en el bosque de Katyn»[504]. La masacre de Katyn entraba sin duda en la categoría de «exterminios» objetivados únicamente contra las élites, por la concurrencia de oficiales del ejército polaco, pero Von Leers

intentaba a pesar de todo convencer a cada alemán de que podría acabar bajo las balas soviéticas.

En ambos casos, la exacerbación del peligro que amenazaba a los alemanes tenía como contrapunto explícito o implícito una radicalización del destino prometido para los judíos. Después de haber recordado el combate a vida o muerte en que se hallaba el Reich, Ley explicaba de esta manera, en un acceso de franqueza sin igual: «Juramos no desistir nunca de esta lucha hasta que el último judío haya sido aniquilado en Europa y esté muerto»[505]. Es cierto que Ley era conocido por sus excesos. Ya en mayo de 1936 había sido capaz de afirmar en un discurso público: «El judío no puede ser solo aniquilado en nuestro pueblo, y no descansaremos mientras los judíos no hayan sido eliminados del mundo entero»[506].

Sin embargo, Ley y Von Leers, dos oradores del exceso, expresaban a su manera una tendencia evidente de la propaganda nazi, en ocasiones expresada en directivas: exagerar el peligro para reforzar el fanatismo en el combate. En enero de 1943, Goebbels explicó de manera interna que la propaganda debía promover dos mensajes: «1) Podemos y debemos ganar la guerra; 2) Si perdemos esta guerra, nos dejaremos todos el pellejo»[507]. El primer punto, el día antes de la caída de Stalingrado, estaba lejos de ser asequible. En cuanto al segundo, hería, en cierta manera, el sentido común. Justamente da testimonio de que, a excepción de algunas voces discordantes, los servicios de propaganda y los más altos responsables del Reich, Hitler el primero, daban al «exterminio» planificado de los alemanes un contenido mucho más complejo y menos criminal que el asesinato sistemático. El mismo Goebbels era incapaz de dar forma a esas órdenes suyas en sus discursos. En un artículo publicado en *Das Reich* en julio de 1943, subrayaba que la cuestión de la guerra era «la victoria o la aniquilación», reconociendo al mismo tiempo que la «aniquilación» del pueblo alemán aún prometía un destino, ciertamente poco envidiable, pero a largo plazo: «La derrota en este combate no solo conducirá a una desgracia inimaginable a la generación hoy viva, sino que, lo que es mucho más grave, aniquilaría en tal medida nuestra sustancia como

pueblo que este no sería capaz, en un futuro previsible, del menor movimiento vital»[508].

Sin embargo, este mensaje había terminado por calar, de manera subliminal, en los últimos meses de guerra. Por temor, la población fue uno con el régimen hasta el final. El 4 de enero de 1945, Viktor Klemperer reflexionaba las causas de esta fidelidad: «[Los nazis] no le deben solo a su tiranía la capacidad de reunir a la masa a su lado. Más bien a [ese eslogan] tan repetido: "El enemigo, y en particular los bolcheviques, quieren aniquilaros, literalmente mataros"»[509]. Lo que sorprende no es la constatación, sino la forma de la misma. ¿Pensaba de verdad Klemperer que todos los alemanes temían ser asesinados? ¿O se estaba contentando con reproducir los eslóganes de la propaganda sin pretender saber cuál de sus componentes era el más eficaz? Pero, entonces, ¿de qué eslóganes hablaba? Tres días antes, como hemos visto, Hitler había descrito en otros términos el destino apocalíptico destinado a los vencidos: «La destrucción total del Reich alemán, el traslado de quince o veinte millones de alemanes al extranjero, la reducción a la esclavitud del resto de nuestro pueblo, la perversión de nuestra juventud alemana, pero también la hambruna para todos nosotros»[510]. Este mismo esquema complejo, tan diferente de un asesinato sistemático, es el que se ordenaba a la prensa que describiera, a mediados de febrero, cuando se hablaba de «la intención [judía] de llevar a buen puerto el exterminio total del pueblo alemán»[511]. La explicación más lógica es que para Klemperer «aniquilar» había terminado por adquirir un nuevo sentido que suplantaba al que explicitaba la propaganda; volveremos sobre ello. Sea lo que sea, lo importante aquí es que en enero de 1945 un verbo como «aniquilar» era aún lo bastante ambiguo como para obligar a un filólogo preocupado por hacerse entender a precisar qué acepción estaba empleando[512].

En *Pesquisa sobre Piero*, Carlo Ginzburg no solo añadió una nueva regla —el principio de economía de las hipótesis— a las que había fijado Salvatore Settis para la interpretación rigurosa de un cuadro. También condensó dos reglas en una sola. En origen, el segundo axioma del paradigma («las piezas deben componer un diseño coherente») se descomponía de la siguiente manera. Regla 2: «El conjunto debe tener sentido: si un pedazo de cielo encaja perfectamente en medio de una pradera, sin duda su lugar está en otra parte». A esta coherencia intrínseca basada en la continuidad de la imagen se unía una coherencia estilística (regla 3): «Un grupo compuesto por Blancanieves y los Siete Enanitos claramente no figura en una escena de un velero corsario; por tanto debe pertenecer a otro puzle, aunque parezca encajar aquí sin dificultad»[513]. Si, en los dos casos, se trata de proceder a una verificación de la coherencia, resulta necesario constatar que este planteamiento no apela al mismo tipo de conocimiento. Cada uno podrá señalar la anomalía en el acabado del paisaje, mientras que se requiere un mínimo de cultura o, digamos, de erudición para destacar la incongruencia de una representación de Blancanieves en un barco corsario. Pero esta distinción concuerda con otra: en la regla 2, la pieza está mal colocada dentro del conjunto; en la regla 3, no está en el conjunto correcto. Es esta última la que nos permite comprender mejor lo que ocurrió, en la historiografía, en lo relacionado con la palabra «exterminar». Estimando, de manera equivocada, que el «exterminio» no podría designar la misma cosa cuando hacía referencia a los judíos que a los alemanes, habíamos creado conjuntos artificiales que impedían la resolución correcta del problema.

Al final de la sección sobre «las amenazas públicas de muerte contra los judíos», que se basaba en el mismo tipo de fuentes que las que se han puesto en marcha aquí, al historiador Bernward Dörner le preocupaba de pronto el sentido que pudiera tener la palabra «aniquilación» que había citado tan a menudo en las páginas anteriores. De acuerdo con su demostración, en la esfera

del discurso público se había hablado mucho del destino de los judíos y «de una manera apenas velada». Escribió entonces: «Que una noción como "aniquilación" en esta época ya no se empleaba ni comprendía de manera metafórica queda comprobado en otros contextos». Los tres ejemplos de los que se hablaba habían sido extraídos de la prensa regional del segundo semestre de 1943. Hablaban de tres grupos de resistentes: «En las montañas de Montenegro, las tropas alemanas, italianas, búlgaras y croatas han rodeado y aniquilado a bandas fuertes durante semanas de combates»[514]. A partir de abril y mayo de 1943, usos como estos bastarían a los lectores de la prensa alemana para *saber*, deducía Dörner, de «la muerte de los judíos que se encontraban bajo dominación alemana».

De hecho, aniquilar —al igual que exterminar— también significaba matar. Pero este sentido, en el caso de los dos verbos, estaba relegado a grupos relativamente restringidos. La noche del 20 de julio de 1944, unas horas después del atentado que casi le cuesta la vida, Hitler intervino brevemente en la radio para acabar con cualquier rumor. En esa ocasión declaró que quería «exterminar» a los autores, quienes habían tramado un complot con el objetivo de «suprimir[lo] y exterminar [con él] al mismo tiempo el Estado Mayor y la dirección de la Wehrmacht»[515]. El sentido aquí es unívoco, pero tiene que ver con grupos limitados de personas: los que se encontraban en el barracón con Hitler cuando explotó la bomba y «todo un pequeño grupo de oficiales ambiciosos, sin escrúpulos y al mismo tiempo criminales e idiotas». También se podría citar este otro discurso del 12 de noviembre de 1944 que muestra mejor aún la oposición entre el destino de una nación y el de un grupo específico. Hitler apartaba toda idea de capitulación para las naciones involucradas en la guerra «por su existencia o su inexistencia», pues el resultado no sería una «salida a bajo coste de una crisis sin comparación en la historia», sino, al contrario, el exterminio seguro e inevitable de los pueblos en cuestión y, de esa manera, también la aniquilación de sus responsables»[516]. Si bien la «aniquilación» de los dirigentes era fácilmente asimilable a la

liquidación física, el «exterminio» del pueblo, evidentemente, no lo era: y esta diferencia no venía del empleo de una u otra palabra, sino del conjunto del que se hablaba. Los ejemplos aportados por Dörner, sobre bandas específicas, remiten igualmente a esta acepción específica. Pero no son pertinentes para determinar el significado de la palabra cuando, de manera mucho más frecuente y sin cambios notables hasta el hundimiento del Reich, estaba asociada a un pueblo, a una nación, a un país o a todo un continente.

La cuestión que debe plantearse aquí, a mi modo de ver, es la siguiente: ¿por qué Dörner no escogió, entre los numerosos ejemplos de los que disponía, los relacionados con las acciones que, por sus dimensiones o su importancia simbólica, habrían sido comparables a la «aniquilación» de los judíos? O, por decirlo de otra manera, ¿por qué desestimó los casos extremadamente frecuentes en los que el concepto de «aniquilación» remitía a los pretendidos proyectos judíos de destrucción del pueblo alemán? La paradoja quiere que estos casos hayan sido citados a menudo por historiadores que estudian la circulación de información sobre la masacre del pueblo judío. Pero no forman parte de la narración principal y solo se habla de ellos para ilustrar aspectos anexos: la preparación psicológica de la población respecto a una u otra medida antijudía que correría el riesgo de afectarla[517] o la justificación implícita de la «solución final»[518]. La respuesta me parece que debe ser la siguiente: porque es de recibo pensar que los dos «exterminios», el del pueblo alemán y el del pueblo judío, no tienen nada que ver el uno con el otro. Es sabido que no pertenecen al mismo rompecabezas.

Se podrán discutir las razones de un estado de las cosas como este. La principal reside en que los dos «exterminios» de los que se habla de manera conjunta en la profecía de Hitler conocieron ejecuciones en contraste. La amenaza de «exterminio» del pueblo alemán dejó de existir *ipso facto* con el final del conflicto, aunque el destino de Alemania, entre las violaciones masivas perpetradas por los soldados soviéticos y el reparto, fuera severo, mientras que la

realidad del exterminio de los judíos era confirmada por múltiples fuentes y ocupaba un lugar cada vez mayor en el discurso público. Pero, ¿cómo incluir en un mismo grupo, aunque solo fuera semántico, los fantasmas perversos de una propaganda totalitaria y un genocidio reconocido? Esta elección no reflexionada ha contribuido en gran medida a empobrecer de manera duradera la riqueza polisémica de la palabra «exterminar», reducida únicamente a su acepción genocida.

Planteemos las cosas de otra manera. Estos discursos públicos que explicitan el contenido de un «exterminio», en este caso el del pueblo alemán, dieron forma a un concepto: el concepto de exterminio. Este concepto era complejo e integraba medidas de distintos órdenes en la imagen del concepto de genocidio. En realidad, fue a partir de la reflexión sobre las prácticas nazis de «exterminio» en el mismo momento en que estas se estaban llevando a cabo cuando el jurista Raphael Lemkin definió el concepto de genocidio. «De manera general», escribió en 1944, «el genocidio no conlleva necesariamente la destrucción inmediata de una nación, salvo cuando se realiza a través de la ejecución de todos los miembros de una nación. Su significado es más bien el objetivo de diseñar un plan coordinado de diferentes acciones para destruir los fundamentos esenciales de la vida de grupos nacionales, con el fin de exterminar a esos mismos grupos. Los objetivos de un plan como este podrán ser la desintegración de instituciones políticas y sociales, de la cultura, de la lengua, de los sentimientos nacionales, de la religión y de la existencia económica de grupos nacionales y la destrucción de la seguridad personal, de la libertad, de los bienes, de la dignidad e incluso de las vidas de individuos que pertenecen a estos grupos»[519].

El concepto de Lemkin fue integrado tras la guerra en la legislación internacional por la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio adoptada en 1948 por las Naciones Unidas. Es el artículo segundo lo que definía el crimen: «El genocidio se entiende como uno de los actos siguientes cometido con la intención de destruir, en su totalidad o en parte, a un grupo

nacional, étnico, racial o religioso como tal: a) asesinato de los miembros del grupo; b) atentado grave contra la integridad física o mental de los miembros del grupo; c) sumisión intencionada del grupo a condiciones de vida que conlleven su destrucción física total o parcial; d) medidas con el objetivo de obstaculizar la natalidad del grupo; e) traslado forzado de niños de un grupo a otro grupo».

Las dos definiciones, como vemos, están muy alejadas del sentido que ha terminado por tomar la palabra «genocidio» en el lenguaje coloquial. En la lengua de todos los días, utilizamos esta palabra para hablar del asesinato planificado de la totalidad de miembros de un grupo. Pero este asesinato sistemático es solo una entre otras modalidades de «genocidio», entendido en este caso en su acepción conceptual o jurídica. Respecto al concepto de exterminio, se desarrolló un fenómeno idéntico durante y sobre todo después de la guerra: se encontraba reducido a su forma más extrema, la que ni siquiera los propios nazis se atrevían a formular en público, el asesinato sistemático e inmediato. Las otras formas, que sin embargo se habían llevado a cabo y de las cuales se había hablado en detalle, quedaban eliminadas en beneficio de esta; ya no parecía que hubiera tenido lugar ninguna otra forma de «exterminio» salvo el asesinato.

Porque la evolución semántica no solo marcó la lengua en formación, sino que también tuvo un efecto retroactivo sobre la lengua pasada. A menudo, para el desprecio de la experiencia de los testigos, se ha querido creer que la univocidad del «exterminio» era anterior a su acepción nazi. Y nos hemos privado así de explorar la manera en que se pudo dar la vuelta al imaginario creado por la propaganda a propósito de los proyectos de «exterminio» del pueblo alemán cuando se trataba de imaginar en qué podía consistir el «exterminio del judío». En esto nos aplicaremos a partir de ahora: en comprender de qué manera, en Alemania, en el curso de la misma guerra, se imaginaba el «exterminio del judío».

CAPÍTULO V

COMPRENDER EL «EXTERMINIO DEL JUDÍO»

En su crucial estudio sobre la opinión pública alemana durante el nazismo publicado en 1995, el historiador David Bankier resumía, para criticarla, la tradición que prevalecía entonces respecto a la naturaleza y la circulación de la información sobre el asesinato de los judíos durante la guerra: «Un punto de vista comúnmente extendido entre el público, pero también en numerosos trabajos científicos, consiste en decir: generalmente se sabía muy poco sobre el exterminio y en Alemania solo circulaban rumores no probados sobre la suerte de los judíos»[520]. Esta concepción se basaba en particular en una carta de Helmut von Moltke, opositor del régimen y futuro conspirador del 20 de julio. Dirigida a su mujer, tenía fecha de marzo de 1943: los alemanes «siguen creyendo que solo se está excluyendo a los judíos y que continúan con sus vidas en el Este más o menos igual que antes en Alemania».

Pero esta ceguera, señalaba Bankier, no era solo de los alemanes. También encontramos que algunos supervivientes judíos alemanes tenían una experiencia similar. Uno de ellos, Hans Rosenthal, dijo no saber nada de campos de exterminio hasta después de la guerra; un segundo, Bruno Weil, que había ejercido funciones importantes en el seno de la comunidad judía y, «por ello, debía tener acceso privilegiado a la información», indicó que solo supo del destino real de las deportaciones al final de la guerra, cuando estaba interno en Theresienstadt.

El tercer testigo convocado por el historiador israelí era una de las figuras más importantes del judaísmo alemán, el rabino Leo Baeck, presidente desde 1933 de la Reichsvertretung der Deutschen Juden, la organización de representación de las judíos alemanes. Él también confesó tras la guerra que se enteró de las gasificaciones muy tarde, en Auschwitz, varios meses después de su deportación a Theresienstadt en enero de 1943. Auschwitz debe entenderse aquí de la misma manera que en el título de esta obra, es decir como una instalación industrial que da testimonio de un asesinato sistemático (que Baeck, una vez informado, decidió ocultar a la población del gueto). Una cronología como esta iba a la contra de las hipótesis del historiador que, siguiendo el ejemplo del único caso documentado, el de Baeck, se propuso evidenciar «las debilidades de los testimonios de posguerra como fuentes creíbles para la construcción de la realidad histórica».

Bankier proseguía: «Quizá [Baeck] no supo nada de Auschwitz, pero lo que les sucedía a los deportados no podía ser un secreto para él». Y presentaba dos hechos en contradicción aparente con el discurso del gran rabino. Este contó, de hecho, el caso de la mujer aria de un judío deportado a Lodz que había acompañado ilegalmente a su marido antes de regresar a Berlín. Ella le contó a Baeck «lo que pasaba en el Este», según la expresión acuñada por Bankier, que situaba el suceso antes del final de 1942. Por otra parte, un colaborador del responsable de la Reichsvereinigung, Jacob Jacobson, explicó que le había presentado a su superior a un oficial alemán que quería informarlo de las «masacres». Para el historiador, no hay lugar a dudas: «Un gran número de testimonios dados durante y después de la guerra por alemanes y judíos, y por los diarios escritos del momento, llevan a concluir que largas porciones de la población alemana sabía o bien sospechaba lo que sucedía en Polonia y en Rusia»[521].

Voluntario o no, había un deslizamiento entre el principio del razonamiento y su final. Los testimonios de Moltke y de Weil hacían ver una amplia ignorancia en lo referente al destino de los judíos alemanes deportados. A lo que Bankier contestaba, con toda la

razón, con un amplio conocimiento de lo que sucedía en el Este, «en Polonia y en Rusia». Sin embargo, en las representaciones de la época, el destino de los judíos alemanes deportados y el destino de los judíos del Este eran, a mi entender, dos eventos distintos, al menos hasta cierto punto. La lectura de Bankier se desprendía de un silogismo más o menos consciente que ya hemos podido ver en otros autores[522]: los judíos alemanes eran deportados al Este; en el Este, los judíos locales eran asesinados; por tanto los judíos alemanes deportados debían haber sido exterminados al llegar a las provincias orientales.

La pertinencia de este razonamiento es dudosa, por varias razones que examinaremos sucesivamente. De entrada, no hace justicia al testimonio de Baeck, mucho más comedido de lo que Bankier quería creer: «Así», dijo, «he sabido que el destino de los judíos enviados al Este era la esclavitud o la muerte»[523]. Este terrible resumen, como veremos, se ve confirmado por lo que podemos reconstruir de la manera en que Baeck se imaginaba, efectivamente, el destino de los judíos deportados al Este. Lo que es más, esta representación encajaba, en conjunto, con el verdadero destino de los judíos alemanes a lo largo de 1942, que era ligeramente distinto del de los judíos no alemanes en el oeste y en el sur, así como en el este.

La idea de una política de asesinato sistemático que asimilamos a la «solución final» era en cierta medida extraña para los contemporáneos, como señala con precisión Frank Bajohr: «Lo que a día de hoy se designa de manera general como el "Holocausto" y que, en retrospectiva, tiene la apariencia de un proceso criminal homogéneo, hermético y con un desarrollo coherente fue, en la realidad histórica, una concatenación, a lo largo de varios años, de masacres y asesinatos que se desarrollaban en paralelo a una condena a trabajos forzados y que dejaba una panorámica compleja y en un principio difícil de descifrar»[524]. Importar sin precaución en este periodo nuestra representación de este conjunto de hechos constituye un anacronismo problemático.

Retomemos las informaciones que llegaron a Leo Baeck. El primer testigo, Jacob Jacobson, apenas pudo aportar nada sobre el destino de los judíos deportados en la medida en que hablaba, por lo que se podía apreciar, del destino de los judíos polacos. Jacobson explicaba en sus memorias: «Lo que sucedía en Polonia no era un secreto para mí. Un día estaba trabajando en la oficina y se presentó un lugarteniente. […] Quería que le presentase a Leo Baeck. Lo conduje inmediatamente ante el doctor Baeck […]. Creo que este oficial tenía la intención de aclarar los pensamientos del doctor Baeck respecto a las masacres en Polonia»[525]. Es probable que el lugarteniente hablase del Gobierno General, aunque ignoremos, por falta de datación o de información más precisa, a qué conjunto de hechos se remitía. Quizás el informador habló de los asesinatos por fusilamiento en Galitzia Oriental de otoño de 1941: en este territorio anteriormente soviético y pronto anexionado al Gobierno, las fuerzas de seguridad habían provocado decenas de miles de muertes en algunas semanas, como venía sucediendo desde el verano en los territorios soviéticos ocupados[526]. O bien hablaba del asesinato de los judíos polacos en Belzec y en los otros campos de la operación Reinhardt a partir de marzo de 1942, que había conocido una aceleración fulgurante a partir de julio.

Respecto al segundo testimonio, las cosas son mucho más complejas. Baeck databa el encuentro con el segundo testigo alrededor del verano de 1941, describiendo todo un proceso de ejecución que solo se había utilizado contra los judíos en diciembre de 1941 en Chelmno. Probablemente, como suele suceder, Baeck se equivocó por un año: esta mujer había debido abandonar «Polonia» para regresar a Berlín en 1942, quizá durante el verano[527]. Pero este error de datación no es lo único extraño del relato. El propio desarrollo de los acontecimientos no es del todo coherente. Esta mujer había acompañado a su marido deportado. En la medida en que había hablado de camiones de gas, solamente utilizados en Chelmno, fue en Lodz donde se despidió el matrimonio. Allí, ya «en Polonia», la habían separado de su marido. Baeck lo encadenaba

explicando que había visto a judíos hacinados en camiones que volvían vacíos: los camiones de gas.

Sin embargo, la instalación de Lodz y las observaciones de ese trajín no podían haber sido consecutivas. Las deportaciones de judíos alemanes a Lodz se produjeron entre mediados de octubre y principios del mes de noviembre de 1941, mientras que las primeras gasificaciones tuvieron lugar a principios de diciembre. Por tanto, habían tenido que pasar varias semanas. Pero la distorsión cronológica quizás es aún más importante en la medida en que Baeck había concluido, a partir de la declaración del testigo, que «el destino de los judíos enviados al Este es la esclavitud o la muerte». Porque, a lo largo de los primeros meses, solo se había matado a judíos polacos en Chelmno y los responsables locales habrían debido esperar a mayo de 1942 (y a una autorización específica de Heydrich[528]) antes de poder gasear también a los judíos alemanes en los camiones del sitio de exterminio, los que habían sido deportados a Lodz seis meses antes. Este recuerdo decisivo de Baeck combinaba así pues, condensándolos, varios momentos diferentes que se extendían durante varios meses.

Por tanto, había una parte de reconstrucción en los recuerdos del gran rabino. Sin embargo, la manera en que se acordaba de lo que sabía en aquel momento es, a nivel global, verídica. No dijo, como sospechaba Bankier, que ignorase el asesinato de algunos judíos a su llegada. Tampoco debió saber que todos los judíos alemanes, como implicaba Bankier, eran exterminados a su llegada, ya que, en realidad, no lo fueron. Baeck solo sabía que al final de la deportación estaba «la esclavitud o la muerte». Y, a lo largo de ese periodo, se trató mucho más a menudo de esclavitud que de muerte, como veremos ahora.

Resulta sorprendente —o no tan sorprendente, en realidad— que Bankier no apelase a otros hechos en su refutación. Es del todo verosímil que Baeck, de hecho, fuera informado del asesinato de los judíos alemanes deportados en los seis convoyes de finales de noviembre de 1941 a Riga y a Kaunas. Como hemos visto, es probable que estos fueran masacrados por error, en contradicción con las ordenes dadas por Himmler[529]. Las ejecuciones se interrumpieron en su práctica totalidad en lo sucesivo[530]. Después del 13 de enero de 1942, por tanto seis semanas después de los hechos, Klemperer, en Dresde, anotó en su Diario: «Paul Kreidl me cuenta —es un rumor, pero anunciado por diferentes frentes como creíble— que los judíos evacuados a Riga, uno tras otro, según iban bajando del tren, eran *fusilados*»[531]. Fue Klemperer quien subrayó la palabra «fusilados» para hacer sentir mejor su incredulidad y su horror. El 26 de enero, un responsable de la comunidad cultural judía de Berlín, Hermann Samter, contaba por su parte en una carta el «rumor ampliamente difundido» según el cual «los judíos deportados a Kaunas y a Riga han sido asesinados»[532]. La información sobre el destino de los deportados alemanes, como podemos apreciar, era cada vez más precisa, ya que los dos lugares de ejecución ya eran conocidos en aquel momento.

A principios del mes de febrero, Margaret Sommer, encargada en la diócesis de Berlín de la ayuda a los judíos (en particular a los bautizados), transmite a los obispos la información de la que dispone. Solo había noticias de los judíos deportados a Lodz, pero la correspondencia se había detenido desde enero de 1942. Nadie había recibido ninguna carta de los judíos deportados a Kaunas, pero los alemanes que volvían de esa ciudad habían contado unas semanas antes: «No solo los judíos de la amplísima comunidad judía de Kaunas están siendo fusilados por decenas de miles, sino también los judíos alemanes deportados allí»[533]. Ante la evidencia de la ausencia de correo de los judíos deportados a Riga, Minsk, Kaunas e incluso Lodz y la información sobre los fusilamientos, el obispo de Osnabrück, Wilhelm Berning, anotó el 5 de febrero: «Sí que existe un plan para exterminar a la totalidad de los judíos»[534]. La frase es

contundente. Sin embargo, a partir de informaciones comparables a esta, Baeck no extrajo las mismas conclusiones a corto plazo que Berning en ese principio del mes de febrero.

Porque las cartas de los judíos alemanes deportados al Este empezaron o volvieron a empezar a llegar. La interrupción de los intercambios postales con Lodz era el resultado de una prohibición de la comunicación impuesta el 16 de enero de 1942, el momento en que se enviaron los primeros convoyes de judíos polacos del gueto al campo de exterminio de Chelmno. Esta prohibición se levantó el siguiente 15 de mayo, pero las únicas correspondencias que pasaron la censura fueron las cartas preimpresas[535]. Por aquel entonces se hablaba en Berlín de las cartas de contrabando enviadas por correo militar de deportados de Minsk y Riga[536]. Llegaron gran cantidad de cartas provenientes del Gobierno General, donde se deportó a decenas de miles de judíos alemanes a partir de marzo[537]. Los intercambios postales desde este territorio quedaron prohibidos para los judíos por la RSHA a mediados de mayo de 1942, aunque se haya demostrado que se mantuvieron hasta el verano[538]. Por otra parte, en marzo de 1942, Margaret Sommer estaba en condiciones de informar a Berning de que ya no había más ejecuciones masivas en Minsk y de que las condiciones de vida en el gueto de Riga no parecían «del todo desfavorables»[539]. Se basaba en la información transmitida por no judíos, siendo Riga una región por la que solamente podían circular los correos militares[540]. Por tanto, lo más razonable es plantear que en Berlín al menos habían terminado por convencerse del carácter ocasional de las masacres de Riga y Kaunas y de su pobre representatividad. Baeck, por tanto, había pensado que algunos convoyes conducían a fosas comunes mientras que otros, en mayor número, solo efectuaban un «traslado».

De hecho, este es uno de los elementos chocantes de la ejecución de la «solución final». El destino de los judíos alemanes había sido, hasta diciembre de 1942, muy distinto del de los judíos del resto de Europa. Volvamos atrás. La campaña de deportación lanzada en octubre de 1941 llegó precedida, como hemos visto, por varias tentativas de traslado o de expulsión de judíos alemanes fuera

de las fronteras del Reich a partir de octubre de 1939. Estas se habían efectuado en varias direcciones —hacia Nisko, en Polonia, hacia Lublin, hacia el sur de Francia, hacia el Gobierno General— y habían afectado a más de quince mil judíos en total. Ninguno de estos judíos deportados fue asesinado a su llegada. Es evidente que estos episodios diversos desempeñaron un papel importante en la percepción de Baeck y de otros de la nueva campaña de deportación de otoño de 1941[541]. Cinco mil judíos del Reich y cinco mil del protectorado de Bohemia-Moravia fueron deportados entre octubre y noviembre de 1941 a Lodz, donde fueron instalados en el gueto[542]. Siete mil judíos fueron enviados a Minsk en los meses de noviembre y diciembre siguientes, donde se les alojó en el gueto vaciado ya de una parte de los judíos locales, que habían sido asesinados[543]. A esto siguieron una serie de deportaciones a Kaunas y a Riga a partir del 12 de noviembre, que se saldaron con tres masacres, las del 25 y 29 de noviembre en Kaunas y la del 30 de noviembre en Riga. En total, seis mil judíos fueron asesinados, siguiendo una lógica que los historiadores aún discuten a día de hoy, pero en contradicción, como he dicho, con las órdenes de Himmler[544]. En la veintena de convoyes que siguieron, hasta febrero de 1942, no hubo ejecuciones, salvo excepciones[545]; se encerró a los deportados en el gueto de Riga, este también vaciado de parte de sus habitantes.

Entre marzo y junio de 1942, veintinueve mil judíos del Reich fueron deportados al Gobierno General. Hasta finales del mes de mayo, simplemente se les reinstaló en distintos guetos. En junio, cuatro convoyes de judíos alemanes fueron dirigidos o redirigidos a Sobibor, a veces tras la selección de un pequeño grupo de deportados[546]. Pero anteriormente los asesinatos se habían reanudado en Minsk, donde diecisiete mil fueron deportados entre mayo y octubre, de los que la mayoría fueron asesinados a su llegada. Del mismo modo, se asesinó a su llegada a la mayoría de los cinco mil judíos deportados a Riga entre agosto y octubre. Auschwitz recibió también un pequeño número de convoyes entre mayo y junio provenientes de la región de Gleiwitz y, en julio, de Viena. En total, el número de deportados a este campo era sin duda

inferior a dos mil. Por otra parte, un convoy que salió de Darmstadt alcanzó Treblinka a principios del mes de octubre. Por el contrario, en el mismo periodo, durante esos cinco meses que van de junio a octubre, cuarenta mil judíos del Reich fueron transferidos al «gueto modelo» de Theresienstadt.

En resumen, ciento siete mil judíos del Reich fueron deportados «al Este» entre octubre de 1941 y noviembre de 1942 sin que conocieran la muerte al llegar (lo que no cambiaba en nada su destino final). Pero, en este tiempo, se asesinó a otros treinta y cinco mil judíos alemanes inmediatamente después de bajar del tren, la mayoría de ellos en el curso del segundo semestre de 1942. Al mismo tiempo, los judíos polacos y rusos eran asesinados de manera sistemática, mientras que se enviaba a todos los convoyes provenientes de Francia, Bélgica, Holanda y Croacia a Auschwitz. Pero los judíos alemanes constituían un caso aparte.

La afirmación de Bankier de que Baeck no podía no conocer el destino de los deportados —o, lo que es lo mismo, su ejecución al llegar— es puesta en tela de juicio por los datos documentales de los que disponemos, tanto relacionados con los conocimientos del responsable judío[547] como con el destino real de los deportados. Sin embargo, el historiador convocó el caso de Leo Baeck para esclarecer la fragilidad de los testimonios como fuentes históricas: «Es más que un ejemplo suplementario sobre la capacidad de la memoria para inducir a error. Probablemente nos enfrentemos aquí a un caso típico de rememoración modelada por una memoria selectiva y los valores y conocimientos de la posguerra. Por tanto se requiere la mayor de las precauciones para utilizar este tipo de fuentes. No podemos fiarnos de ellas si no concuerdan con indicios extraídos de otro material»[548]. En realidad, podríamos anular este análisis insistiendo en la reticencia del historiador a creer al testigo cuando su testimonio se aparta no solo de los hechos en sí mismos sino de la reconstrucción historiográfica que él mismo ha elaborado y que está fijada por las concepciones memorialísticas de su época.

Ahora conviene intentar reconstruir, desconfiando de las certezas demasiado precipitadas, la manera en que el pueblo alemán, judío y no judío, respondía a estas deportaciones durante este mismo periodo. Tomaremos la precaución de señalar, en primer lugar, la extremada escasez de documentos que hablen de gasificaciones en el periodo al que nos referimos y hasta otoño de 1942[549]. Pero esta afirmación no es tan paradójica como pueda parecer en la medida que muy pocos judíos alemanes, como acabamos de ver, fueron gaseados. Esto explica a su vez que los escasos rumores sobre gasificaciones sean particularmente delicados de analizar. Sin embargo debemos intentarlo.

Los distintos sucesos que marcan el relato que narraremos a continuación podrían ser clasificados con arreglo a varios criterios. Sería posible presentarlos de manera estrictamente cronológica, o teniendo en cuenta la ciudad en la que se observaron. Yo, por mi parte, prefiero presentar los datos respecto a su posición en lo relativo a las deportaciones: antes de que tuvieran lugar, los participantes estaban en una fase de pura anticipación donde se entremezclan distintos tipos de información y temores; después de la deportación, podemos distinguir dos fases: el periodo más o menos largo durante el que las personas que se quedaron no tuvieron noticia de los deportados, y el periodo en que las noticias, buenas o malas, terminaron por llegar. Comencemos por la secuencia anterior al suceso.

El 1 de diciembre de 1941, un funcionario anotó la reacción de la población de Münster ante la próxima deportación de los judíos de la ciudad: «La noticia ha dado lugar a discusiones airadas. La mayoría de clientes [de las cafeterías visitadas] se encuentran del todo satisfechos con la medida. Todos los judíos irán a grandes campos de trabajo al Este para que puedan trabajar en ellos y liberar los alojamientos que tanto necesita la ciudad de Münster. Está bien, está bien, dicen repetidamente a mi alrededor al enterarse de que se cuenta con luchar contra la escasez de viviendas [...]. También en las casas, a la luz de la lámpara de petróleo, me reciben los

rumores. En la ciudad, las mujeres también parecen estar vivamente interesadas por el rumor de la evacuación de los judíos. Pocos habrán dicho en la ciudad que echarán de menos a los judíos, ya que los judíos son culpables de la guerra»[550].

Unos días más tarde, el 6 de diciembre, el servicio de seguridad de Minden recogió una reacción más mitigada: «La evacuación de los judíos de la localidad suscita una gran inquietud en gran parte de la población. De hecho, la mayoría de la gente comparte dos puntos de vista. Por un lado, temen que esto exponga a nuevos males a muchos alemanes que viven en países todavía neutrales, como Estados Unidos […]. Por otro, transportar a personas al Este sería una cuestión muy delicada en pleno invierno, con todos los peligros que conllevaría. Habría que contar con que muchos judíos correrían el riesgo de no sobrevivir al transporte. A esto se añade que los judíos que acaban de ser evacuados eran por lo general personas que llevaban muchos años viviendo aquí. Muchos creen que esta decisión es demasiado dura para muchos judíos»[551]. Disponemos aún de otro informe de este mismo servicio, escrito menos de una semana después, que ya muestra una evolución de la percepción de las deportaciones: «Se cuenta que todos los judíos serán deportados a Rusia […]. En Rusia, se les pondrá a trabajar en antiguas fábricas soviéticas, mientras que los ancianos y los enfermos serán fusilados»[552].

Esta serie breve pero excepcional de informes sobre la reacción de la población alemana muestra sin ambigüedad que buena parte de lo que sabían las poblaciones locales se desprendía de informaciones compartidas por los servicios de seguridad encargados de esto mismo. En la construcción de la imaginería del «exterminio del judío», las indicaciones de las autoridades policiales a los responsables locales, judíos o no, ya habían desempeñado un papel nada desdeñable, aunque los historiadores apenas las han tenido en cuenta. La alusión a la lucha contra la escasez de viviendas constituye por tanto una astucia de la Gestapo, empleada en diferentes ciudades para dar una justificación estrictamente material a un acto altamente político[553]; además, esta explicación era

susceptible de ser bien acogida por una amplia mayoría de la población y de hacerle aceptar mejor las deportaciones. Pero también debemos considerar que las alusiones a «grandes campos de trabajo» «en el Este», a esas «antiguas fábricas soviéticas» «en Rusia» provenían directamente de los miembros del servicio de seguridad. De entrada eran coherentes respecto a lo que se sabe de los proyectos formados en esas mismas fechas por la RSHA en lo relativo a los judíos deportados[554] y que, como hemos visto, Heydrich le había explicado a Goebbels[555]. Los miembros locales de la Gestapo, que ya habían sido informados en una gran reunión que tuvo lugar en Berlín el 23 de octubre, habían dejado que se filtrasen estas informaciones a escala local. Esta misma información se encontraba en los informes sobre el estado de la opinión que el SD redactaba sobre el terreno. A veces añadían rumores espontáneos.

Así, la indicación, en el segundo informe de la Gestapo de Minden, de que los judíos ancianos y enfermos serían fusilados no podía provenir, a mi modo de ver, de los servicios de seguridad. Aunque se trate de una cuestión que aún hoy es objeto de debate, no creo que se puedan encontrar en esta época elementos que atestigüen la existencia de un esquema criminal así, a nivel central, en Berlín, relacionado con los judíos alemanes. Porque la RSHA había decidido que precisamente no se deportaría al Este a esas «personas ancianas» ni a esos «enfermos» de los que en Minden se pensaba que serían fusilados al llegar. Eichmann había indicado el día 23: «Ni los enfermos ni las personas seniles, sin tener en cuenta su edad, deben ser evacuados»[556]. En Viena, en ese mismo momento, los responsables judíos recibían instrucciones para preparar las «listas de traslado para la reinstalación»: no debían figurar en ellas, entre otros, «los residentes de hogares de ancianos, los ciegos, los inválidos al cien por cien ni las personas muy enfermas»[557]. Una exención como esta encajaba en los planes de la RSHA, según los cuales estas categorías serían enviadas más adelante a un «gueto modelo», a Theresienstadt.

Los rumores de Minden —si bien eran locales, como conjeturo al destacar que no figuran en los informes de ningún otro lugar— se

basaban en la concepción errónea de que todos los judíos alemanes, sin distinción de edad o de estado de salud, serían deportados al Este. Y esto seguía una lógica: ¿por qué deportar a los judíos improductivos, ancianos o enfermos, si se estaba presentando la deportación como una reducción al trabajo forzado? Sin embargo, a medida que los soldados volvían de permiso, las masacres de los *Ostjuden* cometidas en los territorios conquistados iban siendo cada vez más conocidas entre la población. En Minden se había resuelto la contradicción intrínseca de la deportación de los improductivos al imaginar su asesinato al llegar.

Otro rumor, más tardío, recogido en Berlín en el mes de septiembre de 1942, parece obedecer a la misma lógica. Un berlinés, Friedrich Munding, informaba a un interlocutor sobre una escena que parecía haber tenido lugar en un hogar de ancianos judíos, de «viudas»: «Hubo conversaciones sobre el supuesto destino [de estas viudas] y se comentó con un fatalismo sobrecogedor que, desde hacía poco tiempo, los transportes no iban más lejos [*sic*], desde el punto de vista del transporte, y que las personas serían gaseadas dentro de no mucho, lo que claramente era el método de asesinato más humano»[558]. Este pasaje, bastante oscuro, merece varios comentarios. En primer lugar, podemos suponer que el rumor se apoyaba en una modificación de los procedimientos de deportación. Hasta junio de 1942, los judíos de Berlín eran deportados regularmente al Este, en convoyes que llevaban en torno a un millar de personas. Después de esta fecha, los convoyes de esta importancia fueron los menos, mientras que se multiplicaron otros de menos pasajeros, quizá menos visibles, que iban a Theresienstadt. Entre principios del mes de junio y finales de septiembre, todos los días laborables o casi, salía de Berlín un convoy con unas cien personas en dirección a este gueto[559]. Este cambio de *modus operandi* venía dado por dos hechos: una prohibición de transporte de convoyes no militares al Este[560] y la puesta en marcha de la tan aplazada deportación al «gueto modelo» de Theresienstadt. Estas deportaciones sobre todo concernían a los judíos ancianos o enfermos, es decir, a los judíos no válidos para el

trabajo, hasta entonces excluidos de los planes de deportación. Este es otro de los elementos importantes de los que hablaba Munding: las personas que se *imaginaba* que serían gaseadas eran personas ancianas judías; se *ignoraba* a todas luces que fueran a ser deportadas a menos de trescientos kilómetros de Berlín, a una «reserva» especialmente destinada a ellos, Theresienstadt[561].

Por tanto, la imaginería del asesinato se inicia aquí, con la doble singularidad de las deportaciones: por razones de transporte, no podían ir hacia el Este; siguiendo una lógica comparable a la observada en Minden, afectarían a las personas mayores excluidas de cualquier proceso de sometimiento a trabajos forzados. En lo que respecta a las alusiones a las gasificaciones, es posible imaginar que suponen un primer eco de la ejecución a ritmo acelerado de centenares y centenares de miles de judíos polacos en los campos de la operación Reinhardt. Pero también es posible, como veremos, separar esta alusión de cualquier referencia a un hecho contemporáneo y considerarla como la importación a la política antijudía de rumores surgidos en otro contexto.

Por tanto, la carta de Munding no constituye, desde mi punto de vista, un indicio suficiente para dar cuenta de un cambio en la percepción de las deportaciones. En sentido contrario, la asimilación de la gasificación al «método de ejecución más humano» constituye un elemento probatorio importante en lo relativo al extendido conocimiento de los asesinatos por fusilamiento —«métodos» menos «humanos»— que venían perpetrándose en el Este contra los judíos desde hacía más de un año.



«Aparte de algunas palabras sobre un mapa, no hemos tenido noticias de Posen desde hace dos semanas y media. Se sabe que las condiciones de vida en Polonia vienen siendo terribles desde hace

tiempo en todos los aspectos: hambruna, epidemia, miseria, frío, y allí es donde deben ser evacuados veinte mil judíos alemanes o, mejor dicho, donde están siendo evacuados. Y con el único objetivo de hacerlos desaparecer de manera segura y terrible»[562]. Estas palabras, con fecha de 4 de noviembre de 1941, aparecen en el diario íntimo de Tilly Cahn, una alemana no judía casada con un judío alemán. Confirman claramente la importancia de la información procedente de las instancias locales, visible por su conocimiento de la dimensión de esa primera fase del programa de deportación y del carácter transitorio de la instalación en Polonia. En ese momento hacía dos semanas y media que el primer convoy de judíos alemanes había salido de Viena en dirección «al Este», no hacia Posen sino hacia Lodz. El 20 de octubre, otro convoy con dirección a Lodz salía de Fráncfort, donde vivía la familia Cahn. En pocas frases terribles, Tilly Cahn consignó sus temores. La deportación, para ella, no era el asesinato, sino la muerte a corto o a largo plazo.

De hecho, no había necesidad de masacres para diezmar a los judíos en gran medida. El 13 de diciembre de 1941, sin saber qué hacer con los judíos alemanes deportados a Minsk, el comisario general de Rutenia, Wilhelm Kube, describía con total franqueza su previsible destino: «Los propios judíos [deportados] morirán sin duda en las próximas semanas de hambre y de frío. Para nosotros constituyen un peligro de epidemia considerable, porque evidentemente están tan expuestos como nosotros, alemanes del Reich, a la contaminación por una de las veintidós epidemias que asolan Bielorrusia. Para ellos no hay vacunas disponibles»[563]. De los veinte mil judíos deportados a Lodz entre octubre y noviembre de 1941, 2.730, es decir el 10 %, ya habían muerto —de muerte «natural»— a finales del mes de abril de 1942. Para finales del mes de diciembre de 1942, esta cifra se elevaba a 4.260[564] (mientras que una decena de miles de judíos alemanes estaban siendo asesinados en los camiones de gas de Chelmno). Las condiciones de vida de los judíos deportados fueron igual de espantosas en Minsk, en Riga y en el Gobierno General[565]. En definitiva, conviene recordar que, hasta mediados del año 1942, la mayor experiencia de mortalidad en masa

en los territorios bajo dominación del Reich tenía que ver con los presos de guerra soviéticos: en unos meses, más de dos millones de ellos habían muerto de hambre, de frío o de enfermedad en los campos en que habían sido encerrados.

Unas semanas después que Tilly Cahn lo hiciera, el 30 de noviembre de 1941, otra diarista, la periodista de origen judío Lili Hahn, se preocupaba en su diario por el destino de los judíos: «Se filtra lentamente un rumor que detiene nuestros corazones. Los judíos de los dos últimos traslados [desde Fráncfort] habrían sido supuestamente gaseados en un túnel cerca de Minsk»[566]. Hasta donde yo sé, el rumor transcrito por Lili Hahn y aquel del que hablaría Munding diez meses más tarde son los dos únicos casos citados por los historiadores sobre el rumor que antes de finales de otoño de 1942 hablaba de la gasificación de los judíos deportados[567]. Aquí, las especulaciones sobre el destino de los judíos evacuados no tenían que ver con la edad, es decir, su capacidad para soportar el trabajo forzado, sino simplemente la ausencia de noticias: se creía que habían sido asesinados. El 30 de noviembre se cerró la muy breve secuencia en la que, en Kaunas y en Riga, los convoyes de judíos habían sido exterminados a su llegada. Lili Hahn probablemente no hacía circunloquios sobre estos asesinatos, aunque el último de los tres convoyes hasta entonces salidos de Fráncfort había sido efectivamente masacrado en Kaunas: es difícil imaginar que la noticia ya fuera conocida. No, este pasaje da más bien testimonio de un fenómeno por el que una inquietud —el posible asesinato de los judíos deportados— se encarna, como lo ha demostrado David Bankier, en un rumor preexistente relacionado con la gasificación, pero la gasificación de otras categorías de víctimas.

A partir de 1940, la gasificación pasó a formar parte del repertorio de métodos de asesinato empleados por el Estado, y nadie ignoraba este hecho. El asesinato de los enfermos mentales en cámaras de gas, desde 1939, era lo bastante conocido entre la población como para que, bajo la presión de las protestas, y en particular la del obispo Clemens von Galen, el programa fuera suspendido en agosto por Hitler[568]. El motivo específico de la

gasificación en un túnel había surgido en un contexto bastante similar a mediados de septiembre de 1941: los servicios secretos británicos en Bale y en Ginebra informaron sobre la realidad del testimonio de un ferroviario, que indicó que un tren que llevaba soldados alemanes heridos habría sido gaseado en un túnel por alemanes[569]. En los dos casos, los enfermos mentales y los soldados gravemente heridos, se trataba de víctimas alemanas, no judías, cuya vida se entendía arbitrariamente que era «indigna de ser vivida». Este motivo de la gasificación en túneles cambió en lo sucesivo a otra categoría de víctimas, al menos potenciales: los judíos deportados cuyo asesinato ya se temía. El vínculo entre el asesinato de los enfermos mentales y los temores sobre los judíos deportados queda ilustrado de manera ejemplar en una frase de Tilly Cahn en noviembre de 1942. Se preocupaba por el destino de los deportados: «Lo peor es justamente que no tengamos ninguna noticia de allí. Seguro que no es buena señal. Y cuando no queda comida, saben muy bien cómo arreglarlo con la gasificación (como con los enfermos mentales) o con otros métodos»[570].

Sin embargo, debemos señalar que el rumor recogido en el diario de Lili Hahn en noviembre de 1941 iba a permanecer confinado durante un año, hasta el momento en que, a partir de diciembre de 1942 y de la información aliada sobre los asesinatos en Polonia, se difundió de manera mucho más masiva[571]. El temor fantasmático e infundado, en su origen, fue alcanzado de alguna manera por la evolución de la «solución final». Porque el gas, efectivamente, que formaba parte del arsenal criminal del Tercer Reich, había terminado por conformarse, a excepción de la anécdota del túnel, como la realidad de la masacre.

Queda una configuración, de la que ya hemos hablado en el caso de Leo Baeck, en la que se evaluaba el destino de los deportados partiendo de informaciones contradictorias. Por un lado, noticias positivas o ninguna noticia. Por otro, información sobre la ejecución de judíos deportados, como acabamos de ver en el caso de Berlín y podríamos mostrar también respecto a Hamburgo[572] o Fráncfort. En esta última ciudad, Edwin van d'Elden, antiguo secretario de la cámara de comercio estadounidense, había estado interno durante tres meses a principios de 1942 y fue expulsado de Alemania en mayo. Recogió por escrito la información que pudo antes de su partida. Habían salido cinco convoyes de la ciudad. Uno había llegado a Lodz; del otro no tenía información. Los tres convoyes restantes se suponía que se habían detenido en medio del campo, en algún lugar de Polonia, y allí mismo habían fusilado a los deportados[573].

Se trataba en este caso, sin la gasificación, de una variante de las inquietudes formuladas por Lili Hahn ya a propósito de los judíos de Fráncfort. Efectivamente, cinco convoyes habían salido de Fráncfort desde el octubre anterior: uno para Lodz el 20 de octubre de 1941, uno para Minsk el 11 de noviembre, uno para Kaunas el 22 del mismo mes y finalmente dos para Izbica, en el Gobierno General, en mayo de 1942[574]. Pero estos convoyes no habían sido masacrados a su llegada; con la excepción, como hemos visto, del de Kaunas. La noticia del asesinato de los judíos deportados en esta ciudad había dejado suponer, por error, que al menos dos de los otros convoyes, de los que no se tenía noticias, habían corrido la misma suerte. Esta aprehensión, resultado de lo que los judíos de Fráncfort podían saber por otros medios del destino de los *Ostjuden*, suscitó en la ciudad una alta tasa de suicidios entre los judíos que recibían el aviso de deportación[575]. De esta manera resulta claro que lo que sabían sobre el destino de los convoyes podía variar en función de la geografía —Fráncfort no es Berlín[576]— y de la función del informador —Van d'Elden no es Baeck[577].

El testimonio de Van d'Elden lo muestra a su manera: la inquietud de los judíos se acrecentaba, a imagen de la de Viktor

Klemperer, quien se preguntaba angustiado en su diario del 12 de abril de 1942: «¿Y los evacuados? ¿Aún viven? Hace meses que no se sabe nada»[578]. El 4 de julio supo de la muerte de un conocido: «Siento poca piedad por Estreicher, pero el espanto me hace temblar como por todos los demás. A este lo han liquidado en tres días, a otros al cabo de un año: pero nadie regresa, literalmente nadie»[579]. Tres días más tarde, de nuevo: «Indudablemente la pena es la muerte. Nadie vuelve nunca»[580]. Pero sería precipitado concluir, acumulando las citas de un solo diario, que todos los judíos esperaban un destino tan funesto. Porque, pese a estar carcomido por la inquietud, Klemperer seguía confuso. La derrota de Stalingrado, en enero de 1943, le parecía ser de mal augurio para los judíos, como anotó el 27 de febrero de 1943: «Ahora, y para siempre, ya no podemos esperar que ningún judío regrese vivo de Polonia. Los matarán antes de la retirada. Es más, hace mucho tiempo ya que la gente cuenta que muchos deportados ni siquiera llegan vivos a Polonia. Los gasean a todos en vagones para el ganado durante el trayecto». Se trata, en esta última frase, de una reminiscencia del rumor sobre las gasificaciones en los túneles, y el filólogo aseguraba que circulaba desde hacía tiempo y de forma muy extendida. Sin embargo, no había bastado para hacer comprender a Klemperer que, a partir de cierto momento, todos los judíos habían sido asesinados. Imaginaba que su muerte estaba aún por venir, cuando la situación militar se degradase aún más. Esperaba, creía que una buena parte de los deportados estaban aún vivos[581].

Muchos otros, sin duda, querían creer también que la deportación quizá no condujera a la muerte, como lo documenta trágicamente Bernward Dörner en el caso de Sara H., en Düsseldorf. El 15 de junio de 1942, esta se había presentado en la Gestapo: acababa de recibir su aviso de deportación para el 15 de junio siguiente y quería que su hijo la acompañara. Este tenía un padre ario y se encontraba por tanto protegido de la deportación en cuanto que *Mischlinge* de primer grado. El procedimiento era complejo: debía abandonar la Iglesia confesante en que había sido bautizado y adoptar la confesión judía. Ella explicó: «Queremos permanecer

juntos el mayor tiempo posible y por esta razón iremos juntos en el traslado de los judíos»[582]. No sabemos si el chico pudo acompañar a su madre finalmente. El convoy del 15 de junio llegó el día 19 a Sobibor, donde los deportados fueron exterminados. Sara H., evidentemente, no supo nada de las cámaras de gas en el Gobierno General. Ella ni siquiera imaginaba que la deportación pudiera conducir a la muerte, a medio o corto plazo.

Evidentemente, para los alemanes no judíos, la cuestión de las deportaciones se planteaba de una manera del todo distinta. Tilly Cahn, en noviembre de 1941, lo escribió sin ambages: «La inmensa mayoría de nuestros compatriotas siguen viviendo satisfechos consigo mismos sin tener la menor idea de la clamorosa injusticia que tiene lugar allí»[583]. Vimos en el caso de Minden que las inquietudes podían sin embargo salir a la luz, de vez en cuando, tanto en relación a las víctimas de las medidas como sobre las repercusiones que estas podrían tener para los alemanes, y en particular para los que vivían en el extranjero. Por eso mismo, reacciones como estas debían ser relativamente extrañas, y sin duda cada vez más infrecuentes a medida que las deportaciones al Este se banalizaban: al principio, sorprendidos, se hacen preguntas; después, ya ni se le presta atención. La deportación de los judíos era, en suma, un elemento menor en la vida de los alemanes en el curso de una guerra que también estuvo marcada por los gigantescos desplazamientos de población. En febrero de 1942, 166.881 prisioneros de guerra soviéticos ya habían sido desplegados en los campos alemanes para reemplazar a los granjeros alemanes que habían partido al frente: un número superior al del conjunto de judíos alemanes deportados en 1942[584]. A finales del mes de noviembre de 1941, sesenta mil trabajadores polacos del distrito de

Galitzia Oriental ya habían sido trasladados al Reich, y cien mil para abril de 1942[585]. De abril a diciembre de 1942, el plenipotenciario general para el trabajo, el *Gauleiter* Fritz Sauckel, consiguió transferir al Reich 1,4 millones de trabajadores civiles soviéticos, esto es alrededor de cuarenta mil por semana[586]. En el punto álgido, durante el verano de 1944, el número de trabajadores forzados empleados en Alemania ascendió a 7,4 millones[587].

En otoño de 1942, un psicólogo alemán, Michael Müller-Claudius, llevó a cabo de manera artesanal un sondeo sobre la política antijudía entre sesenta y un miembros del partido nacionalsocialista. Abordaba el asunto de manera oblicua, lanzando un cebo en medio de una entrevista de temas generales: «Y el problema judío sigue sin solucionarse. No se sabe absolutamente nada de la manera en que podrían haber pensado la solución». Esta investigación ha sido utilizada en repetidas ocasiones, en particular por Ian Kershaw, para evaluar la posición de la población ante la persecución de los judíos[588]. Esta solo encontraba una aprobación franca entre el 5 % de los encuestados: una proporción tanto más destacable en la medida en que se trataba de nazis convencidos que se habían unido al partido antes de 1933, y no de alemanes «ordinarios». En casi el 70 % de los casos, el interrogador observó ciertas reservas respecto al asunto. En el 26 % de los casos, finalmente, notaba una cierta o franca desaprobación.

Lo que resulta interesante de esto es el hecho de que, según Müller-Claudius, «ninguna de las personas interrogadas creía visiblemente en la realización del derecho [*sic*] a la aniquilación racial, realización que ya se había puesto en marcha y con gran brutalidad»[589]. Citando esta frase, Peter Longerich extrae la conclusión, a mi entender excesiva, de que en el momento de la investigación «él mismo tenía visiblemente una idea del destino real de los judíos». De hecho, no sabemos muy bien cuándo se redactó esta constatación extraída de la introducción del libro: está claro que la investigación se llevó a cabo en otoño de 1942, pero el estudio se publicó seis años más tarde, en 1948. Unas páginas antes, Müller-Claudius citaba además una circular del partido, con fecha de 9 de

octubre de 1942, que no pudo conocer hasta después de la guerra. Sobre todo, constataba que la circular «callaba de forma notoria […] el hecho consumado de que los judíos estaban siendo exterminados de manera planificada», lo que da testimonio de la evidente utilización anacrónica de categorías de pensamiento más tardías.

La pregunta preliminar que lanzaba Müller-Claudius está muy cerca del núcleo de este capítulo. ¿Qué contenido se atribuía en Alemania a la política antijudía, cómo se entendía el verbo «exterminar»? De manera destacable, solo tres miembros del partido comulgaban plenamente con una política de «exterminio». Respondieron a la primera cuestión de la siguiente manera: «El *Führer* ha decidido y prometido que los judíos serán eliminados. Lo llevará a cabo»; «Es responsable ante la humanidad de liberarnos de los judíos»; «Está claro que la desaparición de los judíos es un objetivo de guerra que debe realizarse para que la victoria final esté asegurada». El psicólogo, suponiendo sin duda que el «exterminio» era en este caso preciso el asesinato, sorprendía a sus entrevistados a contrapié: «Pero, ¿acaso no dejan de decirnos, contrariamente, que [los judíos] están concentrados en campos para los trabajos de guerra?». Los testimonios no mostraban ninguna perturbación ante esta objeción: «No es una contradicción. Tienen que trabajar para la guerra, pues es el judaísmo internacional la que la ha fomentado»; «Es una medida de guerra, pero naturalmente no se trata de una solución definitiva»; «Provisionalmente. También deben tomar parte en la guerra total». El psicólogo retomaba la palabra: «¿Dice usted por tanto que hay aún otra solución esperando a después de la guerra?». Müller-Claudius recibió las siguientes respuestas: «Por supuesto. Después de la guerra, la raza judía debe dejar de existir»; «El *Führer* dispondrá la manera en que serán destruidos»; «Después de la guerra, los judíos serán utilizados para la reconstrucción y después se les esterilizará».

En los dos primeros casos citados, es posible, pero no cierto, que los miembros del partido pudieran tener en mente un asesinato total. Pero, como hemos visto y como el tercer testigo nos recuerda, el «exterminio» podía adoptar otras formas: por ejemplo la

esterilización, que precisamente había constituido uno de los motivos principales de la campaña de propaganda sobre los supuestos proyectos judíos de exterminio del pueblo alemán. Pero hay un último elemento notable: al margen de la forma que daban al «exterminio de los judíos» o a la «desaparición de los judíos», ninguno de los tres testigos imaginaba que pudiera tener lugar antes del final de la guerra y la «victoria final». Sin embargo, en ese momento ya solo quedaban algunas decenas de miles de judíos en el Reich. Solo medio año más tarde, en junio de 1943, la «solución final de la cuestión judía» se consideraba, en los territorios del Reich, terminada por parte de sus responsables.

En la elección de las respuestas recogidas por Müller-Claudius, no se encuentran más de tres casos en los que se haga alusión de manera explícita a los crímenes o los abusos cometidos por los alemanes contra los judíos. Esta información no dejaba de levantar sospechas o incredulidad: «Sinceramente, he escuchado cosas verdaderamente poco agradables, pero, ¿acaso son verdad? ¿Cuántos de estos rumores podemos creer? Nadie puede comprobarlo, aunque lo mejor es mantenerse al margen»; «Un SS me contó que, en el Este, se obliga a los judíos a cavar su propia tumba y que después los fusilan dentro […]. Pero, ¿cómo imaginarse que se utiliza con tan mala intención a soldados para cometer tales infamias?». El tercero hablaba de hechos menos graves: una humillación pública en las calles de Lublin. Su condena de los hechos también tomaba la forma de una tentativa de disculpar a los responsables: «Cuando la guerra embrutece a los hombres hasta ese punto, está claro que debemos esperarnos lo peor».

La escasez de estas alusiones directas al asesinato no debe, sin embargo, ser considerada como una indicación fiable sobre el nivel de conocimiento de las personas interrogadas. Dos tercios de ellas intentaron simplemente eludir responsabilidades desde la primera pregunta de Müller-Claudius: «Preferiría no hablar de ello. Realmente no es posible tener una opinión sobre el asunto». Y también: «Es demasiado arriesgado hablar de esto y, además, nadie tiene influencia sobre ello». La impotencia parecía justificar el

silencio, en la mayor parte de los casos. Ante lo que él tomaba por «indiferencia», el investigador no insistía. Sin embargo, quedaban otros quince testigos, que representan un cuarto de la muestra, para los que la supervivencia de los judíos a muy largo plazo no era algo de lo que se pudiera dudar: «El *Führer* anunció después de la campaña de Polonia que les daría un territorio y un Estado»; «El tratado de paz va a proveer un Estado a todos los judíos del mundo (de Europa)»; «En el nuevo orden europeo, tendrán derecho a tener su propio espacio vital»; «Debemos satisfacer su reivindicación de un Estado nacional en Palestina y ayudarlos con subsidios para su construcción». Sin duda los proyectos de «reserva» en Polonia en 1939 y 1940 o los ecos del plan Madagascar del verano de 1940 habían dado cierto crédito a la idea de una solución territorial, que había sido repetida en público en marzo de 1941 por Alfred Rosenberg durante la inauguración del Centro de Investigación del Judaísmo en Fráncfort[590].

Sin embargo, lo chocante al leer estas respuestas es la total desconexión entre la imaginería relacionada con el contenido de la política antijudía y su ejecución real desde 1938, y más aún después del verano de 1941. No solo estos miembros de primera hora del partido parecían ignorar por completo el asesinato sistemático que se estaba cometiendo en ese momento, sino que, además, parecían no haber percibido la radicalización de los discursos públicos en lo relativo a los judíos y las campañas vengadoras de la propaganda. Para ellos, la «cuestión judía» iba a tener una solución pacífica y armoniosa, en Europa o fuera de ella, después de la guerra. Los más idealistas llegaban a imaginar que los judíos podrían habitar legítimamente en el Reich: «El que señala a Alemania como su patria deja ver que es profundamente alemán. Nadie puede discutírselo».

Esta discordancia nos recuerda que la exposición a la propaganda no constituía, muy a pesar de Goebbels, una condición suficiente para que los eslóganes fueran interiorizados por todos. Lo mismo sucede en lo relativo a la exposición de la información. Haber escuchado no bastaba para conocer, como indicaba Yehuda Bauer a finales de los años setenta: «Para que algo se diera a conocer, hacía

falta, en general, superar una serie de etapas: primero había que diseminar la información; luego, añadirle fe; después absorberlo, es decir, establecer un vínculo entre esa nueva realidad y la acción que debe ser emprendida; por último llegaba la acción, si es que llegaba»[591].



Es algo que vemos demasiado a menudo: en medio de la guerra, el «exterminio» de un pueblo, y en este caso el del pueblo judío, no pasaba, fuera en el discurso público o en el imaginario colectivo, por la ejecución de cada uno de sus miembros. Sin embargo, es en ese momento, en 1942, cuando la política antijudía da el paso a una radicalidad muy diferente de la acepción habitual del concepto de exterminio: un asesinato sistemático e indiscriminado. En lo que respecta a los judíos, al continuar desarrollando en paralelo, por un lado, los supuestos proyectos de cara a la población alemana y, por otro, su propia política, Hitler mentía. De esta manera, el 24 de febrero de 1943, dijo: los judíos han «expresado con claridad qué destino le esperaba al pueblo alemán. Pero estamos decididos a darles una respuesta no menos clara. De esta manera, el combate no conocerá su fin con la aniquilación de la humanidad aria, como estaba previsto, sino con el exterminio de los judíos en Europa»[592].

Un trimestre antes, la amplia campaña de información de los aliados en lo relativo al asesinato de los judíos había empezado a fisurar las representaciones alemanas en materia de política antijudía. El 23 de noviembre de 1942, el presidente del Congreso Judío Mundial, el rabino Stephen Wise, dio una conferencia de prensa en Washington. En ella desveló, como hemos visto, la información que poseía acerca de la voluntad de Hitler de matar a todos los judíos de Europa; habló de la liquidación del gueto de Varsovia y de la deportación al Este del 80 % de los judíos de

Europa para su exterminio[593]. Ese mismo día, en Londres, el Gobierno polaco en el exilio anunciaba que poseía información de que Himmler habría ordenado la muerte de la mitad del judaísmo europeo antes de que terminase el año 1942. Los judíos estaban siendo deportados a lugares especiales y asesinados en ellos. Ese mismo día, la prensa judía de Palestina publicó una serie de testimonios relacionados con las masacres cometidas contra los judíos polacos; al día siguiente, hablaba de los «grandes hornos crematorios situados cerca de Oswiecim»: Auschwitz[594]. Esta serie de anuncios supuso un giro en lo relativo al conocimiento de la política genocida nazi que oficializó en cierto modo la declaración interaliada del 17 de diciembre de 1942, aunque fuese prudente respecto al destino de los judíos deportados: «Se deporta a los judíos de los territorios ocupados al Este en condiciones horribles [...]. No se han recibido noticias de ninguno de los deportados. No se sabe si se les conduce lentamente a la muerte en campos de trabajo forzado o si son asesinados en ejecuciones masivas»[595].

Como consecuencia directa de las informaciones difundidas en las radios inglesas, a partir del 2 de diciembre de 1942, una opositora al régimen berlinesa, Ruth Andreas-Friedrich, anotó en su diario: «Los judíos desaparecen en masa. Circulan rumores aterradores sobre el destino de los evacuados. [Rumores] de fusilamientos masivos y de hambruna, tortura y gasificaciones»[596]. El día 19, el jurista alemán Ludwig Haydn informaba de un rumor que circulaba por Viena: los judíos debían desnudarse y subir a vagones en los que se introducía el gas por una tubería[597]. Esta información podía quedar confinada en los diarios íntimos o ser objeto de discusiones públicas, como muestra Bernward Dörner. A lo largo de ese mismo mes de diciembre, un artesano de Wiesbaden habló con un cliente del destino de los judíos alemanes: «El judío no vuelve, todos los judíos están muertos, los encierran en un cuarto [...] y después los gasean»[598]. Un ama de casa, en Múnich, se indignaba al conocer los crímenes cometidos: «A las mujeres judías y a los niños los meten en un vagón y los llevan fuera de la ciudad para aniquilarlos con gas. Es imposible que no haya una venganza

judía»[599]. Otra ama de casa, en los Sudetes, decía en público: «Aquí todo es posible, ahí están emparedando a hombres vivos o llenando vagones con ellos para envenenarlos con gas; aquí, de verdad, todo eso es posible»[600].

Si añadimos a estos elementos las numerosas alusiones a la masacre de los judíos en las radios enemigas (emisiones que se seguían en Alemania), o en cientos de miles de folletos que se esparcían por las ciudades alemanas y que hablaban entre otras cosas de esta política criminal[601], tendremos la tentación de concluir, quizá con demasiada precipitación, que el principio del año 1943 constituyó un giro importante en la circulación de la información sobre el destino de los judíos. Aquí chocamos contra varios problemas. El primero es de naturaleza narratológica. El problema viene de que, desde que en un relato lineal como es el relato histórico se introduce cierta información sobre las cosas que sabía esta persona o aquella (aquí en lo relativo al asesinato de los judíos), no solo damos testimonio de ese estado de las cosas, sino que se tiende de manera natural a tomarlo como el indicio de un conocimiento compartido *al menos* por esta persona y *como muy tarde* en esa fecha. Esto es estrictamente cierto, pero el problema viene de la forma en que nos representamos, partiendo de este punto o a través de él, las modalidades de circulación de la información.

Esquemáticamente, se oponen dos modelos que podríamos representar con imágenes. El primero, que nos viene con más espontaneidad a la mente, consiste en imaginar que la información habría circulado como una onda, como esos círculos que se forman en el agua y se extienden partiendo del punto del impacto en todas direcciones y de forma homogénea. Vemos en cada información contrastada una hoguera de la que se desprendería ese conocimiento. En otro modelo, la información se desplazaría como un rayo, en una línea angulosa, que va de un punto a otro sin lógica aparente y termina interrumpiéndose súbitamente. Ninguna de estas imágenes resulta plenamente satisfactoria e incluso podríamos suponer que ambas podían coexistir. De hecho, es previsible que la

información se transmitiese siguiendo modelos parcialmente indexados en función de su contenido. La información sobre el destino de los judíos soviéticos, por ejemplo, no era secreta, la vehiculaban testigos o terceros; las masacres formaban parte de la realidad vivida en las regiones conquistadas. Por tanto uno podía darse más a hablar de ellas a su alrededor. A la inversa, la información acerca del asesinato de los judíos alemanes, o lo que es más, el proyecto de asesinato sistemático, no se desprendía de una experiencia personal. Un secreto guardado celosamente había terminado por tener fugas; todos conocían la gravedad y la peligrosidad del mismo, y debían evitar, para salvarse a sí mismos, transmitirlo. Encontraremos casos como estos en el seno del Ministerio de Asuntos Exteriores[602]. La difusión de la información relacionada con el asesinato de los judíos era fundamentalmente parcelaria, disimétrica y discontinua. Para dar cuenta de este fenómeno de manera apropiada, habría que poder basar el relato en un principio de discontinuidad que permitiese rechazar toda tentativa de generalización abusiva.

Por lo tanto, no resulta legítimo interpretar cada indicio en un espectro amplio, teniendo en cuenta la escasez de las fuentes. Pero no disponemos de ningún método apropiado para medir la separación entre lo que sabemos con certeza y lo que sucedió. Para hablar de nuevo de forma ilustrativa, el investigador sabe bien que no dispone de todas las piezas del rompecabezas que intenta reconstruir, pero es incapaz de evaluar cuántas faltan: y aquí es donde la comparación encuentra su límite, ya que la historia no se desarrolla sobre un plano que podamos apreciar en un golpe de vista. Entonces, ¿cuántas piezas faltan? ¿Una de tres, una de diez, de cien?

Pero hay otro problema metodológico que tiene que ver con la dificultad de probar la ignorancia de algo. Al tiempo que algunos sabían, muchos ignoraban. Por definición, no podían hablar de algo que no sabían. ¿Qué fuentes, desde ese momento, podrían demostrar su ignorancia? Peter Longerich, no sin razón, puso en tela de juicio todos los sondeos efectuados *a posteriori*: «Décadas

después de los hechos, una toma de posiciones respecto a lo que sabíamos en esa época puede estar sesgada de muchas maneras: lagunas en la memoria, mecanismos de negación, falta de sinceridad, pero también proyección retroactiva sobre el pasado de las informaciones adquiridas posteriormente»[603]. Y su razonamiento podría extenderse a otras fuentes testimoniales, siempre susceptibles de estar sesgadas. Por ello debemos remitirnos a los documentos estrictamente contemporáneos, como los diarios íntimos.

Por tanto, se presenta una nueva dificultad. David Bankier cita por ejemplo el caso de una opositora al régimen, Ursula von Kardoff. El 13 de enero de 1944 contó la historia de una joven que, por amor, había envenenado a su madre judía para salvarla de la deportación; después, se preguntaba: «¡Si tan solo supiéramos lo que les ocurre a los judíos deportados!»[604]. A través de este suceso trágico, el diarista nos dice algo de sus conocimientos, pero en la mayoría de los casos no se plantea ninguna cuestión. ¿Debemos ver en ese silencio una prueba de ignorancia? Y si es que sí, ¿cómo integramos estos elementos en el relato? Pero aún hay más: ¿tendríamos que citar estas decenas y decenas de diarios en los que ni siquiera se habla de la deportación de los judíos con tanta constancia como informamos de las escasas excepciones en las que, por el contrario, sí se menciona?

Quizás habría que intentar utilizar de otra manera la documentación disponible. Los informes del SD y de la Gestapo sobre el estado de la opinión siempre han supuesto una fuente esencial para evaluar el conocimiento de la población alemana y su reacción. Ciertos informes se citan a menudo, como los de Minden o Münster, de los que ya hemos hablado, mientras que otros, no menos pertinentes a su manera, nunca han sido integrados en los estudios históricos. Otto Dov Kulka y Eberhard Jäckel publicaron en 2004 una vasta antología de extractos de informes como estos, relacionados con la política antijudía. En lo que respecta al año 1943, se observa por tanto la relación permanente entre los bombardeos aliados cada vez más frecuentes y devastadores sobre

las ciudades alemanas y la política antijudía. La población parecía de hecho aceptar la idea de que el enemigo judío escogía sus objetivos según criterios específicos. Por ello se lamentaba la deportación de los judíos en la medida en que se creía que haber mantenido a la comunidad judía habría librado a una ciudad u otra de un bombardeo.

Aún más a menudo, se interpretaban los bombardeos como una pura y simple venganza. Kulka y Jäckel registraron ocho frases de este tipo[605]. En un caso, el informe indica: «Se escucha muy a menudo entre los alemanes la idea de que los ataques terroristas [de los bombarderos] son una repercusión de las medidas implementadas contra los judíos»[606]. Se podrá, llegado el caso, asimilar estas «medidas» al asesinato de los judíos del Este o incluso al de los judíos alemanes. Pero, en los otros siete casos, una asimilación como esta no es posible: a lo que asociaban los alemanes de forma reiterada esas miles de toneladas de bombas que caían sobre sus ciudades era a la «Noche de los cristales rotos»: «En algunos círculos conocidos se ha extendido de manera reciente la idea de que las ciudades y las iglesias alemanas están cubiertas de fuego solo por que "se" quemaron hace unos años las sinagogas»[607]. ¿No es posible ver implícitamente en esa vinculación entre las ciudades alemanas bombardeadas hoy y las tiendas judías saqueadas ayer el eco de una ignorancia? Porque esos judíos «beligerantes» que supuestamente controlaban la elección de sus objetivos tenían muchas más cosas que «vengar» en 1943 aparte de la pérdida de unos bienes materiales cinco años antes.

Incluso después del giro de diciembre de 1942, la percepción del «exterminio» como asesinato de los judíos seguiría siendo muy fragmentaria[608]. La atomización de la información dificultaba una

visión de conjunto. Aunque fuera ampliamente conocida, la masacre de los judíos del Este podía *no* influenciar el imaginario relacionado con la deportación de los judíos alemanes. Ante la noticia del asesinato de los judíos deportados, a uno podía costarle creérselo. A riesgo de rebasar los límites cronológicos de nuestra investigación, que se detiene en octubre de 1943, es conveniente intentar comprender de qué manera, en Alemania o fuera de ella, ciertas personas habían empezado a conocer, a pesar de todo, el asesinato de los judíos de manera global. Porque mostrar cómo tuvo lugar la adecuación entre «exterminio» y asesinato sistemático también es actualizar la genealogía de cierta concepción de la historia del genocidio que se engendró en el proceso de Núremberg y que influenció así, de manera duradera, la historiografía.

El 27 de febrero de 1943, un capellán militar destinado en el Gobierno General, Siegfried Hotel, reaccionaba a un discurso de Hitler publicado en la prensa. Tres días antes, de hecho, Hitler había reiterado su «profecía»: «Una frase [del discurso] me ha intrigado, dice lo siguiente: "Por tanto este combate no conocerá su final tal y como estaba previsto, con la aniquilación de la humanidad aria, sino con el exterminio de los judíos en Europa". ¿Qué significa esto? ¿Realmente la extinción total amenaza a los judíos europeos o se trata solamente de una frase retórica? En cualquier caso, las deportaciones de judíos que están teniendo lugar ya dan pie a las peores presunciones»[609]. Se podrá ver en estas pocas líneas la ilustración de la impermeabilidad más o menos duradera de algunos alemanes respecto a los discursos públicos. Porque Hotel, en suma, se sobresaltó tarde, en la medida en que Hitler había repetido su «profecía» media docena de veces desde hacía un año. También es lícito preguntarse: ¿por qué, para «saber», Hotel tenía que recorrer un camino tan complejo? Primero se dio cuenta, luego se sorprendió, después intentó comprender y finalmente extrajo conclusiones.

Por estas razones creo que este pasaje ilustra de manera ejemplar la importancia que la «profecía» de Hitler había tenido para la toma de conciencia de la realidad de los crímenes cometidos bajo

su mandato. La «profecía» de Hitler, tanto en 1939 como en 1942 o 1943, era un amenaza, una señal negativa enviada al mundo, pero no un mensaje dotado de un contenido sustancial: ni el *Führer* ni la propaganda determinaban nunca en qué consistiría el «exterminio de los judíos» al tiempo que no dejaban de evocar el amplio y muy gradual espectro de métodos de «exterminio» que amenazaban a otro pueblo, el pueblo alemán. A partir del segundo trimestre de 1941, un hilo más o menos importante de información a propósito de las masacres cometidas contra los judíos, ante todo contra los del Este, empezó a llegar a Alemania. Era posible descalificarlos con un simple revés, como hizo un miembro del partido nazi interrogado por Müller-Claudius en noviembre de 1942: «Sinceramente, he escuchado cosas muy poco agradables, pero ¿acaso son verdad?».

Lo que muestra la entrada del diario de Siegfried Hotel es que ciertas personas tenían la capacidad o la valentía de hacer funcionar en conjunto, como un sistema, dos elementos dispares: la información y el discurso. Pensando en los círculos viciosos o virtuosos, se podría calificar este sistema como un círculo hermenéutico y definirlo como un sistema circular en el que los elementos constitutivos se refuerzan los unos a los otros en un movimiento cada vez más poderoso. Por primera vez, Hotel se había preguntado por el sentido que debía darle al «exterminio total» que Hitler prometía para los judíos; fue su forma de relacionarlo con la deportación de los judíos, probablemente aquí del Gobierno General, lo que extrajo ese anuncio del dominio de la retórica y le atribuyó un contenido funesto.

Es probable que podamos reconocer un fenómeno similar en la reacción del obispo Berning del 5 de febrero de 1942. Anotó, como hemos visto, que acababan de comunicarle el destino de los judíos alemanes deportados: sin noticias de los judíos deportados a Lodz, probable muerte de los judíos enviados a Kaunas, nada de información sobre los convoyes que partieron para Minsk y Riga. Así que escribió: «Muchos fusilados». Pero lo encadenó: «Sí que existe un plan con el objetivo de exterminar a la totalidad de los judíos»[610]. Debemos relacionar la irrupción del término «exterminar», salido

directamente de la retórica de Hitler, con el discurso que este había pronunciado tres días antes, y en el que había recordado de nuevo su «profecía». También en esto, fue la conjunción de estos dos elementos lo que permitió entender el alcance inusitado del suceso.

Se podrían multiplicar tanto como se quisiera los ejemplos que ilustran este mecanismo[611], observable también en los países aliados. El 27 de octubre de 1942, el diario inglés *The Manchester Guardian* comentó las repeticiones de Hitler de su «profecía» de la siguiente manera: «En una primera lectura, es fácil tomarse tal pasaje como una nueva amenaza salvaje y turbulenta, pero en este caso sería un error. Hitler piensa lo que dice. Su objetivo es literalmente "exterminar" a los judíos de Europa en la medida en que pueda alcanzarlos y, desde hace semanas, los informes sobre un país tras otro muestran que esta política se lleva a cabo en todas las circunstancias y con crueldad»[612]. Se observan aquí las comillas en torno al término «exterminar», que muestran con claridad que se está acuñando una nueva acepción.

Unas semanas más tarde, la declaración interaliada del 17 de diciembre de 1942 estipuló: «La atención de los gobiernos [firmantes] se muestra preocupada por números informes provenientes de Europa según los cuales las autoridades alemanas, no contentas con negarles a las personas de raza judía […] los derechos humanos más elementales, están ejecutando la intención a menudo repetida por Hitler de exterminar al pueblo judío en Europa». Una vez más, la información concordante que da un contenido a la amenaza de Hilter permite aprehender el carácter sin precedentes de la tragedia que está teniendo lugar. En ese caso, ya no había comillas para «exterminación»: al leer la declaración en su conjunto, esta comprendía aún a la vez el asesinato y la muerte como resultado de las atroces condiciones creadas por el invasor, en particular el trabajo forzado y la privación de alimentos. En diciembre de 1942, el «exterminio del judío» empezó a significar, para los observadores del mundo libre, la muerte próxima del conjunto de los judíos de Europa, en particular recurriendo de manera masiva al asesinato.

Durante los años que siguieron, esta visión no hizo más que reforzarse, siguiendo la lógica explicitada por la noción de círculo hermenéutico. Las primeras informaciones sobre las masacres de los judíos habían dado un contenido a la «profecía» de Hitler, que hasta entonces había permanecido indefinida. Pero la existencia previa de esa «profecía» no hacía sino dar crédito a esta información. Cada vez se volvían más numerosas estas informaciones y más cierto era que el «exterminio» prometido por Hitler significaba la muerte, o el asesinato, de todos los judíos. Cuanto más se convencía uno de esta voluntad precoz, más fácilmente se acogían las noticias que lo confirmaban. Y así sucesivamente. Para concluir, podríamos añadir que para comprender la novedad radical del genocidio que estaba teniendo lugar, era indispensable hacer funcionar juntos los dos elementos constitutivos del círculo hermenéutico. Nadie, al principio, había considerado que la «profecía» de Hitler anunciase el asesinato sistemático, ya que la información sobre las masacres había empezado a darle la vuelta a la manera en que se entendían las intenciones del *Führer*. De manera simétrica, estas informaciones, forzosamente lacunarias, no tenían sentido si no se interpretaban en el marco globalizante de la «profecía».

Solo al final de la guerra, en el momento en que se reveló la «solución final» en su conjunto y en sus detalles, el «exterminio» como asesinato total se convirtió en un hecho que ya no necesitaba pasar por ninguna operación cognitiva para ser comprendido. Esta fue la experiencia que tuvo, por ejemplo, Karl Jaspers, filósofo incuestionable, casado él mismo con una judía. Hasta 1945 no había sabido nada «del carácter planificado ni de la extensión del crimen». «Yo mismo supe de la amplitud de las gasificaciones solamente después de 1945»[613]. La planificación y la amplitud en las que insiste Jaspers son de hecho los rasgos constitutivos del genocidio de los judíos. Como simples datos de posguerra, solo se pudieron comprender, a costa de complejas operaciones, cuando el genocidio ya se había llevado a cabo[614].

Así surgió, en medio de la guerra, una primera «historia», muy rudimentaria, de la política nazi de exterminio de los judíos. Una primera historia, porque la modificación progresiva del sentido que se daría a «exterminio» tendría una incidencia mecánica sobre la cronología. Si exterminar quería decir matar, entonces ya el 30 de enero de 1939 Hitler tenía la intención de matar a esos judíos cuya extinción «profetizaba». La idea de una intención criminal precoz por parte de Hitler se convirtió de esta manera en un presupuesto; uno perfectamente contestable, aunque portase todos los signos de lo evidente. Esto influenció masivamente la escritura de la historia de la «solución final» durante medio siglo.

Una permanencia como esta, es decir, la ausencia duradera de un relato alternativo, no es solo consecuencia de esa aparente evidencia. También es el resultado de la destrucción de archivos en masa, de la muerte o la huida de los responsables directos de la «solución final» —Hitler, Himmler, Heydrich, Müller, Eichmann— y del mutismo de los líderes nazis detenidos al terminar la guerra: Göring, Speer o Kaltenbrunner, el sucesor de Heydrich. Es cierto que otros testigos de menor importancia habían hablado. Pero lo habían hecho en un altavoz en el que sus errores, aunque encajasen en los presupuestos de los interrogadores, ni siquiera merecían ser destacados.

En la época del proceso de Núremberg, entre 1945 y 1946, los investigadores solo disponían de tres testigos, de valor inigualable, que permitieran remontarse hasta el momento en que se reveló la decisión de matar a los judíos: Rudolf Höss, el comandante de Auschwitz; Viktor Brack, un miembro de la Cancillería del *Führer* responsable de la política de asesinato de los enfermos mentales y al que los documentos implicaban también en la muerte de los judíos; y Dieter Wisliceny, un subordinado de Eichmanndestinado, entre otros lugares, en Eslovaquia. Estos dos últimos habían sido detenidos en 1945, mientras que Höss no lo fue hasta mayo de 1946. Examinemos el testimonio de estos tres acusados en el orden cronológico en el que fueron interrogados.

Desde sus primeros interrogatorios, en noviembre de 1945, Wisliceny distinguió tres periodos en la evolución de la política antijudía: de 1937 a 1940, con la emigración forzosa de los judíos; de 1940 a 1941, dos años en los que se concentró a los judíos en Polonia en guetos y campos; y finalmente 1942-1944. «El último periodo», explicó, «de principios de 1942 a octubre de 1944, abarca la evacuación de los judíos de Alemania y de todos los territorios controlados por Alemania a campos de concentración para su aniquilación biológica». Él mismo supo de una orden de exterminio de los judíos deportados en el verano de 1942, cuando Eichmann se negó, como hemos visto, a realizar cualquier misión de investigación sobre los judíos eslovacos trasladados desde hacía un trimestre al Gobierno General[615]. En un informe posterior[616], Wisliceny corrigió su cronología basándose parcialmente en informaciones que se hicieron públicas entretanto. Integró en particular el periodo del segundo trimestre de 1941, durante el cual los *Einsatzgruppen* y, según él, los servicios de Eichmann estaban a cargo de la masacre de los judíos rusos y polacos. La cesura determinante llegaba justo después de la entrada en la guerra de Estados Unidos en diciembre de 1941[617]. Estaba «convencido» de que «la decisión de Hitler de aniquilar biológicamente a los judíos europeos» se produjo en ese momento. Pero puntualizaba que solo Eichmann, Müller, el jefe de la Gestapo o Pohl, el jefe de la Oficina Económica y Administrativa Central de las SS, podrían fechar esa orden con exactitud.

Para Rudolf Höss, la cronología era muy distinta. Durante su primer interrogatorio, resumió brevemente su recorrido como activista nazi (había sido condenado en 1924 a cinco años de prisión por el asesinato de su adversario político, Walter Kadow) y su carrera en las SS para después entrar en lo importante del asunto: «En 1941, los primeros prisioneros judíos vinieron de Eslovaquia y de la Alta Silesia. Las personas incapaces de trabajar fueron gaseadas en una habitación crematoria de acuerdo con una orden que Himmler me entregó personalmente. Recibí, en junio de 1941, la orden de ver a Himmler y este me dijo más o menos esto: El *Führer* ha ordenado la solución de la cuestión judía en Europa. Existen

algunos campos de exterminio, como se les llama, en el Gobierno General (Belzec, cerca de Rava Ruska, en el este de Polonia, Treblinka, cerca de Malina, sobre el Bug, y Wolzec, cerca de Lublin) […]. Estos campos no son eficaces y no pueden ser ampliados […]. Por estas razones, Himmler declaró que la única posibilidad de extensión de esas instalaciones, de acuerdo con el plan, era Auschwitz […]. Decidió proceder a los exterminios en masa en Auschwitz y yo debía empezar inmediatamente con los preparativos»[618].

Desafortunadamente no disponemos, para este primer interrogatorio en Minden de mediados de marzo de 1946, de una transcripción palabra por palabra, sino solo de la declaración que acabamos de citar, que es un resumen elaborado por los investigadores y firmado por el acusado. Esto es lamentable, en la medida en que el historiador no puede reconstruir la dinámica de un interrogatorio que, además, sabemos que fue violento. Höss habló de ello en sus memorias precisando lo siguiente: «El alcohol y el látigo, para mí también, eran demasiado»[619]. Uno de los puntos de discordia tenía que ver con el número de prisioneros de guerra soviéticos gaseados en Auschwitz: «Cuando me interrogaron en Minden [en marzo], el interrogador me dijo que el número total debía estar cerca de los cien mil, pero yo dije que no me parecía que hubiese habido tantos, que era imposible, que seguro que no había habido tantos, pero insisto de nuevo sobre el hecho de que no puedo proporcionar un número exacto»[620]. En abril, acusados e investigadores se pusieron finalmente de acuerdo en torno a las dieciocho mil y las veinte mil víctimas, cifra superior en realidad al número total de prisioneros de guerra soviéticos trasladados a Auschwitz, y que excedía de largo, por tanto, la factura real de la política de asesinato de esa población específica en el campo[621].

Este ejemplo muestra con claridad que un interrogatorio es también una interacción en la que los presupuestos de los investigadores desempeñan un papel determinante. En lo relativo a la cronología, no disponemos de ningún elemento que nos permita suponer que Höss fue influenciado por las preguntas realizadas. Pero

está claro que su relato se adecuaba perfectamente a lo que los investigadores preguntaban: se ahorraron retocarlo. Sin embargo, tanto en las pocas líneas citadas arriba como en el conjunto de los diferentes testimonios de Höss, un historiador un poco al hilo de la historia de la «solución final» se dará cuenta sin problema de numerosos errores. No existió ningún campo con el nombre de Wolzec: Höss quería referirse, claramente, a Sobibor. Pero es sobre todo el conjunto de la cronología contextual lo que estaba errado. Los primeros judíos eslovacos fueron deportados a Auschwitz no en 1941, sino en marzo de 1942, y los de la Alta Silesia el mes de mayo siguiente. El campo de Belzec abrió sus puertas en marzo de 1942, el de Sobibor, en abril, y Treblinka no abriría hasta julio. En 1945, los equipos de información y de investigación ya disponían de suficiente información para desmentir las palabras de Höss en lo relativo a la fecha en que se abrieron los campos, así como acerca de otros aspectos con influencia sobre la cronología[622]. Sin embargo, tanto en Minden como en Núremberg nadie se sobresaltó por las contradicciones del comandante de Auschwitz, esto suponiendo que se dieran cuenta de que las había: su testimonio era determinante, y casaba perfectamente con los presupuestos cronológicos que se habían forjado a lo largo de la guerra.

Durante el verano siguiente, los investigadores de Núremberg descubrieron documentos que implicaban directamente a Viktor Brack en la política de exterminio de los judíos. Para que lo reconociera, no utilizaron la violencia, sino que lo abordaron con sutilezas. El 4 de septiembre de 1946, se le preguntó al antiguo responsable de la Cancillería del *Führer* si la política de eutanasia de los enfermos mentales, ejecutada entre 1939 y 1941, no podía ser considerada como «un ensayo de la política de exterminio» de los judíos. «No lo creo, respondió Brack. No creo que en el momento en que se ordenó la eutanasia ese pensamiento hubiera estado presente ya en la mente de [Hitler]». Para los interrogadores, una hipótesis como esta no tenía sentido: ¿no estaba ese «discurso de Hitler sobre los judíos europeos, en caso de que se declarase una guerra mundial, ese discurso de 1939»? Brack al menos tenía que

«conceder que esta idea [del exterminio de los judíos] ya existía por aquel entonces, al menos para él»[623], para Hitler. Al exponer lo que pensaban que era una verdad evidente, los investigadores desvelaban, en realidad, sus presupuestos cronológicos.

Brack supo aprovechar esto con ingenio unos días más tarde. El 12 de septiembre, cuando lo interrogaron sobre la existencia de un programa de esterilización de los judíos, negó vehementemente haber sabido nunca nada de eso. Al día siguiente, los investigadores le plantaron delante una carta que le había escrito a Himmler en junio de 1942 en la que abogaba por la esterilización y el sometimiento a trabajos forzados de «dos a tres millones de hombres y mujeres aptos para el trabajo» de los «diez millones de judíos europeos» de los que acababa de conocer la condena a muerte a corto plazo[624]. En concreto, escribió: «Hace ya poco más de un año que os indiqué que algunos de mis mandatarios habían llevado a cabo todos los experimentos necesarios para alcanzar este objetivo [la esterilización]. Quiero recordar una vez más este estado de los hechos»[625].

Desestabilizado por un instante, Brack encontró rápidamente una defensa. La carta tenía fecha de 1942 y hablaba de experimentos realizados un año antes, en la primavera de 1941. Por tanto transformó esta prueba de cargo en un elemento de descargo, dando cuenta de su resistencia al proyecto de asesinato sistemático de los judíos: «Supe de los planes que se hacía la dirección del Estado para exterminar completamente a los judíos y yo mantenía, con mis colaboradores, un punto de vista contrario, porque a mi modo de ver, a pesar de todo el mal que los judíos hubieran podido infligirle a Alemania, una solución radical como esta era indigna del pueblo alemán y de toda la humanidad. [Después de favorecer sin éxito un traslado a Madagascar] decidimos que al menos podríamos impedir el asesinato de los judíos, y desde este punto de vista propusimos que se les esterilizase»[626].

En el mismo interrogatorio, Brack afirmó que al principio de 1941, por tanto unos meses antes de su misiva sobre la esterilización, la voluntad de exterminar a los judíos era un «secreto

de polichinela [*ein offenes Geheimnis*] en las más altas esferas del partido»[627]. Brack escogió este límite cronológico de principios del año 1941 porque encajaba en su ficción y era coherente con las expectativas de los investigadores. A diferencia de Höss, Brack no se engañaba. Mentía.

Pero todo empezó a volverse sistemático. El 26 de abril de 1946, ante el tribunal de Núremberg, Julius Streicher, el redactor jefe de *Stürmer*, fue confrontado a un artículo que no había escrito pero sí publicado en enero de 1939, en el momento en que Hitler lanzó su «profecía»: «El problema judío no está resuelto aún y no lo estará tampoco el día que el último judío haya salido de Alemania. Solo se resolverá cuando los judíos hayan sido aniquilados»[628]. Ante la obligación de dar explicaciones, Streicher reformuló la cita: el autor del artículo «dice que el problema judío no se resolverá cuando el último judío haya salido de Alemania. Y después dice de pronto que será solo cuando el judaísmo mundial haya sido aniquilado, por tanto seguramente haya querido decir cuando se haya exterminado el poder mundial de los judíos. Pero mi camarada del partido no pensó en el asesinato en masa o en la posibilidad de un asesinato en masa». Su interrogador lo interrumpió: «La palabra alemana que se utilizó fue "*vernichtet*", ¿no? Mire su copia. "*Vernichtet*", eso significa "aniquilar"». Streicher, sin esperar siquiera convencerlo, respondió: «Ahora, cuando miramos lo que ha ocurrido, podemos interpretarlo así, pero no en aquel momento»[629].

Es cierto que unos días antes, el 17 de abril, un enfrentamiento ya había opuesto a Alfred Rosenberg, el más importante ideólogo nazi, además de ministro de los Territorios del Este ocupados, y Thomas J. Dodd, un miembro de la acusación estadounidense. El intercambio partió de un problema de traducción —el primero

hablaba en alemán, el segundo en inglés— pero revelaba evidentemente otra cosa. La acusación disponía de la minuta de una reunión del ministro con Hitler, el 14 de diciembre de 1941, durante la cual los dos hombres recordaron un discurso que Rosenberg planeaba pronunciar. El ministro había propuesto algunos arreglos, queriendo suprimir sobre todo su alusión al «exterminio de los judíos»: «El *Führer* aprobó esta actitud y dijo que nos habían declarado la guerra, que habían traído la destrucción, y que no había que sorprenderse de que las consecuencias primeras fueran para ellos»[630]. Poco importa decidir si Rosenberg hablaba aquí, como yo entiendo, del asesinato de los judíos, y más concretamente aún, leyendo el discurso en cuestión, solo de los judíos del Este, porque la interacción tiene un valor más general.

Ese 17 de abril de 1946, Rosenberg se negó a reconocer que hubiera empleado alguna vez el verbo «exterminar» en el sentido de asesinato total que le achacaba la acusación. Adelantando un argumento que creía definitivo, Dodd sacó un diccionario de uso inglés-alemán y le pidió a Rosenberg que leyera la definición de la palabra «*Ausrottung*», «exterminio». El acusado se enardeció: «No necesito un diccionario para explicar los distintos significados que la palabra "*Ausrottung*" puede tener en la lengua alemana. Se puede exterminar una idea, un sistema económico, un orden social o, como consecuencia última, también a un grupo de personas, es cierto. Esas son las diferentes posibilidades contenidas en esa palabra. Y para eso no me hace falta ningún diccionario alemán-inglés». Evidentemente Dodd no estaba convencido: «¿No ve usted que en el tribunal hay personas que no hablan alemán y que están de acuerdo acerca del hecho de que esta palabra significa exterminar, extirpar?». Rosenberg no se dejó impresionar: «Significa conseguir, concluir algo, y además debe ser utilizado no en lo relativo a los individuos, sino más bien respecto a ciertas identidades jurídicas o ciertas tradiciones históricas. Por decirlo de otra manera, la palabra se ha utilizado refiriéndose al pueblo alemán y no creímos que significase que sesenta millones de alemanes iban a ser fusilados».

La acusación terminó por evitar el argumento, dejando al acusado sin réplica posible: «Quiero recordarle que el discurso en que usted emplea el término "*Ausrottung*" se pronunció seis meses después de que Himmler le dijera a Höss, a quien usted ha escuchado desde el banco de los testigos, que empezase a exterminar a los judíos. ¿Es esto un hecho o no[631]? El asunto se entendió. En su requisitoria, el procurador estadounidense habló del «diccionario nazi de eufemismos sardónicos» en el que «"solución final" del problema judío era una expresión que significaba "exterminio"», pero no definía el exterminio, en la medida en que resultaba evidente a ojos de todos que equivalía al asesinato sistemático[632]. Y el juicio proponía la narración siguiente para el programa nazi de asesinato de los judíos: «Durante el verano de 1941, se elaboraron planes para la "solución final" que conllevaban el exterminio de los judíos, el cual, según la amenaza expresada con anterioridad por Hitler en 1939, sería una de las consecuencias del desencadenamiento de una guerra»[633]. Como testigos de referencia, los jueces de Núremberg habían escogido por tanto a Höss y, de manera incidental, a Brack, quienes hablaban de una decisión precoz de llevarlo a cabo, en lugar de Wisliceny, que afirmaba lo contrario.

Con la ayuda de los testigos, la visión de Núremberg de la historia del genocidio de los judíos se impuso de manera duradera. A excepción del notable Gerald Reitlinger[634], los historiadores aceptaron el relato de Höss así como el de Brack, mientras que el testimonio de Wisliceny fue cayendo progresivamente en el olvido. Y no plantearon ninguna duda en lo relacionado con el contenido criminal de la «profecía» de Hitler de 1939. Fue al leer a Léon Poliakov y a otros cuando Adolf Eichmann, por aquel entonces huido en Argentina, se impregnó de esta tradición. La historia le interesaba

poco, pero la imagen que dejaría para la posteridad y para sus hijos, mucho[635]. Aceptaba ser responsable del traslado de los judíos, pero no quería tener nada que ver con el asesinato que constituyó, a partir del verano de 1942, el final de las deportaciones. Aún en el exilio, supo que Höss lo había acusado de ser también responsable de la elección del Zyklon B. Con lo que sabemos ahora, la acusación era excesiva, en la medida en que el Zyklon B se utilizó en Auschwitz para matar a internos ya en septiembre de 1941, mucho antes de que se deportase a judíos a ese campo[636]; pero la implicación de Eichmann y de sus servicios en la investigación de técnicas de gasificación más eficaces, al igual que la entrega de Zyklon en Aushwitz, por mi parte no es objeto de ninguna duda[637].

En Argentina, en una serie de entrevistas con un antiguo nazi, Willem Sassen, así como en Jerusalén durante su juicio, la estrategia de defensa de Eichmann consistió en desmarcarse cuanto fuera posible, contradiciendo a Höss, de esas acusaciones que juzgaba infamatorias. Pero, sin pensar antes en ponerlo en duda, adoptó su secuenciación cronológica, que constituía el propio núcleo de la tradición de Núremberg. También indicó haber conocido de la mano de Heydrich la decisión de Hitler de matar a todos los judíos en otoño de 1941. Pero esa fecha planteaba más problemas de los que solucionaba. Sus recuerdos no encajaban con los de Höss. En paralelo a su juicio, intentó en vano crear una cronología para verlo claro. Por mucho que desplazase un hecho u otro, no conseguía hacer surgir una sucesión coherente[638]. La coherencia, de hecho, estaba fuera de alcance teniendo en cuenta los presupuestos de los que partía. Comentó ese cuadro a la atención de su abogado: «¿Por qué le doy tanta importancia a todo esto? Porque tengo que demostrar ante Höss, ese gran mentiroso, que no tengo nada que ver con todo eso ni con sus cámaras de gas, porque en ningún caso podría haber estado con él en esa época»[639]. ¿Qué época? 1941, año durante el cual, al contrario de lo que Höss decía, nada sucedió en Auschwitz que tuviera que ver con la «solución final».

Decididamente, todo se volvía sistemático. Höss y Eichmann, los dos grandes testigos responsables de la «solución final», hablaban

de una orden dada en 1941. La expresión de Brack, ese «secreto de polichinela» en que se había convertido la política de exterminio de los judíos a partir de 1941, se volvía proverbial: por ejemplo, sirve de título para un libro reciente de Frank Bajohr y Dieter Pohl, *El Holocausto como secreto de polichinela*[640]. Aún se menciona aquí como una expresión hecha, y no como el indicio de una orden precoz por parte de Hitler, como había intentado señalar Richard Breitman[641]. La credibilidad de Höss duró cincuenta años, a pesar de sus evidentes puntos flacos. Hubo que esperar a que Philippe Burrin (1989[642]), Jean-Claude Pressac (1993[643]) y Karin Orth (1997[644]) se pusieran de acuerdo para pensar, como Reitlinger antes que ellos, que la orden de Hitler no había podido tener lugar antes de 1942 para que la comunidad historiadora se diese cuenta de las contradicciones internas y externas del testimonio del comandante de Auschwitz y dejase de utilizarlo como una fuente que permitiera precisar la cronología de la toma de decisiones. De la misma manera se acabó por prescindir, salvo la notable excepción de Christopher Browning[645], de Eichmann para reconstruir el proceso de toma de decisiones. Incluso Wisliceny recuperó credibilidad, con la ayuda de Dan Michman[646].

La historiografía del genocidio de los judíos, por tanto, después de medio siglo de pesada tradición, había efectuado una selección de sus testigos, mientras que el dossier archivístico se iba rellenando, en particular con la apertura de los archivos soviéticos. En la medida en que Reitlinger no había creado escuela, y en vista de la amplitud del debate historiográfico que abrió, podríamos fechar el inicio de la mutación en el artículo ya citado por Martin Broszat sobre «Hitler y la génesis de la "solución final"»[647]. En relación a lo que nos interesa, podríamos reducir su aportación a esto: en parte gracias al Diario de Goebbels, el historiador alemán arrojó luz sobre una configuración intermedia, la deportación de los judíos alemanes al Este, en otoño de 1941, sin proyecto de asesinato inmediato.

«Con toda verosimilitud», explicó Broszat, Hitler, Himmler o Heydrich no habrían tenido más que «una vaga idea» de lo que sucedería con los judíos deportados: «Emplear a judíos en el Este,

en guetos y en campos. Muchos de ellos morirían; en lo que respecta a los incapaces de trabajar, siempre se les podría "ayudar" a morir, como se hacía en los campos de concentración alemanes o en los campos de trabajo de Polonia»[648]. Se podría decir de esta frase que era una primera deconstrucción del concepto de exterminio tal y como se entiende históricamente desde mediados de la guerra. La exterminación podía producirse de formas distintas al asesinato.

Este es un punto fundamental. A partir de él se miden de entrada las incidencias en los profundos cambios que ha conocido, en adelante, la cronología del genocidio. La mayoría de los historiadores imaginaron de entrada que la decisión de exterminar a los judíos había venido precedida mucho antes por la operación Barbarroja, en junio de 1941. Más tarde, a partir de los años ochenta, la tendencia más comúnmente aceptada era que una decisión como esta había tenido lugar en 1941, cuando los judíos alemanes empezaron a ser deportados al Este. Desde hace quince años, una amplia mayoría de historiadores considera que se debe retrasar esta orden tres meses, hasta diciembre el momento en que Estados Unidos entró en la guerra. Es más, existe un consenso sobre el hecho de que la «solución final» siguió evolucionando después, y en particular con una fuerte aceleración en primavera o a principios del verano de 1942, periodo que, en mi opinión, es en realidad el final de ese periodo de radicalización. En junio de 1942 se decidió que todos los judíos debían ser exterminados en el plazo de un año. Veremos en el capítulo siguiente cuáles son las consecuencias que no se han extraído de ese cambio progresivo de la historiografía, en particular en lo relativo a la cuestión del secreto.

Respecto a la última cuestión, de ahora en adelante debemos poner de relieve otro elemento. A partir del momento en que existe una configuración intermedia, o un proyecto de deportación sin ejecución, resulta imposible asociar sistemáticamente deportación y asesinato. Haber sabido, en este caso, de las masacres perpetradas en el Este contra los *Ostjuden* dejaba de ser suficiente para

presagiar el asesinato de los judíos alemanes deportados en la misma región[649].

Pero hay un último punto que evocar y que también tiene que ver con el secreto: la tolerancia de la sociedad alemana, incluso en sus élites nazificadas, no era la misma en función de si se razonaba en términos de muerte «natural», de simple extinción, que si se hablaba en términos de asesinato. Es necesario constatar, de hecho, que la muerte durante el invierno 1941-1942 de dos millones de prisioneros de guerra soviéticos no provocó un gran espanto en la población o en la administración. El banquero sueco Jacob Wallenberg se encontraba en Berlín en la misma época y se alarmó por la frialdad con la que sus conocidos alemanes hablaban de la muerte inevitable de millones de personas. «En Alemania se habla mucho de la hambruna que genera en Rusia la "política de tierra quemada"; se estima que de diez a veinte millones de rusos morirán de hambre este invierno. *Dos millones y medio* conocerán la hambruna en Leningrado», ciudad que Hitler decidió sitiar en lugar de conquistar. Es cierto que también percibía la indignación de muchos alemanes ante la «manera en que se deporta a los judíos de las ciudades alemanas a los guetos polacos». Muchos le pedían salvoconductos para evitar a sus conocidos una «muerte insidiosa»[650]. La verdad es que estos alemanes se preocupaban por sus «conocidos», *sus* judíos, y que pronto dejarían de preocuparse por ellos. Era la guerra.

Que los judíos murieran no planteba muchos problemas. Matarlos, sí.

RECAPITULACIÓN II

Goebbels, entre la primavera de 1942 y el otoño de 1943, tuvo un conocimiento imperfecto de la «solución final de la cuestión judía» que entonces se llevó a cabo. Cierto es que desde el verano de 1941 había estado regularmente informado de la masacre a gran escala de judíos soviéticos en los territorios ocupados. En marzo de 1942, por una indiscreción, supo también del destino «bárbaro» que Himmler reservaba a los judíos polacos del Gobierno General, la muerte en cámaras de gas. Pero en lo sucesivo pudo hablar de manera más o menos abierta con Frank o Krüger, los más altos responsables regionales, civiles o de seguridad, de la política que se estaba llevando a cabo en suelo polaco. De todas formas, Goebbels no fue informado de la última mutación de la política antijudía de junio de 1942, según la cual el conjunto de los judíos, incluyendo por tanto a los judíos del oeste, debían ser ejecutados en un plazo corto. Y creo que siguió razonando durante largo tiempo siguiendo el esquema que Heydrich y Hitler le habían expuesto personalmente con anterioridad: los judíos alemanes deportados al Este eran simplemente trasladados a guetos polacos, a la espera de un traslado definitivo.

Un desconocimiento como este parece paradójico en la medida en que, durante el mismo periodo, el ministro de Propaganda, sus servicios o el mismo Hitler no dejaban de defender públicamente el «exterminio» del «pueblo judío» o del «judío». Esta paradoja, sin embargo, es solo aparente: el sentido genocida que damos habitualmente a «exterminar», a «aniquilar», es un sentido reciente que surgió durante la guerra y se consolidó tras la derrota alemana.

«Exterminar» a un pueblo, el pueblo judío o el alemán, podía significar muchas otras cosas en aquella época, seguramente funestas, pero distintas al asesinato de todos sus miembros. Un examen de la documentación disponible sobre la información y los rumores que circulaban en Alemania acerca del destino de los judíos alemanes deportados muestra, de hecho, un largo espectro de anticipaciones que, por ser a menudo dramáticas, no son asimilables antes de 1943 al menos a una ejecución sistemática. Las alusiones a la «profecía de Hitler» no podrían ser consideradas como alusiones explícitas al asesinato indiscriminado que estaba teniendo lugar: para entenderlas, hay que saber descrifrarlas.

Aclarando y asimilando este punto, surge una nueva objeción, también salida del Diario. Ya no tiene que ver con la realidad de lo vivido por el diarista, es decir, aquello de lo que ha sido informado y que ha firmado junto a otros, y de manera accesoria aquello que ha comprendido. No, esta objeción tiene que ver con la posibilidad de que Goebbels pudiera representar, en la medida que fuera, a la élite nazi en su conjunto. Goebbels podría ser solamente un caso, una simple rareza. Porque hemos visto que, como cierto número de altos responsables, el ministro de Propaganda recibió una minuta de la conferencia de Wannsee, en la que, de acuerdo con una tradición bien establecida, se hablaba de manera explícita del asesinato sistemático del conjunto de los judíos. Si por una u otra razón leyó el documento por encima, como he conjeturado, o incluso, de acuerdo con la propuesta de Browning, si le hubieran hecho llegar una versión expurgada, a los demás no les debía haber sucedido lo mismo. En el caso de los otros, y aún con más razón cuando los altos responsables habían participado en esa importante reunión interministerial, es lícito suponer que al menos habían leído con menor ligereza la minuta, de la cual disponemos.

La investigación, por tanto, debe bifurcarse de nuevo. Ahora se trata de comprender qué sucedió en la conferencia de Wannsee, que desempeña un papel tan crucial tanto en la historiografía como en la memoria colectiva de la «solución final». La reunión interministerial del 20 de enero de 1942 ha sido objeto de numerosos debates sobre

los que volveremos llegado el caso. Sin embargo, tomaremos en un primer momento un ligero desvío para dirigirnos a un aspecto infravalorado del suceso, su posterioridad inmediata, es decir el hecho de que se hablase o no de ello en los meses que siguieron, y la manera en que se habló de ello. Sin embargo, como veremos, la conferencia de Wannsee parece haber sido un acontecimiento relativamente menor en el seno del aparato del Estado. Se podría decir, en cierta manera, que su importancia para los contemporáneos fue inversamente proporcional al lugar que ocupa en nuestras representaciones. Además, y esto explica lo otro, lo que los participantes comprendieron en aquel momento de la conferencia interministerial es muy distinto de lo que leemos en ella habitualmente a día de hoy. De hecho, incluso después de Wannsee, como mostraré en una segunda fase, los responsables de las administraciones civiles implicados en la «solución final» no asociaron la «deportación al Este» de los judíos alemanes con el asesinato inmediato. Suscribían el esquema que se vislumbra de manera explícita en el Diario de Goebbels, el de un traslado seguido de una supervivencia más o menos larga. Por tanto en Wannsee debía haber ocurrido una cosa muy diferente de lo que normalmente leemos en la minuta.

Si este fuera el caso, la lectura superficial e incorrecta del ministro de Propaganda de esa misma minuta se convierte en una peripecia sin importancia: no puede ser considerada como un elemento explicativo del caso Goebbels. Porque Goebbels es claramente un caso, pero en la acepción epistemológica del término, vigorosamente explicitada por Jean-Claude Passeron y Jacques Revel[651], una anomalía no tanto respecto a la regularidad admitida de los otros hechos del pasado, sino en relación a las categorías analíticas que hasta entonces habían establecido la base de la inteligibilidad de ese pasado para nosotros.

CAPÍTULO VI

EL SILENCIO DESPUÉS DE WANNSEE

La frase ha permanecido en los anales. En 1995, empezando un artículo sobre este asunto, Eberhard Jäckel escribió: «Lo más destacable de la conferencia de Wannsee, ese encuentro tan discutido que empezó a ser conocido por este nombre solo después de la guerra, es que no sabemos por qué se produjo»[652]. Lo más sorprendente, a mi modo de ver, está en otro lugar: en el inmenso silencio que le siguió.

Sin embargo, otros historiadores han pensado de otra manera. Mark Roseman, quien dedicó en 2002 un pequeño libro a esta reunión, escribe, por ejemplo: «A juzgar por ciertos signos, el protocolo tuvo amplias repercusiones entre los oficiales alemanes por toda Europa»[653]. Esta aserción estaba justificada solo por tres ejemplos. En primer lugar, «los responsables en Minsk pronto oyeron hablar de ella»; luego «a partir del 23 de marzo, el experto en cuestiones judías de la embajada alemana en París, Carltheo Zeitschel, escribió a sus superiores del Ministerio de Asuntos Exteriores para informarles de que había oído decir que se había celebrado una reunión de los secretarios de Estado y que pedía un ejemplar del acta». Roseman hablaba en suma del resumen de Goebbels de la minuta de la conferencia en su Diario (sin, por otra parte, hacer ninguna mención a la posibilidad, mencionada por el ministro de Propaganda, de un traslado final de los judíos a Madagascar[654]). Y eso fue todo.

En realidad, ya habían empezado a filtrarse otras informaciones desde antes de la redacción de la minuta. El 10 de febrero, Franz Rademacher, el responsable de las «cuestiones judías» en el Ministerio de Asuntos Exteriores, había informado a uno de sus colegas encargado de la política colonial de que el plan Madagascar ya no estaba a la orden del día, en la medida en que Hitler había decidido enviar a los judíos al Este[655]. Christian Gerlach, en su famoso artículo sobre la conferencia de Wannsee, destacó también que Alfred Meyer, el representante del Ministerio del Este, había sido recibido al día siguiente por su ministro, Alfred Rosenberg[656]. Añadía que en Minsk los responsables policiales se planteaban una reanudación de las masacres que hacía suponer al historiador alemán (y a Roseman más tarde) que debían haber estado al corriente de las conclusiones de Wannsee[657]. Gerlach hablaba también de una alusión a la reunión interministerial en una carta de la administración civil de Letonia con fecha de julio. Finalmente abría la posibilidad de una difusión más amplia: «Incluso es posible que las noticias [de Wannsee] llegasen desde finales de enero a Eslovaquia»[658].

Estos escasos ecos que setenta años de historiografía han permitido unir[659] obedecen a naturalezas muy diferentes. En la mayoría de los casos, como veremos, se trataba solo de información sobre la celebración de la conferencia o de puntos específicos de su contenido. Solo en dos casos, evocados ambos por Gerlach, la alusión a Wannsee hacía eco en su propio núcleo del asesinato sistemático que supuestamente habría constituido desde entonces una política de Estado. Comencemos por el primer caso concreto.

Era totalmente normal que el representante del Ministerio de los Territorios Ocupados del Este, Alfred Meyer, informase a su ministro, Rosenberg, del contenido de la reunión. Lo mismo debió suceder con los otros participantes. Sería la ausencia de minutas por parte de los delegados de distintos ministerios a sus superiores jerárquicos lo que habría constituido una anomalía. En cualquier caso, ignoramos lo que Meyer le dijo a Rosenberg a propósito de esa reunión en la que apenas se habló de los judíos del Este. Pero diez días más tarde, el

29 de enero de 1942, los responsables del Ministerio del Este organizaron una nueva reunión interministerial sobre la definición del concepto de judío en los territorios ocupados. Ninguno de ellos —ni tampoco ningún representante de la RSHA ni de otras instancias— protestó cuando el representante del Ministerio de Justicia, Bernard Lösener, afirmó que «la discusión de los secretarios de Estado del 20 de enero de 1942 [...] había tenido como resultado que los mestizos judíos del Reich no serían asimilados a los judíos, sino esterilizados»[660]. Sin embargo, esta afirmación no se corresponde en nada con la minuta de Wannsee redactada poco más tarde por Eichmann. En ella, había destacado bien que Stuckart, el superior de Lösener, se había opuesto al proyecto de Heydrich de asimilar a los medio judíos a los judíos y de enviarlos, al igual que a ellos, al Este, y también que había propuesto, por el contrario, conservarlos en territorio alemán bajo reserva de esterilización. Pero nada dejaba suponer que la contrapropuesta del secretario de Estado del Ministerio de Interior recogiese el asentimiento de los participantes. En el mejor de los casos, leyendo la minuta, la cuestión de los medio judíos alemanes había quedado en suspenso: en el peor de los casos, Heydrich consideraba que había impuesto sus puntos de vista.

La intervención de Lösener del 29 de enero muestra que la información no solo circulaba hacia lo alto de la jerarquía, sino también hacia abajo. De hecho, Lösener trabajaba bajo la dirección de Stuckart en el Ministerio de Interior, en el que se ocupaba de las cuestiones raciales. Por tanto era del todo natural que, ante la perspectiva de una reunión en la que representaría a su administración, este alto funcionario fuera informado por su superior de los resultados de la conferencia de Wannsee, tanto más cuanto que las dos reuniones se centraban en la definición o redefinición del concepto de judío: en el Reich, en primer lugar, y en los territorios orientales ocupados, en segundo. Pero solo podemos sorprendernos por el hecho de que, sobre un punto tan central como la cuestión de los mestizos, las conclusiones extraídas por Stuckart de la reunión

fueran tan diferentes de las difundidas oficialmente por la RSHA: volveremos sobre esto[661].

Con Rademacher, encontramos igualmente un caso de información descendente: se ocupaba de las «cuestiones judías» en el Ministerio de Asuntos Exteriores y trabajaba bajo la tutela directa del secretario de Estado, Martin Luther, que había participado en Wannsee. Era, en este caso en concreto, más normal que Luther le indicase a Rademacher el nuevo curso que había tomado la «solución final» en la medida en que este último había sido el redactor, dieciocho meses antes, de una de las versiones del plan Madagascar, cuyo abandono anunciara Heydrich el 20 de enero de 1942: Hitler quería, en adelante, trasladar a los judíos al Este. Rademacher informó a su vez a su colega encargado de las colonias, Bielefeld, de que su plan había sido abandonado; era un procedimiento de pura cortesía administrativa, en la medida en que Madagascar tenía que ver con las competencias de ese funcionario. Bielefeld transmitió después la información a su jefe, Ernst Wörmann, subsecretario de Estado y jefe de la división política del ministerio, quien ignoraba el asunto por completo y pidió inmediatamente a Rademacher que revelase sus fuentes. Rademacher rogó a Luther que informase a Wörmann de la conferencia de Wannsee, lo que probablemente hizo[662]. Esta peripecia muestra también que, al menos en el Ministerio de Asuntos Exteriores, la conferencia de Wannsee había sido objeto de una comunicación restringida, destinada solo a los responsables directos implicados. La razón, como veremos más adelante[663], no era que las conclusiones de la reunión fueran secretas, sino más bien que, sobre algunos puntos cruciales, aún no se habían tomado decisiones claras.

Uno de los resultados más importantes de la conferencia fue que nadie puso en duda la preeminencia de Heydrich en lo relativo a la «cuestión judía». El papel central del jefe de la RSHA era un hecho consumado desde hacía tiempo, pero siempre podrían surgir conflictos de competencias con otras instituciones. Por eso le pidió a Göring, oficialmente encargado de la política antijudía, que le

proporcionase una delegación oficial que reforzase la que ya había enviado en 1939. Göring firmó así el 30 de julio de 1941 una breve carta de misión, redactada por Eichmann, que atribuía de manera oficial a Heydrich la responsabilidad de «tomar todas las medidas preparativas necesarias, sea en lo relativo a la organización, la ejecución o los medios materiales, que permitan obtener una solución total de la cuestión judía en la zona de Europa de influencia alemana». Pero esta misión debía ser llevada a cabo desde el respeto al funcionamiento administrativo normal: las otras instancias estatales afectadas debían estar asociadas a esta misión[664].

Esta carta se adjuntó a la invitación a la conferencia de Wannsee. Pero Himmler también la hizo transmitir, solo cinco días después de la conferencia, el 25 de enero de 1942, a los más altos responsables de la policía y del SD, tanto en Alemania como en los territorios ocupados, en particular en Francia[665]. También en este caso se trataba de dar a los representantes locales de las SS un medio eficaz para reivindicar su preeminencia en materia de política antijudía respecto a sus homólogos civiles o militares. Una copia llegó, por tanto, a París, a la atención del *SS-Obersturmbannführer* Helmut Knochen, el representante de Himmler en Francia. Este tuvo que informar de ello a su subordinado, el delegado de Eichmann, Theodor Dannecker. Desde el 28 de febrero de 1942, de hecho, este último daba indicaciones a miembros de la embajada alemana, entre los que se encontraba Carltheo Zeitschel, de que «el *SS-Gruppenführer* Heydrich contaba con el mayor apoyo posible del *Reichsmarschall*» Göring[666]. Dannecker fue convocado en Berlín a principios del mes de marzo por Eichmann y obtuvo la deportación de cinco mil judíos en el curso de ese año, una hazaña en la medida en que, en Wannsee, el lanzamiento de la «solución final» quedó relegado a un futuro indefinido por las dificultades de transporte. Pero este acuerdo de Heydrich era el resultado inesperado de la reunión y no el objeto de la misma, que era presumiblemente el de poner al corriente a los expertos en la «cuestión judía» de la RSHA en el oeste de Europa de la evolución de la «solución final».

De acuerdo con lo que podemos reconstruir, Eichmann explicó a sus delegados que la cuestión de los *Mischlinge* no había podido solucionarse en la reunión[667]. Tuvo que hablar también de la ejecución, decidida poco antes, de deportaciones con salida de Eslovaquia y en dirección al Gobierno General. El Gobierno eslovaco había dado su aprobación para una compensación al Reich por valor de quinientos *Reichsmarks* por cada judío deportado (en concepto de transporte); la RSHA quería proceder igual con los otros países y encargó a Dannecker que procediera a estimar el patrimonio de los judíos franceses, que serviría como pago de ese diezmo[668]. En la medida en que Bratislava financiaba (y en realidad organizaba con sus propios trenes) el traslado de sus judíos al Gobierno General, los quinientos *Reichsmarks* solo pueden ser entendidos como una indemnización destinada a mantener a los judíos en los guetos orientales donde se les reuniría hasta que fueran capaces de satisfacer por sí mismos sus propias necesidades. Además fue así como se presentó el asunto del lado alemán. De vuelta a París, Dannecker redactó un primer informe sobre su misión berlinesa el 10 de marzo[669].

Al día siguiente tuvo lugar la «reunión del martes» que unió a delegados de Eichmann y a representantes parisienses del Ministerio de Asuntos Exteriores y del alto mando militar alemán. Dannecker dio a conocer la decisión de Heydrich de deportar a cinco mil judíos franceses en 1942. Y mencionó también el caso eslovaco, que suscitó el interés de los participantes[670]. Es probable que en esta ocasión, o al margen de la reunión, Dannecker hablase también a Zeitschel de la celebración de la conferencia de Wannsee el 20 de enero. Porque es difícil ver qué otra fuente habría podido informarle de ello, o incluso transmitirle «de forma confidencial» una copia de la carta de misión de Göring del 30 de julio de 1941. Otto Abetz regresó de una larga estancia en Berlín el 15 de marzo[671]; pero, si el embajador alemán en París fue puesto al corriente de algo en Berlín, ¿por qué pidió Zeitschel a Asuntos Exteriores, el día 23, que comunicase a la embajada la minuta de la reunión que «debía haber tenido lugar» unas semanas antes[672]?

En los diferentes casos que citábamos antes, las informaciones sobre la reunión de Wannsee circularon dentro de la administración de una manera que no parece anómala. Se informó a algunos responsables, a otros, no; en ocasiones se pensaba haber entendido algo pero quizá no era exacto; algunos incluso podían exceder ligeramente su atribución e informar, bajo reserva de secreto, en algunas cartas, de «la conversación de los secretarios de Estado del 20 de enero de 1942». Era el caso, como hemos visto, de la minuta de la reunión del 29 de enero de 1942, pero también de la carta de la administración civil de Letonia con fecha de julio de 1942, citada por Gerlach como indicio de la amplia difusión de las conclusiones de la conferencia. En realidad, el comisario general de Letonia no sabía específicamente el contenido de la conferencia interministerial. Se basaba solo en la minuta de la reunión del 29 de enero relativa a la definición de la noción de judío en los territorios orientales ocupados. Retomaba las expresiones palabra por palabra, pero también los errores. El redactor suponía, de esta manera, que «en el Reich, se plantea[ba] la cuestión de no tratar a los *Mischlinge* de primer grado como a los judíos, sino esterilizarlos»[673]: un resumen que no encaja con lo que sabemos de Wannsee, pero que reproduce fielmente lo que Lösener, siguiendo la minuta de la reunión, había dicho el 29 de enero anterior.

Estos diferentes ecos dan testimonio de la difusión de información sobre la celebración de la conferencia de Wannsee y de ciertos elementos de su contenido. Pero en ningún caso permiten concluir que se asociara ese encuentro a la idea de un asesinato indiscriminado de judíos. Veremos que, incluso, en algunos casos, prohíben tal hipótesis[674].

De esta manera, basándose en otras fuentes, diferentes historiadores han supuesto que las conclusiones criminales de la conferencia del 20 de enero de 1942 se conocieron rápidamente. Christian Gerlach evocó, en esta línea, la posibilidad de que estas conclusiones hubieran alcanzado Eslovaquia desde finales del mes de enero de 1942. Se basaba en un pasaje del *Terrifiant secret* (Terrorífico secreto) de Walter Laqueur, publicado en 1980, que hablaba de un testimonio de Aron Grünhut. En sus memorias, publicadas en 1972, este antiguo responsable de la comunidad judía de Eslovaquia contaba que Petschuk [Julius Pecuch], el subdirector del servicio judío en el Ministerio de Interior eslovaco, le había advertido a finales de enero de 1942 de que todos los judíos eslovacos iban a ser deportados, bajo el pretexto de trabajos forzados, y asesinados. Laqueur se mostraba escéptico: «¿Es posible que un oficial eslovaco tenga tal tipo de información acerca de la solución final solo unos días después de la conferencia de Wannsee? Es más probable que la memoria de Grünhut haya cometido un desliz»[675].

Sin embargo, unas líneas después, el historiador planteaba la hipótesis de una huida, poniendo este testimonio en perspectiva con las declaraciones de un grupo de rabinos y del nuncio apostólico en Bratislava durante el mes de marzo. Este último escribió: «La deportación de ochenta mil personas a Polonia a merced de los alemanes significa la condena de una gran parte de ellos a una muerte segura»[676]. En realidad, es posible, aunque no se ha demostrado, que Pecuch pudiera haber alertado a las autoridades judías del peligro que implicaban las deportaciones. Pero, como veremos, no habló, como presuponen Laqueur y Gerlach, de la perspectiva de un asesinato indiscriminado. Y, en cualquier caso, no habló en aquel momento.

Respecto al primer punto, atestiguamos de hecho un doble desliz entre los recuerdos de Grünhut y el relato de Laqueur. El testigo no hablaba explícitamente de asesinato, sino más bien de una muerte segura: «Encontré a Pecuch muy agitado. Nos pidió con vehemencia que abandonásemos Eslovaquia y Europa a la mayor brevedad, pues

pronto todos los judíos serían deportados a Polonia. De cara al exterior, se disfrazaría la operación de trabajos forzados de los judíos en Polonia, pero en realidad ninguno de ellos saldría vivo»[677]. Lo mismo sucede con los memorandos de los rabinos, con los que se alinea el nuncio apostólico. Más que el indicio de un conocimiento precoz de un plan de exterminio total, hay que ver en ello manifestaciones legítimas de inquietud, como hemos podido atestiguar en el capítulo anterior a propósito de Alemania. Respecto a las mujeres, los niños, los ancianos y los enfermos, es decir los deportados incapaces de trabajar, también los rabinos expresaban el temor de que, para ellos, «la prueba de un transporte en masa y el traslado a un nuevo medio en condiciones extremadamente desfavorables» fuesen sinónimos de «muerte segura»[678].

La segunda alteración es la siguiente: Grünhut no dejaba entender, como implícitamente hacía Laqueur, que Pecuch tuviera un informador alemán. De hecho, si bien es verdad que Pecuch expresó temores respecto al destino de los judíos deportados similares a los de los rabinos o el nuncio —y, a juzgar por otro testimonio de posguerra, lo hizo—, no se basaba en una filtración, sino en su propia experiencia. En julio de 1941, de hecho, fue en compañía de otros responsables eslovacos y con Wisliceny a los guetos de la Alta Silesia, donde se planeaba enviar entonces a los judíos eslovacos. Otro participante también expresó su reprobación durante el viaje: «La forma que adopta el sistema de explotación de la mano de obra judía en la Alta Silesia es anticristiana e inhumana; debemos encontrar otra forma en Eslovaquia»[679]. Las alarmas del funcionario eslovaco del Ministerio de Interior procedían por tanto directamente de lo que había visto en la Alta Silesia: si se les trataba de la misma manera, los judíos eslovacos deportados seguramente morirían en masa. No hay ninguna necesidad de ver un eco de Wannsee en las confidencias que hizo ante Grünhut.

Se plantea otra cuestión en lo relativo a la cronología. El memorialista eslovaco fecha su encuentro con Pecuch a finales del mes de enero, es decir, diez días después de Wannsee, lo que es estrictamente imposible. En octubre de 1941, el primer ministro

eslovaco, Vojtech Tuka, le propuso a Himmler trasladar a territorios bajo dominación alemana a los judíos eslovacos, a pesar de las reservas expresadas por la misión de investigación en la Alta Silesia. Himmler aceptó el principio, que iba en la dirección de sus propios proyectos entonces en elaboración, pero tomó la precaución de no dar ninguna indicación temporal[680]. Y nada sucedió en los meses que siguieron. Cansados de intentarlo, los propios responsables eslovacos repitieron su propuesta en febrero de 1942 por medio del delegado de Eichmann en Bratislava, Wisliceny. Según el testimonio de este último, Eichmann, sin siquiera informar a sus superiores, rechazó la propuesta: no había territorio al que enviarlos[681]. En aquel periodo, de hecho, Hans Frank rechazaba siempre con obstinación una afluencia masiva e incontrolable de judíos en el Gobierno General.

Para desbloquear la situación y conseguir que Frank cediera, el 5 de marzo Himmler no dudó en hacer cantar, pura y simplemente, al gobernador General[682]: recordó las dudas de corrupción que planeaban sobre su entorno, los vínculos indirectos que podía estar manteniendo con los judíos, y obtuvo cuanto quiso. Pero la RSHA había anticipado el resultado de esta entrevista entre los dos hombres y se había puesto en contacto con la administración civil del Gobierno General. Desde el 3 de marzo, un subalterno de Frank, Bühler, ya había dado su consentimiento para un traslado —mucho más limitado— de judíos[683]. También el 3 de marzo Tuka anunció a su gabinete que representantes alemanes, probablemente Eichmann a través de Wisliceny, habían dado finalmente su aprobación a la deportación total de los judíos eslovacos[684]. La aceptación fue transmitida de manera oficial el 23 de marzo por vía diplomática[685]. Como se había hecho con los judíos alemanes, se trasladó a los judíos eslovacos a guetos previamente vaciados en el Gobierno General y vivieron allí en condiciones igual de difíciles[686]. Pero hasta principios del mes de junio, ningún convoy fue masacrado a su llegada.

Paralelamente estaba teniendo lugar otra negociación bilateral acerca del envío a Alemania de más de cien mil trabajadores

eslovacos. El gobierno eslovaco se lo pensó durante todo el año 1941 y terminó por firmar en Berlín su rechazo oficial el 21 de enero de 1942, proponiendo a la vez reemplazar los veinte mil trabajadores exigidos de manera urgente por la misma cantidad de jóvenes judíos. La oferta eslovaca llegó a Himmler en el momento oportuno. El 25 de enero, considerando que los reveses militares alemanes no permitirían capturar a cientos de miles de prisioneros de guerra soviéticos, Himmler decidió poblar con trabajadores forzados judíos los campos que inicialmente habían sido concebidos para prisioneros rusos: Majdanek y Auschwitz. Pero no fue hasta febrero cuando aceptó la propuesta eslovaca[687], es decir, después del supuesto encuentro con Grünhut y Pecuch. Sin embargo, ¿cómo habría podido informar este a su interlocutor de una deportación pendiente cuando ni siquiera era noticia en el bando alemán?

Se ve con claridad: la discusión entre el funcionario eslovaco y el responsable judío no tiene nada que ver con Wannsee. Necesariamente tuvo lugar más tarde de lo que indica el testigo. Los temores de Pecuch respecto a las deportaciones no eran fugas procedentes de un informador alemán, sino de lo que había visto sobre el terreno, en los guetos polacos, más de un semestre antes. Y está claro que no hablan de un eventual asesinato de los judíos. Lo que temía era su desaparición progresiva[688].

Quedan aún dos casos que dejan suponer, aunque con menos claridad, una rápida difusión de la información relacionada con la conferencia interministerial del 20 de enero. En su monumental obra sobre Bielorrusia, *Kalkulierte Morde*, Christian Gerlach afirma, combinando varios indicios, que los principales responsables alemanes destinados en Minsk conocieron sin retraso las conclusiones de Wannsee. De entrada estaba el testimonio del

responsable de la Gestapo, que declaró en 1969 que después de la conferencia de Wannsee «todos los judíos debían ser aniquilados», mientras que se seguía hablando de traslado[689]. Pero, más allá de que se trate de un testimonio tardío que podría estar contaminado por los marcos historiográficos, el propio Gerlach muestra que, hasta finales del mes de marzo, los judíos alemanes en Minsk aún estaban excluidos en masa de las masacres que afectaban a los judíos rusos en la misma ciudad. Es más, el cambio que tuvo lugar por esas fechas puede explicarse por nuevas órdenes: Eichmann había ido a Minsk a principios del mes de marzo y el propio Heydrich iría en abril. En segundo lugar, Gerlach cita lo dicho por el responsable de la Sipo-SD en Minsk, quien declaró el 29 de enero de 1942 que iba a hacer proceder en primavera «importantes ejecuciones», lo que es efectivamente compatible con el conocimiento de una planificación de las masacres. Pero nada indica que estos planes criminales tuvieran que ver con los judíos alemanes, hasta entonces protegidos, y que aún lo estarían por varios meses[690]. La demostración que propone el historiador alemán se basa, finalmente, en una carta de Wilhelm Kube con fecha de 6 de febrero de 1942. El comisario general civil de Rutenia explicaba en ella que quería ejecutar a todos los deportados de los próximos convoyes provenientes de Alemania por falta de espacio y de avituallamiento.

La cercanía de esta intención criminal con la conferencia de Wannsee es en efecto chocante. Sin embargo, me parece que debe estar relacionada con otra intriga, la de los problemas que de manera recurrente se les planteaban a las autoridades locales ante estos transportes temporales. Como hemos visto, después de la llegada de los primeros convoyes de deportados judíos a su territorio en 1941, Kube emitió predicciones sombrías sobre el destino de los judíos alemanes, expuestos a condiciones muy inclementes en un entorno extraño. En particular, había destacado el riesgo que podían hacer correr a los ocupantes alemanes a través de la propagación de epidemias[691]. Además, Kube ya había manifestado su repugnancia respecto a las masacres, que sin embargo se proponía llevar a cabo en caso de necesidad. Esta repugnancia se veía reforzada, explicaba,

por el hecho de que se trataba de judíos alemanes: «Estoy claramente determinado y listo para resolver la cuestión judía, pero personas que vienen de nuestro medio cultural son claramente algo distinto de las hordas [judías] indígenas bestiales. ¿Debemos encargar la masacre a los lituanos y letones que también son mal vistos por la población? No podría»[692]. Finalmente, estos judíos no fueron ejecutados. Para Kube y para la administración civil, había que evitar a toda costa nuevas deportaciones que fueran al Reichskommissariat de Ostland. Sin embargo, cuando Wannsee, en enero de 1942, la RSHA quería enviar de manera provisional a judíos alemanes a los dos comisariados generales de Ucrania y Ostland[693]. El 6 de febrero, Kube defendió en una carta a uno de sus subordinados que se había opuesto con vehemencia a un nuevo traslado de judíos, arguyendo que solo empeoraría una situación que ya era catastrófica[694].

La carta que había dirigido Kube en esa misma fecha a su superior, la cual cita Gerlach, debe ser considerada como una amenaza destinada a impedir la reanudación de las deportaciones en lugar de como el reflejo de una licencia general que autorizase a matar a todos los judíos y que habría sido entregada en Wannsee, evento que Kube conocería. Su estrategia dio frutos, aunque sea difícil evaluar la parte de su acción en el cambio de planes a escala central[695]. Porque finalmente fue en el Gobierno General, y no en el Reichskommissariat de Ostland, donde Himmler decidió relanzar a gran escala la deportación de judíos alemanes. A principios del mes de mayo, Eichmann consiguió de todas formas organizar una serie de convoyes de menor capacidad en dirección a Minsk[696]. Los judíos deportados de Viena fueron asesinados al llegar. Pero este paso al asesinato de los judíos alemanes no debe mucho a las circunstancias locales: es observable de manera simultánea en varios puntos de Europa, lo que da cuenta de una evolución central[697].

En un libro publicado en 2006, otros dos historiadores alemanes, Andrej Angrick y Peter Klein, también adelantaron que el destino que aguardaba a los judíos alemanes deportados a Riga en 1942 podía ser interpretado como una traducción rápida a escala local de las conclusiones de Wannsee. La investigación, muy profunda, ha permitido actualizar, en particular gracias a un testimonio, que hasta entonces había pasado inadvertida la probable existencia de tres masacres perpetradas contra los judíos deportados en Minsk entre enero y febrero de 1942. La primera masacre tenía que ver con un convoy de judíos checos provenientes de Berlín o de Viena en los últimos días del mes; la última, unos días más tarde, se había ejecutado contra un grupo de judíos alemanes seleccionados en el gueto de Minsk por su incapacidad para trabajar. Hay importantes incertidumbres acerca de las fechas de las masacres y su factura. En el caso de los dos convoyes, conviene apreciar que los alemanes habían procedido a una selección, salvando a cierta cantidad de judíos susceptibles de ser integrados en el proceso productivo y matando al resto[698]. Para los dos historiadores, estas prácticas sobre el terreno deben ser relacionadas con una evolución a nivel central respecto al destino de los judíos alemanes deportados: la masacre de los «judíos del Reich» en las fechas cercanas a la conferencia de Wannsee no serían asimilables a una «radicalización sobre el terreno justificada por una falta de espacio o de alimento que habría necesitado de una autorización retroactiva de la RSHA». Las autoridades locales, por el contrario, habrían actuado «en el marco bien delimitado por las órdenes que reflejaban los planes estratégicos de Heydrich respecto al lugar del asesinato masivo en la "solución final de la cuestión judía"»[699].

Sin embargo, los autores aportan a lo largo de la obra otros elementos que prohíben, en mi opinión, esta hipótesis, que es esencialmente el resultado de un efecto óptico según el cual Wannsee, por tradición historiográfica, está en el centro del foco. Es cierto que el responsable de estas masacres, el *SS-Sturmbannführer* Rudolf Lange, estaba presente en la conferencia. Pero también

encontramos que redactó poco después, a su regreso a Berlín, un informe sobre el «judaísmo» que los autores citan por extenso: «Solo una parte reducida de los judíos del Reich es capaz de trabajar. La tasa de mortalidad aumenta continuamente entre los judíos evacuados. Ante todo, los viejos y seniles no son lo bastante resistentes para pasar este invierno extraordinariamente inclemente. Para evitar, de entrada, cualquier riesgo de epidemia en el gueto y en los dos campos [a los que se deportará y en los que se concentrará a estos judíos], se ha seleccionado y ejecutado caso por caso a los judíos enfermos contagiosos (disentería y difteria)»[700].

Este informe inmediatamente posterior a Wannsee constituye, desde mi punto de vista, una explicación suficiente para las masacres observadas. De hecho, encaja perfectamente con la ejecución de varios cientos de judíos seleccionados en el gueto. Y nada me impide suponer que se hayan tomado como pretexto estas prácticas profilácticas para asesinar, con la mayor discreción, a la mayor parte de los deportados en los dos convoyes de los que acabamos de hablar, cuyas estructuras de edad se asemejaban a las de estos. La inmensa mayoría de los que llegaron tenían más de cincuenta años, en torno a la mitad, más de sesenta[701]. Habría bastado con declarar que parte de ellos estaban «seniles», «enfermos» o que eran «contagiosos». La noción de «caso por caso» no era para nada un obstáculo para campañas de asesinato masivo, como ya habían demostrado las terribles operaciones T4 y la 14f13 de ejecución, respectivamente, de los enfermos mentales de los manicomios alemanes y de los internos en campos de concentración incapaces de trabajar. También en esto se trataba, en principio, de seleccionar una por una a las futuras víctimas. Toda la historia de estos programas criminales prueba que no hubo nada de eso.

En cualquier caso, nada indica que las masacres de Riga fueran otra cosa que una inflexión local, quizá negociada con Berlín en función de la situación sobre el terreno. Porque debemos subrayar, por un lado, que los convoyes seguían llegando a la misma ciudad sin ser objeto de masacres o de selecciones a su llegada y que, por

otro, la política sobre los judíos alemanes deportados no había sufrido ninguna evolución notable: en Minsk, como hemos visto, el vuelco tuvo lugar en mayo, como en Lodz y en el Gobierno General. Sin anticipar nada de la demostración que seguirá, no obstante, podemos señalar desde ahora que los dos historiadores producen, por otra parte, elementos archivísticos que muestran indudablemente que en febrero de 1942, según las planificaciones de los propios responsables alemanes, el horizonte de supervivencia de los judíos alemanes deportados capaces o no de trabajar llegaba hasta finales de verano de 1942, o quizá más allá. Volveremos sobre ello[702].



Se podrían citar otros casos en los que la tradición historiográfica condiciona el examen de las fuentes. Durante medio siglo, y aún de manera reciente en las grandes síntesis de Christopher Browning y Saul Friedländer[703], se ha afirmado que las primeras deportaciones de judíos alemanes a Auschwitz tuvieron lugar a mediados de febrero de 1942. Esta datación encaja perfectamente con uno de los relatos de Höss: «No fue hasta principios de 1942 cuando llegaron los primeros transportes de judíos procedentes de la Alta Silesia, que debían ser examinados en su totalidad»[704]. Esta coincidencia es, cuando menos, sorprendente, teniendo en cuenta la poca credibilidad del testigo, como hemos visto, en materia cronológica[705]. Es necesario constatar que, por otra parte, no existe ningún dato documental relacionado con la salida de convoyes de Beuthen en esta fecha, ni ningún documento en los archivos del campo que hable de su llegada. Además, Danuta Czech, al publicar en 1960 la primera versión del *Calendario de Auschwitz*, situó este suceso a finales del mes de enero de 1942, haciendo referencia al testimonio de Höss y suponiendo que esta deportación debió constituir una

consecuencia inmediata de la conferencia de Wannsee[706]. La publicación, en 1958, de una edición anotada por Martin Broszat de las memorias de Höss conllevó en las siguientes ediciones un desajuste de quince días. En una nota, el historiador alemán databa el convoy en cuestión a mediados de febrero de 1942, a raíz de una carta enviada por el servicio internacional de investigación de Arolsen, con fecha de 27 de marzo de 1958[707].

Esta nota al pie ha constituido, durante medio siglo, la única fuente invocada por los historiadores para relatar, tan a menudo, la llegada del primer convoy. Bastaba, sin embargo, con saber de la carta en cuestión para darse cuenta de que Broszat, en el mejor de los casos, se equivocaba. El CICR había confirmado la llegada del convoy de judíos de Beuthen a Auschwitz, pero a mediados de mayo de 1942, un periodo ratificado por otros documentos archivísticos[708]. En resumen: no hubo ninguna repercusión inmediata de Wannsee en Auschwitz. También allí hubo que esperar a finales de la primavera de 1942 y a una aceleración observable en el resto de lugares para que el campo, inicialmente concebido para albergar prisioneros de guerra soviéticos, fuese transformado en un complejo industrial para el asesinato de judíos.

Interpretar de otra manera los elementos puestos en marcha por la historiografía respecto a la posteridad inmediata de Wannsee supone volver a afirmar, siguiendo el paradigma de Settis-
Ginzburg, que la coherencia del dibujo formada por las piezas del rompecabezas era superficial y engañosa, porque las piezas habían sido colocadas en mal lugar. Este es el primer punto. El segundo consistiría en preguntarse si la ausencia de piezas que den cuenta de una repercusión inmediata de Wannsee en las informaciones de las que disponían los responsables alemanes y en la práctica no podría constituir el motivo en sí. No habría piezas porque no tendría que haberlas, porque las decisiones que suponemos que se discutieron en Wannsee no se discutieron allí, o al menos no de la manera habitualmente aceptada.

Se podría objetar a esta hipótesis —al menos respecto al conocimiento por parte de los responsables— que el secreto bastaría

por sí mismo para explicar el silencio archivístico. Creo que debemos rechazar esta objeción. La reunión interministerial que tuvo lugar en Wannsee el 20 de enero de 1942 no reunió a más de quince participantes, de los cuales diez no pertenecían a instituciones policiales. De acuerdo con la interpretación más común, se habló del asesinato a corto plazo de diez millones de judíos. ¿Y no hubo ninguna filtración?

No ver nada extraño en este estado de los hechos desconcertante vuelve a significar comulgar, sin distancia crítica, con la tradición de Núremberg de la historia de la «solución final». Al terminar la guerra, se pensaba que exterminar a un pueblo significaba matar a cada uno de sus miembros, hasta el último. Se suponía que, en la medida en que Hitler se había planteado el exterminio de los judíos en su «profecía» de enero de 1939, su intención criminal quedaba reconocida desde esa época. Si entre enero de 1939 y julio de 1941 o enero de 1942 no existía ningún documento que hablase de la existencia de un plan genocida, el régimen nazi debería haber sido de una naturaleza tal que permitiera conservar esos secretos durante tanto tiempo. La singularidad del nazismo, por tanto, no habría estado solamente en su monstruosidad, sino también en el funcionamiento estanco, sin parangón, de su aparato estatal. Siguiendo esta concepción, el silencio que siguió a Wannsee no diría mucho de su contenido, pero sí de la singularidad del secreto nazi.

Desde entonces, como hemos visto, y en particular en los últimos veinte años, la idea de una decisión precoz ha sido descartada abiertamente, así como el proceso de decisiones que terminó con un asesinato indiscriminado se ha ido retrasando y alargando. No se había tomado ninguna decisión sobre el asesinato sistemático de los judíos soviéticos antes del lanzamiento de la operación Barbarroja, en junio de 1941. Para el conjunto de los judíos de Europa, se estima que Hitler decidió su ejecución en un momento situado, según los autores, entre octubre de 1941 y diciembre del mismo año. Y cada uno destaca una fuerte aceleración a finales de la primavera de 1942, que algunos atribuyen a una última y

fundamental decisión de Hitler. En pocas palabras, la cronología, que determinaba también la excepcionalidad nazi en lo que respecta al secreto, ha sido totalmente alterada. Pero no nos hemos preguntado de qué manera esta evolución historiográfica podía afectar, a su vez, a la propia idea que nos hacemos del secreto nazi.



Estas son simples reflexiones, cuyo valor probatorio es relativamente débil. Es más pertinente intentar inscribir Wannsee en una serie de decisiones de una amplitud conmensurable y ver si también permanecieron secretas. De esta manera, podremos determinar si el silencio que siguió a Wannsee estaba efectivamente relacionado con el propio funcionamiento del aparato de Estado nazi o bien con otra cosa, con el propio contenido de la reunión y la manera en que se entendió en su momento. Una serie como esta solo puede ser breve. Integrará, en la siguiente demostración, el proyecto de Himmler, en marzo de 1942, de asesinar a la mitad del judaísmo polaco, y el plan decidido de común acuerdo con Hitler en junio de 1942 de exterminar a la totalidad de judíos de Europa en un año.

Ya hemos hablado de la visita de Himmler a Lublin a mediados de marzo de 1942[709]. Entonces informó a Hans Frank, el gobernador general, de su intención de matar a la mitad de la comunidad judía antes de que terminase el año, es decir, a más o menos un millón de personas. He defendido la hipótesis de que el proyecto aún no había sido validado por Hitler. Uno de los elementos que permiten sustentar esta tesis es la manera en que se produjeron las masacres durante la primavera, que no se corresponde con una política de este tipo: el ritmo era insuficiente para alcanzar el objetivo; los responsables locales siempre estaban esperando una última decisión. En resumen, Eichmann había propuesto un relato

alternativo: en dos ocasiones le habría transmitido a Globocnik, el responsable de diferentes campos de exterminio, autorizaciones de Himmler para ejecutar a determinados contingentes de judíos polacos. Muchos historiadores[710], entre los que me cuento, se han visto tentados a aferrarse a la versión de Eichmann: por una vez, los hechos de los que hablaba Eichmann eran desconocidos y, al contarlos, sin darse cuenta, se incriminaba a sí mismo. Sin embargo, esta versión según la cual la masacre fue objeto de autorizaciones sucesivas y cifradas no es compatible con la hipótesis de un plan debidamente formado para destruir a la mitad del judaísmo polaco. Si el objetivo global hubiera estado claro, ¿por qué habrían hecho falta tantas autorizaciones intermedias?

Simple proyecto u orden validada: la distinción tiene cierta importancia en lo relativo al secreto. De hecho, sería aún más destacable que el plan de Himmler hubiera sido conocido no siendo aún más que una hipótesis de trabajo acompañada de una primera fase de deportación. Sin embargo, probablemente fuera así. Proyecto u orden, fuera lo que fuese, conocemos el plan de Himmler por dos filtraciones. Por un lado, como hemos visto, a través del Diario de Goebbels. Por otra, a través de un informe dirigido a Londres en noviembre de 1942, en el que se retomaba información recogida por la resistencia polaca clandestina unos meses antes[711]: durante su visita a Lublin, Himmler habría dado la orden de que la mitad de los judíos del territorio fuera exterminada antes de que terminase el año 1942. Estas informaciones levantaron las últimas dudas respecto a la publicación de una declaración internacional que condenase la política nazi de persecución de los judíos. La prensa estadounidense se hizo cierto eco de estas noticias, refiriéndose en particular al plazo de finales de 1942[712]. Por tanto, hicieron falta tres trimestres para que el plan se conociese plenamente en el extranjero.

El segundo caso de la serie es bastante similar, aunque la transmisión fuera del Reich haya sido aún más rápida. De la misma manera que no disponemos de ningún archivo administrativo interno que documente el esquema criminal presentado por Himmler ante

Hans Frank a mediados de marzo de 1942, los únicos datos sobre el plan concretado por Himmler en junio de 1942 son indirectos: no por el propio documento sino por la información que pudo circular sobre él. Es una de las razones por las que ha pasado desapercibido durante mucho tiempo, a pesar de que los datos ya estuvieran disponibles. Y esto también explica que su actualización haya suscitado hasta ahora el escepticismo de mis colegas[713]. Sin embargo, pese a ser fragmentario e indirecto, teniendo en cuenta la destrucción masiva de archivos, el dossier documental está relativamente bien provisto. El carácter indirecto de las fuentes, por tanto, no explica totalmente que nunca hayan sido leídas e interpretadas en conjunto, aunque el plan haya pasado desapercibido. El problema de la adecuación entre la fecha del plan y las interpretaciones tradicionales del genocidio parece haber desempeñado, en mi opinión, un papel más importante. De hecho, el plan (y por tanto las fuentes que permiten reconstruirlo) remite a un periodo tardío en relación con la visión de Núremberg de la historia de la «solución final»: no se podía imaginar que hubiera pasado nada importante tanto tiempo después de Wannsee, cuando ya todo estaba consumado. Si los documentos que voy a citar hubieran estado fechados días después de la conferencia de Wannsee, no cabe la menor duda de que mis colegas los habrían tenido en cuenta y habrían figurado en el relato general del genocidio de los judíos. Porque son de importancia mayor. Examinémolos rápidamente.

Respecto al «plan del *Reichsführer SS*», tal y como es nombrado en la nota de un subordinado de Eichmann, existen dos conjuntos de fuentes: se transmitió regularmente a cierto número de miembros de la RSHA, quienes lo mencionaron en sus correspondencias o sus testimonios de posguerra; se ha beneficiado después, gracias a diversas filtraciones, de una difusión incomparablemente más amplia.

Todo parte de un discurso de Himmler ante los más altos responsables de la SS del 9 de junio de 1942, a la salida del funeral de Heydrich. El jefe de la RSHA había muerto unos días antes por las

heridas causadas por un atentado contra su persona, el 27 de mayo, en los suburbios de Praga. Al final de su largo discurso, el *Reichsführerhabló* de las tareas de posguerra. Habría que dar un lugar central a la SS, que según él constituía la armadura misma del pueblo alemán. Himmler preveía después agregar al Reich a todas las poblaciones de origen germánico del norte, tanto al este como al oeste, y de fundirlas en un solo pueblo que constituiría el «núcleo de Europa». Finalmente, habría que proceder a una remodelación étnica del continente. El que había sido nombrado en 1939 comisario del Reich para el Refuerzo de la Germanía estaba a punto de planificar con sus servicios el monstruoso futuro de la Europa por venir: por venir después de la victoria nazi. Todos los pueblos inferiores serían, si se quiere decir así, «exterminados» en el sentido amplio del término: rotos y reducidos a la esclavitud.

En su discurso, Himmler se concentró solo en dos aspectos, de los que uno debía ejecutarse inmediatamente. Describía la servidumbre en que contaba sumir a los polacos, reducidos a la condición de trabajadores itinerantes, reunidos en campos y a los que se prohibiría la reproducción en el territorio del Reich[714]. Y habló, en un inciso, de los judíos: «Debemos haber terminado sin falta la migración del pueblo judío en un año; después, ya no quedará ninguno para errar. Por tanto, a partir de ahora debemos hacer tabla rasa»[715]. La razón por la que esta frase figuraba en un pasaje dedicado a la posguerra era simple. Himmler informaba a sus hombres de que el peligro judío ya no existiría entonces.

No debemos equivocarnos respecto a la importancia de estas frases. Es aquí donde por primera vez se asigna un horizonte definido a la «solución final». Claro está que el plan de Madagascar no eludía una inscripción temporal: el traslado de cuatro millones y medio de judíos que vivían en territorios directa o indirectamente sometidos al Reich debía producirse en cuatro años[716]. También se puede sostener que el ritmo de un millón de judíos desplazados por año era el que describieron Heydrich y sus servicios durante el primer semestre de 1941, cuando presentaron a Hitler y a Göring un esbozo somero de la «solución final», concebida como un traslado a

la URSS, que se esperaba que pronto fuera derrotada[717]. Pero se trataba en los dos casos de planes de exploración, cuyo lanzamiento solo tendría lugar al final del conflicto: una vez vencida Inglaterra, tras un ataque planeado para septiembre de 1940 y al que Hitler terminó por renunciar, y tras la caída de la URSS, que debía producirse, de acuerdo con las proyecciones alemanas, a finales del verano de 1941. En ese escenario, el plan debía llevarse a cabo sin demoras.

Además, como hemos visto[718], en Wannsee, Heydrich había sido incapaz de dar la menor indicación no solo acerca de los plazos de la operación, sino también sobre su puesta en marcha. Las dificultades de transporte eran tales después de la contraofensiva de Moscú que era imposible planificar un solo convoy. Este estado de cosas puede haber sido presentado legítimamente desde otra óptica: en la jerarquía de prioridades para la atribución de capacidades ferroviarias, la «solución final» estaba en lo más bajo de la lista. La reanudación, en marzo, de las deportaciones con salida desde Alemania solo pudo llevarse a cabo por una astucia: a finales de febrero, Eichmann se dio cuenta de que los trenes que llevaban productos alimentarios desde el Gobierno General salían vacíos de esos territorios[719]. Y algunos elementos de los que disponemos dejan pensar que Heydrich se planteaba en ese momento un desarrollo lento del programa: había aceptado, como favor hacia sus subordinados en París, la atribución de cinco convoyes con salida desde Francia para 1942, esperando poder hacer más en 1943. En junio de 1942, esta situación había cambiado por completo: si bien había aún algunos obstáculos para desplazar a las tropas, la RSHA obtuvo los trenes necesarios para deportar a los judíos de Europa. La indicación temporal dada por Himmler tenía que ver con un programa cuya ejecución ya había sido lanzada. Se habían puesto los medios para acabar la «solución final» como estaba previsto: un año más tarde.

Durante una importante reunión el 28 de agosto de 1942, Eichmann presentó a sus subordinados este «plan del *Reichsführer SS*», que sigió vigente hasta su ejecución, en verano de 1943[720].

Estaban presentes los distintos representantes de su servicio en el extranjero[721] y, de manera excepcional, Rudolf Höss, el comandante de Auschwitz[722]. Solo disponemos de una minuta de esa «reunión de trabajo sobre la cuestión judía». Fue redactada por Horst Ahnert, un subordinado de Eichmann en Francia, a la atención de sus superiores destinados en París. Solo constituye un reflejo imperfecto del evento: el participante anotó lo que le importaba al primer jefe. Al leer este documento de archivo, se tiene la impresión de que solo se habló de «evacuación» o de «expulsión» de los judíos. Pero incluye una referencia al plan de Himmler, a través de su componente temporal: «El *SS-Obersturmführer* Eichmann ha hecho saber, en el curso de la conversación, que el problema [*sic*] actual de deportación (expulsión de los judíos apátridas) debe concluir antes del final de este año civil. Como último plazo para la expulsión de los otros judíos extranjeros, se prevé el final del mes de junio de 1943»[723]. Los «judíos extranjeros», es decir, los judíos no apátridas de los territorios ocupados por Alemania, debían ser por tanto expulsados en un año, antes de principios del verano de 1943.

Sin embargo, el testimonio de Wisliceny, uno de los participantes y delegado de Eichmann en Bratislava, nos permite suponer que, durante esta reunión, Eichmann no se contentó con hablar en términos de «traslado». Recordemos que había sido informado un poco antes por el jefe del IVB4 de la finalidad real de las deportaciones, de lo cual habló sin dificultad después de la guerra[724]. Indicó también que sus homólogos en otros países probablemente entraran en el secreto durante la reunión del 28 de agosto, lo que constituyó una ruptura: «Hasta otoño [en realidad agosto] de 1942, Eichmann mantuvo la "solución final" en secreto, también ante sus colaboradores. Esto fue más fácil en la medida en que ellos venían muy poco a Berlín, solo cuando recibían la orden de Eichmann. Fue durante una reunión en Berlín en noviembre [agosto] de 1942 cuando dio detalles a sus subordinados acerca de la acción de aniquilación»[725].

Otros subordinados de Eichmann, sin embargo, pudieron ser informados antes de esta reunión. Es sobre todo el caso de sus

delegados en París. Los archivos de este servicio, respecto a los de muchos otros, se han conservado relativamente bien. Nos dan otra referencia, directa en este caso, del programa formulado por Himmler en junio de 1942. El 9 de septiembre de 1942, Heinz Röthke, el nuevo delegado de Eichmann en Francia, en reemplazo de Dannecker, redactó un informe para sus superiores acerca del estado de las negociaciones con las autoridades francesas sobre la deportación de los judíos de Francia. Se quejaba de señales manifiestas de no colaboración por parte de Vichy y deseaba que se enviase un mensaje enérgico. Su resolución provenía del hecho de que las dificultades nacientes ponían en peligro el objetivo fijado: «Según el plan del *Reichsführer SS* [que nos ha sido] comunicado de manera confidencial, los territorios ocupados por Alemania deben ser liberados de sus judíos antes de mediados del año 1943»[726]. Por tanto, encontramos aquí a la vez la temporalidad dada a la primera versión de la «solución final» y su ámbito de aplicación, los territorios ocupados por Alemania; pero el plan no se atribuye de manera explícita a Himmler, lo que solo estaba implícito en la minuta de Ahnert. La indicación según la cual el plan había sido comunicado «de manera confidencial» deja entrever la posibilidad de que Röthke no hubiera sabido del plan en Berlín —no acudió a la reunión del 28 de agosto— sino más bien en París, durante una visita improvisada de Eichmann el 1 de julio de 1942[727].

De esta manera, a Dannecker y Röthke se les comunicó el «plan del *Reichsführer SS*» poco antes de que Eichmann lo expusiera oficialmente. Wisliceny fue el único que contó cómo se le informó, primero en un cara a cara y después en la reunión del 28, del objetivo criminal de las operaciones. Dannecker, por su parte, se ahorcó el 10 de diciembre de 1945 en la prisión de Bad Tölz[728]. Röthke nunca fue perseguido por la justicia. Y otros participantes en la conferencia negaron que se hubiera hablado abiertamente de asesinato de los judíos[729], sin que debamos sorprendernos o concederle el menor grado de veracidad a sus negaciones.

Al trabajar en estrecha colaboración con la RSHA, la Cancillería del *Führer* también estaba al tanto del nuevo objetivo: este

organismo encargado de la ejecución de los enfermos mentales había puesto a disposición del aparato policial a personal formado en la ejecución por gasificación. Rudolf Brack, uno de los responsables, recordó esto a Himmler en una carta con fecha de 23 de junio de 1942: «Hace ya mucho tiempo que, bajo órdenes del *Reichsleiter* Bouhler, he puesto a disposición del *BrigadeführerGlobocnik* una parte de mis hombres para que pueda completar su tarea especial. Tras una nueva petición por su parte, he colocado a más personas»[730]. Globocnik, como recordamos, era el responsable de los sitios de exterminio del Gobierno General, Belzec, Sobibor y Treblinka. La «tarea especial» era la ejecución de los judíos polacos con gas.

El carácter privado de la correspondencia remitía más bien a la intimidad entre los dos hombres —Brack había sido chófer de Himmler— que a la incongruencia de la propuesta. El responsable de la Cancillería sugería de hecho ni más ni menos que una ordenación masiva de la «solución final»: «Entre los casi diez millones de judíos europeos se encuentran, según mis impresiones, al menos dos o tres millones de hombres y mujeres aptos para el trabajo. A la vista de las extraordinarias dificultades que plantea la cuestión del trabajo, mi punto de vista es que se debe retirar y conservar a estos dos o tres millones de personas en cualquier caso. Claro está que esto solo es válido si hacemos que no puedan reproducirse». Proseguía recordando a Himmler las investigaciones que había llevado a cabo el año anterior, a petición suya, sobre las posibilidades técnicas de esterilización en masa, poniendo a su disposición los conocimientos de sus servicios.

Una propuesta como esta no tenía sentido a partir del momento en que Brack fue informado, por un medio u otro, del proyecto de asesinato total —hablaba de diez millones de judíos— y rápido: no se preveía explotar su fuerza de trabajo. Brack, por sus funciones, hacía tiempo que estaba al corriente de los distintos planes criminales en lo relativo a los judíos. Sin embargo, había esperado cinco meses después de Wannsee para pronunciar su contrapropuesta. Tenía fecha de 23 de junio, es decir unos días más

tarde del discurso de Himmler, el 9. Después de la guerra, Brack se acordaba incluso de haberla redactado un día festivo con motivo del entierro de Heydrich[731]. Es en ese momento y no antes donde debemos situar el lanzamiento a gran escala de la «solución final» como asesinato total y a corto plazo.

Podemos demostrar, siguiendo una lógica similar, que a Göring también se le dio a conocer esta información, ya que, como hemos dicho, debía ser, con Hitler, el destinatario del proyecto definitivo de la «solución final» que Heydrich intentaba finalizar en el primer semestre de 1942. A principios del mes de agosto de 1942, de hecho, tuvo que recibir las quejas del *SS-Obergruppenführer* Wilhelm Krüger, el más alto responsable de la SS y de la Policía en el Gobierno General, sobre el desorden resultante en el aparato productivo de asesinar a un ritmo acelerado de los judíos polacos. La respuesta del mariscal del Reich no pudo ser más categórica, como informó Krüger en una reunión posterior: «De acuerdo con la opinión del mariscal del Reich, se debe abandonar la idea por la cual el judío es indispensable. Ni el Inspectorado de armamento ni ninguna otra agencia del Gobierno General conservarán a los judíos hasta el final de la guerra. Las órdenes dadas son claras y brutales. Son válidas no solo para el Gobierno General sino para todos los territorios ocupados»[732]. En resumen, Göring había sido informado de las órdenes emitidas al más alto nivel, órdenes calificadas de «claras y brutales» y relativas a la rápida desaparición de la totalidad de los judíos. El perímetro de aplicación era, una vez más, los territorios ocupados por Alemania.

Estas diferentes alusiones, que contribuyen a definir la forma que había adoptado el plan desaparecido de Himmler, confirman una difusión controlada de la información en las instancias policiales o

políticas directamente implicadas en la realización del programa. Pero esta circulación no terminaba ahí, ni mucho menos. De entrada hubo filtraciones en el aparato del Estado. En la medida en que ignoramos cómo se enteró, es posible, por ejemplo, que Brack estuviera al corriente de la inflexión radical dada al programa de manera no oficial. Se sabe, en todo caso, que en París el responsable de las «cuestiones judías» de la embajada alemana, Carltheo Zeitschel, supo de algunos aspectos del plan. En marzo, recordemos, había pedido que se le hiciera llegar la minuta de la conferencia de Wannsee. El 22 de septiembre, para presionar a los diplomáticos italianos que se oponían a la deportación de los judíos italianos retenidos en Francia, les indicó que, siguiendo los deseos del *Führer*, todos los judíos de Francia, incluidos los de nacionalidad francesa, debían ser deportados «de manera que a finales de la próxima primavera, como tarde, no quede un solo judío en Francia»[733]. Hablaba, de hecho, de la zona ocupada, como sugiere el resto de la conversación y como especificaría unos días más tarde durante un nuevo encuentro, añadiendo que sería deseable que el gobierno de Vichy se alinease con este objetivo en la zona no ocupada[734]. Zeitschel, por tanto, era uno de los pocos en Francia que sabía la manera en que la RSHA, siguiendo el plan elaborado por Himmler, planificaba la deportación de los judíos de Francia, un país mitad ocupado, mitad soberano. Pero ignoramos si su conocimiento alcanzaba también al destino reservado a los judíos al término de la deportación.

Pero Zeitschel, después de todo, era alemán y ejercía sus funciones en una embajada alemana en la que seguía las «cuestiones judías». Solo su convicción ideológica pronazi podía, por el contrario, permitir calificar como alemán al embajador húngaro de Berlín, Döme Sztójay: se decía de él que era no solo el más alemán de los húngaros, sino el más húngaro de los alemanes. El 15 de agosto de 1942, mientras que la RSHA se ponía en contacto con diferentes gobiernos para convencerlos de ejecutar la «solución final» en su territorio, Sztójay le dirigía a su gobierno un informe extraordinariamente preciso acerca de la evolución reciente de la

política antijudía alemana. Explicaba: «Lo que se ha dado en llamar la solución europea del problema judío ha evolucionado en la práctica. Hasta aquí, el canciller Hitler y, en consecuencia, el partido y el gobierno habían mantenido un punto de vista según el cual la cuestión judía fuera de Alemania debía resolverse después de la guerra, a nivel europeo [...]. Ahora las cosas han cambiado y, a petición expresa del canciller, se considera que el problema debe ser resuelto de inmediato. Los alemanes quieren purgar Europa de los elementos judíos tan rápido como sea posible, o al menos de las regiones desde las que puede hacerse, sin tener en cuenta su nacionalidad, en dirección a los territorios soviéticos ocupados al Este. Allí se les reunirá en guetos o campos de trabajo, y se les pondrá a trabajar. Se han dado instrucciones para que este traslado se realice en el mismo curso de la guerra. Sé por una fuente de confianza que el *Reichsleiter* Himmler también ha destacado en un discurso reciente ante los más altos responsables de la SS que deseaban poner fin a la deportación de los judíos europeos en el plazo de un año»[735]. Con Europa por objetivo y un plan sistemático, una ejecución inmediata y la finalización en un año: Sztójay sabía, combinando varias fuentes y gracias a su único informador no identificado pero perteneciente al aparato policial, del «plan del *Reichsführer*» en su integridad, incluida su dimensión criminal.

Porque, al contrario de lo que le escribía a su gobierno, Sztójay sabía pertinentemente que ya no se trataba de relegarlos al Este, sino de matarlos. Poco tiempo después, de hecho, Sztójay recibió la visita de un conocido periodista húngaro, György Ottlik, y habló abiertamente con él de la «cuestión judía». El embajador opinaba que no había que esperar a que Alemania solicitase la deportación de los judíos de Hungría, sino anticiparse a ese deseo expulsando rápidamente a una gran parte de los judíos húngaros —dudaba si trescientos mil o cien mil— a los territorios soviéticos. Ottlik preguntó entonces qué les sucedería a los judíos en el Este, y luego anotó: «Ante mi pregunta, [Sztójay] no ocultó que no sería una deportación, sino una ejecución»[736]. Esta frase figura en el informe del periodista para el primer ministro Miklos Kallay con fecha de 12

de octubre de 1942. Todos los pronósticos apuntan a que Sztójay siguió haciendo creer al jefe de gobierno que se trataba de una simple deportación[737], aunque la información que dejó filtrar en paralelo hubiera permitido a Kallay saber que los alemanes habían llegado al asesinato. El hecho de conocer el objetivo real de las deportaciones no hizo sino reforzar el rechazo del primer ministro a cualquier salida desde Hungría.

De conocido en conocido, la información empezó a alcanzar a personas que consideraban que el exterminio de los judíos era un crimen. El 27 de julio de 1942, Arthur Sommer, un miembro de la división económica de la Comandancia Suprema de las Fuerzas Alemanas (OKW), se dirigió a un colega suizo profesor de economía, Edgar Salin, con el mensaje siguiente: «En el Este se están preparando campos en los que todos los judíos de Europa y gran parte de los prisioneros de guerra rusos serán gasificados. Gracias por hacer llegar inmediatamente esta información a Churchill y a Roosevelt en persona. Si bien la BBC los disuade cada día de encender los hornos de gas, esto debería impedir su uso: porque los criminales hacen de todo para que el pueblo alemán no sepa lo que planean y que es seguro que van a llevar a término»[738]. Salin transmitió la información a un conocido estadounidense, Thomas McKittrick, un agente de los servicios de información estadounidenses[739]. Este afirmó después de la guerra haber transmitido el mensaje a la Casa Blanca, pero no disponemos de ninguna confirmación documental[740]. Sin embargo, la información verosímilmente llegó al otro lado del Atlántico siguiendo otros canales[741].

Lo mismo sucedió con la información transmitida por otro alemán, Eduard Schulte, director de una importante empresa minera en Silesia. A través de uno de sus subordinados, Otto Fitzner, nazi fanático y cercano al *Gauleiter* de la Alta Silesia Fritz Bracht, supo de lo que Himmler había dicho en la residencia de Bracht la tarde del 17 de julio de 1942[742]. Informó de ello a finales del mes de julio a un amigo, Isidor Koppelmann, en un viaje a Zúrich. Koppelmann transmitió la información a su vez a Benjamin Salagowitz, uno de los

responsables de la comunidad judía suiza, quien se dirigió al representante en Suiza del Congreso Judío Mundial, Gerhart Riegner. El 8 de agosto, este último envió a Nueva York al presidente de esta institución, Stephen Wise, el siguiente telegrama: «Recibido informe alarmante que indica que en el cuartel general del *Führer* se ha hablado de un plan según el cual la totalidad de los judíos en los países ocupados controlados por Alemania, estimada entre tres y cuatro millones de judíos, debería ser exterminada de un solo golpe tras ser deportada y concentrada en el Este para resolver para siempre la cuestión judía en Europa *stop* se informa qué acción está prevista para otoño métodos de ejecución aún por decidir ácido prúsico considerado *stop* [...]»[743].

Vemos con claridad que el mensaje resultó alterado al pasar por distintos relevos: ya no se trataba de matar de una vez a todos los judíos, sino de ejecutarlos en un periodo muy corto, un año; la acción ya no se preveía para otoño, sino que ya había comenzado. Pero la idea central seguía ahí: un plan decidido al más alto nivel, relativo al asesinato rápido de todos los judíos de los territorios ocupados. A ello se habían añadido elementos nuevos, que remitían al lugar en que se había desarrollado la conversación, cerca de Auschwitz. Porque Himmler había ido a la Alta Silesia para una misión de inspección en un lugar que se había convertido, por órdenes suyas, en un campo de exterminio. Visitó Auschwitz y Birkenau, y asistió a la ejecución, en cámaras de gas, de un convoy de judíos holandeses. Es evidente que habló con Höss del empleo de Zyklon B y de la necesidad de construir rápidamente complejos de gasificación y de cremación de gran capacidad: y esto puede explicar la alusión al otoño siguiente. En noviembre de 1942, Wise reveló públicamente esta información que constituía una confirmación de importancia de la política genocida nazi y convencieron a los aliados de hacer pública su condena solemne del 17 de diciembre. En suma, el mundo entero conoció entonces, de manera directa o indirecta, la existencia de un plan nazi de exterminio de los judíos europeos.

En definitiva, tanto el proyecto de destrucción de los judíos polacos presentado en marzo de 1942 por Himmler como el plan

elaborado con Hitler el siguiente mes de junio, que afectaba a la totalidad de los judíos en los territorios ocupados por Alemania (y más allá), habían sufrido filtraciones. Y solo pasaron algunas semanas o algunos meses antes de que se supieran al otro lado del Atlántico. La información se había difundido de manera errática. Por accidente de un informador, Goebbels fue puesto al corriente del destino prometido para los judíos polacos, pero no parece que le hablase a nadie de ello. A diferencia del embajador húngaro en Berlín, que lo transmitió en julio, con grandes retoques, a su gobierno, Goebbels no supo del «plan del *Reichsführer*».

Lo importante es constatar que, a la inversa, no existe durante la guerra ningún ejemplo de filtración que asimile Wannsee a un giro radical en la «solución final». Por tanto, el silencio que siguió a esta reunión interministerial difícilmente puede ser explicado como una especificidad del secreto nazi; debe explicarse por el hecho de que, como veremos, los participantes de la conferencia interministerial y quienes leyeron la minuta le dieron al evento un significado distinto al que le damos nosotros.

CAPÍTULO VII

UNA RELECTURA DE WANNSEE

En ocasiones la historia da giros singulares. Así, es posible actualizar la diferencia entre nuestras representaciones y su percepción de Wannsee gracias a un grano de arena: se produjo un desacuerdo, y tenía que ver directamente con las concepciones raciales nazis. Al expresarlo, los protagonistas desvelaron incidentalmente cómo entendían las deportaciones de los judíos al Este. Este grano de arena era la mitad «buena» de sangre alemana que corría por las venas de los mestizos judeo-arios, los *Mischlinge*[744].

El asunto es a la vez simple en sus mecanismos y complicado de reconstruir. Uno de los objetivos principales de la conferencia de Wannsee era hacer avalar por parte de las instituciones implicadas en la política antijudía una revisión de la clasificación de los judíos. La RSHA, a la vez por un gusto por la simplificación y por preocupaciones políticas, deseaba que las leyes de Núremberg fueran menos complejas suprimiendo las categorías intermedias entre judíos y alemanes. Esquemáticamente, los *Mischlinge* de primer grado, que tenían un padre ario, se asimilarían a los *Volljuden*, los judíos sin mestizaje, mientras que los *Mischlinge* de segundo grado, los que solo tuvieran un abuelo ario, serían considerados arios. Esta refundación de las categorías raciales, en las que aún se encontraban excepciones, parecía tanto más necesaria y urgente a ojos de la RSHA en la medida en que la «solución final» ya había entrado en fase de realización en el

territorio del Reich al iniciarse las deportaciones el otoño anterior. La cuestión no era tanto saber si un mestizo debía o no ser considerado como judío sino saber cómo había que tratarlo.

El 20 de enero, Heydrich presentó tres dispositivos distintos para los judíos y los mestizos judíos alemanes. Según el discurso introductorio que dio, la mayor parte de los judíos serían enviados al Este. Había una excepción para los judíos de más de sesenta y cinco años y para los grandes inválidos de guerra o quienes portasen una medalla militar, que serían trasladados al «gueto modelo» de Theresienstadt. Asimilados a los judíos, los mestizos de primer grado debían conocer la misma suerte y ser deportados al Este (o verosímilmente a Theresienstadt en el caso de los mestizos ancianos o condecorados). Finalmente, entre los mestizos, se reservaba un trato diferenciado a quienes «las más altas instancias del partido y del Estado habían conferido hasta entonces una situación de excepción en todos los ámbitos». Podrían quedarse en el territorio del Reich, con la condición de someterse «voluntariamente» a una esterilización: y esta era la tercera solución, junto con la deportación al Este y el traslado a Theresienstadt. Además, pero esto es menos importante para nuestra demostración, Heydrich proponía también deportar al Este o a Theresienstadt a los cónyuges judíos o asimilados de parejas mixtas judeo-alemanas. Alemania, finalmente, debía quedar *judenfrei*, libre de judíos.

En representación del Ministerio de Interior, con rango de secretario de Estado, Wilhelm Stuckart pronto manifestó su oposición a una eventual revisión de la clasificación de los judíos, y en consecuencia a la deportación de los *Mischlinge* de primer grado al Este: «El secretario de Estado, Dr. Stuckart, constató que la ejecución de las soluciones que acaban de ser expresadas para la liquidación de las cuestiones relacionadas con los matrimonios mixtos y de los *Mischlinge* conllevaría, en las formas previstas, una cantidad inmensa de tareas administrativas. Para dar cuenta de los datos biológicos presentes en todos los casos, el secretario de Estado, Dr. Stuckart, propuso además adoptar la esterilización obligatoria»[745]. Estas frases han sido extraídas de la minuta de la

conferencia de Wannsee redactada por Eichmann y dirigida a los participantes un mes más tarde, a finales de febrero de 1942.

Quien redacta una minuta escribe la historia. A veces la falsea o la manipula, escribiendo imperfectamente lo que ocurrió en realidad. Me parece que esto es de lo que se trata aquí. Leyendo la minuta redactada por Eichmann, y en particular estas frases, me resulta efectivamente difícil imaginarme a Stuckart saliendo convencido de haber tenido éxito al imponer su solución de conjunto a los participantes. Sin embargo, el secretario de Estado de Interior se encontraba así cuando informó a su subordinado Lösener de los resultados de la conferencia. El 29 de enero, durante otra reunión sobre la definición del concepto de judío en los territorios orientales ocupados, este recordó a los participantes que «la discusión de los secretarios de Estado del 20 de enero de 1942 [...] había tenido como resultado que los mestizos judíos de primer grado en el Reich no podían ser asimilados a los judíos, sino que por el contrario serían esterilizados». Al menos fue en estos términos en los que se recogió su intervención en la minuta de la reunión del 29[746]. No obstante, disponemos de otro documento de esta reunión, las notas de Erhardt Wetzel. Este representante del Ministerio del Este resumió lo expuesto por Lösener de una manera un poco diferente: «Discusión de los secretarios de Estado del 20. I: *Mischlinge* de primer grado no [tratados] peor que antes. Pregunta sometida a discusión, rechazo general, incluida la Cancillería del *Führer*»[747].

Si nos dejamos llevar por Wetzel, el 29 de enero Lösener no se contentó con dar los resultados de las conversaciones que tuvieron lugar en Wannsee, sino que también describió de un plumazo las relaciones de fuerza durante la reunión. Todos los participantes, a juzgar por las notas del representante del Ministerio del Este, se opusieron al proyecto de endurecer los *Mischlinge*, incluida la Cancillería del *Führer*, probablemente por boca de su representante, Friedrich Wilhelm Kritzinger. Eichmann se abstuvo de informar de esta oposición generalizada en su minuta de Wannsee. Se contentó con señalar que el representante de la Oficina para la Raza, Otto Hofmann, abogó también por una esterilización masiva de base

voluntaria: «El *Mischling*, ante la decisión entre la evacuación y la esterilización, preferirá más bien la segunda»[748]. Siendo el organizador de la reunión y el responsable de su minuta, Heydrich escogió minimizar la resistencia manifestada contra su propuesta —calificada entonces como «teórica»[749]— de asimilación de los mestizos a los judíos[750].

El 6 de marzo, la RSHA convocó una nueva reunión sobre la cuestión de los *Mischlinge*. Reuniría de nuevo a delegados de diferentes ministerios, aunque esta vez con un rango inferior en la jerarquía administrativa. El objetivo era crear un consenso en torno a las propuestas de Heydrich. La importancia concedida por la Oficina Central a una posición común era lógica: en su carta de misión dirigida a Heydrich, en julio de 1941, Göring subrayó la importancia que se le concedía a la participación de todas las instancias competentes en la elaboración de un plan de conjunto. Esta preocupación era particularmente evidente en la minuta en cuestión habida cuenta de las numerosas referencias a la «unanimidad» pretendidamente manifestada por los participantes contra las propuestas de Stuckart. Al representante de este último, el Dr. Feldscher, se le había solicitado precisar las debilidades del esquema de esterilización sistemática y del mantenimiento de los *Mischlinge* en el Reich propuesto por el Ministerio de Interior. Feldscher, a juzgar por lo que dicen Eichmann o su representante, solo consiguió una cosa: la «unanimidad» de los participantes en su contra.

De hecho, si la esterilización solucionaba el problema desde un punto de vista «biológico», la residencia en Alemania de este grupo, aún más hostil por su esterilización, creaba un problema de orden político. Después de este primer golpe, la RSHA prosiguió con su descalificación sistemática de la contrapropuesta de Stuckart. Era irrealizable desde un punto de vista práctico por el estado del aparato sanitario en tiempos de guerra. Es más, aunque el secretario de Estado había presentado su solución como menos costosa en términos de gestión administrativa, conllevaría a largo plazo —juzgaba la RSHA— un aumento adicional del trabajo administrativo, porque habría que fijar reglas respecto a la participación de los

mestizos en todo tipo de actividades (deporte, economía, etc.) y gestionar las inevitables exenciones. En resumen, se pensaba «de forma unánime» que el esquema de Stuckart no solucionaba ningún problema, sino que por el contrario creaba otros nuevos.

Sin embargo, esta supuesta «unanimidad» no constituía para nada una garantía contra el hecho de que Hitler pudiera escoger la propuesta de Stuckart. Convenía por tanto enmarcar al máximo todas las opciones: «En caso de que el *Führer* optase, por razones políticas, por la esterilización general como solución apropiada, habría que plantearse que los *Mischlinge* de primer grado fueran reunidos en alguna ciudad tras la esterilización, siguiendo el ejemplo de los judíos ancianos [reunidos] hoy en una región»[751]. En la discusión que siguió, se planteó incluso la posibilidad de un traslado de los mestizos a un gueto como Theresienstadt sin esterilización, procurando separarlos por sexo (como estaba previsto hacer con los judíos trasladados al Este). Estas concesiones y el temor de un arbitraje de Hitler en contra de una deportación de los mestizos demuestran que la conferencia de Wannsee no fue, para la RSHA, un «éxito»[752] como el que Eichmann y algunos historiadores que le creyeron intentaron decir. Respecto a la cuestión central de los *Mischlinge*, la oposición de Stuckart, confortado por otros participantes, había sido frontal y Heydrich estimó que no podía permitirse ignorarla.

Sin embargo, lo importante no es esto. Más decisivo aún para nuestra demostración es el registro de justificación que utilizó Stuckart, cuya reconstitución es pasablemente compleja. Para que se aceptase mejor la deportación de los mestizos, la RSHA propuso el 6 de marzo no enviarlos al Este, sino a un gueto similar a Theresienstadt. Una propuesta como esta constituía una respuesta

directa a Stuckart, como así lo indica la minuta: «Para la colonización, se tomará en consideración un entorno en el interior de la zona de influencia immediata del Reich alemán, para tener en cuenta la reflexión alcanzada por el secretario de Estado, el Dr. Stuckart, contra una expulsión de sangre parcialmente alemana fuera de las fronteras del Reich»[753]. Leyendo esta alusión sibilina en la que el redactor parece presuponer un conocimiento previo compartido por sus lectores, nos es imposible comprender la lógica de la objeción de Stuckart. Es una carta enviada diez días más tarde por el secretario de Estado lo que nos permite comprender plenamente su razonamiento.

Las recomendaciones que se decidieron en la reunión del 6 de marzo le sorprendieron mucho. La parte que él pensaba ganada estaba de hecho casi perdida. Al contrario de sus impresiones, estaba muy lejos, el 20 de enero, de haber impuesto su esquema de esterilización general de los *Mischlinge* y de mantenerlos en el Reich. El 16 de marzo, Stuckart dirigió una carta muy extensa a los participantes de Wannsee para justificar su punto de vista. Su primer argumento, que presentaba como «decisivo», era el siguiente: «Con la expulsión de los medio judíos, se abandona también su mitad de sangre alemana». Y lo desarrollaba: «Siempre he considerado extraordinariamente peligroso, desde un punto de vista biológico, proporcionar sangre alemana al enemigo. Esta sangre solo es apta para dar nacimiento, del lado enemigo, a personalidades que pueden poner al servicio del enemigo y por tanto contra los alemanes sus altas cualidades heredadas gracias a la sangre alemana. Como sabemos, su buena inteligencia y su buena educación, conjugadas con su patrimonio genético germánico, llevarían a los medio judíos relegados fuera del pueblo alemán a ser *Führer* natos, es decir enemigos peligrosos». El argumento no solo era válido para el Reich, sino para el conjunto de Europa, porque en todos los lugares del continente había medio judíos portadores de sangre alemana o asimilada: esto conduciría a «rechazar a cientos de miles de portadores de sangre alemana o de especies cercanas y ponerlos en

situación de oposición combativa respecto a nosotros, y sustraerlos, en lo esencial, a nuestra influencia»[754].

La vehemente misiva de Stuckart es fundamental para comprender la conferencia de Wannsee. Muestra que, a partir de ese momento y de manera indudable, al menos un participante de la reunión, y no uno de los menores, pensaba que la expulsión al Este impuesta a los *Mischlinge* como si fueran judíos iba acompañada de una supervivencia lo bastante larga y de una autonomía tal que los mestizos podrían reforzar de manera sustancial al enemigo judío. El argumento de Stuckart, como pronto mostraré en mayor profundidad, contradice radicalmente la idea ampliamente extendida en la historiografía según la cual Wannse habría constituido el anuncio del asesinato de los judíos mestizos alemanes deportados.

Esta contradicción ha sido gestionada por los historiadores (si es que la han percibido) de un modo muy simple: ocultándola. Basándonos en el paradigma de Settis-Ginzburg, se podría concluir que una reconstitución como esta no puede ser satisfactoria en la medida en que falta una pieza, y una importante. Si, en efecto, la carta de Stuckart del 16 de marzo de 1942 se cita a menudo, se omite siempre, en las grandes síntesis sobre la «solución final», la mención al argumento que el propio secretario de Estado calificó de «decisivo». Lo buscaríamos en vano en Raul Hilberg, Christian Gerlach, Peter Longerich, Richard Evans, Mark Roseman, Saul Friedländer, Christopher Browning o Wolf Gruner[755].

Esta tradición de lectura —y de no lectura, también— es fácilmente explicable. Su fuente, una vez más, está en Núremberg, donde Stuckart y Lösener se enfrentaron a la minuta de Wannsee. El secretario de Estado presentó después su propuesta de esterilización como una medida destinada a impedir la evacuación de los judíos al Este. Como el resto de los acusados, negaba que Heydrich hubiera indicado jamás en el transcurso de Wannsee que los judíos deportados fueran a ser sistemáticamente exterminados, ni en qué consistiría el «tratamiento apropiado» al que se sometería finalmente a los supervivientes: «Heydrich solo indicó que se llevaría a los judíos a una reserva donde cumplirían grandes proyectos de

trabajo. Sin embargo, siempre tuve la impresión de que los evacuados sufrirían en condiciones difíciles»[756]. Stuckart añadía que suponía que era imposible esterilizarlos en masa. Su intervención, desde entonces, habría sido puramente una «maniobra dilatoria» con el objetivo de contrariar los proyectos de Himmler e impedir que se agravase el destino de los mestizos.

En Núremberg, otro testigo siguió la dirección de Stuckart: su subordinado, Bernhard Lösener, encargado de las «cuestiones judías» en el ministerio. En diciembre de 1941, supo de la masacre perpetrada contra los judíos alemanes deportados en Kaunas y Riga al término del mes anterior. Se sinceró el 26 de diciembre de 1941 ante su superior, quien le respondió: «El procedimiento contra los judíos evacuados descansa sobre una decisión de las más altas autoridades»[757]. Esta reflexión, como señala Eberhard Jäckel, no permite determinar si Stuckart había sido informado por su parte de estos asesinatos antes de que se cometiesen. Desde mi punto de vista, remite sobre todo al hecho de que se encontraba, a su pesar, fuera de cualquier influencia real en materia de política antijudía. El 24 de noviembre, Himmler le había dicho con sequedad en su cara a cara que «la cuestión judía le pertenecía»[758]. Stuckart estaba fuera de juego, Himmler era todopoderoso, Hitler lo había decidido. Lo que les había sucedido a los judíos alemanes solo podía ser una consecuencia de las decisiones del *Führer*.

La conversación entre Stuckart y Lösener plantea, sin embargo, otra cuestión, la de la dimensión del acontecimiento del que hablan. El funcionario había hablado de «la manera horrible en que se había asesinado desde hacía poco a los judíos deportados fuera del Antiguo Reich»[759]. Esta información le había llegado de manera oficiosa por uno de sus subordinados, quien habría sido informado por un testigo directo de las matanzas de Kaunas o de Riga. La noticia le había impactado e incitado, según contaba, a solicitar su traslado[760]. Pero, al revés de lo que explicó después de la guerra[761], no estaba seguro de que Lösener o Stuckart dieran por supuesto que de ese momento *todos los judíos* deportados al Este sufrirían el mismo trato. Por decirlo de otra manera, podemos dudar que alguno

de estos hombres tuviera conciencia de que la «solución final» se hubiera convertido en un asesinato.

Porque el estilizado discurso de posguerra entra en total contradicción con la línea argumentativa de Stuckart que el propio Lösener defendió en la reunión de 1942. Si, en efecto, los dos sabían que los deportados eran asesinados inmediatamente, ¿cómo habrían podido anticipar el peligro que los *Mischlinge* representarían a largo o medio plazo para el Reich una vez que fueran reinstalados? El anuncio del asesinato de judíos alemanes en Riga o en Kaunas, por tanto, no se había considerado como el indicio de un paso definitivo al asesinato sistemático. Se trataba de un suceso ciertamente «horrible», pero que no presagiaba forzosamente el destino de los judíos deportados después. Todos en Núremberg remodelaron por tanto la historia en función de sus propios intereses, siguiendo una lógica que el caso de Brack ya nos ha permitido esclarecer[762].

Sin embargo, aunque inconsistente sobre este punto, la versión de Lösener se impuso ampliamente en la historiografía, y ha venido condicionando la lectura de la documentación archivística. Porque el pleno conocimiento del asesinato sistemático, supuestamente adquirido por Stuckart en diciembre de 1941, descalificaba el argumento «decisivo» desarrollado en su carta del 16 de marzo. En realidad, es altamente probable que la propuesta de Stuckart y su justificación fuesen perfectamente sinceras. La esterilización total de los *Mischlinge*, lejos de ser una maniobra favorable para las víctimas, constituía un empeoramiento de sus condiciones: también ellos, como los judíos, vivirían años, pero además ellos estarían afectados en su integridad física[763].

Otro punto destacable es la manera al menos singular en que se tomó el argumento de Stuckart durante esos meses. Porque, si el objetivo de Heydrich en la reunión interministerial era asesinar a los judíos alemanes deportados, habría bastado que alguien destacase a Stuckart el carácter fantasmático de sus temores: asimilados a los judíos y tratados como tales, los mestizos deportados al Este serían asesinados, inmediatamente o a corto plazo. Sin embargo, lo que sucedió fue exactamente lo contrario. Durante la reunión del 6 de

marzo, el representante de la RSHA se contentó con cambiar el lugar propuesto para la deportación de los mestizos, explícitamente para vaciar el argumento de su sustancia. Los *Mischlinge* no conocerían un traslado definitivo a los confines septentrionales de la Rusia derrotada, se quedarían cerca, bajo vigilancia, en un nuevo gueto modelo. Una inflexión como esta habría tenido el efecto, probablemente, de librar a los mestizos no solo de las trágicas condiciones de vida en el Este, sino también del trabajo forzado. Se les dejaría morir de muerte «natural», como se preveía hacer con los judíos ancianos deportados en Theresienstadt. Sin embargo, al igual que los judíos deportados, también se les separaría por sexo para evitar cualquier crecimiento poblacional a largo plazo. Una contrapropuesta como esta no tenía, evidentemente, nada que pudiera convencer a Stuckart de la vacuidad de su oposición. Volveremos sobre esta cuestión.

Llegados a este punto, podríamos resumir el conflicto surgido en Wannsee de la siguiente manera: Heydrich quería trasladar a los mestizos al Este, una medida a la que Stuckart se oponía porque la mitad de sangre alemana era susceptible de transformarlos en líderes del «bando enemigo»; Stuckart propuso mantener a los *Mischlinge* en el territorio del Reich, una solución que Heydrich desaprobó por la mitad de sangre judía que los convertía en enemigos de la Alemania nazi; Heydrich planteó entonces una deportación a un gueto estrictamente vigilado, una manera de conciliar el control de dos mitades de sangre igualmente peligrosas según el territorio en que se instalase a los mestizos. Decididamente, el asunto era bastante simple en sus mecanismos.

Lo que no lo es tanto es el camino por el que nos ha llegado el argumento de Stuckart, del que, en la documentación, se habla por primera vez al pasar por la minuta de la reunión del 6 de marzo. Podemos afirmar sin caer en exageraciones que la RSHA convocó esta nueva conferencia interministerial dedicada al trato de los

Mischlinge e incidentalmente de los judíos que vivían en parejas mixtas con el único objetivo de llevar la contraria a la propuesta alternativa de Stuckart en Wannsee. La entrada en materia, como hemos visto, fue en seco: el representante de Heydrich conminó al subordinado del secretario de Estado a desarrollar en todas sus dimensiones el esquema de mantenimiento de los mestizos en el Reich, acompañado de su esterilización. A medida que la reunión avanzaba, todas las objeciones prácticas y políticas a su ejecución se fueron alzando y permitieron al menos, según la minuta de la Oficina Central, extraer un «consenso» contra el plan.

Sin embargo, como hemos visto, Eichmann o uno de sus colegas había propuesto a lo largo de la discusión enviar a los *Mischlinge* no a los confines de la URSS, sino cerca del Reich, «para tener en cuenta la reflexión adelantada por el secretario de Estado, el Dr. Stuckart, contra una expulsión de sangre parcialmente alemana fuera de las fronteras del Reich»[764]. Pero este argumento, como he mostrado con anterioridad, no se había citado hasta entonces en los documentos intercambiados por los participantes. Sin embargo, debía de haberse tratado *antes* de la reunión, ya que para llevarle la contraria la RSHA ya había planteado un lugar de deportación alternativo. Y una modificación de esta importancia no habría podido proponerse de manera improvisada durante la misma reunión: habría debido ser debatida y validada antes, por Heydrich o por el propio Himmler. La única conclusión posible de este estado de cosas es la siguiente: fue en Wannsee donde Stuckart expuso por primera vez sus reservas en lo relativo al traslado de los *Mischlinge* al Este, debido a su peligrosidad como «*Führer* natos». Esto explica en parte por qué Eichmann no se tomó la molestia de desarrollar el pensamiento de Stuckart en la minuta de la reunión del 6 de marzo. Esta «reflexión» no era incomprensible salvo para quienes no la hubiesen escuchado nunca, y no era el caso de los destinatarios del documento, ya que habían estado presentes en Wannsee. Una cuestión persiste, sin embargo, y volveremos pronto sobre ella: ¿por qué Eichmann no retomó el argumento de Stuckart en el protocolo de Wannsee? Contentémonos, por el momento, con señalarlo una

vez más: conviene tomar la documentación alemana por lo que es, es decir, el producto de una administración que conocía su parte de mediocridad y su proporción de intrigas. Las minutas elaboradas tras las reuniones no constituyen en absoluto reflejos exactos de lo que sucedió en ellas, solo son lecturas de las mismas. Se olvida, voluntaria o involuntariamente, anotar un hecho, se minimiza un conflicto. Uno entiende cosas distintas que el de al lado. En lo que respecta a la reunión del 6 de marzo, el representante del Ministerio de Asuntos Exteriores, Rademacher, recogió en sus notas algunas precisiones que Eichmann se dispensó de transcribir después de la reunión[765]. Y hemos visto antes que las dos minutas de las que disponemos para la reunión del 29 de enero aportan información convergente pero ligeramente distinta en lo que respecta a la evocación por parte de Lösener de la relación de fuerza que se dejó ver nueve días antes, en Wannsee[766].

La hipótesis que formulo aquí, según la cual Stuckart ya había hablado en Wannsee del peligro a largo plazo que representarían los *Mischlinge* deportados al Este, rompe con la manera tradicional en que la historiografía ha leído la minuta de Eichmann, que considero no fiable llegados a este punto. Es la razón por la que conviene, a mi modo de ver, redoblar la demostración no solo centrándose en las reuniones del 20 de enero y del 6 de marzo de 1942, sino incluyendo la del 29 de enero, sobre la definición de la categoría de «judío» en los territorios ocupados del Este. Esta conferencia era, en cierta medida, la réplica para el Este de lo que Wannsee había sido para el resto de Europa: se trataba, en los dos casos y para cada uno de los conjuntos territoriales en cuestión, de redefinir las clasificaciones de las leyes de Núremberg y terminar con la «raza intermedia» de los mestizos. Al oponerse a esta evolución, Lösener, el representante de Stuckart, desarrolló por su parte una línea argumentativa específica sobre la cuestión de los *Mischlinge*, de la que este capítulo solo sigue la circulación en el curso del año 1942: «El consejero ministerial Lösener destaca que, en el Reich, nos oponemos a la asimilación de los *Mischlinge* judíos de primer grado por la razón de

que estaríamos llevando sangre alemana a los judíos y, a través de ella, naturalezas de *Führer*».

Este pasaje es de una importancia crucial por dos razones. En primer lugar, el argumento de Lösener fue entonces objeto de un debate que nos permite comprender mejor cómo fue recibido en la época. Los principales protagonistas del encuentro no eran, como de costumbre, de la RSHA, que había enviado dos representantes, sino del Ministerio del Este, cuya delegación contaba ni más ni menos que con cuatro miembros, y que condujo los debates de principio a fin. En este dispositivo, Erhardt Wetzel, alto funcionario del ministerio, estaba a cargo de presentar los deseos de su administración y de convencer a la quincena restante de participantes de validarlos. Como introducción, siguiendo el ejemplo de Heydrich en Wannsee, abogó por la asimilación de los *Mischlinge* judeo-rusos o judeo-polacos a los judíos, adelantando cierto número de razones para el establecimiento rápido de esta clasificación simplificada. En cierta manera delimitó el debate. Sin embargo, no había anticipado la objeción de Lösener durante la discusión. Wetzel replicó explicando que «pensando en la solución que se debe alcanzar en lo que respecta a la cuestión judía, la asimilación [a los judíos] de los *Mischlinge* originarios de los territorios del Este no es susceptible de acarrear riesgos políticos»[767]. Después de lo cual el representante de la Cancillería del partido tomó la palabra para apoyar a Wetzel. Hizo destacar que esos *Mischlinge* no tenían sangre alemana en las venas, sino sangre «extranjera al *Volk*, sangre rusa o eslava, y por tanto el peligro que podrían ocasionar era mucho menor».

Estas dos reacciones, a las que se añade el silencio de los dos representantes de la RSHA, son particularmente impactantes. Muestran cómo, efectivamente, el 29 de enero todos en la mesa eran muy conscientes de la pertinencia de la línea argumental del ministro de Interior para oponerse a la deportación al Este de los *Mischlinge* judeo-alemanes, adaptada aquí a los judeo-eslavos en un intento por unificar el concepto de «judío». De hecho, nadie cuestionó el peligro que representaban los *Mischlinge* para la

seguridad de los territorios a los que habrían sido deportados. Dicho de otra manera, ninguno de los participantes —y por algo sería— objetó ante Lösener que, si fueran tratados como judíos, estos mestizos deportados al Este habrían sido asesinados como ellos. Lo que cuestionaban los representantes del Ministerio del Este y de la Cancillería del partido era solo que se pudieran traspasar los temores relacionados con los mestizos judíos alemanes a los pueblos orientales. Los mestizos judío-eslavos, decía uno, eran menos peligrosos; de cualquier manera, había adelantado otro, el trato previsto para los judíos del Este hacía que estos temores fueran infundados. De esta manera, menos de diez días después de Wannsee, durante una reunión interministerial que congregó a representantes de instancias policiales y civiles, la distinción entre el destino de los judíos alemanes deportados y el de los judíos del Este se había establecido con claridad: unos debían sobrevivir; los otros, serían asesinados.

Este estado de cosas viene a respaldar el análisis que he propuesto un poco antes a propósito de las reacciones suscitadas por el argumento de Stuckart. El segundo punto es el siguiente. El 29 de enero, Lösener había explicado que el peligro que representaban los *Mischlinge* era la razón por la que, «en el Reich», se habían opuesto a la asimilación a los judíos, y por tanto a su deportación al Este. Después había recordado la decisión, supuestamente tomada en Wannsee, de proceder más bien a una esterilización de los mestizos. «Además», explicó, «la reunión de los secretarios de Estado ha tenido también como resultado» el rechazo del principio de asimilación de los *Mischlinge* a los judíos y el acuerdo para esterilizarlos: y por tanto mantenerlos en el territorio del Reich. Este encadenamiento me parece indicar con claridad que Lösener, el 29 de enero, se limitó a citar la principal justificación empleada por Stuckart nueve días antes en Wannsee para oponerse a Heydrich.

Las dos líneas demostrativas que acabo de desarrollar, focalizadas respectivamente sobre la reunión del 29 de enero y sobre la del 6 marzo, se unen a favor del hecho anterior. La defensa

del argumento de asimilación de los *Mischlinge* a los judíos, que consistía en alegar razones de seguridad a largo plazo, fue concebida por Lösener y enviada a Stuckart en diciembre de 1941: formaba parte del argumentario redactado en previsión de la conferencia de Wannsee[768]. Desde entonces, ¿cómo podríamos imaginar que en presencia de Heydrich y de representantes de otros ministerios el secretario de Estado de Interior se privase de utilizar en una cuestión que le atañía tanto un argumento que presentaría después, durante meses, como «decisivo»[769]?

Así, en Wannsee, Stuckart habló largo y tendido del peligro que suponía la presencia duradera en los territorios del Este de *Mischlinge* deportados. Y ese 20 de enero, Heydrich no tenía nada que objetar ante ese temor legítimo, no más que sus representantes el 29 de enero y el 6 de marzo. Para los intervinientes, este era un problema real. Y justamente en razón de su poder, de su pertinencia, Eichmann tomó la precaución de retomar el argumento de Stuckart en sus minutas de las dos reuniones interministeriales. Estos documentos ayudarían a Hitler a tomar la decisión: le proporcionarían razones para rechazar la solución que ellos favorecían, y esto, para Heydrich y Eichmann, era lo mismo que pegarse un tiro en el pie.

La irrupción, en la conferencia de Wannsee, de un registro argumentativo como este elaborado por Stuckart da un sentido completamente distinto a su desarrollo. Recordemos la manera en que Heydrich presentó su concepción de la «solución final de la cuestión judía»: «A partir de ahora, en lugar de la emigración, la nueva solución, con el aval previo del *Führer*, es la evacuación de los judíos al Este […]. A lo largo de la solución final, los judíos en el Este deberán ser desplazados para trabajar donde se necesite. En

grandes columnas de trabajadores, separados por sexo, los judíos aptos para el trabajo construirán carreteras en estos territorios, lo que sin duda contribuirá a disminuir sustancialmente su número. Para terminar, habría que aplicar un tratamiento apropiado a la totalidad de los que resten, pues se tratará, de toda evidencia, de elementos más resistentes, ya que habrán sido seleccionados naturalmente, y podrían generar una nueva raíz judía a poco que se les dejase en libertad (basta la experiencia de la historia)».

La lectura tradicional de estas frases se basa en dos presupuestos. Por una parte, el silencio de la minuta en lo relativo al destino específico de los judíos no aptos para el trabajo: ese silencio que Saul Friedländer calificó de «escandaloso»[770] escondería el anuncio de su ejecución en cámaras de gas. Por otra parte, el conjunto del proceso —deportación, trabajos forzados y «tratamiento apropiado»— se desarrollaría en un periodo corto, en el que finalmente se llevó a cabo. Se ha deducido de estas dos hipótesis la idea de que, en Wannsee, Heydrich habló efectivamente de asesinato, y de asesinato en masa, y no mucho de trabajos forzados o de mortalidad inducida. Esta tradición interpretativa nació, una vez más, en Núremberg. Descubierto en 1947, el protocolo de Wannsee se utilizó por primera vez al año siguiente durante el proceso contra la burocracia nazi. La acusación escribió: «A partir de ese momento [de la reunión], todos los presentes sabían perfectamente que la solución final del problema judío era equivalente al asesinato en masa y al exterminio»[771].

Sin embargo, ninguna de esas premisas, ni tampoco la conclusión, son coherentes con los datos documentales disponibles. Porque si es verdad que Heydrich anunció explícitamente que los judíos alemanes y otros deportados al Este serían rápidamente asesinados, el registro argumentativo de Stuckart no tendría ningún sentido, ni durante la reunión, ni después: la mitad de sangre alemana no podría transformarse en brazo armado de los enemigos de Alemania porque perecería al mismo tiempo que la mitad de sangre judía, en cámaras de gas o bajo las balas de una unidad de policía. El proyecto presentado por Heydrich se correspondía, de

hecho, con un «exterminio» en el sentido amplio que tenía la palabra en aquel momento: traslado de la población, reducción a la esclavitud, sometimiento a condiciones difíciles que conllevasen una fuerte mortalidad, separación de los sexos para impedir la reproducción y, a fin de cuentas, «tratamiento apropiado» a los que quedasen para evitar cualquier renacimiento del enemigo judío.

En mi opinión, no cabe la menor duda de que el «tratamiento» en cuestión era el asesinato, pero que la amplitud de ese recurso al asesinato dependería de la longitud del periodo en el que los judíos muriesen de manera «natural». Si el periodo era largo, el asesinato se retrasaría también en el tiempo a un futuro indefinido, con esta doble consecuencia: de un lado, los participantes eran susceptibles de sentirse menos responsables de estos sucesos lejanos, aunque se desprendiesen directamente de sus acciones[772]; por otro lado, los judíos supervivientes que debieran ser liquidados a fin de cuentas serían, por la propia fuerza de las cosas, a la vez menos numerosos y, por selección natural, más peligrosos. Serían enemigos judíos ejemplares, los más aguerridos, aquellos cuya ejecución estaría justificada.

El argumentario de Stuckart nos permite también comprender que Heydrich había dado a entender que este periodo sería bastante largo, lo suficiente al menos para que el secretario de Estado de Interior pudiese considerar como una razón para actuar el peligro que representaba el refuerzo de los judíos con la aportación de los *Mischlinge*«*Führer* natos». Es posible que, en su carta del 16 de mayo, Stuckart nos diera indirectamente una indicación de la duración fijada de este proceso complejo de «solución final». En su opinión, habría que esperar tres o cuatro décadas para que se cumpliese la «mortalidad natural»[773] de los medio judíos esterilizados que quedasen, según su proyecto, en el territorio del Reich. Trasladados al Este, sometidos a condiciones más difíciles, seguramente sucumbirían antes por «disminución natural».

¿En cuánto tiempo? Es imposible responder a esta pregunta con claridad. Sin embargo disponemos de una alusión directa —solo una, es cierto— a la duración prevista por uno de los participantes de

Wannsee para el término de la «solución final». En un discurso de septiembre de 1942, el *SS-Gruppenführer* Otto Hofmann se alegraba de que las generaciones futuras «no fueran a conocer prácticamente el peligro judío. En veinte años, los judíos quizá ya no existan»[774]. No resultará difícil comprender que no se trata de una cifra exacta, sino más bien de una estimación de grandeza. Y este horizonte temporal es compatible con la duración de los gigantescos planes de reordenación del Este conquistado elaborados en la misma época y según los cuales, en sus primeras versiones, se preveía aún emplear mano de obra judía forzada[775]. El Reich debía durar mil años, pero era en un cuarto de siglo, mediante la esclavitud, cuando se debía terminar el cambio de los territorios orientales bajo la férula nazi.

Este proceso a largo plazo expuesto en Wannsee, que combinaba mortalidad natural masiva con recurso marginal al asesinato, encaja mejor, en definitiva, que un proyecto de asesinato a corto plazo, teniendo en cuenta lo que sabemos por otros medios de la «solución final de la cuestión judía» en su parte relativa a los judíos alemanes del oeste. Porque no solo está lo que Stuckart —y otros, como veremos— habían comprendido en la exposición introductoria de Heydrich; también está la manera en que la RSHA planificaba el programa en un plano temporal, y el modo en que se llevó a cabo de manera efectiva en los meses que siguieron.

Volvamos atrás. Como hemos dicho, a partir de octubre de 1941, la deportación de los judíos alemanes a Lodz, Minsk y Riga se concebía, en un principio, como transitoria: en la primavera siguiente, los judíos alemanes deportados serían reenviados más al Este. En enero de 1942, la RSHA se planteó retomar las deportaciones con dirección a territorios soviéticos, en particular a Ucrania[776]. En marzo de 1942, después de semanas en suspenso

debidas en particular a las dificultades de transporte, las deportaciones se reanudaron con salida desde el Reich, pero el destino ahora era el Gobierno General. El proyecto, presentado ante la administración civil de dicho territorio, iba en la misma línea de las deportaciones de otoño: los judíos se instalarían allí de manera provisional, esperando un traslado posterior. El 3 de marzo de 1942, el secretario de Estado Joseph Bühler, que había asistido seis semanas antes a la conferencia de Wannsee, envió una carta al jefe del distrito de Lublin para informarlo de la aprobación que acababa de dar para enviar un primer contingente de convoyes: «En el marco de la solución general del problema judío en el espacio europeo, la construcción de un campo de tránsito para los judíos que deben ser evacuados fuera de ciertas partes del Reich resulta necesaria. He dado mi aprobación para que, en los próximos meses, catorce mil judíos en total sean alojados *de manera temporal* en el distrito de Lublin»[777].

La contrapartida a escala local de este «alojamiento» explícitamente concebido como transitorio era, como hemos visto, la liquidación de los habitantes polacos de los guetos en los que se aparcaría a los judíos alemanes. Pero el juego sin ganancia ni pérdida al que se reducía para los actores locales la deportación a Belzec de judíos polacos en paralelo a la llegada de judíos alemanes no era un elemento suficiente para que aceptasen recoger a estos nuevos inmigrantes en su circunscripción. Uno entre ellos negoció el alojamiento de seis mil judíos deportados a cambio de la promesa de que «su cantón fuera el primero en ser después liberado de los judíos»[778]. Fue en este cantón, en Izbica, donde se instaló a la mayor parte de judíos alemanes. El campo estaba designado, en la jerga de la administración de seguridad, como «punto principal de alojamiento y transbordo»[779].

Este proyecto de reinstalación provisional de los judíos alemanes en el Gobierno General se tuvo en poca consideración por parte de los historiadores, herederos aún de una tradición elaborada en un marco judicial. Se podía leer, por ejemplo, en la sentencia del juicio de los guardias de Sobibor, en 1966: «El tribunal está convencido de

que el transporte de estos [judíos alemanes] a través de diversas etapas intermedias era voluntario por parte de los responsables y tenía por objetivo camuflar y disimular para mantener la leyenda del supuesto "traslado" de los judíos»[780]. La cronología permite explicar en parte el escepticismo de los jueces y de los historiadores.

Por un lado, la deportación hacia el Gobierno General fue intervenida más de cuatro meses después de los primeros convoyes a Lodz, Minsk o Riga, tanto que la duración efectiva de esa estancia transitoria, antes del paso al asesinato total, fue mucho más corta. Por otro lado, en otoño de 1941, se planificaba para la primavera siguiente la reinstalación más al Este de los judíos deportados a estas tres ciudades. Pero un calendario como este no tenía sentido para los judíos deportados a partir de marzo a Izbica o Varsovia: entonces ya estaban en primavera. A esta contradicción lógica se añade un último punto. Se aseguraba en algunos documentos que los judíos eran reinstalados de manera provisional en el Gobierno General, pero sin ofrecer la menor perspectiva temporal ni tampoco un lugar para su implantación última. Y estos silencios han reforzado inevitablemente las dudas sobre la misma existencia de ese proyecto «temporal».

A través del análisis del proyecto de deportación de los judíos alemanes a Ucrania y de los planes para los judíos deportados a Riga podremos esclarecer, en contrapartida, lo que sucedió en el Gobierno General. En el caso de este dossier, el elemento determinante está constituido por las «directivas para el tratamiento de la cuestión judía» que los servicios de Himmler redactaron más de diez días después de Wannsee[781] y que debían ser aplicadas en los dos comisariados del Reich, en Ostland y en Ucrania. Sin entrar en los detalles del texto, es conveniente destacar que en él se insistía, a través de frases generales e introductorias, en la necesidad urgente de disponer las «posibilidades de acogida al menos temporal de los judíos en la región del Reich». La realidad del proyecto de reanudación de las deportaciones de los judíos alemanes a estos territorios, y no al Gobierno General, ha sido confirmada recientemente por Peter Longerich: unos días antes de

Wannsee, el delegado de Himmler en Ucrania solicitó a los responsables locales de cinco ciudades importantes que comenzasen inmediatamente los preparativos para la construcción de guetos en los que «en el curso del año 1942 pudieran ser alojados judíos provenientes del Reich»[782].

Más allá del hecho de que no existía ningún proyecto de sitio de exterminio en Ucrania, se verá aquí otro punto interesante. Las directivas sobre la «cuestión judía» eran objeto de conflictos desde el verano de 1941 entre las autoridades policiales y las civiles. Muchos proyectos se habían sucedido por una parte y la otra[783]. Con estas «directivas para el tratamiento de la cuestión judía» era la primera vez que se imponía la separación por sexo: «Debemos tener por objetivo una guetificación [de los judíos] acompañada de una separación simultánea por sexo»[784]. Por otra parte, era también la primera vez que se integraba la idea no ya de someter a los judíos a trabajos forzados, sino de ejecutar esto bajo la forma de «columnas cerradas de la manera más drástica». Se añadió también, algo más adelante, que los judíos debían ser preferentemente empleados en la construcción de carreteras, de ferrocarriles, de canales, etc. Esta última indicación ya figuraba en las versiones precedentes[785]. Sin embargo, no figuraba en ellas la especificación de que el objetivo ahora era la «utilización total y despiadada de la fuerza de trabajo judía sin limitación en términos de edad». Finalmente, las nuevas directivas comportaban un nuevo añadido: los judíos no debían ser integrados en procesos productivos susceptibles de ser alterados por «una retirada tardía rápida de esa mano de obra»[786].

De esta manera, en muchos aspectos, las «directivas para el tratamiento de la cuestión judía» redactadas en febrero de 1942 por los servicios de Himmler pueden ser vistas como la trasposición en debida forma, sobre el terreno, de los principios descritos por Heydrich en Wannsee. Los judíos alemanes serían transferidos al Este, separados por sexo y sometidos a trabajos forzados en la construcción de infraestructuras de transporte en grandes «columnas». Según los términos del jefe de la RSHA, en Wannsee, este sometimiento a trabajos forzados conllevaría «una disminución

natural y sustancial de su número»[787]. De hecho, someter a los judíos a los trabajos más duros sin poner ninguna barrera de edad para el trabajo forzado, recomendar ser despiadado, etc., solo podía desembocar en una mortalidad muy elevada. Encontramos, en definitiva, en estas directivas un horizonte de cumplimiento: esta mano de obra judía podría retirarse de un solo golpe en un momento dado.

Es difícil determinar con qué está relacionada esta retirada súbita. Quizá con un traslado posterior más al este: hace poco hablábamos, de hecho, de «posibilidades de acogida al menos *temporales*» para los judíos alemanes, lo que recuerda al esquema desarrollado el otoño anterior para el caso de Lodz y del *Reichskommissariat* Ostland, y que también se utilizaría para favorecer la deportación al Gobierno General, unas semanas más tarde. Pero puede ser que quizá ya estuviera previsto que esa retirada debía tomar la forma de las «medidas apropiadas» que mencionó de pasada Heydrich en Wannsee y que parecían poner punto y final a la «solución final». Porque si las posibilidades de acogida eran «*al menos* temporales», podían por tanto volverse definitivas y durar muchos años. Sin duda, en lo relativo al futuro más o menos lejano, todo parecía confuso: Ucrania ya estaba muy al este. Fuera lo que fuera, por razones desconocidas, quizá por la dificultad del transporte, el proyecto de deportación de judíos a Ucrania «en el curso del año 1942» no se llevó a cabo. Combinado con las «directivas para el tratamiento de la cuestión judía», da testimonio sin embargo de la actualidad del proyecto de extinción presentado por Heydrich en Wannsee.

A la inversa de lo sucedido en el traslado a Ucrania, la deportación de los judíos alemanes al otro comisariado del Reich,

Ostland, no se quedó en la fase de proyecto. Más de diez mil de ellos fueron enviados a Riga a partir del otoño de 1941. A principios del año 1942, como lo han demostrado Andrej Angrick y Peter Klein, algunos pocos convoyes fueron liquidados a su llegada. En el capítulo anterior se ha examinado la hipótesis formulada por los dos historiadores, según la cual estas masacres constituían una repercusión inmediata de las conclusiones de Wannsee. Su demostración se hacía de manera oblicua, por deducción, aunque yo, utilizando un nivel argumentativo comparable, he podido poner en duda las conclusiones[788]. En realidad, existe un argumento mucho más decisivo contra la propuesta de estos dos historiadores. Basándose en dos documentos archivísticos citados por los autores, podemos afirmar sin miedo de que nos contradigan, que las autoridades de seguridad no preveían en modo alguno, justo después de Wannsee, ejecutar a los judíos alemanes deportados al Este, fuesen o no aptos para trabajar.

Cuando los primeros convoyes de judíos alemanes salieron para Minsk y Riga en otoño de 1941, ya estaba prevista desde entonces la construcción, en cada ciudad, de un campo de tránsito[789]. Siendo transitorios, estos campos podrían encontrar otro uso una vez terminada la operación. La construcción del campo de Salaspils, cerca de Riga, se inició en octubre. La mano de obra que se empleó salía de los judíos alemanes deportados, como lo explicaba el *SS-Sturmbannführer* Rudolf Lange a principios de febrero en un informe ya citado: «La construcción de un nuevo campo de barracas para los judíos del Reich sigue adelante con todos los judíos [alemanes deportados] capaces de trabajar alojados en las barracas ya terminadas». Y proseguía: «En primavera, el campo deberá estar construido de tal manera que todos los judíos evacuados [desde el Reich] que hayan sobrevivido al invierno puedan internarse en el campo»[790]. De esta manera, después de Wannsee, Lange daba por descontado que una vez que el campo estuviese terminado en primavera incluso los judíos alemanes incapaces de trabajar estarían aún vivos, ya que habría que transferirlos al campo. Este calendario provisional salido de los archivos va directamente en contra de la

tesis de Angrick y de Klein. Es más, estaba previsto que el campo contuviese a quince mil deportados, como confirma otro documento del 2 de febrero de 1942[791]. Sin embargo, esta capacidad era proporcional al número de judíos alemanes y checos llegados entre 1941 y 1942 a Riga[792], y esto confirma que entonces no se preveía una reducción masiva de esta población.

Con todo, lo más interesante no es el calendario prospectivo de apertura del campo de Salaspils, sino las previsiones respecto al final de su uso como campo de tránsito. Nos las ha proporcionado este documento del 2 de febrero, que conocemos de manera indirecta gracias a una larga referencia en una correspondencia posterior. El campo «estaría terminado para finales de abril y estaba destinado por el momento a acoger a judíos provenientes del Reich. Una parte del campo debía servir inmediatamente como un centro de detención policial y después como campo de reeducación a través del trabajo de la expulsión de los judíos, que se preveía para finales del verano»[793]. Esta correspondencia había sido redactada por los servicios del comisario de Seguridad de Ostland, a los que pertenecía Lange, un personaje decididamente clave en el asunto. De hecho, Heydrich asoció a Lange a la construcción del campo desde el principio, en octubre de 1941[794]. Por tanto, no resulta sorprendente que informase desde entonces de sus progresos a principios de febrero de 1942.

Sin embargo, el 20 de enero, Lange estuvo en Wannsee. Este hecho, tanto más destacable en la medida en que él era de un rango muy inferior al de los otros participantes, ha sido considerado a partir de Reitlinger como una prueba del carácter criminal de las conversaciones que allí se mantuvieron. ¿No había participado Lange en la matanza de un millar de judíos *alemanes*, en Riga, a finales del mes de noviembre de 1941[795]? Medio siglo más tarde, Klein y Angrick escribían esto mismo: «Lange, al contrario del resto de personas presentes, era un pragmático del asesinato en masa: y también del de judíos [alemanes] deportados»[796]. No obstante, Lange debe ser visto, en esta materia, como un personaje con dos caras. Es cierto que participó en la masacre de Riga[797], pero también

estuvo a cargo de la construcción del campo de Salaspils, y esta fue probablemente la razón por la que se le convocó. No tanto para atestiguar el asesinato excepcional de algunos miles de judíos, sino para describir, por si a alguien le interesase, las infraestructuras en las que se albergaría a los judíos alemanes deportados a la espera de un traslado definitivo.

La presencia de Lange en Wannsee, sea como sea, otorga un peso particular a las cartas que redactó o inspiró en los quince días siguientes. ¿Cómo imaginar que los elementos de planificación expuestos en estos documentos reflejaban otra cosa que la concepción de la «solución final», tal y como se había hablado en la conferencia interministerial? Porque si la fecha de finalización del campo estaba a merced de la agenda local —número de trabajadores, disponibilidad de los materiales, etc.—, el fin de su utilización como lugar de tránsito para los judíos alemanes solo se podía haber determinado en Berlín, por órdenes de Heydrich o Himmler.

La extraordinaria documentación reunida por Angrick y Klein a propósito de Riga no autoriza la conclusión de que las diferentes masacres que tuvieron lugar en Riga entre enero y febrero de 1942 hayan marcado una evolución mayor de la política de la RSHA respecto a los judíos deportados. Por el contrario, permite establecer que en ese momento aún no existía ningún proyecto de ejecución de los judíos alemanes deportados a Riga, fueran o no capaces de trabajar: no iban a abandonar el campo de tránsito de Salaspils hasta finales del verano.

Por tanto, solo se modificó el calendario del proyecto inicial. En octubre de 1941 se pensaba que se podría trasladar a los judíos más al este en la primavera siguiente. Esta planificación se vio malograda por la contraofensiva soviética, en diciembre de 1941, que cambió tan profundamente la situación que Heydrich, en Wannsee, fue incapaz de dar la menor indicación temporal en lo relativo a la ejecución de la «solución final». En el momento de la reunión interministerial, se preveía una estancia larga para los judíos deportados al campo de tránsito: serían «expulsados» a «finales del

verano», es decir, el momento en que se esperaba que las operaciones militares hubieran concluido. Todo volvía así a las calendas griegas.

En este punto podemos volver al caso del Gobierno General. De hecho, probablemente, el final de la reinstalación de los judíos alemanes deportados a este territorio se enmarca en el mismo horizonte temporal más o menos quimérico que se imaginaba en marzo. La indicación referente a Salaspils —que es la única fuente contemporánea sobre los proyectos relativos a los judíos alemanes deportados al Este— es tanto más importante en la medida en que se desprende de una correspondencia interna del aparato policial. En el caso del Gobierno General, de hecho, se podría comprender en rigor la promesa de la RSHA de trasladar posteriormente a los judíos como una astucia destinada a provocar con mayor facilidad la aceptación de su llegada a la administración civil: es decir, a Bühler. Pero en el caso de Salaspils, por el contrario, la carta había sido redactada por el equipo del representante de Himmler en el *Reichskommissariat* de Ostland, e iba dirigida al RSHA, es decir, a Heydrich o a Eichmann.

Debemos hacernos una pregunta a propósito de esto. Tiene que ver en primer lugar con los judíos alemanes deportados a Riga, pero también con los otros, de rebote: ¿qué abarcaba el proyecto formulado en febrero de «expulsar» a los judíos deportados en septiembre del mismo año? Esta cuestión coincide con la suscitada por la perspectiva de una posible «retirada rápida posterior» de los trabajadores judíos de la que se hablaba en las «directivas para el tratamiento de la cuestión judía» que se redactaron en el momento en que Ucrania se planteaba como nuevo destino. Y, una vez más surgen dos hipótesis: ¿se volvía a tratar de un simple traslado más al este, como se preveía antes? ¿O ya se trataba de un asesinato?

Si bien las preguntas son similares en los dos casos, no es seguro que podamos extraer las mismas conclusiones. En Ucrania, se puede plantear la hipótesis de un asesinato de los judíos desplazados, ya que su traslado a ese territorio puede ser concebido como definitivo. En Riga, por el contrario, no se trataba en ningún caso de una

reinstalación definitiva, como muestran entre otros los proyectos de uso posterior del campo. Es más, el periodo de alojamiento en el campo —menos de un semestre— era demasiado corto para plantearse desde aquel momento la reducción masiva de los judíos, previa según Heydrich a la ejecución de las «medidas apropiadas». Pero paradójicamente era demasiado largo para plantear desde ese momento el asesinato. Porque, ¿para qué conservar en Riga durante más de un semestre a diez mil judíos —por lo bajo— cuando eran, según la correspondencia de los verdugos, incluso incapaces de trabajar?

Si en Wannsee se había previsto matar igualmente a los judíos alemanes, ¿por qué esperar tanto tiempo para poner esa nueva política en práctica y desperdiciar los recursos energéticos en los judíos que iban a ser asesinados de todas maneras? No, los judíos del campo de Salaspils debían ser deportados posteriormente «más al este», como se preveía desde el principio. Y en su gran mayoría deberían morir.

De hecho, durante varios meses, los judíos alemanes deportados al Este, a Riga u otros lugares, fueron protegidos de las matanzas que afectaban a los judíos polacos o rusos. Fue a partir de mayo, siguiendo una nueva decisión de la que se sintieron los efectos en diferentes puntos de Europa, cuando los judíos alemanes deportados fueron sometidos a lo que se convertía en el destino común, el asesinato inmediato. De manera evidente, esta evolución era inesperada: no se había hecho nada en Auschwitz ni en ningún otro lugar para prepararla. En Wannsee no se había previsto matar a los judíos alemanes. O al menos no a corto plazo.



Si bien esto cambia la tradición de Núremberg de la historia de la «solución final», la demostración que acabo de hacer sigue siendo

modesta en sus ambiciones. Reforzando los resultados de mi libro sobre la «solución final», finalmente viene a desplazarse un trimestre, de finales de enero a finales de abril de 1942, la inclusión de los judíos alemanes en el proyecto, ya observable en otros lugares del Este, en la ejecución de los judíos a corto plazo. La autorización para asesinar a los judíos alemanes (y probablemente, a nivel más general, a los judíos del oeste), se ejecutó de inmediato sobre el terreno, como hemos visto: a principios del mes de mayo en Chelmno, a mediados de mayo en la Alta Silesia con los primeros convoyes enviados a Auschwitz, a principios del mes de junio para los judíos alemanes y eslovacos deportados al Gobierno General. A esta decisión política fundamental, tomada a finales del mes de abril, se añade a principios del mes de junio la fijación de un plazo imperativo para terminar la «solución final», entonces concebida como un asesinato sistemático: es el «plan del *Reichsführer*» del que hemos hablado en el capítulo anterior.

Siendo un ajuste menor de la cronología de la «solución final», este desplazamiento, por el contrario, es fundamental para nuestro propósito. Porque todo nos lleva a creer que, si Heydrich presentó un proyecto de extinción del pueblo judío, no habló de la ejecución a corto plazo de los judíos deportados. Tampoco lo hizo en un discurso pronunciado quince días más tarde, el 5 de febrero de 1942, en Praga, ante sus colaboradores próximos, los más altos responsables del protectorado. Abordando el destino que les esperaba a los checos, habló incidentalmente de los judíos: «Se hará de manera que las personas [checas] germanizables sean enviadas, en la medida de lo posible, a Alemania a trabajar, de manera que no vuelvan al menos en un primer momento. El resto no germanizable será enviado quizá para la nueva colonización del mar Polar —donde nos haremos cargo de los campos de concentración de los rusos, que, según el estado actual de nuestros conocimientos, reúnen entre quince y veinte millones de deportados, y que en el futuro podrían ser la patria ideal de los once millones de judíos de Europa— sí, podríamos así quizás enviar allí a los checos no germanizables siguiendo un modelo en el que ejercerían una tarea proalemana,

como supervisores y capitanes, con la oportunidad de llevar a sus familias con ellos»[798].

Los participantes de la conferencia de Wannsee siguieron pensando que los judíos alemanes deportados estaban siendo simplemente reinstalados en el Este, donde terminarían por morir. Lange preveía trasplantar de manera definitiva a los judíos de Riga un semestre más tarde. Bühler sabía que los judíos alemanes retenidos en el Gobierno General se irían de allí más tarde. Goebbels también pensaba en la deportación de los judíos alemanes siguiendo el esquema de un traslado en dos tiempos. Y lo mismo le pasaba a Stuckart y a sus homólogos, ya que ninguno de ellos había señalado la contradicción existente entre el peligro que podían representar los mestizos deportados a largo plazo y la realidad de la política del asesinato inmediato de los judíos deportados.

Comprendemos ahora por qué Wannsee no fue objeto de ninguna filtración: el proyecto que se presentó no se percibió como una transgresión. Seguía conforme a la política llevada a cabo hasta entonces y a ese «exterminio del judío» al que Hitler se refería a menudo al recordar su «profecía».

La oposición de Stuckart, en Wannsee, contra el traslado al Este de los *Mischlinge* constituye por tanto una palanca analítica para comprender la manera en que se concebía entonces la «solución final». Como veremos ahora, la oposición reiterada del secretario de Estado a este proyecto permite también desencriptar la manera en que se percibió en el curso del año siguiente.

Una vez más, la unanimidad con la que contaba la RSHA antes de la reunión del 6 de marzo no era más que fachada. Stuckart había renovado en una extensa carta su oposición al proyecto de Heydrich desde el 16 de marzo. Algunos días antes, otra

administración tuvo una gresca: el 12 de marzo, el ministro de Justicia, Franz Schlegelberger, escribió a la Cancillería del *Führer* para protestar contra la evacuación de los mestizos, «en gran parte completamente imposible»[799]. El 5 de abril, hizo público su punto de vista en una carta a los participantes de Wannsee. En ella se declaraba favorable a la propuesta de Stuckart, con algunos ajustes: se daría al mestizo la opción de escoger entre la esterilización y quedarse en el Reich o expulsarlo al Este: podría evitarse esterilizar a los judíos ancianos[800]. Estas dos intervenciones incitaron a la Cancillería del *Führer* a permanecer en la posición indicada por Hitler en repetidas ocasiones: la cuestión de los *Mischlinge* debía aplacarse tras la guerra; por el momento, se quedarían en Alemania[801]. Aún el 12 de mayo, Stuckart envió una carta a varias instancias del Reich, entre ellas a la Cancillería[802]. Estos diferentes elementos hicieron vacilar a la RSHA en su voluntad de resolver a toda prisa el problema de los *Mischlinge*. El informe de la reunión del 6 de marzo solicitaba a los participantes que hicieran llegar sus últimas observaciones en quince días, y dejaba entender que una nueva reunión quizá fuera inútil[803]. En realidad, no ocurrió nada durante muchas semanas.

Fue solo con la aceleración de la deportación de los judíos alemanes y europeos en junio cuando Eichmann se preocupó de nuevo por la cuestión. Solicitó al Ministerio de Asuntos Exteriores que tomase posiciones acerca de las propuestas formuladas el 6 de marzo[804]. Rademacher, a cargo de las «cuestiones judías», intentó resumir en un cuadro las posturas expresadas por unos y por otros[805]. Y buscó completar su informe. Quizá preguntó a sus colegas del Ministerio del Este si se había tomado alguna decisión por su parte en lo relativo a los *Mischlinge* y a las parejas mixtas. Porque, el 16 de julio, el secretario de Estado Alfred Meyer se dirigió a Asuntos Extranjeros, así como a otras instituciones, mediante una carta en la que se precisaba la postura del ministerio. En ella explicaba que la decisión que se tomase respecto a los mestizos alemanes le era indiferente. Pero en ningún caso quería que esta decisión influyese sobre los *Mischlinge* hijos de *Ostjuden* y de eslavos residentes en los territorios del Este, como consecuencia de

una eventual armonización del concepto de «judío» a nivel europeo. Los consideraba «particularmente poco fiables, y peligrosos» y es la razón por la que deseaba vivamente que fueran asimilados a los judíos.

Meyer explicó: «La asimilación de los *Mischlinge* de primer grado en los territorios ocupados del Este con los judíos conduce a que los *Mischlinge* en cuestión sean desde todo punto de vista tratados como judíos, lo que quiere decir que serán sometidos a las mismas medidas que se tomen contra los judíos. De ahí los temores de que los *Mischlinge*, por el impacto sanguíneo de la especie vecina, creen peligros particulares para la dominación alemana de los territorios del Este. Estos temores no están justificados»[806]. Esta última frase es una referencia implícita a la carta de Stuckart del 16 de marzo: como Wetzel hiciera el 29 de enero[807], Meyer explicaba que los *Mischlingedel* Este no representaban ningún peligro en la medida en que, tratados como judíos del Este, serían asesinados. Por tanto tematizaba la cuestión de la duración de la supervivencia de los judíos, que era determinante en la objeción de Stuckart, pero la tematizaba solo para los *Ostjuden* y no para los judíos alemanes. Los términos del debate permanecerían por tanto estrictamente inmutables.

A principios del mes de septiembre de 1942 se extendió entre la población el rumor de que la RSHA se apresuraba a deportar a los medio judíos. Al tanto de esto, Stuckart decidió ponerse en contacto directamente con Himmler, quien había asumido, desde la muerte de Heydrich, la responsabilidad directa de la Oficina Central de Seguridad y por tanto la ejecución de la «solución final». La carta era muy larga, con mucha argumentación. Un punto resulta esencial para nuestra demostración: la justificación, por parte de Stuckart, de su oposición al plan presentado en su momento por Heydrich no había cambiado en absoluto. «En primer lugar» escribió «aporto este contraargumento importante y, en mi opinión, decisivo, de que, expulsando a los medio judíos, no solo abandonamos su patrimonio genético mitad alemán, sino que, por así decirlo, se lo entregamos a los enemigos de Alemania. Este patrimonio genético vinculado, como

sabemos, a una buena inteligencia y una buena educación de la mayor parte de los medio judíos, hará de ellos *Führer* natos en el campo enemigo». En lo referente a los mestizos de otros países, Stuckart modificaba poco su argumentario: «Me acuerdo simplemente del número excesivamente grande de líderes y de hombres de Estado franceses [medio judíos] que confirman esta observación. El presente debería aportar aquí otras lecciones necesarias de los peligrosos errores del pasado»[808]. Lo que expresaba el secretario de Estado de Interior era, en suma, lo siguiente: para evitar en el futuro una nueva guerra, era mejor no ofrecerles a los enemigos de Alemania a esos *Mischlinge* que habían fomentado el presente conflicto.

Las frases que acabamos de leer fueron escritas por un hombre sensato que esperaba conmover a su interlocutor con la pertinencia y el rigor de su argumentación, de la que ya había dado pruebas antes. ¿Cómo imaginar que haya podido poner en marcha un registro argumentativo como este si hubiera sabido del asesinato de los judíos, y por tanto de los mestizos deportados al Este? Stuckart razonaba de esta manera en los marcos expuestos desde 1941 y confirmados en Wannsee. Según él, la «solución final» para los judíos alemanes no había conocido ninguna evolución sustancial.

Da la impresión de que sucedió lo mismo con el resto. Así, Rademacher y uno de sus colegas, Karl Klingenfuss, redactaron un informe a principios del mes de septiembre sobre las diferentes opciones que se planteaban en lo relativo al problema de los *Mischlinge* de primer grado. La alternativa era la siguiente: esterilización forzada o asimilación a los judíos y deportación al Este. Para el territorio del Reich, resultaba indiferente para los intereses del ministro que se escogiera una u otra de las posiciones. El informe se envió al secretario de Estado, Ernst von Weizsäcker, quien definió la línea de conducta que se debía mantener: «Pienso que debemos limitarnos a hacer destacar de manera general que en cualquier caso la solución más clemente es la preferible desde el punto de vista de la política extranjera», y esto para evitar proporcionarles a los enemigos de Alemania pretextos de

propaganda hostil y de facilitar la cooperación con los aliados del Reich. Sin embargo, el subordinado de Weizsäcker, Luther, indicó en la respuesta que dirigió a los servicios de Eichmann el 2 de octubre que el Ministerio de Asuntos Exteriores prefería la asimilación de los mestizos a los judíos y su deportación a su esterilización y permanencia en Alemania[809].

Para Christopher Browning, esta elección «podía presentarse, efectivamente, como más indulgente para los que no sabían que la asimilación de los *Mischlinge* a los judíos conllevaba su muerte»[810]. Pero, en la medida en que el historiador supone que el conjunto de los miembros del ministerio conocían pertinentemente el destino reservado para los judíos deportados, implica que estos escogieron voluntariamente la propuesta más radical y favorecieron el asesinato. Como veremos en el próximo capítulo, este punto es perfectamente contestable y fuerza a Browning a hacer acrobacias para conciliar la voluntad de clemencia que mostraron y la radicalidad efectiva de la elección. A la inversa, el vínculo entre la posición explícitamente moderada del ministerio y la elección escogida es perfectamente lógico si se supone, como yo hago, que la deportación al Este no era aún sinónimo, para estos diplomáticos, de un asesinato inmediato[811]. Señalemos finalmente que Goebbels y Thierack, el nuevo ministro de Justicia, se declararon favorables al mantenimiento del *statu quo* hasta el final de la guerra[812]. Todas las opciones presentadas hasta entonces tenían pues sus partidarios.

El 27 de octubre de 1942 tuvo lugar en la RSHA una nueva reunión sobre la cuestión de las parejas mixtas y de los *Mischlinge*. Hubo un cambio repentino e introductorio cuando Eichmann anunció que una nueva técnica permitía proceder a la esterilización «de una forma simplificada y siguiendo un procedimiento más corto». Sin duda hacía alusión a la técnica testada en la primavera de 1941 por Brack, quien le había recordado en junio de 1942 a Himmler que

podía ser utilizada con «unos millones de trabajadores judíos». Himmler, en la misma época, lanzó distintos experimentos para asegurarse de la eficiencia de los métodos disponibles[813]. En realidad, la esterilización mediante rayos X era perfectamente ineficaz, pero la RSHA aún no se daba cuenta de ello, probablemente aturdida por la perspectiva de una solución práctica a un problema complicado. En cualquier caso, la técnica en cuestión le parecía a Eichmann que estaba lo bastante desarrollada para realizar esterilizaciones en masa durante el mismo curso de la guerra[814]. Los datos del problema se encontraban parcialmente simplificados.

Después de este anuncio, Eichmann presentó la nueva posición de la RSHA, que constituía un giro casi total. Así como en enero y en marzo se privilegiaba una asimilación de los mestizos a los judíos, y a partir de ahí una deportación masiva al Este, la RSHA se mostró entonces, en octubre, favorable al dispositivo propuesto por Hofmann y Schlegelberger: se daría a los *Mischlinge* la elección entre la deportación y la esterilización voluntaria con permanencia en el Reich. E iba aún más lejos y declaraba que era conveniente orientar esta elección presentando la «expulsión» como una «medida más dura» que la esterilización. En pocas palabras, Himmler ahora deseaba enviar el menor número posible de mestizos al Este. Este cambio es, en apariencia, inexplicable. Porque la evolución de la «solución final», en primavera de 1942, permitía vaciar de cualquier sustancia la objeción de Stuckart. Hasta abril, de hecho, en la medida en que se preveía aún proceder a un simple traslado de los judíos al Este, la cuestión de la peligrosidad de los *Mischlinge* se podía aducir legítimamente. A partir del momento en que los judíos deportados, a excepción de los trasladados a Theresienstadt, fueron asesinados al llegar, la cuestión ya no tenía sentido. La RSHA habría podido mantener la misma posición y contentarse con señalar esta evolución a los participantes: habría caído una objeción y se habría obtenido, como deseaba, un consenso fácil. Sin embargo Eichmann se abstuvo de hacer valer esta nueva situación y explicó, al contrario, que su administración se

alineaba con las posiciones que hasta ese momento había combatido.

A mi modo de ver, la única lectura posible del giro de la RSHA consiste en relacionarlo con esta última etapa de la evolución de la «solución final». Conviene, de entrada, señalar que la evocación del 6 de marzo de 1942 de un destino alternativo para los *Mischlinge*, ya no al Este sino a un gueto, era desde mi punto de vista más estratégica que sincera. Permitía ciertamente privar a Stuckart de una de sus objeciones, pero el representante de la Oficina Central de Seguridad del Reich se cuidó de presentarla como adquirida. La minuta indicaba solamente que se debería «pensar en esa posibilidad». Sin embargo, la creación de un nuevo gueto especial para las decenas de miles de mestizos, en el Gobierno General o en la misma Alemania según lo que dijo un participante[815], era fuente de múltiples problemas de los que seguramente la RSHA habría preferido librarse, ya que habría que gestionar esa nueva entidad a largo plazo. Este análisis se ve reforzado por el hecho de que, aún el 27 de octubre, Eichmann no se había comprometido en lo relativo a un tratamiento diferenciado de los judíos y de los mestizos deportados. Indicaba en su minuta que los mestizos que rechazasen la esterilización «voluntaria», los únicos susceptibles entonces de ser deportados, «llegado el caso» podrían ser trasladados a una «colonia de *Mischlinge*», un gueto modelo. La deportación al Este, tal y como se practicaba en el caso de los judíos que se llevaban a Auschwitz y a Sobibor, seguía siendo *aún* una opción posible, e incluso probable.

Sin embargo, de acuerdo con mi análisis, la RSHA no consideraba que esto fuera deseable. Porque, al ejecutar una mitad de sangre judía, también se asesinaba una mitad de sangre alemana. Los mestizos tenían un padre ario, y por tanto una parentela no judía, tíos y tías, primos o quizá medio hermanos alemanes. Algunos de los *Mischlingecombatían* bajo la bandera alemana por la victoria de un Reich que quería hacer de ellos, como mínimo, parias, y matar la rama judía de sus familias. Hasta octubre de 1943, como ya ha demostrado el caso de Goebbels y como demostraré por completo

más tarde, Hitler y Himmler no deseaban asumir públicamente el asesinato de los judíos alemanes; ¿cómo podrían desearlo, teniendo en cuenta a los mestizos judeo-arios? Incluso la esterilización de los mestizos, si la aceptasen, era considerada como una fuente de posibles problemas en la opinión pública, razón por la que habría que proceder con discreción y con la ayuda de estructuras fantasma. Se comprende mejor desde entonces el deseo expresado por Eichmann de influenciar en la elección dada a los *Mischlinge* de manera que se redujese al máximo el número de mestizos deportados: había que hacerles escoger la esterilización.

Por razones evidentes, Eichmann no recogió estas reflexiones. Actuó de manera que los participantes no pudieran establecer este vínculo entre la posible deportación al Este y el asesinato, señalando que se tomarían precauciones «gracias a la separación de sexos» para prevenir «toda posibilidad de reproducción»[816]. Una vez más, la deportación se había presentado como un traslado a largo plazo. Ya no se trataba de la exposición fiel de la política antijudía del Estado, sino de una simple y llana mentira destinada a ocultar a ciertos participantes el hecho de que esa política se resumía ahora en el asesinato.

De manera indirecta pero cruda, Wisliceny esclareció en su interrogatorio de abril de 1946 el comportamiento de Eichmann durante una reunión. Basándose en información proporcionada por otro testigo, se le preguntó al subordinado de Eichmann si había oído hablar de una conferencia celebrada en 1943 (en realidad la del 27 de octubre de 1942) en la que Eichmann habría «explicado el término "solución final" a todos los representantes de los ministros». Y el interrogador explicó: «Se supone que solo habló de la esterilización de los judíos». Retardando los hechos unos meses, Wisliceny contó: «En enero de 1943, aprovechando una de mis visitas a Berlín, Eichmann me dijo que tenía la intención de convocar una conferencia de este tipo. Su intención con esta conferencia era camuflar el sentido real del plan conocido por el nombre de "solución final". Yo querría insistir en el hecho de que los hechos reales eran *top secret* y que utilizaba cada oportunidad que tenía para

ocultarlos». Wisliceny no asistió a esta conferencia, pero Eichmann le habló de ella en un nuevo paso por la capital: «Eichmann me dijo algo de la conferencia en junio de 1943, y pienso que fue en ese momento cuando pronunció la frase. En ese momento me dijo, casi palabra por palabra: "Tendrías que haber visto la cara de esos viejos idiotas", y también: "Solo les he dicho que se ponía a los judíos en guetos y que se los esterilizaba"»[817]. La memoria de Wisliceny flaqueaba en dos puntos: la fecha, pero también las propuestas realizadas en la conferencia. De hecho, la esterilización se concebía como la contrapartida a la permanencia en el Reich.

Por lo demás, no veo de qué manera el testimonio de este antiguo compañero de Eichmann podría no tenerse en cuenta, en la medida en que es perfectamente coherente con las lógicas argumentativas de los distintos interventores, tal y como podemos reconstruirlas gracias a los archivos. Eichamnn, decididamente, había podido burlarse de esos «viejos idiotas» que seguían pensando que la deportación era otra cosa que el asesinato.

RECAPITULACIÓN III

Con un retraso de unos meses, desde principios de la primavera de 1942, la decisión de ejecutar a todos los judíos sin distinción de nacionalidad reconfigura por completo el problema del conocimiento por parte de las administraciones civiles de la política genocida que estaba entonces en curso. Para lo que nos ocupa, Wannsee se convierte en un momento secundario en el que, respecto a los judíos alemanes, todos los participantes, incluida la RSHA, hablaban aún de un programa de traslado al Este, sin proyecto de asesinato a su llegada. Por tanto, este resultado modifica sustancialmente la naturaleza de la investigación o, de manera más concreta, permite redistribuir los datos reunidos hasta ahora.

Porque la cuestión que ahora se plantea es la siguiente: si el anuncio de un asesinato generalizado no se hizo en Wannsee, ¿cuándo se produjo? Como hemos visto, la transformación de la «solución final» en un programa de ejecución sistemática, indiscriminada y rápida tuvo lugar en pocas semanas, al terminar abril. Lo que debemos determinar es si este cambio drástico se divulgó, además de cuándo y cómo se divulgó, en el aparato del Estado.

Ya disponemos de cierto número de elementos de respuesta, con valor desigual. Algunos, de hecho, cubren la totalidad del periodo que nos interesa, de 1941 a otoño de 1943. De esta manera, el asesinato de los judíos nunca se mencionó en la prensa nazi o entre los grandes líderes del Reich en sus discursos; de manera intrínseca, la «profecía» y la promesa reiterada del «exterminio del judío» no constituían marcadores directamente comprensibles.

Además, el Diario de Goebbels muestra que el ministro de Propaganda no fue informado de manera oficial del proyecto de asesinato indiscriminado antes del discurso de Posen, a principios del mes de octubre de 1943.

Otras partes de la investigación, sin embargo, se limitan a un periodo más corto. De esta manera, el estudio de la posteridad de Wannsee termina en octubre de 1942, con la tercera y última reunión sobre el destino de los *Mischlinge* y de los cónyuges judíos en parejas mixtas: solo hasta esta fecha podemos demostrar la persistencia, por ejemplo en Stuckart, de la representación de la deportación como un simple traslado. La pretendida unanimidad obtenida el 27 de octubre y sobre todo la renuncia temporal de los responsables nazis a resolver estas dos cuestiones privan de hecho al historiador de las posteriores tomas de posición de los contradictores. Ya no existe la posibilidad que se ofrecía hasta entonces de reconstituir sus categorías de pensamiento desveladas incidentalmente.



Sin embargo, llegados a este punto, es conveniente extraer algunas conclusiones provisionales. La demostración precedente termina por separarse de la visión historiográfica tradicional respecto al momento en que se anunció el paso al asesinato total en el aparato del Estado: no en Wannsee y no antes de otoño de 1942. Conduce, por tanto, a abandonar el esquema según el cual, de acuerdo con esta tradición, el secreto se habría desvelado. No fue pues en el marco de una conferencia interministerial, en enero de 1942, ni en el marzo o el octubre siguientes, cuando se dio a conocer el asesinato y se discutió abiertamente. El eventual anuncio del asesinato total de los judíos adoptó, necesariamente, otra forma.

Porque ya no hubo más reuniones interministeriales después de octubre de 1942.

Por tanto, podemos plantearnos dos opciones: una transmisión por escrito o un anuncio oral, pero en un marco distinto a Wannsee. Respecto a la primera hipótesis, hemos visto que en abril de 1942 Himmler emitió una orden que excluía de manera temporal «de las medidas especiales» a los judíos y las judías de entre dieciséis y treinta y dos años capaces de trabajar[818]. Y a mi modo de ver es cierto que existió otra orden de Himmler, redactada en junio de 1942. Designada en cierto número de documentos como «el plan del *Reichsführer*[819]», suponía replicar en cierta manera y para toda Europa la famosa orden del 19 de julio de 1942 por la que Himmler ordenaba «que la evacuación de la totalidad de la población judía del Gobierno General se llevase a cabo y se terminase antes del 31 de diciembre de 1942»[820]. Por deducción, parece que esta «evacuación» era imperativa para el Reich y los territorios ocupados por el Reich, y deseada para el resto de Europa, es decir en los países aliados de Alemania[821].

Por tanto, es probable que existiesen dos órdenes sucesivas, pero permanecieron confinadas en los archivos de la RSHA y se destruyeron voluntariamente al final de la guerra. La orden de abril solo se conoce por dos alusiones en documentos de los servicios de seguridad. Respecto al plan de junio, es probable que se transmitiera un ejemplar a Göring, que tenía la responsabilidad oficial, pero no real, de la política antijudía alemana. Si, como hemos visto, el contenido de este «plan» fue objeto de filtraciones, no resta que todas las filtraciones emanasen, por lo que sabemos, del aparato policial. Y esto parece indicar que el«plan», por su parte, tampoco se difundió con más amplitud en el aparato del Estado. De hecho, hasta donde yo sé, los archivos de las distintas administraciones afectadas no hablan de dicho documento, por lo que me parece que debemos descartar la hipótesis de una difusión escrita. Queda la posibilidad de una información oral. Como veremos más adelante, queda descartado, antes de octubre de 1943 y del discurso de Himmler en Posen, que se hubiese tratado el asesinato sistemático

de los judíos ante una asamblea amplia: el Diario de Goebbels no habla en absoluto de algo como esto, y no encontramos rastro en otros lugares de un suceso de este tipo[822]. El propio Himmler, además, había precisado en Posen que hablaba por primera vez del tema.

En consecuencia, si se puso al corriente a este, a aquel o a todos los altos responsables nazis antes de otoño de 1943 del asesinato sistemático de los judíos alemanes, solo pudo hacerse de manera oral, en el marco de encuentros en pequeños grupos o cara a cara. Respecto al periodo que va hasta octubre de 1942, estamos en nuestro derecho de suponer que los intervinientes civiles en el debate sobre los *Mischlinge* ni siquiera fueron informados de esta manera, ya que sus reacciones dan testimonio de su ignorancia respecto al destino prometido a los judíos deportados. En lo que respecta a Goebbels, esta ignorancia se mantuvo hasta octubre de 1943. Pero ciertamente Goebbels no es el conjunto del aparato del Estado. Y un año entero separa otoño de 1942 de otoño de 1943.

Por tanto este es el periodo que debemos estudiar ahora. La investigación se vuelve particularmente difícil en la medida en que, después de la reunión del 27 de octubre de 1942, ya no hubo ningún otro escenario central de discusión.

Es más, y esto es un punto determinante, la «cuestión judía» en Alemania ya había perdido, en esas fechas, gran parte de su sustancia. En enero de 1942, en Wannsee, Heydrich estimaba el número de judíos que vivían en Alemania, Austria incluida, en 175.500; un año más tarde, de acuerdo con el informe del estadístico Richard Korherr, esta cifra había caído hasta los 59.429[823]. Aún había que recortar de esta población a los 20.000 judíos que vivían en parejas mixtas, aún exentos de la deportación al

Este. En total, por lo tanto, el «problema judío» se resumía a finales de 1942 a 38.166 personas, contra los más de 330.000 de 1939, al principio de la guerra. Sin embargo, según los cálculos de Korherr, las autoridades nazis se encontraron con 561.000 judíos en Alemania en 1933, el momento de la toma del poder, 220.000 en Austria en 1938, en el momento del *Anchluss*, y 30.000 en los Sudetes ese mismo año, cuando la región fue anexionada al Reich: más de 800.000 judíos alemanes o asimilados habían caído, en varias etapas, en manos de los alemanes.

El tercer aspecto importante es que se «evacuó» a estas decenas de miles de judíos alemanes siguiendo procedimientos que se volvieron rutinarios. Sin conflictos mayores: sin pedir o dar explicaciones. En lo que respecta al periodo que nos ocupa ahora y dentro de las fronteras del Reich, que era el territorio de competencia de la mayor parte de los ministerios civiles, la «solución final» se reducía por tanto a casi nada. Estos diferentes factores permiten comprender mejor la existencia, en la documentación de la que disponemos, de cierto punto débil que debilita, en consecuencia, cualquier demostración, vaya en un sentido o en otro.

Para intentar determinar, a pesar de todo, si ocurrió y cómo ocurrió el anuncio del asesinato indiscriminado de los judíos en ese año, la única opción que podemos plantearnos consiste en estudiar a una cohorte de responsables administrativos o políticos. Por ejemplo, se podría intentar determinar, leyendo las numerosas biografías existentes, en qué momento se puso al corriente de esta política criminal sistemática a los distintos miembros de la élite nazi (ministros, altos funcionarios o *Gauleiter*). La figura de Goebbels deja entrever la dificultad de establecer este conocimiento de manera definitiva y diferenciada para cada individuo. Aún disponemos, para esta tarea, de fuentes abundantes, siendo el Diario una de las más importantes.

No podemos sorprendernos de que, ante la ausencia de un corpus documental tan importante y variado, las biografías disponibles e incluso recientes de altos responsales resulten decepcionantes a este respecto. La biografía, incluso cincuenta años

más tarde, debe aún arbitrar entre dos versiones en concurrencia elaboradas en la posguerra inmediata: la de la ignorancia generalizada, vehiculada por los testimonios o los recuerdos de los actores, o la de un conocimiento rápido y amplio como lo concebimos en el recinto judicial de Núremberg y en la historiografía[824]. La reconducción, casi idéntica, de la problemática sobre un periodo tan largo no es un elemento indiferente. Quiere decir, de hecho, que en la mayor parte de los casos (siendo Speer la excepción en esto[825]) el archivo documental no ha cambiado fundamentalmente en este punto, a pesar del notable enriquecimiento después de la guerra de los archivos disponibles. Una vía como esta no parece en absoluto prometedora.

La única cohorte realmente pertinente es, a mi modo de ver, la que constituyen los responsables del Ministerio de Asuntos Exteriores encargados de la «cuestión judía». Seguirlos a lo largo de 1942 y 1943 permitirá practicar un corte longitudinal del periodo que de otra manera resultaría imposible. Este ministerio es de hecho la administración nazi que mejor conocemos. Por razones difíciles de determinar, la destrucción de los archivos de este ministerio fue mucho más limitada que la del resto: quizá se quisiera preservar una continuidad, a pesar de la derrota asegurada, entre el Tercer Reich y lo que vendría después. En cualquier caso, los archivos que escaparon a la destrucción han contribuido de manera decisiva a nuestro conocimiento de la «solución final de la cuestión judía». Es en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores donde se descubrió en 1947 el protocolo de Wannsee, la carta de misión de Göring a Heydrich del 31 de julio de 1941, los informes de síntesis de los *Einsatzgruppen*, las minutas de las dos conferencias sobre los *Mischlinge*, en marzo y octubre de 1942, así como las cartas correspondientes de Stuckart y Schlegelberger, etc.

Ciertamente no podemos reescribir la historia, pero intentar reconstruir la evolución de la «solución final», en una suerte de historiografía contrafactual, sin utilizar ninguno de los documentos de este fondo, mostraría la extrema escasez documental a la que se enfrenta el historiador —hasta qué punto depende de este conjunto

archivístico, excepcional por defecto—. Se hicieron treinta copias del protocolo de Wannsee: solo tenemos la que se envió al Ministerio de Asuntos Exteriores, las otras veintinueve fueron destruidas. Si bien, con toda probabilidad, se transmitió un documento después de octubre de 1942 a todas las administraciones para informarles de la finalidad real de la «solución final», solo lo podríamos encontrar en los archivos de esta institución. A menos que se indique lo contrario, la riqueza de estos archivos nos permitirá conocer mejor el comportamiento de estos actores y determinar, llegado el caso, las representaciones que guiaron su acción a lo largo de este periodo crucial.

CAPÍTULO VIII

A LA LUZ DE ASUNTOS EXTERIORES

En plenos años setenta, Christopher Browning, un joven estudiante estadounidense, decidió investigar en su tesis la implicación del Ministerio de Asuntos Exteriores en la «solución final». Era un tema ideal que podía arrojar nueva luz sobre la organización global del asesinato si se adoptaba otro punto de vista. En esa época en que la historiografía del genocidio aún iba en pañales, la institución nunca había sido objeto de una investigación histórica sistemática, a pesar de su singularidad documental. Es más, el carácter supranacional del programa hacía de ella el interlocutor obligado de la RSHA, al menos en su fase de realización. Extraído de este doctorado, *The Final Solution and the German Foreign Office*[826] se convirtió en un clásico desde su publicación. Invertido, el título habría sido sin duda más apropiado, pero Browning quería hacer notar su ambición: contribuir a la historia de la «solución final» de manera más general que limitándose a reconstruir la gestión que hizo de ella este organismo.

De hecho, encontramos en este libro la mayoría de las intuiciones sobre las que se construiría la obra futura: desde 1978 hasta hoy, la propuesta cronológica del historiador estadounidense ha conocido algunas variaciones, pero su pivote, el mes de octubre de 1941, ha permanecido invariable[827]. El sentido de este momento clave, sin embargo, conoció rápidamente una inflexión decisiva. En 1978, octubre de 1941 marcaba solo el momento en que el responsable de los «asuntos judíos» del ministerio, Franz Rademacher, tomó

conciencia del carácter genocida de la política de expulsión de los judíos al Este; teniendo en cuenta que la inclinación hacia el asesinato debía haber ocurrido antes, el diplomático fue informado con retraso.

En 1981, en un celebrado artículo sobre la «génesis de la solución final»[828], Browning interpretaba, por el contrario, el mes «fatídico»[829] de octubre como aquel en el que había tenido lugar el paso al asesinato sistemático, una evolución de la que Rademacher habría sido informado, por diversos medios, casi en tiempo real. Al mismo tiempo, las pruebas convocadas para dar testimonio de cuándo un individuo tomó conciencia de una política criminal se volvieron pruebas de la mutación repentina y criminal de esta política. Por decirlo de otra manera, el historiador había cambiado de punto de apoyo: en un primer momento, se sirvió del contexto historiográfico para obtener un resultado, y después utilizó ese resultado para desmarcarse parcialmente de ese contexto historiográfico. El problema reside en que esto, leído fuera del contexto de su concepción, es decir fuera de la tradición de Núremberg según la cual Hitler había decidido pronto matar a todos los judíos, la demostración preliminar resulta débil.

Las hipótesis cronológicas respecto a la «solución final» en las que el joven Browning inscribía inicialmente la participación del Ministerio de Asuntos Exteriores eran las siguientes: «En un momento dado, entre el otoño de 1940 y la primavera de 1941», y por tanto antes de la invasión de la URSS del 22 de junio de 1941, Hitler decidió liquidar a los judíos soviéticos, iniciando un deslizamiento de un modelo de «traslado físico» a un programa de «destrucción física»[830]. A partir de enero de 1941, este paso al asesinato fue afectando de manera progresiva a la totalidad de los judíos de Europa: «Los judíos europeos serían desarraigados y deportados a campos en Alemania oriental o en Polonia especialmente equipados con instalaciones de gasificación que habían desarrollado expertos en eutanasia [de enfermos mentales] hacía ya dos años»[831]. A partir de estos presupuestos, lo que Browning debía datar era el momento de octubre de 1941 en que

Rademacher supo de una política decidida hacía tiempo y ya en marcha. Lo hizo añadiendo elementos probatorios indirectos, cuya lectura estaba predeterminada por su propio marco de análisis.

Dos series de hechos estaban estrechamente ligadas en la demostración: el destino de los judíos del Este y las deportaciones que salían del oeste. La primera vez que la RSHA se vio enfrentada a la política ejecutada contra los judíos soviéticos se remonta, parece ser, a una carta de Hinrich Lohse, comisario del Reich en Ostland, el mayor administrador civil de la región. El 4 de agosto preguntó al Ministerio del Este, al que pertenecía, sobre qué convenía hacer con los judíos extranjeros instalados en aquellos territorios. Le parecía que el regreso a su país de origen era intolerable por la información que pudieran transmitir a la propaganda antialemana; por otra parte «esos judíos no podían quedarse en Ostland indefinidamente». Proponía, en un primer momento, aplicar solo sobre los judíos eslovacos las medidas policiales que sufrían los judíos locales. La carta fue transmitida al ministro de Asuntos Exteriores, a quien aquello le correspondía directamente (razón por la cual se encuentra en sus archivos). Esta carta, según Browning, solo podía levantar las «sospechas» de los diplomáticos: «Lohse no explicaba lo que quería decir con medidas policiales, aunque la frase paradójica que dice que los judíos extranjeros no podían irse ni quedarse indicaba que hablaba de exterminio»[832].

Además, también por otras vías oficiales y por las informaciones que hacía llegar la prensa enemiga, el Ministerio de Asuntos Exteriores tenía cierto conocimiento de las matanzas a gran escala cometidas por las tropas rumanas en Besarabia[833]. En resumidas cuentas, Rademacher y sus colegas habían podido constatar cómo las nuevas órdenes bárbaras de represalias iniciadas por Hitler, con un ratio de cien fusilados por cada soldado alemán muerto, habían permitido solucionar en Serbia el problema que planteaba en el plano de la seguridad un grupo de ocho mil hombres judíos en edad de portar armas. Tres atentados, de hecho, bastaron para que el conjunto de este grupo (en realidad de menos de la mitad) fuese fusilado en pocos días y el problema se resolviese, para gran

satisfacción todas las instancias implicadas[834]. Rademacher había justificado acudir a la misión en Belgrado indicando: «Expulsión de ocho mil judíos». A la vuelta, en concepto de reembolso de gastos, dio un nuevo objeto a su viaje: «Liquidación de judíos en Belgrado»[835].

De acuerdo con Browning, «las masacres de Belgrado en sí mismas no constituyen, para el Ministerio de Asuntos Exteriores, pruebas definitivas del hecho de que exista un programa real de exterminio»[836]. Pero dan testimonio de un clima que había debido despertar la atención de Rademacher. Su misión en Serbia, a mediados de octubre, tuvo, por tanto, dos resultados: el responsable de las «cuestiones judías» constató la brutalidad de la política alemana de seguridad, pero también fue informado del mantenimiento de una política de traslado de los judíos. Porque «a partir del momento en que fuera técnicamente posible en el marco de la solución total del problema judío», los judíos serbios restantes, esas veinte mil mujeres, viejos y niños tendrían que «ser transportados por vía fluvial a los campos de recepción en el Este», tal y como escribía en su informe del 25 de octubre de 1941.

Ese mismo día, sin embargo, Rademacher recibió una carta de uno de sus amigos, Paul Wurm, un periodista del *Stürmer*, que le escribía estas palabras: «Durante mi viaje de vuelta de Berlín, encontré a un antiguo camarada del partido que trabaja en el Este en la solución de la cuestión judía. En un futuro próximo, gran parte de la miseria judía será exterminada a través de medidas especiales»[837]. Para Browning, esta carta explicitaba nada menos que la existencia de un proyecto europeo de asesinato de los judíos. Lo razonaba así: «Lo que Wurm sabía hacía referencia a medidas especiales para el futuro, cuando las masacres de los *Einsatzgruppen* funcionaban a pleno rendimiento desde hacía tres meses y medio. Por tanto no hacía referencia a los judíos rusos o a los *Ostjuden*, sino a los judíos en general. Hacía una referencia velada a la fase siguiente de la solución final que estaba siendo planificada entonces en Berlín, es decir, la deportación del resto de judíos de Europa a campos de muerte. Wurm no hablaba de campos, pero Rademacher

ya había oído hablar de campos de recepción en el Este respecto a los judíos no aptos para el trabajo duro. Ahora sabía de la intención de exterminar a muchos judíos a través de medidas especiales». Y proseguía: «No es posible no concluir a partir de esto que la deportación al Este figure en el marco de una solución final equivalente a la muerte»[838].

A partir de ese momento, la conclusión de Browning a propósito del conocimiento inevitable de Rademacher habría podido ponerse en duda. De acuerdo con su perspectiva, de hecho, la alusión en su informe a los «campos de recepción en el Este» daba aún testimonio de que creía en un dispositivo de traslado simple del que se venía hablando desde hacía años en el aparato del Estado y del cual el adjunto de Eichmann le había hablado pocos días atrás, en Belgrado. La carta de Wurm lo habría sacado de su engaño. Sin embargo, nadie sabe si ya había leído la carta antes o después de redactar su informe. Si la había leído, su informe no dejó ver que hubiera comprendido las insinuaciones de su camarada. Y es más, Wurm, ciertamente importante en la historia de Rademacher, es un personaje insignificante en la de la «solución final». Se ignora totalmente quién es su informador, y por tanto si es fiable[839]. Las «medidas especiales» pueden en efecto hacer referencia a la ejecución en camiones de gas de los judíos del Este planificada en ese mismo momento[840]. Pero es dudoso que Wurm, hablando de «gran parte de la miseria judía» que iba a ser «exterminada» haya aludido explícitamente a todos los judíos y no solo a los judíos del Este.

La lectura maximalista del historiador estadounidense es cuando menos imprudente, en la medida en que se le atribuye al locutor a la vez la voluntad y la capacidad de designar con exactitud el grupo del que se trata. Sin embargo, la carta la había escrito con prisa un periodista que solo quería compartir la satisfacción de ver que finalmente se perfilaba el fin del «problema judío». En sí, constituye un elemento de prueba indudable de la circulación de información sobre a los planes nazis relativos a los *Ostjuden*, quizás hasta en su dimensión técnica. Pero carece de valor en lo relativo al destino

futuro del conjunto de judíos, lo entendamos como lo entendamos: no indica nada de la evolución del programa a escala central, ni tampoco nada de la manera en que Rademacher la leyó y la comprendió. La afirmación de acuerdo con la cual el actor *había debido* saber solo es reflejo de la imposición de los marcos historiográficos de Núremberg en Browning.

Frágil ya para su época, la demostración es insostenible a día de hoy. Desde el principio, Browning podría haber corregido algunos de sus presupuestos. Es cierto que Lohse no especificaba en su carta del mes de agosto de 1941 el contenido de las «medidas policiales» a las que los judíos extranjeros podrían, llegado el caso, ser sometidos. Sin embargo, ver en ello el asesinato, como Browning, es una hipótesis imprudente. Porque estas medidas se encontraban ampliamente descritas en el mismo dossier de archivos, en las «directivas provisionales para el tratamiento de los judíos del Reichskommissariat Ostland» dirigidas al Ministerio de Asuntos Extranjeros casi en el mismo momento, en torno al 18 de agosto[841]. Y eran, con toda seguridad, menos siniestras que el asesinato: llevar la estrella amarilla, obligación de declarar, restricciones económicas y de circulación, arianización, concentración en guetos y sometimiento a trabajos forzados, etc. Es por su carácter constrictivo por lo que estas medidas no podían ser aplicadas sin precaución sobre ciudadanos extranjeros. Se puede añadir que en este mismo periodo el más alto responsable de seguridad de la región razonaba aún en términos de traslado posterior de los judíos locales «a una reserva judía extraeuropea»[842], lo que muestra con claridad que, al menos en un primer momento, las autoridades civiles y policiales compartían un mismo objetivo, que no era el asesinato indiscriminado que Browning creía ya decidido.

Además, la publicación, por parte de David Irving, de cierto número de extractos del Diario de Goebbels, poco después de que Browning terminase su tesis, mostraron que al menos en octubre de 1941 Hitler y Heydrich hablaron en términos de simple traslado[843]. Además, debido a estos documentos, a partir de 1981 Browning modificó el significado del mes «trágico» de octubre y retrasó el

paso al asesinato indiscriminado a esa fecha. Desde entonces, una gran mayoría de los historiadores —entre los que no contamos a Browning— se puso de acuerdo en torno a la idea de que Hitler había tomado en diciembre de 1941 la decisión de matar a la totalidad de los judíos de Europa. Se comprende bien su reticencia, porque en este caso, la carta de Wurm no podía dar testimonio de una realidad —el proyecto de masacre sistemática y la deportación seguida de gasificación inmediata— que aún no existía. En el capítulo anterior, incluso yo he mostrado, basándome en parte en una documentación recientemente actualizada, que después de Wannsee el proyecto de traslado ulterior de los judíos deportados al Este seguía siendo de actualidad, tanto para los trabajadores judíos como para los judíos incapaces de trabajar. Todo esto demuestra suficientemente que las conclusiones de Browning se inscribían en los esquemas de pensamiento históricamente datados y en gran parte determinados por la historiografía. Su validez dependía por tanto mecánicamente de la perpetuación de estos últimos.



Sin embargo, la perspectiva de Browning es la buena: se trata de intentar determinar en qué momento los diferentes responsables del Ministerio de Asuntos Exteriores tuvieron conocimiento del contenido criminal de la «solución final». Uno solo puede sorprenderse del hecho de que, en su informe remitido en 2010 a propósito de la implicación del ministerio en el programa, Eckart Conze, Norbert Frei, Peter Hayes y Moshe Zimmermann hayan considerado como adquirido un conocimiento pleno y completo de la política de asesinato indiscriminado. Según ellos, la lectura de los informes de los *Einsatzgruppen* de 1941 constituía una información suficiente: «La práctica del asesinato sistemático de los judíos no era desde el principio un secreto para el Ministerio de Asuntos Exteriores»[844]. Es

cierto que estos historiadores no dudaron en adelantar que los diplomáticos preveían un asesinato generalizado desde enero de 1939. Emil Schumburg, el experto en «cuestión judía» del ministerio de la época, redactó por aquel entonces un memorándum sobre «la cuestión judía como factor de la política exterior en 1938». Para él, «la cuestión judía no encontrará, en Alemania, una solución hasta que el último judío no abandone el suelo alemán». Para los autores, esta frase solo podía remitir a la «apremiante demanda» del ministerio por «una "solución global" bajo la forma de una "reserva judía" o a través de la aniquilación física»[845].

Una interpretación como esta es tanto menos creíble cuanto que los autores hablaban antes de la voluntad expresada por Schumburg en el mismo documento de favorecer una «ola antisemita» mundial y de llevar a cabo una «solución internacional de la cuestión judía». Alemania, una potencia de primer nivel y resueltamente expansionista, no podía pensar, evidentemente, que la «cuestión judía» se resolvería a largo plazo con la sola expulsión de los judíos alemanes fuera de sus fronteras; pensaba de manera global, a escala europea. Pero confundir una concepción geopolítica continental del «problema judío» y un proyecto de genocidio también es un error grosero. Sigue desprendiéndose de una dependencia del esquema de comprensión de la «solución final» fijada en Núremberg, pero también, probablemente, de un sometimiento al «deber de memoria», tanto más fuerte en este caso debido a que estos historiadores, comandados por el ministro de Asuntos Exteriores Joska Fischer, respondían a una «demanda social».

Por tanto no podemos abstenernos de descender al plano individual. A veces, en raras ocasiones, es posible, a partir de los documentos de la época, determinar con precisión satisfactoria lo que sabían los actores. Dentro del Ministerio de Asuntos Exteriores, salvo error por mi parte, una posibilidad como esta solo nos la ofrecen dos diplomáticos. El más conocido es Curt Prüfer, un diplomático destinado en Sudamérica que regresó a Alemania en octubre de 1942. Su notoriedad se debe menos a su acción o a su

personalidad que a su diario íntimo, que redactó una vez de vuelta en Berlín. Existen dos versiones: el manuscrito auténtico y una versión dactilografiada en la posguerra, con sensibles cambios[846]. La versión alterada empieza, paradójicamente, varias semanas antes de la versión original, sin que podamos explicar el motivo. De esta manera, la entrada inaugural es quizás un añadido de posguerra, destinada a insistir en el viaje de regreso después de tres años de ausencia. Prüfer estaba decepcionado, herido. La imagen idealizada que se había hecho de Alemania se enfrentaba a la realidad de una degradación moral generalizada de sus compatriotas.

En lo que respecta a nuestro asunto, Prüfer contaba haber oído hablar en España «por primera vez» de las «deportaciones masivas de judíos», de boca de un alemán, «sin duda un SS». Sin embargo, proseguía: «De hecho, nos llegaron rumores venidos de Alemania o de fuentes enemigas respecto a las deportaciones [en Sudamérica]; sin embargo, nos parecían tan terribles que las tuvimos por muy exageradas, como tantos otros informes de la propaganda enemiga que resultan ser falsos»[847]. El historiador Dieter Pohl hace referencia a este pasaje para ilustrar la exposición permanente, incluso en países alejados, de los diplomáticos a las noticias vehiculadas por la prensa aliada[848]. Más allá de que no estemos seguros de que se trate de una parte auténtica del diario, el caso de Prüfer es ambiguo: reconocía haber recibido información, incluso de origen alemán, pero no haberle dado fe. Sobre todo, no sabemos a qué se refiere. ¿Sabía, desde el verano de 1942, que todos los judíos de Europa, que los judíos alemanes estaban siendo sistemáticamente asesinados al final de la deportación? Podemos dudarlo.

Porque esta toma de conocimiento interviene, en el Diario auténtico, poco después de un mes de su llegada, el 22 de noviembre de 1942. Ese día, anotó: «Me han contado esta mañana historias terroríficas acerca del tratamiento de los persas. Han sido masacrados [*sic*] hombres, mujeres y niños, por asfixia o ametrallados. El odio que debe surgir necesariamente de esto nunca se apaciguará [*sic*]». Estas frases, en francés en el texto, iban seguidas de una frase complementaria en alemán: «Hoy no importa

qué niño lo sabe hasta el menor detalle»[849]. Es difícil determinar, a partir de esta única entrada, si Prüfer transcribía un rumor sobre los judíos polacos del Gobierno General, como los que empezaban a circular por aquel entonces, o si bien hablaba también de los judíos deportados desde Alemania. La ambigüedad desaparece en la versión alterada. Hablaba, efectivamente, de los judíos deportados al Este y destacaba incluso de manera incidental el número muy reducido de judíos llevando la estrella amarilla en las calles berlinesas. Prüfer, por tanto, había precisado y desarrollado su relato, sin que podamos excluir una contaminación por los conocimientos de posguerra, pero este detalle filológico importa poco para lo que pretendemos demostrar. Un diplomático que trabajaba en la central supo el 22 de noviembre de 1942 que se mataba a los judíos a gran escala con gas. Es una prueba, y la más precoz de todas, del conocimiento de la gasificación de los judíos en el Ministerio de Asuntos Exteriores, como lo destaca Hans-Jürgen Döscher[850].

Sin embargo, me parece que el diario de Prüfer nos permite comprender aún otra cosa más: este conocimiento real no tenía su origen en el ministerio y no había circulado. El manuscrito auténtico, por razones evidentes de seguridad, no relataba las circunstancias en las que la información había llegado al diarista: la entrada del día se abría con el pasaje en francés que hemos citado y Prüfer solo añadía que, por la tarde, se había reunido con sus cuñadas y su madre. La versión alterada antedata el momento en que lo supo: el diplomático no había sido puesto al corriente el domingo 22 por la mañana, sino el día antes por la tarde, durante una cena con «la familia de un oficial de su círculo de conocidos desde la Primera Guerra Mundial». En definitiva, en origen había elegido no revelar sus fuentes, de naturaleza privada, en caso de que su diario fuera descubierto. Incluso se había tomado la molestia de hablar mal de sus amigos que hablaban «del precio de las ocas, de la mantequilla y de los huevos y de cómo procurarse estos productos de la manera más ventajosa, legal o ilegal». «Uno podía desesperarse, añadía el

diarista, viendo de qué manera la necesidad arruina el carácter y estimula, en el hombre, las fuerzas de la ambición[851]».

Prüfer, por tanto, era un alemán ordinario. Su actividad diplomática no había desempeñado ningún papel en su toma de conciencia. Un sábado por la tarde, simplemente cenó con unos viejos compañeros del ejército que le confiaron que se habían enterado por sus propios medios de algunas cosas sobre el destino de los judíos polacos y europeos. Lo interesante es la manera en que Prüfer escogió transcribir la información al día siguiente en su Diario. Prüfer había modificado ligeramente la cronología para no poner a sus amigos en peligro si el Diario caía en malas manos. También había escogido pasar del alemán al francés para que la lectura fuera más difícil. Lo que es aún mejor, designó a los judíos como «persas». En una nota al pie, que no sabemos cuándo fue rescatada, señaló que «persas» era una «expresión del Kurfürstendamm para referirse a los judíos». Pero entonces escribió la palabra «judíos» en una lengua aún más exótica que el francés, el árabe. Incluso añadida durante la guerra, esta nota no debe hacernos subestimar la referencia evidente a las *Cartas persas* de Montesquieu. En los dos casos, con dos siglos de distancia, el autor escogió el despiste, el *extrañamiento*, para hablar de cosas peligrosas.

¿Cómo imaginar desde entonces que, de regreso al ministerio en los días siguientes, hablaría libremente de las informaciones que le llegaron en un marco privado, del que había percibido tan bien el carácter ultrasecreto que había multiplicado las codificaciones para escribirlas en su diario? De hecho, Prüfer no anotó en ninguna de sus dos versiones estas conversaciones ni informaciones a propósito de las masacres que venían del marco profesional. No se refirió a la masacre de los judíos salvo en un caso, el anuncio del descubrimiento de Katyn, destacando, como muchos otros en aquel momento, que el suceso había debido provocar una gran emoción si en él no se hubiera producido la masacre de los judíos[852]. En resumen, el conocimiento de las cámaras de gas no está atestado por parte del «Ministerio de Asuntos Exteriores» en noviembre de

1942, sino solo en uno de sus miembros que se había beneficiado de fuentes de información privadas y evidentemente había evitado divulgarla en su ámbito profesional.

Prüfer era pues un alemán como muchos, a quien sus relaciones con militares le permitieron saber, mucho antes que a otros, del asesinato de los judíos polacos o alemanes. El caso de Rudolf von Scheliha es el perfecto opuesto. Prüfer supo por azar, mientras que Scheliha quiso saber. El primero no hizo nada con este conocimiento, el segundo arriesgó su vida por transmitir la información al extranjero, al enemigo. Fue ejecutado en diciembre de 1942 por alta traición. Determinar extactamente lo que supo y transmitió es sin embargo particularmente complicado.

Ulrich Sahm, su biógrafo, estableció sin lugar a posibles dudas que, respecto al asesinato de los judíos, Scheliha había sido uno de los informadores de Carl Buckhardt, presidente del Comité internacional de la Cruz Roja en Ginebra, donde el diplomático acudía de forma regular. Deseoso de transmitir la información de la que disponía al gobierno estadounidense sin aparecer directamente, Buckhardt le pidió a uno de sus amigos, Paul Guggenheim, que contactase con el cónsul de Estados Unidos en Ginebra, Paul Squire. El encuentro se produjo el 29 de octubre de 1942 y su contenido fue resumido inmediatamente en una declaración jurada firmada por los dos hombres. Guggenheim reportaba así pues las informaciones que le reportó un informador anónimo, Buckhardt, según las cuales «1. Existe una orden de Hitler que pide el exterminio (*Ausrottung*) de todos los judíos de Alemania y de los países ocupados antes del 31 de diciembre de 1942. 2. Himmler y Frank (gobernador del Gobierno General de Polonia) se opusieron a esta orden, no por razones humanitarias, sino para lograr conservar a los judíos en el aparato productivo. Hitler, sin embargo, reiteró su orden en septiembre de 1942 porque no se había ejecutado hasta ahora. [Verosímilmente, esta orden] se está ejecutando ahora»[853]. El 7 de noviembre, finalmente, Buckhardt aceptó encontrarse con Squire pidiendo permanecer en el anonimato y le dio una información un poco

diferente: «Hitler firmó a principios de 1941 una orden que estipula que Alemania debe estar libre de judíos a finales de 1942»[854].

El problema al que nos enfrentamos es el siguiente: Buckhardt subrayaba que las informaciones le venían de dos informadores alemanes «muy bien informados» y en los que tenía plena confianza, pero nunca se había procupado, ni en sus notas, ni con Guggenheim, ni ante Squire, de decir quién había dicho qué. Sin embargo, resulta muy evidente que sus dos informadores no habían aportado exactamente la misma información y que el representante de la Cruz Roja había condensado en un solo mensaje elementos concordantes que venían de dos fuentes independientes. Se trata de un fenómeno clásico de condensación que hemos podido observar ya con Schulte y el telegrama Riegner[855]. También se percibe, con diez días de distancia, entre las declaraciones del mensajero Guggenheim y las de la propia fuente. Porque uno hablaba de una orden válida para todos los territorios ocupados y el otro solo de Alemania. En cuanto a la fecha de emisión, se podía suponer, al leer el primer resumen, que era reciente y acababa de ser reactivada, mientras que Buckhardt fechaba la orden en enero de 1941. En resumen, hablar de exterminio no es lo mismo que decir que un territorio debe quedar «libre de judíos».

Intentemos verlo con más claridad. Tomando las diferentes informaciones entregadas en las dos entrevistas, se pueden constituir dos o tres conjuntos. El primero tiene que ver con el Gobierno General, cuyo responsable civil, Frank, se habría opuesto, como Himmler, a la orden de Hitler para conservar la mano de obra judía. Se trata aquí de una alusión muy clara a la reunión del 22 de septiembre de 1942 entre Hitler y Himmler: el primero ordenó entonces, contra el deseo de la administración civil del Gobierno General, la destrucción rápida de los judíos polacos, sin que importase su utilidad económica, y prohibió la conservación, deseada por Himmler, de trabajadores judíos alemanes en suelo alemán[856]. Además, la mención del 31 de diciembre de 1942 es evidentemente una recuperación de la fecha final del plan presentado por Himmler a Frank en marzo de 1942 y formalizada el 19 de julio siguiente a

través de una orden imperativa, como hemos visto[857]. Este calendario, como sabemos, no se aplicaba ni al Reich ni a los territorios ocupados por Alemania, que debían ser «liberados de judíos» antes del verano de 1943. Por tanto, se había deslizado hacia un conjunto regional más amplio un imperativo temporal que se aplicaba solo a un territorio en concreto[858]. La idea de una orden válida para el conjunto de territorios ocupados por Alemania debe pertenecer, por tanto, a un segundo conjunto. Finalmente, queda, y no sé dónde clasificarla, la alusión a una orden de enero de 1941 únicamente para el territorio del Reich. Puede ser el eco deformado de la orden dada a Heydrich, en ese mismo momento, de preparar una planificación de la «solución final», entendida entonces como una transplantación del Reich y en general de los territorios ocupados por Alemania y los países aliados: se trataba entonces de «liberar de judíos» ese conjunto territorial.

La cuestión ahora es saber qué paquete de información se le puede atribuir a qué informador. Sahm, creo que con razón, ve en Scheliha al «responsable del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán» y en Arthur Sommer al «responsable del Ministerio de la Guerra alemán, en Berlín», que estaba destinado en la comandancia suprema de las fuerzas alemanas y de quien hemos leído ya el mensaje que transmitió en verano de 1942 a un amigo de Ginebra, Salin[859]. En él indicaba, haciendo alusión a Auschwitz, que se preparaban en el Este campos de exterminio en los que el conjunto de los judíos de Europa y una parte de los prisioneros de guerra soviéticos serían gaseados. Si suponemos que estas informaciones provenían indirectamente y no sin alteraciones del plan del *Reichsführer* de junio de 1942, se considerará que el mensaje, al igual que el telegrama de Riegner, comportaba tres elementos fundamentales: la dimensión europea de la operación, su extrema rapidez y el uso de cámaras de gas. Por razones desconocidas, Sommer no transmitió ni hizo transmitir a Buckhardt lo relativo al modo de exterminio. Pero podemos suponer que los otros dos elementos estaban presentes, aunque los puntos de convergencia entre las fuentes autónomas eran, al menos, la rapidez del asesinato

y su enormidad. Lógicamente, si Sommer era el informador en cuanto a la dimensión europea de la «solución final», Scheliha aportó informaciones decisivas sobre el Gobierno General.

Esta hipótesis me parece que viene confirmada por el propio recorrido de Scheliha, que permaneció por mucho tiempo destinado en Varsovia, de 1932 a finales de agosto de 1939. Pocas semanas después de la invasión, rechazó retomar sus funciones en el marco de una administración de ocupación cuyos métodos brutales no aprobaba del todo[860]. Regresó entonces a la «oficina de información» del ministerio, nuevamente creada, a cargo de una actividad de vigilancia de la prensa extranjera y, llegado el caso, de desmentir las informaciones que esta vehiculaba. Este puesto ponía a Scheliha en el centro del sistema de información del Ministerio de Asuntos Exteriores y le permitió comprender con rapidez la realidad brutal de la ocupación alemana de Polonia, con su cortejo de abusos denunciados en el extranjero: élites diezmadas, política antirreligiosa, masacres, etc. La operación T4 de asesinato de los enfermos mentales, de la que supo a través de la prensa extranjera, contribuyó también a alejar de manera definitiva al diplomático del régimen. Sheliha, además, hizo transmitir en Suiza, en la primavera de 1942, el sermón de denuncia de Von Galen[861]. En un primer momento, la estrategia de Scheliha fue dar a conocer los crímenes nazis en el aparato del Estado, llevando a los servicios no obligatoriamente afectados las informaciones que manejaba. Pero esto no conducía a ninguna parte. Tras momentos de profundo abatimiento, el diplomático terminó por convencerse, a principios de 1942, de que el único objetivo deseable era la pura y simple caída del régimen y el único modo de acción la traición. Hasta entonces aislado, Scheliha se puso en contacto con cierto número de círculos de la resistencia. Esto lo condujo a su arresto, el 27 de octubre de 1942, el mismo día en que Guggenheim se vio con Squire. Se le condenó a muerte por alta traición y se le ejecutó en diciembre.

El 3 de enero de 1943, el *Times* publicó un artículo en el que señalaba esta ejecución que el diario atribuía a sus convicciones propolacas y a la ayuda que había dado a muchas familias

polacas[862]. Si bien resulta difícil determinar cuáles fueron los cargos que pesaban sobre él, debido a la ausencia de archivos del proceso, está claro que la resistencia de Scheliha estaba íntimamente relacionada con Polonia. Es más, disponía de un amplio abanico de informadores[863]. Debió de ser uno de ellos quien le dio información actualizada a la vez de la orden de Himmler de julio de 1942 y de los desacuerdos entre Himmler, Frank y Hitler que aparecieron en septiembre sobre la ejecución de la mano de obra judía. En los informes que recibía de la oficina de información del Ministerio de Asuntos Exteriores, Scheliha, como destaca su biógrafo Sahm, podía en efecto encontrar alusiones a los crímenes contra los judíos en la Europa ocupada o informaciones sobre el carácter transnacional de las deportaciones. Pero nada en esa documentación le habría permitido saber con tanta precisión lo que ocurría en los territorios polacos.

Las formas adoptadas, a lo largo de 1942, la resistencia de Scheliha, que había pasado, en resumen, por la *Resistanz* a la *Widerstand*, de la oposición más o menos tibia al compromiso activo, no permiten tampoco suponer, a mi modo de ver, que Scheliha, que había obtenido estas informaciones dramáticas por sus propias redes, hubiera pensado en difundirlas entre sus colegas. La estrategia llevada a cabo al principio de la guerra tenía que ver con crímenes incomparablemente menos graves. Ante un secreto como este, había que proceder de otra manera, oponiendo el secreto al secreto, a riesgo de la propia vida.

Scheliha y Prüfer supieron o bien porque quisieron saber o bien por accidente, pero su conocimiento, con toda verosimilitud, no procedía de su actividad profesional. Todo conduce a pensar, al mismo tiempo, que escogieron no compartir lo que sabían con sus colegas. Las conclusiones que podemos extraer de ello son complejas. A este respecto, es conveniente no ceder a la tentación

de dar a un caso una representatividad excesiva, ya que una vez más la información era parcial y su difusión discontinua[864]. La longitud del relato anterior, técnica y detallada, solo acrecienta esa tentación. Sin embargo, es necesario comparar esos dos ejemplos con el número de personas empleadas en 1942-1943 por el ministerio: más de seis mil, de las cuales la mitad trabajaban en Berlín[865]. Otros diplomáticos supieron, a partir de esa época o de manera tardía, que los judíos estaban siendo asesinados, pero es imposible determinar qué número. Porque Scheliha y Prüfer habían creado, cada uno a su manera, un corpus archivístico personal adicional, a través del diario de uno o de las referencias escritas a la actividad de la resistencia del otro. Lo que no es el caso del resto del cuerpo diplomático. La investigación, por tanto, debe partir del conjunto de los archivos profesionales de los involucrados, cuyo análisis, como vamos a comprobar, está lejos de ser sencillo. Volver a bajar al nivel de los actores se torna entonces particularmente frustrante.

Sebastian Weitkamp dedicó, en 2008, una excelente monografía a la implicación del Ministerio de Asuntos Exteriores en la «solución final» en el periodo 1943-1944[866], la cual Browning, al detener su relato a principios de 1943, no estudió. Su protagonista es Eberhard von Thadden, sucesor de Rademacher como especialista en «cuestiones judías». Por diversas razones, entre las que deberíamos contar su muerte precoz en 1964, nunca fue juzgado, aunque compareció en calidad de testigo en diferentes procesos, principalmente en el de Eichmann en 1961. La justicia, por tanto, nunca ha determinado en qué momento este responsable contribuyó, con total conocimiento de causa, a la deportación y al asesinato de los judíos.

Durante mucho tiempo, Thadden negó haber tenido conocimiento oficial del objetivo real de las deportaciones, pero corrigió ligeramente esta versión tras el proceso de Eichmann. Se acordó, de hecho, de que al final de la guerra, en abril de 1945, durante una conversación, hizo destacar ante Eichmann que las pérdidas alemanas se elevarían a cinco millones y medio de muertos.

Dirigiéndose a su adjunto Rolf Günther, el jefe del IVB4 habría dicho entonces: «¿Tú qué crees? Las pérdidas judías deben ser aún más elevadas»[867]. Para el historiador el relato era creíble, en la medida en que Dieter Wisliceny había relatado una escena similar: Eichmann, despidiéndose en ese mismo periodo de sus subordinados, les dijo que saltaría de alegría en la tumba pensando en los cinco millones de judíos que había matado[868]. A mi modo de ver, es por este parecido por lo que conviene dudar del testimonio de Thadden. Si había esperado a 1962 para contar esta entrevista es porque tuvo la idea poco tiempo antes leyendo el relato de Wisliceny, del que se había hablado en Jerusalén. Sin embargo, aunque Weitkamp pensase que la historia era creíble, no podía imaginar que se correspondiese con la verdad desnuda: a pesar de las afirmaciones de Thadden, de acuerdo con las cuales no había sabido «antes de finales de 1944 el destino mortal de los judíos, debemos suponer que el programa de aniquilación [le] fue dado a conocer como muy tarde en el curso del año 1943»[869].

Debemos suponer que, como muy tarde, esto sucedió en algún momento de 1943: la prudencia —justificada— de Weitkamp al término de una investigación muy detallada tiene por contrapartida una confusión en el establecimiento de los hechos. Ante la ausencia de un diario íntimo sincero o de documentos administrativos explícitos, el historiador se enfrenta a una dificultad mayor. Solo puede basarse en el margen que dejan los testimonios de posguerra: salvo muy escasas excepciones, todas las personas implicadas negaron haber sabido del carácter criminal de la «solución final» antes del final del conflicto, incluidos aquellos de los que no cabe la menor duda que lo sabían.

Ernst Kaltenbrunner sucedió a Heydrich en enero de 1943, después de un intermedio en el que Himmler se habría ocupado de las cosas directamente. Sin embargo, negó que le hubieran informado de la dimensión criminal de la política que se le había ordenado ejecutar en el momento de asumir sus funciones. En el curso del verano posterior empezaría a dar crédito a la información extranjera sobre el asesinato de los judíos, y no abordaría la

cuestión verdaderamente con Himmler hasta febrero o marzo de 1944[870]. En Núremberg, los más altos oficiales del ejército alemán negaron saber nada de las masacres cometidas a plena luz del día por los *Einsatzgruppen* contra los judíos soviéticos, a pesar de que tenían lugar en los territorios conquistados que ellos administraban y de que la población alemana las conocía ampliamente gracias a los testimonios de soldados que volvían de permiso[871]. Nada de todo eso, claro está, se sostiene. Y esas mentiras, aún más viniendo de los criminales más evidentes, han tenido como consecuencia que recaiga sobre el conjunto de los testigos la sospecha de haber arreglado los hechos en su beneficio. De hecho, muchos mintieron.

A este respecto, el caso de Thadden resulta ejemplar: queriendo sin duda probar su buena voluntad, indicó haber sido informado por Eichmann. Pero al querer aparentar que estaba reconociendo algo, en realidad no reconocía nada, ya que supuestamente la escena se habría producido en los últimos días de la guerra, en el momento en que, por la fuerza de las cosas, ya no ejercía ninguna actividad. De acuerdo con su relato, Thadden nunca había contribuido a la «solución final» con conocimiento de causa. Desde un punto de vista judicial, esta ignorancia resulta evidentemente esencial y es la razón por la que estos testimonios se deben poner en tela de juicio de manera sistemática y, en la mayoría de casos, rechazarlos: por esta razón, salvo en los casos en que son incriminatorios, he escogido utilizarlos muy poco en esta obra[872]. Los verdugos se encontraban en un callejón sin salida ante la justicia: podían en efecto contestar la acusación de haber sabido en una fase temprana o en otra, por ejemplo durante la conferencia de Wannsee, del carácter genocida de la política antijudía; pero no podían producir un relato verídico de su toma de conocimiento en la medida en que esta, fuera como fuera, a todas luces se había producido demasiado pronto, en el momento en que aún ejercían sus funciones. Reconocer la verdad habría ayudado al historiador, claro está, pero para los acusados solo equivalía a autoinculparse o a agravar la situación de sus antiguos colegas.

Siendo los testimonios tan poco creíbles, solo quedan los archivos en sí, cuya lectura está lejos de ser sencilla. Porque nada se parece más a la verdad que una ficción, intencionada o sufrida; nada se parece más a un hombre que cree sinceramente en un proyecto de traslado que otro que aparenta creer y no ignora la dimensión homicida. A lo largo de la guerra, las correspondencias y los informes hablaron de la deportación de los judíos al Este y según el caso de trabajos forzados. A principios del mes de mayo de 1944, en el marco de una correspondencia interna, Eichmann aún informaba a Thadden de que los judíos retenidos por un tiempo en el campo de Vittel habían sido «transportados a regiones del Este para realizar trabajos forzados»[873]. En un momento dado, sin embargo, los redactores habían empleado esta fórmula para esconder la realidad del crimen. En un momento dado, los lectores de estas correspondencias pudieron o debieron saber lo que significaba esta expresión codificada. No resulta difícil comprender la dificultad de la investigación. Lo es aún más en la medida en que, para calificar correctamente el acto del conocimiento, idealmente habría que conseguir articular tres variables de diferente naturaleza y graduadas de manera más o menos confusa: el lugar del actor en el dispositivo, la calidad de la información que recibió y su contenido.



Comencemos por los actores. Está claro que el Ministerio de Asuntos Exteriores no se puede considerar como un bloque —los casos de Prüfer y Scheliha que acabamos de ver lo ilustran con claridad. La tentativa de insurrección fomentada en 1942 por Martin Luther, subsecretario de Estado y jefe del departamento Alemania (el Abteilung Deutschland), contra Joachim von Ribbentrop constituye otra ilustración de esto. Como ministro titular, Ribbentrop se veía, entre otros altos responsables, con Hitler, con quien hablaba,

evidentemente, de política internacional, y por tanto también de la «cuestión judía». Estamos lejos de conocer el contenido de estos encuentros, y sin duda sus subordinados se encontraban en la misma posición. Además, Ribbentrop delegó en gran medida, al menos en 1941 y 1942, los asuntos corrientes en su administración, que lo mantenía informado cuando una decisión parecía ser solo de su competencia. En lo relativo a la «cuestión judía», este fenómeno se acentuó en el mismo periodo a la vez por desconfianza de Luther en el entorno del ministro y por las iniciativas unilaterales de la RSHA, que a menudo se saltaba los canales diplomáticos.

Uno de los ejemplos más impactantes de esta circulación aleatoria de la información se dio a raíz de la conferencia de Wannsee. El 19 de agosto de 1942, Ribbentrop, alertado por varios indicios de problemas reiterados en los «asuntos judíos», telefoneó a Luther para pedirle cuentas[874]. El jefe del Abteilung Deutschland redactó en pocos días un informe justificativo de doce páginas. Fue leyendo el informe como Ribbentrop se enteró —como mínimo a través de sus servicios— de la existencia de la conferencia de Wannsee. Su subordinado tomaba de hecho la precaución de justificar la ausencia de minuta por su parte: «En un principio, no hubo informe para el ministro de Asuntos Exteriores porque el *Gruppenführer* Heydrich prometió una nueva reunión en la cual se discutiría en detalle una solución de conjunto. Después esta reunión no se produjo, debido a las responsabilidades del *Gruppenführer* Heydrich en los asuntos de Bohemia-Moravia y después por su muerte»[875].

Como en otros lugares del informe, Luther modificaba aquí la realidad, porque sí que había habido una conferencia complementaria el 6 de marzo de 1942. De la misma manera, no es seguro, como había afirmado un poco antes, que el subordinado directo del ministro, el secretario de Estado Ernst von Weizsäcker, fuera informado de manera regular de los resultados de la conferencia interministerial: los archivos solo atestigüan que se le hizo saber su próxima celebración[876]. Sea como sea, una vez más podemos medir a través del Ministerio de Asuntos Exteriores la

importancia totalmente relativa de Wannsee en la administración: Luther, que había sido invitado en representación de su ministerio, no se había tomado la molestia de informar durante meses a su ministro, y le hizo falta una seca llamada al orden por parte de este último para poner las cosas en su sitio.

Leyendo la manera en que el subsecretario de Estado presentó la reunión —cuya minuta iba adjunta como anexo—, se tenía efectivamente la impresión de que no se trataba de nada importante: Heydrich había anunciado que «el *Führer* autorizaba desde entonces la evacuación de los judíos al Este como solución alternativa a la emigración». Durante las discusiones, a Luther le bastó, explicaba, con solicitar que el ministerio estuviera asociado a todas las cuestiones relacionadas con los asuntos que afectasen a otros países, una solicitud que Heydrich aceptó. La deportación, además, se había relacionado con la necesidad de mano de obra: «El número de judíos [alemanes y rumanos, eslovacos y croatas que viven en Alemania] deportados de esta manera ni siquiera bastaba para cubrir las necesidades de mano de obra de allí», tanto es así que Himmler decidió en febrero de 1942 solicitar la deportación de «veinte mil judíos eslovacos, jóvenes y fuertes, desde Eslovaquia». Además, el Gobierno eslovaco había propuesto la evacuación del conjunto de la población judía[877]. El resto del informe solo hablaba de «expulsión al Este», «evacuación», etc. En el caso de los judíos rumanos, el Gobierno General solo era una medida «provisional»: «Los judíos serán transportados al Este en cuanto se reúnan las condiciones técnicas previas». En resumen, si Luther entendió en Wannsee que las deportaciones conducían a la muerte, se dispensó de informar justamente a su ministro responsable.

Luther desempeñó un papel central en la política antijudía del departamento hasta febrero de 1943. Incluso llegó a encontrarse con Heydrich para hablar cara a cara del asunto de unos miles de judíos serbios de sexo masculino que las autoridades querían alejar del territorio a toda costa a finales del verano de 1941[878]. Pero las personas que mantenían relaciones más estrechas con la RSHA eran Franz Rademacher y su sucesor, Eberhard von Thadden. El carteo

entre los servicios era ingente[879]. Sus responsables se telefoneaban ante el menor problema, ante la menor de las urgencias. Cuando se pusieron en marcha las deportaciones, se veían periódicamente. Por tanto no podemos descartar de manera absoluta que, en el marco de esta intensa colaboración, Eichmann, antes de abril de 1945, hiciera entender o explicitase la dimensión criminal que había adoptado la «solución final» tras la primavera de 1942. No obstante, nada viene a apuntalar estas confidencias que, en cualquier caso, no se propagaron dentro del ministerio.

Thadden, sin embargo, no era el sucesor que Rademacher había escogido para sí en un primer momento. Primero había propuesto el cargo a Karl Otto Klingenfuss, que había regresado después de haber estado destinado en Sudamérica. Ese recién llegado es considerado por Browning como un testigo creíble[880]: rechazó la oferta por motivos éticos y pasó poco tiempo en los «asuntos judíos». De acuerdo con su testimonio de posguerra, Klingenfuss había solicitado en varias ocasiones al responsable al que debía suceder cuál era el destino de los judíos deportados. Rademacher respondía con evasivas: los judíos debían ser tratados como enemigos potenciales y separados de la retaguardia; se los estaba reinstalando en guetos y se les ponía a trabajar (una medida benévola en suma, ya que los libraba del frente); después de la guerra serían trasladados. Al mismo tiempo, como muchos alemanes, Klingenfuss recibía, por diversos canales, información sobre las masacres del Este o sobre el miedo de los judíos que se enfrentaban a la deportación. Ante la insistencia de su subordinado, Rademacher terminó por enviarlo directamente al RSHA.

El adjunto de Eichmann, Rolf Günther, lo recibió y, de acuerdo con el relato del diplomático, le describió el destino de los judíos deportados. Los hombres eran trasladados a campos, las mujeres y los niños a guetos superpoblados. Klingenfuss habría preguntado supuestamente si los judíos deportados eran separados por sexos y, ante la respuesta afirmativa, concluyó que se trataba a todas luces de una política de extinción. En resumen, nada más e incluso un poco menos de lo que se presentó en Wannsee. Günther intentó

calmar su inquietud proponiéndole visitar Theresienstadt, lo que el diplomático rechazó después de saber que se trataba de un campo privilegiado. Quizá Günther bromeó con Eichmann a costa de este «idiota» al que le había proporcionado la versión oficial, como Eichmann se rio, en la misma época, de esos «viejos idiotas» que eran los participantes de la reunión del 27 de octubre de 1942 a propósito de los *Mishlinge*. Klingenfuss, por otra parte, que estuvo allí en representación del ministerio, había sido uno de ellos[881]. Después de la guerra, no solo diría no haber sido informado de la verdad, sino haber creído la mentira, ya de por sí terrible. Y sobre la base de esta única creencia, habría solicitado un traslado[882].

En lo sucesivo Rademacher habría cambiado su elección en favor de Fritz-Gebhardt von Hahn, que solo permaneció dos meses en el puesto, hasta la reorganización del Abteilung Deutschland tras el golpe fallido de Luther. Browning también consideraba a este como un testigo creíble, más aún porque él mismo se creía, por el hecho de la prescripción, fuera de alcance judicial. «Durante un interrogatorio fascinante de dos días», escribió el historiador, «le reveló al investigador [...] el alcance total de su conocimiento sobre de exterminio que estaba en curso por aquel entonces». Se desprende de este interrogatorio que Hahn había adivinado por sí mismo que «la vida de los judíos dejó de estar a salvo a partir del momento en que se les evacuó al Este». Cuando escuchaba las noticias aliadas sobre los crímenes nazis, repetía el dicho «Cuando el río suena, agua lleva». Al cabo de unos meses, se había convencido de que «después de las deportaciones, los judíos morían en masa» y que se trataba de un proceso de «destrucción [...] decidido al más alto nivel»[883].

Si creemos sus palabras, Hahn no disponía de ninguna información específica por parte de la RSHA y afirmaba haberse abstenido de confiarle sus conclusiones personales a su sucesor, Thadden. Este último fue el encargado de la política antijudía en el Ministerio de Asuntos Exteriores hasta el final de la guerra: también negó haber recibido información precisa por parte de Eichmann en lo que respecta a la dimensión criminal de la política que él mismo

contribuía a llevar a cabo; o, al menos, no antes de 1945. Con estos cuatro hombres, Rademacher, Klingenfuss, Hahn y Thadden, todos los responsables de los «asuntos judíos» en el Ministerio de Asuntos Exteriores entre 1940 y 1945 se han expresado. No hay ninguna razón para tomarles la palabra. Lo que hay que conseguir es actualizar, a partir de los archivos, las representaciones que guiaban sus acciones.



El segundo aspecto a tener en cuenta es la calidad de la información, estrechamente dependiente de las vías por las que había llegado a uno u otro actor. Sin embargo —y el caso de Klingenfuss lo ilustra con claridad— la información llegaba a su ritmo, tanto en el marco oficial como en el privado. Al reconstruir el proceso por el que fue consciente de la voluntad política de extinción del pueblo judío, el diplomático ponía de relieve varios tipos de información. Al visitar a sus padres en Mannheim, supo que la familia judía que vivía en el inmueble se había colgado del hueco de la escalera la víspera del día previsto para su deportación. Y su hermano, de regreso del frente oriental, le contó los rumores que circulaban acerca de masacres de judíos a gran escala en los territorios soviéticos ocupados[884]. Además, ignoramos si escuchaba, al volver a casa, las radios extranjeras: abandonó el servicio en 1942, es decir, el momento en que se difundía masivamente información sobre la política antijudía nazi, después de la declaración intergubernamental aliada. La información del diplomático era en suma comparable a la que circulaba entre la población alemana de la época, como hemos visto antes[885].

Pero Klingenfuss también recibía información debido a sus funciones, y estas eran, como mínimo, contradictorias. Por un lado, de acuerdo con su testimonio, su predecesor Rademacher y sus

compañeros de la RSHA le aseguraban que los judíos deportados serían conducidos a campos de trabajo y a guetos. Estaba implícito que el traslado al Este a guetos que Günther había calificado de «superpoblados» y el trabajo forzado conllevarían una mortalidad masiva. No era menos implícito que no habría asesinatos. Pero, por otra parte, se encontraba confrontado a documentos que podían hacer dudar de la sinceridad de Günther.

El 13 de agosto de 1942, por ejemplo, el delegado de Asuntos Exteriores en La Haya, Otto Bene, escribió un informe a la central a propósito de las deportaciones que estaban teniendo lugar. En Holanda, en un primer momento, se había utilizado una argucia para llenar los convoyes. Se había convocado a los judíos para una «operación policial de trabajo» en Alemania: en muy poco tiempo dejaron de ir. Bene explicaba la razón: «Desde que los judíos han descubierto la trampa y saben lo que sucede con la evacuación, o más bien con la operación de trabajo en el Este, ya no se presentan a los transportes diarios. De los dos mil convocados de esta semana, solo se han presentado alrededor de cuatrocientos»[886]. Para Klingenfuss, este documento parece haber actuado como una señal de alarma[887]. Es posible, no obstante, que nos hayamos enfrentado aquí a una lectura de posguerra en la que la revelación del asesinato de los judíos invitaba a interpretar de forma diferente los hechos vividos.

En Ámsterdam o en La Haya, es cierto que los judíos asociaron rápidamente las deportaciones con la muerte, como recogió Etty Hillesum en su diario el 11 de julio de 1942: «Los judíos dicen en sus corrillos cosas curiosas: que en Alemania se encierra a los judíos o se les mata con gas envenenado»[888]. Sin embargo, más allá de que las aprehensiones de la joven de Ámsterdan no completen en nada la comprensión del diplomático berlinés, el «pastel» del que hablaba Bene era muy diferente. Como había explicado en su informe anterior, dos semanas antes, los judíos estaban convencidos de que «los judíos válidos para el trabajo [serían] deportados para preparar las viviendas que necesitarían los otros judíos en el Este»[889]. Saber que la deportación tenía como estación final un

inmenso campo de concentración en la Alta Silesia, Auschwitz, bastaba para reducir a la nada esas falsas esperanzas que se basaban en informaciones falsas.

Klingenfuss terminaba por hacer alusión a los documentos transmitidos de manera oficial en el ministerio y en los cuales la dimensión criminal de la política antijudía se presuponía que era explícita: el protocolo de Wannsee y los informes de los *Einsatzgruppen* enviados a partir de finales de octubre de 1941 por Heydrich. En los dos casos, el responsable de los «asuntos judíos» explicaba que nunca había conseguido que Rademacher se los comunicara, que simplemente habría accedido a leerle extractos o a permitirle echar un vistazo durante un breve instante[890]. A mi modo de ver, debemos sospechar de este relato. Los informes de los *Einsatzgruppen*, por ejemplo, habían sido objeto de una amplia difusión en el seno del ministerio, ya fuera directamente, a través de un resumen explícito, o de menciones sin ambages durante reuniones de servicio[891], aunque sea difícil de ver, al salvar las distancias temporales, en qué medida se podrían haber considerado como secretos. El argumento va aún más allá si nos remitimos al actor en situación: Klingenfuss se apresuraba a suceder a Rademacher; estos informes, así como la minuta de Wannsee, iban a formar parte del fondo de archivos que le serían necesariamente transmitidos.

La razón por la que Klingenfuss no podía reconocer haber tenido un conocimiento directo de estos documentos es que esa revelación lo habría incriminado *ipso facto*, en la medida en que entonces se leían como la exposición explícita del carácter genocida de la «solución final». De hecho, durante el proceso llamado «de la *Wilhelmstrasse*» durante el cual se había juzgado en 1948 a la diplomacia alemana, la lectura del protocolo de Wannsee era, de acuerdo con la acusación, suficiente para saber «perfectísimamente que la solución final del problema judío era lo mismo que el asesinato en masa y el exterminio»[892]. Como hemos visto, esta hipótesis, que la historiografía recuperaría, debe ser sometida a examen. Sucedió, por el contrario, que la RSHA u otras instancias de

seguridad proporcionaron información a Asuntos Exteriores o transmitieron documentos que atestiguaban de forma explícita la política masiva de asesinato de los judíos, pero por error; volveremos sobre ello.

El dilema sobre el que debatieron los diplomáticos del Ministerio de Asuntos Exteriores, de acuerdo con sus versiones de los hechos, parece haber sido, por tanto, el siguiente: ante la cantidad de información contradictoria en lo relativo al asesinato de los judíos deportados, ¿cuáles había que creer? ¿La información de la propaganda enemiga? ¿Las cartas anónimas detrás de las que todos veían enseguida la mano de un judío[893]? ¿O bien los esquemas de traslado de los que se hablaba de manera oficial en las reuniones interministeriales, que afectaban a los judíos o a los *Mischlinge*, y las frases tranquilizadoras de Eichmann o de sus subordinados? A este complejo arbitraje se añade un último problema, el de la forma de conocimiento.

Porque «saber» puede abarcar muchas cosas. En los capítulos anteriores hemos podido comprobar que la masacre de los judíos del Este y la ejecución de los judíos alemanes (y europeos) constituían dos sucesos distintos a los que se aplicaba, además, una política de divulgación diferenciada en el seno del aparato del Estado, como veremos más adelante[894]. De esta manera, uno podía estar al tanto del asesinato de los *Ostjuden* y creer en lo que, en un momento dado, se convirtió en una ficción: la simple reinstalación de los judíos del oeste. Pero también se podía pensar que los judíos alemanes deportados iban a morir en masa en el Este por el trabajo forzado o las deplorables condiciones de vida en los guetos: Heydrich, en Wannsee, no ocultaba que contaba con esta mortalidad excesiva para resolver, con mayor o menor rapidez, lo esencial del «problema judío», y Günther, de acuerdo con Klingenfuss, decía abiertamente que los guetos estaban «superpoblados» y que el trabajo forzado era duro.

La idea de una muerte probable de los judíos, que todos —salvo Klingenfuss, según él— aceptaban, era sin embargo algo distinto del asesinato. En 1943, en Posen, como veremos, Himmler no

desconocía el carácter altamente transgresor del asesinato de los judíos, y se preguntaba si, en un futuro indefinido, no llegaría el momento de «preguntarse si hay que decirle algo más al pueblo alemán»[895], es decir revelarle que la desaparición de los judíos había llegado por el asesinato. Al mismo tiempo, no obstante, se cuidaba de encontrar en su correspondencia una explicación no homicida para la desaparición de los judíos: los cadáveres de los que hablaba la propaganda enemiga eran los de «los judíos integrados en el trabajo [y entre los cuales] se observa una mortalidad creciente»[896]. En resumen, los «parásitos judíos» finalmente estaban trabajando y les costaba soportarlo. Esta es la explicación que se daría al pueblo alemán primero, una vez conseguida la victoria, y la que descubriría el historiador al revisar estas correspondencias. Porque a pesar de todo habría que explicar de alguna manera la desaparición repentina de millones de judíos[897].

El conocimiento del asesinato es el elemento central y decisivo de nuestro cuestionamiento, la categoría analítica mayor y más esclarecedora. Pasaba o habría debido pasar esencialmente por una información oficial. Sin embargo, incluso una información oficial revelada no agota la cuestión del conocimiento. Porque la toma de conciencia de la realidad que implica es muy diferente, en términos cualitativos, del conocimiento teórico del asesinato. En Posen, con una retórica poderosa, Himmler anunció a las élites del Reich que todos los judíos habían sido asesinados, mujeres y niños incluidos. Pero, por insistente que fuera, lo había dicho en tres frases. Y es probable que cierto número de oyentes no pudieran representarse aquello de lo que se estaba hablando: después de todo, ninguno o casi ninguno había entrado en un campo de exterminio, y sin duda pocos entre ellos habían asistido a un asesinato en masa. La liberación de Majdanek, seguida de la de Auschwitz y los otros campos, en los territorios del Este y en el oeste, y las campañas de información destinadas a la población alemana vencida debieron suponer un verdadero descubrimiento para la mayoría de los alemanes, un conocimiento pleno y entero: quizá lo supieran, todo o parte, quizá solo se estaban enterando, pero confrontados a los

testigos y a las imágenes, a las imágenes-prueba, empezaban a entenderlo.

A partir de octubre de 1939, el Ministerio de Asuntos Exteriores estaba al tanto del curso adoptado por la política anitjudía nazi. La expulsión de los judíos de los territorios bajo dominación alemana directa seguía siendo el objetivo imperativo, pero a partir de ahora podía ser alcanzado por dos vías: la emigración, forzada si llegase el caso, como se venía practicando desde 1933, y la creación de una «reserva», en los confines del imperio o en un territorio alejado. La idea de una reserva, ciertamente, no era nueva, pero ya no se inscribía en la perspectiva lejana de un acuerdo internacional por llegar: empezaba a tomar forma con las primeras deportaciones que se hicieron posibles con la conquista de los territorios polacos[898]. Durante los dos años que siguieron, se sucedieron los proyectos, a los que Asuntos Exteriores había estado más o menos estrechamente ligado. El rol importante que desempeñó en la concepción del plan Madagascar se desprendía del hecho de que la «solución final» había tomado, en ese momento, una verdadera dimensión internacional, tanto por la población objetivo, que englobaba a judíos de los países aliados de Alemania, como por el territorio de destino, una colonia francesa que convendría recuperar por un tratado bilateral[899].

A partir del momento en que se decidió implantar la futura reserva en los territorios soviéticos conquistados, Asuntos Extranjeros solo fue consultado una vez lanzadas las primeras deportaciones, y fue acerca de la cuestión menor de los judíos extranjeros que vivían en territorio alemán. Fue la RSHA, fundamentalmente, quien creó y dirigió el programa: la manera en que se trataría a los judíos al término de la deportación dependía de

su entera responsabilidad. La única tentativa de oposición a este monopolio la llevó a cabo el secretario de Estado de Interior, Wilhelm Stuckart, quien temía que los *Mischlinge* deportados al Este fueran tratados de manera demasiado liberal y que pudieran constituirse en enemigos activos del Reich. En Wannsee, y después a lo largo del año 1942, Hitler, Himmler, Heydrich y Eichmann siguieron presentando el programa de deportación de los judíos europeos al Este como un traslado, aunque la operación debía terminar finalmente con una extinción del pueblo judío. Sin embargo, a partir de la primavera de 1942, la «solución final» fue sinónimo de ejecución inmediata de los deportados, a excepción de los judíos exentos temporalmente para explotar su fuerza de trabajo.

La reinstalación en el Este se había vuelto, por tanto, una simple ficción, que constituyó durante los meses y años que siguieron el punto de contacto entre los que sabían y los que no. La fuerza y la perversidad de esta ficción residía en el hecho de que dejaba las cosas perfectamente inalteradas: el objetivo oficial mostrado seguía siendo el mismo que en los años precedentes, traslado y sometimiento a trabajos forzados. Hitler no dejaba de repetir ante Goebbels que estaba resuelto a perseguir a los judíos de Alemania y de Europa y a echarlos. El 1 de octubre de 1942, el ministro de Propaganda se alegró, por tanto, de ver a su gran hombre compartir su opinión en torno a la cuestión: «El *Führer* defiende el mismo punto de vista radical que yo. También es de la opinión de que debemos echar a todos los judíos fuera del Reich y ante todo fuera de Berlín»[900]. El 7 de mayo de 1943, durante uno de sus discursos secretos ante los más altos responsables del partido, Hitler dijo, de acuerdo con las notas de Goebbels: «Los judíos deben abandonar Europa. Es el *Ceterum censeo* que debemos repetir una y otra vez durante el enfrentamiento político que es esta guerra ante todo. Todos nosotros debemos ser un Catón[901] nacional-socialista. Solo cuando Europa haya reconocido el carácter ineluctable de esta exigencia nacional-socialista será posible sentirse medianamente seguros a nivel espiritual»[902]. Además, todas las cartas dirigidas por

la RSHA al Ministerio de Asuntos Exteriores —salvo una excepción— hablaban de traslado, nunca de asesinato.

La excepción en cuestión data del verano de 1942 e ilustra de manera ejemplar la forma en que la RSHA hacía funcionar la ficción. Después de la elaboración del «plan del *Reichsführer*» en junio de 1942, la «solución final» sufrió una extraordinaria aceleración, todos los judíos de los territorios ocupados por Alemania debían ser imperativamente liquidados en un año, antes de que empezase el verano de 1943. Para el resto de Europa, se debía, en la medida de lo posible, conseguir el mismo resultado en el mismo periodo. Habría que hacerlo todo al mismo tiempo: acrecentar las capacidades de ejecución de los campos de exterminio; acelerar los medios ferroviarios que hasta entonces se atribuían a cuentagotas; tomar contacto con los gobiernos extranjeros. El primer esquema respecto a la ejecución de estas deportaciones multiplicadas tomó forma con mucha rapidez. Siguiendo las instrucciones de Himmler, habría que iniciar los «envíos de cantidades más importantes de judíos al campo de concentración de Auschwitz con fines de prestación de trabajos» por «el Sudeste de Europa (Rumanía)» o por «los territorios ocupados del oeste»[903].

Eichmann concentró en un primer momento sus esfuerzos en Francia, Bélgica y Holanda: el 11 de junio, previó hacer partir a corto plazo a 125.000 judíos de esos tres países: un objetivo que se redujo a 90.000 el 18 de junio[904]. Para completar el contingente, pronto se decidió hacer que los convoyes salieran desde las dos regiones designadas por el *Reichsführer*. Rumanía, con sus 340.000 judíos, según los datos aportados por Heydrich en Wannsee, debía ser contactada rápidamente. Himmler escogió prescindir de los servicios del Ministerio de Asuntos Exteriores y de encargar a su experto en «cuestión judía» de Rumanía, el *Obersturmführer* Gustav Richter, negociar directamente con Antonescu. El acuerdo tuvo lugar el 22 de julio. El 26, Eichmann informó de esto a la vez a Himmler y al Ministerio de Asuntos Exteriores.

La carta enviada al ministerio, cuyo objeto se resumía simplemente con «cuestión judía», explicaba: «Se prevee que más o

menos a partir del 10 de septiembre de 1942 se envíe también a los judíos de Rumanía en trenes especiales al Este. El círculo de personas afectadas se extiende de momento a los judíos capaces de trabajar, siempre que no vivan en parejas mixtas y que no sean ciudadanos del Imperio británico, Estados Unidos, México, países enemigos en América Central o Sudamérica, así como países neutrales o aliados […]. Ruego tomen conciencia y supongan que ya no existe ningún problema por parte del ministro de Asuntos Exteriores en contra de estas medidas»[905]. Esta era por tanto la versión ficticia de la «solución final»: se trataba de un simple traslado que se inscribía en una lógica de sometimiento a trabajos forzados, dado que, en un primer momento, solo los judíos aptos para trabajar serían deportados.

La verdad figuraba en la carta enviada por el servicio de Eichmann ese mismo día a Himmler, que ha sido milagrosamente conservada. En ella, el objeto era la «evacuación de los judíos de Rumanía» y se estipulaba: «En aras de una solución del problema judío en Rumanía, el representante de la Oficina Central de Seguridad del Reich ha ultimado los preparativos de los puntos de vista políticos y técnicos de tal manera que en poco tiempo se podrá proceder al inicio de los traslados de evacuación. Se prevé transportar a los judíos de Rumanía en transportes regulares que se iniciarían el 10 de septiembre de 1942 en dirección a Lublin, donde la parte apta para trabajar será sometida al trabajo mientras que el resto recibirá el tratamiento especial»[906]. Le seguían diferentes consideraciones sobre la pérdida de nacionalidad de los judíos rumanos que cruzasen la frontera, los preparativos anexos y una carta adjunta de aprobación de Antonescu. La carta concluía con una petición de autorización para proceder a las deportaciones descritas. Sabemos, por nuestra parte, que el «tratamiento especial» era la fórmula consagrada, en la RSHA y fuera de ella, para designar la ejecución: llegó a parecer tan transparente a ojos de Himmler que, unos meses más tarde, pidió reemplazarla por otros circunloquios menos explícitos en un informe estadístico sobre el avance de la «solución final»[907]. Aunque límpida, no está claro, sin

embargo, que durante el verano de 1942 la expresión «tratamiento especial» lo haya sido con tanta claridad para las instituciones policiales, como veremos. Sea como sea, cuando Eichmann hablaba de simple traslado con Asuntos Exteriores, se refería de manera explícita al asesinato en sus intercambios con Himmler.

Veamos ahora la manera en que nos han llegado estos dos documentos, aunque complique particularmente nuestro análisis. Debido a informaciones contradictorias sobre la determinación rumana para aceptar el acuerdo, Luther decidió aplazar, hasta estar más informado, la respuesta a la solicitud de aprobación emitida por la RSHA el 26 de julio en lo relativo a las deportaciones[908]. El asunto se alargó hasta el 17 de agosto, fecha en la que dio por correo su aprobación para deportar a los judíos rumanos a Müller, superior de Eichmann[909]. Esta falta de reacción, esas tres semanas de retraso, debieron parecerle insoportables a la RSHA, sobre todo porque solo faltaban tres semanas para el inicio previsto de las deportaciones. Antes incluso de que la carta de Luther llegase a Müller, es probable que Himmler se dirigiera directamente a Ribbentrop[910] y le transmitiera la carta que le había hecho llegar Eichmann el 26 de julio: Rumanía había dado su aprobación, y sin embargo el Ministerio de Asuntos Exteriores permanecía inactivo. No obstante, lo que sorprendió e irritó a Ribbentrop no fue tanto la lentitud de sus servicios sino el hecho de que el acuerdo, según la carta de Eichmann a Himmler, había sido obtenido por el delegado de la RSHA sin vínculo aparente con la embajada: de hecho procedía de una «carta privada» de Antonescu al delegado de Eichmann.

Ribbentrop hizo llamar a Luther el 19 de agosto para exigirle explicaciones de las graves disfunciones de su servicio respecto a la «cuestión judía»[911] y le hizo transmitir por la noche una transcripción de la carta de Eichmann[912]: solo por esta razón el documento interno de la RSHA sobrevivió a la destrucción. Dos días más tarde, el 21 de agosto, Luther dirigió a su ministro —«¡muy urgente!»— el largo informe justificativo del que ya hemos hablado y en el que rendía cuentas por primera vez de la conferencia de Wannsee. Esas doce páginas, con al menos una quincena de anexos, habían sido

redactadas con urgencia en un día y medio. Luther no había hecho el trabajo solo, se había servido de los servicios de Rademacher y de quien lo sustituiría, Klingenfuss[913].

La comunicación a Ribbentrop por parte Himmler de esta carta interna de la RSHA constituía, a mi modo de ver, una extraordinaria metedura de pata solo atribuible a la precipitación y a la aversión entre los dos hombres. Himmler estaba insatisfecho con la manera en que actuaban los servicios de Ribbentrop, incluso cuando la velocidad de la ejecución suponía un elemento esencial para el éxito de la «solución final». En las semanas siguientes, el ministro de Asuntos Exteriores, furioso por esa injerencia en su ámbito de competencia, bloqueó de entrada todas las negociaciones bilaterales en lo relativo a las deportaciones[914]. Himmler se vio obligado un mes más tarde, el 22 de septiembre, a poner la conducta del ministro en el orden del día de su entrevista con Hitler, una entrevista de la que uno de los principales temas era el siguiente: «Emigración de los judíos: ¿cómo continuar»?[915]. El día siguiente, Hitler convocó a Ribbentrop para una entrevista cuya violencia se conoció incluso en la embajada alemana en Dinamarca[916]. Las órdenes que dio el ministro a Luther por teléfono al día siguiente también parecen conservar el eco del enfrentamiento: «El ministro de Asuntos Exteriores ya me ha dado por teléfono la orden de acelerar la evacuación de los judíos de numerosos países de Europa. De hecho, resulta manifiesto que los judíos llevan a cabo contra nosotros, en todas partes, una propaganda calumniosa y deben ser tenidos por responsables de atentados y actos de sabotaje. Según una breve exposición al respecto de la evacuación actualmente en curso de los judíos de Eslovaquia, de Croacia y de los territorios ocupados, el ministro de Asuntos Exteriores nos ha dado orden de dirigirnos a los gobiernos búlgaro, húngaro y danés para dar comienzo a la evacuación de los judíos de estos países»[917]. El margen de maniobra de Asuntos Exteriores se había reducido a nada.

En resumen, una metedura de pata, ya que según mi conocimiento es el único caso atestado en el que un documento interno de la RSHA que hablase de la ejecución de los judíos

deportados se le comunicó a una institución no policial. Sin embargo, la metedura de pata no tuvo consecuencias: no cambió las representaciones de los actores, no fueron conscientes de que daba testimonio de la existencia de una política de asesinato. En el informe que redactó a la atención de su ministro dos días después de haber recibido ese documento aterrador, Luther dejó ver de hecho lo que imaginaba de la operación, que distaba mucho del asesinato: «La expulsión prevista [de los judíos rumanos] constituye un paso suplementario hacia delante en el camino de solucionar en conjunto [la cuestión judía], y es muy importante de cara a otros Estados [Hungría]. Los judíos serán transportados más lejos a territorios ocupados del Este tan pronto como se den las condiciones técnicas previas»[918]. El susbsecretario de Estado implantaba de esta manera en las deportaciones con salida desde Rumanía el esquema de traslado en dos tiempos que se había descrito explícitamente en Wannsee y puesto en marcha desde entonces con los judíos alemanes y eslovacos. Esta misma ceguera explica que, un mes más tarde, cuando llegó el momento de definir la posición del ministerio en lo relativo a los mestizos judeo-arios y proponer la «solución final más clemente» entre la deportación al Este y la esterilización, los responsables de Asuntos Exteriores escogieran la deportación: esa deportación que en realidad significaba asesinato.

Una ausencia de reacción como esta es inconcebible en nuestros marcos interpretativos habituales. Vemos en la carta de Eichmann a Himmler una prueba, que además es fácilmente descifrable, de la política de asesinato a gran escala que entonces estaba en curso. Los judíos rumanos no aptos para el trabajo debían ser sometidos a un «trato especial»: es decir, como sabemos, debían ser asesinados en cámaras de gas en Belzec o en Sobibor[919]. La fuerza de trabajo de los otros debía ser explotada hasta que llegase la muerte. Este esquema se venía ejecutando sistemáticamente desde principios del verano en todas las regiones bajo dominación alemana, a excepción del Reich, donde los judíos de más edad eran trasladados a Theresienstadt y, de ahí, llegado el caso, «al Este». No podemos imaginar que, enfrentados a un documento como este, los

diplomáticos del Ministerio de Asuntos Exteriores no hayan entendido de qué se trataba. En suma, nos es tan difícil creer que no sabían nada como que les era difícil comprender. ¿Cómo explicar su comportamiento?

Desde mi punto de vista, la cuestión no es esa. Sería mejor preguntarnos por qué nos sorprende tanto. ¿Por qué? Porque sabemos desde hace más de medio siglo que la expresión «Sonderbehandlung», «tratamiento especial», es una expresión codificada que remite de manera casi sistemática al asesinato. Este saber se basa en el vasto fondo archivístico que se constituyó en Núremberg, en el que se vertieron todos los documentos de las administraciones nazis que sobrevivieron a la destrucción. Constituye un yacimiento a la vez muy real, en el que se han basado los historiadores masivamente, y virtual, en la medida en que reúne series, más o menos lacunarias, que no tienen nada que ver entre ellas. Despreocupados de la heterogeneidad de las fuentes, llegamos a pensar de manera no articulada, por una especie de efecto lupa, que todos en aquella época tenían acceso a todo lo que leemos nosotros, hasta tal punto que suponemos que los actores sabían cosas que no eran de su incumbencia. Me parece que este es el caso de la expresión codificada «tratamiento especial». Se utilizaba ampliamente en el seno de la RSHA y de la Oficina Económica y Administrativa Central de las SS para camuflar el asesinato simple y llano de diferentes categorías de víctimas. Pero también se evitaba fuera de ahí, salvo raras excepciones[920], cuando se trataba de comunicarlo a otras instituciones. Todo ocurre como si, paradójicamente, hablásemos la lengua de los verdugos mejor que algunos verdugos mismos.

Intentemos ver lo que pasaba del lado de los diplomáticos de Asuntos Exteriores. Hemos visto que se habían beneficiado de una amplia y muy oficial información en lo relativo a la ejecución de los judíos soviéticos, gracias a los resúmenes de los informes de los *Einsatzgruppen*. Peter Klein los reunió en un compendio, añadiendo cierto número de documentos anexos, órdenes secretas o cartas internas de la RSHA. Un escrutinio cuidadoso muestra que la

expresión «trato especial» aparece en numerosas ocasiones en las órdenes secretas emitidas en el seno de la RSHA[921]. Se utilizaba también en las comunicaciones internas de este servicio[922]. Y podía incluso figurar en los informes de las unidades de los *Einsatzgruppen* sobre su actividad[923]. Pero el hecho destacable es que la expresión desaparecía sistemáticamente en los resúmenes establecidos a partir de los informes internos, los cuales constituían el vector oficial de la comunicación intraestatal sobre la situación en los territorios ocupados. De esta manera, salvo error por mi parte, la expresión «*Sonderbehandlung*» no se empleó una sola vez en los once informes detallados redactados entre julio de 1941 y abril de 1942, ni siquiera cuando se hablaba de las masacres contra decenas y decenas de miles de judíos.

A partir de esa importante masa documental, a los miembros del Ministerio de Asuntos Exteriores les habría costado mucho encontrar el sentido de ese «tratamiento especial», si lo hubieran buscado. De manera más general, parece que, en el conjunto de los archivos del ministerio, esta expresión solo se emplea en una ocasión con este sentido. La carta de Eichmann a Himmler, que llegó por error a Ribbentrop, constituye de hecho la única ocurrencia citada por Browning en su libro sobre el Ministerio de Asuntos Exteriores[924]. Aún mejor, en la obra de Weitkamp, que cubre el periodo siguiente y no habla de esta carta, la palabra «*Sonderbehandlung*» simplemente no aparece. Por tanto no formaba parte del vocabulario de los miembros del Ministerio de Asuntos Exteriores. Pero esta palabra compuesta, de apariencia banal, podría tener muchos otros sentidos, infinitamente más benignos que el asesinato. «*Sonderbehandlung*» también puede traducirse por «tratamiento particular», «trato de favor»[925], etc. Al leer la carta de Eichmann, por tanto, Luther o Ribbentrop podrían haber pensado que, si los judíos aptos para el trabajo eran sometidos a trabajos forzados, los que no lo eran conocerían un «trato» diferenciado.

Más allá del caso específico de la carta de Eichmann, la dificultad que encontramos al examinar los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores viene de que podemos dar testimonio de la recepción de cierta información creíble en lo relativo al asesinato de los judíos, mientras que no podemos percibir ninguna modificación del comportamiento, del uso del lenguaje o de las instrucciones en esa misma época, como muestra el ejemplo anterior. Se podría decir, para esquematizar, que los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores, en 1942 y 1943 —y después—, son compatibles o bien con la hipótesis de cierta ignorancia, o al menos de una falta de toma de conciencia, o bien con el postulado de una mentira generalizada y perfecta.

Si, negligiendo el contexto semántico, damos a «trato especial» el sentido invariable de asesinato, la frase de Luther al final de su informe, según la cual los judíos deportados al Gobierno General serían después «transportados más lejos a los territorios ocupados del Este» podría ser leída como un disimulo voluntario del destino real de los judíos rumanos deportados. Esta codificación de Luther no iría dirigida al destinatario del informe, Ribbentrop, del que supondría, por el contrario, un conocimiento previo que le permitiría leer entre líneas, ni siquiera a sus colaboradores cercanos. Se habría diseñado para engañar a los otros miembros de su administración y, yendo aún más lejos, al historiador que, un día, la leería. Veremos que, a pesar de algunas fallas, Himmler tenía un gran domonio del disimulo y la conciencia del futuro de la historia estaba muy presente en él[926]. ¿Pero las prácticas reconocidas del *Reichsführer* se pueden trasponer al seno de este ministerio civil? ¿Y por qué, ya que Himmler cometía errores al camuflar sus crímenes, no encontramos tropiezos como este en los archivos de Asuntos Exteriores?

La documentación disponible es compatible con dos interpretaciones diametralmente opuestas, porque da indicios de lo que hacían los actores —que era siempre lo mismo— y no de lo que pensaban. Tomemos uno de los documentos más sorprendentes desde mi punto de vista en lo relativo a las negociaciones bilaterales para la deportación de los judíos de los países aliados de Alemania. Se trata del informe que Luther redactó a raíz de su encuentro del 5 de octubre de 1942 con el embajador húngaro de Berlín. De entrada se había hablado de los judíos húngaros que vivían en los países ocupados por Alemania y en el mismo Reich. Después, aplicando las órdenes dadas por Ribbentrop después de su entrevista con Hitler del 24 de septiembre, Luther propuso la deportación de los judíos desde Hungría. De acuerdo con la minuta del subsecretario de Estado para su ministro, así fue el intercambio: «En el marco de las conversaciones recientes con el ministro presidente, [el embajador] sabe que este está particularmente interesado en saber si a los judíos se les permitirá una existencia ulterior después de su evacuación al Este. Circulan muchos rumores a este respecto, a los cuales él mismo no concede ninguna credibilidad, pero que, por el contrario, inquietan al ministro presidente Kallay. No quiere que le reprochen haber condenado a los judíos húngaros a la miseria o algo peor después de su evacuación. Mi respuesta, según la cual todos los judíos evacuados y por tanto también los judíos húngaros serán primero empleados en el Este en la construcción de carreteras y después instalados en una reserva judía, lo ha calmado visiblemente y dice que esta información contribuirá particularmente a tranquilizar y alentar al ministro presidente»[927].

Una lectura incauta de este intercambio sería la siguiente: en esta época aún precoz, las informaciones sobre el asesinato de los judíos eran demasiado escasas para poner verdaderamente en peligro la ficción de la simple reinstalación de los judíos. El embajador húngaro no daba por tanto ningún crédito a estos rumores dramáticos, como él mismo explicitaba. Su primer ministro, que era más suspicaz, quería, por el contrario, asegurarse de que los judíos tendrían una existencia digna una vez deportados. El jefe del

Abteilung Deutschland tranquilizó a su interlocutor al describirle un dispositivo en dos tiempos: trabajo, reinstalación en una reserva. En resumen, le mintió.

Una lectura como esta es incorrecta por varias razones. El embajador húngaro Döme Sztójay era en aquel momento, como ya hemos visto, uno de los hombres mejor informados de Alemania acerca de la «cuestión judía»[928]. Una «fuente de confianza» le había informado del plan de Himmler de deportar al conjunto de los judíos de los territorios ocupados por Alemania, y si fuera posible de todos los judíos de Europa, en un año. Además lo había recogido en informes para su gobierno, pero presentándolo como un simple traslado. Sabemos, sin embargo, a través de confidencias a un periodista, que Sztójay conocía perfectamente la finalidad homicida de las deportaciones.

A partir de estos elementos contextuales, debemos concluir que cuando afirmaba no creer los rumores alarmistas acerca del destino de los judíos deportados, el embajador expresaba algo más que su ignorancia: hacía ver su apoyo personal a las medidas criminales planteadas. Además, durante los meses que siguieron, no dejó de intentar hacer aceptar a su gobierno una deportación general desde Hungría; y fue él quien, una vez nombrado primer ministro en la primavera de 1944, la llevaría finalmente a cabo. Segundo punto: Sztójay suponía que su primer ministro se basaba solo en rumores, mientras que Kallay disponía de informaciones compartidas de manera confidencial por su embajador y por tanto conocía la dimensión criminal del programa. En resumen, por el lado húngaro, el análisis del posicionamiento de los actores desemboca en una lectura del documento invertida por los dos frentes. Del lado alemán, y este es el tercer punto, caben dos interpretaciones. Luther, ya informado del «trato especial» de los judíos rumanos deportados no aptos para el trabajo, que habría entendido como un asesinato, pudo suponer que a los judíos húngaros les esperaba un trato similar. Por tanto habría podido mentir. Pero también podríamos sostener que Luther no comprendió o no quiso comprender la carta de Eichmann. Prometiendo la reinstalación posterior de los judíos en una reserva,

habría dejado entrever sus verdaderas creencias. Además, cuando se trató, por instrucción de Weizsäcker, de proponer unos días más tarde la solución más «clemente» para los *Mischlinge*, optó por la deportación al Este.



Un hecho destacable de los archivos diplomáticos es que en los archivos del servicio la información respecto al destino de los judíos deportados al Este es muy restringida. En lo relativo al año 1943, solo en dos casos es posible aportar testimonio de que los responsables de la política antijudía fueran informados a través de documentos internos del asesinato de judíos alemanes.

Veamos el primer caso. A principios del mes de febrero de 1943, en el Ministerio de Asuntos Exteriores se planteó proceder de manera más regular a intercambios, hasta entonces esporádicos, entre judíos extranjeros bajo dominación alemana y alemanes detenidos por las fuerzas enemigas[929]. Pronto se planteó constituir un contingente de treinta mil rehenes judíos de diversas nacionalidades. El Ministerio de Asuntos Exteriores expuso este proyecto a la RSHA precisando que los rehenes judíos no debían ser enviados al Este y que, en caso de que no se produjese el intercambio, siempre se podría proceder a su «expulsión»[930]. La condición presentada por la diplomacia alemana actualizaba una lógica diferente de la que podíamos leer en un primer acercamiento. Si los judíos no debían ser deportados, no era para prevenir su muerte, sino para evitar la transmisión posterior de información acerca de las masacres de los judíos del Este de las que podrían llegar a tener conocimiento durante su estancia en los territorios polacos o soviéticos ocupados. Esta justificación, siempre presente en los archivos, había sido también utilizada por el representante de Asuntos Exteriores en el *ReichkommissariatOstland*, que había sido

contactado por error[931] incluso cuando los judíos del territorio ya estaban en el Este.

El 5 de abril de 1943, Adolf Windecker, después de haberse reunido con las autoridades policiales locales, se opuso de manera general a cualquier salida de judíos que viviesen en su territorio: «Aquí, como se sabe, la población local, sobre todo en Lituania y en Letonia, liquidó antes de la entrada de las tropas alemanas a un gran número de judíos en acciones espontáneas que, en numerosos entornos, equivalieron a una erradicación casi total de los judíos»[932]. Una salida de los judíos que vivían en la región, abriría por tanto «el camino a la campaña de denigración antialemana por estas atrocidades». El mismo argumento se desarrollaba un poco después: «Por el hecho de que, como se sabe, miles y miles de judíos de aquí o provenientes del Reich han sido fusilados en la región de Riga en este tiempo, debemos preguntarnos si se puede considerar a cualquier judío para esta operación de intercambio sin que de esta manera las ejecuciones que tuvieron lugar sean utilizadas contra nosotros en el extranjero. Por esta razón, es difícil que Ostland pueda contribuir a llenar el contingente de judíos para intercambio». El mismo argumento, por tanto, pero precisando una cosa: incluso los judíos alemanes deportados a Riga habían sido fusilados. Es destacable comprobar que en ese momento de guerra todavía se atribuía su asesinato de manera errónea a las poblaciones locales liberadas del yugo soviético.

Seis semanas más tarde, otro caso de ejecución de judíos alemanes deportados al Este llegó a oídos de Thadden. Esta vez no tenía ninguna duda de la identidad de los asesinos. En el ejercicio de sus nuevas funciones, Rademacher se puso en contacto con un miembro del Ministerio del Este que lo había informado de un incidente sucedido en Minsk: «El *Gauleiter* Kube, durante una visita de representantes fascistas en Minsk, también hizo visitar una iglesia utilizada por los comunistas con un objetivo profano. Los italianos preguntaron qué eran esos paquetitos y esas maletas que estaban ahí amontonadas y Kube explicó que era todo lo que quedaba de los judíos deportados a Minsk. Inmediatamente después, Kube mostró a

los italianos una cámara de gas en la que supuestamente se había ejecutado el asesinato de los judíos. Esto ha debido sacudir a los fascistas en lo más profundo»[933]. Como hemos visto, Kube había manifestado en varias ocasiones su oposición a la manera en que se asesinaba a los judíos, que consideraba contraria al honor alemán. Pero nunca había habido una cámara de gas en Minsk: quizá se trataba de un camión de gas como los que se utilizaban en el campo de Maly Trostinez, a unos doce kilómetros[934]. Sea como sea, las frases atribuidas a Kube no dejan lugar a dudas sobre el hecho de que estos asesinatos habían sido cometidos por las propias autoridades alemanas. Es porque el incidente implicaba a visitantes extranjeros por lo que Rademacher fue informado por su compañero del Ministerio del Este.

La reacción del ministerio se produjo en varios tiempos. Thadden informó a su superior Horst Wagner, el sustituto de Luther. Este se apresuró a indicarle a su ministro que se debía «temer que, con la ocasión de una visita de un grupo italiano a Rusia, pueda llegar material [relacionado con las pretendidas atrocidades alemanas] a Italia»[935]. Unos días más tarde, Thadden se dirigió al representante de Asuntos Exteriores en Ostland, Windecker, para saber si conocía el asunto[936]. Visiblemente no, pues solicitó a Hinrich Lohse, el superior de Kube, para saber qué ocurría. Este le respondió el 19 de julio que había obtenido de Kube una actualización sobre la «pretendida declaración» y que la había transmitido al Ministerio del Este. A este último debía dirigirse el Ministerio de Asuntos Extranjeros para obtener más información[937].

Windecker estaba irritado: Lohse, en un primer momento, le había prometido comunicarle los resultados de su investigación. Concluyó que Kube había pronunciado las «frases imprudentes» que se le atribuían[938]. Finalmente, el 4 de agosto, Thadden preguntó a Wagner si había que dirigirse al Ministerio del Este para conocer el fondo del asunto. Este decidió no hacer nada «por el momento»[939]. Todo este episodio, a fin de cuentas, resulta ambiguo: Wagner encontró la información lo bastante importante para transmitirla en forma atenuada, y en condicional, a Ribbentrop; también renunció,

una vez que el tema se enfrió, a proseguir con la investigación lanzada por Thadden. Y Windecker, si había terminado por persuadirse de la veracidad de la historia, no había oído hablar de ella al principio.

Sin embargo, al mismo tiempo, sucedía cada vez con más frecuencia que los aliados de Alemania, cuando se les solicitaba la deportación de judíos desde su territorio, alegaban los rumores sobre las masacres para justificar su falta de celeridad. Vimos que este fue el caso el 4 de octubre de 1942 durante la entrevista entre el embajador húngaro Sztójay y Luther. Pero esto sucedía en ocasiones a un nivel mucho más elevado, como en abril de 1943 en el castillo de Klessheim, donde Hitler convocó sucesivamente a sus aliados. El día 13, se vio allí con el mariscal Ion Antonescu e intentó convencerlo con el ejemplo de deportar a los judíos rumanos. Desde que él había alejado a los judíos, explicaba Hitler, la economía, la vida cultural y otros sectores habían conocido un fuerte auge. Es más, el pueblo ahora estaba unido y el régimen no tenía oposición. Hitler era, de manera general, de la opinión de que «cuanto más radical actúa uno contra los judíos, mejor», añadiendo que él «de preferencia, quemaba los puentes tras él, porque el odio judío es de todas formas enorme»[940].

Antonescu respondió con una negativa rotunda explicando que le «encantaría retirar a los judíos de Rumanía pero que no tenía realmente claro el sitio al que enviarlos. Le recordaba las dificultades que había tenido para transportar a los judíos fuera de Rumanía a través de Bulgaria y que la actitud de los búlgaros era resultado de la influencia alemana». Aunque solo se citase para el eventual envío de judíos, la vía búlgara era, de hecho, la que llevaba a Estambul y a Palestina, un objetivo contrario a la política del Reich.

Sin embargo, al día siguiente, en una entrevista, Ribbentrop planteó la cuestión de la deportación al Este de manera más directa. Esta vez, Antonescu consideró la posibilidad de enviar a cien mil judíos a Crimea, bajo ocupación rumana, y de hacerlos trabajar allí en las industrias mineras. Después pidió explícitamente que «no fueran asesinados, en la medida en que, en una ocasión anterior, se

había visto también obligado a detener las deportaciones de judíos a Rusia cuando se reveló que allí simplemente se les mataría»[941].

El 16 de abril fue el turno del admirante Horthy, jefe del Estado húngaro, de ser recibido por Hitler. Este último, que sospechaba que el gobierno de Kallay jugaba a dos bandas, se anduvo con menos tapujos y dio a leer a su homólogo una nota de la inteligencia alemana que analizaba la estrategia húngara: los discursos antijudíos del primer ministro solo estaban destinados a impedir una invasión alemana y el exterminio de los judíos; no iban seguidos de ninguna medida real. Horthy se defendió exponiendo el balance de medidas antisemitas adoptadas por el gobierno y concluyó que «había hecho todo lo que se podía hacer decentemente contra los judíos, pero [que no se podía] de todas formas asesinarlos o matarlos de otra manera». Hitler respondió que «tampoco era necesario». Y añadió: «Hungría podría juntar a judíos en campos de concentración, como ha hecho Eslovaquia»[942].

Al día siguiente, sin embargo, el tono de la conversación entre Hitler, Ribbentrop y Horthy fue más sanguinario. Horthy justificaba de nuevo su política. Habiendo «privado a los judíos de casi todos los medios de existencia», no podía, sin embargo, «matarlos». Ribbentrop se enardeció: «Los judíos deben o ser aniquilados o ser llevados a campos de concentración. No hay otra solución»[943]. Después, Hitler tomó la palabra para ilustrar el pretendido peligro judío y la manera en que esto se había remediado en Polonia: «Allí donde se abandona a los judíos a sí mismos, por ejemplo en Polonia, reina la miseria más cruel y la depravación. Son puros parásitos. En Polonia se ha puesto orden de manera radical a todo ese desmadre. Cuando los judíos no querían trabajar, los hemos fusilado. Cuando no podían, solo les quedaba morir. Hay que tratarlos como a bacilos de la tuberculosis que hacen que un cuerpo sano enferme. No es más cruel que cuando se considera que criaturas inocentes, como liebres y ciervos, deben ser eliminados. ¿Por qué salvar a las bestias que quieren traernos el bolchevismo?»[944].

Thadden y Wagner dispusieron rápidamente de la minuta de esta serie de entrevistas. ¿Extrajeron de ellas algo nuevo o específico?

Esto no está claro, ya que, por terroríficas que nos parezcan las salidas del *Führer* y de su ministro de Asuntos Exteriores, los dos hombres, en realidad, no habían confirmado la existencia de una política sistemática de exterminio. Ni siquiera se habían tomado la molestia de protestar, habían hablado como de perfil. ¿Matar a los judíos? Acusado por Antonescu, Ribbentrop se había callado. ¿Matar a los judíos? Esto, para Hitler, no era «necesario»; había que meterlos en campos o, mejor, enviarlos al Este —y la alusión de Ribbentrop a su «aniquiliación» podía también haber remitido a esa deportación que seguiría—. Y lo que seguía era, a ojos incluso de los dos responsables nazis, terrible. La descripción de Hitler de la política antijudía nazi en Polonia no dejaba ninguna duda sobre la desaparición a cierto plazo de millones de *Ostjuden*.

Por cruda que sea, esta descripción era falsa. La cuestión de la utilización de la fuerza de trabajo, en estos territorios y fuera de ellos, carecía de objeto ya que el asesinato de los últimos trabajadores forzados judíos ya estaba programado. Hacía más de un año que la hambruna ya no era vista por los nazis como un medio apropiado para solucionar el «problema» judío en esa región. Los judíos polacos ya no tenían tiempo de morir de hambre: habían sido asesinados antes. ¿Cómo imaginar desde entonces que los judíos búlgaros y húngaros pudieran ser sometidos a peor trato que los judíos polacos?

¿Matar a los judíos? En cualquier caso incapacitarlos para dañar y trabajar en la derrota del Eje. Dado que las deportaciones parecían excluidas por parte de los aliados del sudeste de Europa, Hitler y Ribbentrop estaban aparentemente satisfechos con un simple encierro en campos de concentración en territorio nacional. Más de un mes más tarde, Thadden recordó, en una nota sobre «el estado presente de la cuestión judía»[945] las entrevistas entre Hitler, Ribbentrop y Antonescu: «El jefe de Estado Antonescu ha hecho saber durante su visita al cuartel general del *Führer* que está dispuesto a trasladar a muchos judíos a Rusia, pero ha explicado que al mismo tiempo tenía dudas, porque allí solo se les condenaría

a muerte». Este resumen de la objeción de Antonescu era neutro. No informa sobre lo que *creía* el diplomático alemán.

El 21 de julio de 1943, el propio Thadden se entrevistó con un miembro de la embajada española acerca del medio millar de judíos de origen español que aún vivían en Salónica, mientras que el resto de la población judía de la ciudad había sido deportada a Auschwitz. España no estaba lista para repatriar a esos judíos a la península, pero tampoco quería mostrarse cómplice de su asesinato, como explicó el representante del país: claro está que, por razones de seguridad, los judíos no podían quedarse en la ciudad, pero no se podía aceptar que «se liquidase a españoles en campos polacos»[946]. Thadden, en la minuta que elaboró del encuentro, explicó haberlo desmentido advirtiendo a su homólogo contra la propaganda enemiga sobre las supuestas crueldades alemanas. Sin embargo, los judíos españoles, por razones de seguridad, no podían permanecer más tiempo en el puerto griego. Thadden propuso entonces, de manera oficiosa, una solución que permitiría conciliar las distintas exigencias: se podría enviar a los judíos a Alemania, a una «especie de campo de internamiento en el Reich», esperando a que el gobierno español tomase su decisión definitiva sobre la repatriación de sus ciudadanos. Los dos hombres acordaron verse el viernes siguiente para un «intercambio de ideas» no oficial.

Ese día, el diplomático español indicó de manera totalmente informal que «tenía la impresión de que en Madrid se prefería abandonar [a los alemanes] el destino de esos seiscientos judíos si se tenía la seguridad de que no serían eliminados»[947]. Esta cita esta extraída de una carta de Thadden a Eichmann enviada al día siguiente y constituye el único eco de esta entrevista. ¿Volvió Thadden a desmentir esos rumores? Podemos suponerlo, pero no tenemos pruebas que lo confirmen, ya que le bastó con informar del hecho sin hacer comentarios al respecto. En cualquier caso, la situación que proponía respondía al problema planteado sin necesidad de hablar de la realidad de esa liquidación. El razonamiento era el siguiente: el «tralsado a territorios del Este con el fin de someterlos a trabajos forzados» se asimilaba, a ojos de los

españoles, a una «liquidación»; en la medida en que parecía imposible hacerles cambiar de opinión, había que proponer otro destino, en el Reich, que pudiera tranquilizar a los españoles, una «especie de campo de internamiento», donde se les concentraría el tiempo que Madrid finalmente tardase en tomar la decisión política respecto a la repatriación de estos judíos. Una parte de esos judíos pudo escapar a la zona italiana gracias a salvoconductos, pero la mayoría fue transferida a Bergen-Belsen desde donde, unos meses más tarde, pudieron volver a España[948]. ¿Qué concluir de la manera en que Thadden había gestionado el asunto? ¿Complicidad objetiva o falta de lucidez?

Pero recordemos una última configuración. Llegó el momento en que los responsables de Asuntos Exteriores tuvieron que enfrentarse no a los temores de los aliados de Alemania respecto al destino de los judíos que aceptarían deportar, sino a las alarmas de sus representantes en el extranjero. Así, el cónsul de Roma, Eitel Friedrich Moellhausen, dirigió un telegrama «muy muy urgente» directamente a Ribbentrop el 6 de octubre de 1943: «El *Obersturmbannführer* Kappler [responsable de la policía en Roma»] ha recibido de Berlín la orden de detener a ocho mil judíos residentes en Roma y transferirlos al norte de Italia, donde deben ser liquidados. El comandante de la ciudad de Roma, el general Stahel, me informa de que no permitirá esta acción si no concuerda con las intenciones del Sr. ministro de Asuntos Exteriores. Yo soy personalmente de la opinión que sería mejor emplear a los judíos en trabajos de fortificación como en Túnez. Con Kappler, voy a proponer esto al *GeneralfeldmarschallKesselring*. Reclamo instrucciones»[949].

Parece evidente que Moellhausen no retransmitió en este telegrama la orden en cuestión de manera literal[950], pero que se trataba de su interpretación, la de Kappler y la suya: si los judíos italianos debían ser enviados al norte, ¿que podía sucederles si no era que los mataran como a los otros? De hecho, en un telegrama del mismo día, Kappler hablaba de una orden que se le había dado a Dannecker, el nuevo representante de Eichmann en la península, según el cual debía «apoderarse de todos los judíos a través de

amplias operaciones repentinas y transportarlos a Alemania»[951]. Pero su convicción, en ese momento tardío y en un país particularmente bien informado[952], ya estaba formada y los dos hombres hicieron, por razones que presentaron después como humanitarias, todo lo que estaba en su poder para inflexionar la política alemana: Moellhausen contactó con su ministro Ribbentrop y Kappler con su superior, el más alto responsable de la policía y de las SS en Italia, el *SS-Obergruppenführer* Karl Wolff, y los dos se apresuraron a contactar con el más alto responsable militar para la zona del sur, que comprendía a la vez el sur de Europa y el norte de África, el *Generalfeldmarschall* Albert Kesselring.

La respuesta del Ministerio de Asuntos Exteriores no se hizo esperar. El día siguiente, el 7 de octubre, Thadden envió un telegrama a Moellhausen que estipulaba: «De acuerdo con las instrucciones del *Führer* se debe enviar a ocho mil judíos residentes en Roma a Mauthausen como rehenes. El Sr. ministro de Asuntos Exteriores le solicita que no se interponga de ningún modo en este asunto, sino que deje actuar a la SS»[953]. Estas dos frases respondían a las dos partes del cable del cónsul. ¿Hablaba Moellhausende una orden a Kappler según la cual los judíos serían liquidados? En realidad, bajo instrucción del mismo Hitler, los judíos debían ser utilizados como rehenes en el campo de concentración alemán más próximo de la frontera italiana. ¿Hablaba Moellhausen de los procedimientos de conservación que había iniciado junto a Kappler dándole de paso su punto de vista personal sobre el asunto? Se le hacía saber que todo aquello era asunto de las SS y que no era necesario entrometerse. Una vez más, Ribbentrop respondió de manera oblicua, sin que se pueda entender bien lo que motivaba su reacción. Ignoramos, de hecho, si alguna vez se previó deportar a los judíos rumanos a Mauthausen, y, en caso afirmativo, si este proyecto tuvo esta concepción desde el principio, por respeto al papa, o si se reformuló como reacción a la inesperada e inédita resistencia de los responsables alemanes en el lugar[954]. Y sabemos que finalmente no se deportó a los judíos rumanos a Mauthausen, sino a Auschwitz, donde la mayoría fueron gaseados.

Con el paso de los meses, los diplomáticos de Asuntos Exteriores se confrontaron de esta manera a informaciones sobre el asesinato, a proyectos de asesinato, a rumores sobre el asesinato. Entendemos con facilidad que, a partir de la información que acabamos de citar, Sebastian Weitkamp haya supuesto que «[Thadden] conoció el programa de aniquilación como muy tarde en el curso del año 1943». Al mismo tiempo, sin embargo, la confusión con que el historiador había rodeado la datación del conocimiento por parte de los actores traduce una molestia que también es la mía. Reposa, desde mi punto de vista, en una triple constatación: ninguno de los documentos diplomáticos informa de manera completa sobre la política de exterminio sistemático; para tomar la medida de esto, los actores habrían debido combinar cierto número de elementos que habrían llegado a ellos a lo largo del tiempo; en cualquier caso, esta eventual toma de conciencia no se había traducido en la transformación sensible de la actividad de estos diplomáticos que haría perceptible este conocimiento.

Quizá, después de todo, nos enfrentemos una vez más a esta peculiaridad historiográfica, ya ilustrada por Browning, que consiste en postular una toma de conciencia en el momento en que, leyendo los documentos medio siglo más tarde, en un momento historiográfico dado, nos parece que nos obligan a descartar una ignorancia persistente. Porque, durante ese mismo periodo, el Ministerio de Asuntos Exteriores y la RSHA estuvieron encontrados en torno a una cuestión que ponía directamente en juego el destino de los judíos deportados, y esta disputa abre la posibilidad de otra interpretación. Una vez más, como con los *Mischlinge*, es la existencia de un conflicto lo que nos permite comprender lo que los diplomáticos ponían probablemente tras la deportación al Este, y lo

que nos invita a apartar de la conclusión habitual el conocimiento del carácter criminal de la «solución final» por parte de Thadden y, quizá por un tiempo, por parte de su superior, Wagner.

Como hemos visto antes, las deportaciones con salida desde Eslovaquia se lanzaron de manera temprana, en febrero de 1942[955]. En medio año, hasta finales del mes de octubre, 57.628 judíos fueron deportados[956], primero a guetos en el Gobierno General y después directamente a campos de exterminio a partir de junio. Desde principios del verano, los responsables alemanes anticiparon la llegada a corto plazo de una situación de bloqueo: más de una treintena de miles de judíos quedaban exentos de ser deportados por los diferentes permisos concedidos por las autoridades eslovacas. Antes de proceder a una revisión de estas exenciones, el gobierno eslovaco solicitó la constitución de una misión de investigación en los guetos en que los judíos eslovacos debían ser concentrados, como ya hemos señalado[957]. Eichmann rechazó esta investigación y explicó a su delegado en el lugar, Wisliceny, la razón de su rechazo: una misión como esa era imposible porque, conforme a una orden de Himmler, los judíos eslovacos, como los otros, habían sido asesinados. Se decidió entonces pedirle a Fritz Fiala un reportaje propagandístico sobre esos pretendidos guetos de acogida que se publicó a finales del año en media docena de periódicos eslovacos.

Quizás ese reportaje le bastó al ministro de Interior eslovaco, Alexander Mach, conocido por sus simpatías pronazis, para plantear la reanudación de las deportaciones. El 7 de febrero de 1943, anunció en un discurso: «Marzo llegará, abril llegará y los transportes saldrán»[958]. Se iniciaron los preparativos[959], pero suscitaron con rapidez la reacción de los opositores, en particular católicos, respecto a la reanudación de esas medidas. Dos meses más tarde, el delegado apostólico en Bratislava, monseñor Giuseppe Burzio, se vio con el ministro presidente Vojtech Tuka para hacerle saber la preocupación del Vaticano. La discusión entre los dos hombres fue franca, e incluso violenta. En un momento dado, Burzio se enardeció: «Sin duda su Excelencia conoce las tristes noticias que

circulan sobre el triste destino de los judíos que han sido deportados a Polonia y a Ucrania. El mundo entero está hablando de ello». Decididamente hacía alusión a la campaña de información que había seguido, en las ondas aliadas, la declaración intergubernamental de diciembre de 1942. Tuka respondió: «No dispongo de información directa que me permita creer esos dimes y diretes que difunde la propaganda judía. Sin embargo, tengo la intención de delegar una misión que deberá informar de la situación actual de los judíos deportados desde Eslovaquia. Si estas noticias espantosas se confirman, no toleraré que un solo judío más cruce la frontera eslovaca»[960]. Este pasaje es importante, porque muestra sin lugar a dudas que Lundin, a título personal, no creía o no quería creer en esas masacres. Si había creído en ellas y se planteaba sin embargo una reanudación de las deportaciones, no habría puesto su proyecto en peligro aceptando plantear una condición que el asesinato había hecho de imposible cumplimiento.

Una semana más tarde, el embajador alemán Hanns Ludin transmitió al Ministerio de Asuntos Exteriores la solicitud de Tuka, con su apoyo personal: «Los "inocentes religiosos eslovacos" creían en los cuentos espantosos» de la propaganda judía, explicó el responsable eslovaco; para contrarrestar estos rumores, le haría falta una «descripción de las condiciones en los campos de judíos» o, mejor aún, una inspección por parte de una delegación eslovaca *ad hoc*[961]. Eichmann fue informado a mediados de mayo de la solicitud eslovaca y la rechazó de manera irrevocable el 2 de junio. Remitía, tanto para el informe sobre las condiciones de vida de los judíos como respecto a la supuesta misión, al artículo de Fiala, que presuntamente había representado a la parte eslovaca junto a Wisliceny[962]. Hablaba también del millar de cartas dirigidas en febrero y en marzo por los judíos deportados a conocidos en Eslovaquia: se trataba de hecho de cartas dirigidas solo por los judíos eslovacos seleccionados para el campo de concentración de Majdanek[963] y redactadas probablemente bajo presión para acreditar la ficción.

La respuesta no era en ningún caso satisfactoria. Ribbentrop envió discretamente a Bratislava a su delegado especial para la «cuestión judía» en Europa central, el *SS-Oberführer* Edmund Veesenmayer[964]. Este, de manera oficiosa, sondeó al jefe de Estado, monseñor Jozef Tiso, y obtuvo la convicción, que compartió con Ribbentrop, de que las presiones oficiales en aras de la reanudación de las deportaciones no servirían para nada[965]. De hecho, el 24 de junio de 1943, Tiso explicó durante una reunión que en ningún caso se deportaría a los judíos; en el peor de los casos, se reuniría a algunos en campos[966].

Fue el primer ministro Tuka quien reabrió el debate en otoño. Deseando retomar las deportaciones a pesar de todo, se encontró con una fuerte oposición: algunos ministros asimilaron el traslado a «campos fuera de Eslovaquia» a una «liquidación física». Exigía por tanto de nuevo una comisión de investigación o, en su defecto, informaciones más precisas. Para el embajador, esta solicitud establecía de forma evidente que los elementos de prueba de los que hablaba Eichmann en su carta del 2 de junio eran insuficientes. Apoyaba con toda su autoridad la petición eslovaca: «Se ha solicitado establecer si una visita como esta no podría llevarse a cabo de la forma que fuera». Al menos serían necesarias otras informaciones[967]. El 30 de noviembre, Thadden informó a Eichmann una vez más de la reiteración de la petición de Tuka[968]. Como seis meses antes, se envió a Veesenmayer para intentar encontrar una solución a ese callejón sin salida. Parece que este último empleó grandes medios y obtuvo de Tiso y Tuka la seguridad de una reanudación de las deportaciones. Sin embargo, fijó él mismo el plazo en el que la «acción» debía ser lanzada y ejecutada: antes de abril de 1944[969].

Con esa promesa, la cuestión de la visita a un gueto parecía haber perdido importancia, como atestigua la respuesta que el 8 de enero de 1944 Eichmann dio finalmente a la carta de Thadden con fecha de 30 de noviembre en la que hablaba de la necesidad de una misión como aquella. Anunció en primer lugar el regreso a Bratislava de Wisliceny, destinado en Grecia tras el bloqueo de otoño de 1942.

Este se encargaría de debatir sobre el terreno, directamente con el ministro de Interior, una reanudación de las deportaciones. El responsable del IVB4 volvía luego sobre la cuestión de la misión de investigación: «Después de la presentación de los resultados de estas nuevas y últimas discusiones sobre el estado actual de la cuestión judía en Eslovaquia, la posibilidad de una visita a los campos de judíos por parte de una comisión eslovaca será examinada de nuevo»[970]. En pocas palabras, Eichmann jugaba con el hecho de que los eslovacos habían cedido en su posición: la condición ya no era un requisito, se estudiaría de nuevo el caso, supuestamente favorable, en función de las negociaciones.

Thadden no compartía este optimismo y le irritó la respuesta dilatoria de Eichmann. El 14 de enero, en contradicción con los usos administrativos, intentó cortocircuitarle dirigiéndose directamente a su superior directo y jefe de la Gestapo, el *SS-Gruppenführer* Heinrich Müller. La visita a un campo, recordaba, constituía «a partir de entonces» un requisito para la negociación. Un rechazo o un aplazamiento de la respuesta la complicaría o la imposibilitaría. Y Thadden proseguía: «Por tanto, se pide con toda urgencia que se reconsidere la decisión». La persistencia del rechazo de Eichmann, insistía el responsable de «cuestiones judías» en el Ministerio de Asuntos Exteriores, ponía en peligro cualquier acuerdo en la medida en que las resistencias a las que se enfrentaban Tuka y Mach eran muy fuertes, incluso insuperables. Thadden solicitaba, con urgencia, que el último arbitraje le fuera comunicado por teléfono[971].

La maniobra fracasó. De entrada, fue la embajada alemana en Eslovaquia la que fue informada de que, finalmente, Wisliceny y la RSHA se habían puesto de acuerdo para rechazar la misión de investigación[972]. Después, Eichmann descolgó su teléfono el 27 de enero, antes de firmar una carta de confirmación el 7 de febrero. Podemos deducir de esta carta que el intercambio telefónico versó, sin sorpresas, sobre la posibilidad de una inspección: el 7 Eichmann habló de hecho de un «nuevo estudio del deseo del Gobierno eslovaco», del que comunicaba el resultado, negativo: «Una visita a los campos que se encuentran en el Gobierno General sera

difícilmente realizable por el momento teniendo en cuenta la situación actual». Se proponía, en su lugar, una inspección de Theresienstadt de la que se esperaba que conseguiría «disipar al fin todas las inquietudes en sí totalmente injustificadas de diversos miembros del Gobierno eslovaco»[973]. Lo que parecía ser un compromiso y que en realidad no lo era fue, una vez más, insuficiente. Las negociaciones con el Gobierno eslovaco no avanzaron durante los meses siguientes y Wisliceny no fue enviado a Bratislava[974]. A finales del mes de agosto, el régimen de Tiso se vació de su sustancia tras una sublevación antinazi que dejó el terreno libre a los elementos más radicales y a las fuerzas alemanas. Las deportaciones se reanudaron el octubre siguiente, con Theresienstadt por destino.

El conflicto era, en resumen, bastante benigno: la RSHA y Asuntos Exteriores no estaban de acuerdo en torno a la oportunidad de una misión de investigación eslovaca en los guetos en que se suponía que los judíos deportados habían sido concentrados. A pesar de todo era una de las escasas ocasiones en las que la colaboración entre las dos instituciones sufrió un contratiempo, lo que nos permite comprender que esta colaboración se basaba en una información asimétrica, una mentira. Porque todo hace pensar que Ludin y Thadden, al transmitir y al apoyar la solicitud eslovaca, estaban convencidos de que era posible satisfacerla. Los dos hombres interpretaban el rechazo reiterado de los servicios de seguridad como una decisión de oportunidad que sería posible revertir llegado el caso. No habría costado mucho, pensaban ellos, aceptar la solicitud eslovaca, que no tenía nada de extravagante: el primer ministro Tuka y el ministro de Interior Mach querían dejarse convencer de que no había nada trágico en la reinstalación de los judíos en el Gobierno General, pero necesitaban argumentos fuertes para superar la resistencia de los espíritus «inocentes» que pensaban lo contrario. Apoyando la solicitud, intentando evitar el rechazo de Eichmann recurriendo a Müller, Ludin y Thadden, dejaban entrever su convicción de que una inspección como aquella era efectivamente posible, a pesar de la mala voluntad de la RSHA:

no sabían, por tanto, que los judíos eslovacos, al igual que el resto, habían sido asesinados; ignoraban el carácter sistemático del crimen.

Eichmann no había hecho nada para sacarlos de su equívoco, más bien todo lo contrario. Su rechazo se basaba en el hecho de que una inspección como aquella ya había tenido lugar, y que una nueva no tenía razón de ser teniendo en cuenta las buenas condiciones en las que vivían los deportados. No decir por qué, con hechos, una inspección como esta no era posible constituía una mentira por omisión. Pero Eichmann iba más allá: explicaba positivamente que, en teoría, una misión era realmente posible. El 8 de enero de 1944, más de un año después de la declaración interaliada de 1942, unos meses después del cierre definitivo de los tres campos de exterminio de Belzec, Sobibor y Treblinka, cuando, por tanto, ya casi no quedaban judíos en los territorios ocupados por Alemania, Eichmann indicó con claridad a sus homólogos diplomáticos que estaba dispuesto a reconsiderar la cuestión de una comisión de investigación en caso de que las últimas negociaciones dieran como resultado un acuerdo: se trataba de una simple cuestión de oportunidad que no tenía nada que ver con un impedimento absoluto.

Es más, a continuación Eichmann había hecho creer que se había estudiado seriamente de nuevo la cuestión. Este «nuevo examen» no era tal cosa, sino un mantenimiento de la ficción. De ello se desprendía que la misión era «difícilmente realizable *por el momento, teniendo en cuenta la situación actual*». Una vez más, el rechazo podía aparentar ser una decisión de oportunidad, teniendo en cuenta esa «situación actual». Pero si esta situación debía cambiar, en un futuro indefinido, una misión de investigación sería menos «difícilmente realizable» y por tanto sería de nuevo posible. En resumen, Eichmann mentía descaradamente[975].

Porque la verdadera razón de su rechazo no tenía que ver con la oportunidad sino con la imposibilidad absoluta. Una misión de inspección de los guetos a los que se había deportado a los judíos eslovacos no era posible porque todos esos judíos habían sido

progresivamente asesinados a partir de finales de la primavera de 1942. 57.628 judíos fueron deportados entre marzo y octubre de 1942. A finales de ese mismo mes, ya no quedaba, en el Gobierno General, nada más que una única comunidad de judíos eslovacos de cierta importancia: un centenar de judíos en el gueto-campo de trabajo de Deblin[976]. Sin duda, más de siete mil judíos fueron transferidos, además, a Majdanek —también fueron ellos quienes firmaron las cartas destinadas a hacer creer en la supervivencia de los deportados—. En julio de 1943, solo 883 seguían vivos[977]. Seiscientos de ellos fueron ejecutados durante la operación *Erntefest*, que tuvo dieciocho mil víctimas el 3 de noviembre de 1943 solo en ese campo de concentración. La operación «fiesta de la cosecha» puede ser vista como una conclusión, sangrante y definitiva, del plan elaborado por el *Reichsführer* que tenía por objetivo la liquidación total de los judíos de los territorios ocupados por Alemania. El 22 de noviembre siguiente, cuando Ludin transmitió la nueva solicitud eslovaca, apoyándola con toda su fuerza, no debían quedar de los sesenta mil judíos eslovacos deportados más de algunos cientos, dispersos entre campos de concentración y los escasos campos de trabajo judíos que aún seguían activos.

¿Cómo, entre 1943 y 1944, había podido creer Thadden —y creerlo a pies juntillas— que aquellos judíos eslovacos deportados en 1942 seguían vivos? Su creencia errónea y sorprendente nos invita a reconsiderar el tipo de información de la que disponían los diplomáticos. Hemos establecido que no fue durante las diversas reuniones interministeriales del año 1942 cuando los especialistas de la «cuestión judía» en el Ministerio de Asuntos Exteriores pudieron ser informados de la «solución final» concebida como asesinato. En el momento de la última de ellas, en octubre de 1942, de hecho

pensaban que la «solución más clemente» para los *Mischlinge* no era la esterilización, sino la deportación al Este, donde estos, llegado el caso, podrían correr la misma suerte que sus congéneres judíos.

Esta primera fecha límite nos permite también establecer, siguiendo la misma lógica, que los servicios diplomáticos no habían tenido comunicación de la orden o del plan de Himmler de junio de 1942, según el cual el conjunto del judaísmo europeo debía ser liquidado en el plazo de un año. Pero también debemos destacar que Luther nunca habló de un documento como este cuando, a finales del mes de agosto de 1942, redactó por orden de Ribbentrop un largo informe sobre la evolución de la política antijudía y sobre la manera en que él mismo había contribuido a ella. Después de haber dejado a su ministro responsable sin información durante varios meses, no podía hacer otra cosa que poner las cartas sobre la mesa: habló de la conferencia de Wannsee y añadió la minuta de la misma. Si un documento le fue transmitido más tarde, habría debido, por la misma razón, informar de ello. En resumen, y lo que destaco es válido para el periodo posterior, si bien los archivos del ministerio no contienen el documento que trata el proyecto genocida nazi, tampoco existe, en la correspondencia, en los informes internos o destinados al ministro o en las notas manuscritas, ninguna referencia a un documento que, a la inversa de la minuta de Wannsee, habría estado ausente en los archivos.

Una ausencia como esta no es en absoluto sorprendente. De hecho, sabemos, gracias a las cartas de Eichmann sobre la deportación de los judíos de Rumanía, en julio de 1942, que la RSHA mantenía un doble discurso, uno de uso interno y otro para el exterior. Al dirigirse a Himmler, Eichmann indicaba claramente, a través de la perífrasis en clave «tratamiento especial», que los judíos rumanos no aptos para el trabajo debían ser ejecutados en los campos de la operación Reinhardt. Por el contrario, cuando informaba a Asuntos Exteriores de esta operación, le bastaba con hablar de una deportación «al Este», sin indicar ni el destino preciso ni la finalidad. La manera en que Luther describió esta operación a su ministro, Ribbentrop, unas semanas más tarde, muestra que

seguía interpretándola en función del marco presentado en Wannsee, el de una instalación provisional en el Este seguida de un traslado definitivo «más al Este». Eichmann mentía, pues, por omisión, y Luther le creía, aunque tuviera en sus archivos la carta de Himmler que, a condición de conseguir descifrar el código, lo desmentía.

Esto no impide que los archivos de Asuntos Exteriores contengan documentos que hablen del objetivo de asesinato total: provenían de la propaganda enemiga o judía, o de los representantes de los países aliados de Alemania que habían escogido tomarse esa propaganda en serio. Además, el ministerio había recibido algunas cartas emitidas, directamente o no, por los servicios de seguridad, en las que se hablaba de los proyectos de ejecución en masa —con la alusión, difícilmente descifrable, al «tratamiento especial» de los judíos rumanos deportados no aptos para el trabajo que acabo de mencionar— o de las masacres ya cometidas que afectasen no solo a judíos del Este sino también a judíos alemanes. Pero estas indicaciones no parecen haber cobrado sentido, ya sea porque no se entendieran, porque no fueran lo bastante explícitas o porque no se repitieran lo suficiente para dar a los destinatarios una visión de conjunto que les permitiera comprender que el asesinato era sistemático. Al leerlas hoy, encontramos que estos elementos probatorios son más que suficientes para quien quisiera entenderlos. Sin embargo, la reconstrucción de su lectura en la época deja suponer que no lo fueron.

Si, de esta manera, no hubo comunicación escrita en torno al objetivo de asesinar a la totalidad de los judíos de Europa, se puede, sin embargo, imaginar que Eichmann pudo transmitir la información de forma oral a sus homólogos Rademacher o Thadden. Una vez más, son las acciones de estos actores las que nos invitan a concluir que no hubo nada de eso. Porque Rademacher también creyó, en octubre de 1942, que la deportación era la «solución más clemente». A principios de 1944, Thadden, por su parte, pensaba que los judíos eslovacos deportados seguían viviendo en los guetos polacos en los que se les había concentrado dos años antes, y actuó

en consecuencia. Poniendo estas creencias a la luz de los archivos queda fuera de lugar plantear que hubiera alguna posible coincidencia por parte de Eichmann. Pero hay más, en la medida en que cierto número de fuentes, como el testimonio de Wisliceny o las cartas oficiales del IVB4, dan testimonio positivo de que, no contento con no haber dicho nada, Eichmann mentía. Encontrándose ante versiones contradictorias, los diplomáticos le creyeron o escogieron creerle.

Es lícito considerar la ilusión en la que se movían los involucrados como la expresión de la negación inarticulada en la que se encontraban respecto a su implicación en una política inmediatamente criminal. Pero también podríamos formular, sin que esto sea incompatible con lo que vamos a decir, la siguiente paradoja: cuanto mayor era la proximidad con los servicios de Eichmann, más difícil era poner en duda la versión oficial, la ficción. Los actores más periféricos, como el cónsul de Roma Eitel Moellhausen, no podían oponer nada a los rumores alarmistas salvo la versión oficial de los traslados de judíos, sin contenido real ya que la «solución final» no se había hecho pública. Los que trataban directamente con Eichmann se veían, por el contrario, desmintiéndolo de manera argumentada, tanto más convincente cuanto que esta se les daba a conocer en el marco de relaciones profesionales construidas en el tiempo y que necesariamente no se basaban en una desconfianza sistemática. Esta paradoja que quiere que la ficción fuera creíble en función de la proximidad con los responsables de la «solución final», y esto a diferentes niveles, probablemente no se limita solo a los actores del Ministerio de Asuntos Exteriores.

¿Los actores? Thadden, seguramente, sus servicios, y sin duda una parte más o menos grande de otros servicios del Ministerio de Asuntos Exteriores. Porque, si bien estos tenían aún menos razón para ser informados del verdadero contenido de la «solución final», mantenían relaciones distantes o nulas con la RSHA. Y es la razón por la que resulta probable que, en un momento dado, los funcionarios terminaron por convencerse de la veracidad de la

información de la propaganda aliada; por *saber* en cierta manera por sí mismos la realidad del asesinato sistemático de los judíos[978].

En el caso de Horst Wagner, el superior de Thadden, sucedió de otra manera. En esta ocasión, existe de hecho un *terminus ante quem* atestiguado por los archivos: Weitkamp demostró, de manera desde mi punto de vista probatoria, que había asistido a uno de los discursos de Himmler en Posen[979], en el que este desveló la política realmente llevada a cabo contra los judíos. Así, se informó de manera oficial del asesinato de los judíos, como muy tarde, a principios del mes de octubre de 1943. Quizás esto sucedió antes, pero la manera en que supervisó, con más o menos atención, las actividades de Thadden no da suficientes indicios en mi opinión para establecer un posible conocimiento anterior. Era el depositario del secreto que se había hecho saber como muy tarde en Posen a él y a otros, pero no estaba habilitado para transmitirlo. A pesar de Posen, Wagner dejó que su subordinado se enredase durante semanas intentando convencer a la RSHA de aceptar una comisión de investigación que sabía imposible. El secreto de Estado impedía la sinceridad entre colegas o con sus subordinados, fuera en el seno de un mismo ministerio o del aparato del Estado en su conjunto. Lo que importaba era que el funcionamiento del servicio y la ejecución del programa no encontrasen trabas.

RECAPITULACIÓN IV

La investigación, hasta este punto, ha comportado tres etapas. Primero he expuesto el caso Goebbels, extraordinariamente singular respecto a la tradición historiográfica sobre el conocimiento del genocidio en el aparato del Estado nazi: una lectura atenta de su Diario me ha permido demostrar que el ministro de Propaganda no fue informado durante mucho tiempo de que, a partir de finales de la primavera de 1942, las deportaciones al Este ya no conducían a los judíos alemanes, franceses o búlgaros a guetos polacos sino a cámaras de gas en campos de exterminio. Este desconocimiento perduró hasta el 6 de octubre de 1943, cuando Himmler reveló ante los más altos responsables del partido que la política judía había consistido finalmente en matar al conjunto de los judíos, mujeres y niños incluidos, sin distinción de nacionalidad; este programa iba entonces camino de conocer su final: unas semanas más tarde no quedarían ya judíos en los territorios ocupados por Alemania.

En un segundo momento, he intentado circunscribir lo que podríamos llamar las condiciones de posibilidad del secreto: porque el propio Goebbels llamaba en ese mismo periodo a la destrucción del pueblo judío, imitando en ello a Hitler, quien, poderosamente relevado por la propagada, había hecho del «exterminio del judío» uno de los motivos dominantes de sus discursos públicos entre 1942 y 1943. Determinar lo que podía abarcar en la época el concepto de exterminio nos ha permitido comprender que, en la medida en que no remitía al asesinato sistemático de una población dada, las referencias al «exterminio del pueblo judío» no anunciaban el genocidio en curso y podían, por el contrario, permitir ocultarlo. Y de

hecho hizo falta un largo periodo antes de que la idea de un asesinato generalizado empezase a hacerse ver entre la población alemana.

La tercera etapa ha consistido en intentar determinar si se produjo y cómo se produjo, entre 1942 y 1943, un anuncio oficial del carácter criminal de las deportaciones en el seno del aparato del Estado. Hemos visto que en Wannsee, en enero de 1942, Heydrich había presentado una política de extinción que ciertamente podía apelar al asesinato, pero de manera marginal y en un horizonte indeterminado. Sucedido entre abril y junio de 1942, el paso de la «solución final» al asesinato sistemático e inmediato no fue, por su parte, objeto de ningún tipo de publicidad. A lo largo de 1942, en reuniones interministeriales o en correos intercambiados entre la RSHA y las otras administraciones sobre el tema de los *Mischlinge*, seguía hablándose —metedura de pata aparte— del traslado al Este con el fin de someterlos a trabajos forzados. En el periodo siguiente, hasta octubre de 1943, la investigación se ha ligado al Ministerio de Asuntos Exteriores que, debido a que el programa había adquirido un cariz europeo, estaba directamente implicado en las negociaciones de cara a la deportación. Y hemos visto que a lo largo de este periodo, igualmente, no encontramos huellas en los archivos diplomáticos de una información oficial, oral o escrita, sobre el carácter generalizado del asesinato.

Sin embargo, este argumento es intrínsecamente débil. La ausencia de documento probatorio podría haber sido el resultado de una política de destrucción de archivos llevada a cabo de manera particularmente rigurosa. De la misma manera, la evocación de las partes afectadas de un simple traslado podría ser leída como un camuflaje que las instituciones implicadas habrían respetado escrupulosamente. Y es la razón por la que es conveniente redoblar esta prueba negativa —ningún documento que dé testimonio del anuncio de un asesinato sistemático— intentando reconstruir, en duraciones variables, las categorías de pensamiento de los actores. El examen de la documentación disponible me ha permitido establecer que, al igual que Goebbels, los responsables de las

administraciones civiles, como Stuckart o como los diplomáticos del Ministerio de Asuntos Exteriores, continuaron pensando en la «solución final» como en un simple traslado, y no como en un asesinato.

Esta permanencia es tanto más sorprendente cuanto que en esa misma época circulaban informaciones cada vez más numerosas sobre el asesinato masivo de los judíos: la declaración intergubernamental de diciembre de 1942 y las campañas de información en la radio y los periódicos aliados; rumores que circulaban en territorio alemán sobre las gasificaciones; informaciones bastante amplias sobre la masacre de los judíos polacos o rusos. Incluso había habido fallos en la aplicación del secreto: algunas cartas dirigidas al Ministerio de Asuntos Exteriores no dejan ninguna duda sobre el hecho de que los judíos alemanes deportados estaban muertos; otra hablaba, de manera ambigua, de «trato especial». Pero, como si estos elementos probatorios no penetrasen en la conciencia de los actores, no bastaban para contrarrestar sus creencias erróneas. Los términos de los debates permanecían inalterados. El poder de la ficción de una reinstalación en el Este, que durante mucho tiempo fue el proyecto efectivamente previsto para dar una «solución» al «problema judío», era tal que parecía impedir a los actores plantearse incluso la posibilidad de otra realidad.



¿Son generalizables las conclusiones a las que hemos llegado a través de cierto número de ministerios civiles hasta octubre de 1942 y en el caso del Ministerio de Asuntos Exteriores hasta octubre de 1943? Es esta una cuestión eminentemente compleja pero a la que creo, sin embargo, poder aportar una respuesta positiva. De hecho, en los dos casos de los que hablamos, los distintos interventores

eran partes interesadas en un proceso cuyo resultado era aún aleatorio. Había que encontrar un consenso sobre el destino de los *Mischlinge* y de las parejas judías en matrimonios mixtos. Había que negociar acuerdos para la repatriación o la deportación «al Este» de los judíos extranjeros residentes en el Reich y para la puesta en marcha de la «solución final» en los países aliados de Alemania. En el marco de estos procedimientos, los intercambios con la RSHA eran numerosos, aunque se basasen, creo yo, en la mentira. En lo que respecta al resto del aparato del Estado, por el contrario, la deportación de los judíos del Reich y más aún la de los judíos de los territorios ocupados o de los países del Eje, no era objeto de información detallada por razones distintas. De hecho, las deportaciones con salida de otras regiones no pertenecientes al Reich no correspondían de manera natural al ámbito de competencia de los diferentes ministerios. En el caso de los convoyes que salían de Alemania, se añadía otro fenómeno: los judíos no habían tardado, principalmente por la combinación de dos disposiciones, en ser en cierta medida «muertos vivientes».

El primer dispositivo fue la onceava ordenanza sobre la nacionalidad, promulgada a finales del mes de noviembre de 1941. En origen, había sido concebida para facilitar la confiscación de los bienes de los judíos que vivieran fuera del Reich, pero se convirtió en una herramienta más temible aún a partir del momento en que los judíos fueron deportados en masa fuera de las fronteras, al Este: todo judío que adoptase una «residencia en el extranjero» se vería de hecho desprovisto de su nacionalidad alemana y privado de la totalidad de sus bienes en beneficio del Estado. Los judíos, según la expresión de H. G. Adler, se habían convertido en «muertos civiles»[980]. Estando los judíos *como muertos*, se aprovechó para apoderarse de sus despojos. Esta confiscación generalizada no solo afectaba a los bienes, sino también a sus derechos de pensión, que cesaban cuando eran públicos o que, cuando pertenecían al ámbito privado y salvo franqueo por pago de un capital pecuniario, debían volver indirectamente al Estado[981]. Como factor agravante, solo la RSHA constataba la residencia en el extranjero, y creaba de esta

manera una interfaz obligada entre las distintas instituciones implicadas en la expoliación y los judíos deportados[982]. Como destaca Cornelia Essner, esta disposición contribuyó en gran medida a la conservación del secreto[983]: los servicios de Eichmann eran los únicos que estaban en contacto con los deportados. Solo ellos sabían y decían quién estaba muerto y quién vivo. Sin embargo, los judíos deportados al Este eran, por principio, presentados *como vivos* por la RSHA: la persecución del pago de las pensiones privadas lo muestra suficientemente. La carta tipo dirigida tras una solicitud de información acerca de tal o cual persona era la siguiente: X ha sido «expulsado al Este. [Su] residencia actual es, por ahora, desconocida»[984].

La orden de noviembre de 1941 y la manera en que la RSHA consiguió explotarla para centralizar al extremo todo lo relativo a los judíos constituían un obstáculo para el conocimiento del destino real de los judíos deportados, y este obstáculo se volvió casi infranqueable cuando, a partir de mediados de mayo de 1942, la Oficina Central suspendió por completo los intercambios postales. Una vez «en el Este», los judíos no tenían siquiera la posibilidad de hacer saber que seguían vivos, y la ausencia de correspondencia, dado que respondía a una prohibición general, lógicamente no dejaba presagiar su muerte. Además, con más o menos regularidad y éxito, Eichmann organizó el envío de cartas de judíos internos en Auschwitz o Majdanek a Francia, Holanda, Bélgica o Eslovaquia para hacer creer, siguiendo una lógica similar a la que había implicado la solicitud del artículo de Fiala, que los judíos, todos los judíos deportados, estaban bien vivos en ese «Este» fantasmal, ilusorio y mentiroso que los internos de Drancy designaban con el nombre de Pitchipoi.

Centralización de la política antijudía por parte de la RSHA, disminución y deportación de los judíos, suspensión de las negociaciones sobre cuestiones controvertidas: rápidamente, los judíos, figuras hiperbólicas del no derecho, se habían vuelto invisibles para las administraciones centrales. ¿Cómo imaginar que se desease informar a estos últimos del asesinato que estaba

teniendo lugar cuando todo se había dispuesto para ocultarlo? A partir de otoño de 1942, la «cuestión judía», para las administraciones no policiales, ya no se planteaba. Y es la razón por la que la investigación debe seguir aquí otro rumbo. ¿Por qué, de hecho, los responsables de la «solución final» habían juzgado necesario rodear de un secreto tal el asesinato no de la totalidad de los judíos, sino de los judíos alemanes y occidentales?

CAPÍTULO IX

LA «SOLUCIÓN FINAL» COMO COMPLOT

Planteemos, a riesgo de caer en el anacronismo, que existiera durante la guerra una especie de política nazi de comunicación de las medidas planificadas y llevadas a cabo contra los judíos en los territorios ocupados por el Reich. Una política de comunicación, después de todo, no es otra cosa que decir o no decir, que anunciar o comentar ciertos hechos o abstenerse de hacerlo. Este mensaje, naturalmente, puede adaptarse a los públicos a los que se dirige: ciertas élites, la administración en su conjunto o la población alemana. En el presente caso y en lo que respecta al periodo que nos ocupa, sin embargo, me parece que el factor más poderoso de diferenciación en la gestión de la información era de una naturaleza muy distinta: no dependía tanto de las personas a las que se hablaba o no de los crímenes, sino más bien del *tipo de víctimas* involucradas: los *Ostjuden* o los otros judíos, los del oeste, alemanes, franceses o eslovacos.

De hecho, las masacres cometidas por los *Einsatzgruppen* y por las otras formaciones policiales contra la población judía soviética fueron objeto de información en el seno del aparato del Estado casi desde el principio. El primer informe de síntesis de las actividades de las fuerzas móviles se redactó el 31 de julio de 1941 y se transmitió a las múltiples administraciones. Como hemos visto[985], Goebbels lo leyó el 18 de agosto: «En todas partes, como siempre es el caso con el avance [del ejército en territorio enemigo], se manifiestan elementos criminales tras el frente. Pero serán reprimidos sin

contemplaciones por parte de nuestras tropas de vanguardia [...]. Los judíos, en las regiones de la Antigua Rusia, son mucho más insolentes que en las regiones antiguamente polacas. Esto viene de que disfrutaron en la Unión Soviética de derechos mucho mayores que en Polonia»[986]. Los elementos criminales, leyendo este primer informe, eran esencialmente judíos: «En represalias a incendios voluntarios, pillajes y asesinatos, casi ocho mil personas han sido liquidadas en la zona del *Einsatzgruppe B*. La mayor parte de ellos pertenecían a la *intelligentsia* judía. Los rusos blancos no han sido liquidados salvo en el caso de ser reconocidos como funcionarios o agentes bolcheviques»[987]. Era imposible, a partir de los cuatro primeros informes, hacerse una idea precisa de la dinámica criminal que se estaba ejecutando en los territorios ocupados, la cual, durante las primeras semanas, era además particularmente errática. Las cifras se reducían a menudo y las masacres atribuidas a acciones populares o a milicias locales y justificadas por una lógica de venganza o de represalia[988]. Solo con el quinto informe aparecen las primeras referencias a masacres de una amplitud sin parangón, cuyas responsables eran claramente las unidades alemanas: un *Einsatzkommando* podía haber hecho setenta y cinco mil víctimas, otro ochenta y cinco mil.

Estos informes de síntesis, en los que la dimensión del asesinato no se disimulaba de ninguna manera, se imprimían de cien en cien ejemplares y circulaban ampliamente en el seno del partido, del aparato del Estado y del ejército, llevando el más alto grado de confidencialidad: «Asuntos secretos del Reich»[989]. No parece que la lista de destinatarios quedase fijada desde el principio y una vez por todas. Goebbels, así, recibió la primera síntesis en agosto de 1941, mientras que Heydrich ordenó solo a final del mes de octubre la transmisión de los cuatro primeros informes al Ministerio Asuntos Exteriores[990]. En este ministerio, Christopher Browning calculó que los informes o los resúmenes que se elaboraban a nivel interno tenían por objetivo a veintidós personas pertenecientes a todo tipo de servicios cuyo vínculo con la situación en los territorios ocupados soviéticos era como mínimo sutil[991]. Esto es lo mismo que decir que,

aun siendo secretas, estas informaciones eran ampliamente difundidas en el seno del ministerio. Por extrapolación, podemos suponer que centenares de funcionarios o miembros del partido supieron de ello. Hay secretos y secretos.

Es cierto que tampoco se hizo nada para favorecer esto sobre el terreno. Como si no se hubiese anticipado ni la amplitud de las masacres ni los efectos de su publicidad, las ejecuciones ocurrían a la vista y a sabiendas de todo el mundo, en el propio centro de las ciudades o cerca. Desde finales del mes de julio de 1941, un general del 11.º Ejército destacaba que era «una evidencia para cualquier persona que perciba [las cosas] de manera sana que estos actos de violencia abominables [ejecuciones en masa, ejecución de los prisioneros de guerra, de judíos, etc.] no deben ser fotografiados o descritos en las correspondencias»[992]. La evidencia era, por el contrario, que estos actos eran regularmente fotografiados y contados en las cartas[993], tanto que el jefe de la Gestapo, Müller, ordenó el 30 de agosto evitar cualquier reunión de espectadores durante las «ejecuciones en masa», salvo en el caso de que estos tuvieran el rango de oficiales de la Wehrmacht[994]. Y el 4 de septiembre, uno de los cuerpos del ejército prohibió a los soldados tomar parte, fotografiar o incluso asistir a las ejecuciones cometidas por los *Einsatzgruppen*[995].

Pero el mal ya estaba hecho. Sucedía que las cartas de los soldados describían atrocidades y se difundían por el Reich, tanto que se planteó insistir, durante la instrucción de las tropas, en la prohibición de relatar estos hechos por correo[996]. Además, cuando la información ya no podía circular por vía postal, el regreso de permiso a partir de otoño conllevó una difusión masiva de la información sobre las masacres cometidas a gran escala contra los judíos del Este. Un opositor del régimen, Ulrich von Hassel, describió así en su diario, en febrero de 1942, la visita de un camarada que regresaba del Este: «Ayer me visitó mi joven amigo B[erthold] de Múnich, uno de esos que entraron en el partido por idealismo sincero. Da la impresión de un hombre turbado interiormente por las experiencias que ha vivido en su zona de servicio en el Este. Lo que

dice de Rusia, no solo del asesinato en masa de judíos, el cual desmoraliza a la vez a los verdugos y a los testigos, sino que también mancilla nuestro blasón histórico [...], supera todo lo que habíamos conocido hasta la fecha»[997]. En el siguiente mes de mayo, un informe del SD de Erfurt informaba: «Ha circulado entre la población el rumor de que la policía de seguridad ha recibido la tarea de destruir a los judíos en los territorios ocupados. Miles de judíos han sido reunidos y fusilados después de haber cavado sus propias tumbas. En ciertos momentos, el fusilamiento de los judíos alcanza tales proporciones que los miembros de los comandos de ejecución sufren depresiones nerviosas»[998]. Este motivo —los judíos obligados a cavar la fosa en la que serían ejecutados— añadía más brutalidad al crimen y circuló ampliamente en Alemania, como lo atestiguan numerosas alusiones en los periódicos, informes, etc.

Este conocimiento muy extendido explica, desde mi punto de vista, la razón por la que Goebbels escogió, en diciembre de 1942, responder con el silencio a la campaña aliada de información sobre la masacre de los judíos, principalmente en el Este: estos abusos eran demasiado conocidos en el Reich como para permitirse negar la existencia. Recordemos que explicó, a propósito de una reunión celebrada durante el mismo mes: «Si los judíos dicen que hemos fusilado a 2,5 millones de ellos en Polonia o que los hemos deportado al Este, evidentemente solo podemos responder que solo había 2,3 millones». Goebbels daba por sentado que la población alemana conocía la amplitud del crimen, tanto que no se podía hacer ninguna corrección salvo marginalmente, porque habría significado reconocer los hechos. Esta fue también la razón por la que falló la campaña de propaganda que lanzó después del descubrimiento de las fosas de Katyn, en la primavera de 1943. La población relacionaba con certeza la masacre soviética con las ejecuciones, más masivas aún, cometidas por los servicios de seguridad alemanes en el Este[999]. Un electricista, en la pequeña ciudad de Roggendorf, mostró su indignación en público: «¡Ah! Eso no dejaban de escribirlo y de decirlo, de los doce mil oficiales polacos asesinados por los

bolcheviques, pero, ¿dónde están nuestros dos millones de judíos? [1000]».

La política de masacre de los judíos del Este, aunque permanecía en secreto y no se reconocía oficialmente en la esfera pública, tampoco era objeto de una negación total. Es lo que muestra el «comunicado confidencial» dirigido el 9 de octubre de 1942 por la Cancillería del NSDAP a los responsables regionales y locales del partido, los *Gauleiter* y los *Kreisleiter*, es decir alrededor de mil personas. Se titulaba «Rumores sobre el estado de los judíos del Este»: «En el curso de los trabajos de la solución final de la cuestión judía, se escuchan desde hace un tiempo entre la población de diversas regiones del Reich reflexiones sobre "medidas muy duras" contra los judíos, en particular en los territorios del Este. Está establecido que estos relatos, en su mayoría desnaturalizados y exagerados, los han aportado los soldados de permiso de las diversas unidades desplegadas en el Este que han podido observar por sí mismos estas medidas». Las masacres de los *Ostjuden*, en los territorios soviéticos y polacos, cuyo conocimiento se extendía entre la población al ritmo de los permisos, no eran considerados de manera oficial, a pesar del título de la carta, como rumores de guerra infundados. Todo lo más se aseguraba que estos relatos, respaldados por testimonios directos, eran exagerados.

Por brutales que fuesen, estas medidas, sin embargo, estaban justificadas por el partido: «Se puede pensar que todos nuestros compatriotas no están haciendo siquiera la prueba de comprehensión suficiente respecto a la necesidad de tales medidas, en particular la parte de la población que no ha tenido la ocasión de ver por sí misma el espectáculo de los horrores bolcheviques. Para poder contrarrestar la formación de rumores sobre el tema, que adopta a menudo deliberadamente un carácter tendencioso, lo que se expone a continuación servirá para informar acerca de la situación actual: desde hace dos mil años se ha librado un combate hasta ahora en vano contra los judíos. Solo desde 1933 hemos sido capaces de investigar los medios y las vías que harán posible la separación de los judíos del cuerpo del pueblo alemán»[1001]. Después

de lo cual, como veremos más tarde, el comunicado describía la «solución final» como un simple traslado, y no como un asesinato. Seguramente, este comunicado pertenecía a lo que he llamado, siguiendo un anacronismo medido, una política de comunicación conducida por instancias del Estado, en este caso el partido, respecto al asesinato de un número considerable de judíos en los territorios soviéticos y polacos ocupados. La revitalización de la propaganda antisemita durante el primer semestre de 1943[1002] ya estaba emparentada con la misma lógica: se trataba de justificar *a posteriori* un crimen ya cometido y conocido.

Pero esta comunicación política respecto al asesinato de los judíos polacos o rusos no solo tenía por objetivo a la población alemana. Seguramente también iba dirigida a los socios europeos. El 11 de octubre de 1942, Himmler se vio con Benito Mussolini. El aliado italiano era el que se oponía de manera más resuelta a la política alemana de deportación de los judíos, bloqueando cualquier traslado desde los territorios que ocupaba en Francia, Croacia o Grecia. Su oposición corría el riesgo de servir de pretexto a otros países para dar respuestas dilatorias al Gobierno alemán. Por tanto había que abordar la «cuestión judía» al más alto nivel. Eso mismo hizo el *Reichsführer*, de acuerdo con la minuta que elaboró de su encuentro con él para Ribbentrop: «Los judíos serán retirados de toda Alemania, del Gobierno General, de todos los territorios que ocupamos, porque en todas partes son portadores de sabotaje, de espionaje y de resistencia, así como responsables de la formación de bandas. En Rusia hemos tenido que fusilar a un número nada insignificante de judíos, y a decir verdad hombres y mujeres, porque allí, hasta las mujeres y los adolescentes servían de mensajeros a los partisanos. El Duce afirmó de su propia voz que era la única solución»[1003]. Haciendo pasar el asesinato de los judíos orientales, mujeres y adolescentes incluidos, por una medida de lucha contra los partisanos, Himmler consiguió sin dificultad que el jefe fascista aceptase que una política represiva en sus propios territorios ocupados pudiera ser igualmente extraordinaria y violenta.

Un semestre más tarde, el 17 de abril de 1943, el mismo Hitler no ocultó, durante su encuentro con Horthy, lo que les sucedía a los judíos polacos: «En Polonia se ha puesto orden de manera radical a todo ese desmadre. Cuando los judíos no querían trabajar, los hemos fusilado. Cuando no podían, solo les quedaba morir. Hay que tratarlos como a bacilos de la tuberculosis que hacen que un cuerpo sano enferme»[1004]. Aquí, la justificación del asesinato pasaba por el raciocinio económico: los judíos o trabajaban o serían asesinados o abandonados a la hambruna. Como vemos, los dos hombres reconocían recurrir de manera masiva al asesinato, dejando abiertas al mismo tiempo otras posibilidades de «exterminio» que en realidad no existen: desde hacía tiempo la hambruna no había alcanzado a aquellos que habían sido asesinados. Y el asesinato de niños nunca se mencionaba. Incluso en el caso de los *Ostjuden*, la sinceridad tenía sus límites.

Indudablemente, respecto a la deportación y el asesinato sistemático de los judíos alemanes, de los del oeste, del norte o del sudeste de Europa, también existía una política de comunicación, pero era de una naturaleza muy diferente. De hecho, se basaba completamente en el secreto y en la mentira. En el seno del aparato del Estado no circulaba ninguna información sobre el avance de la ejecución de la «solución final». Como hemos visto, los informes de síntesis de la actividad de los *Einsatzgruppen*, que contenían numerosos elementos acerca del asesinato de los judíos en el Este, se reproducían en tiradas de cien ejemplares. La minuta de la conferencia de Wannsee, por su parte, había tenido una tirada de treinta ejemplares[1005]. Pero el balance de la «solución final», redactado durante el primer trimestre de 1943 por el estadístico Richard Korherr a petición de Himmler, era un ejemplar único: fue

dactilografiado con una máquina de escribir especial con letras grandes solo para Hitler.

De acuerdo con Eichmann, Himmler le remitió el informe con la siguiente mención: «El *Führer* ha tomado nota: destruidlo. H. H.»[1006]. De hecho, este ejemplar ha desaparecido, aunque ignoremos en realidad en qué momento se destruyó. Disponemos, sea como sea, de los originales de Korherr, que permanecieron en los archivos de la Oficina Central. Himmler indicó al jefe de la RSHA lo que convenía hacer: «Por el momento, [este informe] no debe salir a la luz ni ser transmitido»[1007]. A través de complejos cálculos, Korherr había cerrado su balance de la «solución final de la cuestión judía europea» con las siguientes frases: «Desde 1933, es decir, a lo largo de la primera década de despliegue nacional-socialista, los judíos europeos como conjunto deberían haber perdido pronto la mitad de su población [estimada en diez millones de personas]. Otra mitad, es decir un cuarto de la población total [judía] europea en 1937, ha huido a otros continentes»[1008]. Por tanto, cinco millones de judíos habían sido asesinados en esa fecha.

La oposición entre el destino de los judíos del Este y los otros no solo era perceptible en la difusión o la retención de información. En un caso se reconocía su asesinato, siempre que, omitiendo a los niños o señalando las exageraciones, no se hiciera de manera total; en el otro, se intentaba mantener a toda costa la ficción de un simple traslado al Este de los judíos alemanes y, de manera más general, occidentales. Reexaminemos los documentos que acabamos de citar. El comunicado confidencial del NSDAP del 9 de octubre de 1942 titulado «Rumores sobre el estado de los judíos en el Este» no negaba la existencia de ejecuciones en masa en los territorios orientales, sino que solo buscaba minimizar el horror. Por el contrario, respecto a los judíos occidentales, el partido describía un programa que ya no estaba en curso desde hacía mucho tiempo: «Empezando por el territorio del Reich y siguiendo por los otros países europeos implicados en la solución final, los judíos serán transportados regularmente al Este a grandes campos en parte ya existentes, y en parte en construcción, desde los cuales se les

pondrá a trabajar o se les trasladará más al Este. Los judíos ancianos o los judíos con altas condecoraciones de guerra [...] serán trasladados de manera regular a la ciudad de Theresienstadt, que se encuentra en el protectorado de Bohemia-Moravia. Está en la naturaleza de las cosas que estos problemas, que son, de por sí, muy complicados, no puedan resolverse sino con una dureza sin concesiones por el interés de la seguridad final de nuestro pueblo»[1009].

De la misma manera, si Himmler, el 11 de octubre de 1942, asumió ante Mussolini el asesinato de un gran número de judíos soviéticos, mujeres y adolescentes incluidos, no describió la deportación el Este como otra cosa distinta de un traslado: «Los judíos serán retirados de toda Alemania, del Gobierno General, de todos los territorios que ocupamos, porque en todas partes son portadores de sabotaje, de espionaje y de resistencia, así como son responsables de la formación de bandas [...]. Digo al Duce que pondremos en campos de concentración a los judíos que nos estorben desde un punto de vista político y que emplearemos a los otros judíos en la construcción de carreteras al Este, lo que implicaría, claro está, una fuerte mortalidad, ya que hasta ahora los judíos no han trabajado en su vida»[1010]. Y proseguía: «Los judíos de más edad serán alojados en los hogares de ancianos de Berlín, Múnich y Viena. Los otros judíos ancianos serán reunidos en la pequeña ciudad de Theresienstadt, que desempeñará el papel de gueto para viejos para los judíos alemanes; seguirán percibiendo su pensión y sus retribuciones y podrán procurarse una vida absolutamente conforme a sus gustos, en cualquier caso discuten allí entre ellos como si les fuera la vida en ello». La sarta de mentiras no terminaba, porque Himmler, que quería asegurarle a su interlocutor que ni los soviéticos querían a los judíos, añadía: «Hemos intentado crear otra patria para los judíos a través de los huecos en el frente con los rusos, con el resultado de que los rusos han abierto fuego en varias ocasiones contra esos montones de judíos, así que manifiestamente ellos tampoco los quieren». Esta

abundancia de detalles tenía por único objetivo convencer a Mussolini de la realidad de los proyectos de traslado.

Ignoramos si el Duce lo creyó. Pero, tres semanas más tarde, recibió el informe del jefe de los Carabineros italianos, Mario Pièche, quién había investigado el destino de los judíos deportados con salida desde Croacia: estos habrían sido asesinados con gas en un tren en el que se les había hacinado[1011]. La información estaba parcialmente deformada: no se les habría gaseado en el tren —como propagaba un rumor persistente— sino a la llegada de los convoyes a Auschwitz. El mismo día, mientras que otro colaborador le hablaba de la temible política llevada por los alemanes contra los judíos, Mussolini destacó, no sin cinismo: «Los hacen emigrar… a otro mundo»[1012]. Este informe fue confirmado después por otros canales[1013]. A finales del mes de febrero de 1943, cuando se encontró con Ribbentrop, Mussolini no debía conservar ninguna ilusión en cuanto a la doble cara de sus aliados alemanes en materia de política antijudía. El ministro alemán de Asuntos Exteriores le explicó calmadamente que Alemania deportaba a los judíos, con salida desde el Reich y de todos los territorios ocupados, a «reservas al Este» y que, si estas medidas eran descritas «particularmente desde el lado enemigo como crueles», no eran menos indispensables para llevar la guerra de manera exitosa[1014]. Mussolini dio o hizo como si diese su aprobación para deportar a los judíos que vivían en los territorios ocupados italianos. Pero, finalmente, nada sucedió hasta que se estableció la República de Saló, seis meses más tarde.

Los organizadores de la «solución final» presentaban por tanto la ficción de un simple traslado como si fuera una descripción fiel del destino de los judíos deportados al Este. Este disimulo no solo tenía por objetivo engañar a los aliados de Alemania, al pueblo alemán, a los miembros del partido, sino que también, como hemos visto en capítulos anteriores, a las instituciones del Estado no policiales que podían contribuir a distintos niveles en la ejecución de las deportaciones o hacerlas más fáciles.

El recurso al secreto respecto al asesinato de los judíos alemanes, en la medida en que transgredía todas las normas morales de la sociedad alemana de la época, era evidentemente necesario. Esto, sin embargo, tiene su propia historicidad. De hecho, la decisión de tener en cuenta las posibles reacciones que pudiera suscitar esta política se desprendía en gran medida, a mi modo de ver, de la decepción que acababan de sufrir los responsables nazis con el programa de ejecución de los enfermos mentales, y que contribuyó ampliamente a dar a la «solución final» la forma que adoptó al final.

El nombre en clave de esta política criminal, T4, era el acrónimo de la dirección berlinesa de la institución a cargo de la misma, Tiergartenstraße 4. Como sabemos, Hitler firmó en octubre de 1939 una carta que ponía a Philipp Bouhler, jefe de la Cancillería del *Führer*, y a su médico personal, Karl Brandt, a cargo de desplegar una operación de ejecución de los «enfermos incurables»[1015]. A partir de enero de 1939, Hitler informó a varios altos responsables de su intención de aprovechar la guerra para liquidar esas «vidas indignas de ser vividas» que movilizaban los recursos de salud: el doctor Leonardo Conti, la mayor autoridad médica del Reich, que portaba el título de *Reichsgesundheitsführer* y se convertiría en septiembre en secretario de Estado de Salud en el Ministerio de Interior; Heinrich Lammers, jefe de la Cancillería del Reich, y Martin Bormann, jefe de la Cancillería del partido. Pero otros fueron rápidamente informados, sea por Hitler o por Bouhler: Göring, Himmler y el ministro de Interior, Wilhelm Frick[1016]. La institución que debía ocuparse del programa era la Cancillería del *Führer*, bajo la dirección de Bouhler y de su adjunto, Rudolf Brack.

Desde el principio, se preveía el mayor de los secretos. La Cancillería no actuaría directamente, sino a través de una serie de

entidades ficticias: la «Comunidad de trabajo por los establecimientos terapéuticos y hospitalarios», la «Fundación de utilidad pública por los cuidados hospitalarios», la «SARL de utilidad pública para el transporte de enfermos»[1017], etc. A cada uno de los participantes —hubo más de cien— se le atribuía un nombre en clave. Tras varias investigaciones y experimentos[1018], se optó por la gasificación con monóxido de carbono en cámaras de gas. Estas se prepararon en cada uno de los seis centros de ejecución diseminados por todo el Reich. Se seleccionaba a los enfermos en los hospicios y hospitales a través de un procedimiento en dos tiempos. Los establecimientos, que ignoraban la finalidad de este censo, tenían que señalar a los pacientes que pertenecieran a una de estas tres categorías: los enfermos con distintos problemas (epilepsia, senilidad, parálisis, etc.) y, después, los que no podían trabajar; aquellos cuya hospitalización se había prolongado por más de cinco años; los alienados criminales, los extranjeros, los judíos, etc. A través de esos tres formularios, a menudo cumplimentados de manera lapidaria, tres «expertos» decidían quiénes debían morir (y todos los pacientes judíos, sin excepción, debían morir). También se enviaban comisiones a los centros, y su trabajo tampoco era menor. El primer centro de ejecución, Grafeneck, se abrió en enero de 1940. En agosto de 1941, la operación T4 se había cobrado 70.273 víctimas en el Reich: en psiquiatría, se «dejó libre»[1019] una cama de cada dos.

A pesar del secreto, la operación no tardó en darse a conocer. Los especialistas de la T4 hablaron, incumpliendo la obligación que tenían de guardar silencio. Los establecimientos de ejecución, aunque a menudo se encontrasen en el campo, estaban en suelo alemán. Se veían humear las chimeneas de los crematorios en los que constantemente se incineraban los cuerpos. Pero los anuncios de fallecimiento que se enviaron a los familiares terminaron de garantizar, más que otra cosa, la publicidad de la operación. Cada traslado de enfermos a Hadamar, Grafeneck o Harteim iba inmediatamente seguido de una ristra de notificaciones de defunción, cada una acompañada de una explicación de las causas y

de una urna. Todos esos elementos tenían el objetivo de materializar la supuesta muerte natural de un hijo o una hermana en las familias, e impedir así que se conociese la causa verdadera. Pero cada precaución conllevaba el riesgo de una metedura de pata: sucedía que las notificaciones de defunción eran o demasiado sistemáticas o demasiado fantasiosas para ser creíbles; algunas familias recibían dos urnas o ninguna, o una urna llena de paja[1020]. Constatando los hechos, Himmler escribió el 19 de diciembre de 1940 a Brack: «He oído decir que en el valle de Alb hay una gran agitación causada por el establecimiento de Grafeneck. La población conoce los vehículos grises de la SS y cree saber lo que sucede en el crematorio que no deja de humear. Se ha desencadenado el mal humor allí y opino que no queda otra opción que dejar de utilizar este establecmiento y, en cualquier caso, desligarse del asunto de manera juiciosa y razonable; ya hemos puesto en cartelera en los cines del entorno películas sobre las enfermedades mentales y genéticas»[1021].

Como sucedería más tarde con el asesinato de los judíos rusos o polacos, Himmler no negaba nada, pero intentaba que la población aceptase las medidas a través de justificaciones apropiadas. De hecho, el poder nazi consideraba que estaba en su derecho de llevar a cabo tales medidas. Se solicitó la opinión de los teólogos, lo que mostraba a la vez que los responsables se sentían lo bastante seguros de sí mismos como para exponer esta medida y que anticipaban la posible resistencia de una población aún marcada por la moral judeocristiana. En distintas ocasiones antes del lanzamiento de su operación o durante su desarrollo, se planteó promulgar una ley que autorizase esta «eutanasia», a lo que Hitler se negó categóricamente: sería lo mismo que dar armas a los enemigos del Reich. En cualquier caso, las iglesias manifestaron una oposición cada vez más determinada que contribuyó a agitar a la población.

El detonante de esta campaña fue el sermón del obispo católico de Münster, monseñor Clemens von Galen, del 3 de agosto de 1941. Conjugó con habilidad la condena moral y el miedo: «Si se reconoce una sola vez que los hombres tienen derecho a matar a su prójimo "improductivo" —y más aún cuando esto solo afecta ahora a los

pobres e indefensos enfermos mentales— entonces, *en principio*, existe el derecho de matar a todos los hombres y mujeres improductivos, es decir a los enfermos incurables, a los inválidos por el trabajo y la guerra; existe el derecho de matarnos a todos nosotros cuando nos volvamos mayores e improductivos. Entonces, solo será necesario un decreto secreto cualquiera para que el procedimiento que se ha probado con los enfermos mentales se extienda a otros "improductivos", para que se aplique también a aquellos que sufren una tuberculosis incurable, a los ancianos desvalidos, a los soldados que sufren por las heridas de guerra. Entonces, la vida de nadie estará a salvo»[1022].

El sermón de Von Galen se reprodujo de manera clandestina en miles de ejemplares y se utilizó en los panfletos que lanzaba la aviación inglesa sobre las ciudades alemanas. Esta oposición frontal llegaba en un momento crucial: la operación Barbarroja había comenzado seis semanas antes y la esperanza de una *Blitzkrieg* victoriosa empezaba a emerger entre las élites nazis, Hitler incluido. Recogiendo una entrevista con Leonardo Conti del 6 de agosto, Goebbels escribió: «Aprovecho la ocasión para informar al Dr. Conti de mis directrices respecto al tratamiento de las cuestiones delicadas de nuestra gestión sanitaria. No me parece razonable abordar durante la guerra problemas que no son decisivos para la misma. La guerra trae con ella tantas preocupaciones y cargas para el pueblo que sería poco razonable amplificar este estado de cosas reabriendo cuestiones no decisivas para la guerra. En el momento en que estamos, no se debe hablar de la lucha contra el consumo excesivo de tabaco o problemas similares»[1023]. Además, y por las mismas razones, una confrontación directa con las iglesias quedaba fuera de lugar, como Goebbels anotó en su Diario unos días después: «Debemos resolver el problema de las iglesias después de la guerra. En el momento en el que estamos, no deberíamos abordarlo, porque no estamos en situación de meter mano en ese nido de avispas. Una vez que tengamos la victoria asegurada será fácil liquidar todas esas dificultades de un plumazo. Compartiré esto rápidamente con el *Reichsleiter* Bormann»[1024].

En resumen, esta resistencia era tanto más molesta en la medida en que sucedió cuando el programa previsto aún no se había completado. El 30 de enero de 1941, Goebbels, al tanto desde hacía tiempo de esta política que apoyó con la producción de un film de propaganda destinado a hacer aceptar la «eutanasia», *Ich klage an*, se encontró con Philipp Bouhler, quien compartió con él sus previsiones en lo relativo a la «liquidación silenciosa de los enfermos mentales»: cuarenta mil están muertos, sesenta mil deben morir aún. Es un trabajo difícil y sin embargo necesario. Y debemos hacerlo ahora»[1025]. En el primer semestre de 1941, se ejecutó a treinta mil víctimas más. Quedaban otras tantas por venir antes de que el Reich diese el programa por terminado.

Sin embargo, el 24 de agosto de 1941, Hitler decidió interrumpir la *Aktion T4*, al menos en la forma que había tenido hasta entonces y solo en el territorio del Reich[1026]. Von Galen se convirtió en la bestia negra de los más altos responsables del Estado. El 13 de agosto, Martin Bormann no escondió lo que creía que se merecía el obispo: «Seguramente la pena de muerte sería apropiada: teniendo en cuenta las circunstancias actuales de la guerra, sería difícil que Hitler diese esta orden»[1027]. De hecho, unos meses más tarde, el 13 de diciembre de 1941, cuando Estados Unidos entró en la guerra, Hitler la emprendió de nuevo verbalmente con Von Galen, a falta de algo más, durante un desayuno en el que estuvo Goebbels. Para él, el catolicisimo era una «traición a la patria», como mostraba el obispo de Münster: «El *Führer* está decidido a hacer tabla rasa, a corto plazo, con él y otros provocadores»[1028]. Entenderemos mejor la violencia de la expresión si destacamos que Hitler la había utilizado el día anterior para explicar cómo se debía tratar a los judíos: «En lo relativo a la cuestión judía, el *Führer* está decidido a hacer tabla rasa»[1029]. Pero no se tomó ninguna medida contra la persona de Von Galen. Aún en julio de 1942, durante otro desayuno, Hilter prometió «hacerle pagar la cuenta hasta el último céntimo» al obispo «después de la guerra»[1030].

La interrupción forzada y bajo presión de la operación T4 en agosto de 1941 tuvo una influencia directa y determinante en la manera en que se concibió, a partir de finales de otoño de 1941, el asesinato de los judíos polacos y después el del conjunto de los judíos. El vínculo entre la operación T4 y el asesinato de los judíos viene establecido por numerosos medios, como ha señalado Henry Friedlander[1031]. Después de la interrupción del asesinato de los enfermos mentales, cierto número de especialistas de la T4, entonces desocupados, fueron destinados en dos oleadas a la estructura naciente que se encargaría, bajo la dirección del *SS- und Polizeiführer* Globocnik, de construir y poner en funcionamiento los campos de Belzec y Sobibor, y, después, Treblinka. La disponibilidad de estos hombres equivalía, de hecho, a una transferencia de tecnología: se optó por cámaras de gas fijas con monóxido de carbono aunque, por comodidad, no se utilizasen bombonas de gas industrial sino el gas que se desprendía de grandes motores[1032].

Esta continuidad entre los dos programas iba mucho más lejos: se había querido evitar reproducir, con la «solución final» concebida como un asesinato, los errores de la *Aktion T4*, como da testimonio una carta, ya citada, de Viktor Brack a Himmler[1033]. El 23 de junio de 1942, el responsable de la Cancillería le proponía a Hitler esterilizar de dos a tres millones de judíos para utilizar su fuerza de trabajo en lugar de ejecutarlos como a los otros. Para justificar esta propuesta disidente, primero aportó pruebas y recordó su apoyo constante hasta entonces al asesinato de los judíos del Gobierno General: «Hace ya mucho tiempo que, bajo la instrucción del *Reichsleiter* Bouhler, puse a disposición del *Brigadeführer* Globocnik a una parte de mis hombres para que pudiera ejecutar su tarea especial. A instancias de una nueva demanda por su parte, ahora he enviado a otras personas. En esta ocasión, el *Brigadeführer* Globocnik defendió la concepción según la cual la totalidad de la acción contra los judíos

será llevada a cabo tan pronto como sea posible, de manera que no nos quedemos parados ni un solo día en medio del plan si cualquier tipo de dificultad volviese indispensable la detención de esta acción. Usted mismo, *Reichsführer*, habló en mi presencia, en su momento, de la instrucción por la cual, en aras de la discreción, se debía trabajar tan rápido como fuera posible. Las dos maneras de verlo, que maduran en principio el mismo resultado, son, desde mi experiencia, más que fundadas»[1034].

Parece evidente que al hablar de «cualquier tipo de dificultad» que condujese a la detención de la operación, Globocnik hacía saber su temor de que se produjera, durante la liquidación de los judíos polacos, una protesta del tipo de la que había tenido lugar un año antes contra el programa de asesinato de los enfermos mentales. Como veremos, varias medidas se llevaron a cabo para evitar una réplica de aquello. La solución de la que habla aquí el responsable de la operación T4 era la rapidez en la ejecución del programa: Himmler había expresado la misma idea durante la entrevista que había mantenido con Brack el 14 de diciembre de 1941, como ha mostrado Christian Gerlach[1035]. Y cuando el responsable de la Cancillería del *Führer* indicaba que, «desde su propia experiencia», la rapidez constituía efectivamente un elemento clave, se refería implícitamente a la interrupción de la *Aktion T4* en agosto de 1941.

Partiendo de esto resulta más fácil comprender el imperativo de rapidez en la ejecución del proyecto presentado por Himmler a Hans Frank a mediados de marzo de 1942, según el cual la mitad de los judíos del Gobierno General —por tanto un millón de personas— debían ser exterminados en un año, antes de que terminase 1942[1036]. Al mismo tiempo, es sencillo aprehender la lógica del plan que Himmler, de acuerdo con Hitler, formuló en junio de 1942, cuando se decidió finalmente matar a todos los judíos de Europa: el asesinato debía tener lugar en el plazo de un año. Un año: seis meses menos de los dieciocho meses que habían separado la apertura de Grafeneck y la prédica de Von Galen, que había tenido para ellos como consecuencia la interrupción del exterminio de los enfermos mentales.

La rapidez, concebida desde el inicio como el factor esencial del éxito del programa, regresó de manera insistente durante el verano de 1942, tras el lanzamiento de la «solución final» como asesinato indiscriminado. El 19 de julio, Himmler enunciaba en forma de orden el esquema criminal de marzo de 1942: «Ordeno que la evacuación de la totalidad de la población judía del Gobierno General sea llevada a cabo y terminada antes del 31 de diciembre de 1942. El 31 de diciembre de 1942 no debe residir en el Gobierno General ninguna persona de origen judío. Quedan exentas las personas que residen en los campos de concentración de Varsovia, Cracovia, Czestochowa, Radom y Lublin. Todos los otros campos de trabajo que empleaban una fuerza de trabajo judía deben quedar cerrados a partir de ahora, o, en el caso de que su cierre no fuera posible, deberán ser trasladados a uno de los campos de concentración»[1037]. El esquema ante todo se había radicalizado, ya que se decidió un tiempo más tarde que solo tres cientos mil trabajadores judíos, es decir, alrededor de un 15 % de la población judía total, podrían ser empleados aún antes de fin de año.

Ese mismo 19 de julio, Himmler se encontró en Lublin con Globocnik, quien escribió cuatro días más tarde a un colaborador de su superior: «El *Reichsführer-SS* […] nos ha dado tanto trabajo nuevo que todos nuestros deseos secretos se encuentran ahora realizados. Le reconozco tanto por eso que si hay una cosa de la que pueda estar seguro es que claramente esas cosas que desea serán cumplidas a la mayor brevedad»[1038]. Casi un mes más tarde, el experto del Instituto de Higiene de la Waffen-SS, comandado por Eichmann, el *SS-Sturmführer* Kurt Gerstein, se presentó en Lublin para modificar el funcionamiento de las cámaras de gas de los campos de la operación Reinhardt. Se presentó a Globocnik, quien, de acuerdo con el relato dejado por este testigo, explicó: «Su […] misión es readaptar el funcionamiento de estas cámaras de gas. Ahora se hace con el gas de escape diésel que produce un viejo motor Diesel ruso. Esto debe modificarse en beneficio de algo que vaya más rápido, y pienso ante todo en ácido prúsico. Anteayer —el 15 de agosto de 1942— el *Führer* y Himmler estuvieron aquí». Esta

información era inexacta pero las frases recogidas después pueden ser el eco de una entrevista que efectivamente se produjo entre los dos hombres ese día[1039]. Gerstein proseguía: un médico presente, «Pfannenstiel, preguntó: "¿Qué es lo que dice el *Führer* de todo esto?". Luego Globocnec [*sic*]: "¡Toda la acción debe llevarse a cabo cuanto antes!"»[1040].

Se añadían por tanto procedimientos complementarios a la fijación de un calendario cerrado para terminarlo. Cada miembro de los campos de Belzec, Sobibor y Treblinka debía, por ejemplo, rellenar un formulario en el que reconocía «haber sido puesto al corriente e informado de manera detallada de que: 1) [no debía] bajo ninguna circunstancia hacer llegar de manera escrita u oral a una persona fuera del círculo de colaboradores del "Einsatz Reinhardt" cualquier tipo de comunicación relacionada con el desarrollo, la ejecución o los incidentes relativos al traslado de los judíos; 2) El procedimiento de traslado de los judíos es objeto de una clasificación "asunto secreto del Reich" [...]; 3) Queda expresamente prohibido tomar fotografías de los campos del "Einsatz Reinhardt"»[1041]. Esta última prohibición sin duda no remitía a la política de ejecución de los enfermos mentales: se puede considerar, por el contrario, como una lección directa extraída de la publicidad que rodeó a las ejecuciones en territorio soviético ocupado. Los miembros de la dirección de Auschwitz también estaban implicados en este secreto[1042].

Se trataba aquí de un secreto reforzado, pero el Estado nazi funcionaba bajo el reino del secreto, como lo estipulaba una orden fundamental de Hitler repetida en varias ocasiones: «1) Nadie, ningún servicio, ningún oficial debe saber algo que deba ser conservado en secreto si no debe saberlo por obligación absoluta de las circunstancias del servicio. 2) Ningún servicio ni ningún oficial deben saber *más* de una cosa que deba ser mantenida en secreto salvo en el caso de que sea absolutamente necesario para la realización de *su* tarea. 3) Ningún servicio ni ningún oficial deben saber algo que deba permanecer en secreto, es decir, la parte de la información que necesite *antes* de que le sea absolutamente

necesaria para la realización de *su* tarea. 4) La transmisión desconsiderada de órdenes en las que el secreto sea de una importancia decisiva queda prohibida»[1043]. El 10 de junio de 1941, Goebbels destacó una variante a este decreto: «El *Führer* publica un nuevo decreto sobre la conservación del secreto. El simple hecho de comunicar las conclusiones que otra persona cree poder extraer de ciertos signos es considerado como una violación del secreto»[1044]. Así, la vara de este secreto generalizado es que conviene comprender las modalidades de aplicación escogidas para la «solución final» como asesinato generalizado.

La voluntad de rodear al programa de un secreto tan grande como fuera posible era igualmente legible en la elección de los sitios destinados al exterminio. En el Warthegau, el *Sonderkommando* Lange había instalado sus camiones de gas en el castillo de una pequeña ciudad que contaba con poco más de treinta casas[1045]. En el mismo periodo se escogió un antiguo campo de trabajo forzado para judíos en el Gobierno General, a dos kilómetros de la pequeña ciudad de Belzec, comunicado por una vía de tren de sentido opuesto que se convirtió en la rampa de acceso al campo para los judíos deportados[1046]. Cuando, a finales del mes de marzo de 1942, Goebbels transcribió lo que le había dicho su informador respecto al esquema criminal presentado por Himmler unos días antes y la apertura del campo de exterminio, mencionó esta cuestión: «[Globocnik] el antiguo *Gauleiter* de Viena que lleva a cabo esta acción lo ha hecho con una gran prudencia, y también con un método que funciona de manera no demasiado evidente»[1047]. Está claro que este dato había sido proporcionado por el informador: la discreción formaba parte del cuaderno de tareas de la construcción del campo.

Pero, una vez más, estos sitios no estaban lo bastante aislados, ni las instalaciones eran lo bastante eficaces, como contó después de la guerra Rudolf Höss, el comandante de Auschwitz: «En junio de 1941 [*sic*] fui convocado ante Himmler, y me dijo más o menos lo siguiente, en este tono: El *Führer* ha ordenado la solución de la cuestión judía en Europa. Existen ya en el Gobierno General algunos

campos llamados de exterminio (Belzec cerca de Rava Ruska al oeste de Polonia, Treblinka cerca de Malina, sobre el Bug y Wolzec [*sic*] cerca de Lublin) [...]. [Por la falta de fiabilidad de los campos], Himmler declaró que la única posibilidad de extender estas instalaciones, de acuerdo con el plan, era en Auschwitz, que estaba en el cruce de cuatro vías ferroviarias, y la zona del campo, que no estaba densamente poblada, podría ser aislada por completo»[1048]. También estas precauciones fueron insuficientes: el nombre de Auschwitz, con el de los tres campos de la operación Reinhardt, fue citado en el *New York Times* desde el 25 de noviembre de 1942[1049].

En Auschwitz, en Chelmno y en Belzec, Sobibor y Treblinka, el secreto no se mantendría solo en el presente, sino también para el futuro. Solo a partir de la primavera de 1942, es decir, en el momento en el que el asesinato se volvió indiscriminado, empezaron a preocuparse por los cadáveres de las víctimas. Hasta entonces, no se habían interesado por la presencia de gigantescas fosas comunes diseminadas por el territorio soviético, en el Gobierno General, es decir sobre el propio suelo del Reich con los campos de Chelmno y Auschwitz, ambos situados en antiguos territorios polacos anexos. A partir de la primavera, verosímilmente en el mes de junio, se llevó a cabo una operación de destrucción de las fosas comunes, confiada a un antiguo responsable del *Einsatzgruppe* C, cuyo *Sonderkommando*, 4A, se había cobrado sesenta mil víctimas en 1941. Comandado por Himmler, el *SS-Standartenführer* Paul Blobel fue el encargado de desarrollar técnicas de cremación en masa para borrar las huellas de las matanzas.

De manera sin duda reveladora, los dos primeros lugares en los que se implantaron estas técnicas fueron Chelmno y Auschwitz. En el último caso, se trataba de incinerar los cadáveres que no habían podido serlo por las muy débiles capacidades de cremación utilizadas hasta entonces. La transformación radical del campo —ya no campo de concentración para prisioneros de guerra soviéticos y para trabajadores forzados judíos, sino campo que combinaba concentración y exterminio— fue acompañada por la orden de construir cuatro inmensos complejos de gasificación y cremación: en

un proceso continuo, los judíos que llegasen de toda Europa serían gaseados y sus cuerpos reducidos a cenizas. A partir de otoño de 1942, se desarrollaron fosas de cremación en los campos de la operación Reinhardt directamente inspiradas en los experimentos llevados a cabo por Blobel. Este formó, en la primavera de 1943, los *Sonderkommandos* cuya tarea era localizar y destruir todas las huellas de los asesinatos cometidos un año antes. Blobel por tanto tuvo que abrir las fosas de Babi Yar, cerca de Kiev, e incinerar los treinta mil cadáveres soviéticos en cuya ejecución, en octubre de 1941, él había desempeñado un papel determinante. Si el envío de las urnas de los discapacitados asesinados había pretendido objetivar la muerte impidiendo conocer las causas, la cremación sistemática de las víctimas de la «solución final», por el contrario, tenía el objetivo de desmaterializar el crimen. Los arqueólogos del futuro podrían cavar, pero no encontrarían nada o casi nada.

Pero una de las evoluciones más sensibles de un programa al otro fue la reducción drástica de la comunidad del secreto, sellada en torno a un proyecto criminal. Siendo un programa secreto, la *Aktion T4* era conocida por los más altos dirigentes del Reich —de Bormann a Göring, de Goebbels a Lammers, de Himmler a Frick— y por una parte de la administración. El ministro de Justicia Franz Gürtner, sin embargo, no había sido informado de manera oficial de ese programa de asesinato. Pero las solicitudes de información y las quejas de los padres de las víctimas dieron rápidamente al ministerio una idea de la operación secreta. Con todo, hasta agosto de 1940, después de que se iniciasen varios procedimientos, no fue informado de que el programa se estaba llevando a cabo con la aprobación de Hitler. Incluso recibió una copia de la autorización, con fecha de 1 de septiembre de 1939, y solo esta copia ha llegado a nosotros[1050].

Reconociendo el carácter legal de la carta —siendo la voluntad del *Führer* «fuente y fundamento de derecho»—, apartaba su institución de eventuales persecuciones contra estos crímenes o desapariciones. Franz Schlegelberger, el sucesor en el Ministerio de Justicia de Gürtner, muerto en enero de 1941, escogió acompañar jurídicamente la *Aktion T4*: organizó en abril de 1941 una reunión con el conjunto de altos responsables de Justicia, reunión durante la cual fueron informados en detalle a la vez del programa y de la manera en que convenía (no) reaccionar[1051]. Decididamente había secretos y secretos.

Es legítimo asimilar la *Aktion T4* a una política secreta de Estado: después de todo, la mayoría de altos responsables del aparato del Estado afectados de cerca o de lejos por este programa habían sido informados de su existencia por uno u otro medio (con algunos retrasos, como en el caso de Gürtner). La «solución final» tal y como se concibe en el discurso historiográfico tradicional constituye otro ejemplo particularmente impactante de política secreta. En algún momento a finales de 1941, Hitler habría tomado la decisión de matar a la totalidad de los judíos de Europa. Las más altas instancias del Estado, policiales y civiles, habrían sido puestas al corriente de esta decisión durante la conferencia de Wannsee unas semanas más tarde, en enero de 1942. Progresivamente, el conocimiento del objetivo genocida habría infundido todas las acciones de los distintos ministerios cuando, de una manera u otra, sus miembros empezaron a actuar en el marco de la «solución final». El conjunto de la administración habría llevado a cabo, en lo sucesivo, un lenguaje codificado y exitoso que nunca mencionaba, salvo algunas meteduras de pata, otra cosa que «deportaciones al Este». En resumen, contribuyendo al proceso de deportación y de asesinato de los judíos de Europa, todos y cada uno se habían vuelto cómplices con pleno conocimiento de causa de una política criminal que en paralelo intentaban ocultar con más o menos éxito a la población alemana.

Como he intentado demostrar, este relato canónico no coincide o ya no coincide con los datos factuales de los que disponemos. Es

conveniente por tanto corregirlo, a riesgo de renunciar en el mismo movimiento a la noción de política secreta. Porque no se ajusta al periodo crítico, el que va de la primavera de 1942 al otoño de 1943 y durante el cual la «solución final» se convirtió, en secreto, en una política de asesinato sistemático. Durante ese periodo, de hecho, la mayoría de los altos responsables del Estado *no habían sido informados* de su contenido criminal. Y es la razón por la que me parece más apropiado calificar esta empresa de complot. Ejecutada por una rama del aparato del Estado, la SS, este complot tenía de singular el hecho de que lo había ordenado aquel de quien emanaba la soberanía del Estado nazi, Hitler. Hitler y Himmler habían escogido la forma de complot para llevar a cabo un objetivo que no estaban seguros que pudiera ser aceptado por el conjunto del Estado debido a su carácter altamente transgresor. Porque el Estado, de manera evidente, no se resumía en la sola persona del *Führer*. Lo que estaba en juego en este complot era, en suma, la adecuación o más bien la inadecuación entre las normas morales, reales o supuestas, de la sociedad alemana y la radicalidad de un asesinato total.

De hecho, la cuestión de la transgresión se encuentra en el propio núcleo de la noción de complot. A lo largo de los tiempos, esta noción se ha visto dotada de un imaginario cada vez más complejo que alimenta de manera regular las polémicas nacidas a la estela de cada evento dramático inesperado, desde el asesinato de Kennedy hasta el 11 de septiembre de 2001. Pretendo desmarcarme aquí de este imaginario creciente reduciendo el complot a su expresión más simple: el complot es una acción colectiva secreta en aras de realizar un objetivo culpable. Que la «solución final» haya sido una acción colectiva y secreta es evidente. La idea de que fuera considerada transgresora por parte de sus diseñadores no es, desde mi punto de vista, menos evidente: el secreto que la rodeaba lo muestra lo suficiente. Veremos, en el siguiente capítulo, cómo Himmler había tematizado a su manera la cuestión de la transgresión durante el discurso de Posen. Destaquemos simplemente que se preguntó, ante los más altos responsables del partido, sobre la posibilidad en un futuro más o menos lejano de

reconocer ante el pueblo alemán la política criminal que se había llevado a cabo. Si la negación se le presentaba, en un momento, como la única opción viable, es porque era consciente del hecho de que el crimen excedía todas las normas morales comúnmente aceptadas en la sociedad alemana de la época.

Pero ese silencio conjugado en futuro ya se había impuesto desde hacía más de un año, no solo al pueblo alemán, sino también, de acuerdo con mi hipótesis, a sus élites políticas y administrativas. Y solo se puso al corriente de la «solución final» en todas sus componentes a los altos responsables cuando el programa se pudo considerar razonablemente terminado. ¿Cómo explicar que Himmler y Hitler hubieran escogido imponer ese secreto incluso a aquellos que garantizaban el funcionamiento del Estado? La primera y principal explicación resulta evidente. Limitando al máximo el primer círculo de conocedores del secreto, influían de manera mecánica sobre la amplitud y la rapidez de la circulación del mismo. Alejaban así la posibilidad de una reacción popular que pondría la operación en peligro. Este silencio, por tanto, era instrumental.

Pero creo que no podemos excluir que los dos hombres desconfiasen también de esas élites, que hubieran supuesto que incluso ellos podían sentir cierto malestar ante la cruda realidad de esa política. Después de todo, al subrayar en diciembre de 1941 el carácter transgresor de un eventual asesinato de los judíos alemanes trasladados a Minsk, Kube mostró que este último paso hacia el asesinato total no encajaba con las ideas de algunos responsables civiles sobre el terreno[1052]. Y Kube, si bien había conocido un largo periodo de desgracia, no dejaba de ser un nazi de primera hora: había sido uno de los escasos diputados nacionalsocialistas elegidos para el Reichstag en 1924. Hacia finales del año 1941, encontramos también algunas indicaciones de que incluso las masacres de judíos soviéticos podían ser juzgadas con severidad entre algunos cuerpos de oficiales de la Wehrmacht[1053]. El 14 de febrero de 1942, Hitler compartió con Goebbels esa supuesta falta de comprensión de las élites militares. El ministro anotó al día siguiente en su Diario: «El *Führer* sigue expresando una vez más su opinión de que está

decidido a terminar sin piedad con los judíos de Europa. No debemos tener aquí ningún acceso de sentimentalismo. Los judíos se han merecido la catástrofe que están viviendo. Debemos acelerar este proceso con frialdad, sin miramientos, y haciéndolo prestamos un servicio inestimable a una humanidad sufriente que, desde hace milenios, es torturada por los judíos. Esta actitud claramente hostil contra los judíos debe imponerse ante todos los círculos recalcitrantes de nuestro propio pueblo. El *Führer* insiste formalmente en esto, y lo hará otra vez antes o después, en los círculos de oficiales, que ya pueden grabárselo a fuego»[1054]. Como veremos, sería del todo excesivo imaginar cualquier oposición significativa al asesinato de los judíos: estos elementos constituyen como mucho elementos ambientes que permiten captar el clima reinante durante esos primeros meses decisivos de 1942.

El complot, sea como sea, había conseguido llevarse a cabo con particular desenvoltura en la medida en que había bastado con hacer *como si* la deportación de los judíos alemanes tuviera aún, como siempre, el objetivo de su traslado. La potencia de la ficción era tanto más fuerte cuanto que una «solución final» obtenida por el alejamiento de los judíos —emigración forzada o deportación— constituía desde hacía años el verdadero objetivo del que se hablaba en el seno del Estado nazi. Que los judíos fueran efectivamente relegados a guetos o ejecutados de manera sistemática era indiferente para los burócratas implicados, de una manera u otra, en la organización de la deportación o en la gestión de la expoliación. Una vez que se franqueaban las fronteras, los judíos se convertían en seres de no derecho, desposeídos de sus bienes, de su nacionalidad, de cualquier derecho real. Por tanto no era necesario desvelar ante las administraciones no policiales el carácter criminal de la empresa: una información más completa no aportaba ningún beneficio en términos de gestión del programa, pero podía, por el contrario, suscitar protestas o aplazamientos que podrían perturbar su correcto desarrollo. El secreto no era tanto un fin en sí mismo como un medio destinado a evitar que una eventual condena moral no diese a los actores razones para actuar.

Si hubo un complot, como pienso, resulta sin embargo difícil determinar con certeza los límites, y esta es una de las dificultades innegables de la presente investigación. En algunos casos disponemos de indicaciones fiables. Göring, como responsable titular de la «cuestión judía» que había delegado en Heydrich, había sido informado, como hemos visto, del plan de Himmler de junio de 1942. Lo sabemos porque había hablado de ello en una reunión a principios del mes de agosto: «Las órdenes que se han dado son claras y brutales. Eran válidas no solo para el Gobierno General sino también para todos los territorios ocupados»[1055]. El caso del *Gauleiter* de la Alta Silesia Fritz Bracht es de la misma naturaleza: fue en su entorno donde empezó a filtrarse la información sobre un plan de Himmler para exterminar a los judíos de Europa, información que sería transmitida en el telegrama Riegner[1056].

Debemos tener en cuenta que, si bien Himmler había preferido ocultarle a Mussolini en octubre de 1942 el destino real de los judíos deportados, por el contrario había escogido, durante el verano de 1943, informar a su aliado palestino, el gran muftí de Jerusalén Ami al-Husseini. Este había resumido en sus memorias las frases que Himmler le había dicho entonces: «[Los judíos] no dejaban de atizar la guerra con el objetivo de extraer beneficios financieros sin arriesgar nada en ello. Es la razón por la que hemos decidido hacerles pagar por adelantado, durante la guerra, el precio de sus acciones dañinas. Ya hemos exterminado a cerca de tres millones». Al-Husseini proseguía: «Esta cifra me sorprendió. No había escuchado nada de eso hasta entonces. Himmler me preguntó a propósito de esto: "¿Cómo esperáis arreglar la cuestión judía en vuestro país?" Yo le respondí: "Todo lo que queremos de ellos es que

regresen a su país de origen". Él contestó: "Nunca les dejaremos volver a Alemania"»[1057].

En otros casos podemos suponer que necesariamente se informó a tal o cual responsable de la política criminal en curso. De esta manera, el homólogo de Goebbels en el Warthegau, el *Gauleiter* Arthur Greiser, debía de estar al tanto del exterminio de los judíos a escala europea. Se sabe, de hecho, que en otoño de 1941 desempeñó un papel determinante en el proyecto de asesinato de los judíos de su territorio, en particular del gueto de Lodz: la creación del campo de Chelmno, de entrada destinado a los judíos antiguamente polacos e inaptos para el trabajo, fue resultado de las presiones que este había ejercido para que se ejecutase esta política. Es más, la inclusión de los judíos alemanes deportados en otoño de 1941 y hasta entonces salvados en los convoyes con destino al campo de exterminio tuvo lugar a principios del mes de mayo de 1942, y coincidió con una negociación con Himmler y Heydrich sobre el número de judíos que se le autorizaría matar en su *Gau*. En resumen, Greiser había conseguido de Hitler, sin duda en octubre de 1942, el dominio de la política antijudía en su región. En este caso, lo que el *Gauleiter* intentaba evitar era el asesinato programado de los trabajadores judíos en el marco del plan de junio de 1942: tanta prisa tenía por suprimir a la población judía improductiva como tan poco dispuesto estaba a privarse de un imperio industrial muy provechoso basado en la explotación de los trabajadores judíos. Asesinato de los judíos polacos, después también de los alemanes, y luego el proyecto de asesinato total: de manera evidente, Greiser había sido informado casi en tiempo real de la evolución de la política antijudía a nivel central. Y sucede lo mismo con los responsables del Ministerio de los Territorios del Este y con los responsables civiles del Gobierno General: ellos sabían de manera pertinente que los judíos locales eran exterminados, como lo fueron a partir de la primavera los judíos alemanes deportados a su territorio.

Otros jerarcas nazis tuvieron que saberlo; o al menos podemos postularlo. Así el jefe del Deutschen Arbeitsfront, único órgano de

representación de los trabajadores alemanes, Robert Ley. Como hemos visto, durante toda la guerra Ley fue uno de los oradores antisemitas más violentos; era también corresponsable, junto con el plenipotenciario para el Empleo de mano de obra Fritz Sauckel, de la gestión de millones de trabajadores extranjeros deportados a suelo alemán. En octubre de 1942, durante una entrevista con dirigentes de Krupp, Ley había bebido mucho. Quería hacer comprender a sus interlocutores la importancia de la economía en el esfuerzo de la guerra: «Hay que extraer el carbón, pase lo que pase. Si no es con ustedes, señores, entonces será contra ustedes»[1058]. Fracasar en aprovisionamiento de la industria de guerra podía conllevar, de hecho, una derrota militar de Alemania: «No habrá nada después de nosotros, todo habrá acabado… Alemania será destruida. Todo el mundo será abatido, quemado y destruido. Es que hemos quemado los puentes tras nosotros, deliberadamente, lo hemos hecho. Prácticamente hemos resuelto la cuestión judía en Alemania. Solo eso ya es en sí tremendamente abominable»[1059].

La metáfora de los puentes quemados tras de sí vuelve de manera frecuente a los discursos nazis a partir de 1942. Hemos visto que el propio Hitler la había utilizado durante su entrevista con Antonescu, en abril de 1943[1060]. Unas semanas antes, en marzo, Goebbels y Göring también habían hablado de naves quemadas durante un encuentro cara a cara que el primero recogió en su Diario: «Göring es plenamente consciente del riesgo que correríamos si mostrásemos debilidad en el curso de la guerra. No se hace ninguna ilusión respecto a este tema. Estamos comprometidos en tal medida, sobre todo en la cuestión judía, que no es posible dar marcha atrás a partir de ahora. Y es mejor así. Un movimiento y un pueblo que han quemado los puentes tras ellos combaten —la experiencia lo prueba— con mayor resolución que aquellos que aún tienen la posibilidad de la retirada»[1061]. Sin duda, el trato a los judíos se habló por encima, sin entrar en los detalles, con un sentimiento de connivencia, a pesar de que esta no era total: Goebbels solo podía sobreentender la liquidación de los judíos del Este, que desde hacía un trimestre ocupaba las portadas de los diarios aliados,

mientras que Göring, por su parte, tenía una visión global del asesinato total de los judíos europeos. La metáfora de los puentes quemados constituye pues un indicador imperfecto relativo al conocimiento del asesinato de los judíos. Yo pienso, por el contrario, que podemos considerar como un marcador satisfactorio la destacable distancia entre el destino que Ley prometía a los alemanes en caso de derrota, su «exterminio», y el concepto de exterminio tal y como lo hemos actualizado. Porque el líder nazi sí que hablaba en este caso de asesinato, y solo de asesinato. Desde entonces, hablando de manera específica del destino de los judíos alemanes, parecía designar también el asesinato. Incluso se podría leer, en la alusión al fuego y a la destrucción, un eco del destino de los judíos deportados a los campos, donde no solo eran «abatidos, asesinados», sino que sus cadáveres también eran «quemados, destruidos».

A falta de confidencias de este tipo, a menudo resulta difícil, en lo que respecta a la administración no policial, atajar la cuestión del conocimiento de la «solución final» como asesinato generalizado. Porque este conocimiento podía no reflejarse en los archivos. Es este el problema que le plantea al historiador la codificación del crimen que ejecutó de manera sistemática la RSHA. A partir del momento en que se establece que no había información generalizada y sistemática, esta codificación no da información salvo sobre quién la emplea, y no sobre quién la recibe. El receptor del mensaje podía equivocarse acerca de su contenido real, y también podía captarlo perfectamente y entrar en la lógica funcional, haciendo también *como si* los judíos alemanes efectivamente solo estuvieran siendo trasladados a guetos. Hemos conseguido determinar las representaciones de Stuckart y Thadden por la única razón de que entraban en conflicto con la RSHA sobre un punto particular de esta política. Sin embargo, como hemos visto, los desacuerdos sobre la política antijudía se volvían con el tiempo menos suceptibles de surgir, debido a la centralización de la política antijudía efectuada por la RSHA y por la onceava ordenanza. Una vez que se franqueaba la

frontera, los judíos se convertían en seres de no derecho, sin existencia legal y, por tanto, sin existencia administrativa[1062].

Seres de no derecho vueltos invisibles para las administraciones centrales, salvo en lo relativo a dos aspectos: allá donde se encontrasen en los territorios ocupados por Alemania, los judíos eran susceptibles —o no— de ser sometidos a trabajos forzados y seguían siendo —o no— bocas que alimentar. Sin embargo, la gestión tanto del aprovisionamiento como de la mano de obra no se hacía en el marco geográfico del Reich, sino de todo el conjunto de territorios ocupados por Alemania, es decir, a nivel europeo: los trabajadores forzados y los convoyes con productos alimentarios llegaban a Alemania de todas las direcciones, del oeste, del sur, del este. Con toda lógica, para los responsables encargados de repartir el aprovisionamiento, el traslado de cientos de miles de judíos «al Este» habría debido reflejarse a la vez en una distensión de la situación alimentaria en la región de origen y por necesidades suplementarias en la región de acogida. Sin embargo, para quien tenía la dirección efectiva del Ministerio de Aprovisionamiento y de Agricultura, Herbert Backe[1063], la deportación de los judíos al Este no conducía a un desplazamiento de consumidores de un entorno a otro, sino a su simple y llana desaparición. Backe se vio con Himmler el 22 de junio de 1942. Al día siguiente, indicó durante una reunión en la que se discutían las dificultades de aprovisionamiento en el Gobierno General: «En el G[obierno] G[eneral] se encuentran aún 3,5 mill[ones] de judíos. Polonia debe ser saneada en el curso del presente año»[1064]. Como el hombre de «franqueza brutal» que era, en palabras de un informe destinado a Himmler[1065], Backe era capaz de planificar con mano firme la muerte por hambruna de millones de personas. Un año antes, en la primavera de 1941, había contribuido en gran medida a elaborar la doctrina alimentaria que debía prevalecer en los territorios soviéticos conquistados: el aprovisionamiento del ejército y del pueblo alemán constituía una prioridad absoluta; organizar retenciones enormes de la producción alimentaria local, implicaría, a la larga, la muerte —en el mejor caso durante el traslado— de decenas de millones de personas; treinta

millones, según Himmler[1066]. El asesinato de millones de judíos no podía ser para él otra cosa que una contribución a la resolución de los problemas complejos de los que estaba a cargo y que había decidido resolver con la más extrema brutalidad. No veo señales de que no se le hubiera puesto al tanto de manera temprana[1067].

Menos claro, a mi modo de ver, es el caso del ministro de Armamento y Guerra, Albert Speer, al menos en lo relativo a la cronología de su toma de conciencia. También él, ciertamente, había estado asociado a las discusiones sobre el reparto de los productos alimentarios en Europa en la primavera de 1942. Estaba informado mejor que ningún otro de las deportaciones aceleradas de los judíos, es decir, de los trabajadores forzados judíos de las fábricas de producción bajo su mando o de los judíos berlineses que liberaban apartamentos de una ciudad en la que él se ocupaba de la redistribución[1068]. A partir del verano de 1942, su territorio de competencia se vio ampliado al Gobierno General[1069], donde un millón de judíos fueron asesinados en unos meses, mientras que los trescientos mil trabajadores judíos que quedaban serían liquidados progresivamente durante el primer semestre de 1943. En resumen, colaboró con Himmler durante el año 1942 para la explotación de los judíos deportados al Este: se trataba de utilizar los enormes contingentes de judíos aptos para el trabajo deportados a Auschwitz, cuyas capacidades productivas eran por aquel entonces muy débiles[1070]. Es, además, por esta razón por lo que Speer financió en septiembre de 1942 la ampliación del campo[1071]. La financiación por parte de Speer de los trabajos en los campos de concentración o de prisioneros no tenía nada de nuevo. Pero en este caso en concreto, la suma que había desbloqueado no solo sirvió para adquirir trescientas barracas que permitían, a la larga, aumentar la capacidad del campo a 132.000 internos, sino también la construcción de los cuatro enormes complejos de gasificación y de cremación. Sin embargo, el acuerdo dado ese día por Speer se estimaba en 13,7 millones de marcos[1072]. Los datos detallados sobre las instalaciones para la «ejecución del trato especial» figurarían en los documentos transmitidos posteriormente a los servicios deslocalizados[1073].

Una vez más, solo el incremento de las informaciones o de las fuentes de información puede conducir al historiador a concluir en un sentido o en el otro. Aquí, aparte de los documentos evocados hasta ahora, habrá que interpretar la minuta que Oswald Pohl, jefe de la Oficina Central de Economía del Reich, el WVHA, a cargo de los campos de concentración, dirigió a Himmler a propósito de las negociaciones efectuadas con Speer el 16 de septiembre de 1942. Pohl, en ese informe, integraba la colaboración para la producción de armamento en el siguiente dispositivo: para proporcionar a Speer trabajadores judíos, «escogeremos primero en Auschwitz lo mejor de la mano de obra necesaria a este efecto, en el marco de la migración al Este […]. Los judíos aptos para el trabajo que fueran a ser destinados al Este deberán por tanto interrumpir su viaje y ejecutar trabajos de armamento»[1074]. Una vez más se presentaba la «solución final» como una simple «migración al Este»; una parte de los judíos susceptibles de trabajar, en lugar de ser empleados en el Este, se desviarían a Auschwitz y se pondrían al servicio de Speer.

La paráfrasis que acabo de hacer corresponde a lo que quería decir el redactor del informe. Tal es la ficción que proporcionaba a un lector no informado, aunque evidentemente no era el caso del destinatario, Himmler. La formulación de esta minuta, sin embargo, no da en realidad ninguna indicación decisiva sobre la manera en que Pohl habló con Speer. Quizá le expuso con franqueza el contenido real de la «solución final» y justificó la necesidad de los crematorios: habría que incinerar los cadáveres de millones de judíos que, deportados a Auschwitz, serían considerados como no aptos para el trabajo y asesinados. En este caso, la codificación efectuada en la minuta solo estaba destinada a los historiadores del futuro, siguiendo una práctica que observamos en este mismo periodo en el propio Himmler[1075]. Pero es posible también que Pohl retranscribiera fielmente la manera en que le presentó la deportación de los judíos a Speer: por tanto, con mentiras, y sin hablar de asesinato. La minuta de la que disponemos sería, por tanto, fiel al contenido de la conversación. Preservaba *ipso facto* el secreto de cara al futuro.

Como vemos, pronunciarse acerca del conocimiento pleno y entero de uno u otro responsable es particularmente complejo. En numerosos casos, las fuentes no permiten extraer conclusiones. Lo que es conveniente comprender, sin embargo, es que esta dificultad es consecuencia directa de la forma de complot escogida por los responsables para ejecutar la «solución final»: una información tardía en la gran mayoría de los casos, y sobre todo una información oral: algo que el discurso de Posen ilustra a la perfección, como veremos. Si Speer pudo sostener que no sabía nada del asesinato de los judíos antes de que terminara la guerra, con tanto aplomo que consiguió que sus biógrafos más ilustres lo creyeran, es porque como la información de ese asesinato nunca se le hizo saber por escrito, no corría ningún riesgo de que los archivos desmintiesen sus palabras, archivos que, además, habían sido ampliamente destruidos. Porque fue en el marco de una entrevista con Pohl en septiembre de 1942 o con Himmler en algún otro momento cuando el ministro de Armamento tuvo que ser puesto al corriente del verdadero significado del programa.

De la misma manera, el gran almirante Karl Dönitz, sucesor de Hitler y último jefe de Estado de la Alemania nazi, negó saber nada hasta el último suspiro. En 1962, recibió a un joven historiador que había escapado al genocidio, Saul Friedländer, y este recogió la entrevista en sus memorias: «De mi entrevista con Dönitz guardo un recuerdo preciso pero como traspuesto en fantasma. Me recibió al caer la tarde, sentado ante un pesado escritorio con grandes ventanas tras él que daban a un jardín. La luz se atenuaba, nadie encendió la lámpara; pronto estuvimos hablando en la penumbra. "Le aseguro que no sabía nada del exterminio de los judíos…" Palabras, frases, negaciones. Pronto me sentí cansado, cansado de antemano. ¿Bastaría con negar el pasado para que desapareciera para siempre […]? "Mi señor gran almirante, ¿puede darme su palabra de honor de gran almirante alemán de que no sabía nada?" La respuesta llegó, inmediata, precisa, sin la sombra de una duda: "Le doy mi palabra de honor de gran almirante alemán de que yo no sabía nada"»[1076]. Sin embargo, sabríamos solo unos años más tarde

que Dönitz también estuvo en Posen el 6 de octubre de 1943 para escuchar el discurso de Himmler[1077].

Por razones documentales que se desprenden directamente del complot, la evaluación de las responsabilidades personales es así particularmente compleja. El juez que hay en cada uno de nosotros se frustra por ello: ese juez en el que nos convertimos a menudo cuando leemos o escribimos una biografía, la cual no es nada más que la ejemplificación de una historia de tipo judicial. En el marco de nuestra investigación, la suspensión eventual de las conclusiones respecto a un responsable u otro, esa imposibilidad de juzgar por los hechos, me parece, hasta cierto punto, secundaria. Podremos, tendremos que debatir, ahora y siempre, quién lo supo y desde cuándo. El objetivo de mi demostración, sin embargo, es actualizar la forma en que Hitler y Himmler escogieron realizar la «solución final» convertida en asesinato sistemático: la del complot.

A pesar de todo, habría sido deseable disponer al menos de un orden de magnitud sobre el número de altos responsables informados, para visualizar mejor los límites. En el estado actual de las fuentes, cualquier estimación es imposible: ¿cómo generalizar a partir de incertidumbres? Lo mejor que se puede hacer es insistir sobre las modalidades de transmisión del secreto —por vía oral, en entrevistas cara a cara— y sobre todo sobre la dinámica de la obra. Hemos visto, a lo largo de los capítulos precedentes, que con la onceava ordenanza sobre el derecho de nacionalidad, con la centralización de la «solución final» en torno a la RSHA, con el arreglo rápido del «problema judío» en el Reich, no era necesario informar en el seno del aparato del Estado del destino real de los judíos deportados. Incluso debió parecerles indeseable a los jefes de maniobras de este programa: multiplicando a los portadores del secreto, se acrecentaba la posibilidad de filtraciones; poniendo a los actores ante el resultado de su acción, se corría el riesgo de suscitar resistencias cuando las deportaciones constituían una operación altamente compleja. Al lado de estos diversos elementos estructurales, existe un último y poderoso argumento que defiende la hipótesis de un secreto estrictamente guardado. Este argumento

es el siguiente: durante su discurso en Posen ante los más altos responsables del partido y del Estado el 6 de octubre de 1943, Himmler reconoció por primera vez hablar explícitamente de asesinato indiscriminado; y partía del principio de que sus oyentes no habían sido informados: «A partir de ahora quedan al corriente y lo guardarán para ustedes».

CAPÍTULO X

UNA PRUEBA DEL COMPLOT POR SU REVELACIÓN

«Me permito aquí, en este contexto y dentro de este círculo extremadamente reducido, atraer la atención sobre una cuestión que ustedes, camaradas del partido, han dado por sentada pero que, para mí, ha sido la cuestión más difícil de mi vida: la cuestión judía.

»Todos ustedes dan por sentado y se alegran de que, en su *Gau*, ya no queden judíos. Todos los alemanes —salvo escasas excepciones— se dan cuenta también de que no habríamos soportado y que no soportaríamos los bombardeos, el peso de cuatro, quizá cinco o seis años de guerra, si aún se encontrase en el cuerpo de nuestro pueblo esta peste subversiva.

»La frase "los judíos deben ser exterminados", con esas pocas palabras, señores, es fácil de decir. Para quien debe ejecutar todo lo que exige, es lo más duro y lo más difícil. Es verdad que son judíos, está claro, solo son judíos, pero piensen ustedes mismos en el número de quienes —incluso camaradas del partido— me han dirigido a mí o a cualquier otro servicio esta famosa solicitud en la que se dice que, claro, todos los judíos son cerdos, que solo Fulano o Mengano es un judío decente al que no se le debe hacer nada. Me atrevo a afirmar, en vista del número de estas peticiones y del número de estas opiniones, que hubo en Alemania más judíos decentes de los que existían nominalmente. En Alemania, de hecho, tenemos tantos millones de individuos que tienen a su famoso judío decente que ese número ya es más elevado que el propio número de judíos. Quiero simplemente hacer mención a esto porque habéis

podido constatar en vuestra experiencia cotidiana y en vuestra propia provincia entre nacional-socialistas honorables y convenientes que cada uno de entre ellos conoce, de esta manera, a un judío decente.

»Les pido encarecidamente que se limiten a escuchar lo que digo en este círculo y nunca hablar de ello. Se nos ha planteado la siguiente cuestión: "¿Qué pasa con las mujeres y los niños?" —Yo me he decidido a tomar una solución muy clara. No me sentía autorizado a exterminar a los hombres —digamos, si quieréis, a matarlos o hacerlos matar— y a dejar crecer, en la forma de sus hijos, a justicieros contra nuestros hijos y nuestros descendientes. Había que tomar la grave decisión de hacer desaparecer a este pueblo de la tierra.

»Para la organización que tuvo que cumplir esta tarea, ha sido la más dura que hayamos conocido hasta la fecha. Creo poder decir que se ha cumplido sin que nuestros hombres ni nuestros oficiales hayan resultado heridos en su espíritu o en su alma. Este peligro era real. La vía situada entre las dos posibilidades que se presentaban aquí, ya fuera volverse demasiado brutal, un ser sin corazón, y dejar de respetar la vida humana, ya fuera ablandarse y perder la cabeza hasta llegar a depresiones nerviosas, la vía entre Caribdis y Escila es horriblemente angosta.

»Hemos vertido todos los bienes tomados a los judíos —se trata de sumas considerables— en el Ministerio de Economía hasta el último penique. Sigo manteniendo el siguiente punto de vista: tenemos la obligación para con nuestro pueblo, si queremos ganar la guerra; tenemos la obligación para con nuestro *Führer*, que después de dos mil años le ha sido por fin ofrecido a nuestro pueblo, de nuestra raza, la obligación de no ser ahora pequeños, de ser consecuentes. Pero no tenemos el derecho de utilizar un solo penique de los bienes confiscados a los judíos. He fijado desde el inicio que las SS, aunque no hayan cogido un solo marco, serían condenadas a muerte si lo hicieran. En el curso de los últimos días he firmado condenas a muerte; puedo decirlo serenamente, han sido

alrededor de una docena. Aquí debemos ser duros para que el conjunto no sufra.

»He considerado que estaba en la obligación para con ustedes, que son los más altos responsables, los más altos dignatarios del partido, de este orden político, de este instrumento político del *Führer*, de hablarles de una vez de esta cuestión de manera totalmente abierta y de decir lo que ha sido.

»La cuestión judía en los países ocupados por nosotros quedará resuelta de aquí a final de año. Solo quedarán remanentes de algunos judíos que han encontrado refugio.

»La cuestión de los judíos casados con un cónyuge no judío y la cuestión de los medio judíos serán estudiadas, de manera sensata y razonable, primero se decidirá cómo hacerlo y después se hará. He tenido grandes dificultades con muchas instituciones económicas, pueden creerme. He vaciado grandes guetos judíos en los territorios de etapa. En Varsovia, hemos tenido combates callejeros en un gueto judío durante cuatro semanas. ¡Cuatro semanas! Hemos demolido allí más de cuatrocientos búnkeres. Este gueto entero fabricaba abrigos de forro, ropa, etc. Antes, cuando se quería hacer algo con él, se decía: "¡Alto! ¡Estáis perturbando la economía de guerra! ¡Alto! ¡Fábrica de armamento!". Evidentemente esto no tiene nada que ver con el camarada de partido Speer, usted no tiene ningún poder sobre esto. Es la parte de las pretendidas fábricas de armamento lo que el camarada Speer y yo mismo queremos limpiar en las semanas y meses próximos. Haremos esto de manera absolutamente no sentimental; de esta manera no sentimental, por tanto, con Alemania en el corazón, todo se debe hacer en este quinto año de guerra.

»Con esto quiero concluir en lo relativo a la cuestión judía. A partir de ahora quedan al corriente y lo guardarán para ustedes. Más adelante quizá podremos reflexionar si un día hay que decirle más sobre esto al pueblo alemán. Yo creo que es mejor que nosotros, todos nosotros, asumamos este peso sobre nuestros hombros por nuestro pueblo, que hayamos asumido la responsabilidad (la

responsabilidad de un acto y no de una idea) y que nos llevemos el secreto con nosotros a la tumba»[1078].

Volvamos un instante al paradigma Settis-Ginzburg que he utilizado en varias ocasiones para intentar caracterizar las operaciones historiográficas llevadas a cabo por los historiadores de la «solución final». En ocasiones, la propuesta de reconstitución del rompecabezas no era válida, pues se habían omitido algunas piezas. O bien era la forma misma de la pieza la que había sido modificada, restando precisión a su posicionamiento en el conjunto. En otros casos, las piezas posicionadas no conseguían hacer surgir el dibujo de conjunto de manera correcta. Sucedía que poníamos sobre la mesa piezas que pertenecían a puzles diferentes y que, a la inversa, rechazábamos algunas piezas suponiendo, de manera equivocada, que pertenecían al puzle del que hablábamos. Incluso hemos supuesto que la ausencia de piezas —que refleja la ausencia de información circulando sobre uno u otro aspecto del asesinato de los judíos— podía no ser el resultado de una laguna, sino, por el contrario, formar uno de los motivos constitutivos del puzle.

En el caso de la cita que acabo de hacer —un largo extracto del discurso de Himmler en Posen del 6 de octubre de 1943 ante los más altos responsables del partido— encontramos una configuración diferente que se añade a esto. Correctamente fechado y atribuido, completo, este elemento siempre se sitúa en el lugar correcto en los relatos sobre la «solución final de la cuestión judía» en lo relativo a la implicación de las administraciones no policiales en su ejecución, a las informaciones que circulaban sobre ella. Pero la lectura que hemos hecho, a mi modo de ver, es insuficiente por esa misma razón de que el entorno contextual en el que este discurso se inscribe es incorrecto. Estas explicaciones de Himmler de hecho no se

produjeron, como se ha creído durante tanto tiempo, al final de un largo periodo de intercambios en torno al asesinato de los judíos, periodo del que Wannsee habría sido el punto de partida. Al contrario, entran en contraste violento con la política de comunicación —en este caso la política del secreto— llevada a cabo por los responsables de este programa criminal antes e incluso después de este discurso. Himmler no dijo otra cosa: «*A partir de ahora* quedan al corriente y lo guardarán para ustedes».

Desde que la «solución final» pasó a ser asesinato indiferenciado, Himmler habló de la «cuestión judía» en dos ocasiones, en discursos destinados a una audiencia distinta de la del 6 de octubre de 1943. El 23 de noviembre de 1942 se dirigió en estos términos a los futuros oficiales de la Waffen-SS, en la SS-Junkerschule Bad Tölz, y les presentó la política antijudía de la siguiente manera: «La cuestión judía ha cambiado por completo en Europa. El *Führer* dijo en uno de sus discursos en el Reichstag: "Si los judíos maquinaron una guerra con el objetivo de exterminar a los pueblos arios, serán los judíos quienes sean exterminados, no los arios". El judío ha emigrado fuera de Alemania, vive hoy en el Este y trabaja en nuestras carreteras, en nuestras líneas de ferrocarril, etc. Este proceso se ha llevado a cabo de manera lógica, pero sin crueldad. No torturamos a nadie, pero sabemos que combatimos por nuestra propia existencia y por la supervivencia de nuestra sangre: la sangre nórdica»[1079]. De esta manera, incluso ante ese auditorio selecto —todos habían prestado juramento y muchos iban a combatir al frente del Este—, Himmler desarrolló la ficción de una reinstalación pacífica, la misma que promovían los artículos de Fritz Fiala en la misma época en Eslovaquia o en Francia.

Cinco meses más tarde, el 24 de abril de 1943, también habló del destino de los judíos ante altos responsables de la SS en Kharkov: «Sucede con el antisemitismo lo mismo que con el despiojamiento. Destruir a los piojos no tiene que ver con una concepción del mundo. Es una cuestión de limpieza. Exactamente de la misma manera, el antisemitismo no depende para nosotros de una concepción del mundo, sino de una cuestión de limpieza que pronto

quedará resuelta. Pronto no tendremos más piojos. Ya solo nos quedan veinte mil piojos, y después toda Alemania quedará libre de ellos»[1080]. Ante una audiencia como esa, en un lugar como aquel en el que se había ejecutado a más de quince mil judíos entre 1941 y 1942[1081], el despiojamiento, la «destrucción de los piojos» era una metáfora evidente del asesinato. Lo que es más, la estimación del número de judíos susceptibles de ser deportados fuera de Alemania (dejando de lado a los judíos en parejas mixtas) era exacta: Himmler se basaba en la resta efectuada por el estadístico de la SS Richard Korherr a su petición, de acuerdo con la cual a fecha de 1 de abril de 1943 ya no quedarían más de 15.242 judíos en el antiguo Reich y unos pocos miles más en Austria[1082]. Sin embargo, a pesar de todo en Kharkov no se trataba de otra cosa que de una metáfora que a la vez explicitaba y eufemizaba el asesinato.

Sobre todo, esa metáfora se había hilado ante un público limitado compuesto de cómplices directos, que, en su mayoría, dirigieron o participaron en las masacres de judíos. El «círculo extremadamente restringido» al que se dirigió Himmler el 6 de octubre de 1943 era de un tamaño muy distinto (quizá cincuenta personas). De hecho, reunía a los más altos responsables del partido, que a menudo eran o que podían asimilarse a altos responsables del Estado. Su encuentro periódico —al ritmo de las fiestas ritualizadas del régimen, de la muerte de un *Gauleiter* o, cada vez más durante la guerra, por reveses militares— constituía un poderoso factor de cohesión en un régimen entorpecido por su funcionamiento policrático: «El primero de los instrumentos de coordinación y de información internas del régimen», por retomar la expresión del historiador Martin Moll[1083]. Himmler ya se había expresado en varias ocasiones ante esta asamblea. A finales del mes de febrero de 1940, había reducido a cero las esperanzas de los *Gauleiter* respecto a la posibilidad de expulsar rápidamente a los judíos de sus regiones hacia Polonia[1084]. Durante la siguiente reunión, en diciembre, Himmler probablemente reveló las grandes líneas del proyecto de traslado, que dejaban de nuevo entrever, unos meses después del abandono del plan

Madagascar, una próxima reanudación del traslado de judíos fuera del Reich.

No disponemos del texto del discurso, sino solo de las notas preparatorias del orador: Himmler había previsto hablar de la «emigración de los judíos», que debía liberar «espacio» en el Gobierno General para los polacos expulsados de los territorios anexados al Reich[1085]. Pero sabemos, gracias a unas memorias contemporáneas de Eichmann, que el plan de «emigración» no solo afectaba a los judíos polacos, sino también a los del Reich, a los de los territorios ocupados y de ciertos países aliados, es decir 5,8 millones de personas. Si bien Himmler presentó este esquema, no es seguro que, respecto a la región objetivo de la colonización, dijese algo más que Eichmann en ese documento: «Un territorio aún por determinar»[1086]. Los proyectos de atacar la URSS eran por aquel entonces ultrasecretos y Hitler no quería informar de ellos aún a la élite dirigente del país[1087]; de hecho, Goebbels no sería informado hasta varias semanas más tarde, por el propio Hitler. Febrero y después diciembre de 1940, y después nada más respecto a la cuestión judía hasta octubre de 1943, cuando incluso en el junio anterior Himmler se había vuelto a dirigir a los más altos responsables del partido.

Sin embargo, fue durante este periodo, en el que el *Reichsführer no* se expresó, cuando la «solución final» se llevó a cabo. Las deportaciones con salida del Reich se lanzaron en octubre de 1941. Se aceleraron en el verano de 1942. En la primavera de 1943 ya solo quedaban en Alemania unas decenas de miles de judíos, y en el verano siguiente, ninguno. En octubre, pues, Himmler dijo: «Todos dais por sentado y os alegráis de que, en vuestro *Gau*, ya no queden judíos».

Durante ese periodo crucial, de enero de 1941 a octubre de 1943, la «cuestión judía» se abordó ante los *Reichsleiter* y los *Gauleiter* a través de una sola persona: Hitler. Después de dieciocho meses en los que el antisemitismo había sido menos virulento por el pacto germano-soviético, Hitler reanudó sus diatribas en enero de 1941. El 30 de enero recordó la «profecía» que había lanzado dos

años antes[1088]: también era una manera de señalar que el peligro de una guerra mundial, que la alianza con la URSS había permitido alejar temporalmente, podría resurgir a medio plazo[1089]. Sin embargo, en los dos discursos siguientes, en mayo y en noviembre de 1941, Hitler no se lanzó en largos ataques contra los judíos —en todo caso parece que ninguno mereció que Goebbels lo resumiera en su Diario, que constituye, casi siempre, la única fuente de la que disponemos respecto a estas alocuciones secretas.

Como hemos visto, después, el 12 de diciembre de 1941, justo después de la entrada en guerra de Estados Unidos, Hitler recordó su «profecía» ante sus fieles más cercanos: «En lo que respecta a la cuestión judía, el *Führer* está resuelto a hacer tabla rasa. Profetizó para los judíos que sufrirían la destrucción si provocaban otra guerra mundial. Era algo más que una frase. La guerra mundial está aquí, y la aniquilación de los judíos debe ser la consecuencia necesaria. Es una cuestión que debemos considerar sin ningún tipo de sentimentalismo. No estamos aquí para tener piedad de los judíos, sino del pueblo alemán. Ya que el pueblo alemán ha sacrificado a ciento sesenta mil muertos en el frente del Este, los verdaderos responsables de esta guerra sangrante deben pagar con su vida»[1090]. Resulta difícil determinar la manera en que esos altos responsables recibieron este pasaje, que le pareció lo bastante destacable a Goebbels para retranscribirlo por extenso. Sin duda fue variable: el propio *Gauleiter* de Berlín no parecía haberle concedido él mismo un contenido específico a la «profecía», mientras que el propio Hitler precisó que se salía del orden del discurso y simplemente continuó defendiendo, como era costumbre, la expulsión rápida de los judíos de su ciudad[1091]. Himmler, por el contrario, tuvo cuidado de poner en el orden del día de su reunión con Hitler el 18 de diciembre el siguiente punto: «Cuestión judía»[1092].

Goebbels no destacó ningún ataque antijudío en el discurso secreto pronunciado por Hitler el 24 de febrero siguiente, pero la «profecía» se recordó de manera siniestra en el mensaje al pueblo difundido ese mismo día[1093]. El 30 de septiembre de 1942, en otro discurso público, Hitler recordó de nuevo su cualidad de «profeta»

en términos lo bastante violentos para que Goebbels lo resumiese al día siguiente en su Diario: «Frases extraordinariamente duras y agresivas contra los judíos, a quienes amenaza con la aniquilación mientras sigan en nuestro territorio»[1094]. Es cierto que Hitler, por aquel entonces, había «garantizado» que «en cualquier lugar se les quitarían las ganas de reír» a los judíos, por esa razón la «profecía» iba a cumplirse, y el «judaísmo», por tanto, sería «exterminado»[1095]. Durante los dos encuentros siguientes, en noviembre y en diciembre, de acuerdo con el Diario de Goebbels, Hitler no habló de la cuestión ante los *Reichsleiter* y los *Gauleiter*. Pero lo hizo el 7 de febrero de 1943, justo después de la derrota de Stalingrado: «Los judíos actúan en todos los Estados enemigos como un elemento motor y dinámico ante el cual no podemos poner nada equivalente. Debemos extraer la conclusión de que debemos eliminar a los judíos no solo del territorio del Reich, sino también en toda Europa»[1096].

La violencia de su discurso cuando relató, durante la siguiente reunión, de 7 de mayo de 1943, las presiones que había ejercido sin éxito sobre Horthy a propósito de la «cuestión judía» en Hungría, no era, con seguridad, menor: esas «antiguallas de pequeños Estados que aún se encuentran por Europa», habría que «liquidarlos tan rápido como fuera posible». Influenciado por los judíos, el regente era, de acuerdo con el orador, incapaz de comprender la necesidad de «medidas más duras» contra ellos. Aducía los «contraargumentos humanitarios que naturalmente carecían de todo valor en este contexto». Decía Hitler: «En lo que respecta a los judíos, no puede ser cuestión de humanidad, hay que abatirlos»[1097]. Un poco más lejos, imitando a Catón el Viejo, quien, dos milenios antes, terminaba todos sus discursos hablando de la destrucción de Cartago, Hitler se enardeció: «Los judíos deben abandonar Europa. Es el *Ceterum censeo* que debemos repetir una y otra vez durante el enfrentamiento político que es esta guerra ante todo. Todos nosotros debemos ser un Catón nacional-socialista. Solo cuando Europa haya reconocido el carácter ineluctable de esta exigencia nacional-socialista será posible sentirse medianamente seguros a nivel espiritual»[1098].Y eso fue todo hasta octubre de 1943, ya que no

parece, de acuerdo con el Diario de Goebbels, que Hitler hiciera alusiones a los judíos durante el encuentro intermedio, el 21 de junio de 1943.

En ese *a posteriori* en el que se conoce la dimensión del crimen, no parece que podamos leer la retórica recurrente y violenta empleada por Hitler contra los judíos como un comentario relativamente directo al asesinato que entonces estaba teniendo lugar. Pero tal lectura retrospectiva, como hemos visto, no tiene en cuenta la manera en que, en el mismo periodo, Hitler describía el «exterminio» que el pueblo alemán sufriría en caso de derrota: en el momento en que disminuían las esperanzas de victoria, aún era capaz de asimilarla a la liquidación de las élites, a la esterilización, a la reducción a la esclavitud, a la hambruna. «El exterminio del pueblo alemán», de acuerdo con Hitler, equivalía, para la población, a una garantía de supervivencia, o por decirlo con mayor precisión aún, a la seguridad de no ejecución sistemática del pueblo alemán[1099]. Y este destino —reducción a la esclavitud, hambruna, etc.— era lo que supuestamente les sucedería a los judíos, deportados al Este: «Los judíos deben abandonar Europa».

No sabemos cómo interpretaron los *Reichsleiter* y los *Gauleiter* la inflación verbal de Hitler, que nunca hablaba directamente de asesinato. Pero al menos estamos seguros de que para uno de ellos, Goebbels, el imaginario de un simple traslado era tan poderoso que todavía el 25 de junio de 1943 creía que, entre las tareas contradictorias, fuente de tantos problemas, que se le habían encargado a Hans Frank, estaba la liquidación de los judíos polacos y la acogida de los judíos alemanes[1100]. Aquí, el caso Goebbels encuentra evidentemente sus límites. Que, hasta el final, hasta que le confirmasen oficialmente lo contrario, razonase siguiendo los esquemas superados no dice nada de la manera en que sus colegas *Gauleiter*, en que los otros ministros se representaban en ese momento la «solución final». Algunos, como Ley, sabían y no hablaban salvo quizá cuando habían bebido. Otros sabían, como Göring, y les podía suceder que conversasen sobre ello, como hemos visto que este hizo con Goebbels, pero en términos alusivos que no

daban nada de información sobre el contenido de la «solución final». Todos los responsables destinados al Este, Greiser, Frank, Rosenberg, estaban bien posicionados para comprobar que los judíos deportados no eran emplazados en guetos, sino exterminados; sin embargo no es seguro, de acuerdo con la manera en que Frank y Krüger hablaron con Goebbels, que hablasen de otra cosa que no fuera la ejecución de los judíos polacos. Sin duda, otros no sabían más de lo que sabía el ministro de Propaganda. Los judíos del Este eran asesinados en el Este. Y, para su gran satisfacción, los judíos alemanes eran expulsados de su *Gau*. Lo que sucedía a los deportados les era indiferente. No veían probablemente en la información entregada por los aliados otra cosa que la habitual propaganda judía antialemana. O quizá sospechaban algo. Pero no querían saber.



Una descripción como esta, que se contenta con hacer inventario de los posibles posicionamientos de los más altos responsables del partido respecto al secreto del asesinato de los judíos es evidentemente insatisfactoria. Lo que refleja, en primer lugar, es la propia dificultad de la investigación. La mayoría de los archivos fueron destruidos. Muchos altos responsables estaban muertos. Todos aquellos que sobrevivieron lo negaron (salvo una excepción, como veremos). Sin embargo, la investigación muestra indudablemente que el discurso de Posen del 6 de octubre de 1943 constituyó, en la historia del Tercer Reich, un momento no único pero sí inaugural. Por primera vez, el asesinato de los judíos, en su globalidad y hasta cierto nivel de detalle, fue objeto de un «panorama general franco y sin ambages», de acuerdo con la expresión de Goebbels. Posen, por tanto, fue el momento de la

revelación, del contenido último de la «solución final» ante los más altos responsables del régimen.

De hecho, es claramente el descubrimiento de una dimensión desconocida de la política antijudía lo que se puede leer, en mi opinión, en el Diario de Goebbels[1101]. Pero no fue el único presente que aportó testimonio de esto. Entre los otros oyentes del discurso de Himmler, solo uno reconoció haber sido informado —e informado ese día— del asesinato sistemático de los judíos. Baldur von Schirach, antiguo responsable de las Hitlerjugend, las Juventudes Hitlerianas, era desde 1940 *Gauleiter* de Viena, el equivalente y por tanto el rival de Goebbels. En sus recuerdos publicados en 1967 después de veinte años de detención, habló largo y tendido de ese momento en particular, que situaba por error en mayo de 1944: «[El *Reichsführer*] se levantó y comenzó su discurso: "Les pido encarecidamente no hacer nada más que escuchar lo que les digo y no volver a hablar de ello". Después expuso por primera vez ante el Estado Mayor del partido lo que llamaba la "solución final de la cuestión judía": "La aniquilación de los judíos es una tarea dura y pesada"». Y Schirach prosiguió citando un discurso pronunciado por Himmler dos días antes, el 4 de octubre, ante los más altos responsables de la SS. «Un silencio plomizo reinaba en la sala mientras Himmler hablaba. Hablaba con tanta frialdad del exterminio de hombres, mujeres y niños como un comerciante lo habría hecho de su volumen de negocio. No había ninguna emoción en su discurso, nada dejaba suponer una compasión interior. Y mientras escuchaba aterrado, se me pasó por la cabeza que, a través de ese discurso, nos estaba haciendo cómplices a todos»[1102].

Este texto es aún más destacable en la medida en que se escribió después del descubrimiento en los archivos del discurso del 6 de octubre de 1943, en un momento en el que por tanto se ignoraba incluso la existencia de esa transcripción palabra por palabra. La situación archivística de la época explica que Schirach se haya apoyado en la transcripción del discurso del 4 de octubre, disponible desde el final de la guerra, para recomponer lo que Himmler había dicho el día 6. Y de hecho, los dos discursos

encajaban hasta cierto punto, como veremos. La manera en que el testigo recogió a la vez el tono del orador y el ambiente de la sala responde también al que se puede escuchar en la grabación del discurso del 4 de octubre, que Schirach, evidentemente, no había podido escuchar.

Se añadirá que, en suma, el relato de este descubrimiento del asesinato sistemático de los judíos es compatible con un incidente que tuvo lugar cuatro meses antes, a finales del mes de junio de 1943. Schirach y su mujer, Henriette, hija del fotógrafo oficial de Hitler, Heinrich Hoffmann, fueron invitados a Berchtesgaden, en Berghof. A pesar de los consejos de su marido, Henriette von Schirach, de acuerdo con el relato de posguerra, le describió a Hitler las escenas de violencia a las que había asistido en Ámsterdam durante el arresto y la detención de las mujeres judías antes de la deportación. ¿Cómo imaginar que la mujer del *Gauleiter* de Viena habría deseado condenar ante Hitler esas penosas escenas si ella y su marido hubieran sabido que la muerte inmediata esperaba a las mujeres deportadas? No sin valentía, Henriette von Schirach había roto la regla implícita impuesta por Hitler a sus invitados, la misma que probablemente imponía a sus ministros, como hemos visto antes[1103]: no se debía hablar de política antijudía en su presencia. Se enardeció: «¡Justo lo que necesito! Que me vengan con estas sandeces sentimentales. Lo que le molesta es el destino de esos judíos»[1104]. Ella pagó su audacia siendo vetada del entorno de Hitler, y Schirach perdió todo su crédito.

Fue finalmente en 1971 cuando un historiador, Erich Goldhagen, descubrió el discurso del 6 de octubre de 1943 y lo hizo público[1105]. El descubrimiento no se debía para nada al azar. Goldhagen había buscado los documentos que permitieran confundir a Albert Speer, esa figura amable del nazismo, también condenado a veinte años de prisión en Núremberg y que, en sus libros de éxito[1106], seguía negando haber sabido nada del asesinato de los judíos[1107]. Incitaba a sus amigos a destruir los documentos que habrían podido debilitar su línea de defensa[1108]. El discurso de Posen era una prueba mucho más acusadora en la medida en que el orador se dirigía al ministro

durante un pasaje crucial: «Esto evidentemente no tiene nada que ver con el camarada Speer, usted no puede hacer nada». Esta revelación desestabilizó profundamente al antiguo ministro de Armamento. En una carta privada, comenzó a rendirse a la evidencia: «No hay dudas: estuve presente cuando Himmler anunció el 6 de octubre de 1943 que todos los judíos iban a ser asesinados»[1109]. Después se repuso y lo negó con vigor: ya se había ido de Posen entonces, lo que unos testigos complacientes confirmaron[1110]. Uno de ellos adelantó que la miopía de Himmler podía explicar que, habiendo posado sus gafas, podría haberse dirigido a Speer sin darse cuenta de su ausencia… Como vemos, la negación podía adoptar múltiples formas: no querer saber, pero también no querer haber sabido.



En resumen, el tono de la entrada del Diario de Goebbels del 7 de octubre de 1943 y los recuerdos de Schirach no son nada soprendentes si leemos con atención el discurso de Himmler. Porque el orador no solo decía que hablaba de la cuestión por primera y última vez; suponía en general que los oyentes no tenían un conocimiento pleno y entero del asesinato: «A partir de ahora» sabían. Esta novedad explícitamente reivindicada se dejará ver mejor si tenemos en consideración tres bandazos que dio el discurso del orador.

Dos días antes, también en Posen, Himmler afinó en cierta manera ante noventa y dos altos grados de la SS el discurso previsto para el 6 de octubre ante las élites del partido. Era la primera vez que se expresaba ante esta asamblea desde los funerales de Heydrich, el 9 de junio de 1942. Ese día, como hemos visto, anunció: «Debemos haber terminado sin falta la migración del pueblo judío en un año; después, no quedará ninguno deambulando

por ahí. Por tanto ahora hay que hacer tabla rasa»[1111]. He propuesto ver en ello el anuncio del plazo que Himmler, en el marco del plan que se elaboró en el mismo periodo, había fijado con Hitler para terminar la «solución final» concebida como asesinato. Por producirse cuatro meses después del término inicialmente fijado, la intervención de Himmler del 4 de octubre de 1943 constituía en cierta manera un discurso de clausura del programa.

Dijo: «Quiero hablar ahora de la evacuación de los judíos, del exterminio del pueblo judío. Es una de esas cosas de las que uno habla a sus anchas. "El pueblo judío está siendo exterminado", dice cada miembro del partido. "Todo está claro, esto forma parte de nuestro programa, eliminación de los judíos, exterminación, nos ocupamos de ello". Y después, vienen todos, los ochenta millones de valientes alemanes, y cada uno tiene a su judío decente. Está claro, los otros son cerdos, pero este es un judío de primera calidad. De todos los que hablan así, ni uno ha sido espectador, ni uno ha participado en ello. Entre vosotros, la mayoría sabe qué son cien cadáveres yaciendo juntos, o cuándo son quinientos, o cuándo yacen mil. Haber perseverado sin descanso y —aparte de las excepciones debidas a la debilidad humana— y haber permanecido firmes, esto nos ha vuelto duros. Esta es una página gloriosa de nuestra historia, una página que nunca se ha escrito y que nunca se escribirá».

El primer bandazo es evidente: tiene que ver con la manera diferenciada en que Himmler habló del asesinato de los judíos ante las élites de las SS antes o mientras estaba teniendo lugar, y después. En junio de 1942, habló de «tabla rasa», de «migración», de final de la «errancia». En Kharkov, en abril de 1943, comparaba a los judíos con piojos, piojos a los que se estaba «destruyendo». En los dos casos, seguramente, Himmler quería hablar claramente de la ejecución, pero su mensaje pasaba por una metáfora que eufemizaba el contenido. El 4 de octubre de 1943, Himmler abandonó la lítote. Escogió —y se me perdonará el neologismo— deseufemizar su elocuencia: «La mayoría sabe lo que son cien cadáveres yaciendo juntos, o cuándo yacen quinientos, o cuándo yacen mil». Un poco más lejos, hablaba aún directamente de la

ejecución: «Tenemos el derecho moral, tenemos la obligación para con nuestro pueblo de matar a este pueblo que nos quería matar»[1112]. No hay ningún circunloquio aquí, ninguna metáfora. «Hablar de una vez de manera totalmente abierta»: el asesinato es pues el resultado, montones de cadáveres.

Se produce un bandazo aún más evidente entre la descripción de Himmler de la política antijudía ante los más altos responsables del partido, el 6 de octubre, y todo lo que estos habían podido escuchar hasta entonces de la boca de Hilter, durante las reuniones precedentes. Hitler había hablado de «aniquilación de los judíos», de «eliminación» de los judíos, «no solo en el territorio del Reich sino en toda Europa»; había dicho: «Los judíos deben ser derribados», «los judíos deben abandonar Europa», etc. Himmler, por su parte, escogió en ese momento preciso no dar pie a la confusión cuando dijo: «Se nos ha planteado la siguiente cuestión: "¿Qué pasa con las mujeres y los niños?" —Yo me he decidido a tomar una solución muy clara. No me sentía autorizado a exterminar a los hombres —digamos, si queréis, a matarlos o hacerlos matar— y a dejar crecer, en la forma de sus hijos, a justicieros contra nuestros hijos y nuestros descendientes. Había que tomar la grave decisión de hacer desaparecer a este pueblo de la tierra».

Pero quizás el más interesante fue el tercer bandazo, menos perceptible de manera innmediata. Los días 4 y 6 de octubre de 1943, Himmler no procedió de la misma manera ante los más altos responsables de la SS que después ante los del partido. En el primer caso, lo único que hizo fue hablar con una retórica poco habitual del asesinato de los judíos, es decir, un complejo de hechos del que se sabía que cada uno en la sala estaba al corriente. Y con razón, ya que Himmler constituía a su auditorio en comunidad con los ejecutores. Juntos, explicaba él, durante la «Noche de los cuchillos largos», habían fusilado a los «camaradas» de la SA, sin dudar, obedeciendo la «orden debida»; juntos, habían ejecutado el «exterminio del pueblo judío»: «*Hemos* cumplido la tarea más dura por amor a nuestro pueblo». Con los más altos responsables del partido, dos días más tarde, Himmler partió, por el contrario, del

principio de que ese mismo complejo de hechos era ignorado por parte de su auditorio. Explicaba que la frase «los judíos deben ser exterminados», tan «fácil de decir», recobraba un contenido diferente del que se le concedía habitualmente: no solo simple retirada de los judíos de Alemania, sino su asesinato. A la inversa de lo que había pasado dos días antes, Himmler estimó necesario explicar que había muchos sentidos de «exterminar»: «No me sentía autorizado a exterminar a los hombres —digamos, si quieréis, a matarlos o hacerlos matar—». También había escogido revelar que no solo los hombres habían sido «asesinados», sino también las mujeres y los niños, el conjunto de la población judía, por tanto. Había madurado esta revelación: «He considerado que estaba en la obligación para con ustedes […] de hablarles una vez de esta cuestión de manera totalmente abierta y de decir lo que ha sido». En secreto, que es distinto de la ignorancia, había tenido lugar el conocimiento: «A partir de ahora, quedan al corriente».



Como indicábamos en el capítulo anterior, el secreto se consideró indispensable para el éxito del propio programa, después de un semifracaso de la política de ejecución de los enfermos mentales. A partir del momento en el que los judíos deportados al Este se convertían en seres de no derecho, excluidos de la gestión administrativa rutinaria, no era necesario advertir a las administraciones no policiales del destino que corrieran después de la primavera de 1942. Esta lógica, desde mi punto de vista, se encuentra explicitada sin ambigüedad por el orador, que intentó hacerla comprender a su auditorio.

En primer lugar, Himmler volvía en varias ocasiones sobre la dificultad de la tarea cumplida: «La cuestión más difícil de mi vida», «la cosa más dura que hayamos conocido hasta la fecha». Y se

honraba de que los ejecutores de la SS la hubiesen cumplido sin flaquear, sin que les afectase «al espíritu o al alma». Solo una élite se podía hacer cargo de un logro como ese, una élite doblemente singular, por su radicalidad y por sus reglas de bronce. Además, esta élite se oponía al resto de la población: «La frase "los judíos deben ser exterminados", con esas pocas palabras, señores, es fácil de decir. Para quien debe ejecutar todo lo que exige, es lo más duro y lo más difícil que hay». Sin embargo, a través de sus incesantes intervenciones en favor de judíos que conocían, los alemanes, incluidos los nazis convencidos, habían mostrado, según Himmler, hasta qué punto no alcanzaban a comprender la necesidad política de medidas antijudías tan radicales. Este hecho es tanto más destacable en la medida en que, ya que el asesinato era secreto, estas solicitudes, estos apoyos habían sido dados a judíos víctimas de medidas que eran, en comparación, netamente más benignas: trabajo forzado, expoliación, llevar la estrella amarilla o «traslado al Este». Es completamente posible, con todo, que el orador haya exagerado, con miras a la eficacia retórica, las reacciones ante la persecución de los judíos —aunque el propio Göring pudo alarmarse en un momento dado de la clasificación como «judío» y por tanto la deportación de esa figura del Berlín mundano—[1113]. Haciendo referencia a una experiencia compartida —la supuesta multiplicidad de esas intervenciones— Himmler hacía compartir a sus oyentes su lógica desde el interior, la que lo había conducido a llevar el disimulo tan lejos que ni ellos, intencionadamente, habían sido informados de la política seguida en realidad.

Himmler suponía también que la naturaleza misma del acto cometido constituiría una justificación natural del secreto que se había impuesto. Hablando, entre otras cosas, de la «grave decisión de hacer desaparecer a ese pueblo de la tierra», quería decir que ni Hitler ni él desconocían el carácter fuera de la norma de ese asesinato. En un discurso pronunciado seis meses más tarde, el 5 de mayo de 1944 en Sonthofen, ante una asamblea de generales, el director de la «solución final» se extendió sobre la dimensión transgresora de ese programa. Anunció sin tapujos: «El problema

judío está resuelto en Alemania y de manera general en todos los países ocupados por Alemania». Después celebró la ética del hombre de tropa que obedece las órdenes militares, para conceder después que aquella podía haber entrado en conflicto con otra moral, la de las reglas de la guerra: «Si me decís: "Admitimos esto para los hombres, pero no para los niños", os recordaré [...] que este conflicto con Asia nos obliga a olvidar las maneras de actuar y las reglas que presiden en las antiguas guerras europeas, más cercanas a nuestra mentalidad y las cuales nos sirven de guía». En resumen, el asesinato de los judíos había sido bárbaro, pero porque los propios judíos eran bárbaros. Retomar los métodos del enemigo podía provocar en el «alma» de los ejecutores alemanes «movimientos» de gran «amplitud»[1114], movimientos de reprobación, pero había que acallarlos para cumplir una tarea indispensable y salvadora.

Las frases de Hitler, durante sus desayunos y sus cenas, muestran una estrategia de disimulo similar aunque más precoz. Hemos visto cómo, en diciembre de 1941, los informes del SD hablaban de la desaprobación difusa que suscitaban las primeras deportaciones[1115]. A partir del 19 de noviembre de 1941, en su círculo íntimo, Hitler condenaba estas reacciones: «Cuando hoy unos burgueses vierten lágrimas porque los judíos se tienen que ir de Alemania, se trata de un gesto muy significativo por parte de esas criaturas pequeñoburguesas. Deberíamos preguntarles si lloraron un año antes cuando centenares de miles de alemanes tuvieron que emigrar de Alemania. Esos alemanes no tenían familia por el mundo, al contrario, quedaban a su propia suerte, mientras que los judíos tienen bastantes padres en todo el mundo; la piedad para con ellos por tanto está fuera de lugar»[1116]. La comparación entre el destino de los alemanes forzados a emigrar durante las décadas anteriores o desplazados hacía poco y la campaña de traslado de los judíos se produjo en varias ocasiones. Cinco días después de Wannsee, el 25 de enero de 1942, Hitler desarrollaba el mismo argumento: «Cuando retiro a ciento cincuenta mil alemanes de Volinia [para germanizar otras regiones] no lo hago sin que me cueste, como cuando se

evacuó Tirol del Sur. Cuando, ahora, retiro a los judíos, nuestra burguesía es infeliz: "¿Qué va a ocurrirles?". Pero, ¿esos mismos se preocuparon de lo que les sucedería a los alemanes cuando tuvieron que emigrar […]? El judío debe abandonar Europa»[1117]. El 4 de abril todavía se alzaba contra las élites alemanas que se compadecían de los judíos deportados mientras que se habían mostrado indiferentes a la emigración de cientos de miles de alemanes[1118]. El 15 de mayo, desarrolló una retórica similar, añadiendo incluso que doscientos mil o trescientos mil alemanes habían tenido que emigrar en el pasado y que tres cuartos de los que habían intentado regresar a Alemania habían muerto en el trayecto[1119].

Estas recriminaciones repetidas muestran con suficiencia el temor que provocaba en Hitler la posibilidad de una reacción popular contra las medidas antijudías. En cada ocasión, sin embargo, ante sus fieles, había argumentado: tales protestas son inaceptables porque el destino de los judíos deportados no es peor que el de los alemanes obligados a emigrar. Hasta la primavera de 1942, Hitler habló pues con bastante franqueza, en su círculo íntimo, del traslado de los judíos que estaba teniendo lugar. Sus comentarios reflejaban de manera fiel la política del momento, hasta el punto de que no ocultaba, cuando hablaba de la mortalidad que había afectado a otros colectivos, prisioneros de guerra soviéticos o emigrantes alemanes, que el traslado conllevaría un gran número de muertos. Sin embargo —y esto es lo importante—, Hitler dejó de argumentar en determinado momento, es decir, simple y llanamente dejó de hablar de la política antijudía en sus monólogos. Cierto es que aún los vituperaría, pero como si perteneciesen a un mundo que no era el suyo, como si no tuviese ningún poder sobre ellos, como si, justamente, no hubiera ninguna política antijudía.

Ese momento, a mediados de mayo de 1942, fue aquel en el que la «solución final» se volcó al asesinato sistemático. Comparar el destino de los emigrantes alemanes y el de los judíos deportados y asesinados ya no tenía sentido, el argumento se caía. Hablar de manera explícita, unívoca, del asesinato indiscriminado no era deseable. La única opción posible por tanto era el silencio. Debía

imponerse a todos: a su círculo, a los responsables que no necesitaban saber, a Goebbels o a Schirach.

Este silencio fue el que Himmler y Hitler decidieron romper en octubre de 1943. Esta fecha no se debe en absoluto al azar. No tanto, como se ha podido afirmar[1120], porque Italia acabase de ser invadida por Alemania, una ocupación que permitiría relanzar las deportaciones desde los territorios hasta entonces ocupados por los ejércitos italianos, incluso desde la península. Era más bien porque la «solución final» llegaba a su fin: «La cuestión judía en los países ocupados por nosotros será solucionada antes de final de año», anunció Himmler. «Solo quedarán los remanentes de algunos judíos que han encontrado refugio». Y es porque había llegado a su fin por lo que era posible desvelar el contenido: ninguna protesta podía impedir su realización. Ya no quedaban judíos en Alemania, y por tanto ya no quedaban «buenos judíos» en favor de los cuales, sabiendo su muerte segura, algunos se pudieran sentir tentados a intervenir. El complot había sido desvelado de manera voluntaria, en ese «círculo extremadamente restringido» y en el momento en que la tarea había sido cumplida. El mensaje de Himmler, por tanto, era doble: la «solución final de la cuestión judía» había sido sinónimo de asesinato; ya se había terminado, o poco faltaba.

Menos de un mes después del discurso de Posen tuvo lugar la «operación *Erntfest*», que dio por terminado el programa. Esa gigantesca masacre no era resultado de la revuelta de Sobibor, como en ocasiones se ha supuesto[1121], sino la culminación de una política que, desde el inicio, se sabía que tendría un final. El 19 de junio de 1943, como hemos visto, Hitler concedió un plazo suplementario de tres o cuatro meses para liquidar todos los campos de trabajo restantes en el Gobierno General. El 6 de octubre, Himmler repitió

que iba, junto con Speer, «a limpiar en las semanas y meses siguientes» los restantes campos de mano de obra judía. El 3 de noviembre, por tanto poco más de cuatro meses después de la orden de Himmler, de dos a tres mil SS masacraron en Lublin y alrededores a cuarenta y tres mil trabajadores judíos aún empleados en distintos campos. La «solución final» en los territorios ocupados por Alemania había terminado. Debería proseguir sin embargo cuando otros territorios y por tanto otras comunidades judías cayesen bajo dominación alemana directa a final del invierno siguiente, en Hungría o en otros lugares.



Se había desvelado el complot: es más, se había reconfigurado. Himmler, como Schirach entendió a la perfección, había querido cargar la responsabilidad del asesinato de los judíos —«la responsabilidad de un acto y no de una idea», como él mismo precisaba— sobre el conjunto de los más altos responsables del régimen. Esta era una manera de reforzar la cohesión en la cumbre del Estado y del partido, y pronto del ejército: todos, los que iban a ser informados oficialmente y los que no, habían contribuído, cada uno en su lugar, a ejecutar la política de deportación y de asesinato de los judíos. Todos formaban parte de una comunidad de asesinos. Y su salvación estaba en la victoria de Alemania.

Pero, en esos primeros días del mes de octubre de 1943, desvelar eso no parecía tener que llegar más lejos del círculo de oyentes ante el que Himmler había decidido ser franco: «Les pido encarecidamente no hacer otra cosa que escuchar lo que digo en este círculo y nunca hablar de ello […]. A partir de ahora, quedáis al corriente, y lo guardaréis para vosotros». La dimensión transgresora del programa que se acababa de cumplir era tal que no debía ser conocida, al menos por el momento. «Más adelante quizá podremos

reflexionar si un día hay que decirle algo más sobre esto al pueblo alemán». Pero Himmler no creía en ello en realidad: «Yo creo que es mejor que nosotros, todos nosotros, asumamos este peso sobre nuestros hombros […] y que llevemos en lo sucesivo el secreto con nosotros a la tumba». Así, todos los oyentes se volvían piezas relacionadas con el complot del que pasaban a ser miembros, aunque solo fuera por la prohibición que se les imponía de difundirlo. El secreto, que había sido ausencia de información, se volvía para ellos conocimiento compartido.

Al día siguiente, el 7 de octubre de 1943, Hitler pronunció un discurso ante el mismo auditorio. Es posible que también él hablase del asesinato de los judíos, pero probablemente no lo sepamos nunca. Por única vez durante la guerra, de hecho, Goebbels se abstuvo de recoger la más mínima frase del discurso secreto. Por tanto, solo disponemos de un comunicado oficial: Hitler, ante esos altos responsables, parece haber dirigido un panorama general de la evolución del conflicto y de la situación militar y política. El comunicado proseguía: «El pueblo alemán en su conjunto sabe que su ser o no ser está en juego. Los puentes han sido quemados tras él. Solo puede ir hacia delante. Por eso debe mantenerse fuerte y resistir hasta la victoria final, tanto tiempo como se requiera y por más duro que pueda ser en ocasiones»[1122]. Estas pocas frases están lejos de ser anodinas. Para los responsables nazis, como hemos visto, «haber quemado los puentes» era haber asesinado a los judíos[1123]. Después de todo, quizá Hitler había hablado del asesinato de los judíos.

De hecho, sabemos que unos meses más tarde, el 26 de mayo de 1944, habló efectivamente de la «solución final» en un discurso ante varios cientos de oficiales a cargo del adoctrinamiento de las tropas. La configuración era la misma que en octubre de 1943 en la medida en que Himmler se había dirigido a ellos dos días antes. Les había presentado, como había hecho ante los responsables del partido, la política que había dirigido: «Otro problema que ha desempeñado un papel determinante para la seguridad interior del Reich y de Europa es el problema judío. Se ha resuelto con arreglo a

la razón y según las órdenes: sin compromisos [...]. He estimado que no tenía derecho —y esto va por las mujeres y los niños judíos— a dejar crecer a niños que buscarían más tarde vengarse y matarían a nuestros padres y a nuestros hijos»[1124]. Solo basándose en informaciones dadas por Himmler pudo Hitler comentar y justificar su política, dos días más tarde. Había echado del pueblo alemán ese «cuerpo extraño» que eran los judíos. No todo el mundo había comprendido la necesidad de hacerlo «tan brutal como implacablemente»: «Suprimiendo a los judíos, he eliminado en Alemania la posibilidad de crear una especie de corazón o de núcleo revolucionario. Naturalmente, podréis decir, de acuerdo, pero, ¿por qué no hacerlo más sencillo —no, no más sencillo, porque otra opción habría sido más complicada— o con más humanidad? Señores, hemos entrado en un combate a muerte». Y proseguía: «Si nuestros adversarios salieran victoriosos de ese combate, el pueblo alemán sería erradicado. El bolchevismo masacraría a millones, millones y millones de nuestros intelectuales. Quien escapase a una bala en la nuca sería deportado. Los hijos de las clases superiores serían robados y eliminados. Toda esta bestialidad la han organizado los judíos»[1125].

En el estado actual de las fuentes, Hitler nunca habló de manera tan abierta como en este discurso del asesinato de los judíos. Una vez más, ponía en paralelo el «exterminio del pueblo judío» y ese pretendido exterminio planeado por los judíos para el pueblo alemán. En ninguna ocasión se ve con tanta claridad que la idea de «exterminio» había sido un cebo. Porque el paralelismo no tenía sentido. Por una parte, un «exterminio» entendido como la destrucción del impulso vital de un pueblo, con la eliminación de las élites, la reducción a la esclavitud, la deportación, el rapto de los niños de las clases superiores. Si Hitler se hubiera contentado con ejecutar ese «exterminio» contra los judíos, el balance de la «solución final» no tendría comparación con el número efectivo de víctimas. Por otra parte, había otro «exterminio», «brutal», «implacable», el que solo Himmler podía presentar sin eufemismos ante los más altos responsables de la SS, los del partido, y después,

en una serie de discursos, a los del ejército: este «exterminio» que había consistido en «matar o mandar matar» *a todos los judíos*, mujeres y niños incluidos.



Hitler, en ese mes de mayo de 1944, hablaba en pasado. Él, que tantas veces había rehecho la guerra de 1914-1918 imaginando lo que habría que haber hecho entonces para no perderla, él que había extraído de esa experiencia traumática siempre representada una doctrina para actuar llegado el caso si por desgracia Alemania se encontrase en una situación similar, había hecho historia, había habido una acción. Y cada uno podía, a su vez, preguntarse si esa acción era la correcta. Hitler estaba convencido de haber actuado bien, para la «perpetuación de su raza». Pero tenía que reconocer la parte de inhumanidad de su política.

Esta parte inhumana, esa transgresión asumida de todas las normas morales admitidas, ha fundado nuestra posguerra. Mientras duró la acción, hasta el final de la «solución final» en octubre de 1943, fue esto, más que cualquier otra cosa, lo que hizo necesario el secreto y justificó recurrir al complot.

EPÍLOGO

«EXTERMINAR», FUTURO DEL PASADO

El equipo de rodaje, de ocho personas, llegó a Varsovia el 30 de abril de 1942 y se quedó un mes largo, hasta el 2 de junio. Ningún archivo administrativo alemán permite reconstruir con precisión quién había encargado la película, de la que queda, principalmente, un montaje grosero de sesenta minutos, ni por qué razón[1126]. El título que se le atribuye habitualmente, *Asien in Mitteleuropa*, «Asiáticos en Europa Central», es apócrifo. Procede de los recuerdos de un superviviente judío del gueto, Jonas Turkow, quien recordó el rodaje después de la guerra[1127]. Auténtico o no, el título es falso: la película *habría tenido que* llamarse «El exterminio del judío».

Una tenaz leyenda ha querido que este «documental» sobre el gueto de Varsovia, inédito durante todo el tiempo de la guerra, no se pusiera en circulación por miedo a la reacción de los espectadores[1128]. En el documental *Mein Kampf*, dirigido en 1960 por Erwin Leiser, una voz en *off* adelantaba esta explicación sorprendente mientras se sucedían los planos: «Estas escenas fueron filmadas por los *cameramen* de Goebbels. Muestran cómo se transforma un barrio normal en un infierno. Los nazis querían utilizar estas imágenes con fines propagandísticos. No lo hicieron por temor a que el público tuviese piedad de las víctimas en lugar de despreciarlas y odiarlas»[1129]. La atribución de la solicitud de la película a Goebbels, aunque no ha sido confirmada por un informe firmado por el ministro, no se puede poner en duda. Cuatro días antes de la llegada de los operadores a Varsovia, el día 26 de abril,

Goebbels mantuvo una entrevista con Hitler que recogió, como hemos visto, al día siguiente en su Diario: «De nuevo debato a fondo con el *Führer* sobre la cuestión judía. Su punto de vista respecto a esto es inflexible. Quiere echar a absolutamente todos los judíos de Europa. Y está bien así. Los judíos han causado tantos males a nuestro continente que la condena más dura que podamos imponerles seguirá siendo demasiado clemente. Himmler lleva a cabo en este momento un gran traslado de judíos de las ciudades alemanas con dirección a los guetos orientales. He hecho lo necesario para que se tomen sobre esto puntos de vista a gran escala. Necesitaremos este material de manera apremiante para la educación futura de nuestro pueblo»[1130].

Este extracto desmiente sin ambigüedades la interpretación de Leiser: no era que se renunciase a mostrar las imágenes, sino más bien que no se preveía utilizarlas durante la guerra. Debían servir para la edificación del pueblo alemán en un futuro más o menos lejano, después de la victoria de Alemania. Solo la derrota impidió que el documental se terminase y se difundiese. Le falta la banda sonora —algunas escenas eran en toma directa— y sobre todo el comentario y los títulos. Goebbels, sin embargo, no se había contentado con poner en marcha su producción. También había visionado algunas tomas sin editar, el 22 de agosto. Lo que sentía no era compasión, sino disgusto: «Me han mostrado unas horribles bobinas filmadas en el gueto de Varsovia. Allí reinan condiciones que no pueden describirse en ningún caso. Los judíos se muestran allí con toda claridad como un bubo pestilente en el cuerpo de la humanidad. Debemos hacer desaparecer ese bubo pestilente, dan igual los medios, si la humanidad no quiere conocer su ruina por ello»[1131].

Y su última frase constituye evidentemente un eco de una conversación que Goebbels había mantenido dos días antes, el 20 de agosto, durante una visita a Varsovia. Allí se había visto con el *SS-Obergruppenführer* Friedrich-Wilhelm Krüger, quien habló de la liquidación del gueto: «Los judíos son ahora evacuados en masa y transportados al Este. Esto sucede de verdad a gran escala. Se ha

tomado la cuestión judía por los cuernos, sin sentimentalismos ni muchos miramientos. Solo de esta manera se resolverá el problema judío»[1132]. De hecho, Goebbels había llegado en plena evacuación del gueto, llevada a cabo a toda prisa. Entre el 22 de julio y el 22 de septiembre de 1942, más de trescientos mil judíos de los trescientos ochenta mil con los que contaba el gueto de Varsovia fueron deportados al campo de Treblinka y ejecutados en sus cámaras de gas[1133]. Resulta difícil determinar lo que Krüger le dijo, si habló de traslado o de asesinato, cuando el diarista informó de que «los judíos [eran] ahora evacuados en masa y trasladados al Este». Pero eso no tiene demasiada importancia: desde finales del mes de marzo de 1942, Goebbels sabía cuál era el tratamiento «bárbaro» reservado para los judíos polacos. Y estaba de acuerdo con él: «Poco importa con qué medios, explicaba, se debe hacer desaparecer ese bubo pestilente».

El contexto en el que Goebbels había visionado las imágenes y la manera en que las había comentado podrían sin embargo conducir a una falsa pista sobre las intenciones que lo habían impulsado cuatro meses antes al encargar la película. Su violencia respecto a los *Ostjuden* no tenía nada de nuevo. Ese antisemitismo estaba profundamente anclado en él, inaccesible a la razón, neurótico. En diciembre de 1929, había anotado uno de sus sueños: «He tenido un sueño singular: me encontraba en una escuela y me perseguían muchos rabinos de Galitzia Oriental por pasillos enormes. Me gritaban sin parar: "¡Odio!". Yo los adelantaba por unos pasos y les respondía con el mismo grito. Y esto seguía durante horas. Pero no me alcanzaban. Siempre les sacaba unos pasos de ventaja». No del todo seguro, el diarista se preguntaba: «¿Es un buen presagio?»[1134]. Era un sueño de verdad.

Doce años más tarde, evocaba en ese mismo Diario una realidad que comparaba con un sueño que nunca se habría atrevido a tener. El 1 de noviembre de 1941, como hemos visto, se presentó en Vilna. Creía aún en la ficción de los pogromos espontáneos: «La ciudad de Vilna tiene un cuarto de millón de habitantes, de los cuales casi un cuarto son judíos. De todas formas, los contingentes judíos han sido

muy fuertemente despejados por los lituanos desde la entrada de las tropas alemanas [...]. Por miles, han sido golpeados a muerte y aún se les fusila por centenares». A continuación, Goebbels había visitado el gueto: «Aquí los judíos se acuclillan los unos contra los otros, como espantosas criaturas que no podemos mirar y aún menos tocar. Los judíos han establecido su propia administración, que también posee una policía judía. Montan la guardia a la entrada del gueto, que está separado del resto de la ciudad por unas puertas, y hacen el saludo militar. Hace diez años no me habría atrevido a soñar que un día esto podría suceder». Y luego, continuaba: «Por las carreteras se arrastran criaturas espantosas que no me gustaría cruzarme de noche. Los judíos son los piojos de la humanidad civilizada. Debemos exterminarlos de una u otra manera, o si no seguirán atormentando y desempeñando su penoso papel. Solo cuando se les ataca con la brutalidad necesaria se puede concluir algo. Allí donde se les coloca, uno se convertirá después en su víctima»[1135]. De forma directa o indirecta, la confrontación con los *Ostjuden* siempre provocaba en Goebbels el mismo reflejo sanguinario.

Sin embargo, esos *Ostjuden* no constituían el tema central del documental solicitado por el ministro de Propaganda: solo eran figurantes. Si nos fiamos de su Diario, fue después de que Himmler hablase del «gran traslado de judíos de ciudades alemanas en dirección a grandes guetos orientales» cuando Goebbels decidió llevar a cabo ese rodaje. Y era exactamente eso lo que quería fijar para la posteridad: el destino de los judíos alemanes en los guetos del Este, en ruta para el traslado futuro: «[Hitler] quiere echar a absolutamente todos los judíos de Europa. Y está bien así. Los judíos han causado tantos males a nuestro continente que la condena más dura que podamos imponerles seguirá siendo demasiado clemente». Esta intención se expresa con claridad desde los primeros minutos del film. Dos hombres de edad, acompañados de un tercero más joven, se presentan ante un soldado de la Wehrmacht, quien está de guardia en una de las entradas del gueto. Uno presenta un documento sobre el que la cámara se detiene. Es un «salvoconducto

para las columnas de trabajadores judíos», es válido del 16 de mayo al 15 de junio de 1942[1136]. Por tanto es un trabajador judío que va a que lo curen. Pero el punto más destacable no es este. Los dos hombres, de hecho, no llevan la marca de la estrella de David, como todos los judíos polacos después de la invasión alemana, sino que llevan una estrella amarilla cosida en la chaqueta, de las obligatorias en Alemania en septiembre de 1941. Por tanto son judíos alemanes, aquellos a los que se había enviado al Este en columnas de trabajo.

Otra secuencia se grabó para completar esa primera escena. Una columna avanza ante la cámara en una calle poco frecuentada. La precede un hombre que parece conocer el camino y los guía. En cabeza, una familia, la madre, dos niñas pequeñas y el padre, todos con una maleta o un hatillo, y después cincuenta personas, más bien elegantes. Todas las edades. La cámara enmarca a una niña pequeña con su osito de peluche entre los brazos. También ellos llevan la estrella amarilla. En la puerta, una pancarta, en alemán y en hebreo: «Jefe del Judenrat de Varsovia / Administración de la zona de residencia judía / Campo de acogida»[1137]. Los judíos alemanes deportados, los que son sometidos a trabajos forzados y los que no, llegan a Varsovia. Van a desaparecer; a desaparecer *dos veces*.

Porque los judíos alemanes solo figurarán en la imagen en una sola ocasión. Esta secuencia encadena a la anterior. En una habitación amplia que podría ser una de ese «campo de acogida», un hombre y una mujer abrazados, captados en un plano abierto, se levantan. Después, se hace sentar en un largo banco a una docena de recién llegados, de todas las edades, y la mayoría lleva una estrella amarilla al revés: la cámara pasa de un rostro al otro, en un *travelling* rápido. Detrás, se ve a una vieja mujer judía que pasa el rato tricotando[1138]. Y eso es todo. Después de esa secuencia, los judíos alemanes ya no son reconocibles, se funden en la masa de los judíos del gueto. Esta desaparición no es una consecuencia imprevista del sometimiento a reglas locales distintas de la obligación de llevar insignia, estrella en Berlín contra banda en Varsovia. No: esta desaparición es premeditada y pretende ilustrar lo

que podríamos llamar el «devenir *Ostjuden*» de los judíos alemanes, que constituye un motivo profundo del imaginario antisemita nazi.

En otoño de 1939, como hemos visto, tan pronto como Hitler le confió sus proyectos de expulsión de los judíos de Europa, Goebbels dispuso un equipo de rodaje en Lodz para filmar a los judíos en sus guetos de origen. Estas secuencias se integraron en *El judío errante*, que empezaba con un texto: «Los judíos civilizados que conocemos en Alemania dan una imagen completamente errónea de su verdadera naturaleza. Este film incluye planos contemporáneos tomados en los guetos polacos. Nos muestran a los judíos tal como son, antes de que se oculten tras la máscara de la Europa civilizada»[1139]. De acuerdo con toda lógica, podríamos extraer de esta frase esencialista el siguiente corolario: reinstalados a la fuerza en su contexto original, los judíos alemanes civilizados volverían a su estado natural. Es por otra parte lo que Hitler no dejaba de decir el 29 de mayo de 1942, cuando el rodaje estaba aún en curso. En el desayuno, de acuerdo con las notas de un secretario, había explicado que «según los informes que se le habían enviado, la policía judía de los guetos muele a palos a sus correligionarios, de una manera que ni siquiera nuestra policía, en el periodo más duro de la conquista del poder, se atrevió a emplear contra nuestros camaradas del partido. Es toda la brutalidad de la esencia judía la que aquí se expresa, de manera tan precisa». Y Hitler proseguía: «También es interesante subrayar que los supuestos judíos altamente educados, como los médicos, los abogados, etc., que han ejercido durante tanto tiempo en las ciudades de Europa Occidental, tan pronto como han pasado dos semanas en un gueto, se han guetificado por completo y se visten de cafetán y otros harapos. Sería difícil encontrar una prueba más clara de que, en última instancia, el judío es a todas luces un asiático y no un europeo»[1140]. Presente en ese desayuno, Goebbels anotó también la frase, de manera más sintética: «Podemos medir hasta qué punto son los judíos en realidad poco capaces de asimilar la vida europea occidental porque, cuando se les reconduce a los guetos, se

guetifican de manera rapidísima. La civilización europea occidental no representa para ellos más que una capa de pintura»[1141].

Lo que la película mostraba eran judíos alemanes ya descivilizados, de vuelta a su estado de *Ostjuden* e indiferenciables en el magma hormigueante de los guetos. Y los judíos autóctonos solo eran figurantes: representaban a los judíos alemanes de nuevo en su estado natural de judíos del Este. Es desde esta perspectiva, en mi opinión, como hay que interpretar el episodio contemporáneo del que informó Adam Czerniakow, el presidente de la comunidad judía de Varsovia: «Se me ha preguntado lo que pensaba del proyecto, propuesto por Berlín, de que el signo distintivo para los judíos de Varsovia sea idéntico al que llevan los judíos alemanes. He respondido que, de entrada, había poca tela; que, además, los judíos se quedaban en el gueto y salían poco al exterior. ¿A qué viene entonces llevar una insignia distintiva? Y puestos a ello, ¿por qué cambiarlo?»[1142]. ¿Por qué? Para que constara, por un signo doblemente distintivo que indicase a la vez la «raza» y el origen, que aquello era en lo que se convertían los judíos alemanes.

Para mí, porque lo sé, estas imágenes son simplemente insoportables. Estamos en mayo de 1942, ya lo he dicho. La visita de Himmer a Lublin, el 18 de julio, marcará el inicio de la evacuación de la población judía de Varsovia. Dos meses más tarde, el 80 % de los judíos del gueto serán asesinados en Treblinka. Cuatro de cada cinco. La niña pequeña que abrazaba su osito de peluche y la abuela que tricotaba. Quizá los dos hombres que presentaron su supuesto salvoconducto. Esos, u otros, cientos de miles de otros. Y un año más tarde, nada, nadie, o tan pocos. Título del informe final del liquidador del gueto, el *SS-Brigadeführer* Jürgen Stroop: «¡Ya no hay zona de residencia judía en Varsovia!».

Pero no es de esta desaparición de la que hablan las imágenes y, para comprenderlas, hay que desaprender los sucesos trágicos. Hay que volver al punto de vista de la época, cuando el futuro era aún desconocido y todo sucedía día a día. Una sesión de rodaje marcó particularmente a los habitantes del gueto. El 19 de mayo, el equipo alemán organizó una escena de un festín en el restaurante Schultz. Se seleccionó a las mujeres por su belleza y elegancia y a los hombres por su barriga. Se trataba de un banquete en que la comida se amontonaba, donde se servían los mejores vinos. Chaïm Kaplan anotó, a propósito de esto: «Así, todo el mundo sabrá que no falta de nada en el gueto. Al contrario: en él se reparten todos los placeres por extenso y los judíos del gueto conocen el paraíso en la tierra […]. Esa es la manera de engañar que tiene el nazismo: miente y falsifica. Los nazis deforman las verdades de la vida y los desgraciados de los judíos tienen que ayudarlos en ello […]. Esto son secuencias de un film antisemita que, cuando se reúnan, constituirán una de las peores falsificaciones de la vida de los judíos en el gueto de Varsovia»[1143]. Este exceso de lujo repentino en la miseria organizada del gueto tenía motivos para chocar. Sin embargo, no eran imágenes del paraíso lo que el equipo había ido a grabar. Mejor informado, Czerniakow veía también con más claridad, y señaló unos días antes: «Los cineastas siguen filmando. La miseria extrema y el lujo (las cafeterías). No filman nada positivo»[1144]. Este contraste ejecutado sistemáticamente era más bien el principio de construcción del documental, como han destacado desde entonces los comentaristas[1145]. Pero hay que llegar más lejos en la lectura: no tanto «la miseria extrema y el lujo» como la miseria extrema como resultado del lujo.

Se trataba, de hecho, de admitir un fracaso: «la zona de residencia judía en Varsovia» era presentada, como veremos, como una entidad viable autoadministrada que se había hundido por la incapacidad de los judíos, parásitos por naturaleza, para fundar una sociedad duradera. En septiembre de 1939, como hemos visto, anunciándole a Goebbels su intención de transferir a los judíos a una reserva al Este de Polonia, Hitler les planteó a estos un desafío: los

judíos tendrían que «mostrar si de verdad son capaces de construir»[1146]. Dos años más tarde, el 25 de octubre de 1941, durante una cena en presencia de Himmler y Heydrich, Hitler fue más categórico. Recordó su «profecía» y justificó la «desaparición» de los judíos de Europa por su responsabilidad en las dos guerras mundiales, con los millones de víctimas que habían dado como resultado. Después prosiguió de manera bastante sibilina: «No me digáis: ¿No podemos de todos modos enviarlos a pantanos? ¿Quién se preocupa entonces de nuestros hombres? Es bueno que nos preceda el temor de que nosotros exterminamos a los judíos. La tentativa de crear un Estado judío será un fracaso»[1147]. Cuando, diez días más tarde, Hitler afirmó que «nosotros [alemanes y europeos] podemos vivir sin los judíos, pero ellos no pueden vivir sin nosotros»[1148], no quería expresar otra cosa que la incapacidad judía para vivir de manera duradera por sí mismos, de manera no parasitaria. Él mismo acababa de afirmar: «Los judíos entre ellos: en cien años se habrán devorado los unos a los otros». El documental encargado por Goebbels es una ilustración a través de la imagen de esa autodevoración de los judíos.

¿«La zona de residencia judía en Varsovia»? Una reserva, sí, custodiada por alemanes, pero esos guardias son amables, corteses. Cuando los policías polacos golpean a un niño, ellos se interponen. Su papel se limita a la supervisión exterior. Por lo demás, los judíos son libres, se organizan como quieren. Hay una administración, que dirige el «jefe del consejo judío», que el cámara ha puesto en escena en sus despachos, redecorados para la ocasión. Hay una policía judía, que hace ejercicios, marcha al paso, tiene botas de cuero brillante: en ella se delega el ejercicio de la violencia legítima, que acaba volviéndose violencia ilegítima. Asimismo en el gueto habría espacio suficiente para que todo el mundo viviese a gusto en él, bastante alimento para que nadie tenga hambre, riqueza suficiente para crecer y fructificar.

Pero, en el «documental» los judíos, abandonados a su propia suerte, en lugar de trabajar por la felicidad de todos compartiendo y siendo solidarios, se han escindido en dos clases, dominantes y

dominados. Para los primeros, los apartamentos vastos y lujosos, vacíos, la platería y los vasos de cristal, la ropa cara, la embriaguez de la vida mundana y cultural, la felicidad de tomar el sol en sus tumbonas. Para los otros, los cuchitriles más infames, el cuenco vacío, las jaurías, la inmovilidad caquéctica bajo el sol. Por un lado, el perfume; por el otro, el escupitajo. La buena salud despreocupada y ociosa; la malnutrición, los cuerpos deformados de niños. Los niños que van por la calle cantando, pantalones cortos y chaqueta nueva, y los que, con su pañal manchado, son tan delgados y débiles que parecen temer hasta la luz. Los ricos y los pobres. Los explotadores y los explotados. La capa de pintura de la cultura occidental y el extremo retraso al desnudo. El presente de los recién llegados y el futuro de los *Ostjuden*. Los judíos y los judíos. «Los judíos consigo mismos».

Este contraste entre explotadores y explotados, parásitos y parasitados, no es solo un efecto de montaje, figura dentro de un plan. Hay una serie de planos sobrecogedores. La cámara avanza lentamente hacia dos judíos de pie que miran al objetivo: un hombre, de corbata negra y chaleco, con gesto severo, y un judío joven pasmado, sin duda uno devoto, con la chaqueta manchada por todas partes; un hombre grueso y bien vestido, contento consigo mismo, y un judío pobre, mal afeitado, con un cordel por cinturón para sostener una chaqueta que se deshace en harapos; una bella mujer morena, con vestido claro, con su collar de perlas, y una mujer de negro, sucia, con el rostro marcado, trágico; una, elegante que sobreactúa el desprecio y otra de más edad, de una pobreza extrema, con la ropa sucia, parcheada, deshilachada. El rico siempre está a la izquierda en la pantalla y el pobre a la derecha: el ojo pasa del uno al otro en el sentido de lectura, que también quiere ser el sentido de la historia. En otros planos, un niño mendiga, apoyado contra un escaparate que rebosa de productos raros. En las escenas de calle, se ha tomado la precaución de hacer que se alternen un hombre y una mujer elegantes y uno o dos judíos pobres, en andrajos, etc. De forma recurrente, el contraste se lleva más lejos. En las aceras, los pobres agonizan o se mueren de hambre. Nadie

les presta atención, todo el mundo pasa sin fijarse en ellos; están tan delgados que apenas son un obstáculo.

La cámara ha querido captar la muerte presente en todas partes. Una mortalidad masiva y explicada de forma didáctica. Por la odiosa desigualdad estructural de esta comunidad fantasmal, la pobreza es endémica. Conlleva numerosos muertos de hambre, como atestiguan los cuerpos descarnados de los pobres. La imagen que se graba del gueto es como un súmmum de suciedad y de falta de higiene: basura en la calle, en la que rebuscan con las manos desnudas, tugurios. Estos dos elementos acarrean naturalmente epidemias de tifus. Se muestra en pantalla un gráfico que ilustra la mortalidad en el gueto en el mes de marzo de 1942. Hay muertos por todas partes, e incluso en la muerte los judíos del gueto no corren todos el mismo destino. Unos tienen derecho a funerales solemnes, a los otros se les echa en fosas comunes en las que se acumulan los cadáveres esqueléticos. Pero no es solo el contraste lo que impacta, es la proporción: por cada rico llevado en su carroza fúnebre ricamente engalanada, decenas de muertos pobres, amontonados desnudos sobre carretas que se dirigen en convoyes a la fosa. Luego se les tirará por un tobogán abajo, ya no como muertos, sino como escombros.

Todo es falso. Se ha puesto en escena, se han multiplicado las tomas, se han escogido los ángulos y trabajado en la iluminación, se ha seleccionado a los figurantes. Se han imaginado situaciones y enseguida se ha buscado el que podría ser su contrapunto, los explotadores por un lado y los explotados por el otro. Se ha intentado mostrar el mayor número posible de aspectos de esta comunidad a la vez real e irreal: de las prácticas religiosas a las actividades seculares, de los espectáculos chic a la promiscuidad de los baños rituales donde viejos con barbas largas están junto a bellezas jóvenes en la *mikva*, desde la circuncisión sin higiene a la muerte sin *kaddish*. Todo es falso, pero la miseria existe, las epidemias generan miles de víctimas, hay aplastantes diferencias sociales, un fuerte sentimiento de clase y choques interculturales. Cuando cruza las calles, ese 29 de mayo, Czerniakow destaca los

amontonamientos de basuras y anota en su Diario al volver: «Con un nivel de civilización tan mediocre, el gueto no puede estar limpio. Desafortunadamente, las personas se comportan como cerdos. Se vengan siglos de negligencia. La desgracia y la miseria inmensa contribuyen a ello»[1149]. Algunos elementos son verdaderos, pero expuestos en relaciones falsas: el dueño es el alemán, el que dispara a los judíos si se atreven a salir de los límites del gueto, el que los mata de hambre, el que provoca las epidemias reuniendo a demasiadas personas en demasiado poco territorio; es el alemán el dueño de la vida y de la muerte, el que planifica y organiza la extinción de los judíos. Paul Celan decía: «La muerte es un amo venido de Alemania».

Todo es falso, ha pasado por el molinillo de la caricatura o de la invención antisemita. Pero todo es como verdadero. El film fue concebido como un documental guionizado y no como una ficción. Lo que se ve en pantalla —y esto es fundamental— es la manera en que Goebbels, sinceramente, se planteaba el futuro de los judíos alemanes deportados al Este, su «exterminio». El ministro de Propaganda no había ordenado el filme para ocultar el asesinato sistemático de los judíos, por la simple y llana razón de que entonces no sabía que existiese. Ese 30 de abril de 1942, no ignoraba que la deportación al Este en condiciones temibles conllevaría una mortalidad masiva y que todos en el aparato del Estado lo sabían, y lo podían entender. Es más, todos, y el ministro de Propaganda el primero, lo aprobaban. Pero Goebbels no sabía que Hitler y Himmler habían decidido matar *también* a los judíos alemanes. A partir de ese momento, los convoyes de judíos que llegasen a Minsk serían fusilados al llegar. Una parte de los deportados alemanes en el gueto de Lodz terminaría en camiones de gas en Chelmno. Pronto se empezaría a gasear a los judíos alemanes en Auschwitz. Y, a principios del mes de junio, los judíos alemanes deportados al Este ya no serían reinstalados en guetos, sino trasladados a campos de exterminio. Hitler, Himmler y sus subordinados habían tomado la precaución de no informar al aparato del Estado y a las élites políticas de ese vuelco al asesinato

indiscriminado. Goebbels no lo sabía y se recogijaba sin saber: «Me esfuerzo constantemente por enviar a cuantos más judíos mejor al Este; si están fuera del territorio del Reich no pueden dañarnos, *al menos por ahora*»[1150]. El secreto es lo que había permitido al ministro de Propaganda creer estar encargando un documental mientras que la «realidad» que escenificaría sería, ya entonces, una ficción.

Hemos visto cómo reaccionó Goebbels en agosto de 1942 al visionado de estas imágenes que después fueron archivadas en vistas de una utilización posterior, tras la victoria y la instauración de una dominación alemana duradera en el continente europeo. Engañado por su propia propaganda, escribía: «Los judíos se muestran aquí, con toda claridad, como un bubo pestilente en el cuerpo de la humanidad». Pero ignoramos si Goebbels se repensó su película, catorce meses más tarde, en octubre de 1943, cuando Himmler anunció en Posen que la «solución final de la cuestión» había sido un asesinato y que ese asesinato ya había concluido. Una vez pasada la sorpresa, habría podido decirse con ironía que su documental aún valía: siempre para explicar la desaparición de los judíos, pero escondiendo esta vez voluntariamente al pueblo alemán vencedor este acto monstruoso y transgresor que había sido el asesinato de los judíos. Concebido como un documental, este film habría podido ser utilizado como ficción bajo la forma de documental. Este uso potencial, también, era posible por el secreto: Himmler había desvelado el contenido criminal de la «solución final» solo a la élite, ordenándoles que nunca hablasen de ello. Debido al secreto de esta política, en la Europa nazi de los años 1960 o 1980, los espectadores de la película habrían podido recibir como un documental la ficción que Goebbels había mandado grabar. La victoria del Reich habría impedido que la palabra «exterminio» cobrase el significado que conocemos ahora y que hace tan complicada la comprensión de este pasado. Pero afortunadamente el Reich fue derrotado.

Como principal responsable de la concepción y ejecución de la «solución final de la cuestión judía», Himmler era quien había integrado en mayor profundidad su práctica cotidiana con el imperativo del secreto[1151]. El 20 de noviembre de 1942, escribió en los siguientes términos a su subordinado, el *SS-Gruppenführer* Heinrich Müller, jefe de la Gestapo: «Le envío en anexo una información muy interesante sobre un recuerdo del Dr. Wise de septiembre de 1942. 1) No me extrañaría que tales rumores sobre el gran movimiento de emigración de los judíos llegasen un día a circular por el mundo. Los dos sabemos que entre los judíos empleados en el trabajo se observa una tasa de mortalidad acrecentada. 2) Tendréis que asegurarme que en cada lugar los cadáveres de esos judíos muertos sean incinerados o enterrados y que en ningún sitio se haga otra cosa con los cadáveres. 3) Ordene inmediatamente y en todas partes una investigación para determinar si, en cualquier entorno, ha tenido lugar algún tipo de abuso como el evocado en el punto 1 y que se ha extendido de manera falaz por todo el mundo. Cualquier abuso de este tipo me debe ser transmitido bajo juramento-SS»[1152].

El informe anexo no ha llegado a nosotros. Otros documentos, sin embargo, nos permiten comprender de qué se trataba. El 3 de septiembre, Isaac Sternbuch, representante en Suiza de una organización judía ortodoxa, envió al jefe neoyorkino de esta organización, Jacob Rosenheim, un telegrama alarmista. Los nazis estaban evacuando el gueto de Varsovia y matando «de manera bestial en torno a cien mil judíos», y los judíos deportados desde otros países de Europa conocerían el mismo destino. Sternbuch añadió: «Con los cuerpos de las víctimas se fabrican jabones y abonos artificiales»[1153]. Estas informaciones se discutieron en Nueva York desde el día siguiente, durante una gran reunión de las más importantes organizaciones judías estadounidenses. Eran aún más

turbadoras para el presidente del Congreso Judío Mundial, el rabino Stephen Wise, que había recibido unos días antes el telegrama de Riegner. Wise, sin embargo, tenía sus dudas, sin duda sobre el tema de la transformación de los cadáveres, y llegó a reprochar a Rosenheim que difundiera falsas noticias[1154]. Los rumores sobre las supuestas atrocidades no habían faltado durante la Primera Guerra Mundial[1155], y esta experiencia había tenido una influencia importante sobre la recepción de información en apariencia extravagante durante la Segunda[1156] (de hecho, el rumor sobre la transformación de los cadáveres era infundado[1157]). Los servicios de espionaje alemanes en Estados Unidos probablemente notaron la agitación de las organizaciones judías e informaron a Berlín, mencionando un informe de Wise que quizá no existía. El 20 de noviembre, Walter Schellenberg, responsable de la sección de contraespionaje del SD, se vio con Himmler y le transmitió probablemente el informe de sus servicios[1158], ya que fue el mismo día que Himmler dirigió la carta a su subordinado Müller.

Para el historiador Bernward Dörner, esta carta ilustraba la utilización del lenguaje codificado en sí mismo, incluso entre los más altos responsables de la masacre. A pesar de todo, este uso le parecía extraño, como atestigua el comentario en que intentaba encontrar un aspecto racional a estas rarezas: «De manera característica, Himmler no puede evitar emplear ante Müller las perífrasis [de disimulo], cuando los dos figuraban entre las personas mejor informadas acerca del Holocausto y su carta estaba clasificada como "Asunto secreto del comando" (*Geheime Kommandosache*). La manera que tenía de expresarse no mostraba inmediatamente el secreto. Quizá quería indicar con claridad que el asesinato de los judíos debía seguir tratándose como un tabú, aunque cada vez se parecía más a un secreto de polichinela»[1159]. Resulta indudable que Dörner tiene razón cuando indica que la codificación no revelaba *inmediatamente* el secreto, aunque podamos interrogarnos por la interpretación que propone. Porque si la codificación en sí constituía un mensaje, ese mensaje, en cualquier caso, no iba dirigido al jefe de la Gestapo.

Ese 20 de noviembre, Himmler estaba en el campo, a cincuenta kilómetros al sur de Múnich, mientras que su subordinado se había quedado en Berlín. Se tomaba muy en serio las informaciones atribuidas a Wise: no podía descartar que, efectivamente, en uno u otro lugar hubieran utilizado los cadáveres de los judíos exterminados de manera inapropiada. Era indispensable llevar a cabo una investigación. Para dar más peso a esa orden urgente, Himmler decidió ponerlo por escrito e incluso hizo referencia solemne al juramento SS. Incluso en el nazismo parecía que aún había cosas que no se podían hacer. Sin embargo, el rumor ponía al *Reichsführer* en una posición delicada. Para hablar de su transformación en jabón, tenía que hablar claramente de cadáveres. Por tanto tuvo que encontrar una larga explicación para su existencia: «Los dos sabemos que, entre los judíos que se han empleado en el trabajo, se ha observado una tasa de mortalidad mayor». Claro está que se empleaba la mano de obra judía en el trabajo forzado y esto conllevaba la muerte de muchos trabajadores[1160]. Nada que no fuera del todo normal —de hecho, era lo que todo el mundo creía en aquel momento, Goebbels el primero —. ¿A quién se dirigía, entonces, la ficción? No a Müller ni a los otros miembros del aparato policial: esos ya lo sabían todo. Tampoco a otras ramas del aparato del Estado: el correo estaba protegido por un grado más alto de secreto y no debía circular. No, al encontrar una explicación plausible y menos sangrante que el asesinato, Himmler escribía pensando en los archivos, con el futuro en el punto de mira.

Se puede detectar esta misma preocupación en numerosos documentos más o menos similares que escaparon a la destrucción: en resumen, cada vez que *hablaba* de asesinato, escribía traslado. En junio de 1943, Himmler transcribió, para sus colaboradores más próximos, el resultado de su reunión con Hitler: «En respuesta a lo que he expuesto acerca de la cuestión judía, el *Führer* indica que la evacuación de los judíos se debe realizar de manera radical»[1161]. Como hemos visto, esta instrucción significaba la liquidación de todos los campos de trabajadores judíos que seguían en

funcionamiento en el Gobierno General y terminaba en la operación *Erntefest*, que, el 3 de noviembre de 1943, se saldó con cuarenta y tres mil víctimas en Majdanek[1162]. Pero el caso más impactante es seguramente el de las notas personales en las que, preparando las entrevistas con su jefe, Himmler leía los puntos que figuraban en el orden del día. En septiembre de 1942, como hemos visto, preveía, por ejemplo, hablar de la «emigración de los judíos», preguntándose justo después: «¿Cómo continuar?»[1163]. Hitler respondió a la pregunta de varias maneras: había reprobado el plan ideado por Himmler de construir en suelo alemán vastos campos-fábricas para los judíos, lo que reducía en mucho la posibilidad de supervivencia de estos, y ordenó dirigirse con resolución a los diferentes países europeos aliados de Alemania para convencerlos de deportar a sus judíos en masa al Este[1164]. En los dos casos, se trataba por tanto de matar a cientos y cientos de miles de judíos en las cámaras de gas de los campos de exterminio. Las notas de Himmler en una hoja suelta eran a la vez personales y confidenciales. Tomaban la forma de recordatorios lanzados a vuelapluma sobre el papel. Sin embargo, cometeríamos un error reduciéndolos a su simple función inmediata. Desde el momento en que Himmler usó esa perífrasis mentirosa, esa codificación, para hablar del asesinato de los judíos, es porque preveía transmitirlo a los archivos, esa concretización de una entidad inmaterial, el futuro.

Esta preocupación por los archivos se encuentra también ilustrada por un documento célebre, el «informe Korherr», del que ya hemos hablado[1165]. A mediados de enero de 1943, Himmler encargó a un estadístico profesional de la SS, Richard Korherr, que redactase un balance de etapa de la realización de la «solución final» a fecha de 31 de diciembre de 1942. Un primer informe de dieciséis páginas se terminó el 23 de marzo y fue transmitido a Himmler, que reaccionó en dos tiempos. El 1 de abril, pidió a Korherr, a través del jefe de la RSHA, una versión resumida explícitamente destinada a Hitler[1166]. Podemos suponer que esta petición era el resultado de una lectura por encima del documento, porque la verdadera reacción del responsable de la política antijudía tuvo lugar

más tarde. El 10 de abril, de hecho, hizo acusar la recepción del informe al autor y ordenó un cambio: en ningún lugar había que emplear la expresión «tratamiento especial de los judíos». A sus ojos, la expresión se había vuelto demasiado clara. Sin embargo, sus servicios habían tomado la precaución de reservarla para la correspondencia interna y de prohibir su uso externo aunque, tres trimestres antes, los diplomáticos de Asuntos Exteriores ya no eran capaces de descifrarla. Himmler proponía por tanto un circunloquio para este uso en concreto: tantos judíos de las «provincias del Este» habían sido «enviados a campos del Gobierno General», tantos otros «a los campos de Warthegau»[1167]. En anexo figuraba un ejemplar firmado por Himmler que Korherr tenía que corregir mecanografiando otra vez la página incorrecta antes de enviarlo todo de nuevo. De acuerdo con Eichmann, el informe, dactilografiado en una máquina especial de letras grandes, regresaría con la nota: «El *Führer* ha tomado nota: destruidlo. H. H.»[1168]. Ignoramos, en realidad, por qué este documento no ha llegado a nosotros: quizá fue destruido mucho más tarde, cuando ya no cabía duda de la derrota.

Sin embargo, otro ejemplar escapó a la destrucción: el que Korherr envió a la RSHA para que lo dactilografiaran. Este célebre documento es aún más interesante en la medida en que muestra que la codificación, aunque imperativa, podía contener errores. De hecho, Korherr se había contentado con hacer la corrección solicitada por Himmler sin verificar si había empleado la expresión «*Sonderbehandlung*» («trato especial») en otro lugar. Sin embargo, aparecía en la página siguiente. En ella, de forma incoherente, el balance de las «evacuaciones» comprendía a la vez la deportación a Theresienstadt, el «tratamiento especial» de los judíos en las regiones antiguamente polacas, la deportación de los judíos alemanes y europeos al Este y una expulsión de poca amplitud a Francia, en 1940[1169]. Este error por sí solo contradice, en mi opinión, la vieja idea de que el aparato del Estado nazi habría mantenido una práctica tan perfecta del secreto que este no podría haber tenido un reflejo en los archivos. El 9 de abril de 1943, un día, por tanto, antes

de que Korherr terminase esa segunda versión imperfecta, Himmler habló del trabajo del estadístico con Kaltenbrunner: «Considero este informe como muy buen material eventual para tiempos futuros, es decir, cuando termine la ocultación. Por ahora, no debe hacerse público ni transmitirse»[1170]. Ni destruirse, tendríamos la tentación de añadir.

Esta carta a Kaltenbrunner muestra, de hecho, que la constitución de estos archivos sobre la «solución final» no era solo el resultado mecánico del funcionamiento administrativo: había en ella, en segundo plano, la perspectiva de desvelarlo *a posteriori*. Con sus documentos trucados, sus notas personales sesgadas —pero también haciendo desaparecer las huellas del crimen, gracias al «Comando 1005», encargado de destruir todas las fosas comunes[1171] — Himmler establecía en cierta medida un derecho preferente sobre el futuro. Bien pulidos, los archivos permitían establecer 1) un vasto traslado de judíos al Este (descrito por numerosas expresiones en clave); 2) acompañado de una fuerte mortalidad natural (reconocida en la carta a Müller) que había terminado con un resultado visible: la extinción total de los judíos en Europa. Una descripción como esta era congruente con el documental/ficción solicitado por Goebbels. El corazón del dispositivo, que también era su parte más transgresora, el asesinato, se encontraría vacío.

Me parece, no obstante, que el propio gesto de constituir intencionadamente un fondo de archivo revela una tensión, una ambivalencia. Aquello de lo que Himmler conservaba la huella era a la vez la realidad del hecho y la ficción o, por decirlo mejor, la realidad *debido a* la ficción[1172].

Esta tensión también se encuentra expuesta de manera ejemplar en los grandes discursos de Himmler en Posen, en octubre de 1943. Entonces, como hemos visto, rompió el silencio, desveló el complot, deseufemizó el asesinato. En esa serie de anuncios había una

contradicción. A los más altos dignatarios del partido les dijo, por ejemplo: «Les pido encarecidamente no hacer nada más que escuchar lo que les digo y no volver a hablar de ello [...]. A partir de ahora quedan al corriente y se lo guardarán para ustedes». O aún más: «Creo que es mejor que nosotros, todos nosotros, hayamos asumido esta carga sobre nuestros hombros [...] y que nos llevemos el secreto con nosotros a la tumba»[1173]. Ante los más altos responsables de la SS, dos días antes, no había iniciado el tema de otra manera: «Quiero hablar aquí, entre nosotros, con total franqueza de un tema particularmente grave. Solo debemos decirlo una vez entre nosotros y, a pesar de eso, nunca hablaremos de ello en público»[1174].

Himmler afirmaba así bien alto y claro querer mantener en torno al asesinato de los judíos el secreto más absoluto. Pero, al mismo tiempo, no hacía sino aumentar el número de depositarios, haciendo que fuera más difícil conservarlo. Porque, como veremos, después de Posen multiplicó los discursos ante militares de más alto rango: centenares de personas habían sido informadas por él del asesinato. Se puede intentar explicar esta contradicción de varias maneras. Es legítimo por tanto destacar que estos anuncios fueron concebidos para producir un efecto, para permitir la creación de una comunidad criminal que no tenía más salvación que la victoria[1175]: se entendía que este objetivo era deseable, por tanto, y más decisivo que la conservación del secreto, algo que se volvió menos necesario una vez terminada la operación. Otra vía consistiría en efectuar una distinción entre la transmisión oral y el secreto escrito. Esta oposición parece confirmada por el hecho de que, en sus notas preparatorias en las que listaba los temas que debía tratar durante el discurso ante la SS, Himmler indicó «*Judenevakuierung*», «evacuación de los judíos»[1176], allí donde hablaría con claridad de su asesinato. De esta manera habría conservado por escrito una codificación de la que prescindió de forma hablada.

Sin embargo, una distinción como esta no se sostiene en la medida en que Himmler ponía un cuidado extremadamente celoso en mantener sus discursos explícitos y sus archivos codificados. Si

no estaban directamente estenografiados, los discursos se grababan en discos. Y no se trataba de una toma de sonido salvaje, que habría escapado al orador. Ante los responsables de la SS, el 4 de octubre de 1943, Himmler se interrumpió después de algunas frases, hizo que el grabador retrocediese y lo escuchó, para estar seguro de que todo estaba efectivamente grabado[1177]. Pero eso no es todo: los discursos se transcribían después, se corregían varias veces y después se le hacían llegar a Himmler, quien podía modificar aún una u otra frase[1178]. En el caso del discurso en Posen ante la SS, Himmler hizo una corrección: la «página de gloria» que, de forma hablada, nunca «se había mencionado y no debería mencionarse nunca» se convertía en la transcripción revisada en «una página que nunca se ha escrito y que nunca deberá escribirse»[1179]. Este doble paso de lo oral a lo escrito es explícito. Himmler había escogido *no* destruir sus discursos, ni siquiera, aunque le gustase hacerlo, expurgarlos. En resumen, reservaba en los archivos un lugar tanto para la realidad como para la ficción.

¿Y cómo podría haber sido de otra manera? A Himmler, de hecho, le gustaba creer que existía quizás otra posibilidad que no fuera el olvido, la desaparición de la memoria del crimen. Con la mayor solemnidad, se abrió ante los responsables del partido: «Ustedes, que son los más altos responsables, los más altos dignatarios del partido, de este orden político, de este instrumento político del *Führer*». Después de haber impuesto a sus camaradas que se guardasen las revelaciones para sí, antes de abogar por llevar el secreto a la tumba, explicó: «Más adelante quizá podremos reflexionar si un día hay que decirle más sobre esto al pueblo alemán»[1180]. Una decisión como esta era de orden político, y es la razón por la que solo la planteó ante esta asamblea. La decisión solo se tomaría mucho tiempo después, quizá generaciones más tarde, por qué no, por la misma asamblea, en la Alemania victoriosa encauzada hacia un milenio imperial. En ese instante lejano, ¿qué mejor que la ficción podría reconstruir la realidad? Con el informe Korherr se conocerían las cifras hasta la unidad, casi; se sabría que Himmler no toleró un uso inapropiado de los cadáveres. El pacto

ficcional, efectuado a la vez en los archivos y en las tierras polacas y soviéticas con la destrucción de las fosas, habría podido no ser más que una medida de conservación, destinada a acomodar distintas opciones: reivindicación o negación.

La ambivalencia de Himmler se explica, en mi opinión, por el orgullo que sentía por haber llevado a cabo la «solución final de la cuestión judía» de la manera en que la llevó a cabo. Su orgullo era proporcional a la rudeza de la tarea cumplida, y no se privó de subrayar esta dificultad de forma insistente en los discursos en los que lo desveló, tanto en Posen como en otros lugares. A los más altos responsables del partido, les explicó: esta ha sido «la cuestión más difícil de mi vida», «la cosa más dura que hayamos conocido hasta ahora», etc. Ante los más altos responsables de la SS, podía, para ilustrarlo mejor, apelar a una experiencia compartida: «Entre vosotros, la mayoría sabe ya qué son cien cadáveres yaciendo juntos, o quinientos, o cuándo yacen mil. Haber perseverado sin descanso —aparte de las excepciones debidas a la debilidad humana — y seguir siendo decentes, esto nos ha vuelto duros. Esta es una página de gloria de nuestra historia, una página que nunca se ha escrito y que nunca se escribirá»[1181].

En esta «página de gloria» se inscribían a la vez el resultado de la acción y la pretendida valentía de quienes la habían realizado. Con sus generales SS, que habían vertido la sangre judía, y solo con ellos, ya que la compartían, Himmler podía hablar libremente de su gloria, de la gloria de todos ellos. En la sala, muchos debieron aprobar lo que decía. Si el *SS-Gruppenfürher* Odilo Globocnik, enviado a Italia dos semanas antes, hubiera estado allí, habría aplaudido. Más de un millón y medio de judíos polacos habían sido asesinados en los tres campos de la operación Reinhardt de la que él era responsable. En agosto de 1942, mientras se enviaban cada día desde Varsovia a más judíos a Treblinka de los que el campo era capaz de asesinar, explicaba con orgullo a un SS de paso: «Soy de la opinión de que deberíamos enterrar [en las fosas comunes] tablas de bronce en las que se diga que somos nosotros, nosotros, quienes tenemos la valentía de cumplir esta gran obra tan necesaria»[1182]. La

misma idea, decididamente: la de una gloria que solo sería reconocida mucho tiempo después.

Sin embargo, Himmler no tardaría en saborear las primeras mieles de esta gloria. Los dos discursos de Posen, a principios del mes de octubre de 1943, habrían podido dejar suponer, debido a las precauciones extremas tomadas por el orador y las prohibiciones que imponía, que Himmler no volvería a abordar la cuestión públicamente. Después de todo, se había dirigido a dos colectivos que le parecían los más importantes, el de los verdugos, los que habían matado a los judíos, y el del partido, que encarnaba la esencia del régimen. La acogida recibida estaba a la medida de la gravedad con la que él mismo había hablado del crimen. Schirach indicó treinta años después que «un silencio sepulcral reinaba en la sala mientras Himmler hablaba». Quizás haya algo de defensa en esta descripción. Sin embargo, dos días antes, Himmler se expresó ante los más altos rangos de la SS. En la cinta no se escuchan aclamaciones ni aplausos. El tono del propio orador, más maestro de escuela que tribuno, parecía impedir que el auditorio reaccionase a su discurso. Sin embargo, fueran cuales fueran sus temores, ese discurso debió transcurrir mejor de lo que Himmler se esperaba, ya que no tardó en hablar del asesinato de los judíos ante otras asambleas.

Antes de nada, Himmler hizo acopio de prudencia. El 14 de octubre siguiente, ante los generales de la Wehrmacht, se contentó con mencionarlo de pasada. Redactaba la lista de los enemigos del Reich, en cuyo primer rango, antes de los francmasones, los nacionalistas y los pueblos inferiores, figuraba el «judaísmo». Apenas dijo esto, encadenó: «Pues bien, hoy hay personas que dicen que no tendríamos que haber tratado así a los judíos». Himmler, entonces, justificó ese «trato» recordando que los judíos, durante la guerra anterior, habían evitado masivamente el frente, habían controlado las industrias de guerra y se habían enriquecido, y que habían hecho todo eso para precipitar la caída de Alemania. «El judío de entonces era el mismo que el de hoy. Cada organización con el objetivo de destruir a Alemania, actuase de una manera u

otra para vencer, la dirigía un judío, fuera demócrata, espartaquista o miembro de los consejos obreros»[1183]. En resumen, los judíos habían causado la derrota y la revolución de 1918-1919, no había que darles esa oportunidad esta vez. Refiriéndose a la reprobación que había podido suscitar la solución dada al «problema judío», Himmler se refería de manera implícita al asesinato.

Dos meses más tarde, el 16 de diciembre de 1943, esta vez ante comandantes de la marina de guerra, Himmler se aventuró más allá. Habló, sí, de la «solución final» como de un traslado: «Tantos y tantos judíos han sido deportados al Este. Migraciones étnicas parecidas a aquellas que designamos con grandes nombres en los libros de historia se han producido durante esta evolución locamente rápida». Pero también habló de manera muy explícita del asesinato: «Cuando me vi obligado a dar en un pueblo la orden de marchar contra los partisanos y contra los comisarios judíos —lo digo ante este auditorio y mis palabras solo se dirigen a él— di sistemáticamente la orden de matar también a las mujeres e hijos de esos partisanos y comisarios judíos»[1184]. Si la frase, en líneas generales, es similar a la desarrollada en Posen tres meses antes, el contexto en el que Himmler inscribía este asesinato reducía sin embargo considerablemente el alcance: a lo que aludía era a la liquidación de los *Ostjuden* soviéticos por los *Einsatzgruppen* o las unidades que luchaban contra las bandas de partisanos, y no a una política de asesinato sistemático, ya que al lado del asesinato se suponía que había estado el traslado. Himmler permanecía, al menos a medias, en el secreto.

Dio el paso definitivo un mes más tarde, el 26 de enero de 1944, de nuevo en Posen. Más de doscientos generales se reunieron en el teatro municipal, donde escucharon primero a Göring y después a Himmler. No disponemos de la transcripción del discurso de este último, solo de las notas preparatorias del orador. Uno de los temas a tratar era la «cuestión judía», que se resumía de la siguiente manera: «En el [Gobierno General], gran tranquilidad desde la solución de [la] cuestión judía», después «Combate racial. Solución total. No dejar nacer venganzas contra nuestros hijos»[1185]. Himmler

se había resuelto finalmente a hablar ante los más altos rangos militares en términos similares a los que había empleado ante los más altos responsables del partido y de la SS: como se trataba de un «combate racial», la solución que se le había dado era «total», había presentado la «solución final» como un asesinato sistemático, ya terminado. De hecho es lo que los diferentes oyentes indicaron después de la guerra. Uno de ellos se acordaba: «Himmler dijo que todos los judíos, incluidas mujeres y niños, serían exterminados»[1186]. Otro resumía la intervención de Himmler de la siguiente manera: «Cuando el *Führer* me dio la orden de llevar a cabo la solución total de la cuestión judía, primero dudé [ante la dureza de la tarea]. Desde entonces, la misión se ha llevado a buen puerto y ya no hay cuestión judía»[1187]. Los más altos responsables de la Wehrmacht formaban parte desde entonces del círculo de portadores del secreto.

Lo más sorpendente, en realidad, fue la reacción de los generales. Quizá Himmler había abandonado su tono doctoral y se había transformado en un ordador capaz de enardecer a las masas. Quizá tomó menos precauciones, quizá solicitó menor gravedad. Quizás hubo un efecto de masa y un efecto de sala. En cualquier caso, el público aplaudió con todas sus fuerzas al *Reichsführer* tras anunciar el asesinato de los judíos: «Los generales y los almirantes se levantaron y se desencadenaron los aplausos», contó un testigo[1188], mientras que otro afirmó que solo cinco generales no aplaudieron[1189]. De hecho, la escena se repitió el 24 de mayo de 1944 en Sonthofen ante una asamblea similar. Himmler se lanzó diciendo: «Otro problema que ha desempeñado un papel determinante para la seguridad del Reich y de Europa es el problema judío. Ha sido resuelto conforme a la razón y de acuerdo con las órdenes: sin ambages». Y tuvo que interrumpirse, como indica la transcripción que recoge ese momento preciso: «Aplausos»[1190], después de los cuales Himmler habló por extenso del crimen.

Esas sonoras manifestaciones de aprobación —que, por ironías de la historia, están recogidas no por la SS sino por la Wehrmacht, ese supuesto garante de la moral alemana— nos invitan

inevitablemente a poner de nuevo en cuestión la necesidad del complot. Como he explicado antes, este fue llevado a cabo por Hitler y Himmler por el carácter transgresor del asesinato generalizado y para evitar una exposición demasiado directa de los agentes a la realidad de la política ejecutada y una gran y muy rápida divulgación del secreto por simple efecto mecánico. En última instancia, la eventual reprobación del asesinato total no debía transformarse en una razón de actuar para los actores, no debía conducirlos a obstaculizarlo o a impedirles realizar la solución final. Nos equivocaríamos si viésemos en la elección de este dispositivo un indicador fiable de la permanencia de las normas morales en la población alemana y en sus élites. Solo nos permite conocer la manera en que Hitler y Himmler, en ese momento concreto, durante la primavera de 1942, evaluaron la situación. Y no podemos descartar que se equivocasen, es decir, que creyesen necesario pasar por un complot que en realidad era inútil.

Sin duda, la perspectiva de una derrota era incomparablemente más fuerte en la primavera de 1944 que unos años antes. Y la amplificación ineludible de esta amenaza había modificado sensiblemente en Alemania la línea entre lo que era justo —o también lo que era bárbaro— de lo que no lo era, lo que se podía hacer de lo que no. La guerra, en realidad, no había empezado en 1939 porque todo había sido demasiado fácil, sino en 1941. En 1942, todavía se estaba en el primer año de guerra, y las pérdidas eran limitadas. En 1944, las cosas iban de una manera muy distinta. La posibilidad de una destrucción de Alemania ya no solo era un argumento ideológico repetido hasta la saciedad por la propaganda para galvanizar a las tropas y al pueblo; se había convertido en algo real en Estalingrado y en otros lugares, y se comprendía mejor lo que suponía en términos de sufrimiento y de muerte. Quizá de esta manera se era más proclive en 1944 a no encontrar anormal el asesinato de los judíos, e incluso a justificarlo y a verlo útil, incluso a aprobarlo con entusiasmo. Pero esto no es más que una hipótesis.

Lo que es turbador, en ese periodo en el que, entre octubre de 1943 y junio de 1944, el asesinato de los judíos fue revelado de

manera oficial por Himmler o Hitler, es la facilidad con la que el reconocimiento de esta transgresión supuestamente radical fue aceptado. Y es posible que debido a esta misma facilidad Himmler se resolviese, contrariamente a lo que había podido pensar en un principio en Posen, a extender cada vez más el círculo de portadores del secreto —por cientos— hasta poder tocar con el dedo, bajo sus aplausos frenéticos, la gloria que pensaba íntimamente que era suya. Porque aunque aceptemos, como propongo, la suposición de que Goebbels, por ejemplo, aún se sorprendió en octubre de 1943 y hasta le impactó que el límite que representaba el asesinato de los judíos alemanes se hubiese franqueado, es necesario constatar que necesitó unos instantes solo para aprobar ese paso antes de alegrarse finalmente por ese nuevo puente quemado. De la misma manera, en marzo de 1942, calificó el destino de los judíos polacos de «bárbaro», lo que mostraba, sin lugar a dudas, su turbación en cuanto a la naturaleza criminal del programa en sí, pero también en esto, ya entonces, le bastó con razonar, con apelar a su propia retórica ideológica para convencerse del buen fondo de ese asesinato. El Diario nos permite así una comprensión íntima de los mecanismos que operan en ese consentimiento.

Por su Diario, Goebbels, mejor que Speer, Backe o Bormann, podrá aparecer una vez más como un modelo, pero otro tipo de modelo, uno que permite actualizar la fragilidad tras las barreras morales y la facilidad con la que se derribaron[1191].

A medida que crecía la certeza de la derrota, la tensión entre negación y reivindicación se hizo aún más fuerte. A principios de 1945, Himmler ordenó a Eichmann que destruyera todo lo relacionado con el trabajo de sus servicios, decenas de miles de documentos[1192]. Pero algunos de ellos, mal clasificados o transmitidos a otros servicios, se escaparon de las llamas, lo que nos permite reconstruir, como he intentado hacer aquí, la historia de la

«solución final de la cuestión judía» y de su secreto. Más escasos fueron los responsables que, como Goebbels, hicieron, al contrario, todo porque sus papeles los sobreviviesen. Disponemos del diario íntegro de Goebbels gracias al microfichaje realizado a instancias del autor en otoño de 1944[1193]: ese diario tan precioso que contenía «toda su vida y toda su época»[1194], pero también la prueba indudable de su aquiescencia sistemática al asesinato de los judíos y los diferentes momentos en que fue informado. El 14 de marzo de 1945, aún escribió: «Cuando se tiene el poder, a los judíos hay que molerlos a palos como si fuesen ratas. En Alemania ya nos hemos ocupado bastante de ello, gracias a Dios. Espero que el mundo tome nota»[1195].

Hitler no era de una opinión distinta. Ante Martin Bormann, el 2 de abril de 1945, intentó imaginar la Alemania de después, la de después de la inevitable derrota, la de después de su suicidio programado y el hundimiento de su régimen: «Replegado sobre sí mismo, amortajado, viviendo en vela, el pueblo alemán tendrá que esforzarse por respetar espontáneamente las normas que le hemos dado. En un mundo que estará cada vez más pervertido por el veneno judío, un pueblo inmune a este veneno debe terminar, a la larga, por vencerlo». Ante este futuro sombrío, un pensamiento lo reconfortaba: «Desde este punto de vista, el hecho de haber eliminado a los judíos de Alemania y de Europa Central seguirá siendo un título de reconocimiento eterno para el nacional-socialismo»[1196].

Tres semanas más tarde, el 29 de abril, fue el momento de redactar su testamento político. Ante la historia, para las generaciones futuras, volvió a querer fijar lo que había sido su lucha. Se lanzó a ello: se había dedicado en cuerpo y alma a Alemania, no era responsable de la Segunda Guerra Mundial, etc. Los responsables, entonces y siempre, eran los judíos, «el judaísmo internacional y sus acólitos». Solo hicieron falta unas líneas para que apareciera la palabra «judío»; esta palabra sería también la última. Hitler, de hecho, concluyó: «Por encima de todo, recomiendo a los dirigentes de la nación y a sus súbditos que observen

meticulosamente las leyes raciales y que permanezcan implacables ante el envenenador de todos los pueblos, el judaísmo internacional».

El pasaje más importante sobre el asesinato de los judíos llegaba en la tercera página. Hitler hablaba de sus pretendidas iniciativas de paz efectuadas sin éxito antes de la guerra. Y proseguía: «No he dejado que subsista ninguna duda. Si las naciones europeas deben ser consideradas de nuevo como simples paquetes de acciones por esos conspiradores monetarios y financieros internacionales, entonces esa raza, que es realmente culpable de este combate a muerte, será también llamada a saldar sus cuentas: ¡los judíos! Tampoco he ocultado que esta vez millones de niños de los pueblos arios de Europa no morirían de hambre, millones de hombres adultos no irían a la muerte y cientos de miles de mujeres y niños no morirían quemados y aplastados bajo bombas en las ciudades sin que el verdadero culpable debiera expiar su culpabilidad, aunque fuera por medios más humanos»[1197].

Se trataba de una alusión transparente a la «profecía» que había lanzado en enero de 1939. Seis años más tarde, había perdido todo su carácter profético, y con razón. Nada había sucedido como Hitler lo imaginó: pensaba que una ola antisemita iba a apoderarse de Europa, que todos los aliados del Reich cooperarían en la ejecución de la «solución final», que el final de los judíos en el continente sería un obra colectiva. Sin embargo, si bien todos llevaron a cabo una política antijudía innoble, los regímenes aliados de Alemania fundamentalmente tomaron distancia respecto a la «solución final»: rechazo simple y llano, temporización o mala voluntad, según el caso. El asesinato de los judíos había sido un crimen, ante todo, alemán, y en consecuencia contrario a la lógica inherente a la profecía. Porque, si es el propio profeta quien lleva a cabo su profecía, entonces esta no merece tal nombre y se trata de un simple impostor.

Ya no era una profecía, ya no era nada más que un «exterminio» o una «aniquilación». Estas dos últimas palabras, esas dos palabras que había empleado con tanta constancia y tanto énfasis, esas dos

palabras habían desaparecido. Quizá Hitler se dio cuenta de que no querían decir nada, que habían perdido su significado. Bajo su impulso, la «exterminación del judío» había adoptado una forma que su acepción habitual no preveía: ya no una extinción más o menos rápida o completa, sino un asesinato sistemático. Desde ese momento le estaba prohibido, por todas las divergencias que habían tomado, oponer el destino de los alemanes al de los judíos designándolos a través de un único término. Seguramente pensaba que Alemania iba a conocer una forma de «exterminio», y sus confidencias a Bormann lo muestran bien: sus mejores miembros, por millones, murieron en el frente, una parte de la población había sucumbido a los bombardeos y a la hambruna, los soldados del Ejército Rojo violaban a las mujeres alemanas, la ocupación del territorio por dos bloques aliados pero antagonistas conduciría a la partición del país, las élites nazis serían eliminadas, y todo se haría para que la ideología nacional-socialista, que se encontraba en el corazón de la comunidad popular alemana tal y como él la concebía, desapareciese de manera tan definitiva como él, Hitler, iba a desaparecer. Como entidad político-espiritual, el «pueblo alemán» iba a conocer este destino funesto, este «exterminio» que él había blandido como amenaza para galvanizar a ese mismo pueblo, una amenaza en la que aún no podía dejar de pensar el 2 de abril «con horror»[1198]. Pero este «exterminio» no se podía comparar con el «exterminio» en el sentido contemporáneo del término que había golpeado a los judíos.

Entonces Hitler no habló, refiriéndose a los judíos, de «exterminio»: dijo «saldar cuentas», «expiar sus pecados». Después de todo, también habría podido negarlo: aprovechándose del secreto desarrollado, de los archivos destruidos y de las fosas vacías, habría sido fácil para él anunciar que, con él muerto, los judíos no dejarían de inventar con todas sus piezas un crimen que él no había cometido, que anegarían sus medios de comunicación de relatos de atrocidades falsas, que se acusaría sin razón a Alemania de una masacre tan enorme que resultaría increíble. Pero Hitler no lo negó. Puso en paralelo a los millones de muertos alemanes y a la

«expiación» del «verdadero culpable», reconociendo de manera implícita millones de víctimas judías. Aún se preocupó de tergiversar el paralelismo. Estas muertes habían sido diferentes: por un lado, la brutalidad de la hambruna, de los combates sin piedad, de los campos de bombas; por el otro, «medios más humanos». Esta precisión que, a mi modo de ver, solo puede remitir a las cámaras de gas, es importante: hasta el último momento, Hitler intentó, en suma, reducir el carácter transgresor del asesinato haciendo creer que ese método concebido para proteger la sensibilidad de los verdugos había proporcionado a los judíos un asesinato más dulce.

La derrota había acortado el tiempo. La decisión que las generaciones alemanas posteriores habrían debido tomar —hablar de ello o callar— resultó vencida antes de tiempo. En su búnker, asediado, en el centro de un imperio deshecho, Hitler, ante la historia, no solo asumió el asesinato de los judíos, sino que lo reivindicó.

Esta «página de gloria», equívoca y oculta por tanto tiempo, había que escribirla.

Berlín-París, 2008-2011

NOTAS

[1] Sobre la relación entre el historiador y su objeto de estudio, véase Florent Brayard, «La longue fréquentation des morts. Browning, Kershaw, Friedländer», *Annales*, 64º año, nº 5, septiembre-octubre de 2009. La cita ha sido extraída de Annette Wieviorka, *Auschwitz, 60 ans après*, París, R. Laffont, 2005, p. 11 (N. del T.: La traducción es propia).

[2] Esta misión ha sido magistralmente datada por Christian Gerlach, «The Eichmann Interrogations in Holocaust Historiography», *Holocaust and Genocide Studies*, vol. 15, nº 3, invierno de 2001. La contestación de Christopher Browning no me parece convincente en su estado actual («Perpetrator Testimony, Another Look at Adolf Eichmann», *Collected Memories, Holocaust History and Postwar Testimonies*, Madison, University of Visconsin, 2003).

[3] Adolf Eichmann, «Götzen», archivos de Yad Vashem, Jerusalén. Sobre los dos primeros campos, pp. 175 y 179. Respecto a Auschwitz, véase el interrogatorio de Eichmann por Avner Less, a fecha de 6 de junio de 1960, State of Israël, Ministry of Justice, *The trial of Adolf Eichmann*, Jerusalén, 1995, vol. 7, en particular la página 380.

[4] Adolf Eichmann, «Götzen», documento citado, pp. 199-201 (N. del T.: La traducción es propia).

[5] Florent Brayard, «Joseph Goebbels et l'extermination des Juifs. 1939-1943», en Joseph Goebbels, *Journal. 1939-1942*, París,

Tallandier, 2009. Los otros tres volúmenes de esta útil edición parcial fueron publicados por el mismo editor en 2005, 2006 y 2007. Agradezco mucho a Henri Bovet esta propuesta.

[6] Existe una edición de 29 volúmenes publicada por el Institut für Zeitgeschichte, dirigida por Elke Fröhlich para la editorial Saur (*Die Tagebücher von Joseph Goebbels* [El Diario de Joseph Goebbels], Múnich, K. G. Saur, 1993-2005) y una edición electrónica, muy útil; *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* [Nacionalsocialismo, Holocausto, resistencia y exilio], K. G. Saur, http://db.saur.de.

[7] Véase Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive». La technique, le temps et les catégories de la décision*, París, Fayard, 2004, pp. 296-397; véase también «Le secret et la prophétie», *Vacarme*, nº 25, otoño de 2003.

[8] Las obras más importantes del campo son: David Bankier, *Die öffentlicher Meinung im Hitler-Staat. Die «Endlösung» und die Deutschen. Eine Berichtigung*, Berlín, Berlin Verlag, 1995; Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust. Was niemand wissen wollte, aber jeder wissen konnte*, Berlín, Propyläen, 2007; Peter Longerich, «*Nous ne savions pas»: les Allemands et la Solution finale*, 1933-1945, París, Éditions Héloïse d'Ormesson, 2008. El presente estudio no habría sido posible sin sus trabajos.

[9] Michel Foucault, «Qu'est-ce qu'un auteur?», en Michel Foucault, *Dits et écrits I, 1954-1945*, París, Éditions d'Ormesson, 2008. (¿Qué es un autor?, trad. Silvio Mattoni, El Cuenco de Plata, Buenos Aires, 2010).

[10] Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, París, Armand Colin, 1997, pp. 125 y 127 (*Apología para la historia o el oficio de historiador*, trad. María Jiménez y Danielle Zaslavsky, México, Fondo de Cultura Económica, 2001).

[11] Lucien Febvre, «Contre les juges suppléants de la vallée de Josaphat», *Annales E.S.C.*, iii, 1948 («Contra los jueces suplentes del valle de Josafat», *Combates por la historia*, trad. Francisco J. Fernández Buey y Enrique Argullol, Ariel, 1982). De manera

significativa, también se enfrentaba a los historiadores que trabajaban sobre la Revolución francesa.

[12] Stéphane Courtois y Adam Rayski, *Qui savait quoi? L'extermination des Juifs, 1941-1945* [¿Quién sabía qué? El exterminio de los judíos, 1941-1945] París, La Découverte, 1987.

[13] Sobre la importancia del «paradigma indiciario» habrá que remitirse al artículo de Carlo Ginzburg «Traces. Racines d'un paradigme indiciaire», en *Mythes, emblèmes, traces. Morphologie et histoire*, París, Flammarion, 1989 («Huellas. Raíces de un paradigma indiciario» en *Mitos, emblemas e indicios: morfología e historia*, Barcelona, Gedisa, 2008). Cabe mencionar que la metáfora del relato histórico como novela policiaca es original de Edward H. Carr, cuando advierte al lector de las veces que el historiador toma partido, en «L'historien et les faits», *Qu'est-ce que l'histoire*?, París, La Découverte («El historiador y los hechos», ¿*Qué es la historia*?», Barcelona, Ariel, 1983).

[14] Carlo Ginzburg, *Enquête sur Piero della Francesca. Le Baptême, le cycle d'Arezzo, la Flagellation d'Urbino*, París, Flammarion, 1983, p. 26 (*Pesquisa sobre Piero. El bautismo. El ciclo de Arezzo. La flagelación de Urbino*, trad. Pilar Gómez Bedate, Barcelona, Muchnik, 1989).

[15] Salvatore Settis, *L'invention du tableau. «La Tempête», de Giorgione*, París, Minuit, 1987 (*La Tempestad intepretada: Giorgione, los comitentes, el tema*, trad. Juan Calatrava Escobar, Madrid, Akal, 1990).

[16] Jean Claude Passeron y Jacques Revel, «Penser par cas. Raisonner à partir de singularités», en *Penser par cas*, París, EHESS, 2005.

[17] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*

[18] Minuta de la conferencia de Wannsee (p. 7) en Kurtz Pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung, Judenmord. Die Wannsee-Konferenz am 20. Januar 1942*, Berlín, Metropol, 1998, p. 107.

[19] Christopher R. Browning, *Des hommes ordinaires. Le 101e bataillon de réserve de la police allemande et la solution finale*, París,

Belles lettres, 1994 (*Aquellos hombres grises: el Batallón 101 y la solución final en Polonia*, trad. Montserrat Batista, Madrid, Echasa, 1994), y Daniel Jonah Goldhagen, *Les Bourreaux volontaires de Hitler. Les Allemands ordinaires et l'holocauste*, París, Seuil, 1997 (*Los verdugos voluntarios de Hitler: los alemanes corrientes y el Holocausto*, trad. Jordi Fibla, Madrid, Taurus, 2008).

[20] Testimonio de Erich von dem Bach-Zelewski, citado en Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 291 (N. del T.: La traducción es propia).

[21] Véase cap. 1, p. 59.

[22] Compárese por ejemplo el relato de Raul Hilberg en *La destruction des juifs d'Europe*, París, Fayard, 1988, pp. 286-287 (*La destrucción de los judíos europeos*, trad. Cristina Piña Aldao, Madrid, Akal, 2005), y el de Christopher Browning en su libro escrito en colaboración con Jürgen Matthäus *The Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942*, Londres, Cornerstone Digital, 2014, con el de Peter Longerich en *Heinrich Himmler. Biographie*, Múnich, Siedler, 2008, pp. 552-553 (*Heinrich Himmler: biografía*, trad. Richard Gross, Barcelona, RBA, 2009). Volker Rieß ha estudiado la cuestión con más profundidad en *Die Anfänge der Vernichtung «lebensunwerten Lebens» in den Reichsgauen Dantzig-Westpreußen und Wartheland 1939/40*, Fráncfort del Meno, P. Lang, 1995. No estoy completamente convencido de la demostración en lo referente a la cuestión específica del malestar de Himmler (véase *La «solution finale de la question juive», op. cit*. p. 292).

[23] Directiva de la dirección de la Propaganda del Reich del partido a fecha de 5 de mayo de 1943, citada por Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy. Nazi Propaganda during World War II and the Holocaust*, Cambridge, Mass., The Belknap Press of Harvard University Press, 2006, p. 207 y ss. (*El enemigo judío: la propaganda nazi durante la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto*, Buenos Aires, Debate, 2008). «Los judíos tienen la culpa» es el título de un célebre artículo de Goebbels, publicado en *Das Reich* el 16 de noviembre de 1941. Esta fue la misma consigna transmitida por Goebbels el 9 de julio de

1941 a la prensa, citada por Peter Longerich en «*Nous ne savions pas»: les Allemands et la Solution finale, 1933-1945, op. cit.*, p. 206.

[24] Esta cita, como todas las que seguirán, ha sido extraída de la edición en línea del Diario de Goebbels, *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945*. Para simplificar el aparato crítico, me limitaré a dar la fecha de la entrada citada: Diario de Joseph Goebbels, entrada del 24 de septiembre de 1939 (N. del T.: En castellano, solo una parte de los diarios ha sido publicada en *Diarios*, Barcelona, Plaza y Janés, 1975).

[25] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 30 de septiembre de 1939.

[26] Christopher Browning (con la colaboración de Jürgen Matthaus), *The Origins of the Final Solution: The evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942, op. cit.*

[27] Nota a fecha de 27 de septiembre de 1939 sobre lo expuesto por Heydrich durante una reunión de los jefes de servicio y responsables de los *Einsatzgruppen* el 21 de septiembre, reproducidos por Kurt Pätzold (ed.), *Verfolgung, Vertreibung, Vernichtung*, Leipzig, Reclam, 1984, p. 236.

[28] La expresión ha sido extraída de una circular de Heydrich a la atención de los jefes de los *Einsatzgruppen* a fecha de 21 de septiembre de 1939, *Íbid.*, p. 236.

[29] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive», op. cit.*, pp. 215-221.

[30] A propósito de la operación Nisko, véase Zev Goshem, «Eichmann und die Nisko-Aktion in Oktober 1939. Ein Fallstudie zur NS-Judenpolitik in der letzten Etappe vor der "Endlösung"», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, nº 29, Johnny Moser, «Nisko. The First Experiment in Deportation», *Simon Wiesenthal Center Annual*, nº 2, 1985, y Hans Safrian, *Eichmann und seine Gehilfen*, Fráncfort del Meno, Fischer, 1995.

[31] Diario de Joseph Goebbels, entradas del 5 y 6 de octubre de 1939. A propósito del filme, véase Yizhak Ahren, StigHornshoj-Moller y Christoph B. Melchers, «*Der ewige Jude» oder wie Goebbels*

hetzte. Eine Untersuchung zum nationalsozialistischen Propagandafilm, Aquisgrán, Alano Verlag, 1990.

[32] Goebbels explicaría dos años más tarde, por ejemplo, que bastaría una visita al gueto de Varsovia para convertir a un alemán biempensante al antisemitismo. Véase el Diario de Joseph Goebbels, entrada del 2 de agosto de 1941.

[33] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 2 de noviembre de 1939.

[34] A propósito de los traslados de población, las obras fundamentales son las de Götz Aly, «*Endlösung». Völkerverschiebung und der Mord an den europäischen Juden*, Fráncfort del Meno, Fischer, 1995, y de Christopher Browning, *The Origins of the Final Solution, op. cit*. Las primeras deportaciones de judíos a Polonia suscitaron protestas por parte de la prensa extranjera que el propio aparato de la propaganda nazi se ocupó de desmentir, como por ejemplo en enero de 1940 (Willi A. Boelcke [ed.], «Wollt Ihr den totalen Krieg?», *Die geheimen Goebbels-Konferenzen. 1939-1943*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1967, p. 35).

[35] Una de las razones de más peso en este abandono fueron las protestas del responsable civil del protectorado que se había dado en llamar Gobierno General: Hans Frank, gobernador general, reclamaba en particular atribuciones suplementarias de productos alimentarios para compensar el crecimiento poblacional que había resultado, en esencia, del traslado de decenas de miles de polacos de las regiones anexionadas. Además, por razones principalmente militares, el ejército había afirmado su oposición a la concentración de millón y medio de judíos o más en la nueva frontera oriental. Pero quizás otro factor entrase en juego: al final del invierno, la URSS rechazó con mucha probabilidad una propuesta alemana de transferencia de los «judíos de Alemania» a su territorio. Falta información precisa sobre esta propuesta, cuyo rechazo cambiaba la propia sustancia del proyecto de la «reserva»: probablemente imaginada como provisional desde el principio, se convertía, a partir del rechazo soviético, en permanente, y por tanto inviable. El propio

Hitler se dio cuenta de esto. Véase Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 213. Véase también Pavel Polian, «Hätte es den Holocaust beinahe nicht gegeben? Überlegungen zu einem Schriftweschel im Wert von zwei Millionen Menschenleben», en Johannes Hürter y Jürgen Zarusky (dir.), *Besatzung, Kollaboration, Holocaust. Neue Studien zur Verfolgung und Ermordung der europaïschen Juden*, Múnich, Oldenbourg, 2008.

[36] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 9 de mayo de 1940.

[37] Heinrich Himmler, «Denkschrift Himmlers über die Behandlung der Fremdvölkischen im Osten», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, abril de 1957. Himmler se había encontrado con Goebbels el 8 de mayo y se abstuvo de contarle su plan (Diario de Joseph Goebbels, entrada del 9 de mayo de 1940). La nota de Himmler no está fechada, pero fue remitida a Hitler el 25 de mayo, de acuerdo con la carta que acompaña el documento.

[38] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 1 de mayo de 1940.

[39] A propósito del plan Madagascar y sus antecedentes, véase Magnus Brechten, «*Madagaskar für die Juden». Antisemitische Idee und politische Praxis. 1885-1945*, Múnich, Oldenbourg, 1998, y Hans Jansen, *Der Madagaskar-Plan. Die Beabsichtigte Deportation der europäischen Juden nach Madagaskar*, Múnich, Herbig, 1997.

[40] Hitler le recordó a Goebbels en dos ocasiones, en abril de 1938, su voluntad de echar a los judíos de Alemania e instalarlos «en Madagascar o algo así» (Diario de Joseph Goebbels, entradas del 11 y 23 de abril de 1938). Hitler añadía que estaba convencido de que los judíos venían «de una antigua colonia penitenciaria» sin convencer a Goebbels de ello: lo que dejaba entrever era probablemente la forma que ya tomaba el traslado de los judíos a Madagascar en su mente.

[41] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 6 de junio de 1940.

[42] Willi A. Boelcke (ed.), «Wollt Ihr den totalen Krieg?», *op. cit.*, p. 82. Durante una nueva conferencia, en septiembre de 1940, el plazo previsto para la deportación de los primeros sesenta mil judíos se redujo a cuatro semanas, mientras que doce mil «desaparecerían» en el curso del siguiente mes, *Íbid.*, p. 99.

[43] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 28 de julio de 1940.

[44] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 26 de julio de 1940.

[45] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 17 de agosto de 1940.

[46] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 5 de noviembre de 1940.

[47] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, pp. 235-236.

[48] *Íbid.*, p. 234.

[49] *Íbid.*, p. 238.

[50] *Íbid.*, p. 237. Este plan se presentó a Heydrich el 8 de enero de 1941 ante los responsables de la RSHA.

[51] La principal fuente es una nota de un subordinado de Eichmann destinado en París, Theodor Dannecker, con fecha de 21 de enero de 1941, reproducida por Claudia Steuer, *Theodor Dannecker. Ein Funktionär der «Endlösung»*, Essen, Klartext, 1997, p. 185. Para un análisis detallado de este documento, véase Florent Brayard, «To what extend was the "Final Solution" planned?», *Yad Vashem Studies*, nº 36, 2008.

[52] Richard Breitman, *The Architect of Genocide: Himmler and the Final Solution*, Londres, Pimlico, 2004, y, de manera más reciente, Édouard Husson, *Heydrich et la solution finale*, París, Perrin, 2008. A propósito de esta última, véase mi crítica: «Shoah: L'intuition et la preuve» en el sitio laviedesidees.fr.

[53] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, pp. 241 y ss.

[54] A propósito de esta política de hambruna, véase Götz Aly y Susanne Heim, *Les architectes de l'extermination: Auschwitz et la logique de l'anéantissement*, París, Calmann-Lévy, 2006 (p. 272 para la cita extraída del documento programático sobre la economía de los territorios soviéticos conquistados, a fecha de 23 de mayo de 1941) y los importantes trabajos de Christian Gerlach, *Krieg, Ernährung, Völkermord. Forschung zur deutschen Vernichtungspolitik im Zweiten Weltkrieg*,Hamburgo, Hamburger Edition, 1998; «Deutsche Wirtschaftsinteressen. Besatzungspolitik und der Mord an den Juden in Weißrußland 1941-1943», en Ulrich Herbert (dir.),

Nationalsozialistische Vernichtungspolitik. 1939-1945. Neue Forschungen und Kontroversen, Fráncfort del Meno, Fischer, 1998; «Die Rolle des Generalquartiermeisters des Heeres und seiner Dienststellen», en Norbert Frei, Sybille Steinbacher y Bernard C. Wagner (dir.), *Ausbeutung, Vernichtung,Öffentlitchkeit. Neue Studien zur nationalsozialistischen Lagerpolitik*, Múnich, K. G. Saur, 200o.

[55] Nota de Theodor Dannecker, con fecha de 21 de enero de 1941, ya citada (véase también, para el uso de la misma expresión por parte de Eichmann en una nota para Himmler, el 4 de diciembre de 1940, Götz Aly, «Endlösung», *op. cit.*, p. 205). Nótese que quince días antes del lanzamiento de la operación Barbarroja Goebbels intentaba aún persuadir a los más altos representantes de su ministerio de que no había ninguna operación prevista en el Este, sino que Hitler quería atacarInglaterra en un plazo de tres a cinco semanas (Willi A. Boelcke [ed.], «Wollt Ihr den totalen Krieg?», *op. cit.*, p. 180).

[56] Nota de Theodor Dannecker, a fecha de 21 de enero de 1941, ya citada.

[57] Véase cap. III.

[58] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 31 de enero de 1941.

[59] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 18 de marzo de 1941.

[60] La minuta de esta reunión ha sido publicada por H. G. Adler, *Der verwaltete Mensch. Studien zur Deportation der Juden aus Deutschland*, Tubinga, J. C. B. Mohr, 1974, p. 152 (N. del. T.: La traducción es propia).

[61] *Íbid.*

[62] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 22 de marzo de 1941.

[63] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 22 de abril de 1941.

[64] Christian T. Barth, *Goebbels und die Juden*, Paderborn, Schöningh, 2003, p. 183, nota 144. Véase igualmente Willi A-Boelcke (ed.), «Wollt Ihr den totalen Krieg?», *op. cit.*, p. 155. (N. del T.: La traducción es propia).

[65] *Íbid*., p. 183, notas 151 y 152.

[66] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive*», *op. cit.*, pp. 229-232 y ss.

[67] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 20 de junio de 1941.

[68] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 328.

[69] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 19 de agosto de 1941.

[70] Véase el análisis realizado por Jeffrey Herf del artículo pulicado el 20 de julio de 1940 por Goebbels en *Das Reich*, titulado «Mimetismo» (Jeffrey Herf, *The Jewish enemy, op. cit*, p. 106 y ss.).

[71] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 3 de julio de 1941.

[72] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 13 de julio de 1941.

[73] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 18 de agosto de 1941. Estos informes han sido publicados bajo la dirección de Peter Klein, *Die Einsatzgruppen in der besetzen Sowjetunion 1941-42. Die Tätigkeits- und Lageberichte des Chefs der Sicherheitspolizei und des SD*, Berlín, Édition Hentrich, 1997. Véase también p. 365.

[74] Resumen de Franz Rademacher, del Ministerio de Asuntos Exteriores, de los cinco primeros informes de los *Einsatzgruppen*, con fecha de 10 de diciembre de 1941, *Íbid.*, p. 217 para la cita. Los «batallones de aniquilación» son las unidades encargadas de destruir las instalaciones industriales u otras que podrían servir a los alemanes (N. del T.: La traducción es propia).

[75] Wolfgang Benz, «Judenvernichtung aus Notwehr? Die Legenden um Theodore N. Kaufman», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, nº 29, 1981.

[76] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 24 de julio de 1941; véase también la entrada del 3 de agosto de 1941.

[77] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 3 de agosto de 1941.

[78] *Íd.*

[79] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 20 de diciembre de 1940.

[80] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 12 de septiembre de 1941.

[81] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 19 de agosto de 1941.

[82] Sobre D'Alquen, véase Werner Augustinovich y Martin Moll, «Gunter d'Alquen. Propagandist der SS-Staates», en Ronald Smelser

y Enrico Syring (dirs.), *Die SS. Elite unter dem Totenkopf. 30 Lebensläufe*, Paderborn, Schöningh, 2000; William L. Combs, *The Voice of the SS. A History of the SS Journal "Das Schwarze Korps"*, Nueva York, P. Lang, 1986; Mario Zeck, *Das Schwarze Korps. Geschichte und Gestalt des Organs der Reichsführung SS*, Tubinga, Max Niemeyer Verlag, 2002.

[83] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 11 de agosto de 1941.

[84] Artículo citado por Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 206. Las pocas referencias a la reproducción de la información sobre los pogromos en la prensa han sido extraídas del mismo capítulo.

[85] Diario de Joseph Goebbels, entradas del 3 de octubre de 1939 y del 3 de junio de 1940; del 6 de julio y del 16 de agosto de 1940; y del 24 de junio de 1941; y del 11 de enero y del 14 de diciembre de 1942. Para un análisis más detallado, véase Florent Brayard, «Joseph Goebbels et l'extermination des Juifs. 1939-1943», artículo citado, pp. LXIII-LXIV.

[86] Testimonio reproducido por Ernst Klee, Willi Dressen y Volker Riess (eds.), «Schöne Zeiten». *Judenmord aus der Sicht der Tater und Gaffer*, Fráncfort del Meno, Fischer, 1988, p. 35.

[87] Andrej Angrich y Peter Klein, *Die «Endlösung» in Riga. Ausbeutung und Vernichtung. 1941-1944*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2006, p. 63 (N. del T.: La traducción es propia).

[88] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 12 de agosto de 1941.

[89] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 18 de agosto de 1941.

[90] El 18 de agosto de 1941, Goebbels podía disponer de los dos primeros resúmenes del periodo hasta el 31 de julio, y después del periodo comprendido entre el 29 de julio y el 14 de agosto. La nota sobre la «impertinencia» de los judíos soviéticos puede venir del desarrollo, en el primer informe, del «judaísmo de la Rutenia Blanca», en Peter Klein (dir.), *Die Einsatzgruppen in der besetzten Sowjetunion 1941-42, op. cit.*, p. 127. A propósito de la justificación de las ejecuciones en los informes y los resúmenes, véase Ronald Headland, *Messages of Murder. A Study of the Reports of the*

Einsatzgruppen of the Security Police and the Security Service. 1941-1943, Rutherford, Fairleigh Dickinson University Press y Londres, Associated University Presses, 1992, p. 72 y ss.

[91] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 19 de agosto de 1941.

[92] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 19 de agosto de 1941.

[93] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 12 de agosto de 1941.

[94] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 20 de junio de 1941.

[95] Peter Klein (dir.), *Die Einsatzgruppen in der besetzten Sowjetunion 1941-42, op. cit.*, p. 318.

[96] En el segundo informe resumido figuraba, enterrada entre múltiples informaciones, la siguiente frase: «Los pogromos solo se han podido llevar a cabo en algunos lugares», en *Íbid.*, p. 139 (N. del T.: La traducción es propia).

[97] *Íbid.*, p. 116.

[98] Circular de Müller dirigida a los jefes de los *Einsatzgruppen* A, B, C y D, reproducida por Peter Klein (dir.), *Die Einsatzgruppen in der besetzten Sowjetunion 1941-42, op. cit.*, p. 342.

[99] Peter Witte, Michael Wildt, Marina Voight, Dieter Pohl, Peter Klein, Christian Gerlach, Christoph Dieckmann y Andrej Angrick, *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42*, Hamburgo, Christians, 1999, pp. 196-197.

[100] Esta hipótesis ha sido sostenida, en particular, por Ralf Ogorreck, *Die Einsatzgruppen und die «Genesis der Endlösung»*, Berlín, Metropol, 1996.

[101] Véase Matthias Beer, «Die Entwicklung des Gaswagen beim Mord an den Juden», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n° 35, 1987; Peter Longerich, *Politik der Vernichtung. Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischenJudenverfolgung*, Múnich, Piper, 1998, p. 442; Richard Breitman, *Staatsgeheimnisse. Die Verbrechen der Nazis- von den Alliierten toleriert*, Múnich, Karl Blessing Verlag, 1999, p. 86; Christopher Browning, *Les origines de la solution finale, op. cit*. pp. 305, 334, 376. Volker Rieß, por el contrario, le resta importancia a la visita a Minsk en el desarrollo de la técnica de los camiones de gas (*Die Anfänge der Vernichtung «lebensunwerten Lebens» in den Reichsgauen Danzig-Westpreußen*

und Wartheland 1939-1940, Fráncfort del Meno, P. Lang, 1995, p. 273 y ss.).

[102] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 19 de agosto de 1941.

[103] Esta ordenanza ha sido parcialmente publicada en Kurt Pätzold (ed.), *Verfolgung, Vertreibung, Vernichtung, op. cit.*, p. 306.

[104] Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy, op. cit*. p. 112; Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 216 y ss.; Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 427.

[105] Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit*., p. 218.

[106] Véase en particular Peter Witte: «Two Decisions Concerning the "Final Solution to the Jewish Question": Deportation to Lodz and Mass Murder in Chelmno», *Holocaust and Genocide Studies*, vol. 1, nº 3, invierno de 1995.

[107] Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 225; para Browning, la fecha de inicio de las deportaciones se corresponde con el final del periodo que Hitler había fijado, en septiembre, para conseguir relanzar la ofensiva en el Este, Christopher Browning, *Les origines de la solution finale, op. cit*. p. 351.

[108] L. J. Hartog, *Der Befehl zum Judenmord. Hitler, Amerika und die Juden*, Bodenheim, Syndicat, 1997, p. 46 y ss.; Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive», op. cit.*, p. 453 y ss.; Saul Friedländer, *Les Années d'extermination. L'Allemagne nazie et les Juifs. 1939-1945*, París, Seuil, 2008, p. 341 (*El Tercer Reich y los judíos [vol. 2], Los años del exterminio: [1939-1945]*, trad. Ana Herrera, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 2009).

[109] Carta de Himmler a Greiser a fecha de 18 de septiembre de 1941, en Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive», op. cit.*, p. 345.

[110] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 24 de septiembre de 1941.

[111] Christopher Browning, *The Origins of the Final Solution, op. cit*.

[112] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 24 de septiembre de 1941.

[113] *Íd*.

[114] Minuta de la entrevista de Hitler con Slavo Kvaternik del 22 de julio de 1941, col., *Akten zur deutschen auswärtigen Politik. 1918-1945*, serie D: 1937-1945, vol. XIII-2, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1970, p. 838.

[115] Erhard Wetzel, «Stellungnahme und Gedanken zum Generalplan Ost des Reichsführers SS», con fecha de 27 de abril de 1942, reproducido en Czeslaw Madajczyk, *Vom Generalplan Ost zum Generalsiedlungsplan*, Múnich, K. G. Saur, 1994, p. 60.

[116] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 24 de octubre de 1941.

[117] Peter Longerich, *Joseph Goebbels. Biographie*, Múnich, Siedler, 2010, p. 490 (*Goebbels*, Barcelona, RBA, 2012).

[118] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 28 de octubre de 1941.

[119] Minuta de la conferencia de propaganda del 25 de septiembre de 1941, citada por Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 221.

[120] Véanse los ejemplos citados por Longerich, *Íbid.*, p. 220 y ss., por David Bankier, *Die öffentlicher Meinung im Hitler-Staat, op. cit.*, pp. 170-179, o por Saul Friedländer, *Les années d'extermination, op. cit.*, p. 326 y ss.

[121] Véase la minuta de la conferencia de propaganda con fecha de 26 de octubre de 1941, citada en Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 237. En esa misma época, Kurt Daluege, jefe de la Ordnungspolizei, encargado de organizar la escolta de los convoyes al Este, emitió instrucciones de acuerdo con un calendario preciso que estaba organizado entre el 1 de noviembre y el 4 de diciembre: este solo podía provenir de la RSHA (véanse las instrucciones a fecha de 24 de octubre de 1941 en Kurt Pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, pp. 81-82).

[122] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 28 de octubre de 1941.

[123] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 18 de noviembre de 1941.

[124] Goebbels escribió: «Sobre las parejas mixtas judías, ante todo en los círculos artísticos, el *Führer* me recomienda actuar de manera reservada, porque estos matrimonios terminarán por apagarse igualmente y no debemos malgastar esfuerzos en esto». Diario de Joseph Goebbels, entrada del 22 de noviembre de 1941.

[125] *Íd.*

[126] A propósito de la exclusión temporal de los trabajadores judíos del plan de deportación, véase Wolf Gruner, *Jewish Forced Labor under the Nazis. Economic Needs and Racial Aims (1938-1944)*, Nueva York, Cambridge University Press, 2006, p. 21

[127] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive», op. cit.*, p. 349.

[128] La expresión pertenece a Heydrich, en su carta de invitación a Martin Luther, del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, con fecha de 29 de noviembre de 1941, *íbid.*, pp. 89-90.

[129] «Die Juden sind schuld», *Das Reich*, 16 de noviembre de 1941.

[130] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 2 de noviembre de 1941.

[131] *Íd.*

[132] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 5 de septiembre de 1941.

[133] Peter Klein (dir.), *Die Einsatzgruppen in der besetzten Sowjetunion 1941-42, op. cit.*, p. 121.

[134] *Íbid.*, p. 140.

[135] *Íbid.*, p. 203.

[136] Resumen de Franz Rademacher, del Ministerio de Asuntos Exteriores, de los cinco primeros informes de los *Einsatzgruppen*, con fecha de 10 de diciembre de 1941, *Íbid.*, p. 218.

[137] Informe de actividad y de situación de los *Einsatzgruppen* de la policía de seguridad y del SD de la URSS, nº 6, del 1 al 31 de octubre, *Íbid.*, pp 232.

[138] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 19 de octubre de 1941.

[139] Véanse caps. IV y V.

[140] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 13 de diciembre de 1941.

[141] Véase Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive», op. cit.*, p. 378 y ss.

[142] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 13 de diciembre de 1941.

[143] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 20 de enero de 1942.

[144] Heydrich concretó, al invitar a Otto Hofmann a participar en la reunión del 20 de enero, que la lista de invitados era la misma que en la primera invitación (carta de Heydrich a Hofmann a fecha de 8 de enero de 1942, en Kurt Pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, p. 100). Gutterer debía figurar, por tanto, entre los destinatatios de esta carta. Por otra parte, Goebbels, el 12 de enero, daba por descontado que su secretario de Estado acudiría a la conferencia: le encargó, en una reunión en el ministerio, transmitir «en las charlas finales del 20 de enero» una de sus propuestas relacionadas con la política antijudía, en aquel caso la prohibición de vender prensa a los judíos (Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, pp. 278-279).

[145] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 15 de febrero de 1942.

[146] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive», op. cit.*, p. 410 y ss. y Alfred Gottwaldt y Diana Schulle, *Die Judendeportationen aus dem Deutschen Reich von 1941-1945. Eine kommentierte Chronologie*, Wiesbaden, Marix Verlag, 2005, p. 160 y ss.

[147] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 7 de marzo de 1942.

[148] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 20 de marzo de 1942.

[149] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 6 de marzo de 1942.

[150] Informe de actividad y de situación nº 9 de los *Einsatzgruppen* del mes de enero de 1942, en Peter Klein (dir.), *Die Einsatzgruppen in der besetzen Sowjetunion 1941-42, op. cit.*, p. 280 para la cita.

[151] *Íbid.*, p. 281.

[152] Informe no datado (febrero de 1942) de Walter Stahlecker sobre la actividad de los *Einsatzgruppen A*, PS-2273. A propósito, véase Ronald Headland, *Messages of Murder, op. cit.*, p. 281.

[153] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 6 de marzo de 1942.

[154] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 16 de marzo de 1942.

[155] Informe de actividad y de situación nº 10 de los *Einsatzgruppen* del mes de febrero de 1942, en Peter Klein (dir.), *Die Einsatzgruppen in der besetzen Sowjetunion 1941-42, op. cit.*, p. 295 para la cita.

[156] Sin embargo, se trataba efectivamente del informe nº 10: por una parte, la alusión de Goebbels a una «verdadera guerrilla organizada» remite a la descripción de la «organización de los partisanos en la península de Crimea» (*Íbid.*, pp. 290-291); por otra parte, el ministro de Asuntos Exteriores había recibido este informe por las mismas fechas (Hans-Jürgen Döscher, *Das Auswärtiges Amt im Dritten Reich. Diplomatie im Schatten der «Endlösung»*, Berlín, Siedler, 1987, p. 249).

[157] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 27 de marzo de 1942.

[158] Goebbels emplearía solo una vez más el adjetivo «bárbaro» para calificar las actuaciones alemanas. Sería justo al final de la guerra, cuando un general alemán recurrió a diezmar a sus soldados para motivarlos. Véase p. 516, nota 66.

[159] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 27 de marzo de 1942.

[160] A propósito de esto, véase p. 140.

[161] A propósito de la operación Reinhardt, véase Yitzhak Arad, *Belzec, Sobibor, Treblinka. The Operation Reinhardt Death Camps*, Bloomington, Indiana University Press, 1987; Bogdan Musial (dir.), «Aktion Reinhardt», *Der Völkermord an den Juden im Generalgouvernement 1941-1944*, Osnabrück, Fibre, 2004, y los artículos dedicados a Belzec, Sobibor y Treblinka en Wolfgang Benz y Barbara Distel (dirs.), *Der Ort des Terrors. Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager*, Band 8, Múnich, C. H. Beck, 2008.

[162] Correspondencia de Globocnik para Hitler con fecha de 1 de octubre de 1941, Dossier BDC Globocnik, copia Yad Vashem.

[163] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 368 y ss.

[164] Werner Präg y Wolfgang Jacobmeyer (eds.), *Der Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs in Polen. 1939-1945*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1975, p. 449 y ss.

[165] Peter Witte *et al*., *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42, op. cit.*, p. 379.

[166] Testimonio del SS Karl Alfred Schluch recogido en Eugen Kogen, Hermann Langbein y Adalbert Rückerl (dirs.), *Les Chambres à gaz secret d'État*, París, Minuit, 1984, pp. 151-152.

[167] Christopher Browning, *Politique nazie, travailleurs juifs, bourreaux allemands*, París, Belles Lettres, 2002, p. 99 (*Nazi Policy, Jewish Labor, German Killers*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000).

[168] Minuta de la conferencia de Wannsee (p. 7) en Kurt Pätzold y Erika Schawrz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, p. 111.

[169] Véase por ejemplo el informe del *SS-Hauptsturmführer* Richard Türk a fecha de 7 de abril de 1942, recogido en Jüdisches Historisches Institut Warschau, *Faschismus-Getto-Massenmord. Dokumentation über Ausrottung und Widerstand der Juden in Polen während des zweiten Weltkrieges*, Berlín, Rütten & Lœning, 1961, p. 271.

[170] Véase por ejemplo la minuta de la reunión del 8 de noviembre de 1939 en Cracovia sobre los programas de traslado de población en State of Israël, Ministry of Justice, *The Trial of Adolf Eichmann*, Jerusalén, 1995, vol. 9, Documentos Eichmann, N/7 (resumido en adelante como Documentos Eichmann). Quien más ha tratado el tema ha sido Götz Aly en «Endlösung», *op. cit.*

[171] Véanse las notas preparatorias de Himmler para su discurso del 10 de diciembre de 1940, *íbid*., p. 200.

[172] *Íbid*., p. 114 y y ss.

[173] Así ocurrió en Lodz, por ejemplo, como atestigua un informe recapitulativo del 9 de junio de 1942, citado por Adalbert Rückerl (dir.), *NS-Vernichtungslager im Spiegel deutscher Strafprozesse. Belzec, Sobibor, Treblinka*, Múnich, Deutscher Taschenbuch Verlag,

1977, p. 288. Véase también Wolf Gruner, *Jewish Forced Labor under the Nazis, op. cit.*, p. 190.

[174] Retomo aquí la expresión de Robert Kuwalek, «Das kurze leben "im Osten". Jüdische Deutsche im Distrikt Lublin aus polnish-jüdischer Sicht», en Birthe Kundrus y Beate Meyer (dirs.), *Die Deportation der Juden aus Deutschland. Pläne, Praxis, Reaktionen 1938-1945*, Gotinga, Wallstein, 2004, p. 122. Véase también, a propósito del destino de los judíos alemanes deportados al Gobierno General otro artículo de Robert Kuwalek, «Die Durchgangsghettos im Distrikt Lublin (u.a.Izbica, Piaski, Rejowiec und Trawniki)», en Bogdan Musial (dir.), «Aktion Reinhardt», *op. cit.*, y el de Peter Witte, «Letzte Nachrichten aus Siedliszcze. Der transport AX aus Theresienstadt in den Distrikt Lublin», *Theresienstädter Studien und Dokumente*, n° 3, 1996. Para una revisión detallada de los convoyes, consultar Alfred Gottwaldt y Diana Schulle, *Die Judendeportationen aus dem Deutschen Reich von 1941-1945, op. cit.*, p. 182 y ss.

[175] Alfred Gottwaldt y Diana Schulle, *Die Judendeportationen aus dem Deutschen Reich von 1941-1945, op. cit.*, p. 211.

[176] *Íbid.*, p. 188.

[177] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 29 de marzo de 1942.

[178] Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 280.

[179] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 29 de marzo de 1942.

[180] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 19 de abril de 1942.

[181] Estas dos cartas, a fecha de 16 de marzo y de 5 de abril aparecen recogidas en Kurt Pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit*. pp. 121-126.

[182] Véase p. 266.

[183] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 27 de abril de 1942.

[184] Véase también la entrada del 15 de septiembre de 1942 en la que Goebbels clama contra un discurso de Baldur von Schirach en el que este había anunciado con orgullo la deportación de decenas de miles de judíos vieneses «a los guetos del Este». Temía que este anuncio intempestivo reforzase la hostilidad hacia Alemania, sobre todo entre los países neutrales. Véase cap. IV, p. 174.

[185] A propósito de las fotografías tomadas en el periodo mayo-junio de 1942 en el gueto de Varsovia, véase Epílogo, p. 453 y ss.

[186] Informe de actividad y de situación nº 11 de los *Einsatzgruppen* para el mes de marzo de 1942, en Peter Klein (dir.), *Die Einsatzgruppen in der besetzen Sowjetunion 1941-42, op. cit.*, p. 302 y ss.

[187] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 29 de abril de 1942.

[188] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 15 de mayo de 1942.

[189] Diario de Joseph Goebbels, entradas del 11 y 17 de mayo de 1942.

[190] Willi A. Boelcke (ed.), «Wollt Ihr den totalen Krieg?», *op. cit.*, p. 223.

[191] A propósito de este atentado y el grupo de Herbert Baum que era responsable, véase Wolfgang Scheffler, «Der Brandanschlag im Berliner Lustgarten im Mai 1942 und seine Folgen. Eine quellenkritische Betrachtung», en *Berlin in Geschichte und Gegenwart. Jahrbuch des Landesarchivs Berlin*, 1984, y John M. Cox, *Circles of Resistance. Jewish, Leftist, and Youth Dissidence in Nazi Germany*, Nueva York, P. Lang, 2009.

[192] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 19 de mayo de 1942.

[193] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 24 de mayo de 1942.

[194] El subrayado es mío. Véase la minuta a fecha de 23 de mayo de 1942 recogida por Peter Longerich, *Die Ermordung der europäischen Juden. Eine umfassende Dokumentation des Holocaust*, Múnich, Piper, 1989, p. 170.

[195] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 24 de mayo de 1942.

[196] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, Conclusión, p. 437 y ss.

[197] Véase p. 110.

[198] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 28 de mayo de 1942.

[199] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 30 de mayo de 1942.

[200] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 29 de mayo de 1942. El subrayado es mío.

[201] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 29 de mayo de 1942.

[202] Véase cap. III, p. 153 y ss.

[203] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 29 de mayo de 1942.

[204] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 10 de junio de 1942.

[205] Este discurso aparece recogido en Heinrich Himmler, *Discours secrets*, París, Gallimard, 1978, p. 156. La traducción ha sido corregida a partir de Peter Witte *et al*. (dirs.), *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42, op. cit*., nota 26.

[206] Véase p. 267 y ss.

[207] Joseph Goebbels, *Das eherne Herz, Reden und Aufsätze aus den Jahren 1941/42*, Múnich, Zentralverlag der NSDAP, Franz Eher Nachf., 1943, p. 349. Dieter Pohl también cita este pasaje que reproduce otra frase: «Nuestros enemigos están aún en posición de complicar por cierto tiempo con su empeño una evolución que se ha vuelto ineludible». Esta frase parece anunciar el asesinato programado, en un «tiempo determinado» de todos los judíos de Europa, implícitamente designados con el sintagma «nuestros enemigos». El historiador alemán subraya, sin embargo, que el vínculo entre esta frase y la suerte de los judíos no es «del todo clara». Y, de hecho, Goebbels solo quiere decir que la victoria alemana es ineludible y que irá acompañada del «exterminio» de los judíos. Lo que los enemigos judíos pueden complicar, provisionalmente, es la conducta de la guerra y no su propia ejecución. Por tanto se trata de una simple reutilización de un estribillo de la propaganda y no de un comentario sobre la evolución reciente de la «solución final», de la cual el ministro, además, no había sido informado. Véase Dieter Pohl, «Das NS-Regime und das Bekanntwerden seiner Verbrechen», en Frank Bajohr y Dieter Pohl, *Der Holocaust als offenes Geheimnis. Die Deutschen, die NS-Führung und die Alliierten*, Múnich, Beck Verlag, 2006, p. 93.

[208] Christopher Browning, «A Final Hitler Decision for the "Final Solution"? The Riegner Telegram Reconsidered», *Holocaust and Genocide Studies*, vol. 10, n° 1, otoño de 1996.

[209] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 12 de julio de 1942.

[210] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 21 y 21 de julio de 1942.

[211] Willi A. Boelcke (ed.), «Wollt Ihr den totalen Krieg?», *op. cit*., p. 271.

[212] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 15 de septiembre de 1942.

[213] Minuta de Thierack sobre la entrevista que mantuvo con Goebbels el 14 de septiembre de 1942, Documentos Núremberg, PS-682. Véase también Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 103 y ss. En el estado actual de los archivos, esta minuta es una de las únicas dos ocurrencias de la expresión (Hermann Kaienburg, «Vernichtung durch Arbeit», *Der Fall Neuengamme*, Bonn, Dietz, 1991, p. 13; Jens-Christian Wagner, «Work and Extermination in the Concentration Camps», en Nikolaus Wachsmann y Jane Caplan [dirs.], *Concentration Camps in Nazi Germany. The New Histories*, Londres, Routledge, 2010, p. 139).

[214] Véase p. 90.

[215] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 21 de agosto de 1942.

[216] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 1 de octubre de 1942.

[217] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 22 de septiembre de 1942.

[218] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 4 de octubre de 1942.

[219] Bernhard Lösener, «Als Rassereferent im Reichsministerium des Innern», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 1961, Libro 9, p. 299.

[220] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office. A study of Referat D III of Abteilung Deutschland 1940-43*, Nueva York, Holmes & Meier, 1978, p. 143.

[221] Uwe Dietrich Adam, *Judenpolitik im Dritten Reich*, Düsseldorf, Droste Verlag, 1972, p. 328.

[222] Minuta de la conferencia mantenida en la RSHA del 27 de octubre de 1942 sobre la «solución final de la cuestión judía», recogida en M. W. Kempner, *Eichmann und Komplizen*, Zúrich, Europa Verlag, 1961, p. 258 y ss.

[223] Haskel Lookstein, *Were We our Brothers' Keepers? The Public Response of American Jews to the Holocaust, 1938-1944*, Nueva York, Vintage Books, 1988, p. 101.

[224] Véase cap. VI, p. 276 y ss.

[225] David S. Wyman, *L'abandon des Juifs. Les Américains et la solution finale*, París, Flammarion, 1987, p. 101 (*The Abandonment of the Jews: America and the Holocaust, 1941-1945*, Londres, The New Press, 2007).

[226] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 5 de diciembre de 1942.

[227] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 9 de diciembre de 1942.

[228] Citado por Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 331.

[229] *Íbid.*, p. 333.

[230] *Íbid.*, p. 335.

[231] *Íbid.*, p. 334.

[232] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 229.

[233] Diario de Joseph Goebbels, entradas del 9, 12, 14, 15, 17, 18 y 19 de diciembre de 1942.

[234] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 17 de diciembre de 1942.

[235] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 17 de diciembre de 1942. Goebbels había desarrollado un argumento similar en un discurso ante los representantes de la prensa el 23 de septiembre de 1942. Los judíos se comportaban como espías e informadores porque sabían que pendía sobre su cabeza «la espada de Damocles de la aniquilación» (Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 168).

[236] Véase p. 89.

[237] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 17 de diciembre de 1942.

[238] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 8 de febrero de 1943.

[239] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 18 de febrero de 1943.

[240] Véase la carta del comisario berlinés para la defensa del Reich con fecha de 15 de enero de 1943 que indicaba que «los judíos se encuentran aún integrados en el proceso de trabajo [...] deben ser totalmente evacuados de forma progresiva en aproximadamente medio año cuando sean reemplazados por polacos» (citado por Wolf Gruner, *Widerstand in der Rosenstrasse. Die Fabrik-Aktion und die Verfolgung der «Mischehen» 1943*, Fráncfort del Meno, Fischer Taschenbuch Verlag, 2005, p. 46). Sin embargo, resulta más que evidente que era tarea de la RSHA fijar esos calendarios.

[241] Helmut Heiber (ed.), *Goebbels-Reden*, t. 2: 1939-1945, Düsseldorf, Droste Verlag, 1972, pp. 182-183.

[242] Wolf Gruner, *Widerstand in der Rosenstrasse, op. cit.*, p. 50.

[243] Alfred Gottwaldt y Diana Schulle, *Die Judendeportationen aus dem Deutschen Reich von 1941-1945, op. cit.*, pp. 406-408.

[244] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 2 de marzo de 1943.

[245] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 6 de marzo de 1943.

[246] Por esa misma época recordó, durante una conferencia de prensa ante periodistas extranjeros, la política antijudía alemana: seguían buscando un país donde meter a los judíos; la solución sería «más o menos humana en función de las necesidades» (David Bankier, «Signaling the Final Solution to the German People», en David Bankier e Israel Gutman [dirs.], *Nazi Europe and the Final Solution*, Jerusalén, Yad Vashem, 2003, pp. 38-39 [*La Europa nazi y la solución final*,Madrid, Losada, 2005]).

[247] El último convoy consecutivo a la «Fabrikaktion» salió de Berlín el 12 de marzo de 1943; el siguiente, más de un mes más tarde, el 19 de abril (Alfred Gottwaldt y Dianna Schulle, *Die Judendeportationen aus dem Deutschen Reich von 1941-1945, op. cit.*, pp. 416 y 419). La misma distancia separaba los dos convoyes de la misma época con dirección a Theresienstadt, los días 17 de marzo y 19 de abril (*íbid.*, pp. 352 y 354).

[248] Wolf Gruner desarrolla un análisis similar en *Jewish Forced Labor under the Nazis, op. cit.*, p. 162.

[249] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 9 de marzo de 1943.

[250] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 20 de marzo de 1943.

[251] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 17 de abril de 1943.

[252] Véase la entrada del Diario de Goebbels del 12 de diciembre de 1942.

[253] Del mismo modo, en agosto de 1943, previendo nuevas deportaciones de judíos de Berlín, Goebbels ordenó publicar artículos en la «prensa burguesa» sobre la actividad de los instigadores judíos de la guerra en los países enemigos; de manera implícita, las faltas de estos tenían consecuencias directas sobre la vida de aquellos (Willi A. Boelcke [dir.], «Wollt Ihr den totalen Krieg?», *op. cit*. p. 271).

[254] Diario de Joseph Goebbels, entradas del 18, 19 y 22 de abril y 8 y 20 de mayo de 1943.

[255] Diario de Joseph Goebbels, entradas del 25 de abril y de los días 1, 2, 4, 7, 10, 16 y 22 de mayo de 1943.

[256] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 1 de mayo de 1943.

[257] Véase B. Mark (ed.), *The Report of Jürgen Stroop Concerning the Uprising in the Ghetto of Warsaw and the Liquidation of the Jewish Residential Area*, Varsovia, Jewish Historical Institute, 1958.

[258] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 25 de abril de 1943.

[259] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 4 de mayo de 1943.

[260] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 13 de mayo de 1943.

[261] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 13 de mayo de 1943.

[262] Telegrama de Kaltenbrunner con fecha de 21 de mayo de 1943, Documento Eichmann, T-1398. La fecha aparece subrayada en el telegrama.

[263] Peter Longerich, *Goebbels, op. cit*. p. 577.

[264] De hecho fue remplazada por una organización títere, la «nueva asociación». Wolf Gruner, *Judenverfolgung in Berlin 1933-1945. Eine Chronologie der Behördenmaßnahmen in der Reichshauptstadt*, Berlín, Hentrich, 1996, p. 89.

[265] *Íbid*., p. 99.

[266] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 25 de junio de 1943.

[267] «Dreizehnte Verordnung zum Reichsbürgergesetz vom 1. Juli 1943», *Reichsgesetzblatt Jahrgang 1943*, t. 1, p. 372.

[268] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 25 de junio de 1943.

[269] Véase p. 91.

[270] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 18 de julio de 1943.

[271] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 10 de agosto de 1943.

[272] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 25 de septiembre de 1943.

[273] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 3 de octubre de 1943.

[274] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 4 de octubre de 1943.

[275] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 6 de octubre de 1943.

[276] Raul Hilberg, *La destruction des Juifis d'Europe, op. cit*. p. 488.

[277] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 13 de octubre de 1943.

[278] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 7 de octubre de 1943.

[279] La proximidad estilística de estos dos pasajes también ha sido señalada por Christian T. Barth, *Goebbels und die Juden, op. cit*. p. 199.

[280] Me baso para esto en la versión en línea del compendio de Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen (Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank*. K. G. Saur, http://db.saur.de/), que abrevio como sigue: Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, edición electrónica.

[281] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 2 de marzo de 1943.

[282] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 9 de octubre de 1943.

[283] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 16 de marzo de 1944.

[284] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 13 de marzo de 1944.

[285] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 29 de febrero de 1944.

[286] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 25 de febrero de 1944.

[287] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 4 de marzo de 1944.

[288] Véase p. 93.

[289] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 14 de marzo de 1944.

[290] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 15 de marzo de 1944.

[291] Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *Goebbels. Sa vie, sa mort*, París, R. Laffont, 1960, p. 384. (*Doctor Goebbels: su vida y su muerte*, Barcelona, Tempus, 2010).

[292] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 27 de marzo de 1942.

[293] Véase cap. II, p. 83 y ss.

[294] Peter-Ferdinand Koch (ed.), *Das Dritte Reich in Dokumenten, vol. 2, Himmlers graue Eminenz Oswald Pohl und das Wirtschaftsverwaltungshauptamt der SS*, Hamburgo, Verlag Facta Oblita, 1988, p. 21.

[295] Para Léon Poliakov, por ejemplo, Goebbels no figuraba entre «los roles más importantes»: «Sus excesos [...] parecen haber sido sobre todo verbales» (*Bréviaire de la haine. Le IIIe Reich et les Juifs*, París, Calmann-Lévy, 1951, p. 3 [*Breviario del odio: El Tercer Reich y los judíos*, Barcelona, Cómplices, 2011]). Hilberg desarrolló un análisis similar: el ministro de Propaganda había «perdido la partida» en 1938, con la «Noche de los cristales rotos», y se había quedado al margen de la gestión de la política antijudía (*La Destruction des Juifs d'Europe, op. cit.*). Christopher Browning fue quien llevó más lejos, como veremos, la hipótesis de una marginación de Goebbels. A la inversa, Peter Longerich sostiene en un libro reciente que «Goebbels era uno de los partisanos más radicales de la persecución de los judíos y estaba informado del alcance de la masacre por contacto directo con Hitler» («Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 274).

[296] Véase p. 231 y ss.

[297] Louis Lochner (ed.), *The Goebbels diaries, 1942-1943*, Garden City, Nueva York, Doubleday, 1948; Helmut Heimer (ed.), *Das Tagebuch von Joseph Goebbels. 1925/26*, Stuttgart, Dt. Verl.-Anst., 1960; Joseph Goebbels, *Tagebücher 1945. Die letzen Aufzeichnungen*, Hamburgo, Hoffmann & Campe, 1977; Fred Taylor (ed.), *The Goebbels diaries 1939-41*, Nueva York, Putnam, 1983; Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Auzfeichnungen 1924-1941. Sämtliche Fragmente*, Múnich, K. G. Saur, 1987, vol. 4; Ralf Georg Reuth (ed.). *Joseph Goebbels,*

Tagebücher 1942-1945, Múnich, Piper, 1992, vol. 5. La edición definitiva es la de Elke Frölich, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, op. cit*. Sobre la historia de los manuscritos de Goebbels, véase Astrid M. Eckert y Stefan Martens, «Gesplatten im Märisken Sand. Ein Beitrag zur Überlieferungsgeshichte der Tageseinträge und Diktate von Joseph Goebbels», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n° 52, 2004, vol. 3.

[298] A lo largo de su audición durante el proceso Irving, el historiador Richard Evans, convocado en calidad de experto, explicó que no había podido leer el Diario de Goebbels: «Claro que no. Eso habría sido del todo imposible. Es una colección enormemente larga», («Holocaust Denial on Trial», Trial Tanscripts, Día 23, p. 32. Edición electrónica disponible en hdot.org/, como todos los documentos electrónicos relativos al proceso Irving que citaremos aquí).

[299] Generalmente he excluido de esta demostración las numerosas biografías de Goebbels en las que, a menudo, los conocimientos respecto a las fuentes y la historiografía de la «solución final» no han profundizado lo suficiente como para aportar contribuciones remarcables al tema que nos ocupa: Curt Riess, *Goebbels*, París, Fayard, 1956 [1948] (*Goebbels: Mefistófeles moderno*, Barcelona, Grijalbo, 1975); Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *Goebbels, op. cit.*; Helmut Heiber,*Goebbels*, París, Presses de la Cité, 1966 [1962]; Viktor Reimann, *Joseph Goebbels*, París, Flammarion (*Goebbels*, Barcelona, Noguer y Caralt, 2006); Ulrich Höver, *Joseph Goebbels - ein nationaler Sozialist*, Bonn, Bouvier Verlag, 1992; Ralf George Reuth, *Goebbels*, San Diego, Harcourt, 1993; Lionel Richard, *Goebbels. Portrait d'un manipulateur*, Bruselas, André Versaille Éditeur, 2008; Jörg von Bilavsky, *Joseph Goebbels*, Reinbeck, Rowohl, 2009; Toby Thacker, *Joseph Goebbels. Life and Death*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2009 (*Joseph Goebbels: vida y muerte*, Barcelona, Ariel, 2010). Este no es el caso de la obra de Peter Longerich, *Joseph Goebbels, op. cit*. Sin embargo, la cuestión del conocimiento de Goebbels de la «solución final» solo se trata por encima en ella. También apartaremos, por otras razones, la

biografía de David Irving, *Goebbels. Mastermind of the Third Reich*, Londres, Parforce Ltd., 1996.

[300] Eberhard Jäckel, «Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Abschluss der Gesamtausgabe und Neuedition des ersten Teils», *Historische Zeitschrift*, 286, n° 1, 2008, p. 92.

[301] Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *Goebbels, op. cit.*, 384.

[302] Veremos más adelante un caso de este tipo con Lösener y Stuckart, en diciembre de 1941, véase cap. VII.

[303] Joseph Goebbels, *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei: eine historische Darstellung in Tagebuchblättern. Vom 1. Januar 1932 bis zum 1. Mai 1933*, Múnich, Zentralverlag der NSDAP, 1934. La otra obra se publicó en 1932: Joseph Goebbels,*Kampf um Berlin. Der Anfang*, Múnich, Zentralverlag der NSDAP, Franz Eher Nachf., 1932 (Joseph Goebbels, *Combat pour Berlin*, París, Éditions Saint-Just, 1966).

[304] Nicolas Patin, «Le journal de Joseph Goebbels. Un parcours critique». *Vingtième sicècle*, 2009/4, nº 104, p. 90. Véase también Elke Frölich, «Joseph Goebbels. Portrait d'un populiste», en Joseph Goebbels, *Journal. 1923-1933, op. cit.*, p.LXIV.

[305] Angela Hermann, «*In 2 Tagen wurde Geschichte gemacht». Über den Charakter und Erkenntniswert der Goebbels-Tagebücher*, Stuttgart, Stiftung Bundes-präsident-Theodor-Heuss-Haus, 2008, p. 18.

[306] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 30 de marzo de 1941.

[307] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 30 de junio de 1941.

[308] Lo que es más, también aportaba correcciones sobre la dactilografía (Hörst Möller, «Le *Journal* de Goebbels. Histoire d'un texte», en Joseph Goebbels, *Journal. 1943-1945, op. cit.*, p. XVII).

[309] Remito aquí a Nicolas Patin, «Le journal de Joseph Goebbels», artículo citado.

[310] Diario de Joseph Goebbels, entradas del 24 de junio de 1943 y del 29 de junio de 1944.

[311] Véase, por ejemplo, Diario de Joseph Goebbels, entrada del 5 de noviembre de 1942.

[312] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 6 de septiembre de 1944.

[313] Angela Hermann, *Der Weg in den Krieg. 1938-1939. Quellenkritische Studien zu den Tagebüchern von Joseph Goebbels*, Múnich, Oldenbourg, 2011.

[314] Véase el artículo de Nicolas Patin, «Le journal de Joseph Goebbels», artículo citado.

[315] Véase cap. X, p. 428 y ss.

[316] Elke Fröhlich, «Joseph Goebbels und sein Tagebuch. Zu der handschriftlichen Aufzeichnungen von 1924 bis 1941», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 4, 1987, p. 495.

[317] Louis Lochner (ed.), *The Goebbels Diaries*, 1942-1943, *op. cit*.

[318] David Irving, *Hitler's War*, Nueva York, Viking Press, 1977 (edición revisada: *Hitler's War*, NuevaYork, Avon Books, 1991) (*La Guerra de Hitler: una visión diferente del Führer y su guerra en el 120 aniversario de su nacimiento*, Barcelona, Ojeda, 2009).

[319] Martin Broszat emplea esta expresión en francés y en cursiva en el texto «Hitler and the Genesis of the "Final solution". An Assessment of David Irving's Theses», *Yad Vashem Studies*, n° XIII, 1979, p. 73.

[320] En la versión de 1977 de *Hitler's War*, Irving explicó que la decisión de deportar a todos los judíos europeos al Este dependía de Hitler, mientras que Himmler, Heydrich y las autoridades locales fueron quienes decidieron liquidar a los deportados a su llegada (*Hitler's War*, 1977, *op. cit*., p. 326). Se suponía que Hitler ignoraba que se masacraba a los judíos a su llegada (*Íbid.*, p. 331).

[321] *Íbid*., p. 326.

[322] *Íbid*., p. 392.

[323] *Íbid*., p. 332; el pasaje no es explícito. Himmler es convocado al Cuartel General de Hitler y después «obligado» a dar la orden de no exterminar a los judíos. Solo con motivo de la evocación del discurso de Himmler en Posen, en octubre de 1943, Irving habla del «veto de Hitler sobre la liquidación de los judíos» que Himmler habría traicionado (*Íbid.*, p. 576).

[324] Minuta de la conferencia de Wannsee en Kurt Pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, p. 107.

[325] David Irving, *Hitler's War*, 1977, *op. cit.*, p. 391.

[326] *Íbid*.

[327] Véase p. 73.

[328] Uwe Dietrich Adam, *Judenpolitik im Dritten Reich, op. cit.*, p. 307.

[329] Christopher Browning, «Zur Genesis der "Endlösung". Eine Antwort an Martin Broszat», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 1981, vol. 1, p. 99. Browning quería ver una confirmación de esta manipulación en el hecho de que esa falsificación habría sido enviada a Goebbels un mes después del envío de la minuta (auténtica) a las otras administraciones: cometía, en este punto, un error de detalle que nunca ha corregido hasta ahora. Sobre el facsímil de la carta de envío de Heydrich, la fecha está manuscrita y parcialmente sobrecargada (Gedenk- und Bildungsstätte Haus der Wannsee-Konferenz [ed.], *Die Wannsee-Konferenz und der Völkermord an den europäischen Juden. Katalog der ständigen Ausstellung*, Berlín, Haus der Wannsee-Konferenz, 2006, p. 115). Puede tratarse del 26 de enero de 1942 o del 26 de febrero. Sin embargo, fue el 28 de febrero cuando el destinatario, Martin Luther, escribió sobre la carta una instrucción manuscrita fechada a la atención de su subordinado encargado de los «asuntos judíos», Franz Rademacher; lo que es más, la carta tiene un sello de recepción del 2 de marzo, sin duda el día que Rademacher supo del documento; ese mismo día, le dirigió una carta a Eichmann para aceptar, como le pedía Luther, la invitación de Heydrich a la conferencia prevista para el 6 de marzo (Yaacov Lozowick, *Hitlers Bürokraten. Eichmann, seine willigen Vollstrecker und die Banalität des Bösen*, Zúrich, Pendo, 2000, pp. 117 y 363, nota 95). La carta solo pudo escribirse a finales de febrero. Por tanto, Goebbels la recibió en ese mismo periodo, aunque tardase varios días en leerla. Browning reproducía un error ya cometido en *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, p. 81. Entonces se imaginaba que Martin Luther, el jefe del *Auswärtiges Amt*, había conservado la

carta el 2 de febrero un mes antes de inscribir en ella su instrucción para Rademacher. Este error ya había sido cometido por M. W. Kemptner, *Eichmann und Komplizen, op. cit.*, p. 149 y, tras él, por Yaacov Lozowick, *Hitlers Bürokraten, op. cit.*, p. 117. Por el contrario, encontramos una datación correcta, por ejemplo, en Kurt Pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, p. 113, o Mark Roseman, *Ordre du jour Génocide le 20 janvier 1942. La conférence de Wannsee et la solution finale*, París, Louis Audibert, 2002, p. 195, nota 37. La datación inexacta de Browning figura en *Les origines de la solution finale, op. cit.*, p. 437 en la revisión más reciente. Véase también «The Decision concerning the Final Solution», *Fateful Months. Essays on the Emergence of the Final Solution*, Nueva York, Holmes and Meier, 1985, p. 36, y la valoración que hizo durante el proceso Irving (Christopher R. Browning, «Evidence for the Implementation of the Final Solution: Electronic Edition»).

[330] Götz Aly y Susanne Heim, *Vordenker der Vernichtung. Auschwitz und die deutschen Pläne für eine neue europäische Ordnung*, Fráncfort del Meno, Fischer, 1993 [1991], p. 460. Mark Roseman rebate la idea según la cual el documento que leyó Goebbels hubiera podido ser el plan de conjunto definitivo, pero parece ignorar, al basarse en *Vordenker der Vernichtung*, que Goebbels hablaba en este caso de Madagascar (Mark Roseman, *Ordre du jour Génocide le 20 janvier 1942, op. cit.*, p. 147).

[331] Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, Chicago, Quadrangle Books, 1961, p. 270; íd., *La Destruction des Juifs d'Europe, op. cit.*, p. 361.

[332] Otro caso es digno de observación: Peter Longerich asimila el documento leído por Goebbels a la minuta de Wannsee y después reproduce el pasaje en el que el testigo habla de él sin revelar ni sorprenderse por la discordancia entre el resumen del lector y el contenido original del documento (Peter Longerich, *Joseph Goebbels, op. cit.*, p. 506).

[333] De manera incidental, la hipótesis permite al historiador descalificar al testigo Goebbels para el periodo de otoño de 1941 en

el que hablaba de manera explícita de deportación cuando Browning estimaba que la «solución final» ya había pasado al asesinato.

[334] Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy, op. cit.*, p. 147.

[335] Véase cap. IV, p. 172.

[336] Magnus Brechtken, «Madagaskar für die Juden», *op. cit.*, p. 280.

[337] La minuta de la conferencia de Wannsee ha sido publicada, por ejemplo, por Kurt Pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, pp. 102-112. Pero resulta preferible, para aprehender el argumento, consultar el facsímil publicado en Gedenk- und Bildungsstätte Haus der Wannsee-Konferenz (ed.), *Die Wannsee-Konferenz und der Völkermord an den europäischen Juden, op. cit.*, pp. 115-119.

[338] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 7 de marzo de 1942.

[339] Joseph Goebbels, *Journal. 1943-1945, op. cit.*, pp. 512-516.

[340] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 15 de febrero de 1942.

[341] Czeslaw Madajczyk, «Hitler's Direct Influence on Decisions Affecting Jews during World War II», *Yad Vashem Studies*, XX, 1990, p. 59.

[342] *Íbid*.

[343] Hans Mommsen, «La réalisation de l'utopique. La "solution finale de la question juive" sous le Troisième Reich», *Le National-socialisme et la Société allemande. Dix essais d'histoire politique et sociale*, París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1997, p. 194.

[344] Martin Broszat, «Hitler and the Genesis of the "Final Solution"», artículo citado, p. 107.

[345] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 20 de marzo de 1942.

[346] Peter Witte *et al*. (ed.), *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42, op. cit.*, pp. 378-382.

[347] Peter Witte y Stephen Tyas, «A New Document on the Deportation and Murder of the Jews during "Einsatz Reinhardt"

1942», *Holocaust and Genocide Studies*, vol. 15, n° 3, invierno de 2001.

[348] La orden del día de la reunión, que comenzó a las 23 horas, no comporta alusiones a la «cuestión judía». Pero los dos se habían visto a lo largo de la jornada (Peter Witte *et al*. [eds.], *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42, op. cit.*, p. 381-382).

[349] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 27 de marzo de 1942.

[350] Martin Broszat, «Hitler and the Genesis of the "Final Solution"», artículo citado.

[351] Czeslaw Madajczyk, «Hitler's Direct Influence on Decisions Affecting Jews during World War II», artículo citado.

[352] Dieter Pohl, *Von der «Judenpolitik» zum Judenmord. Der Distrikt Lublin des Generalgouvernements 1939-1944*, Fráncfort del Meno, P. Lang, 1993, p. 117, nota 27. Toby Thacker adelanta esta misma hipótesis en *Joseph Goebbels, op. cit.*, p. 243, y añade a Heydrich a la corta lista.

[353] Czeslaw Madajczyk, «Hitler's Direct Influence on Decisions Affecting Jews During World War II», artículo citado, p. 59, nota 20. Destacaremos también que, durante su proceso, Irving expuso la idea según la cual Goebbels leyó un informe escrito procedente del SD («Holocaust Denial on Trial», Trial Transcripts, Día 23, aquí p. 26); Evans sostuvo, por el contrario, que Goebbels podría haber sido informado de manera oral.

[354] Christian T. Barth, que le ha dedicado una obra al papel de Goebbels en la política antijudía, por ejemplo, no se plantea la cuestión (*Goebbels und die Juden, op. cit*., pp. 195-196, nota 224), como tampoco lo hace Peter Longerich en la larga biografía (Peter Longerich, *Joseph Goebbels, op. cit*., p. 506). No obstante, Lionel Richard plantea la hipótesis fantasiosa de que Goebbels habría designado implícitamente a Globocnik, «a quien se habría encontrado por azar», como su informador (Lionel Richard, *Goebbels, op. cit*., p. 212).

[355] Véase p. 410 y ss.

[356] Véase cap. I, nota 32. Véase también la entrada del 31 de mayo de 1941: «Tengo que lanzar a todo el ministerio tras una falsa

pista, a riesgo de perder mi prestigio a fin de cuentas, cuando las cosas irán en otro sentido […]. Mando componer un canto de invasión, preparar nuevas fanfarrias, emplear a *speakers* ingleses, fundar una compañía de propaganda inglesa, etc.», citado a partir de Joseph Goebbels, *Journal. 1939-1942, op. cit.*, p. 300. Goebbels había sido informado por Hitler de sus planes de invadir la URSS a finales del mes de marzo de 1941.

[357] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 10 de junio de 1941, citada según Joseph Goebbels, *Journal. 1939-1942, op. cit.*, p. 302.

[358] Retomo y desarrollo aquí una demostración realizada en «Le secret et la prophétie», artículo citado, y en *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 579, nota 90.

[359] Véase cap. I, p. 54.

[360] Peter Witte *et al*. (ed.), *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42, op. cit.*, p. 381 y 383.

[361] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 27 de marzo 1942.

[362] Louis Lochner (ed.), *The Goebbels Diaries, 1942-1943, op. cit*.

[363] Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews, op. cit.*, p. 266.

[364] Diario de Goebbels, entrada del 27 de marzo de 1942.

[365] Joseph Goebbels, *Journal. 1943-1945, op. cit.*, «Note de l'éditeur», p. XXVIII.

[366] David Irving, *Hitler's War*, 1977, *op. cit.*, p. 392.

[367] Richard J. Evans, «David Irving, Hitler and Holocaust Denial», documento citado, sección 4.3.f.iii.c.2 o también sección 4.3.f.iii.B.3. También se podría citar el análisis similar de Peter Longerich en «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 276.

[368] Véase p. 85.

[369] Véase en concreto Yehoshua Büchler, «The Deportation of Slovakian Jews to the Lublin District of Poland in 1942», en *Holocaust and Genocide Studies*, vol. 6, n° 2, 1991.

[370] Véase cap. VII.

[371] Véase p. 130 y cap. I, p. 62.

[372] Las excepciones en cuestión son las masacres, a finales del mes de noviembre de 1941, de cinco mil y mil judíos alemanes deportados, respectivamente, a Kaunas y a Riga. La interpretación de estos sucesos ha sido objeto de debate desde hace años, al menos desde el «caso Irving». El publicista inglés supuso, de hecho, en *Hitler's War*, que Hitler, en reacción a estas masacres ordenadas por Himmler y que él habría desaprobado, habría emitido una prohibición general de exterminio de los judíos. La mayoría de los artículos dedicados a la evolución de la «solución final» tras el caso Irving han integrado estas masacres en su narración, y les atribuyen a menudo sentidos diferentes. Una de las cuestiones era saber si se efectuaron en el marco de un programa general de exterminio. El debate volvió a la luz en 1997 con la publicación del artículo de Christian Gerlach sobre la conferencia de Wannsee («Die Wannsee-Konferenz, das Schicksal der deutschen Juden und Hitlers politische Grundsatzentscheidung, alle Juden Europas zu ermorden», *Werkstatt Geschichte*, Libro 18, 6. Jg., noviembre de 1997). Gerlach suponía que estas masacres no encajaban en el marco de un programa general de exterminio, sino que resultaban de iniciativas locales, no aprobadas por las altas instancias. Se basaba, en particular, en un documento descubierto recientemente, un telegrama reprobatorio y amenazante por parte de Himmler al responsable de las masacres, Friedrick Jeckeln. Para Browning, por el contrario, estas ejecuciones se realizaron de acuerdo con las órdenes de Himmler, quien les habría dado la vuelta el 30 de noviembre para evitar las reacciones negativas que habían acarreado esas masacres («La politique nazie. Les décisions en vue de la solution finale», en Christopher Browning, *Politique nazie, travailleurs juifs, bourreaux allemands*, París, Belles Lettres, 2002, p. 75; estos argumentos se presentaron durante un coloquio en Londres en 1998. Véase la respuesta de Christian Gerlach, «Nachwort», en *Krieg, Ernährung, Völkermord. Forschung zur deutschen Vernichtungspolitik im Zweiten Weltkrieg*, Hamburgo, Hamburger Edition, 1998). Véase también Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 357 y ss. y Andrej Angrick y Peter Klein, *Die «Endlösung» in Riga, op. cit.*, cap. v, p. 138 y ss.

[373] Sobre la evolución de la producción de Christopher Browning, véase Florent Brayard, «La longue fréquentation des morts», artículo citado; Philippe Burrin, *Hitler et les Juifs. Genèse d'un génocide*, París, Seuil, 1989 (*Hitler y los judíos: génesis de un genocidio*, México, Editorial Diana, 1992).

[374] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 25 de junio de 1943. Véase cap. II, p. 99 y palabras citas precedentes, p. 76 y p. 82, respectivamente.

[375] David Irving, *Hitler's War*, 1977, *op. cit.*, p. 392.

[376] Martin Broszat, «Hitler and the Genesis of the "Final solution"», artículo citado, p. 77. En los dos casos, las expresiones están en francés y en cursiva en el texto original.

[377] Nos remitiremos aquí en concreto al informe ya citado de Richard Evans, «David Irving, Hitler and Holocaust Denial», sección 3 (véase también *Lying about Hitler, op. cit.*, cap. IV). La comparación entre las dos ediciones de *Hitler's War*(1977 y 1991) es particularmente esclarecedora en lo relativo a esta evolución. Además, durante una conferencia en Toronto en 1992, Irving explicó que cientos de miles de personas murieron en Auschwitz, «la mayoría por epidemias». Solo veinticinco mil fueron asesinadas: una cifra que debe compararse con la estimación clásica de Franciszek Piper, según la cual más de un millón de judíos murieron en Auschwitz, principalmente por gaseamiento (*Die Zahl der Opfer von Auschwitz. Aufgrund der Quellen und der Erträge der Forschung 1945 bis 1990*, Oswiecim, PMO, 1993). También podremos remitirnos al informe de Hajo Funke, «David Irving, Holocaust Denial, and his Connections to Right Wing Extremists and Neo-National Socialism (Neo-Nazism) in Germany: Electronic Edition».

[378] Deborah E. Lipstadt, *Denying the Holocaust. The Growing Assault on Truth and Memory*, Nueva York, Free Press, 1993, p. 181.

[379] Véase Deborah E. Lipstadt, *History on Trial. My Day in Court with David Irving*, Nueva York, Ecco, 2005; Don D. Guttenplan, *The Holocaust on trial. History, Justice and the David Irving Libel Case*, Londres, Granta, 2001; y sobre todo Richard Evans, *Lying About*

Hitler. History, Holocaust, and the David Irving Trial, Nueva York, Basic Books, 2001.

[380] Christopher R. Browning, «Evidence for the Implementation of the Final Solution», artículo citado.

[381] Peter Longerich extrajo de su informe la obra *Der ungeschriebene Befehl. Hitler und der Weg zur "Endlösung"*, Múnich, Piper, 2001.

[382] Robert Jan van Pelt, *The Case for Auschwitz. Evidence from the Irving Trial*, Bloomington, Indiana University Press, 2001.

[383] Pierre Vidal-Naquet, *Les Assassins de la mémoire. «Un Eichmann de papier» et autres essais sur le révisionnisme*, París, La Découverte, 2005 (*Los asesinos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 1994).

[384] Richard J. Evans, «David Irving, Hitler and Holocaust Denial», documento citado. Su obra *Lying About Hitler*, ya citada, retoma partes de la demostración, pero no la que se recupera aquí.

[385] *Íbid.*, sección 4.3.f.

[386] *Íbid.*, sección 4.3.f.ii.A.2.

[387] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 27 de abril de 1942.

[388] Richard J. Evans, «David Irving, Hitler and Holocaust Denial», documento citado, sección 4.3.f.ii.A.3.

[389] «Holocaust Denial on Trial», Charles Gray, «Trial Judgment», párrafo 5, p. 175.

[390] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 2 de marzo de 1943. Véase cap. II, p. 103.

[391] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 436 y ss. Saul Friedländer no rechaza esta hipótesis, *Les Années d'extermination, op. cit.*, p. 426.

[392] Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, edición electrónica.

[393] El mismo Goebbels decía que las razones esgrimidas en el discurso no eran las buenas: «Que haya sido necesario, por razones psicológicas, ante los jueces y los generales con accesos de debilidad no podemos decirlo, naturalmente, en público. Se espera,

sin embargo, una acción más dura contra los saboteadores de la guerra, juicios más severos contra los beneficiarios de la guerra y los traficantes, y sobre todo una conducta de la guerra más radical» (citado por Florent Brayard,*La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 440). Lo importante es saber si las razones que le había dado Hitler eran las buenas, lo que podemos dudar.

[394] *Íbid.*, p. 434.

[395] *Íbid.*, p. 431 y ss. y pp. 437-446.

[396] Y no en febrero de 1942, como se tiene la costumbre de escribir por error (*Íbid.*, pp. 422 y 434).

[397] Véase Martin Broszat, *Kommandant in Auschwitz. Autobiographische Aufzeichnungen des Rudolf Höß*, Múnich, DTV, 1998, por ejemplo p. 241.

[398] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 435.

[399] Véase el télex de Müller con fecha de 18 de mayo de 1942, reproducido por Peter Klein (dir.), *Die Einsatzgruppen in der besetzten Sowjetunion 1941-42, op. cit.*, p. 411. Salvo error por mi parte, Dieter Pohl fue el primero que problematizó esta orden en *Holocaust, die Ursachen, das Geschehen, die Folgen*, Friburgo de Brisgovia, Herder, 2000, p. 63. Véase también Peter Longerich, *Holocaust. The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford, Oxford University Press, 2010, p. 318. La datación de abril de 1942 y la validez de esta orden general a nivel europeo han sido atestadas por Dieter Wisliceny en su testimonio tras la guerra (Affidavit de Dieter Wisliceny con fecha de 29 de noviembre de 1945, documentación del proceso de Núremberg). Sobre las circunstancias de la presentación por parte de Eichmann de la orden de Himmler, véase p. 252.

[400] Véase cap. VI, p. 267 y ss.

[401] Véase cap. VI, p. 277.

[402] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 69. La referencia exclusiva a las «regiones ocupadas del Este» se debe al hecho de que competía a la correspondencia las

tentativas de definición legal de los judíos en esas regiones, una definición de la que Himmler no quería oír hablar.

[403] En alemán, *aufraümen* expresa también una idea de movimiento.

[404] Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier. Entstehung, Struktur, Folgen des Nationalsozialismus*, Fráncfort del Meno, Ullstein, 1993, pp. 479-487. Para la conversación del 29 de mayo de 1942, véase también Adolf Hitler,*Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944*, Hamburgo, Orbis Verlag, 1980 (parte de estas conversaciones se encuentran en español en *Anatomía de un dictador, Hitler: conversaciones de sobremesa en el cuartel general del* Führer, *1941-1942*,México D. F., Grijalbo, 1974).

[405] Gerald Reitlinger, *Die Endlösung. Hitler Versuch der Ausrottung der Juden Europas. 1939-1945*, Berlín, Colloquium Verlag, 1956, p. 88 (*La solución final*, Barcelona, 1973).

[406] Peter Longerich, *Der ungeschriebene Befehl, op. cit.*, pp. 164-165. Longerich intepretaba el pasaje en cuestión bien como un camuflaje, bien como una indicación de que los más altos reponsables consideraban aún que la «solución final» propiamente dicha tenía que poducirse después de la guerra, ya que las masacres que entonces estaban en curso aún se veían como medidas provisionales que constituían un «anticipo» de la operación futura. En su peritaje para el proceso Irving, Longerich adelantó una idea similar, pero imaginando que era Hitler quien hablaba de una «alternativa» a la «solución final» para las comunidades judías no incluidas aún en el programa: se deportaría a los judíos a otras regiones distintas dePolonia en las que serían ejecutados o se les dejaría morir (Peter Longerich, «Hitler's Role in the Persecution of the Jews by the Nazi Regime» electronic version, 18.8). La diferencia más significativa entre los dos pasajes es que, en el libro, Longerich no expresaba la posibilidad de que la «solución final» después de la guerra hubiera podido, aun con el mismo final para los judíos, la muerte, no pasar por el asesinato. En su biografía de Goebbels, Longerich propuso una nueva versión: la mención de Madagascar era una indicación de que la «decisión definitiva sobre cuándo y

cómo se quería ejecutar a los judíos de Europa [*i.e.* no polacos] no se había producido aún» (Peter Longerich, *Joseph Goebbels, op. cit.*, p. 523). Aquí, por tanto, parece claro que la decisión de matar a los judíos ya se había tomado, aunque aún se estuviese en la confusión relativa a las disposiciones prácticas. Sea como sea, la cuestión desde entonces es la siguiente: ¿en qué momento fue Goebbels informado de este programa de asesinato de los judíos occidentales y alemanes? Longerich elude la cuestión explicando que en el momento del paso al asesinato, a principios del mes de junio, Goebbels «estaba del todo de acuerdo con la política antijudía del régimen, que se estaba radicalizando» (*Íbid.*, p. 524).

[407] Richard J. Evans, «David Irving, Hitler and Holocaust Denial», documento citado, sección 4.3.f.ii.c.4.

[408] Véase cap. X, p. 447 y ss.

[409] Richard J. Evans, «David Irving, Hitler and Holocaust Denial», documento citado, sección 4.3.f.ii.c.5.

[410] *Íd.*

[411] *Íbid*., sección 4.3.f.ii.c.2.

[412] Evans habla también, basándose en su demostración, de otra parte de las frases de Hitler, en la que explicaba que en caso de peligro «la liquidación de los criminales [se volvía] también una necesidad política y estatal». Tras varias digresiones, concluyó: «Los alemanes no toman parte en movimientos subversivos salvo cuando los judíos los corrompen en estos asuntos. Es la razón por la que hay que liquidar el peligro judío, cueste lo que cueste». El historiador inglés ve en este desarrollo una expresión por parte de Hitler de su voluntad de matar a todos los judíos, y yo suscribo su análisis. Pero todo indica que Goebbels no entendió ese mensaje indirecto.

[413] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 17 de mayo de 1942.

[414] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 30 de mayo de 1942.

[415] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 24 mayo 1942. Véase cap. II, p. 78.

[416] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 29 de mayo de 1942. Véase cap. II, p. 82.

[417] Ian Kershaw, *Hitler. 1936-1945: Némésis*, París, Fammarion, 2000, pp. 754-756. (*Hitler, 1936-1945*, Barcelona, Península, 2007). Destacaremos que la fórmula por la cual «no se encuentra el menor signo explícito de que [Hitler] tuviera conocimiento del exterminio de los judíos» se había vuelto particularmente desafortunada en el marco del naciente «caso Irving»; quizás es la razón por la que Kershaw no figura entre los expertos presentados por la defensa de Lipstadt.

[418] Peter Witte *et al*. (eds.), *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42, op. cit.*

[419] *Íbid*., p. 567.

[420] Raul Hilberg, *La destruction des Juifs d'Europe, op. cit.*, p. 454.

[421] Véase Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 191.

[422] Ian Kershaw, «Hitler's Role in the "Final solution"», *Yad Vashem Studies*, vol. 34, 2006, p. 42.

[423] Sobre la génesis de esta noción, véase Florent Brayard, «La fréquentation des morts. Browning, Kershaw, Friedländer et Hilberg», artículo citado. También podrá remitirse a la introducción de In Kershaw a su volumen de artículos *Hitler, the Germans, and the Final Solution*, New Haven, Jerusalem, Yale University Press, Yad Vashem, 2008.

[424] Heinz Peter Longerich, «Hitler's Role in the Persecution of the Jews by the Nazi Regime: Electronic Version, 18.8; véase p. 476, nota 115.

[425] «Holocaust Denial on Trial», Trial Transcripts, Día 24, pp. 173-174.

[426] Hans-Heinrich Wilhelm, «Wie geheim war die "Endlösung"?», en Wolfgang Benz (dir.), *Miscellanea. Festschrift für Helmut Krausnick zum 75. Geburtstag*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1980. Elementos del presente capítulo fueron publicados en mi informe de la obra ya citada de Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy*, en *Francia. Recensio*, 2008-1 y en Florent Brayard, «"À exterminer en

tant que partisans". Sur une note de Himmler», *Politix*, vol. 21, n° 82, 2008.

[427] Joseph Goebbels, «Die Juden sind schuld!», *Das Reich*, 16 de noviembre de 1941.

[428] *Id*., «Der Krieg und die Juden», *Das Reich*, 9 de mayo de 1943.

[429] Hans-Heinrich Wilhelm, «Wie geheim war die "Endlösung"?», artículo citado, p. 140. En una versión inglesa más tardía del mismo artículo, habiendo destacado entretanto lo que llama la tendencia de Goebbels a hablar «de manera metafórica y según la ocasión eufemística», Wilhelm añadía esta cuestión: «¿Hasta qué punto un lector atento de *Das Reich* debe ser inocente para concluir de un artículo como tal que los judíos no estaban siendo amenazados con el exterminio biológico total, sino que, hasta ahora, dadas las circunstancias, estaban aún en una situación correcta y que eso no cambiaría en un futuro cercano?» (Hans-Heinrich Wilhelm, «The Holocaust in National-Socialist Rhetoric and Writings. Some Evidence against the Thesis that before 1945 Nothing Was Known about the "Final Solution"», *Yad Vashem Studies*, XVI, 1984, p. 113).

[430] Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy, op. cit*., p. 122.

[431] *Íbid*., p. 123.

[432] Véase cap. I, p. 57.

[433] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 20 de junio de 1941.

[434] Diario de Joseph Goebbels, respectivamente las entradas de los días 22 y 23 noviembre de 1939, del 6 de octubre de 1939 y del 22 de agosto de 1940, del 26 de julio de 1941 y del 21 de marzo de 1941.

[435] A propósito de esta película, véase Yizhak Ahren *et al*., «"Der ewige Jude" oder wie Goebbels hetzte», *op. cit*., y Stig Hornshoj-Moller, «Der ewige Jude». *Quellenkritische Analyse eines antisemitischen Propagandafilms*, Gotinga, Institut für Wissenschaftliche Filme, 1995.

[436] Philippe Burrin, *Hitler et les Juifs, op. cit*., p. 98.

[437] David Bankier, «Signaling the Final Solution to the German People», artículo citado, p. 27.

[438] Informe del SD nº 256 con fecha de 2 de febrero de 1942, reproducido por Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich. Auswahl aus den geheimen Lageberichten des Sicherheitsdienstes der SS 1939-1945*, Neuwied, Luchterhand, 1965, p. 219.

[439] David Bankier escribe, por ejemplo, que «hasta la primavera de 1942, el término *Ausrottung* (extirpación) tenía múltiples significados. Se utilizaba alternativamente a propósito de los judíos, del pueblo judío, del poder judío, del peligro judío o del espíritu judío (David Bankier, «Signaling the Final Solution to the German People», artículo citado, p. 33). El cambio que tuvo lugar en la primavera de 1942 se explicaría por el contexto en el que esos términos se empleaban y que «forzaban al lector a asociarlos a una exterminación biológica» (*Íbid*., p. 36).

[440] A mediados de febrero de 1943, el *Neue Leipziger Tageszeitung* condenaba la fracción de la población que deploraba «el destino merecido de los judíos del Este» (Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 462). Era esta una alusión a las informaciones que los soldados de permiso contaban sobre el destino de los judíos orientales y las difundidas por las radios aliadas desde diciembre de 1942. El artículo proseguía indicando que el «salvamento de la vida de nuestro pueblo» exigía «el exterminio de todos aquellos que se la tienen jurada a nuestra vida». Pero estos artículos, en los que la masacre de los *Ostjuden* se reconoce a la vez que se minimiza, son extremadamente escasos en este periodo. Saul Friedländer se equivoca al indicar que el *Völkischer Beobachter* del 30 de abril de 1942 se había hecho eco de los rumores sobre el exterminio de los judíos en el Este (*Les Années d'extermination, op. cit*., p. 427). De hecho, el artículo, que no trataba directamente sobre los judíos, había favorecido paradójicamente a la expresión de los rumores sobre ese exterminio. Recogidos en un informe del SD de Erfurt (Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit*., p. 286).

[441] Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy, op. cit*., p. 140. Saul Friedländer escribió sobre esto: «Aún durante dos años [hasta 1941] las amenazas del Reichstag resuenan en el vacío. Después viene la decisión en el silencio; la puesta en marcha de la máquina de

exterminio, en silencio; el final, en silencio (Saul Friedländer, *Reflet du Nazisme*, París, Seuil, 1982, p. 83).

[442] Véase cap. I, p. 63. Véase también Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 235 y pp. 266-267.

[443] Diario de de Joseph Goebbels, entrada del 8 de mayo de 1943. Véase también el discurso de Goebbels a los periódicos unos días más tarde, el 23 de septiembre de 1942, reproducido en Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust*,*op. cit.*, pp. 167-168.

[444] Baldur von Schirach, *Ich glaubte an Hitler*, Hamburgo, Mosaik-Verlag, 1967, p. 300 (*Yo creí en Hitler*, trad. Javier Fernández de Castro, Barcelona, Luis de Caralt, 1968).

[445] Véase, por ejemplo, Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, pp. 240-241.

[446] *Íbid*., p. 206.

[447] *Íbid*., p. 239; Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit*., p. 161.

[448] Una traducción inglesa de esta carta con fecha de 19 de octubre de 1941 se publicó en Jean Ancel (ed.), *Documents Concerning the Fate of Romanian Jewry during the Holocaust*, Nueva York, The Beate Klarsfeld Foundation, 1986, vol. 3, p. 348 y ss.

[449] David Bankier, «Signaling the Final Solution to the German People», artículo citado, pp. 23-24, nota 30.

[450] La expresión ha sido extraída del artículo «Judenaussiedlung in Rumänien», *Donauzeitung*, 8 de agosto de 1942. Véase también «Rumänien wird judenrein», *Bukarester Blatt*, 8 de agosto de 1942. Los dos artículos se publicaron en Jean Ancel (ed.), *Documents Concerning the Fate of Romanian Jewry During the Holocaust, op. cit*., vol. 4, p. 93 y ss.

[451] Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 243; véase también Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit*., p. 162.

[452] Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit*., p. 269 y ss.

[453] Ivan Kamenec, «The Deportation of Jewish Citizens from Slovakia in 1942» en Waclaw Dlugoborski (dir.), *The Tragedy of the*

Jews of Slovakia 1938-1945. Slovakia and the «Final solution of the Jewish Question», Oswiecim, Auschwitz-Birkenau State Museum, 2002, p. 128 y ss.

[454] Yehoshua Büchler, «The Deportation of Slovakian Jews to the Lublin District of Poland in 1942», artículo citado.

[455] Sybille Steinbacher, «Musterstadt» Auschwitz, Germanisierungspolitik und Judenmord in Ostoberschlesien, Múnich, K. G. Saur, 2000, p. 155 y ss.

[456] Véase la carta de Eichmann a Von Thadden con fecha de 2 de junio de 1943, Documentación el proceso de Jerusalén, T/1108.

[457] Raul Hilberg, *La destruction des Juifs d'Europe, op. cit*., p. 638.

[458] Stéphane Courtois y Adam Rayski, *Qui savait quoi*?, *op. cit*., p. 72. Destacaremos que este reportaje fue ampliamente debatido en Drancy, como lo ha contado Georges Wellers en sus memorias: «No se toma en serio ni el artículo, ni las fotos ni las entrevistas. Se consideraban como exageraciones y generalizaciones de la propaganda alemana. Pero al mismo tiempo se quería ver en ellas una parte de verdad, al menos no se quería ni se podía creer en los exterminios en masa de los que hablaba la radio inglesa» (Georges Wellers, *Un Juif sous Vichy*, París, Éditions Tiresias, 1991, p. 130).

[459] David Bankier, «Signaling the Final Solution to the German People», artículo citado, p. 17.

[460] *Íbid*., p. 17 en nota y p. 38.

[461] Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, edición electrónica. Las tres ocurrencias son el discurso del 30 de septiembre, del 8 de noviembre de 1942 y del 23 de febrero de 1943, y la declaración del 24 de febrero de 1942. Aquí solo tengo en cuenta los usos de *ausrotten* y sus derivados.

[462] A título comparativo, «aniquilar», *vernichten*, y sus derivados se utilizan alrededor de trescientas veces. Las lógicas que presiden estos usos son además similares a las que vamos a describir para *ausrotten*.

[463] *Ausrotten* se utiliza solo en tres ocasiones, al principio de la guerra, para designar realidades menos importantes: Hitler quería

exterminar la falta de entendimiento franco-alemana (6 de octubre de 1939); los ingleses querían exterminar la guerra (6 de noviembre de 1939); a cualquier precio, para los ingleses, había que extirpar ciertas ideas de los cerebros alemanes (10 de diciembre de 1940).

[464] Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, edición electrónica.

[465] *Íbid.*, p. 1663.

[466] *Íbid.*, p. 1829.

[467] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 141.

[468] Discurso de Hitler con fecha de 1 de enero de 1941 en Max Domarus, *op. cit*.

[469] Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy, op. cit*., p. 66.

[470] Theodore N. Kaufman, *Germany Must Perish*, Newark, Argyle Press, 1941.

[471] Wolfgang Benz, «Judenvernichtung aus Notwehr?», artículo citado, p. 628.

[472] *Íbid*., p. 627.

[473] Véase cap. I, p. 51 y ss.

[474] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 24 de julio de 1941.

[475] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 29 de agosto de 1941.

[476] *Völkische Beobachter*, n° 205, 24 de julio de 1941, citado por Wolfgang Benz,«Judenvernichtung aus Notwehr?», artículo citado, p. 616.

[477] Wolfgang Diewerge, *Das Kriegsziel der Weltplutokratie. Dokumentarische Veröffentlichung zu dem Buch des Präsidenten der amerikanischen Friedensgesellschaft Theodore Nathan Kaufman «Deutschland muß Sterben» («Germany Must Perish!»)*, Berlín, Zentral Verlag der NSDAP, 1941.

[478] Theodore N. Kaufman, *Germany Must Perish, op. cit.*

[479] Véase cap. I, pp. 43 y 47.

[480] Gisela Bock, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus. Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1986.

[481] Wolfgang Benz, «Judenvernichtung aus Notwehr?», artículo citado, p. 627.

[482] Wolfgang Diewerge, *Das Kriegsziel der Weltplutokratie, op. cit.*

[483] Jean Stengers, «Himmler et l'extermination de 30 millions de slaves», *Vingtième Siècle*, n° 71, julio-septiembre 2001, p. 10.

[484] Diewerge retomaba aquí un tema utilizado por Hitler. En su «llamada al pueblo» del 3 de septiembre de 1939, explica que el tratado de Versalles habría conllevado «tarde o temprano el exterminio de veinte millones de alemanes». El 22 de junio de 1941, en otro discurso, habló de nuevo de «las profecías de un hombre de Estado francés según las cuales había veinte millones de hombres de más en Alemania, es decir que debían desaparecer por hambre, enfermedad o emigración» (en Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, edición electrónica).

[485] Sobre la criminalización de los judíos en el imaginario de la propaganda nazi, se podrá consultar Michael Berkowitz, *The Crime of my Very Existence. Nazism and the Myth of Jewish Criminality*, Berkeley, University of California Press, 2007.

[486] Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, pp. 265-266.

[487] *Íbid.*, p. 264.

[488] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 151.

[489] Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy, op. cit.*, p. 185.

[490] *Íbid.*, p. 184.

[491] *Íbid.*, p. 191.

[492] Discurso de Hitler con fecha de 26 de abril de 1942, en Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, edición electrónica.

[493] Hitler escribía, por ejemplo: «Los pueblos que tienen la facultad de deslizarse como parásitos en la humanidad, para que los otros trabajen para ellos bajo distinto pretextos, pueden formar Estados sin que el menor territorio delimitado les sea propio. Es el caso, sobre todo, del pueblo cuyo parasitarismo hace sufrir a toda la humanidad: el pueblo judío» (Adolf Hitler, *Mein Kampf. Mon combat*, París, Les Nouvelles Éditions Latines, s.d., pp. 151-152; véase p.

155, pp. 304-305, p. 307, p. 558 [*Mi lucha*, Estados Unidos, CreateSpace Independent Publishing Platform, 2017]).

[494] Este análisis del final inevitable del parasitarismo ya había sido expresado por Hitler en *Mein Kampf*: «Un ejemplo espantoso de esta esclavitud nos lo proporciona Rusia, donde el judío, con un fanatismo verdaderamente salvaje, ha hecho perecer entre feroces torturas o condenado a muerte a casi treinta millones de hombres, para asegurar que una banda de escritores judíos y de bandidos de la bolsa dominen a un gran pueblo. Pero el desenlace no solo es la muerte de la libertad de los pueblos oprimidos por los judíos, también es la pérdida de estos parásitos de los pueblos. La muerte de la víctima conlleva tarde o temprano la muerte del vampiro» (*Íbid*., pp. 326-327).

[495] Véase Wolfram Meyer zu Uptrup, *Kampf gegen die «jüdische Weltverschwörung». Propaganda und Antisemitismus der Nationalsozialisten 1919 bis 1945*, Berlín, Metropol, 2003, p. 383, en particular el análisis correspondiente de prensa estadounidense, Howard K. Smith.

[496] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 3 de agosto de 1941.

[497] Discurso de Hitler con fecha de 30 de mayo de 1942 en Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, edición electrónica.

[498] Discurso de Hitler con fecha de 21 de mayo de 1943.

[499] Citado de Saul Friedländer, *Les Années d'extermination, op. cit.*, pp. 741-742.

[500] Declaración de año nuevo, 1 de enero de 1945, en Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, edición electrónica.

[501] Véase Wolfram Meyer zu Uptrup, *Kampf gegen die «jüdische Weltverschwörung»*, *op. cit.*, pp. 382-393.

[502] Citado por Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy, op. cit.*, p. 155.

[503] Citado por Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 146.

[504] Citado por Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 359.

[505] *Íbid*., p. 347.

[506] *Íbid.*, p. 184.

[507] *Íbid.*, p. 265.

[508] Joseph Goebbels, «Die Voraussetzung zum Sieg», *Das Reich*, 25 de julio de 1943.

[509] Citado por Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 415.

[510] Véase p. 188.

[511] Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy, op. cit.*, p. 258.

[512] Destacaremos también que Klemperer utilizaba «literalmente» de manera imaginada, como un adverbio que permitía llevar la frase a su acepción más extrema.

[513] Salvatore Settis, *L'invention d'un tableau, op. cit.*, p. 85.

[514] Citado por Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 193.

[515] Declaración radiodifundida de Hitler del 20 de julio de 1944, en Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, edición electrónica.

[516] Declaración del 12 de noviembre de 1944, *Íd*.

[517] Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 216.

[518] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 460; Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 265.

[519] Raphael Lemkin, *Axis Rule in Occupied Europe. Laws of Occupation - Analysis of Government - Proposals for Redress*, Washington, Carnegie Endowment for International Peace, 1944, p. 79 (*El dominio del eje en la Europa ocupada: leyes de ocupación, análisis de la administración gubernamental, propuestas de reparaciones*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008).

[520] David Bankier, *Die öffentlicher Meinung im Hitler-Staat, op. cit.*, p. 140.

[521] *Íbid.*, pp. 140-141.

[522] Véase cap. III, p. 148.

[523] Leo Baeck, «A people stand before its God», en Eric H. Boehm (ed.), *We survived. Fourteen Histories of the Hidden and Hunted of nazi Germany*, Santa Bárbara, Abc-Clio information services, 1985,

pp. 289-290 (*Sobrevivimos: catorce historias de escondidos y perseguidos en la Alemania nazi*, México D. F., Herder, 2011).

[524] Frank Bajohr, «Von antijüdischen Konsens zum schlechten Gewissen. Die deutsche Gesellschaft und die Judenverfolgung 1933-1945», en Frank Bajohr y Dieter Pohl, *Der Holocaust als offenes Geheimnis, op. cit.*, p. 59.

[525] Joshua Franklin reproduce este pasaje en *Tell No One. Leo Baeck and the Terrible Secret*, tesis defendida en Clark University, Massachussetts, octubre de 2007, p. 58.

[526] A propósito de estas masacres, véase Dieter Pohl, *Nationalsozialistische Judenverfolgung in Ostgalizien 1941-1944. Organisation und Durchführung eines staatlichen Massenverbrechens*, Múnich, Oldenbourg, 1997, y Thomas Sandkülher, «*Endlösung» in Galizien. Der Judenmord in Ostpolen und die Rettungsinitiativen von Berthold Beitz 1941-1944*, Bonn, Dietz, 1996.

[527] Justo antes de contar la historia de esta mujer, que databa del verano de 1941, Baeck indicaba haber recibido por primera vez noticias del Este a través de cartas postales enviadas desde Lublin y Varsovia (Leo Baeck, «A People Stand Before its God», artículo citado, p. 289). Sin embargo, los primeros convoyes en dirección al Gobierno General que alcanzaron finalmente Varsovia databan de abril de 1942 (Alfred Gottwaldt y Diana Schulle, *Die Judendeportationen aus dem Deutschen Reich von 1941-1945, op. cit.*, p. 168).

[528] Véase Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 431 y ss.

[529] Véase cap. III, p. 148.

[530] En enero de 1942, hubo, sin embargo, unas pocas masacres a la llegada de los convoyes a Riga. El 19 de enero de 1942, otro convoy había sido aniquilado a su llegada, pero provenía de Theresienstadt, y no del Reich, transportaba judíos checos, y no judíos alemanes. Diez días más tarde, parece que otro convoy, proveniente del Reich, fue objeto de una selección estricta que terminó con la masacre de varios centenares de deportados (Andrej

Angrick y Peter Klein, *Die «Endlösung» in Riga, op. cit.*, pp. 242-243). Véase p. 243.

[531] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 389.

[532] Carta de Hermann Samter en fecha del 26 de enero de 1942, Yad Vashem Archives 0.2/30.

[533] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 35.

[534] *Íbid.*, p. 436.

[535] Isaiah Trunk, *Lodz Ghetto. A History*, Bloomington, Indiana University Press, 2006, pp. 45-46.

[536] Carta de Hermann Samter con fecha de 26 de enero de 1942, Yad Cashem Archives. Samter afirmaba que no había conseguido leer ninguna de las cartas, pero conocía a una persona que supuestamente había leído una. El 11 de mayo, el propio autor de la misiva indicó que no se habían recibido cartas de Kaunas, Riga o Minsk, al tiempo que afirmaba que se pensaba que las condiciones de vida en Riga eran correctas. De la misma manera, hablaba de un intercambio de correspondencia ilegal entre judíos de Fráncfort deportados a Minsk y su familia, que se quedó (Monica Kingreen, «Verfolgung und Rettung in Frankfurt-am-Main und der Rhein-Main-Region», en Beate Kosmala y Claudia Schoppmann [ed.],*Überleben im Untergrund. Hilfe für Juden in Deutschland 1941-1945*, Berlín, Metropol, 2002, p. 177).

[537] Véase por ejemplo Else Behrend-Rosenfeld y Gertrud Luckner (eds.), *Lebenszeichen aus Piaski. Briefe Deportierter aus dem Distrikt Lublin*, 1940-1943, Múnich, Biederstein Verlag, 1968.

[538] Peter Witte, «Letzte Nachrichten aus Siedliszcze», artículo citado, p. 107; Monica Kingreen, «"Wir werden darüber hinweg kommen". Letzte Lebenszeichen deportierterhessischer Juden. Eine dokumentarische Annäherung», en Birthe Kundrus y Beate Meyer (dirs.), *Die Deportation der Juden aus Deutschland, op. cit.*, p. 104.

[539] Jana Leichsenring, *Die Katholische Kirche und «ihre Juden». Das «Hilfswerk beim Bischöflichen Ordinariat Berlin». 1938-1945*, Berlín, Metropol, 2007, p. 229.

[540] *Íbid.*, p. 231, nota 277.

[541] De esta manera, en su testimonio de posguerra, Baeck remontaba la secuencia de las deportaciones a los primeros traslados a Stettin, a principios del año 1940. Añadía: «Las primeras noticias que tuve del Este eran cartas postales de Lublin y de Varsovia. Concluímos que los deportados eran miserables y que el hambre y la enfermedad estaban muy extendidas» (Leo Baeck, «A people Stand Before Its God», artículo citado, p. 289).

[542] Alfred Gottwaldt y Diana Schulle, *Die Judendeportationen aus dem Deutschen Reich von 1941-1945, op. cit.*, p. 66.

[543] No tomo en cuenta en el desarrollo que sigue las deportaciones con salida del protectorado de Bohemia-Moravia.

[544] Véase cap. III, p. 148.

[545] Véase p. 523, nota 11.

[546] Alfred Gottwaldt y Diana Schulle, *Die Judendeportationen aus dem Deutschen Reich von 1941-1945, op. cit.*, pp. 165-166. Es de esta obra de donde extraigo las cifras que siguen.

[547] Podríamos añadir que un miembro de la *Reichsvereinigung*, Moritz Henschel, también declaró después de la guerra, en un testimonio considerado como creíble, que no sabía del destino de los deportados. Véanse a este propósito los análisis de Beate Meyer, «Das unausweichliche Dilemma: Die Reichsvereinigung der Juden in Deutschland, die Deportationen und die untergetauchten Juden», en Beate Kosmala y Claudia Schoppmann (dirs.), *Überleben im Untergrund, op. cit.*, p. 291 y ss. El testimonio contrario de Max Plaut (*Íbid.*, pp. 292-293) parece, en cambio, contener cierta parte de reconstrucción; habla, por ejemplo, de los campos de concentración como lugares de muerte, pero no es sino a partir de diciembre de 1942 cuando los judíos alemanes son enviados de manera regular a un campo de concentración y de exterminio, Auschwitz. Véase también Beate Meyer, «Gratwanderung zwischen Verantwortung und Verstrickung. Die Reichsvereinigung der Juden in Deutschland und die Jüdische Gemeinde zu Berlin 1938-1945», en Beate Meyer y Hermann Simon (dirs.), *Juden in Berlin. 1938-1945*, Berlín, Philo, 2000, p. 317 y ss.

[548] David Bankier, *Die öffentlicher Meinung im Hitler-Staat, op. cit.*, p. 140.

[549] David Bankier habla del rumor que circulaba en Berlín tras la entrada en la guerra de Estados Unidos, recogido por un corresponsal estadounidense, según el cual los prisioneros de guerra soviéticos habían sido gaseados en un campo asolado por el tifus (*Íbid.*, p. 152). Este rumor remite sin lugar a dudas a los gaseos esporádicos que tenían lugar en Auschwitz desde septiembre de 1941 (véase, a propósito de la información que circulaba sobre los gaseos, Bernd C. Wagner, «Gerüchte, Wissen, Verdrängung. Die IG Auschwitz und das Vernichtungslager Birkenau», en Norbert Frei *et al*. [eds.], *Ausbeutung, Vernichtung, Öffentlichkeit, op. cit*., p. 234). Pero los gaseos no eran todavía de judíos. Habría que esperar a mayo de 1942 para que Birkenau se convirtiese en un campo de exterminio para los judíos regionales y europeos.

[550] Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 252.

[551] *Íbid*., p. 253.

[552] *Íbid*., p. 254.

[553] Debe decirse que también en Berlín corrieron estos rumores: de hecho la Gestapo había indicado a los responsables de la comunidad judía que la deportación debía presentarse como una operación de relocación. Véase sobre este punto Raul Hilberg, *La destruction des Juifs d'Europe, op. cit.*, p. 395, y Beate Meyer, «Das unausweichliche Dilemma», artículo citado, p. 275.

[554] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, pp. 344-345, y de manera más general p. 348 y ss.

[555] Véase p. 53.

[556] Andrej Angrick y Peter Klein, *Die «Endlösung» in Riga, op. cit.*, p. 215.

[557] Raul Hilberg, *La destruction des Juifs d'Europe, op. cit.*, p. 372.

[558] Carta de Friedrich Munding con fecha de 30 de septiembre de 1942, citada por Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 296.

[559] Wolf Gruner, *Judenverfolgung in Berlin 1933-1945, op. cit.*, p. 98 y ss.

[560] Eichmann se haría eco, por ejemplo, en una reunión interna en junio de 1942 (Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 111).

[561] Todas las personas mayores de sesenta y cinco años tenían que ser trasladadas a Theresienstadt, de acuerdo con las instrucciones expresas de la RSHA (Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 77).

[562] Monica Kingreen, «"Wir werden darüber hinweg kommen"», artículo citado, pp. 93-94.

[563] Carta de Wilhelm Kube a su superior, Himrich Lohse, con fecha de 13 de diciembre de 1941. Documentación del proceso de Núremberg, PS-6335.

[564] Alfred Gottwaldt y Diana Schulle, *Die Judendeportationen aus dem Deutschen Reich von 1941-1945, op. cit.*, p. 66. Para algunos convoyes, las tasas de mortalidad podían ser aún más elevadas: del orden de un 20 %, en seis meses, para los judíos de Fráncfort deportados al gueto (Monica Kingreen, «"Wir werden darüber hinweg kommen". Letzte Lebenszeichen deportierterhessischer Juden. Eine dokumentarische Annäherung», en Birthe Kundrus y Beate Meyer [eds.], *Die Deportation der Juden aus Deutschland, op. cit.*, p. 90).

[565] Podremos remitirnos a la bella reconstrucción de Monica Kingreen del destino de los judíos de Hesse deportados en distintos lugares, *Íd*.

[566] *Íbid.*, p. 98.

[567] Sin embargo, debemos recordar de nuevo el rumor sobre la ejecución de judíos por gaseo de los prisioneros de guerra soviéticos, véase p. 527, nota 30.

[568] Véase cap. IX, p. 405.

[569] David Bankier, *Die öffentlicher Meinung im Hitler-Staat, op. cit.*, p. 152.

[570] Monica Kingreen, «"Wir werden darüber hinweg kommen"», artículo citado, p. 107.

[571] Los diferentes casos citados por Bankier, salvo el de Lili Hahn, datan de la primavera de 1943. Añadiremos el caso de Ernst Jünger, que habla en su Diario de un rumor comparable, a finales del mes de diciembre de 1942 (Stéphane Courtois y Adam Rayski, *Qui savait quoi?*, *op. cit.*, p. 70).

[572] Para esta ciudad, véase Frank Bajohr, «"dann bitte keine Gefühlsduseleien". Die Hamburger und die Deportation», en col., *Die deportation der Hamburger Juden. 1941-1945*, Hamburgo, Forschungsstelle für Zeitgeschichte y Institut für die Geschichte der deutschen Juden, 2002, pp. 24-25.

[573] Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 258.

[574] Alfred Gottwaldt y Diana Schulle, *Die Judendeportationen aus dem Deutschen Reich von 1941-1945, op. cit.*, p. 443 y ss.

[575] David Bankier, *Die öffentlicher Meinung im Hitler-Staat, op. cit.*, p. 142. Véase también Otto Dov Kulka, «Jewish Society and Germany as Reflected in Secret Nazi Reports on "Public Opinion". 1933-1945», en Moshe Zimmermann, *On Germans and Jews under the Nazi Regime. Essays by Three Generations of Historians. A Festschrift in Honor of Otto Dov Kulka*, Jerusalén, The Hebrew University, Magnes Press, 2006, p. 278; y Christian Goeschel, «Suicides of German Jews During the Holocaust», en John K. Roth, Jonathan Petropoulos y Lynn Rapaport (dirs.), *Lessons and Legacies. Memory, History, and Responsibility. Reassessments of the Holocaust, Implications for the Future*, vol. 9, Evanston, Northwestern University Press, 2010.

[576] Las relaciones entre los servicios de la *Reichsvereinigung* de Berlín y las distintas oficinas regionales eran difíciles, incluso inexistentes (véase, a este propósito, Beate Meyer, «Handlungsspielräume regionaler jüdischer Repräsentanten [1941-1945]. Die Reichsvereinigung der Juden in Deutschland und die Deportationen», en Birthe Kundrus y Beate Meyer [ed.], *Die Deportation der Juden aus Deutschland, op. cit.*, p. 85).

[577] También podemos citar el caso del jurista vienés, Ludwig Haydn, citado por David Bankier (*Die öffentlicher Meinung im Hitler-Staat, op. cit.*, p. 142). Destacó en una correspondencia de finales

del mes de junio de 1942 que los judíos de la ciudad hablaban abiertamente del significado de la deportación: ¿conducía a la hambruna o a una ejecución en los bordes de una fosa cavada por las propias víctimas? Aquí, como vemos, los judíos no imaginaban otro futuro que la muerte, la que podía llegar, dado el caso, en forma de asesinato.

[578] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 391.

[579] *Íbid.*, p. 394.

[580] *Íbid.*, p. 395.

[581] Retomo aquí el análisis de Peter Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 2008, p. 240 (*Vida y muerte en el Tercer Reich*, Barcelona, Crítica, 2016).

[582] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 438.

[583] Monica Kingreen, «"Wir werden darüber hinweg kommen"», artículo citado.

[584] Ulrich Herbert, «Arbeit und Vernichtung. Ökonomisches Interesse und Primat der "Weltanschauung" im Nationalsozialismus», en *id.* (dir.), *Europa und der «Reichseinsatz». Ausländische Zivilarbeiter, Kriegsgefangene und KZ-Häflinge in Deutschland 1938-1945*, Essen, Klartext, 1991, p. 167.

[585] Dieter Pohl, *Nationalsozialistische Judenverfolgung in Ostgalizien 1941-1944, op. cit.*, p. 136.

[586] Ulrich Herbert, «Arbeit und Vernichtung», artículo citado, p. 167.

[587] *Íbid.*, p. 149.

[588] Ian Kershaw, «Popular Opinion and the "Jewish Question". 1939-1943. Some Further Reflections», en *id.*, *Hitler, the Germans, and the Final Solution*, Jerusalén/New Haven, Yad Vashem/Yale University Press, 2008, pp. 226-227 (*Hitler, los alemanes y la solución final*, trad. Isabel Murillo, Madrid, La esfera de los libros, 2009).

[589] Citado por Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 305.

[590] A propósito de esta conferencia, cuyos trabajos se comentaron ampliamente, véase Ernst Piper, *Alfred Rosenberg. Hitlers Chefideologe*, Múnich, Blessing, 2005, p. 480 y ss.

[591] Yehuda Bauer, *The Holocaust in Historical Perspective*, Seattle, University of Washington Press, 1978, p. 18. (*El lugar del Holocausto en la historia contemporánea*, Buenos Aires, Fundación Memoria del Holocausto: Museo de la Shoá, 2002).

[592] Proclamación de Hitler a fecha de 24 de febrero de 1943, en Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, edición electrónica.

[593] Deborah E. Lipstadt, *Beyond Belief. The American Press and the Coming of the Holocaust, 1933-1945*, Nueva York, Free Press, 1986, p. 180.

[594] David S. Wyman, *L'Abandon des Juifs, op. cit.*, p. 80.

[595] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 229.

[596] *Íbid.*, p. 404. Disponemos de un solo caso anterior de un diarista que hablase de la masacre de los judíos por gaseo: se trata de Karl Dürkefälden, en noviembre de 1942. El mecanismo, sin embargo, es el mismo, ya que basa esta información en las emisiones de la radio inglesa (*Íbid.*, pp. 449 y 202).

[597] David Bankier, *Die öffentlicher Meinung im Hitler-Staat, op. cit.*, p. 152.

[598] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 343.

[599] *Íbid.*, p. 342.

[600] *Íd.*

[601] Sobre las emisiones de radio, *Íbid*., p. 194 y ss. y p. 242 y ss. sobre los tratos aliados.

[602] Véase cap. VIII, p. 331 y ss.

[603] Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit*., p. 309.

[604] David Bankier, *Die öffentlicher Meinung im Hitler-Staat, op. cit*., p. 141.

[605] Frank Bajohr cita otros ejemplos en «Über die Entwicklung eines schlechten Gewissens. Die deutsche Bevölkerung und die Deportationen 1941-1945», en Birthe Kundrus y Beate Meyer (dirs.), *Die Deportation der Juden aus Deutschland*,*op. cit*., p. 190 y ss.

[606] Otto Dov Kulka y Eberhard Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten 1933-1945*, Düsseldorf, Droste, 2004, documento 709, p. 532.

[607] *Íbid*., n° 700, p. 529. Véanse también las entradas nº 683, 695, 699, 706, 707 y 711.

[608] Véase Peter Fritzsche, *Life and death in the Third Reich, op. cit*., en particular la p. 264.

[609] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit*., p. 408.

[610] Véase p. 204.

[611] Otro caso ejemplar es el de Karl Dürckefälden, un obrero de Baja Sajonia. En enero de 1942, escuchó en la radio un discurso de Thomas Mann: el escritor exiliado denunciaba la ejecución de cuatrocientos jóvenes judíos holandeses, en Alemania, empleando gases experimentales (reproducido parcialmente en Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit*., p. 198). Tres semanas más tarde, en febrero de 1942, Hitler reiteró su «profecía», que fue reproducida al día siguiente por un periódico local, como el resto del discurso. Lo que Dürckefälden pegó en su Diario, ese día, fue el párrafo en que Hitler hablaba de los judíos y que venía introducido por el encabezamiento siguiente: «Los judíos son exterminados» (Ian Kershaw, «German Popular Opinion during the "Final Solution". Information, Comprehension, Reaction», en *id*., *Hitler, the Germans, and the Final Solution*, Jerusalén/New Haven,

Yad Vashem/Yale University Press, 2008, p. 144). No dejaría, en los años siguientes, de anotar y de cruzar toda la información posible sobre esta política criminal de una amplitud inusitada que había conseguido desvelar de manera particularmente precoz (véase Frank Bajohr, «Von antijüdischen Konsens zum schlechten Gewissen», artículo citado, pp. 60-61). Destaquemos que los dos grupos de judíos holandeses de los que habla Mann habían sido deportados, en febrero y después en junio de 1941, a Mauthausen (Werner Warmbrunn, *The Dutch under German Occupation. 1940-1945*, Stanford, Stanford University Press, 1972, p. 63). Pierre Serge Choumoff estableció que ciento siete de ellos fueron trasladados entre el 11 y el 12 de agosto de 1941 al centro de ejecución de los alienados, a Hartheim («Les exterminations par gaz à Mauthausen et Gusen», en Germaine Tillion, *Ravensbrück*, París, Seuil, 1997, pp. 388 y 453 [*Ravensbrück: campo de concentración para mujeres*, México, Editorial V Siglos, 1976]). Hartheim, como otros centros de la operación T4, recibía a detenidos seleccionados en los campos de concentración en función, entre otras, de su degradación física: esta operación tenía por nombre en clave 14f13 (véase Walter Grode, *Die «Sonderbehandlung 14f13» in den Konzentrationslagern des Dritten Reiches. Ein Beitrag zur Dynamik faschistischer Vernichtungspolitik*, Fráncfort del Meno, P. Lang, 1987). Los detenidos judíos holandeses fueron gaseados, como los enfermos mentales y los internos de otros campos.

[612] Citado por Bernard Wasserstein, *Britain and the Jews of Europe, 1939-1945*, Londres, Leicester University Press, 1999, p. 152.

[613] Extraigo este ejemplo de Karl-Heinz Reuband, «Zwischen Ignoranz, wissen und Nicht-glauben-wollen. Geruchte über den Holocaust und ihre Diffusionsbedingungen in der deutschen Bevolkerung», en Beate Kosmala y Claudia Schoppmann (dirs.), *Überleben im Untergrund, op. cit*., p. 34.

[614] Aquí tendremos que tener en mente que los hechos demuestran que Hitler decidió el asesinato de todos los judíos, pero en fin de cuentas podría haber sucedido de otra manera.

[615] Véase cap. IV, p. 170.

[616] Este recuerdo, con fecha de 18 de noviembre de 1946, es reproducido por Léon Poliakov y Josef Wulf, *Das Dritte Reich und die Juden, Dokumente und Aufsätze*, Berlín, Arani, 1955, pp. 93-94 (*El Tercer Reich y los judíos: documentos y estudios*, trad. Gabriel Ferrater, Barcelona, 1960).

[617] Wisliceny también establecía esta pausa en relación con la introducción de la norma de portar la estrella roja en Alemania y el artículo de Goebbels «Los judíos tienen la culpa», dos eventos de mediados de septiembre y noviembre de 1941. De manera evidente, condensaba en un solo momento una secuencia más larga (durante la cual, de hecho, estuvo fuera de Alemania, en Bratislava).

[618] Declaración de Rudolf Höss con fecha de 14 de marzo de 1946, no-1210, documentación del proceso de Núremberg.

[619] Martin Broszat, *Kommandant in Auschwitz, op. cit*., p. 225.

[620] Interrogatorio de Rudolf Höss con fecha de 2 de abril de 1946, en John Mendelson (ed.), *The Holocaust. Selected Documents in Eighteen Volumes*, Nueva York, Garland, 1982, vol. 12, p. 101.

[621] Franzciszek Piper estima que doce mil prisioneros rusos fueron registrados y tres mil asesinados a su llegada (*Die Zahl der Opfer von Auschwitz, op. cit.*, p. 200).

[622] Podríamos citar por ejemplo el artículo de Vassily Grossman, «L'enfer de Treblinka», publicado en ruso en 1944 y traducido a varias lenguas en 1945, que formaba parte de la documentación disponible en Núremberg. Grossmann situba en mayo de 1942 el inicio de la construcción del campo 2, específicamente dedicado al exterminio.

[623] Interrogatorio de Viktor Brack con fecha de 4 de septiembre de 1946, Yad Vashem, JM-5967.

[624] Henry Friedlander reproduce este interrogatorio, *Der Weg zum ns-Genozid. Von Euthanasie zur Endlösung*, Berlín, Berlin Verlag, 1997, p. 321 y ss.

[625] Para un análisis detallado de esta correspondencia con fecha del 23 de junio de 1942, véase Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit*., p. 7 y ss.

[626] Interrogatorio de Rudolf Brack con fecha de 13 de septiembre de 1946, Berlín, Bundesarchiv Lichterfelde, BAL 55001.

[627] *Íbid.*

[628] Artículo de Ernst Hiemer, *Der Stürmer*, n° 4, enero 1939, extracto reproducido en el documento D-809 de la documentación de Núremberg.

[629] *Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal*, Núremberg, 1948, vol. 12, sesión del 26 de abril de 1946, p. 357.

[630] Alfred Rosenberg, «Vermerk über Unterrundgen beim *Führer* am 14. 12. 1941», reproducida en el volumen XVII del *Procès des grands criminels de guerre devant le Tribunal Militaire International*, Núremberg, 1948, p. 270.

[631] *Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal*, Núremberg, 1948, vol. 11, sesión del 17 de abril de 1946, pp. 554-555.

[632] Office of United States US Chief of Counsel for Prosecution of Axis Criminality, *Nazi Conspiracy and Aggression*, Washington, US Government Printing Office, 1947 (serie roja), suplemento A, p. 68.

[633] *Íd*., vol. *Opinion and Judgment*, p. 79.

[634] Véase Gerald Reitlinger, *Die Endlösung, op. cit*., pp. 114-115 a propósito de la deconstrucción del relato de Höss, y p. 92 sobre las dudas respecto al relato de Brack.

[635] Véase Christian Gerlach, «The Eichmann Interrogations in Holocaust Historiography», artículo citado. Se trata del mejor artículo acerca de los distintos corpus testamentales de Eichmann. También podremos consultar: Christopher Browning, «Perpetrator Testimony», artículo citado, e Irmtrud Wojak, *Eichmanns Memoiren. Ein Kritischer Essay*, Fráncfort del Meno, Campus, 2001.

[636] Véase p. 525, nota 30.

[637] Florent Brayard, «"Grasping the Spokes of the Wheel of History": Gerstein, Eichmann and the Genocide of the Jews», *History & Memory*, vol. 1, n° 1, primavera-verano de 2008.

[638] Esta cronología ha sido conservada en los papeles del abogado de Eichmann, Robert Servatius: Bundesarchiv Koblenz,

Allgemeine Prozesse, 6/169. Agradezco a Nicolas Patin que me diera una copia.

[639] Citado por Christopher Browning, «Perpetrator Testimony», artículo citado, p. 12.

[640] Frank Bajohr y Dieter Pohl, *Der Holocaust als offenes Geheimnis, op. cit.*; véase también Eberhard Jäckel, «Public Awareness of the Holocaust. Hitler's Open Secret», en Moshe Zimmermann, *On Germans and Jews under the Nazi Regime*,*op. cit*.

[641] Richard Breitman, *Der Architekt der «Endlösung». Himmler und die Vernichtung der europäischen Juden*, Paderborn, Schöningh, 1996, pp. 250-251.

[642] Philippe Burrin, *Hitler et les Juifs, op. cit.*, 1989, p. 193, nota 15.

[643] Jean-Claude Pressac, *Les Crématoires d'Auschwitz. La machinerie du meurtre de masse*, París, Éditions du CNRS, 1993, p. 103.

[644] Karin Orth, «Rudolf Höss und die "Endlösung der Judenfrage". Drei argumente gegen deren Datierung an den Sommer 1941», *Werkstattgeschichte*, n° 18, 1997.

[645] Véase por ejemplo Christopher Browning, «La politique nazie. Les décisions en vue de la solution finale», artículo citado; también «Perpetrator Testimony. Another look at Adolf Eichmann», artículo citado.

[646] Dan Michman, «Täteraussagen und Geschichtswissenschaft. Der Fall Dieter Wisliceny und der Entscheidungsprozess zur "Endlösung"», en Jürgen Matthäus y Klaus-Michael Mallmann (dirs.), *Deutsche, Juden, Völkermord. Der Holocaust als Geschichte und Gegenwart*, Hamburgo, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2006.

[647] Véase cap. III, p. 139 y ss.

[648] Martin Broszat, «Hitler and the Genesis of the "Final Solution"», artículo citado, p. 86.

[649] A propósito, esta frase, muy importante en la lectura de las fuentes sobre las informaciones que circulaban sobre la «solución final» también vale para los historiadores; ya lo hemos visto con Bankier, es el caso de todas las tentativas que itentan hacer coincidir

el inicio de la deportación de los judíos alemanes en octubre de 1941 y el paso al asesinato, como hicieron Philippe Burrin y Christopher Browning.

[650] David Bankier, *Die öffentlicher Meinung im Hitler-Staat, op. cit.*, p. 146.

[651] Jean-Claude Passeron y Jacques Revel, «Penser par cas», artículo citado.

[652] Eberhard Jäckel, «On the Purpose of the Wannsee Conference», en James S. Pacy y Alan P. Wertheimer (dirs.), *Perspectives on the Holocaust. Essays in Honor of Raul Hilberg*, Boulder, Westview Press, 1995, p. 39.

[653] Mark Roseman, *Ordre du jour Génocide le 20 janvier 1942, op. cit.*, p. 146. Para Christian Gerlach, también, las «informations sur les résultats de la conférence de Wannsee» circularon «rápidamente» (Christian Gerlach, *Sur la conférence deWannsee, op. cit.*, p. 79).

[654] Véase cap. III, p. 117 y ss.

[655] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, pp. 79-80.

[656] Christian Gerlach, *Sur la conférence de Wannsee, op. cit.*, p. 79.

[657] *Íbid.*, p. 82.

[658] *Íbid.*, p. 79.

[659] También citaremos una comunicación de Göring, sin fecha, sobre la exención temporal de los trabajadores judíos: «De acuerdo con las directivas válidas en este momento y las explicaciones dadas por el *SS-Obergrupenführer* Heydrich durante una reunión de los secretarios de Estado el 20 de enero de 1942, los judíos que están siendo empleados en una empresa útil para la economía de guerra no deben ser, fundamentalmente, evacuados por ahora». Esta información aparecía recogida en una carta del *Kommandeur des Rüstungbereichs* de Würtzburg el 4 de abril de 1942 (documento reproducido por Dieter Maier, *Arbeitseinsatz und Deportation. Die Mitwirkung der Arbeitsverwaltung bei der*

nationalsozialistischenJudenverfolgung in den Jahren 1938-1945, Berlín, Hentrich, 1994, p. 162).

[660] La minuta de esta reunión del 29 de enero fue publicada por Wolfgang Benz, Konrad Kwiet, Jürgen Matthäus (eds.), *Einsatz im «Reichskommissariat Ostland». Dokumente zum Völkermord im Baltikum und in Weißrußland. 1941-1944*,Berlín, Metropol, 1998, p. 57 y ss., aquí p. 66.

[661] Véase cap. VII, p. 281.

[662] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, pp. 79-80.

[663] Véase cap. VIII, p. 343.

[664] Kurt pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, p. 79.

[665] Esta carta es reproducida en Wolfgang Benz *et al., Einsatz im «Reichs- kommissariat Ostland»*, *op. cit.*, p. 54.

[666] Carta de Zeitschel con fecha de 28 de febrero de 1942, reproducida en Serge Klarsfeld, *Le Calendrier de la persécution des Juifs de France*, París, Fayard, 2001, vol. 2, pp. 333-334.

[667] Véase la carta del jefe de la Gestapo en París, Kurt Lischka, con fecha de 17 de marzo de 1942, en la que se alude a esta decisión sobre el destino de los judíos en parejas mixtas (*íbid*. p. 342).

[668] Véase la nota de Dannecker con fecha de 10 de marzo de 1942, *Íbid.*, p. 337.

[669] Nota de Dannecker del 10 de marzo de 1942, reproducida por Serge Klarsfeld, *Le Calendrier de la persécution des Juifs de France, op. cit.*, vol. 2, p. 337.

[670] Minuta de Zeitschel con fecha de 11 de marzo de 1942, *íbid*., pp. 338-339.

[671] Barbara Lambauer, *Otto Abetz et les Français ou l'envers de la Collaboration*, París, Fayard, 2001, p. 486.

[672] Carta de Zeitschel con fecha de 23 de marzo de 1942, reproducida en Kurt Pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, pp. 124-125.

[673] Christian Gerlach, *Sur la conférence de Wannsee, op. cit.*, p. 133, nota 202.

[674] Véase cap. VII, p. 279.

[675] Walter Laqueur, *The Terrible Secret. An Investigation into the Supression of Information about Hitler's «Final Solution»*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1980, p. 141.

[676] *Íd.*

[677] Aron Grünhut, *Katastrophenzeit des slowakischen Jeudentums. Aufstieg und Niedergang der Juden von Pressburg*, Tel Aviv, publicado por el autor, 1972, p. 76 para el pasaje en cuestión.

[678] Ladislav Lipscher, *Die Juden im slowakischen Staat. 1939-1945*, Múnich, Oldenbourg, 1979, p. 123.

[679] *Íbid.*, p. 92.

[680] Peter Witte *et al.* (eds.), *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42, op. cit.*, p. 241, nota 61.

[681] Yahuda Bauer, *Juifs à vendre? Les négociations entre nazis et Juifs. 1933-1945*, París, Liana Levi, 1994, p. 100.

[682] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 412.

[683] Véase cap. VII, p. 297.

[684] Ladislav Lipscher, *Die Juden im slowakischen Staat, op. cit.*, p. 100.

[685] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, p. 94.

[686] Véase Yehoshua Büchler, «The Deportation of Slovakian Jews to the Lublin District of Poland in 1942», artículo citado.

[687] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 414.

[688] Añadiremos que las primeras informaciones sobre las deportaciones próximas no llegaron a las autoridades judías eslovacas hasta finales del mes de febrero de 1942, poco antes, por tanto, de que fueran efectivamente decididas (Ladislav Lipscher, *Die Juden im slowakischen Staat, op. cit.*, p. 122).

[689] Christian Gerlach, *Kalkulierte Morde. Die deutsche Wirtschafts- und Vernichtungspolitik in Weißrußland. 1941 bis 1944*, Hamburgo, Hamburger Edition, 1999, p. 755.

[690] Christian Gerlach, *Sur la conférence de Wannsee, op. cit.*, p. 82. La reflexión macabra de este responsable impone dejar creer a los judíos alemanes, para que trabajasen mejor, que una vez que terminase la guerra regresarían a Alemania, no constituye, a mi juicio, un indicio probatorio de que su ejecución ya se hubiera decidido.

[691] Véase cap. V, p. 213.

[692] Correspondencia de Kube a Lohse con fecha de 16 de diciembre de 1941, citada por Raul Hilberg, *La destruction des Juifs d'Europe, op. cit.*, p. 307.

[693] Véase p. 296 y ss.

[694] Raul Hilberg, *La destruction des Juifs d'Europe, op. cit.*, p. 307.

[695] Ver aquí las distintas intervenciones a relevos, tanto en otoño como más tarde, en Christian Gerlach, *Kalkulierte Morde, op. cit.*, p. 752.

[696] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 417.

[697] *Íbid.*, p. 434.

[698] Andrej Angrick y Peter Klein, *Die «Endlösung» in Riga, op. cit.*, pp. 239-245.

[699] *Íbid.*, p. 274.

[700] *Íbid.*, pp. 274-275.

[701] *Íbid.*, p. 243.

[702] Véase cap. VII, p. 296 y ss.

[703] Saul Friedländer, *Les Années d'extermination, op. cit.*, p. 452; Christopher Browning, *Les origines de la solution finale, op. cit.*, p. 443.

[704] Martin Broszat, *Kommandant in Auschwitz, op. cit.*, p. 191.

[705] Véase cap. V, p. 235.

[706] Danuta Czech, *Auschwitz Chronicle. 1939-1945*, Londres, Taurus, 1990, p. 135.

[707] Martin Broszat, *Kommandant in Auschwitz, op. cit.*, p. 191, nota 2.

[708] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 422. Esta corrección se ha retomado desde entonces por Alfred Gottwaldt y Diana Schulle, *Die Judendeportationen aus dem Deutschen Reich von 1941-1945, op. cit.*, p. 393.

[709] Véase cap. II, p. 81 y cap. III, p. 138.

[710] Véase, por ejemplo, Peter Longerich, *Politik der Vernichtung, op. cit.*, p. 505; Christian Gerlach, *Sur la conférence de Wannsee, op. cit.*; Christopher Browning, «Perpetrator Testimony», artículo citado, p. 15.

[711] Informe presentado ante las Naciones Unidas por el embajador polaco Edward Raczynski el 10 de diciembre de 1942; se publicó en 1943 en Jacob Apenszlack (ed.), *The Black Book of Polish Jewry. An Account of the Martyrodom of Polish Jewry Under the Nazi Occupation*, Nueva York, Roy Publishers, 1943, p. 120.

[712] Deborah E. Lipstadt, *Beyond Belief, op. cit.*, p. 186.

[713] Véase la minuta negativa de Eberhard Jäckel en *Yad Vashem Studies*, 2006, n° 34. En el mismo número Ian Kershaw adoptó una postura más ambivalente («Hitler's Role in the Final Solution», *Íbid.*, pp. 27 y 37); después más crítica *enFateful Choices. Ten Decisions That Changed the World, 1940-1941*, Nueva York, The Penguin Press, 2007, p. 575, nota 125. Véase también Donald Bloxham, *The Final Solution. A Genocide*, Oxford, Oxford University Press, 2009, p. 231, y Dan stone, *Histories of the Holocaust*, Oxford, Oxford University Press, 2010, pp. 71-72, nota 17.

[714] Heinrich Himmler, *Discours secrets, op. cit.*, p. 156.

[715] Peter Witte *et al.* (eds.), *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42, op. cit.*, p. 456, nota 26.

[716] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 233.

[717] *Íbid.*, p. 242.

[718] Véase p. 73.

[719] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 410.

[720] *Íbid*., véase, por ejemplo, p. 31.

[721] A propósito de los miembros de la RSHA destinados al extranjero véase Sebastian Weitkamp, «SS-Diplomaten. Die Polizei-Attachés und SD-Beauftragten an den deutschen Auslandsmissionen», en Wolfgang Schulte (dir.), *Die Polizei im NS-Staat. Beiträge eines internationalen Symposiums an der Deutschen Hochschule der Polizei in Münster*, Fráncfort del Meno, Verlag für Polizeiwissenschaft, 2009.

[722] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 521. La presencia de Höss la confirma Wisliceny en un interrogatorio con fecha de 21 de marzo de 1946 (Yad Vashem, YV-TR-3/856).

[723] Nota de Ahnert, con fecha de 1 de septiembre de 1942, sobre la «reunión en la RSHA del 28 de agosto de 1942 a propósito de las cuestiones judías, en Serge Klarsfed, *Vichy-Auschwitz. Die «Endlösung der Judenfrage» in Frankreich*,Darmstadt, WBG, 2007, p. 469. Agradezco a Ahrlrich Meyer por haber atraído mi atención sobre la nueva transcripción de este documento. La demostración de la interpretación de esta frase se encuentra en Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 123.

[724] Véase p. 233.

[725] Recuerdo de Wisliceny con fecha de 18 de noviembre de 1946, reproducida en Léon Poliakov y Josef Wulf (eds.), *Das Dritte Reich und die Juden, op. cit.*, p. 96.

[726] Informe del *SS-Obersturmführer* Heinz Röthke con fecha de 9 de septiembre de 1942, reproducido en Serge Klarsfeld, *Le Calendrier de la persécution des Juifs de France, op. cit.*, vol. 3, pp. 1064-1065.

[727] Florent Brayard, La «solution finale de la question juive», *op. cit.*, p. 115.

[728] Claudia Steuer, *Theodor Dannecker, op. cit.*, p. 147.

[729] Es el caso de Wilhelm Zoepf, el homólogo de Dannecker en Holanda, en una declaración reproducida por Ahlrich meyer, *Das*

Wissen um Auschwitz. Täter und Opfer der «Endlösung» in Westeuropa, Paderborn, Schöningh, 2010, p. 43. Meyer supone, de manera equivocada, en mi opinión, que Zoepf hablaba de la reunión del 11 de junio de 1942, lo que me parece fuera de lugar en la medida en que el testigo recuerda una audiencia de veinticinco personas que reunía a todos los delegados del IVB4 en Europa.

[730] Carta de Viktor Brack a Himmler con fecha de 23 de junio de 1942, Documentación del proceso de Núremberg, NO 205.

[731] Alexander Mitscherlich y Fred Mielke (eds.), *Medizin ohne Menschlichkeit. Dokumenten des Nürnberger Ärzteprozesses*, Fráncfort del Meno, 1995, p. 318.

[732] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 34.

[733] Daniel Carpi, *Between Mussolini and Hitler: The Jews and the Italian Authorities in France and Tunisia*, Hanóver, Brandeis University Press, 1994, p. 57.

[734] *Íbid.*, p. 27, nota 62.

[735] Informe de Döme Sztójay, con fecha de 15 de agosto de 1942, en Nicholas Kállay, *Hungarian Premier: A Personal Account of a Nation's Struggle in the Second World War*, Westport, Greenwood Press, 1954 [1970], p. 115.

[736] Laszlo Karsai, «The Fateful Year: 1942 in the Reports of Hungarian Diplomats», en Randolf L. Braham y Brewster S. Chamberlin (dirs.), *The Holocaust in Hungary. Sixty Years Later*, Nueva York, Columbia University Press, 2006, p. 4.

[737] Véase también el informe de Sztójay para Kallay con fecha de 23 de abril de 1943, que constituye también un documento importante en lo relativo al «plan del *Reichsführer*»: «El canciller del Reich ha decidido liberar Europa de judíos. Por el hecho de que, en el curso de la guerra, se ha establecido que los judíos están activamente al servicio del enemigo, que actúan como espías, que cometen actos de sabotaje, que corrompen la moral de la población y que ponen en peligro con una gravedad extrema el porvenir de la guerra, el canciller del Reich ha decretado que en un año, es decir, antes del verano de 1943, todos los judíos de Alemania y de los

países ocupados por Alemania deben ser desplazados a los territorios orientales, es decir rusos [...]. El Gobierno alemán ha expresado su deseo ante los gobiernos aliados de que tomen parte en esta acción» (en Eugene Levai, *Black Book on the Martyrdom of Hungarian Jewry*, Zúrich, The Central European Times Publishing Co., 1948, p. 33).

[738] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 220.

[739] *Íbid.*, p. 280.

[740] Walter Laqueur, *The Terrible Secret, op. cit.*, p. 214.

[741] Ulrich Sahm, *Rudolf von Scheliha 1897-1942. Ein deutscher Diplomat gegen Hitler*, Múnich, C. H. Beck, 1990, pp. 294-296.

[742] A propósito de Schulte, Bracht y Reigner, véase Walter Laqueur y Richard Breitman, *Breaking the Silence*, Nueva York, Simon and Schuster, 1986. La reunión aparece recogida por el *Dienstkalender* de Himmler, Peter Witte *et al.* (ed.), *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42, op. cit.*, p. 492.

[743] El telegrama aparece recogido, por ejemplo, en el artículo de Christopher Browning, «A Final Hitler Decision for the "Final Solution"? The Riegner Telegram reconsidered», *Holocaust and Genocide Studies*, vol. 10, n° 1, otoño de 1996, p. 3.

[744] Sobre el destino de esta población en concreto durante la guerra, véase Beate Meyer, «Jüdische Mischlinge», en *Rassenpolitik und Verfolgungserfahrung 1933-1945*, Hamburgo, Dölling und Galitz, 1999.

[745] Minuta de la conferencia de Wannsee (p. 7) en Kurt Pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, p. 111.

[746] Véase cap. VI, p. 250 y ss.

[747] Götz Aly y Susanne Heim, *Vordenker der Vernichtung, op. cit.*, p. 470.

[748] Minuta de la conferencia de Wannsee (p. 7), documento citado.

[749] Minuta de la conferencia de Wannsee, documento citado, p. 109.

[750] Al analizar la minuta de la reunión del 6 de marzo de 1942, Cornelia Essner supone también que «en Wannsee o antes» la mayoría de las instituciones afectadas habían optado por la solución propuesta por Stuckart (Cornelia Essner, *Die «Nürnberger Gesetze» oder Die Verwaltung des Rassenwahns. 1933-1945*, Paderborn, Schöningh, 2002, p. 417).

[751] La minuta de la reunión del 6 de marzo de 1942 aparece recogida en M. W. Kempner, *Eichmann und Komplizen, op. cit.*, p. 169 y ss.

[752] Mark Roseman tituló el quinto capítulo de su libro sobre Wannsee (*Ordre du jour Génocide le 20 janvier 1942, op. cit.*) «Une journée assez réussie».

[753] Minuta de la reunión del 6 de marzo de 1942, documento citado.

[754] Carta de Stuckart con fecha de 16 de marzo de 1942, parcialmente citada en Kurt Pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, p. 121 y ss.

[755] Raul Hilberg, *La destruction des Juifs d'Europe, op. cit.*, pp. 362-363; Christian Gerlach, *Sur la conférence de Wannsee, op. cit.*; Peter Longerich, *Politik der Vernichtung, op. cit.*; Richard Evans, «David Irving, Hitler and Holocaust Denial», informe para el proceso Irving, documento citado; Mark Roseman, *Ordre du jour Génocide le 20 janvier 1942, op. cit.*, pp. 143-144; Saul Friedländer, *Les Années d'extermination, op. cit.*, p. 435; Christopher Browning, *Les origines de la solution finale, op. cit.*; Wolf Gruner, *Jewish Forced Labor under the Nazis, op. cit.*, p. 87.

[756] Interrogatorio de Stuckart con fecha de 6 de octubre de 1946, reproducido en Kurt Pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, p. 159.

[757] Eberhard Jäckel, «Public Awareness of the Holocaust», artículo citado, p. 219.

[758] Peter Witte *et al.* (ed.), *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42, op. cit.*, p. 274. Himmler habló de esta conversación con Heydrich el 2 de diciembre (*Íbid.*, p. 281).

[759] Eberhard Jäckel, «Public Awareness of the Holocaust», artículo citado, p. 219.

[760] Bernhard Lösener, «Als Rassereferent im Reichsministerium des Innern», artículo citado, p. 311.

[761] Sobre su testimonio en Núremberg, Cornelia Essner, *Die «Nürnberger Gesetze»*, *op. cit.*, p. 407, y Kurt Pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, p. 160, nota 1.

[762] Véase cap. V, p. 235 y ss.

[763] Una interpretación como esta es compatible a la vez con las propuestas que hizo en Wannsee sobre las parejas mixtas, que constituían también una agravación sensible del destino de los cónyuges judíos, y con las proposiciones elaboradas por su ministro en diciembre, de acuerdo con las cuales había que alcanzar un *statu quo* absoluto en el tratamiento de los mestizos (Véase Mark Roseman, *Ordre du jour Génocide le 20 janvier 1942, op. cit.*, p. 140).

[764] Minuta de la reunión del 6 de marzo de 1942, documento citado.

[765] Rademacher da un conjunto de datos técnicos y cifrados sobre el costo sanitario de una esterilización masiva, datos que Eichmann omitió. Además, Rademacher habla explícitamente del Gobierno General o Alemania para la creación del nuevo gueto, mientras que Eichmann permanece confundido en su informe (nota de Rademacher con fecha de 7 de marzo de 1942, parcialmente reproducida en Kurt Pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, p. 119).

[766] Véase p. 281.

[767] Minuta de la reunión del 29 de enero en Wolfgang Benz *et al.* (eds.), *Einsatz im «Reichskommissariat Ostland»*, *op. cit.*, p. 59.

[768] Cornelia Essner, *Die «Nürnberger Gesetze»*, *op. cit.*, p. 405. Cabe destacar dos cosas. Por un lado, este argumentario se redactó antes de que Lösener supiese del asesinato de los judíos alemanes en Riga, lo que quiere decir que la propuesta del Ministerio de Interior no se hizo en reacción al anuncio del asesinato. Por otra parte, Lösener no preconizaba la esterilización de los *Mischlinge* que

permanecieron en el Reich: fue Stuckart quien añadió esta medida en la conferencia deWannsee.

[769] Uno de los participantes, Hofmann, dijo después de la guerra que la cuestión de la pérdida de una mitad de sangre alemana con la expulsión de los mestizos se trató en la conferencia, aunque no figurase en la minuta (Cornelia Essner, *Die «Nürnberger Gesetze»*, *op. cit.*, p. 401).

[770] Saul Friedländer, *Les Années d'extermination, op. cit.*, p. 431.

[771] Cornelia Essner, *Die «Nürnberger Gesetze»*, *op. cit.*, p. 384.

[772] Remitiremos aquí, de manera natural, al bello artículo de Carlo Ginzburg, «Tuer un mandarin chinois. Des conséquences morales de la distance», en *A distance. Neuf essais sur le point de vue en histoire*, París, Gallimard, 2001, p. 165 y ss.

[773] Carta de Stuckart con fecha de 16 de marzo de 1942, en Kurt Pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, p. 122.

[774] Christian Gerlach, *Sur la conférence de Wannsee, op. cit.*, p. 78 y ss.

[775] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 419 y ss.

[776] *Íbid.*, pp. 404-405; véase también Dieter Pohl, «Schauplatz Ukraine: Der Massenmord an den Juden im Militärverwaltungsgebiet und im Reichskommissariat 1941-1943», en Norbert Frei *et al*. (dir.), *Ausbeutung, Vernichtung, Öffentlichkeit*,*op. cit.*, p. 153, y Peter Longerich, *Heinrich Himmler. Biographie*, Múnich, Siedler, 2008, p. 928, nota 6 (*Heinrich Himmler: biografía*, Barcelona, RBA, 2012).

[777] Correspondencia de Bühler a Zörner con fecha de 3 de marzo de 1942, reproducida por Kurt Pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, p. 115. El subrayado es mío.

[778] Nota con fecha de 20 de marzo de 1942 de un responsable de un distrito de Lublin, *Íbid*., p. 124.

[779] Robert Kuwalek, «Das Durchgangghetto in Izbica», *Theresienstädter Studien und Dokumente*, 2003, n° 10, p. 324.

[780] Sentencia citada por Adalbert Rückerl (ed.), *NS-Vernichtungslager im Spiegel deutscher Strafprozesse, op. cit.*, p. 147.

[781] «Directives pour le traitement de la question juive», PS-212, *Procès des grands criminels de guerre devant le tribunal militaire international, op. cit.*, t. 25. La datación de este documento ha sido establecida por Cornelia Essner, *Die «Nürnberger Gesetze»*, *op. cit.*, p. 372. Yo la retomo aquí y desarrollo una demostración ya elaborada en Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, pp. 404-405.

[782] Peter Longerich, *Heinrich Himmler, op. cit.*, p. 928, nota 6.

[783] Hay que comparar este documento con las instrucciones del Ministerio del Este sobre el «tratamiento de la cuestión judía» («informe brun») emitidas en septiembre de 1941 (Wolfgang Benz *et al., Einsatz im «Reichskommissariat Ostland»*,*op. cit.*, pp. 33-36) y con el proyecto de «directivas sobre el tratamiento de la cuestión judía, redactado por los servicios de Himmler y transmitido al Ministerio del Este el 29 de enero de 1942 (*Íbid.*, pp. 51-53).

[784] «Directives pour le traitement de la question juive», PS-212, documento citado. Sin embargo, la separación de sexos se perseguía desde 1941 por parte de los representantes de Himmler sobre el terreno (Véase Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, pp. 305-306).

[785] Véanse las dos versiones citadas, p. 541, nota 40.

[786] «Directives pour le traitement de la question juive», documento citado.

[787] Véase p. 293.

[788] Véase p. 260 y ss.

[789] En Minsk, el campo que debía recibir a los judíos alemanes era el de Mogilev (véase Christian Gerlach, *Kalkulierte Morde, op. cit.*, p. 650 y ss.). Pero, más allá de que la reconstrucción de la historia del campo (y de su función) sea particularmente frágil, no disponemos de ningún documento sobre la intención de su uso.

[790] Andrej Angrick y Peter Klein, *Die «Endlösung» in Riga, op. cit.*, p. 275.

[791] *Íbid.*, p. 246.

[792] *Íbid.*, p. 245.

[793] *Íbid.*, p. 246.

[794] Christopher Browning, *Les Origines de la Solution finale, op. cit.*, p. 354.

[795] Gerald Reitlinger, *Die Endlösung, op. cit.*, p. 246.

[796] Andrej Angrick y Peter Klein, *Die «Endlösung» in Riga, op. cit.*, p. 272.

[797] A propósito de esta masacre, véase p. 493, nota 81.

[798] Discurso de Heydrich el 5 de febrero de 1942 reproducido por Czeslaw Madajczyk, *Vom Generalplan Ost zum Generalsiedlungsplan, op. cit.*, p. 468.

[799] Richard Evans, «David Irving, Hitler and Holocaust Denial», informe para el proceso Irving, documento citado.

[800] Carta de Schlegelberger con fecha de 5 de abril de 1942, en Kurt Pätzold y Erika Schwarz, *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, pp. 126-127.

[801] Richard Evans, «David Irving, Hitler and Holocaust Denial», informe para el proceso Irving, documento citado.

[802] Cornelia Essner, *Die «Nürnberger Gesetze»*, *op. cit.*, pp. 428-429.

[803] Minuta de la reunión del 6 de marzo de 1942, documento citado.

[804] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, pp. 191-192.

[805] Cornelia Essner, *Die «Nürnberger Gesetze»*, *op. cit.*, p. 429.

[806] Carta de Meyer con fecha de 16 de julio de 1942, reproducida en Wolfgang Benz, Konrad Kwiet, Jürgen Matthäus (eds.), *Einsatz im «Reichskommissariat Ostland»*, *op. cit.*, p. 62.

[807] Véase p. 291.

[808] Bernhard Lösener, «Als Rassereferent im Reichsministerium des Innern», artículo citado, p. 298 y ss.

[809] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, pp. 142-143.

[810] *Íbid.*, pp. 143-144.

[811] Klingenfuss afirmó, por ejemplo, que en el momento de redactar su informe sobre los medio judíos, seguía pensando, como

se le había dicho, que los deportados estaban «en campos». Cornelia Essner, *Die «Nürnberger Gesetze»*, *op. cit.*, p. 437.

[812] Uwe Dietrich Adam, *Judenpolitik im Dritten Reich, op. cit.*, p. 328.

[813] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 88 y ss.

[814] La minuta de la conferencia del 27 de octubre de 1942 ha sido publicada por M. W. Kempner, *Eichmann und Komplizen, op. cit.*, p. 257 y ss.

[815] Véase p. 495, nota 22.

[816] Minuta de la conferencia del 27 de octubre de 1942, documento citado.

[817] Interrogatorio de Wisliceny con fecha de 2 de abril de 1946, archivos de Yad Vashem, TR-3/856.

[818] Véase cap. VI, p. 257.

[819] Véase cap. VI, p. 268.

[820] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 35.

[821] Florent Brayard, «To What Extend Was the "Final Solution" Planned?», artículo citado, en concreto p. 32.

[822] Véase cap. IX.

[823] Véase cap. IX, p. 399.

[824] He consultado, con la ayuda de David Gallo, a quien agradezco aquí, las biografías siguientes: H. J. Neuman, *Arthur Seyß-Inquart*, Graz, Verlag Styria, 1970; Randall L. Bytwerk, *Julius Streicher*, Nueva York, Stein and Day, 1983; Ronald Smelser, *Robert Ley: Hitler's Labor Front Leader*, Oxford, Berg, 1988; Franz Pöggeler, *Der Lehrer Julius Streicher. Zur Personalgeschichte des Nationalsozialismus*, Fráncfort del Meno, P. Lang, 1991; Arne Wulff, Staatssekretär *Prof. Dr. h.c. Franz Schlegelberger. 1876-1970*, Fráncfort del Meno, P. Lang, 1991; Michael Bloch, *Ribbentrop*, Londres, Bantam Press, 1992 (*Ribbentrop*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1994); Günter Neliba, *Wilhelm Frick. Der Legalist des Unrechtsstaates. Eine politische Biographie*, Paderborn, Schöningh,

1992; John Weitz, *Hitler's Diplomat. The Life and Times of Joachim von Ribbentrop*, Nueva York, Ticknor & Fields, 1992; Joachim Scholtyseck, «Wilhelm Murr, Gauleiter und Reichsstatthalter in Württemberg-Hohenzollern», en Michael Kißener, J. Scholtyseck (dirs.), *Die Führer der Provinz. NS-Biographien aus Baden und Württemberg*, Constance, UVK Universitätsverlag Konstanz, 1997; Katja-Maria Wächter, *Die Macht der Ohnmacht. Leben und Politik des Franz Xaver Ritter von Epp (1868-1946)*, Fráncfort del Meno, P. Lang, 1999; Stephanie Zibell, *Jakob Sprenger (1884-1945). NS-Gauleiter und Reichsstatthalter in Hessen, Darmstadt*, Hessische Istische Kommission, 1999; Dieter Schenk, *Hitlers Mann in Danzig. Albert Forster und die NS-Verbrechen in Danzig-Westpreußen*, Bonn, Dietz, 2000; Konstanze Braun, *Dr. Otto Georg Thierack (1889-1946)*, Fráncfort del Meno, P. Lang, 2005; Ernst Piper, *Alfred Rosenberg. Hitlers Chefideologe, op. cit.*; Max Bonacker, *Goebbels' Mann beim Radio. Der NS-Propagandist Hans Fritzsche (1900-1953)*, Múnich, Oldenbourg, 2007; Ralf Meindl, *Ostpreussens Gauleiter. Erich Koch. Eine politische Biographie*, Osnabrück, Fibre, 2007; Steffen Raßloff, *Fritz Sauckel. Hitlers «Muster-Gauleiter» und «Sklavenhalter»*, Erfurt, Landeszentrale für politische Bildung Thüringen, 2007; Reinhard R. Doerries, *Hitler's Intelligence Chief. Walter Schellenberg*, Nueva York, Enigma Books, 2009; Frank-Rutger Hausmann, *Ernst-Wilhelm Bohle. Gauleiter im Dienst von Partei und Staat*, Berlín, Duncker & Humblot, 2009; Catherine Epstein, *Model Nazi. Arthur Greiser and the Occupation of Western Poland*, Oxford/Nueva York, Oxford University Press, 2010; Dieter Hartwig, *Großadmiral Karl Dönitz. Legende und Wirklichkeit*, Paderborn, Schöningh, 2010; Stefan Krings, *Hitlers Pressechef. Otto Dietrich (1897-1952). Eine Biografie*, Gotinga, Wallstein, 2010.

[825] Véase cap. X, p. 394 y ss.

[826] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*

[827] Sobre este punto, vésase Florent Brayard, «La longue fréquentation des morts. Browning, Kershaw, Friedländer - et Hilberg», artículo citado.

[828] Christopher Browning, «Zur Genesis der "Endlösung"», artículo citado.

[829] Retomo aquí el adjetivo que Browning utilizó para su libro, *Fateful Months, op. cit.*.

[830] *Id.*, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, p. 8.

[831] *Íbid.*, pp. 8-9.

[832] *Íbid.*, p. 70.

[833] *Íbid.*, p. 54.

[834] *Íbid.*, pp. 56-64.

[835] Eckart Conze, Norbert Frei, Peter Hayes y Moshe Zimmermann, *Das Amt und die Vergangenheit. Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik*, Múnich, Karl Blessing Verlag, 2010, p. 254.

[836] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, p. 64.

[837] *Íbid.*, p. 67.

[838] *Íd.*

[839] Véase Florent Brayard, «La longue fréquentation des morts», artículo citado, p. 1065.

[840] *Id., La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 308 y ss. En mi opinión, el comisario del Reich para Ostland, Hinrich Lohse, ya había llegado a principios del mes de octubre a la conclusión de que había que matar con gaseo a los judíos soviéticos incapaces de trabajar.

[841] Archivos del *Auswärtiges Amt*, R100.859, pp. 3-8. Véase p. 56 para la carta de Lohse del 6 de agosto de 1941; es importante destacar, para la cronología, que esta carta del 6 de agosto fue transmitida bajo el anonimato del Ministerio de los Territorios ocupados del Este, que la había dirigido al Ministerio de Asuntos Exteriores el 20 de agosto, como se indica en una correspondencia de este mismo ministerio el 29 de diciembre (*Íbid.*, p. 53).

[842] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 305.

[843] Véase cap. I, p. 81; cap. III, p. 147.

[844] Eckart Conze *et al., Das Amt und die Vergangenheit, op. cit*., p. 186.

[845] *Íbid*., p. 174. Unas páginas más tarde, los cuatro historiadores escriben: «A nivel global, con el comienzo de la guerra, la búsqueda de una alternativa a la emigración se reforzaba. Esto implicaba como solución inevitable una "reserva judía" o la destrucción física» (*Íbid.*, p. 178).

[846] Donald M. McKale (ed.), *Rewriting History. The Original and Revised World War II Diaries of Curt Prüfer, Nazi Diplomat*, Kent, Kent State University Press, 1988.

[847] *Íbid*., p. 132.

[848] Frank Bajohr y Dieter Pohl, *Der Holocaust als offenes Geheimnis, op. cit*., p. 96.

[849] Donald M. McKale (ed.), *Rewriting History, op. cit.*, p. 11.

[850] Hans-Jürgen Döscher, *Das Auswärtiges Amt im Dritten Reich, op. cit.*, p. 253; del mismo autor, *Seilschaften. Die verdrängte Vergangenheit des Auswärtigen Amts*, Berlín, Propyläen, 2005, p. 49.

[851] Donald M. McKale (ed.), *Rewriting History, op. cit*., p. 11.

[852] *Íbid*., p. 83.

[853] Declaración bajo juramento de Squite y Guggenheim con fecha de 29 de octubre de 1942, reproducida por Ulrich Sahm, *Rudolf von Scheliha 1897-1942. Ein Deutscher Diplomat gegen Hitler*, Múnich, C. H. Beck, 1990, p. 284.

[854] Memorando de Squire con fecha de 7 de noviembre de 1942, *Íbid.*, p. 289.

[855] Véase cap. V.

[856] Véase cap. III, p. 161 y ss.

[857] Véase cap. V.

[858] Sin embargo, es posible que el deslizamiento interviniese antes, en el Gobierno General. Como recordamos, de hecho, Göring, a principios del mes de agosto de 1942, había hecho saber a Krüger, el más alto responsable de seguridad del territorio, que los planes ejecutados contra los judíos del Gobierno General en realidad tenían

que ver con el conjunto de territorios ocupados por Alemania (véase cap. V, p. 255). Quizá se concluyó de esto en Varsovia que el calendario local se había vuelto válido para todo el continente.

[859] Véase cap. V.

[860] Ulrich Sahm, *Rudolf von Scheliha, op. cit.*, pp. 98-99.

[861] *Íbid.*, p. 147.

[862] Susanne Kienlechner, «The Nazi Kultur in Poland. Rudolf von Scheliha und Johann von Wühlisch. Zwei Deutsche Diplomaten gegen die nationalsozialistische Kultur in Polen» (www.zukunft-braucht-erinnerung.de/https://globalbookclub.s3.amazonaws.com/resources/3037232/auschwitz_investigacion_sobre_un_complot_nazi/stories/zweiter_weltkrieg/scheliha_070623.pdf).

[863] *Íbid.*, p. 11 y ss.

[864] Véase cap. V, p. 224 y ss.

[865] Eckart Conze *et al., Das Amt und die Vergangenheit, op. cit.*, p. 152.

[866] Sebastian Weitkamp, *Braune Diplomaten. Horst Wagner und Eberhard von Thadden als Funktionäre der «Endlösung»*, Bonn, Dietz, 2008.

[867] *Íbid.*, pp. 144 y 199.

[868] David Cesarani, *Eichmann. His Life and Crimes*, Londres, Vintage, 2005, p. 197.

[869] Sebastian Weitkamp, *Braune Diplomaten*, op. cit., p. 448. La referencia a finales de 1944 (y no de abril de 1945) está extraída de una declaración de Thadden durante la instrucción contra su superior Horst Wagner: entre octubre y noviembre de 1944, habría estimado una «exterminación masiva de judíos en el Este» (*Íbid.*, p. 144 y 431). En cualquier caso, remitía aquí no a una eventual entrevista con Eichmann, sino a las informaciones que aparecieron en la prensa extranjera, en particular judía.

[870] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, pp. 504-505.

[871] Véase, *Íbid*., los casos del gran almirante Erich Raeder, el *Generaloberst* Alfred Jodl, el mariscal Erhard Milch, etc., pp. 499-504.

[872] En su libro ya citado, *Das Wissen um Auschwitz*, Ahlrich Meyer se basa muy ampliamente, siguiendo un principio opuesto, en los testimonios de posguerra y produce resultados, a mi modo de ver, completamente válidos. Sin embargo, una perspectiva como esta sin duda es posible en la medida en que los autores estudiados se encuentran en la periferia del Reich, en esos territorios ocupados del oeste en los que queremos imaginar que la finalidad criminal de las deportaciones podía permanecer oculta durante suficiente tiempo. Una demostración que se aplica a una perspectiva similar en el aparato de Estado no sería, sin duda, considerada de recibo en la medida en que, a la inversa, si ponemos que los actores fueron informados plena y precozmente.

[873] Sebastian Weitkamp, *Braune Diplomaten, op. cit.*, p. 174. El subrayado es mío.

[874] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, p. 117.

[875] El informe de Luther a Ribbentrop con fecha de 21 de agosto de 1942 aparece reproducido en M. W. Kempner, *Eichmann und Komplizen, op. cit.*, p. 224 y ss.

[876] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit*., p. 117. Véase también Hans-Jürgen Döscher, *Das Auswärtiges Amt im Dritten Reich, op. cit*., p. 222.

[877] Véase p. 239.

[878] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, pp. 59 y 66.

[879] Sebastian Weitkamp, *Braune Diplomaten, op. cit.*, p. 109.

[880] Sin duda, este no es el punto de vista de Michael Mayer, que ve en la nota de Klingenfuss sobre los *Mischlinge* redactada a principios de septiembre (véase p. 290) una prueba indudable de su conocimiento del asesinato. De hecho, el historiador escribe: «Klingenfuss formuló de manera intencionadamente vaga el objetivo a largo plazo de estas medidas, la deportación y el asesinato de las

personas afectadas: se trataba, según Klingenfuss, de la "separación entre judíos miembros del *Volk* con las medidas adicionales correspondientes (Michael Mayer, *Staaten als Täter. Ministerialbürokratie und «Judenpolitik» in NS-Deutschland und Vichy-Frankreich*, Múnich, Oldenbourg, 2010, p. 296). El documento en el que se basa no permite, sin embargo, asimilar estas «medidas adicionales» a la ejecución. Esta separación corresponde, de hecho, a la propuesta emitida por el «grupo de trabajo» durante la reunión del 6 de marzo; resumía un poco antes: «Reparto entre judíos (inclusión de las medidas generales contra los judíos en un alojamiento separado) y alemanes (esterilización voluntaria en contrapartida para mantenerlos en el Reich)». Lo que dirigía el reparto entre judíos y alemanes era por tanto, según el caso, esterilización y conservación en el Reich o deportación al Este en un alojamiento separado, posibilidad que el propio Eichmann evocó. Archivos del *Auswärtiges Amt*, R100-857, p. 88.

[881] Minuta de la conferencia del 27 de otubre de 1942 en M. W. Kempner, *Eichmann und Komplizen, op. cit.*, p. 257 y ss.

[882] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, pp. 147-148.

[883] *Íbid.*, p. 196.

[884] *Íbid.*, p. 148.

[885] Véase cap. V, p. 216 y ss.

[886] Ahlrich Meyer, *Das Wissen um Auschwitz, op. cit.*, p. 53.

[887] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, p. 148.

[888] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 395.

[889] Raul Hilberg, *La destruction des Juifs d'Europe, op. cit.*, p. 503.

[890] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, p. 148.

[891] Véase, por ejemplo, el resumen de Luther del sexto informe de síntesis de la actividad de los *Einsatzgruppen*, citado por Hans-

Jürgen Döscher, *Das Auswärtiges Amt im Dritten Reich, op. cit.*, p. 248.

[892] Véase cap. VII, p. 294.

[893] Véase por ejemplo la carta de Müller al Ministerio de Asuntos Exteriores con fecha de 28 de febrero de 1942, reproducida por Kurt Pätzold y Erika Schwarz (ed.), *Tagesordnung: Judenmord, op. cit.*, pp. 114-115.

[894] Véase cap. IX, p. 392 y ss.

[895] Heinrich Himmler, *Discours secrets, op. cit.*, p. 169.

[896] Carta de Himmler a Müller con fecha de 20 de noviembre de 1942, reproducida en Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 44.

[897] Véase Epílogo, p. 471 y ss.

[898] Eckart Conze *et al., Das Amt und die Vergangenheit, op. cit.*, p. 178.

[899] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 226 y ss.

[900] Véase cap. II, p. 98.

[901] De acuerdo con la tradición, Catón el Viejo terminaba todos los discursos ante el Senado con la fórmula: «*Et ceterum censeo Carthaginem esse delendam*», «Más allá de esto, creo que Cartago debe ser destruida».

[902] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 8 de mayo de 1943.

[903] Nota de Dannecker sobre «otros transportes judíos provenientes de Francia» con fecha de 15 de junio de 1942, en Serge Klarsfeld, *Le Calendrier de la persécution des Juifs de France. Juillet 1940-août 1942, op. cit.*, pp. 402-404.

[904] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, pp. 111-114.

[905] Carta de Müller a la atención de Luther con fecha de 26 de julio de 1942, Documentos Eichmann, T/37 (130).

[906] Esta correspondencia aparece en una carta de Rintelen a Luther con fecha de 19 de agosto de 1942, reproducida por Jean

Ancel (ed.), *Documents Concerning the Fate of Romanian Jewry During the Holocaust, op. cit.*, vol. 4, p. 120.

[907] Carta de Himmler a Korherr, con fecha de 10 de abril de 1943, reproducida por Léon Poliakov y Joseph Wulf (eds.), *Das Dritte Reich und die Juden, op. cit.*, p. 251.

[908] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, pp. 115-116.

[909] *Íbid.*

[910] De acuerdo con la agenda profesional de Himmler, el último encuentro entre los dos se había producido el 9 de agosto de 1942 (Peter Witte *et al.* [eds.], *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42, op. cit.*, p. 210). El hecho de que este informe fuera «presentado por el *Reichsführer-SS*» al Ministerio de Asuntos Exteriores está indicado por Luther en su carta a Ribbentrop con fecha del 21 de agosto de 1942, ya citado.

[911] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, pp. 115-117. Nota de Luther con fecha de 19 de agosto de 1942, Archivos del *Auswärtiges Amt*, R100-881, p. 25.

[912] Correspondencia de Rintelen con Luther con fecha de 19 de agosto de 1942, documento citado.

[913] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, p. 117.

[914] *Íbid.*, p. 120.

[915] Peter Witte *et al.* (eds.), *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42, op. cit.*, pp. 566-567.

[916] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, p. 244, nota 45.

[917] Nota de Luther con fecha de 24 de septiembre de 1942, reproducida en Michel Mazor, *Le Phénomène nazi (Documents nazis commentés)*, París, Éditions du Centre, 1957, p. 134 y ss.

[918] Informe de Luther para Ribbentrop con fecha de 21 de agosto de 1942, ya citado.

[919] Estos eran los destinos retenidos al terminar la reunión de la organización del transporte de los días 26 y 28 de septiembre de

1942 (Jean Ancel [ed.], *Documents Concerning the Fate of Romanian Jewry during the Holocaust, op. cit.*, vol. 4, p. 265).

[920] Más allá de la correspondencia de Eichamnn y Himmler de julio de 1942, Cornelia Schmitz-Berning solo cita otro ejemplo externo en un ministerio civil: era durante una reunión en septiembre de 1942 entre la RSHA y el Ministerio de Justicia (*Vokabular des Nationalsozialismus*, Berlín, W. de Gruyter, 1998, p. 586).

[921] Orden de Heydrich con fecha de 17 de julio de 1941 en Peter Klein (ed.), *Die einsatzgruppen in der besetzten Sowjetunion 1941-42, op. cit*., p. 338; orden de Müller con fecha de 4 de julio de 1942, p. 361.

[922] Mensaje de Müller con fecha de 18 de mayo de 1942, *Íbid.*, p. 411.

[923] *Íbid*., p. 42. Véanse también las ocurrencias citadas por Christopher R. Browning, en «Evidence for the Implementation of the Final Solution: Electronic Edition», documento citado, segunda parte, sección C, «camouflage». Y a nivel general, Eugen Kogon *et al*. (dirs.), *Les Chambres à gaz secret d'État, op. cit*., p. 13 y ss.

[924] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit*., p. 116.

[925] Cornelia Schmitz-Berning, *Vokabular des Nationalsozialismus, op. cit*., p. 586.

[926] Véase cap. IX.

[927] Nota de Luther a la atención de Ribbentrop con fecha de 6 de octubre de 1942, en Randolph L. Braham, *The Destruction of the Hungarian Jewry. A documentary Account*, Nueva York, World Federation of Hungarian Jews, 1963, pp. 141-142.

[928] Véase cap. VI, p. 274 y ss.

[929] Nota de Erich Albert con fecha de 4 de febrero de 1943, Archivos del *Auswärtiges Amt*, R100-857, p. 18. A propósito de estos primeros intercambios, véase Alexandra-Eileen Wenck, *Zwischen Menschenhandel und «Endlösung». Das Konzentrationslager Bergen-Belsen*, Paderborn, Schöningh, 2000, p. 61 y ss.

[930] Correspondencia de Von Thadden con fecha de 2 de marzo de 1943, Archivos del *Auswärtiges Amt*, R100-857, p. 40.

[931] Véase la carta de Von Thadden a Eichmann del 17 de abril de 1943, *Íbid.*, p. 299.

[932] Carta de Windecker con fecha de 5 de abril de 1943, *Íbid*., pp. 294-295 (citado por Sebastian Weitkamp, *Braune Diplomaten, op. cit*., pp. 201 y 234, y de manera integral por Alexandra-Eileen Wenck, *Zwischen Menschenhandel und «Endlösung»*, *op. cit*., p. 90, nota 226).

[933] Hans-Jürgen Döscher, *Das Auswärtiges Amt im Dritten Reich, op. cit*., p. 300.

[934] Debemos destacar aquí el testimonio de posguerra de otro miembro de Asuntos Exteriores que indicó haber estado al corriente de los gaseos desde la primavera de 1942. De acuerdo con Curt Heinburg, de hecho, el ministerio recibía los informes de los representantes de Alemania en los territorios ocupados, en particular serbios, sobre el tratamiento de las «poblaciones judías locales» (*Íbid*., p. 252). En el caso de Serbia, donde el gaseo fue mencionado de forma explícita por el testigo, estas alusiones remitían seguramente al uso de camiones de gas a partir del final de la primavera de 1942 contra miles de judíos, mujeres, niños y ancianos, que, a diferencia de los hombres, no fueron liquidados en otoño de 1941. Sin embargo, es conveniente reintroducir la distinción entre *Ostjuden* y judíos occidentales. Es porque los metía en la primera categoría por lo que Rademacher aceptó sin dificultad la «liquidación» de los hombres judíos, que resolvía el problema al que se enfrentaba (véase p. 303). La información de Kube era de otra naturaleza, porque daba cuenta del uso de métodos como estos contra los judíos alemanes.

[935] *Íbid*., p. 298.

[936] Carta de Thadden a Windecker con fecha de 17 de mayo de 1943, Archivos del *Auswärtiges Amt*, R100.848, p. 276.

[937] Carta de Lohse a Windecker con fecha de 19 de julio de 1943, *Íbid*., p. 274.

[938] Carta de Windecker al ministerio de Asuntos Exteriores con fecha de 27 de julio de 1943, *Íbid.*, p. 273.

[939] Note de Thadden con fecha de 4 de agosto de 1943, e inscripciones marginales manuscritas, *Íbid.*, p. 272.

[940] Andreas Hillgruber (ed.), *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler. Vertrauliche Aufzeichnungen über Unterredungen mit Vertretern des Auslandes 1939-1944*, Fráncfort del Meno, Bernard et Graefe, 1967-1970, vol. 2, pp. 232-233 (*Estadistas y diplomáticos con Hitler; notas confidenciales sobre las conversaciones de Hitler con representantes de los países extranjeros desde 1939 a 1941*, trad. Joaquín Adsuar Ortega, Barcelona, Luis de Caralt, 1969).

[941] Dennis Deletant, *Hitler's Forgotten Ally. Ion Antonescu and his Regime, Romania 1940-1944*, Nueva York, Palgrave, 2006, pp. 214-215.

[942] Andreas Hillgruber (ed.), *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler, op. cit.*, vol. 2, p. 245. Hitler confundía, en este caso, probablemente Eslovaquia y Bulgaria. En Eslovaquia no había ningún campo de Sered con unos cuantos miles de internos. Durante la visita, dos semanas antes, del rey Boris de Bulgaria, este, por el contrario, había indicado su intención de internar a los judíos del reino de Bulgaria «en campos de concentración en el interior del país» para que sirviesen a la construcción de carreteras (Michael Bar-Zohar, *Beyond Hitler's Grasp. The Heroic Rescue of Bulgaria's Jews*, Holbrook, Massachusetts, Adams Media Corporation, 1998, p. 158).

[943] Andreas Hillgruber (ed.), *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler, op. cit.*, vol. 2, p. 256.

[944] Coll., *Akten zur deutschen auswärtigen Politik. 1918-1945*, serie E: 1941-1945, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1978, vol. 5, p. 632 en nota, e Ian Kershaw, *Hitler. 1936-1945, op. cit.*, p. 839.

[945] *Íbid.*, vol. 6, p. 96.

[946] Nota de Thadden con fecha de 21 de julio de 1943, Archivos del *Auswärtiges Amt*, R100-871, p. 215. Sebastian Weitkamp, *Braune Diplomaten, op. cit.*, p. 241. Véase también, sobre la

deportación de los judíos españoles, Alexandra-Eileen Wenck, *Zwischen Menschenhandel und «Endlösung»*, *op. cit.*, p. 174 y ss.

[947] Carta de Thadden a Eichmann con fecha de 24 de julio de 1943, Archivos del *Auswärtiges Amt*, R100-871, p. 215.

[948] Sebastian Weitkamp, *Braune Diplomaten, op. cit.*, p. 242.

[949] Frauke Wildvang, *Der Feind von nebenan. Judenverfolgung im faschistischen Italien 1936-1944*, Cologne, SH-verlag, 2008, p. 254.

[950] El historiador Michael Tagliacozzo ha sostenido que Hitler dio una orden como esta a Kappler por telegrama a finales del mes de septiembre de 1943 (*Íbid.*, p. 236). Sin embargo, no cita ninguna fuente que apoye su afirmación y no existe ninguna confirmación externa ni de la existencia eventual del telegrama ni de su formulación. Es probable, de hecho, que Tagliacozzo haya retomado la última formulación de Kappler. Porque, en el marco de la «solución final», Himmler nunca hablaba en términos de «liquidación»; siempre hablaba de «traslado al Este» u otros circunloquios semejantes. Incluso la expresión «trato especial» le había parecido, en abril de 1943, demasiado explícita. Es lo mismo que decir que una hipótesis así de brutal parece poco verosímil.

[951] Frauke Wildvang, *Der Feind von nebenan, op. cit.*, p. 254.

[952] Véase cap. IX, p. 400.

[953] Frauke Wildvang, *Der Feind von nebenan, op. cit.*, p. 255.

[954] *Íbid.*

[955] Véase cap. VI, p. 255 y cap. IV, p. 176.

[956] Ivan Kamenec, «The Deportation of Jewish Citizens from Slovakia in 1942», artículo citado, p. 130.

[957] Véase cap. IV, p. 163.

[958] Yeshayahu A. Jelinek, «The Catholic Church and the Jews in the Period from the Spring 1944 in Slovakia», en Waclaw Dlugoborski (dir.), *The Tragedy of the Jews of Slovakia 1938-1945, op. cit.*, p. 167.

[959] Katarina Hradska, «Vorgeschichte der slowakischen Transporte nach Theresienstadt», en Miroslav Karny, Raimund Kemper y Margita

Karna (dirs.), *Theresienstädter Studien und Dokumente*, Praga, Institut Terezinske Iniciativy, 1996, p. 84.

[960] Informe de Burzio al Vaticano con fecha de 10 de abril de 1943, recogido en Walter Brandmüller, *Holocaust in der Slowakei und katholische Kirche*, Neustadt-an-der-Aisch, Ph. C. W. Schmidt, 2003, p. 185.

[961] Informe de Ludin para el Ministerio de Asuntos Exteriores con fecha de 2 de junio de 1943, *Íbid.*, documentación Eichmann, T/1106.

[962] Carta de Eichmann al Ministerio de Asuntos Exteriores con fecha de 2 de junio de 1943, *Íbid.*, T/1108.

[963] Yehoshua Büchler, «The Deportation of Slovakian Jews to the Lublin District of Poland in 1942», artículo citado, p. 159.

[964] Véase, a propósito de este personaje Igor-Philip Matic, *Edmund Veesenmayer. Agent und Diplomat der nationalsozialistischen Expansionspolitik*, Múnich, Oldenbourg, 2002.

[965] Nota de Veesenmayer con fecha de 3 de julio de 1943, col., *Akten zur deutschen auswärtigen Politik. 1918-1945*, serie D: 1937-1945, vol. 6, Baden-Baden, Vandenhoeck & Ruprecht, 1961, p. 223.

[966] Walter Brandmüller, *Holocaust in der Slowakei und katholische Kirche, op. cit.*, p. 93, nota 149.

[967] Informe de Ludin para el Ministerio de Asuntos Exteriores con fecha de 22 de noviembre de 1943, documentación Eichmann, T/1109.

[968] Sebastian Weitkamp, *Braune Diplomaten, op. cit.*, p. 208.

[969] Raul Hilberg, *La destruction des Juifs d'Europe, op. cit.*, p. 641; Igor-Philip Matic, *Edmund Veesenmayer, op. cit.*, 2002, pp. 180-181; Ladislav Lipscher, *Die Juden im slowakischen Staat. 1939-1945, op. cit.*, p. 151.

[970] Carta de Eichmann al Ministerio de Asuntos Exteriores con fecha de 8 de enero de 1944, documentación Eichmann, T/1110.

[971] Carta de Thadden a Müller con fecha de 14 de enero de 1944, Documentación Eichmann, T/1111.

[972] Nota de Thadden con fecha de 24 de enero de 1944, Archivos del *Auswärtiges Amt*, R100-887, p. 34.

[973] Carta de Eichmann al Ministerio de Asuntos Exteriores con fecha de 14 de febrero de 1944, Documentación Eichmann, T/1112.

[974] Véase Katarina Hradska, «Vorgeschichte der slowakischen Transporte nach Theresienstadt», artículo citado, p. 84 y ss., e Ivan Kamenec, «Die erfolglosen Versuche zur Wiederaufnahme der Deportationen der slowakischen Juden», en Jaroslava Milotova, Ulf rathgeber y Gabriela Kalinova (dirs.), *Theresienstädter Studien und Dokumente*, Praga, Institut Terezinske Iniciativy, 2002, p. 330 y ss.

[975] Resulta muy evidente que Eichmann, si es que compartió con sus interlocutores el conocimiento del asesinato, habría podido señalar de manera implícita, pero perfectamente comprensible, la imposibilidad de una visita como esta: le habría bastado con hablar de «las razones que ya se saben». De esta manera, por ejemplo, en un telegrama a su delegado en Sofía en marzo de 1943, rechazó el acompañamiento de un convoy de judíos de Tracia a Auschwitz por médicos búlgaros no judíos (véase Stephen Tyas, «Adolf Eichmann. New Information from British Signals Intelligence», en David Bankier [ed.], *Secret Intelligence and the Holocaust*, Nueva York, Enigma Books, 2006, p. 229).

[976] Yehoshua Büchler, «The Deportation of Slovakian Jews to the Lublin District of Poland in 1942», artículo citado, p. 159.

[977] *Íbid.*, p. 160.

[978] Véase el caso del diplomático Kurt Prüfer mencionado en p. 308 y ss.

[979] Sebastian Weitkamp, *Braune Diplomaten, op. cit.*, p. 128.

[980] Hans G. Adler, *Der verwaltete Mensch, op. cit.*, p. 166.

[981] Raul Hilberg, *La destruction des Juifs d'Europe, op. cit.*, p. 406. Como demuestran los ejemplos citados por Hilberg, las empresas intentaron aprovechar la oportunidad para interrumpir los desembolsos. Estos asuntos se llevaron a los tribunales, que ordenaron la continuación de los pagos (véase Dieter Ziegler, *Die Dresdner Bank und die deutschen Juden*, Múnich, Oldenbourg, 2006, p. 101 y ss.). Véase, también, Christiane Kuller, *Finanzverwaltung*

und Judenverfolgung. Die entziehung jüdischen Vermögens in Bayern während der NS-Zeit, Múnich, C. H. Beck, 2008, pp. 161-163.

[982] Cornelia Essner, *Die «Nürnberger Gesetze»*, *op. cit.*, p. 308 y ss.

[983] *Íbid.*, p. 318.

[984] Hans G. Adler, *Der verwaltete Mensch, op. cit.*, p. 349. Resulta muy evidente que la Gestapo también podía dar a entender o indicar que este o aquel judío deportado estaba muerto (Christiane Kuller, *Finanzverwaltung und Judenverfolgung*,*op. cit.*, pp. 194-198).

[985] Véase cap. I, p. 56.

[986] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 19 de agosto de 1941.

[987] Primer informe de síntesis de los *Einsatzgruppen*, con fecha de 31 de julio de 1941, en Peter Klein (dir.), *Die Einsatzgruppen in der besetzten Sowjetunion 1941-42, op. cit*., p. 116.

[988] Véase cap. I, p. 54.

[989] Peter Klein, «Einleitung», *Die Einsatzgruppen in der besetzten Sowjetunion 1941-42, op. cit.*, p. 10.

[990] Véase cap. VIII, p. 347.

[991] Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office, op. cit.*, p. 74.

[992] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 100.

[993] Véase *Íbid*., p. 96 y ss.

[994] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 102.

[995] *Íbid.*, p. 104.

[996] *Íbid.*, pp. 103-104.

[997] Citado *Íbid.*, p. 389.

[998] Lawrence D. Stokes, «The German People and the Destruction of the European Jews», *Central European History*, vol. 6, 1973, pp. 188-189.

[999] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 466 y ss.; Peter Longerich, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 344 y ss.

[1000] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 350.

[1001] Peter Longerich, *Die Ermordung der europäischen Juden, op. cit.*, p. 433.

[1002] *Id.*, «Nous ne savions pas», *op. cit.*, p. 339 y ss.

[1003] Minuta de Himmler con fecha de 22 de octubre de 1942, coll., *Akten zur deutschen auswärtigen Politik. 1918-1945*, serie E: 1941-1945, vol. 4, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1975, p. 150.

[1004] Véase cap. VIII, p. 368.

[1005] A partir de abril de 1942, estos documentos fueron reemplazados por «informes sobre los territorios ocupados del Este», que tenían la misma tirada pero que, purgados de datos en clave, gozaban de un nivel de secreto inferior. Véase Peter Klein, «Einleitung», *Die Einsatzgruppen in der besetzten Sowjetunion 1941-42, op. cit.*, p. 11.

[1006] Saul Friedländer, *Les Années d'extermination (1939-1945), op. cit.*, p. 595.

[1007] Carta de Himmler a Kaltenbrunner con fecha de 9 de noviembre [*sic*, para abril] de 1943, recogida en Léon Poliakov y Joseph Wulf, *Das Dritte Reich und die Juden, op. cit.*, p. 240.

[1008] *Íbid.*, p. 248.

[1009] Peter Longerich, *Die Ermordung der europäischen Juden, op. cit.*, p. 434.

[1010] Minuta de Himmler con fecha de 22 de octubre de 1942, coll., *Akten zur deutschen auswärtigen Politik. 1918-1945*, serie E: 1941-1945, vol. 4, *op. cit.*, p. 148 y ss.

[1011] Liliana Picciotto, «The Italian and the Jews During the Fascist and German Persecutions», en David Bankier e Israel Gutman (dirs.), *Nazi Europe and the Final Solution*, Jerusalén, Yad Vashem, 2003, p. 509 (*La Europa nazi y la solución final*, Madrid, Losada, 2005).

[1012] *Íbid.*, p. 510.

[1013] Véase, por ejemplo, Jonathan Steinberg, *All or nothing. The Axis and the Holocaust*, 1941-1943, Londres, Routledge, 1990, p. 126.

[1014] Coll., *Akten zur deutschen auswärtigen Politik. 1918-1945*, serie E: 1941-1945, *op. cit.*, vol. 5, p. 296.

[1015] Carta de Hitler fechada, retroactivamente, el 1 de septiembre de 1939, reproducida en edición facsímil en Götz Aly (dir.), *Aktion T4 1939-1945. Die «Euthanasie»-Zentrale in der Tiergartenstraße 4*, Berlín, Hentrich, 1989, p. 14.

[1016] Henry Friedlander, *Der Weg zum NS-Genozid, op. cit.*, pp. 118-119.

[1017] Eugen Kogon *et al.* (dirs.), *Les Chambres à gaz, secret d'État, op. cit.*, pp. 30-31.

[1018] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 245 y ss.

[1019] Ernst Klee, «*Euthanasie» im NS-staat. Die «Vernichtung lebensunwerten Lebens»*, Fráncfort del Meno, Fischer, 1983, pp. 340-341.

[1020] Véase la carta de un miembro del NSDAP de Ansbach, *Íbid.*, p. 251.

[1021] *Íbid.*, p. 291.

[1022] El sermón de Von Galen aparece reproducido por Ernst Klee, *Dokumente zur «Euthanasie»*, Fráncfort del Meno, Fischer, 1985, aquí p. 212.

[1023] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 7 de agosto de 1941.

[1024] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 18 de agosto de 1941.

[1025] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 31 de enero de 1941. La primera mención, que yo conozca, del programa de eutanasia en el Diario de Goebbels data del 1 de mayo de 1940. Bouhler le informó durante una visita a Hitler. El programa era «secreto todavía».

[1026] Ernst Klee, «*Euthanasie» im NS-staat, op. cit.*, p. 339.

[1027] *Íbid.*, p. 335.

[1028] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 14 de diciembre de 1941.

[1029] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 13 de diciembre de 1941. Véase cap. I, p. 72.

[1030] Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier, op. cit.*, p. 597.

[1031] Henry Friedlander, *Der Weg zum NS-Genozid, op. cit.*

[1032] Se había desarrollado una tecnología como esta para los camiones de gas en otoño de 1941, véase Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 294 y ss.

[1033] Véase cap. VI, p. 271.

[1034] Carta de Viktor Brack a Himmler con fecha de 23 de junio de 1942, Documentación del proceso de Núremberg, NO 205.

[1035] Christian Gerlach, *Sur la conférence de Wannsee, op. cit.*, pp. 54-55.

[1036] Véase cap. II, p. 81, y cap. VI, p. 266.

[1037] Correspondencia de Himmler al HSSPF, *SS-Obergrupperführer* Krüger con fecha de 19 de julio de 1942, Bundesarchiv, Berlín-Lichterfelde, NS 19/1757.

[1038] Carta de Globocnik a Wolff con fecha de 22 de julio de 1942 citada por Dieter Pohl, *Von der «Judenpolitik» zum Judenmord, op. cit.*, p. 128.

[1039] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 129.

[1040] Informe de Kurt Gerstein con fecha de 6 de mayo de 1945, 2170-PS.

[1041] Adalbert Rückerl (ed.), *NS-Vernichtungslager im Spiegel deutscher Strafprozesse, op. cit.*, p. 125.

[1042] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, pp. 41-42.

[1043] Orden fundamental de Hitler sobre la conservación del secreto, con fecha de 11 de enero de 1940, en Martin Moll (ed.), «*Führer-Erlasse» 1939-1945. Edition sämtlicher überlieferter, nicht im Reichsgesetzblatt abgedruckter, von Hitler während des Zweiten Weltkrieges schriftlich erteilter Direktiven aus den Bereichen Staat, Partei, Wirtschaft, Besatzungspolitik und Militärverwaltung*, Stuttgart,

F. Steiner, 1997, p. 17. Véanse también p. 200 y ss. (25 de septiembre de 1941) y p. 174 y ss. (12 de julio de 1942).

[1044] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 10 de junio de 1941.

[1045] Eugen Kogon *et al*. (eds.), *Les Chambres à gaz, secret d'État, op. cit.*, p. 100.

[1046] *Íbid*., p. 138 y ss.

[1047] Véase cap. II, p. 81.

[1048] Declaración bajo juramento de Rudolf Höss con fecha de 14-15 de marzo de 1946, NO-1210.

[1049] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit*., p. 272.

[1050] Henry Friedlander, *Der Weg zum NS-Genozid, op. cit.*, p. 126, véase también p. 200.

[1051] *Íbid*., p. 208.

[1052] Véase p. 212.

[1053] Dieter Pohl, *Die Herrschaft der Wehrmacht. Deutsche Militärbesatzung und einheimische Bevölkerung in der Sowjetunion 1941-1944*, Múnich, Oldenbourg, 2008, pp. 280-281.

[1054] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 15 de febrero de 1942. Finalmente, Hitler no habló de la «cuestión judía» en el discurso que pronunció al día siguiente ante aspirantes a oficiales en el Sport Palast de Berlín.

[1055] Véase cap. VI, p. 273.

[1056] *Íbid*., p. 276.

[1057] Henry Laurens, *La Question de Palestine, t. 2, 1922-1947, Une mission sacrée de civilisation*, París, Fayard, 2002, p. 349. Véase también la obra de Gilbert Achkar, *Les Arabes et la Shoah. Le conflit israélo-palestinien des récits*, París, Sinbad, 2009, pp. 242-243.

[1058] Adam Tooze, *The Wages of Destruction. The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, Allen Lane, 2006, p. 530.

[1059] Lothar Gall (dir.), *Krupp im 20. Jahrhundert. Die Geschichte des Unternehmens vom Ersten Weltkrieg bis zur Gründung der Stiftung*, Berlin, Siedler, 2002, p. 412.

[1060] Véase cap. VIII, p. 367.

[1061] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 2 de marzo de 1943. Véase cap. VIII, p. 325.

[1062] Este no era el caso de los judíos deportados a Teresienstadt, en el Protectorado de Bohemia-Moravia, que no era considerado como un territorio extranjero del Reich. Otros procedimientos se desarrollaron para paliar esa singularidad (véase, por ejemplo Christiane Kuller, «"Erster Grundsatz: Horten für die Reichsfinanzverwaltung". Die Verwertung des Eigentums der deportierten Nürnberger Juden», en Birthe Kundrus y Beate Meyer (dirs.), *Die Deportation der Juden aus Deutschland, op. cit*., pp. 166-167.

[1063] A propósito de Backe, véase también el artículo de Christian Gerlach, «Die Bedeutung der deutschen Ernährungspolitik für die Beschleunigung des Mordes an den Juden 1942», en *Krieg, Ernährung, Völkermord, op. cit.*, y Joachim Lehmann, «Herbert Backe. Technokrat und Agrarideologe», en Ronald Smelser, Enrico Syring y Rainer Zitelmann (dir.), *Die Braune Elite 2. 21 weitere biographische Skizzen*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1999.

[1064] *Íbid*., p. 192.

[1065] Götz Aly y Susanne Heim, *Les Architectes du génocide, op. cit*., p. 287.

[1066] *Íbid*., p. 170.

[1067] Destacaremos a este respecto que las informaciones recogidas por Schulte y transmitidas a Riegner en octubre de 1942 asociaban estrechamente a Backe con el plan de ejecución de los judíos, que habría tenido motivaciones ante todo económicas (véase el segundo telegrama de Riegner, citado por Christian Gerlach, *Krieg, Ernährung, Völkermord, op. cit.*, p. 255).

[1068] A este propósito, ver Susanne Willems, *Der entsiedelte Jude. Albert Speers Wohnungsmarktpolitik für den Berliner Hauptstadtbau*, Berlín, Hentrich, 2002.

[1069] Christian Gerlach, *Krieg, Ernährung, Völkermord, op. cit.*, p. 230.

[1070] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 187 y ss.

[1071] Es la gran aportación del artículo de Florian Freund, Bertrand Perz y Karl Stuhlpfarrer, «Der Bau des Vernichtungslagers Auschwitz-Birkenau. Die Aktenmappen der Zentralbauleitung Auschwitz "Vorhaben: KriegsgefangenenlagerAuschwitz (Durchführung der Sonderbehandlung)" an Militärhistorischen Archiv Prag», *Zeitgeschichte*, 1996, n° 5/6, p. 194. Véase también Rainer Fröbe, «"Bauen und vernichten". Die zentralbauleitung Auschwitz und die "Endlösung"», *enBeiträge zur Geschichte des Nationalsozialismus*, Band 16, «"Durchschnittstäter". Handeln und Motivation», 2000, p. 172.

[1072] Véase la correspondencia de Pohl a la atención de Himmler, con fecha de 16 de septiembre de 1942, reproducida de manera integral por Heinrich Breloer, *Die Akte Speer. Spuren eines Kriegsverbrechers*, Berlín, Propyläen, 2006, p. 182.

[1073] Véase a este propósito el artículo de Florian Freund, Bertrand Perz y Karl Stuhlpfarrer, «Der Bau des Vernichtungslagers Auschwitz-Birkenau», ya citado.

[1074] Véase la correspondencia de Pohl a la atención e Himmler, con fecha de 16 de septiembre de 1942, documento citado.

[1075] Véase Epílogo.

[1076] Saul Friedländer, *Quand vient le souvenir*, París, Seuil, 1978, pp. 135-136 (*Cuando llega el recuerdo*, Buenos Aires, Ediciones Seminario Rabínico Latinoamericano, 1982).

[1077] Véase el artículo de Lars Bodenstein, «Die Rolle von Karl Dönitz im Zweiten Weltkrieg. Die kritische historische Analyse eines Mythos», *Historische Mitteilungen der Ranke-Gesellschaft*, Band 15, 2002. Véase también Dieter Hartwig,*Großadmiral Karl dönitz. Legende und Wirklichkeit*, Paderborn, Schöningh, 2010, p. 174.

[1078] Discurso de Himmler en Posen, el 6 de octubre de 1943, reproducido en Bradley F. Smith y Agnes F. Petersen (eds.), *Heinrich Himmler. Geheimreden 1933-1945*, Fráncfort del Meno, Propyläen Verlag, 1974, pp. 169-170.

[1079] Heinrich Himmler, *Discours secrets, op. cit.*, p. 204.

[1080] *Ídem.*

[1081] Dieter Pohl, *Die Herrschaft der Wehrmacht. Deutsche Militärbesatzung und einheimische Bevölkerung in der Sowjetunion 1941-1944*, Múnich, Oldenbourg, 2008, p. 264. Para la masacre de mediados de diciembre bajo responsabilidad *delSonderkommando* de Blobel, que se cobró doce mil víctimas.

[1082] Informe de Richard Korherr, «Die Endlösung der europäischen Judenfrage», con fecha de 19 de abril de 1943, recogido por Léon Poliakov y Joseph Wulf (eds.), *Das Dritte Reich und die Juden, op. cit.*, p. 246.

[1083] Martin Moll, «Steuerungsinstrument im "Ämterchaos"? Die Tagungen der Reichs- und Gauleiter der NSDAP», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 2/2001, p. 273.

[1084] *Íbid.*, p. 230, de acuerdo con Bradley F. Smith y Agnes F. Petersen (eds.), *Heinrich Himmler, op. cit.*, pp. 115-144. Esta información es, desde mi punto de vista, la consecuencia inmediata de la oposición del régimen soviético al traslado a sus territorios de judíos de Europa (véase Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 215 y ss.).

[1085] Götz Aly, «Endlösung», *op. cit.*, p. 200.

[1086] *Íbid.*, p. 198.

[1087] Martin Moll, «Steuerungsinstrument im "Ämterchaos"?», artículo citado, p. 233.

[1088] Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, edición electrónica.

[1089] Véase Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 383.

[1090] Véase cap. I, p. 72.

[1091] *Ídem.*

[1092] Véase cap. III, p. 505, nota 1.

[1093] Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, edición electrónica; véase también el discurso del 30 de enero de 1942.

[1094] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 1 de octubre 1942.

[1095] Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, edición electrónica.

[1096] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 8 de febrero de 1943.

[1097] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 8 de mayo de 1943.

[1098] Véase cap. VIII, p. 354.

[1099] Véase cap. IV, p. 183 y ss.

[1100] Véase cap. II, p. 111.

[1101] Véase cap. II, p. 114.

[1102] Baldur von Schirach, *J'ai cru en Hitler*, París, Plon, 1968, pp. 264-265. La trayectoria de Schirach es bastante similar a la de Goebbels. En Núremberg, reconoció haberse enterado, durante la guerra, de las masacres perpetradas en el Este e incluso de la existencia de camiones de gas en el Warthegau. Situaba esta puesta al corriente en la primavera de 1944, con ocasión de la visita en Viena de su amigo Colin Ross (*Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal*, Nuremberg, 1948, vol. 14, p. 430, sesión de 26 mayo de 1943). En un interrogatorio mucho más tardío, en 1969, Schirach ligaba el todo a un discurso pronunciado en Viena por el *Gauleiter* del Warthegau, Greiser, entre 1943 y 1945 (Thomas Mang, «Gestapo-Leitstelle Wien - Mein Name ist Huber». *Wer trug die lokale Verantwortung für den Mord an den Juden Wiens*?, Münster, Lit-Verl., 2004, p. 210). De acuerdo con el primer biógrafo de Schirach, este discurso habría tenido lugar en realidad el 12 de mayo de 1942, y habría ido seguido, efectivamente, de una visita de Ross a Viena (Michael Wortmann, *Baldur von schirach, Hitlers Jugendführer*, Colonia, Böhlau, 1982, pp. 203-205). Si este discurso realmente tuvo lugar en esta época, y no, por ejemplo, en 1944, como dijo Schirach, este último habría estado al corriente desde esa época, como Goebbels, de la política de ejecución de los judíos polacos en los territorios ocupados o anexados del Este, por medios inéditos. Que comprendiese desde ese momento que los judíos vieneses deportados sufrirían el mismo destino me parece en cualquier caso dudoso.

[1103] Véase cap. III, p. 161.

[1104] Véase Ian Kershaw, *Hitler. 1936-1945, op. cit.*, p. 849. Cabe destacar que el incidente ya había sido tratado por Schirach en Núremberg, durante la sesión del 24 de mayo de 1946.

[1105] Erich Goldhagen, «Albert Speer, Himmler und das Geheimnis der Endlosung», Adelbert Reif (dir.), *Albert Speer*, Múnich, Bernard und Graefe, 1978. El artículo se publicó en inglés en 1971: «Albert Speer, Himmler and the Secrecy of the Final Solution», *Midstream. A Monthly Jewish Review*, 10/1971.

[1106] Albert Speer, *Au cœur du Troisième Reich*, París, Tallandier, 1971 [1969]; *id., Journal de Spandau*, París, R. Laffont, 1975 [1975]; *id., L'empire SS*, París, R. Laffont, 1982 [1981].

[1107] Véase el artículo de Magnus Brechtken, «Persuasive Illusions of the Self. Albert Speer's Life Writing and Public Discours about Germany's Past», en Birgit Dahlke, Dennis Tate y Roger Woods (dirs.), *German Life Writing in the Twentieth Century*, Rochester, Camden House, 2010.

[1108] Speer le había ordenado a uno de sus antiguos subordinados, Rudolf Wolters, destruir las entradas sobre la implicación de sus servicios en la utilización de apartamentos de los judíos berlineses deportados. A este propósito, véase Matthias Schmidt, *Albert Speer. Das Ende eines Mythos - Speers wahre Rolle im Dritten Reich*, Berne, Múnich, Scherz, 1982.

[1109] Carta del 23 de diciembre de 1971 a la resistencia belga, Hélène Geanty Raven, Magnus Brechtken, «Persuasive Illusions of the Self», artículo citado, p. 76.

[1110] Testimonio de Harry Siegmund, citado por Gitta Sereny, *Albert Speer. Son combat avec la vérité*, París, Deuil, 1997, p. 402. (*Albert Speer: el arquitecto de Hitler: su lucha con la verdad*, Barcelona, Vergara, 2006). Otro periodista biógrafo de Speer, Joachim Fest, sostiene por el contratio los dos testimonios como pruebas (Joachim Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen. Notizen über Gespräche mit Albert Speer zwischen Ende 1966 und 1981*, Reinbek, Rowohlt, 2005, pp. 164-165). La lectura de las cartas intercambiadas entre Speer y sus testigos no deja lugar a duda sobre su complacencia (Heinrich Breloer, *Die Akte Speer, op. cit.*, p. 397 y ss.)

[1111] Véase cap. II.

[1112] 4 de octubre de 1943.

[1113] Véanse las referencias al caso de Elisabeth von Stengl citado por David Irving, *Goering*, t. 2, *Le Maréchal du Reich (1939-1946)*, París, Albin Michel, 1991, p. 397. (*Göring*, Barcelona, Altaya, 2008). La contextualización del caso y las conclusiones que extrae el autor son, por otra parte, erróneas.

[1114] Estas citas han sido extraídas de Heinrich Himmler, *Discours secrets, op. cit.*, p. 205.

[1115] Véase cap. V, p. 208.

[1116] Adolf Hitler, *Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944, op. cit.*, p. 143.

[1117] *Íbid.*, p. 228 y ss. Prosiguió, en tono siniestro: «Yo solo digo que debe irse. Si estiran la pata por el camino, no puedo hacer nada. Solo quiero una cosa: el exterminio absoluto, si no quieren irse voluntariamente. ¿Por qué tendría yo que considerar a un judío con distintos ojos que a un prisionero ruso? En los campos de prisioneros, muchos mueren, porque los judíos nos han conducido a esta situación. ¿Qué puedo hacer yo? ¿Por qué, entonces, fomentaron la guerra los judíos?».

[1118] Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier, op. cit.*, p. 262.

[1119] *Íbid.*, p. 433.

[1120] Peter Longerich, *Heinrich Himmler. Biographie*, Múnich, Siedler, 2008, p. 710. (*Heinrich Himmler: biografía*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2009).

[1121] Dieter Pohl, *Von der «Judenpolitik» zum Judenmord, op. cit.*, p. 171.

[1122] Comunicado del 7 de octubre de 1943 en Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, edición electrónica.

[1123] Véase cap. IX, p. 420.

[1124] Heinrich Himmler, *Discours secrets, op. cit.*, p. 206.

[1125] Saul Friedländer, *Les Années d'extermination, op. cit.*, pp. 741-742.

[1126] Sobre las circunstancias del rodaje, véase Anja Horstmann, «"Judenaufnahmen fürs Archiv" - Das dokumentarische Filmmaterial "Asien in Mitteleuropa", 1942», en *Medaon* 4/2009 (www.medaon.de/archiv-4-2009-artikel.html). Además del filme de sesenta y tres minutos, existe otro montaje, más corto, de diecisiete minutos (Dirk Rupnow, *Vernichten und Erinnern. Spuren nationalsozialistischer Gedächtnispolitik*, Gotinga, Wallstein Verlag, 2005, p. 242). Finalmente, se ha descubierto otro conjunto en 1998 en la librería del Congreso (Dirk Rupnow, «Die Spuren nationalsozialistischer Gedächtnispolitik und unser Umgang mit den Bildern der Täter. Ein Beitrag zu Yael Hersonskis "A Film unfinished"/"Geheimsache Ghettofilm"», octubre de 2010, www.zeitgeschichte-online.de/site/40209029/default.aspx). Para la descripción del contenido de la película, me baso en distintos documentos, sin dar valor definitivo al montaje del que disponemos que visiblemente no integra ciertos planos. De hecho, considero este montaje como una proposición que no necesariamente fue validada. Conviene por tanto tener en cuenta todo lo que se rodó ante las bobinas encontradas, pero también ante los testimonios de los contemporáneos judíos.

[1127] Jonas Turkow, *C'était ainsi. 1939-1943. La vie dans le ghetto de Varsovie*, París, Austral, 1995.

[1128] Véase, por ejemplo, Julie Maeck, *Montrer la Shoah à la télévision de 1960 à nos jours*, París, Nouveau Monde Éditions, 2009, p. 31.

[1129] *Íbid*., p. 32.

[1130] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 27 de abril de 1942. Véase cap. II, p. 86.

[1131] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 23 de agosto de 1942.

[1132] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 21 de agosto de 1942.

[1133] Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews, op. cit*., p. 433.

[1134] Joseph Goebbels, *Journal. 1923-1933, op. cit*., p. 413.

[1135] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 2 de noviembre de 1941.

[1136] Retomo la transcripción del sitio Cinematographie des Holocaust, concebido por el Fritz Bauer Institut (www.cine-holocaust.de/cgi-bin/ gdq?dfw00fbw000817.gd). La secuencia se retoma en el documental de Yael Hersonski, *A Film Unfinished* (2010), 26' 26"-26' 41".

[1137] Yael Hersonski, *A Film Unfinished*, película citada, 06' 14"-06' 44".

[1138] *Íbid.*, 06' 44"-07' 03".

[1139] Terry Charman, «Fritz Hippler's The Eternal Jew», en Toby Haggith y Joanna Newman (dirs.), *Holocaust and the Moving Image. Representations in Film and Television Since 1933*, Londres, Wallflower, 2005, p. 90.

[1140] Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier, op. cit.*, p. 485.

[1141] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 30 de mayo de 1942.

[1142] Adam Czerniakow, *Carnets du ghetto de Varsovie. 6 septembre 1939-23 juillet 1942*, París, La Découverte, 1996, p. 247, entrada del 28 mayo de 1942.

[1143] Diario de Chaïm Kaplan citado por Claude Singer, «Comment le cinéma nazi falsifiait l'image des ghettos juifs. 1939-1944», en *Diasporas. Histoire et société*, n° 4, 2006.

[1144] Adam Czerniakow, *Carnets du ghetto de Varsovie, op. cit.*, p. 238, entrada del 5 de mayo de 1942.

[1145] Dirk Rupnow, *Vernichten und Erinnern, op. cit.*, p. 242; Julie Maeck, *Montrer la Shoah à la télévision, op. cit.*, p. 31.

[1146] Véase cap. I, p. 40.

[1147] Adolf Hitler, *Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944, op. cit.*, p. 106.

[1148] *Íbid.*, p. 130, entrada del 5 de noviembre de 1941.

[1149] Adam Czerniakow, *Carnets du ghetto de Varsovie, op. cit.*, p. 247.

[1150] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 29 de mayo de 1942. Los subrayados son míos.

[1151] Retomo aquí elementos de mi artículo «L'anti-charnier. Esquisse d'une politique mémorielle du nazisme», en David el Kenz y François-Xavier Nérard, *Les Lieux de mémoire victimaires*, París, Champ Vallon, 2011.

[1152] Correspondencia reproducida en Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit.*, p. 44.

[1153] David Kranzler, *The Man Who Stopped the Trains to Auschwitz. George Mantello, El Salvador, and Switzerland's Finest Hour*, Syracuse, Nueva York, Syracuse University Press, 2000, p. 21.

[1154] *Íd.*

[1155] Marc Bloch, *Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la Guerre*, París, Allia, 1999.

[1156] Karl-Heinz Reuband, «Gerüchte und Kenntnisse vom Holocaust in der deutschen Gesellschaft vor Ende des Krieges. Eine Bestandsaufnahme auf der Basis von Bevölkerungsumfragen», en *Jahrbuch für Antisemitismusforschung*, n° 9, 2000, p. 201.

[1157] Véase la entrada «Seife aus Judenfett», en Wolfgang Benz (dir.), *Legenden, Lügen, Vorurteile*, Múnich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1992, p. 185. Cabe destacar que este rumor se había concentrado, al menos en un primer momento, en el Gobierno General (véase Raul Hilberg, *La destruction des Juifs d'Europe, op. cit.*, pp. 836-837). Además, R. Fraerman, en su descripción del exterminio de los judíos de Lviv, esribía, en *Le Livre noir*, que «en el campo de Belzec había una fábrica de jabón» (Ilya Ehrenbourg y Vassili Grossman, *Le Livre noir sur l'extermination scélérate des Juifs par les envahisseurs fascistes allemands dans les régions provisoirement occupées de l'URSS et dans les camps d'extermination en Pologne pendant la guerre de 1941-1945*, Arles, Solin-Acte Sud, 1995; París, Livre de Poche, t. 1, pp. 251-252).

[1158] Peter Witte *et al*. (eds.), *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42*, Hamburgo, Christian, 1999, p. 619.

[1159] Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust, op. cit*., p. 448-449.

[1160] Véase, en esta misma línea, las conversaciones mantenidas entre Himmler y Benito Mussolini el 11 de octubre de 1942; hablaba de la «muy alta mortalidad porque los judíos [sometidos al trabajo forzado] aún no habían trabajado en su vida» (cap. IX, p. 399 y ss.).

[1161] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 58.

[1162] Véase cap. X, p. 448.

[1163] Peter Witte *et al*. (eds.), *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42, op. cit.*, p. 567.

[1164] Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*, *op. cit.*, p. 151 y ss.

[1165] Véase pp. 319 y 399.

[1166] Carta de Richard Korherr a Rudolf Brandt con fecha de 19 de abril de 1943, reproducida en Léon Poliakov y Joseph Wulf, *Das Dritte Reich und die Juden*, Berlín, Arani Verlag, 1955, p. 242. (*El Tercer Reich y los judíos*, trad. Gabriel Ferrater, Barcelona, Seix Barral, 1960).

[1167] Carta de Himmler a Korherr, con fecha de 10 de abril de 1943, reproducida *Íbid.*, p. 241.

[1168] Saul Friedländer, *Les Années d'extermination (1939-1945), op. cit.*, p. 595.

[1169] NO-5195, Documentación Núremberg.

[1170] Carta de Himmler a Kaltenbrunner con fecha de 9 de noviembre [*sic*, por abril] de 1943, reproducida por Léon Poliakov y Joseph Wulf, *Das Dritte Reich und die Juden, op. cit*., p. 240.

[1171] Véase cap. IX, p. 412.

[1172] Quizá Himmler se dio cuenta finalmente: en junio de 1943, el estadístico Korherr quiso recuperar los archivos estadísticos de la asociación de los judíos de Alemania, que acababa de disolverse. Estos documentos eran, de acuerdo con él, fundamentales para la «escritura futura de la historia». Himmler rechazó este traslado e informó a Korherr, a través de un subordinado, de que no deseaba que «trabajase ahora en esas estadísticas negativas» (Bundesarchiv, NS-19/2105).

[1173] Véase cap. X, p. 448 y ss.

[1174] Discurso de Himmler ante los generales de la SS, en Posen, el 4 de octubre de 1943, Documentación de Núremberg, PS-1919.

[1175] Véase cap. X, p. 448.

[1176] Robert Wolfe (ed.), *Captured German and Related Records. A National Archives Conference*, Ohio, Ohio University Press, vol. 3, 1974, placas 13-14 (pp. 172-173).

[1177] Richard Breitman, *Der Architekt der "Endlösung". Himmler und die Vernichtung der europäischen Juden*, Paderborn, Schöningh, 1996, pp. 318-319.

[1178] Heinrich Himmler, *Discours secrets, op. cit.*, p. 254.

[1179] Dirk Rupnow, *Vernichten und Erinnern, op. cit.*, p. 61, nota 26.

[1180] Heinrich Himmler, *Discours secrets, op. cit.*, p. 169.

[1181] Discurso de Himmler ante los generales de la SS, en Posen, el 4 de octubre de 1943, documento citado.

[1182] Se trata en este caso de las frases recogidas por Kurt Gerstein en uno de sus testimonios escritos (Jürgen Schäffer, *Kurt Gerstein - Zeuge des Holocaust. Ein Leben zwischen Bibelkreisen und SS*, Bielefeld, Luther Verlag, 1999, p. 223).

[1183] Discurso de Himmler en Bad Schachen el 14 de octubre de 1943, NS19 4010, p. 243. Agradezco a Nicolas Pantin transmitirme este documento.

[1184] Discurso de Himmler en Weimar el 16 de diciembre de 1943 ante los comandantes de la Marina de guerra, Heinrich Himmler, *Discours secrets, op. cit.*, pp. 204-205.

[1185] Bradley F. Smith y Agnes F. Petersen (eds.), *Heinrich Himmler, op. cit.*, p. 201.

[1186] Testimonio de Kunrat von Hammerstein, evocado por Gerald Fleming, *Hitler und die Endlösung. «Es ist des Führers Wunsch…»*, Berlín, Ullstein, 1987, pp. 75-76.

[1187] Testimonio del conde Rudolf-Christoph von Gersdorff citado *Íbid.*, p. 65.

[1188] Rolf-Dieter Müller y Gerd R. Ueberschär (dirs.), *Hitler's War in the East. 1941-1945. A Critical Assessment*, Providence, Berghahn Books, 1997, p. 245.

[1189] Testimonio de Kunrat von Hammerstein, evocado por Gerald Fleming, *Hitler und die Endlösung, op. cit.*, p. 75, nota 146.

[1190] Heinrich Himmler, *Discours secrets, op. cit.*, p. 206.

[1191] El 6 de febrero de 1945, supo que el general Theodor Busse que comandaba el noveno ejército había instaurado un tribunal marcial, condenado a muerte y fusilado ante la tropa a un grupo de oficiales y soldados culpables de no «combatir con todo el impulso que se podría desear». Goebbels desaprobaba sin demasiada vehemencia estos métodos, «bárbaros», al tiempo que los justificaba: «Se podría llegar a pensar casi que hemos superado un poco los límites, pero, ¿qué otra cosa nos queda, a nosotros que debemos defender contra un mundo de enemigos que, sea por sus oposiciones políticas o militares, desean destruir Alemania y exterminar al pueblo alemán?». Goebbels termina, de hecho, apreciando tanto estos métodos «bárbaros» que preconizaba poco después el empleo de «penas bárbaras» para extirpar de la población civil esa «psicosis de retaguardia» que hacía huir del enemigo en lugar de resistir contra él (Diario de Joseph Goebbels, entrada del 6 de febrero de 1945).

[1192] David Cesarani, *Eichmann, op. cit.*, p. 196.

[1193] Véase p. 132.

[1194] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 31 de marzo de 1941.

[1195] Diario de Joseph Goebbels, entrada del 14 de marzo de 1945.

[1196] Adolf Hitler, *Le testament politique de Hitler. Notes recueillies par Martin Bormann*, Paris, Fayard, 1959, entrada del 2 de abril de 1945, p. 143. (*El testamento político de Hitler*, México, Diana, 1966). Corrijo la traducción según Andreas Hillgruber, «War in the East and the Extermination of the Jews», Michael Marrus (dir.), *The Nazi Holocaust. Historical Articles on the Destruction of European Jews. 3. The «Final Solution». The Implementation of Mass Murder*, vol. 1. Westport, Meckler.

[1197] Ian Kershaw, *Hitler, op. cit.*, pp. 1171-1172.

[1198] Adolf Hitler, *Le testament politique de Hitler, op. cit.*, p. 142.